

MANUAL DE INVESTIGACIÓN CUALITATIVA
VOLUMEN IV

Norman K. Denzin
Yvonna S. Lincoln *(Coords.)*

Métodos de
recolección y
análisis de datos

Herramientas universitarias

gedisa
editorial

Métodos de recolección y análisis de datos

Manual de
investigación
cualitativa. Volumen IV

Norman K. Denzin e
Yvonna S. Lincoln (Coords.)

Herramientas universitarias

METODOLOGÍA DE LAS CIENCIAS SOCIALES

HERRAMIENTAS UNIVERSITARIAS

OBRAS PUBLICADAS

ELISABETH ORNA Y GRAHAM STEVENS	<i>Cómo usar la información en trabajos de investigación</i>
PHYLLIS CREME Y MARY R. LEA	<i>Escribir en la universidad</i>
MELISSA WALKER	<i>Cómo escribir trabajos de investigación</i>
LORRAINE BLAXTER, CHRISTINA HUGHES Y MALCOLM TIGHT	<i>Cómo se hace una investigación</i>
ESTELLE M. PHILLIPS Y DEREK S. PUGH	<i>Cómo obtener un doctorado</i> Manual para estudiantes y tutores
WAYNE BOTH, GREGORY COLOMB Y JOSEPH WILLIAMS	<i>Cómo convertirse en un hábil investigador</i>
UMBERTO ECO	<i>Cómo se hace una tesis</i>
JUDITH BELL	<i>Cómo hacer tu primer trabajo de investigación</i> Guía para investigadores en educación y ciencias sociales
ALAN ALDRIDGE Y KEN LEVINE	<i>Topografía del mundo social</i> Teoría y práctica de la investigación mediante encuestas
PHIL RACE	<i>Cómo entrar en el mundo laboral después de la universidad</i>
CHRISTINE TALBOT	<i>Estudiar a distancia</i> Una guía para estudiantes
IRENE VASILACHIS (COORD.)	<i>Estrategias de investigación cualitativa</i>
NORMAN K. DENZIN E YVONNA S. LINCOLN (COMPS.)	<i>El campo de la investigación cualitativa. Manual de investigación cualitativa. Vol. I</i>
NORMAN K. DENZIN E YVONNA S. LINCOLN (COMPS.)	<i>Paradigmas y perspectivas en disputa. Manual de investigación cualitativa. Vol. II</i>
NORMAN K. DENZIN E YVONNA S. LINCOLN (COMPS.)	<i>Estrategias de investigación cualitativa. Manual de investigación cualitativa. Vol. III</i>

Métodos de recolección y análisis de datos

Manual de
investigación
cualitativa. Volumen IV

Norman K. Denzin e
Yvonna S. Lincoln
(Coords.)

Título original en inglés:
The Sage Handbook of Qualitative Research
© Norman K. Denzin & Yvonna S. Lincoln

Manual SAGE de investigación cualitativa. Vol. IV
Traducción publicada por acuerdo con SAGE Publications (Londres,
Nueva Delhi y Estados Unidos)

Traducción: Introducción al vol. IV: Rodrigo Molina-Zavalía
Capítulos 25 a 35: Ezequiel Méndez

*Asesoramiento, revisión técnica y Prólogos para cada volumen de la
edición en castellano:* Irene Vasilachis de Gialdino

Cubierta: Juan Pablo Venditti

Primera edición: septiembre de 2015, Barcelona

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Editorial Gedisa, S.A.
Avenida del Tibidabo, 12 (3º)
08022 Barcelona, España
Tel. (34) 93 253 09 04
Fax (34) 93 253 09 05
gedisa@gedisa.com
www.gedisa.com

eISBN 978-84-18193-56-9

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de
impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o
en cualquier otro idioma.

Plan de la obra

Manual de investigación cualitativa

Norman K. Denzin e Yvonna S. Lincoln (comps.)

- Volumen I **El campo de la investigación cualitativa**
Prólogo a la edición en castellano. Prefacio. Introducción general (Capítulo 1). Introducción al Volumen I. Capítulos 2 a 7.
R. Bishop, C. G. Christians, N. K. Denzin, M. Fine, D. J. Greenword, M. Levin, Y. S. Lincoln, L. T. Smith y L. Weis.
- Volumen II **Paradigmas y perspectivas en disputa**
Prólogo a la edición en castellano. Introducción al Volumen II. Capítulos 8 a 14.
J. Donnor, D. Foley, E. G. Guba, J. L. Kincheloe, G. Ladson-Billings, Y. S. Lincoln, P. McLaren, V. Olsen, K. Plummer, P. Saukko y A. Valenzuela.
- Volumen III **Las estrategias de investigación cualitativa**
Prólogo a la edición en castellano. Introducción al Volumen III. Capítulos 15 a 24.
B. K. Alexander, J. Beverley, K. Charmaz, J. Cheek, B. F. Crabtree, J. F. Gubrium, J. A. Holstein, S. Kemmis, D. S. Madison, R. McTaggart, W. L. Miller, R. E. Stake y B. Tedlock.

Volumen IV

Métodos de recolección y análisis de datos

Prólogo a la edición en castellano. Introducción al Volumen IV. Capítulos 25 a 35.

M. V. Angrosino, P. Atkinson, S. E. Chase, S. Delamont, G. Dimitriadis, S. Finley, A. Fontana, J. H. Frey, D. Harper, S. H. Jones, G. Kamberelis, A. N. Markham, K. B. McKenzie, A. Peräkylä y J. J. Scheurich.

Volumen V

El arte y la práctica de la interpretación, la evaluación y la presentación

Prólogo a la edición en castellano. Introducción al Volumen V. Capítulos 36 a 42. Introducción a la parte final. Capítulos 43 y 44.

Z. Bauman, I. Brady, N. K. Denzin, J. D. Engels, S. J. Hartnett, P. Hodgkinson, D. R. Holmes, E. R. House, Y. S. Lincoln, G. E. Marcus, L. Richardson, J. K. Smith, E. A. St. Pierre y K. Stewart.

Índice del Volumen IV

Prólogo a la edición en castellano. Investigación cualitativa: Proceso, política, representación, ética <i>Irene Vasilachis de Gialdino</i>	11
Introducción al Volumen IV. Métodos de recolección y análisis de datos	43
25. Investigación narrativa <i>Susan E. Chase</i>	58
26. Investigación con base en las artes <i>Susan Finley</i>	113
27. La entrevista <i>Andrea Fontana y James H. Frey</i>	140
28. Recontextualización de la observación <i>Michael V. Angrosino</i>	203
29. ¿Cuáles son las novedades visuales? <i>Douglas Harper</i>	235

30. Autoetnografía	
<i>Stacy Holman Jones</i>	262
31. Los métodos, políticas y lineamientos éticos de representación en la etnografía <i>online</i>	
<i>Annette N. Markham</i>	316
32. Perspectivas analíticas	
<i>Paul Atkinson y Sara Delamont</i>	369
33. Las metodologías de Foucault	
<i>James Joseph Scheurich y Kathryn Bell McKenzie</i>	409
34. Análisis de la conversación y el texto	
<i>Anssi Peräkylä</i>	462
35. Grupos focales	
<i>George Kamberelis y Greg Dimitriadis</i>	494
Los compiladores del <i>Manual</i>	
Norman K. Denzin e Yvonna S. Lincoln.....	533
Los autores del Volumen IV	534

Prólogo a la edición en castellano

Investigación cualitativa: Proceso, política, representación, ética

Irene Vasilachis de Gialdino
CEIL-Conicet, ARGENTINA

Introducción

La investigación cualitativa conlleva, en todo el proceso de su desarrollo, el despliegue por parte del investigador de un conjunto de prácticas vinculadas con las decisiones que las preceden y que están encaminadas a resolver, por un lado, qué y con qué método investigar, cómo acceder a los datos y cómo interpretarlos y, por el otro, cómo representar los resultados obtenidos. Este Volumen IV, precisamente, ofrece una múltiple, variada y amplia gama de prácticas metodológicas, esto es, de estrategias de recolección y de análisis de datos, y de formas de representación. Así, en el Capítulo 25 se examina la multiplicidad de enfoques, perspectivas y voces de la investigación narrativa; en el Capítulo 26 la investigación con base en las artes; en el Capítulo 27 la entrevista; en el Capítulo 28 la observación; en el Capítulo 29 los métodos visuales; en el Capítulo 30 la autoetnografía; en el Capítulo 31 la etnografía *online*; en el Capítulo 32 se abordan las perspectivas analíticas; en el Capítulo 33 las metodologías de Michel Foucault; en el Capítulo 34 el análisis de la conversación y del texto, y en el Capítulo 35 los grupos focales. Las citadas prácticas son puntualizadas considerando tanto sus particularidades específicas como las características y condiciones de su empleo, lo que le permite al investigador fortalecer la relación medular entre las preguntas y las estrategias de investigación.

Dado que los compiladores introducen este Volumen IV con una síntesis de cada uno de los capítulos, me ocuparé aquí de las cuestiones que en cada uno de ellos considero relevantes para mostrar cómo se perfila en nuestros días la investigación cualitativa y qué problemas se manifiestan durante su trayectoria. Estos problemas tienen preeminencia tanto en la práctica como en el avance y recorrido de este estilo de investigación y son aquellos referidos al proceso de investigación, a lo político, a la representación, y a la ética. De modo tal que la referencia al contenido de cada capítulo estará orientada a mostrar cómo y con qué particularidades los distintos autores elaboran y sostienen perspectivas, a veces encontradas, sobre esos problemas cuya selección no ha sido arbitraria. Tomando los distintos textos como parte de un *corpus* que se desplaza en torno de la investigación cualitativa he desarrollado la posibilidad de investigar sus avances, quiebres, interrogantes, propuestas, desafíos y, en especial, su despliegue frente a las condiciones siempre cambiantes de la realidad social, y siempre inspiradoras e inquietantes de los presupuestos ontológicos, epistemológicos y metodológicos de ese estilo de investigación.

1. Proceso, estrategias y análisis

1.1. Proceso y estrategias

La investigación narrativa

Partiendo de la trilogía biografía, historia, sociedad **Chase**, en el Capítulo 25, intenta dar forma a la enorme cantidad de material que puede denominarse investigación narrativa, identificando sus contornos y complejidades, y caracterizándola como una amalgama de enfoques analíticos interdisciplinarios, diversas perspectivas disciplinares y métodos tanto tradicionales como innovadores, todos centrados en detalles biográficos, tal como los narran quienes los viven. De este modo, una de las cuestiones fundamentales con la que se enfrentan los investigadores narrativos es la que se vincula con cuál es la voz o voces que deben utilizar para interpretar y representar las voces de aquellos que participan en su investigación.

Chase examina la perspectiva feminista señalando reflexivamente, por un lado, su interés en la mujer como sujeto, como actor social por derecho propio, y en los significados subjetivos que las mujeres otorgan a los acontecimientos y a sus condiciones de sus vidas y, por el otro, su resistencia a aceptar que la principal utilidad de las historias de vida y otras narrativas personales es facilitar la recolección

de información sobre acontecimientos históricos, cambios culturales o el impacto de las estructuras sociales en la vida de los individuos. Si bien se interroga sobre el papel del poder y por los intereses de los investigadores en la relación de investigación, y sobre quién debería formular y responder las preguntas y tener la última palabra, para **Chase**, una narrativa es una producción conjunta entre el narrador y el oyente, ya sea que la narración surja en una conversación natural, una entrevista o en un contexto de trabajo de campo. No obstante, menester es observar que en esa interacción intervienen y median los discursos históricos, sociales, culturales los que son reproducidos, transformados, resistidos. Afirma que concebir al entrevistado como narrador no denota un interés en el yo «auténtico» del otro o en su voz no mediada, sino en ese otro como narrador, en sus experiencias biográficas particulares, según como él o ella las interpretan. Reconoce la existencia de un conjunto de circunstancias sociales que posibilitan y limitan cualquier narración, y sugiere a los investigadores narrativos que durante las entrevistas se enfoquen en las particularidades del relato y en la voz del narrador, atendiendo a que cualquier narrativa puede constituir un ejemplo de las relaciones posibles entre la construcción activa del yo del narrador, de una parte, y las circunstancias sociales, culturales e históricas que posibilitan y constriñen esa narrativa, de otra. Esos investigadores, sin afirmar que sus estudios agotan las posibilidades dentro de un determinado contexto, suelen resaltar la presencia de un abanico de narrativas posibles para demostrar que ningún relato en particular está determinado por una ubicación social específica.

La investigación con base en las artes

Frente a los cambios fundacionales posmodernos y frente a la introducción de las nuevas concepciones que los acompañaron en cuanto al proceso de investigación, a la construcción de significados y a los propósitos a los que la investigación debe servir **Finley**, en el Capítulo 26 sobre la investigación con base en las artes, postula la necesidad de creación de un espacio diferente, de diálogo, para ese tipo de investigación. Por este medio, adquirieron significación especial las cuestiones éticas presentes en la relación entre el investigador y la comunidad en la cual trabajaba y se adoptaron nuevas prácticas que redefinieron los roles del investigador cualitativo y de los participantes en la investigación. Esos participantes pasaron de ser considerados como sujetos a convertirse en colaboradores o coinvestigadores, tornándose difusa la línea que antes distinguía a unos de los otros actores parte de la relación de investigación. **Finley** percibe que los investigadores

y los participantes aunados en los procesos de recolección y análisis de los datos, fueron desarrollando de forma activa una ética del cuidado que, en última instancia, se transformaría en un estándar de calidad para el nuevo paradigma de investigación de las ciencias sociales. A lo largo de este proceso, lejos de sostener y reproducir el modelo científico cuantitativo de objetividad, la investigación cualitativa se definió gradualmente como una investigación basada en la acción a partir de capacidades relacionales interpersonales, políticas, emocionales, morales y éticas que se generan y se comparten entre los investigadores y los participantes en la investigación.

La entrevista

En el Capítulo 27, **Fontana y Frey** analizan no sólo la historia de la entrevista sino, además, sus diversos tipos exponiendo, de esta manera, el proceso que va desde la exigencia de rigor científico a la comprensión de una forma de vida negociada. Rechazan la visión tradicional de la entrevista como medio de recolección de datos objetivos para su utilización neutral con propósitos científicos, entendiendo que la visión positivista convencional de la entrevista subestima la complejidad, singularidad e indeterminación de toda interacción humana cara a cara. Consideran la entrevista como un proceso activo que involucra a dos o más personas cuyos intercambios representan un esfuerzo colaborativo que conduce a la creación de una historia de forma mutua y que está ligada, inevitable e inextricablemente, con el contexto histórico, social, cultural, político y que cambia de acuerdo con las transformaciones de este.

Para **Fontana y Frey**, los investigadores han puesto gran énfasis en la remoción de las barreras entre el entrevistador y el entrevistado durante el proceso de entrevista y comienzan a comprender en hondura que el hecho de conocer a los otros equivale a conocernos a nosotros mismos. Superada la tensión que suponía reemplazar al monólogo de la autoridad por el monólogo de un entrevistado privilegiado, los investigadores reconocen la exigencia de no favorecer una visión del mundo o una técnica particular, y de proseguir con la formulación de preguntas. Siendo el aspecto central de la entrevista no estructurada el establecimiento de una relación de humano a humano con el entrevistado y el deseo de *comprender* en lugar de *explicar*, la necesidad de recuperar la parte sagrada de cada ser humano se impone, pues, como prioridad, antes de abordar cualquier cuestión metodológica o teórica. Esta necesidad adquiere profunda significación cuando, cualquiera que sea su propósito, las entrevistas buscan diversos modos de descripción biográfica, convirtiéndose en un medio

para la narración contemporánea a través del cual la persona divulga relatos de su vida como respuesta a las preguntas formuladas. La naturaleza interaccional de la entrevista determina, por tanto, la índole y características del conocimiento producido. Durante esa interacción, las perspectivas del entrevistador y del entrevistado se entrelazan momentáneamente pero, además, se extienden a lo ancho del espacio social, avanzando y retrocediendo en el tiempo.

Dado que el fin de la entrevista no estructurada es la comprensión, resulta crucial establecer un entendimiento con los entrevistados, es decir, el investigador debe ser capaz de ponerse en el lugar de los entrevistados e intentar ver la situación desde sus mismos puntos de vista en lugar de imponer sus nociones académicas y preconceptos. Desde la perspectiva que entiende la entrevista como un drama interpersonal con una trama en desarrollo, el investigador ha de prestar más atención a los *cómo* de la entrevista, esto es, al contexto, a las situaciones particulares, a los detalles, a las maneras, a las personas implicadas, entre otros, que a los *qué* de la entrevista, es decir, a los hallazgos sustantivos.

La observación

Al recontextualizar la observación **Angrosino**, en el Capítulo 28, asevera que la investigación etnográfica basada en esa observación, no es tanto un método específico de investigación como un contexto en el cual están surgiendo nuevas maneras de conducir investigaciones cualitativas. Propone hablar de «observación naturalista», o trabajo de campo, en el cual reside el foco de su aporte, sustituyendo la cuestionada noción de situación «natural», en especial, cuando su empleo alude al trabajo de campo efectuado en zonas del Tercer Mundo o en barrios suburbanos, que son el producto inherente de relaciones coloniales «no naturales». Exhibe la tensión de los investigadores cualitativos en la búsqueda del equilibrio entre participación y observación, y entre empatía y distancia frente a la exigencia de objetividad, y se pregunta si la objetividad observacional es un fin deseable o viable.

Angrosino señala la importancia de comprender la «situación» del etnógrafo, esto es, su género, su clase, su etnicidad, entre otras, como parte de la interpretación del producto etnográfico e intenta superar algunos de los problemas relacionados con los sesgos colonialistas de la etnografía tradicional. Si bien percibe que estos sesgos todavía persisten, pone en relieve las nuevas cuestiones que se suscitan y que están referidas a la posición y al *status* del investigador observacional. Alega que los etnógrafos ya no pueden afirmar ser los únicos árbitros del conocimiento sobre las sociedades y las culturas que

estudian debido a que aquellos por quienes dicen hablar pueden leer y cuestionar sus análisis. De este modo, la imposibilidad de establecer una verdad objetiva acerca de una sociedad o una cultura radica en la presencia de versiones conflictivas de sus características y procesos.

Para **Angrosino**, en la actualidad, se actúa en un contexto de investigación colaborativa, y la colaboración ya no sólo refiere a la conducción de equipos multidisciplinarios de investigadores profesionales sino que, a menudo, implica la participación de los investigadores y de los actores participantes en un plano de igualdad, de ahí que proponga dejar de centrarse en la observación como un «método» para considerar una perspectiva que enfatice esa observación como un contexto de interacción entre quienes colaboran con la investigación y en el cual surgen nuevos roles para el investigador cualitativo. Caracteriza la investigación social observacional por el deseo creciente por parte de los etnógrafos de afirmar o desarrollar una identidad como «miembros» de las comunidades que estudian, así como por el reconocimiento de los investigadores, por un lado, de la escasa probabilidad de armonizar sus propias perspectivas con las de los informantes a fin de lograr un consenso sobre la verdad etnográfica y, por el otro, de que los antiguos «sujetos» se han transformado en colaboradores, aunque con frecuencia hablen con una voz diferente de la voz hegemónica y autorizada de la ciencia.

Angrosino augura a la investigación observacional un compromiso cada vez más sólido con «la etnografía de lo particular». En lugar de intentar describir la cultura compuesta de un grupo o de analizar el espectro completo de instituciones que supuestamente constituyen la sociedad, el etnógrafo observacional ha de ser capaz de proporcionar un relato completo sobre las vidas de determinadas personas, centrándose en los individuos y en su relaciones siempre cambiantes y no, como antropólogos tradicionales, en la naturaleza presuntamente homogénea, coherente, esquematizada y atemporal del grupo en estudio.

Los métodos visuales

En el Capítulo 29, **Harper** examina el *status* del pensamiento visual en la comunidad sociológica, el impacto de las nuevas tecnologías en los métodos visuales y el desarrollo continuo del documental visual y la sociología visual, así como cuestiones relacionadas con las complejidades éticas del mundo de la investigación visual. Destaca el aspecto práctico, esto es, el uso de las imágenes para estudiar problemas y cuestiones específicas de la sociología, la antropología, las comunicaciones, y reitera el carácter de la fotografía en cuanto ele-

mento empírico y construido. Cuestiona la circunstancia de la que la dimensión visual no esté integrada a la investigación, que se utilicen imágenes que no cumplan con el propósito de contar visualmente un relato sociológico, y que las fotografías no se consideren datos visuales.

Si bien la fotografía es, para **Harper**, a la vez, tanto verdadera como construida, las fotos son similares a todas las formas de datos, sean éstos cuantitativos o cualitativos. Para este autor, lo ciertamente nuevo en la sociología visual es el uso de la tecnología para la grabación, la organización, la presentación y el análisis de la información visual. Las tecnologías emergentes han revolucionado la utilización de imágenes en las ciencias sociales y algunos investigadores audaces ya han proporcionado ejemplos convincentes de ello.

Harper examina cuatro proyectos que demuestran el alcance de estas nuevas formas visuales de pensar y realizar las investigaciones de campo y se refiere, asimismo, al análisis visual crítico sobre los procesos educativos y laborales. Asegura que la sociología visual empírica continúa viva y revisa el empleo de métodos visuales en estudios sobre la fenomenología de la enfermedad. Menciona, además, las imágenes producidas de modo nativo como importantes herramientas para la investigación visual en las ciencias sociales. Al mismo tiempo, alude a la elicitación fotográfica como enfoque exclusivo del campo visual que muestra que las fotos son capaces de estimular recuerdos que no podrían inducirse través de entrevistas basadas en la palabra.

La autoetnografía

En un proceso en cual el investigador recorre el camino de la propia introspección, percepción, afectividad, emotividad, **Holman Jones**, en el Capítulo 30, penetra en la autoetnografía por dos distintas vías: haciendo autoetnografía al relatar sus propias historias y experiencias y, a la vez, reflexionando acerca de la autoetnografía, su historia, sus desafíos, sus capacidades transformativas. En la autoetnografía el investigador no apela a otro actor para, luego, transmitir sus concepciones, descripciones, evaluaciones sino que transita el propio camino interior y recoge sus propias reflexiones elaborando un texto personal como una intervención crítica en la vida social, política y cultural. La presentación de **Holman Jones** insta al lector a reconocer que mirar el mundo desde un punto de vista específico, limitado y en perspectiva puede decir, enseñar y movilizar a las personas. La autora describe la autoetnografía como una política democrática radical comprometida con la creación de un espacio de diálogo y debate que provoque y modele el cambio social.

Holman Jones precisa que su capítulo está dirigido a más de una voz, que va más allá de la liberación y el descubrimiento personal y más allá del mero goce de un texto. Está pensado para su exhibición pública, para una audiencia. No está concebido para estar solo. Es una pieza de ensamblaje. Requiere tanto ser leído junto con otros textos, en otros contextos y con otras personas como de una representación que indague sobre la forma en la cual los relatos personales resultan relevantes. Esto es así porque la autoetnografía trabaja para mantener unidos y en movimiento constante la cultura y al yo, y se caracteriza por ser investigación, escritura y método que vincula lo autobiográfico y personal con lo cultural y lo social, y que presenta acciones, emociones, encarnaciones, autoconsciencias e introspecciones concretas reivindicando las convenciones de la escritura literaria y nutriéndose de las prácticas de investigación y escritura de la antropología, la sociología, la psicología, la crítica literaria, el periodismo y la comunicación.

Holman Jones examina los detalles personales, concretos y mundanos de la experiencia como una ventana para la comprensión de la relación entre yo y el otro o entre el individuo y la comunidad e interpela al lector para que se pregunte cómo sus textos pueden crear y constituir una acción social, cómo sus palabras pueden marcar una diferencia dentro y fuera de los procesos individuales de conocimiento y de arriba al conocimiento y para que, luego, ese lector escriba y comparta sus textos.

La etnografía online

Al tratar sobre los métodos, las políticas y los lineamientos éticos de la representación en la etnografía *online* **Markham**, en el Capítulo 31, señala un conjunto de categorías que, sin ser exhaustivas e independientes, identifican de manera individual una coyuntura respecto de la cual es menester tomar decisiones dentro del proyecto de investigación. Esas categorías son: la definición de los límites del campo; la determinación de qué constituye un dato; la interpretación del otro como texto; la utilización de sensibilidades inherentes en la interpretación de la textualidad, y la representación de los otros en los informes de investigación. Estas decisiones son necesarias porque las tecnologías basadas en Internet tienen la potencialidad de cambiar las formas en las que los investigadores cualitativos recolectan, interpretan y representan sus datos, así como de revisar las premisas en las que su investigación se sustenta. En los entornos mediados tecnológicamente se hacen evidentes las características dialógicas de la realidad; el yo, los otros y las estructuras sociales se construyen por

medio de la interacción que es negociada en coordinación con los otros. *Online* el cuerpo no constituye un medio para conocer al yo sino que la existencia subjetiva comienza con la producción de un discurso ya sea en forma de palabras, imágenes gráficas o sonidos. Las personas no comparten el mismo espacio físico, y gran parte de los intercambios no verbales está ausente.

En su presentación **Markham** aborda cuestiones epistemológicas y metodológicas, y se centra en la textualidad porque el texto es el medio por el que se representa y negocia el yo. El desafío de comprender al otro en el contexto se torna, por ende, más complejo por la clara interferencia del investigador en el campo y porque los marcos de referencia tradicional, las premisas y procedimientos de los investigadores están, habitualmente, enclavados en bases físicas. **Markham** se pregunta qué puede decirse acerca del otro cuando sólo se puede construir su yo, el otro y el contexto a través del intercambio de mensajes, o bien, hasta qué punto el otro puede definirse por sus textos o, asimismo, cómo equilibrar el impulso científico por descubrir lo real y por vincular la percepción a la corporeidad cuando se interactúa con personas que pueden o no tener algún tipo de correspondencia con sus equivalentes físicos. Mientras los textos se constituyen en una evidencia del ser y los límites del campo pasan de ser geográficos a ser discursivos, los contextos en los entornos mediados por computadoras se tornan cambiantes y los espacios investigados se construyen interactivamente. Los límites entre el yo, el otro y el mundo social se crean y sostienen sólo a través del intercambio de información, esto es, no se definen por la ubicación sino por la interacción. El involucramiento en experiencias significativas con seres anónimos y el entrevistar a personas a las que no pudo ver cara a cara le han permitido a **Markham** identificar muchas de las debilidades de los procesos y particularidades de la investigación cualitativa al ser aplicados a las investigaciones de entornos mediados por computadoras.

La arqueología y la genealogía de Foucault

El objetivo de **Scheurich** y **McKenzie**, en el Capítulo 33, es centrarse en la arqueología y la genealogía de Foucault, las cuales pueden considerarse en términos generales como métodos cualitativos, debido a que Foucault siempre utilizó textos como sus datos o, lo que solía llamar, el archivo. Indican que el método arqueológico de Foucault no guarda relación directa con la disciplina académica de la arqueología, es decir, con el estudio de las culturas pasadas, y destacan que un uso sustancial de la arqueología de Foucault implica, en particular, desarrollar una profunda comprensión de un complejo conjunto de concep-

tos interrelacionados. De esta manera, al ser la arqueología no una disciplina sino un campo de investigación resulta fundamental, para comprenderla, aproximarse a dos áreas del conocimiento: el *savoir* y la *connaissance*. El *savoir* incluye un saber formal, como las ideas filosóficas pero, también, instituciones, prácticas comerciales y actividades policiales. La *connaissance* abarca únicamente cuerpos formales de conocimiento, tales como los libros científicos, las teorías filosóficas y las justificaciones religiosas.

El *savoir*, entonces, se refiere a las amplias condiciones discursivas que son necesarias para el desarrollo de la *connaissance*, y esta última alude a cualquier cuerpo de conocimiento particular, tal como la física nuclear, la biología evolutiva o el psicoanálisis freudiano. Para Foucault, la arqueología se centra en el estudio del *savoir*, que es la condición de la posibilidad del conocimiento —*connaissance*— con el propósito de mostrar que la psiquiatría u otras disciplinas formales no surgen simplemente de la trayectoria histórica de esas disciplinas sino que la historia de una disciplina formal debe abordar tanto la *connaissance*, las declaraciones formales de una disciplina, como el *savoir*, el conjunto mucho más amplio y mucho menos racional de prácticas, normas, procedimientos, instituciones, política, vida cotidiana y demás. Sin embargo, la idea más general de Foucault es que, al contrario de la visión tradicional según la cual los saberes formales —*connaissance*— como la psiquiatría y la economía, tienen su propia trayectoria racional de surgimiento, estos saberes surgen de un modo más «irracional» o no racional a partir del *savoir*, que incluye no sólo lo formal y lo racional, sino también la «irracionalidad» mucho más extensa de las políticas, las prácticas institucionales, las opiniones populares, entre otros. La *connaissance* surge del *savoir*, es decir, que los conocimientos formales surgen, sustancialmente, de un amplio conjunto de fuentes o condiciones irracionales complejas. Esta condición de posibilidad, que es más compleja, más desordenada y más ambigua socava el relato o la metanarrativa racional moderna del conocimiento formal. La razón —o los conocimientos formales— tal como se la describe típicamente en la modernidad, no es lo que parece ser dado que la historia arqueológica de la razón incluye inercias, torpezas, coerciones, dogmatismos y despotismos.

Para **Scheurich y McKenzie** el cuestionamiento de la razón moderna no es el único eje de Foucault en sus arqueologías. Su tema paralelo es el sujeto de la modernidad ya que sostiene que la idea de que el «hombre» o el sujeto humano sea el creador tanto de la historia como del conocimiento formal —*connaissance*— de una manera lógica, racional y continua no es sino la ideología de la modernidad que construye la representación de la realidad como lógica y racional

y, al mismo tiempo, al sujeto humano como a su actor principal o su centro privilegiado. Este actor es, de manera contradictoria, por un lado, hacedor y, por el otro, objeto de ese hacer, investigador e investigado. Para Foucault cuestionar la razón y al sujeto agente son dos caras del mismo sistema de pensamiento, el propósito de la arqueología es, pues, definir un método de análisis histórico liberado del tema antropológico, es decir, centrado en el sujeto humano. Como es posible observar, ambas caras de ese sistema de pensamiento tienen importantes consecuencias para la investigación cualitativa.

Scheurich y McKenzie afirman que, a lo largo de toda su obra, Foucault no entiende la arqueología como inferior a la genealogía o supeditada a ella, sino que considera que tanto la arqueología como la genealogía continúan teniendo valor y validez. El objeto de las críticas de Foucault, su genealogía, son los presupuestos fundacionales y teleológicos de la modernidad occidental. Para él, la historia no se desplaza en dirección ascendente o progresiva a partir de algún origen —en este sentido, recuérdese el presupuesto evolucionista comtiano fundamento del positivismo—. El genealogista observa que no existen esos orígenes que, con frecuencia, los orígenes son inventados, y que conforme explora los orígenes lo que vislumbra es aleatoriedad, invenciones sistemáticas, disenso, disparidad, pasión, odio, competición, errores, falsas valoraciones y cálculos errados mezclados junto con la devoción por la verdad, métodos precisos, análisis científicos y demás, estos últimos próximos a la *connaissance*. En otras palabras, Foucault no niega que la razón sea una parte de esta historia, sino que es sólo un participante más en medio de un elenco mucho más extenso de la dramaturgia de la modernidad. **Scheurich y McKenzie** concluyen en que podría sostenerse que, por sobre todas las cosas, el trabajo arqueológico y genealógico de Foucault era principalmente una crítica de la visión moderna de las ciencias humanas y del «hombre» como científico humano y objeto de las ciencias humanas al mismo tiempo. Estas consideraciones deben ser atendidas al momento de trabajar con los aportes de Foucault e incorporarlos a las propias investigaciones.

Los grupos focales

Kamberelis y Dimitriadis, en el Capítulo 35, con un enfoque conceptual y transdisciplinario, exploran los fenómenos complejos y multifacéticos de la investigación de grupos focales. Destacan tres dominios superpuestos en los cuales los grupos focales han proliferado: la pedagogía, la política y la práctica de la investigación cualitativa y, a través de sus análisis de métodos convergentes y divergentes y de

los usos de los grupos focales en esos tres dominios o funciones, concluyen en que los grupos focales son formaciones únicas e importantes de la investigación colectiva en las cuales la teoría, la investigación, la pedagogía y la política convergen.

Al analizar los grupos focales dialógicos como práctica de pedagogía crítica muestran el modo en que las prácticas colectivas de alfabetización crítica se utilizaron para abordar políticas locales e intereses ligados con la justicia social conjuntamente con las posibilidades políticas emancipadoras del trabajo colectivo. En estas circunstancias, organizados en torno a palabras y frases generativas y, por lo general, situados dentro de espacios no oficiales, los grupos focales se vuelven sitios de o para la lucha colectiva y la transformación social a nivel local para identificar, interrogar y cambiar las contradicciones vividas específicas que los regímenes de poder/conocimiento hegemónicos tornan invisibles.

Cuando examinan los grupos focales como práctica política **Kamberelis** y **Dimitriadis** brindan descripciones e interpretaciones de grupos focales al servicio de un trabajo político radical diseñado dentro de las agendas de justicia social. Se centran, en especial, en el modo en el cual se han desplegado los Grupos Generadores de Conciencia del feminismo de la segunda y la tercera ola para movilizar agendas de empoderamiento e implementar cambios sociales. El objetivo primario de esos grupos era, a partir de las experiencias vividas de las mujeres, desarrollar teorías que pudieran contribuir con su emancipación y, además, que les permitieran usar el poder de formas productivas, es decir, experimentar con la realidad misma e intervenir en ella. Una función fundamental de los grupos focales dentro del trabajo feminista ha sido la de elicitar y legitimar los testimonios colectivos y las narrativas de resistencia grupal. Estos testimonios y narrativas fueron utilizados por las mujeres —al igual que podría hacerlo cualquier grupo subyugado— para revelar aspectos distintivos y poco investigados de la existencia cotidiana de las mujeres, sus sentimientos, actitudes, esperanzas y sueños.

Al tratar sobre los grupos focales como práctica de investigación **Kamberelis** y **Dimitriadis** demuestran que los grupos focales se han utilizado como instrumentos de investigación cualitativa en diversos momentos epistemológicos y su uso ha permitido, de una parte, explorar la naturaleza y los efectos del discurso social en desarrollo en formas a las que no se puede acceder por medio de las entrevistas o las observaciones individuales y, de otra, cultivar nuevas clases de dinámicas interaccionales descentrando el rol del investigador para acceder, así, a otra forma de relación y a nuevos tipos de información. Muy especialmente, las posibilidades dialógicas brindadas por los grupos

focales ayudan a los investigadores a trabajar activamente para evitar la consolidación prematura de sus comprensiones y explicaciones, señalando, por tanto, los límites de la reflexividad y la importancia de la modestia intelectual/empírica como formas de la ética y de la praxis.

1.2 Análisis

Las perspectivas analíticas

Atkinson y Delamont, en el Capítulo 32, abordan las perspectivas analíticas y su aporte es considerado en este párrafo conjuntamente con el de **Peräkylä**, del Capítulo 34, porque el análisis de datos es un componente primordial del proceso de investigación y se halla vinculado estrechamente con la validez. Sin prescribir un modo determinado en el que debería realizarse ese análisis **Atkinson y Delamont** recomiendan un enfoque particular del análisis de la vida social dentro del ámbito de la investigación etnográfica. Revalúan las estrategias analíticas que evitan el reduccionismo fragmentado, consecuencia de la profesionalización de la investigación cualitativa y de su sujeción a la codificación y a la reflexión explícita. Critican, así, la mirada reduccionista que trata un tipo de dato o una perspectiva de análisis como la fuente primaria de interpretación social y cultural. Asimismo, reafirman su posición respecto de la existencia de ciertas clases de actividades y representaciones sociales que tienen sus modos innatos de organización. Para esta perspectiva, el lenguaje, el discurso, las narrativas, los estilos visuales y los códigos semióticos y culturales son culturalmente relativos y arbitrarios pero, no obstante, muestran un orden estable y predecible, observable y descriptible. Invocando el principio de que la investigación debe ser fiel a los fenómenos bajo estudio, **Atkinson y Delamont** proclaman que los aspectos de la cultura, en la multiplicidad de sus manifestaciones, y las formas y la organización corriente de la vida tienen sus propiedades intrínsecas formales y que, por tanto, el análisis de la vida social debe respetar esas formas haciéndose eco de los imperativos analíticos de los códigos, convenciones y estructuras socialmente compartidas. Esa fidelidad significa observar las formas y los medios a través de los cuales las acciones sociales, los sucesos y las representaciones se ponen en práctica, se codifican o se encarnan.

Atkinson y Delamont se oponen a la aceptación generalizada del empleo de criterios estéticos en la reconstrucción de la vida social, dado que por ese medio se suelen reducir las distintas formas de acción social a un único modo estético, a la vez que se sobrevalora la

voz autorizada del científico social transformando los fenómenos compartidos socialmente y modelados culturalmente en el material de un determinado género literario.

Si hay algo que **Atkinson** y **Delamont** quieren subrayar es que los datos más que reproducirse deben analizarse y que las formas de esos datos y los análisis han de reflejar las formas de la cultura y la acción social. Por ejemplo, si se recolectan y analizan narrativas personales e historias de vida es debido a que constituyen formas a través de las cuales se realizan diversas actividades sociales. Revisan un conjunto de dominios y estrategias de investigación cualitativa —la narrativa y las historias de vida, los datos visuales, el discurso y la acción oral, los ensamblajes materiales y tecnológicos, los lugares y espacios— marcando algunos campos claves de la investigación con el fin de ilustrar y desarrollar su propio argumento relacionado con el tratamiento de los datos cualitativos en el análisis de la organización y la acción social, las identidades y biografías sociales, los contextos y las instituciones sociales. Reclaman, una y otra vez, fidelidad a las *formas* de los fenómenos sociales atendiendo a los sistemas de acción y representación innatos, lo que exige un análisis sistemático de los principios de orden que ellos exhiben. La noción de rigor que **Atkinson** y **Delamont** postulan supone un sentido de fidelidad y representación que está anclado con firmeza en las formas sociales. Para ellos, el mundo social exhibe varios principios innatos de organización, múltiples principios de ordenamiento —discursivos, espaciales, semióticos, narrativos, entre otros— a los cuales debe prestar atención el análisis de datos cualitativos. Cuestionan el actual énfasis en la identificación y documentación de las experiencias o percepciones de los actores sociales en detrimento de la acción social y la organización social, y señalan que entre los objetivos de la investigación etnográfica sobresale el de analizar la acción social, el orden social y la organización social, así como las formas y los contenidos de la cultura.

El análisis de la conversación y el texto

Peräkylä, en el Capítulo 34, al tratar sobre el análisis de la conversación y el texto, diferencia dos tipos de materiales empíricos muy utilizados pero claramente diferentes en la investigación cualitativa: las entrevistas y los materiales de ocurrencia natural. Las entrevistas consisten en producciones discursivas ofrecidas al investigador respecto de cuestiones en las que él o ella están interesados. El tema de investigación no es la entrevista en sí misma sino las cuestiones discutidas en la entrevista. En este sentido, la investigación que utiliza material empírico de ocurrencia natural es diferente; en este tipo de

indagación, los mismos materiales empíricos —por ejemplo, las grabaciones de interacciones sociales, los textos escritos— constituyen especímenes del tema de la investigación. En consecuencia, el investigador está en contacto más directo con el objeto mismo de su estudio. Las entrevistas informales, que son parte del trabajo de campo etnográfico y de los grupos focales, se hallan en un espacio intermedio entre esos dos tipos puros mencionados. Sin embargo, para **Peräkylä**, la distinción entre los datos promovidos por el investigador y los datos de ocurrencia natural debería comprenderse como un continuo, en lugar de como una dicotomía. La presentación de este autor se centra en un extremo de este continuo. En razón de que gran parte de la vida social en la sociedad moderna se encuentra mediada por textos escritos de diferentes clases, los investigadores cualitativos suelen analizarlos sea informalmente, sin emplear un protocolo predefinido, o recurriendo a diferentes clases de procedimientos analíticos tales como: la semiótica, el análisis del discurso y, dentro de éste, la psicología discursiva, el análisis crítico del discurso y el análisis histórico del discurso.

Peräkylä aborda luego, con más detalle, al análisis de la categorización como miembro que se relaciona con las formas normativas y cognitivas involucradas en las relaciones sociales implícitas en la producción y la comprensión de los textos, y que se interesa por el aparato descriptivo que hace posible decir aquello que se dice. Por lo general, la referencia a las personas se lleva a cabo mediante el uso de categorías y los hablantes pueden optar por categorías alternativas. Las categorías están ligadas con actividades de manera que conociendo las acciones, inferimos las categorías de los agentes y conociendo las categorías de los agentes, inferimos qué es lo que hacen. El análisis de la categorización permite observar cómo los textos se constituyen en sitios para la producción y la reproducción de órdenes sociales, morales y políticos.

Peräkylä examina y ejemplifica al análisis conversacional que es un método para investigar la estructura y el proceso de la interacción social, y cuyos resultados ofrecen descripciones cualitativas de estructuras interaccionales —la alternancia de turnos, las relaciones entre emisiones adyacentes— y de prácticas interaccionales. En cuanto a los presupuestos básicos de la organización de la conversación postula que la conversación es acción; que la acción está estructuralmente organizada, y que la conversación crea y mantiene la realidad intersubjetiva. **Peräkylä**, en concordancia con **Atkinson** y **Delamont**, sostiene que las acciones prácticas que constituyen el corazón de la vida social se encuentran íntegramente estructuradas y organizadas, y que en la consecución de sus objetivos los actores tienen que orientarse hacia las reglas y las estructuras que hacen posibles sus acciones.

2. Lo político

Con el objetivo de hacer evidente la perspectiva de los autores de los distintos capítulos acerca de lo político, y siguiendo la perspectiva de la categorización como miembro que he empleado en investigaciones previas —y que, como indiqué, **Peräkylä** desarrolla en el Capítulo 34— he señalado las acciones que esos autores textualmente circunscriben o ligan con la categoría «investigador cualitativo» y que, más precisamente, tiende a representar su propia actividad real o posible como investigadores. Estas acciones pueden resumirse de la siguiente manera: Nombrar y narrar las vidas silenciadas; promover el activismo político; impulsar una agenda social progresista orientada hacia la justicia social; transformar la rabia en una acción política progresista; producir análisis fidedignos y críticos de la cultura y la acción; exhibir al poder como una fuerza productiva, y consolidar las identidades colectivas e implementar el trabajo político. La observación de las acciones que los autores circunscriben a la categoría de «investigador cualitativo», de la que, por lo general, son miembros permite vislumbrar, también, lo que, para ellos, constituiría el futuro deseable de la investigación cualitativa.

Nombrar y narrar las vidas silenciadas

Con el propósito de que la investigación cualitativa pueda formular un proyecto democrático comprometido con la justicia social en una era de incertidumbre **Chase**, en el Capítulo 25, aborda los temas vinculados con la relación entre la investigación narrativa y el cambio social y se pregunta: ¿Qué tipo de narrativas interrumpen procesos sociales opresivos? ¿Cómo y cuándo los análisis y las representaciones de los investigadores de los relatos de los otros promueven la justicia social y los procesos democráticos? ¿Quién se beneficia con la interrupción o la promoción de estos procesos? ¿Qué audiencias necesitan escuchar cuáles relatos de los investigadores y narradores? ¿Qué tipo de relatos y qué tipo de investigaciones narrativas incitan a la acción colectiva? ¿Y con qué objetivo? ¿Cómo los investigadores pueden colaborar para crear las condiciones de una escucha atenta en todas las posiciones sociales?

Para **Chase** los testimonios latinoamericanos y las historias de muchos grupos marginalizados han transformado el paisaje narrativo contemporáneo, y «dar voz» a miembros de esos grupos y «nombrar vidas silenciadas» han sido objetivos fundamentales de la investigación narrativa durante varias décadas. Pero para que un narrador

antes silenciado pueda desafiar con eficacia las presunciones o las acciones de la audiencia ésta debe estar lista para oír el relato del narrador o se la debe sorprender para que preste atención, de ahí que adoptar la perspectiva del otro es un paso necesario para construir el cambio social. Uno de los objetivos de las historias de vida en una era posmoderna es, pues, romper el cepo asfixiante de los metarrelatos que establecen las reglas de la verdad, la legitimidad y la identidad.

Promover el activismo político

Finley, en el Capítulo 26, se centra en los beneficios que brindan a la investigación cualitativa los enfoques con base en las artes en pos de promover el activismo político. Sostiene que esa perspectiva es capaz de contribuir con creces a una estética ética radical que funde sus representaciones del mundo en un conjunto de prácticas interpretativas conducentes a la implementación de teorías críticas de la raza, teorías *queer* y teorías poscoloniales del Tercer Mundo. La genealogía de la investigación con base en las artes que **Finley** adopta está fundada en la creencia de que la investigación de las ciencias sociales es siempre de tipo moral y política, lo cual entiende como una interpelación oportuna a quienes la realizan a fin de que se aboquen a la práctica de investigaciones activistas que participen de la crítica pública y se opongan a los discursos neoconservadores que amenazan a la justicia social. Lo que se requiere es, entonces, enfatizar y confrontar las cuestiones de poder incluyendo las diversas formas de conocer a partir de la incorporación de la multiplicidad de voces de quienes participan en el proceso de investigación y de representación.

La investigación con base en las artes surge en contextos poscoloniales; se inserta históricamente en un marco de referencia posmoderno caracterizado por una dinámica activista entre artistas e investigadores sociales, y se ubica en el contexto de un cambio de tipo reflexivo que ha caracterizado a las ciencias sociales, la filosofía, la crítica literaria, la ciencia, la educación y las artes, y que se evidencia especialmente en el giro narrativo del discurso sociológico. Es uno de los tantos géneros metodológicos y teóricos nuevos de la investigación cualitativa y se la emplaza en la que se concibe como una tradición emergente de investigación-acción crítica y participativa en las ciencias sociales. Quienes optan por esta línea de investigación proponen la reinterpretación de los métodos y las éticas de las investigaciones sociales humanas y buscan construir procesos de investigación orientados a la acción que resulten útiles dentro de la comunidad local en la que se origina el estudio.

Impulsar una agenda social progresista orientada hacia la justicia social

Angrosino, en el Capítulo 28, manifiesta que la visión tradicional de la observación con sus imperativos de objetividad, validación y capacidad de replicación no es hoy sino un punto más de un continuo en lugar de constituir la única voz legitimada de la investigación social. El interrogante apremiante al que los investigadores se enfrentan en la actualidad remite a la forma de llevar esta nueva perspectiva más allá de los confines del discurso académico garantizando su relevancia de maneras que permitan impulsar una agenda social progresista. Esta agenda supone determinar los valores que pueden ser invocados para explicar y justificar los modos en los que se intenta utilizar el conocimiento etnográfico. Ante la urgencia de que individuos y grupos adopten un interés activo por las reformas sociales y económicas necesarias, **Angrosino** enfatiza el elemento vinculado con la justicia social, y propone tres maneras en las cuales los investigadores pueden acercarse a los principios encarnados por el concepto de justicia social: a) el establecimiento de una conexión directa con los pobres y los marginalizados, lo que implica una relación directa con ellos y, necesariamente, volverse parte de la vida cotidiana de una comunidad; b) la formulación de preguntas y la búsqueda de respuestas basadas más en la propia experiencia de campo y en los aportes de la comunidad en la que se trabaja que en la bibliografía especializada, y c) la conversión en un defensor que ayuda a las personas a discernir y articular cuestiones incipientes y que termina trabajando *con* la comunidad en lugar de *para* la comunidad.

Para realizar la tarea enunciada **Angrosino** propone una pedagogía del aprendizaje-servicio que, más que una simple forma de incorporar alguna investigación local de campo en los cursos de ciencias sociales, constituye un proceso de integración en los programas de estudio del servicio de voluntariado comunitario, junto con una reflexión activa guiada, con el fin de que el aprendizaje del material del curso por parte de los estudiantes no sólo resulte más enriquecedor sino que, al mismo tiempo, se afronten problemas reales de la comunidad y se contribuya con ella. De este modo, el aprendizaje-servicio, que comienza con la observación cuidadosa de una comunidad por parte de un estudiante comprometido que adopta una identidad como miembro de ella, equivale a un compromiso activo con la comunidad, y dentro de ella, a fin de promover los objetivos de una agenda política y social progresista orientada hacia la justicia social.

Transformar la rabia en una acción política progresista

Holman Jones, en el Capítulo 30 pretende crear un diálogo complejo y perturbador sobre los relatos personales, la representación y el cambio social y escenificar ese diálogo en y a través de su propia experiencia en primera persona. Propone transformar la rabia en una acción política progresista, en una teoría y un método que vincule la política, la pedagogía y la ética con un accionar en el mundo. Define a éste como un desafío en el que los autoetnógrafos han estado trabajando al intentar la creación de textos que se desarrollen en el espacio intersubjetivo del individuo y la comunidad, y que adopten tácticas para *saber* y *mostrar*. Tal desafío supone interrogarse, por un lado, sobre las maneras y los medios encarnados, tácitos, de entonación e improvisación, gestuales, coexperenciales y encubiertos en los cuales se expresan el conocimiento, la experiencia, el significado y la resistencia, y, por el otro, sobre el lugar de las emociones en la comprensión y la producción de teorías acerca de la relación entre el yo, el poder y la cultura. Esos interrogantes también comprenden sobre la forma en la que se construyen, revelan e implican las múltiples identidades del hablante en el relato de las narrativas personales y cómo esas narrativas se introducen dentro de los contextos en que se cuentan y los modifican, y, entre otros, a los modos en los cuales los relatos ayudan a crear, interpretar y cambiar las vidas sociales, culturales, políticas y personales de quienes los narran.

A lo que aspira **Holman Jones** es a crear un tipo de obra que actúe a lo ancho del mundo, en el mundo y sobre él, y a modificar el propio enfoque, pasando de la representación a la presentación, y del ensayo de nuevos modos de ser a su actuación. Tales cuestiones plantean la idiosincrasia del desafío: dialogar y compartir de maneras nuevas y complejas, pensar y repensar las propias posiciones y compromisos, y continuar resistiendo en la búsqueda de una esperanza. Estos esfuerzos señalan, para la autora, el modo en el cual los relatos personales se convierten en un medio para la interpretación del pasado mediante la traducción y transformación de contextos, y la concepción de un futuro. La ligazón entre lo personal y lo político da cuenta de la forma en la cual el giro hacia las narrativas performativas y las representaciones de narrativas crea una poética políticamente eficaz.

Producir análisis fidedignos y críticos de la cultura y la acción

Atkinson y Delamont, en el Capítulo 32, enfatizan el valor de las perspectivas analíticas que exponen y desarrollan en relación con la crítica social. Sugieren que una ciencia social comprometida debe

permanecer fiel al orden intrínseco de la vida social y refuerzan la necesidad tanto de emplear formas sistemáticas, disciplinadas y basadas en principios para dar cuenta del mundo social y para el mundo social como de producir información sobre el mundo social que permita reconocer las convenciones de las representaciones de los medios, la moda y la cultura del consumo, el discurso político y el cotidiano, el conocimiento científico, el cine y las codificaciones visuales. Critican, entonces, aquellos trabajos que reducen el mundo social al dominio de la experiencia y que son incapaces de producir análisis fidedignos y críticos de la cultura y la acción.

Exhibir al poder como una fuerza productiva

Peräkylä, en el Capítulo 34, compara algunos de los métodos de análisis de la conversación y el texto que examina en términos de su relación con las cuestiones vinculadas con el poder y el cambio social. Evidencia cómo el análisis histórico del discurso permite exhibir al poder como una fuerza productiva: como algo que da vida a realidades en lugar de suprimirlas. Por su parte, el análisis de la categorización como miembro posibilita establecer, entre otros, la conexión entre la categorización y el prejuicio racial y demás prejuicios, y muestra como la categorización es un campo de relaciones de poder cambiantes. Aunque considera como más compleja la relación del análisis conversacional con las cuestiones vinculadas con el poder y con el cambio social, alega que es dable sostener que ninguna institución social podría operar sin el sustrato del orden interaccional ya que es a través de preguntas, respuestas, evaluaciones, acusaciones, narrativas, interpretaciones y otros dispositivos similares que estas instituciones operan.

Consolidar las identidades colectivas e implementar el trabajo político

Kamberelis y Dimitriadis, en el Capítulo 35, intentan mostrar cómo los grupos focales, independientemente de cuáles sean sus propósitos, casi siempre son articulaciones complejas y multivalentes de prácticas y efectos instructivos, políticos, empíricos que ofrecen concepciones únicas acerca de las posibilidades de la investigación crítica, o para la investigación crítica, como una práctica deliberativa, dialógica y democrática que está siempre involucrada y comprometida con los problemas y las asimetrías del mundo real en relación con la distribución del capital económico y social. Para estos autores, las dimensiones éticas y políticas son parte de todas las prácticas y de todo conocimiento y la investigación en sí misma constituye siempre

un trabajo relacional, político y ético. Expresan que no hay un lugar privilegiado desde el cual experimentar e informar acerca de las experiencias de un modo objetivo sino sólo posiciones en diálogo. Los grupos focales, a la vez que funcionan como sitios para la consolidación de las identidades colectivas y la implementación del trabajo político permiten, al mismo tiempo, la proliferación de significados y perspectivas múltiples como, también, las interacciones entre ellas.

3. La representación

Como se ha podido advertir, en los textos de los distintos capítulos de este Volumen IV se observa una honda preocupación por parte de los autores acerca de la representación, esto es, respecto de *quienes*, de *qué* y *cómo* hablan los datos y los informes de investigación. Sin embargo, es necesario poner de resalto que el término «representación» puede aludir tanto a la que realiza el actor participante acerca de sí, de otros actores y de su situación como a la que construye el investigador acerca de ese actor, de otros actores, de la realidad de todos ellos y, también, acerca de sí mismo y de su situación. El término «representación», como podrá advertirse, se emplea, asimismo, con el significado de «actuación». A las diversas representaciones textuales en torno a la «representación» contenidas en los distintos capítulos me referiré seguidamente.

La representación de la identidad en la narrativa

En el Capítulo 25 **Chase**, rechazando la visión referencial del lenguaje entiende que un principio fundamental del giro narrativo es que los hablantes construyen acontecimientos valiéndose de la narrativa en lugar de referirse simplemente a esos acontecimientos. Los investigadores narrativos consideran las narrativas como acciones verbales, como hacer y lograr algo. Por medio de ellas los hablantes construyen, representan y diseñan su yo, su experiencia y su realidad y explican su situación y la mantienen, la conforman, la defienden, la confirman, la desafían o se quejan de ella. Al calificar la narración como activamente creativa, los investigadores enfatizan la voz, o voces, del narrador, lo qué comunica, cómo lo comunica y desde qué posición social habla. Se distancian, así, de los interrogantes acerca de la naturaleza factual de los dichos del narrador, enfatizan sus versiones del yo y de la realidad, y dan por sentado que los narradores son creíbles y verosímiles.

La representación de los otros por parte del investigador

Chase, en el Capítulo 25, incorpora la dificultad asociada con la representación como «otros» distantes de los protagonistas de las historias que recoge la investigación narrativa. Reproduce los interrogantes de las feministas: a) sobre la voz, la autenticidad, la autoridad interpretativa y la representación; b) sobre el significado de oír la voz del otro; c) sobre la posibilidad de que las historias de vida y las narrativas personales «hablen por sí mismas»; d) sobre la mediación de las condiciones sociales, culturales, históricas y de interacción en los relatos; e) sobre las formas en las que las voces de las mujeres resultan silenciadas, múltiples y/o contradictorias; f) sobre las condiciones en que las mujeres desarrollan contranarrativas a medida que narran sus vidas, y g) sobre cómo los investigadores deberían representar esas voces y concepciones en sus trabajos escritos.

También **Markham**, en el Capítulo 31, recapacita sobre la representación ética de los otros en los informes de investigación y la define como una de las categorías respecto de las cuales es necesario tomar decisiones en el proyecto de investigación. La construcción de ese informe presenta una realidad de aquello que se ha estudiado, la cual estará influenciada por la identidad y la participación del investigador. La representación de los otros por parte de ese investigador está inexorablemente ligada con la forma en la que recolecta los datos y los discrimina entre relevantes e irrelevantes, por lo que la decisión acerca de lo que constituye un dato es un tema crucial de ponderación. Es, pues, fundamental reflexionar cuidadosamente acerca del grado en el cual en el diseño de investigación se prioriza al investigador en detrimento tanto de la comprensión del otro como del contexto y acerca de las formas de representar al yo, a los participantes y al contexto reconociendo el control que ejerce el investigador sobre esas representaciones, así como su poder de reconfigurar tanto la identidad de una persona como la situación en la que interactúa.

La resistencia y la desautorización de los textos

Finley, en el Capítulo 26, vuelve sobre las cuestiones en examen al tratar sobre la investigación con base en las artes y proponer una distinta relación de investigación y, con ella, el paso de los participantes a colaboradores o coinvestigadores, y de los investigadores a integrantes de la comunidad. Se interroga acerca de la manera en la cual debe informarse la investigación, acerca de si son apropiadas las perspectivas tradicionales sobre la difusión cuando la audiencia se amplía hasta incluir a las comunidades locales; acerca de cómo habrán

de informar sus interpretaciones los investigadores sin violentar la «otredad» de los actores participantes y sin someterlos o quitarles la voz al narrar sus historias, y acerca de las política que debería adoptar la investigación para que sus informes lleguen no sólo a otros investigadores y diseñadores de políticas sino también a los participantes a fin de que puedan aplicar los hallazgos en pos de su bienestar.

Finley recurre a aquellos enfoques, fundados en la teoría de las inteligencias múltiples, que afirman tanto la existencia de diferentes maneras de conocer el mundo como que expandir el espectro de perspectivas disponibles para la construcción del conocimiento aumenta el valor informativo de la investigación. Estas orientaciones insisten en el poder de la forma para informar y para superar la crisis representacional fomentan el acceso a los campos existentes, como las artes y las letras, concibiendo que el arte, la música, la danza, el cine, la prosa y la poesía son algunas de las formas que pueden cumplir con esa función. En este proceso cambiante, la producción no se ubica ni dentro ni fuera del ámbito de las ciencias sociales o del arte; al contrario, se sitúa en el espacio formado por la emotividad, el intelecto y la identidad. El arte es igual a la ciencia en cuanto a la forma de comprender el mundo, aunque en ocasiones sea la manera más clara y profunda de las dos. La investigación con base en las artes es uno de los tantos estudios sistemáticos de los fenómenos emprendidos para expandir la comprensión humana: ni es arte, ni es ciencia. Por tanto, en este tipo de investigación, los paradigmas, para la creación de significado en los ámbitos de las ciencias sociales y del arte, colisionan, se fusionan y se reestructuran formando aquello que, en rigor, no puede identificarse como arte o como ciencia. Ésta no identificación representa, para **Finley**, un acto de emancipación política del paradigma dominante en la ciencia.

La investigación con base en las artes apela a elementos de naturaleza estética, diferentes según la forma artística, que se seleccionan por su utilidad para transformar los contenidos de la experiencia en una forma que tenga la potencialidad de desafiar creencias y valores, a veces muy arraigados. La dimensión estética de este tipo de investigación se nutre de la imaginación, la comunidad, la experiencia comunitaria y la conciencia perceptual, emocional y sensorial. El aspecto estético lo otorga el arte implícito en la vida diaria y al utilizar un lenguaje cotidiano, personal y local y al promover textos ambiguos abiertos a la interpretación, la investigación con base en las artes convoca a las personas al diálogo y posibilita una revisión crítica de las estructuras sociales contribuyendo con la escritura y rescritura de significados que deslegitiman de forma continua la autoridad de los textos y operan como forma de resistencia.

Las voces representadas y las voces acalladas

Fontana y Frey, en el Capítulo 27, al tratar sobre la entrevista resaltan la importancia del papel del investigador como trabajador de campo y no como autor y señalan su posible influencia en el estudio, tanto en los métodos de recolección de datos como en las técnicas para el informe de los hallazgos. Refieren a una de las formas de restringir esa influencia, esto es, a la entrevista polifónica en la que se reduce al mínimo la interferencia del investigador en el registro de las voces de los entrevistados, evitando que a través de su interpretación, esas voces se resuman en el informe posterior como una única voz. Por el contrario, en vez de pasarlas por alto, se incluyen en el informe las múltiples perspectivas de los distintos entrevistados y se analizan los problemas y las diferencias encontradas. Las «voces», adquieren cada vez más importancia y atañen a la forma en la que los investigadores expresan y escriben las historias que relatan, a la información que incluyen y a la que excluyen, a las voces que eligen representar y a aquellas otras que acallan, niegan, olvidan. Para **Fontana y Frey** las concepciones de los investigadores sobre los seres humanos no pueden estar determinadas por los métodos. Como trabajadores de campo deben ejercitar el sentido común y la responsabilidad respecto, primero, de los entrevistados; luego, del estudio y, por último, de ellos mismos.

Las voces múltiples

En este mismo sentido **Angrosino**, en el Capítulo 28, revisa el presupuesto tradicional de la validez que reconocía la posibilidad arribar a la verdad por medio de una comparación minuciosa entre los informes de los etnógrafos y los informantes, y sostiene que los científicos sociales se están inclinando cada vez más a esperar diferencias entre los testimonios basadas en género, clase, etnicidad y otros factores difíciles de consensuar. La verdad etnográfica ha llegado a considerarse por este camino un elemento compuesto de muchas partes, por lo que ninguna perspectiva puede reclamar un privilegio exclusivo en su representación. El resultado de la investigación etnográfica no puede, por tanto, reducirse a una forma de conocimiento capaz de circunscribirse exclusivamente a la voz monologal del etnógrafo. Se impugna tanto la considerada como necesaria distancia entre los etnógrafos y sus sujetos humanos como el mismo término «sujeto» por sus connotaciones colonialistas, y se declara la existencia de un diálogo entre los investigadores y aquellos cuyas culturas o sociedades han de describirse. Aquí «diálogo» no se refiere literalmente a la conversación entre

dos partes sino a la presencia de voces múltiples, aún contradictorias. Por consiguiente, el análisis de las interacciones, las relaciones y los estados emocionales de los propios etnógrafos se ubica en el centro de las mismas etnografías.

La representación, como sitio de diálogo y negociación entre el intérprete y el espectador

Holman Jones, en el Capítulo 30 concibe la autoetnografía como un texto performativo, introspectivo, a la espera de ser representado. Con esta afirmación no sugiere que la etnografía abandone el texto o el campo en favor de la representación; por el contrario, apunta a que se utilice la representación como una metáfora, un medio y un método para considerar y compartir aquello que se pierde y queda afuera de nuestro campo de trabajo y de nuestros textos, así como para pensar sobre el modo en el cual la representación complementa, altera, suplementa y critica dichos textos. Percibe la etnografía performativa como un inventario del propio investigador y del otro, un acto de interpretación y una representación de esa evaluación y un viaje a través de la imitación y la creación hacia el movimiento, precisamente, porque la etnografía performativa busca implicar a los investigadores y las audiencias mediante la creación de una experiencia que reúna la teoría y la práctica de formas complejas, contradictorias y significativas. Esa etnografía supone la creación de un contexto específico para la representación y la labor en colaboración con una comunidad de trabajo de campo ante la cual se responde, así como la puesta en relieve del rol situado e interesado del actor en la interpretación de una cultura, y la provisión de una diversidad de perspectivas que los miembros de la audiencia deberán sintetizar activamente.

Holman Jones refiere que el interés creciente por la representación autobiográfica tiene mucho que ver con un cambio en los estudios performativos, que han pasado de ser una representación estética a un paradigma más integral para permitir explicar, criticar y experimentar la manera en la cual se vive la vida contemporánea. A partir de este cambio, surgió un énfasis en la narrativa personal en tanto compromiso situado, fluido y cargado emocional e intelectualmente del yo y de los otros, tanto intérpretes como testigos, que se hace posible en virtud del juego cambiante y revelador entre el intérprete y el espectador. Las representaciones autobiográficas brindan, de este modo, una oportunidad para la educación, el empoderamiento y la emancipación. La performatividad señala la dificultad de separar los propios relatos de vida, que se crean y recrean en el momento en que

se los narra, de los contextos sociales, culturales y políticos en los que se originan. La representación, como sitio de diálogo y negociación, es en sí misma, un espacio en debate.

La representación de los actores y sus situaciones y la imposición de criterios y de competencias performativas y estéticas

En el Capítulo 32, **Atkinson y Delamont**, sostienen que la escritura de etnografía es un aspecto importante del análisis etnográfico. Mediante ella se reconstruye un determinado mundo social o algunas de sus características claves. Sin embargo, esas reconstrucciones suponen elecciones, omisiones, inclusiones, evaluaciones dado que no hay un medio transparente a través del cual es posible representar un mundo social. La llamada transparencia del lenguaje no es sino un cúmulo de convenciones textuales. La fotografía, el cine y el video no son meros medios de grabación pasivos; por el contrario, modelan activamente la recepción de los fenómenos sociales y culturales.

Atkinson y Delamont cuestionan el recurso de asimilar la representación etnográfica a formas literarias como la poesía a la ficción. En la representación de fenómenos sociales a través de la poesía, por ejemplo el foco de atención se desplaza de forma radical desde la cultura y las acciones de los actores sociales hacia el trabajo representacional de los mismos etnógrafos y en este proceso se produce una estetización del mundo social. Por un lado, lo que se considera un buen relato etnográfico corre peligro de depender principalmente de criterios estéticos y, por el otro, la asimilación de los fenómenos culturales y sociales a textos dominados por la primera persona, ya sean prosa o poesía, puede llegar a violentar las características idiosincráticas de los fenómenos en sí mismos y puede poner en riesgo la estética intrínseca, y otras características formales de los significados, sucesos y acciones originales. **Atkinson y Delamont** reiteran estas reservas también respecto de la etnografía performativa y sugieren a los investigadores no imponer sus criterios y competencias performativas y estéticas en la representación de situaciones, culturas y actores, ignorando, al mismo tiempo, las formas locales innatas de representación a través de las cuales la cultura, la organización y la acción se mantienen realmente en la vida cotidiana. Como puede advertirse, la posición de **Atkinson y Delamont** se enfrenta tanto a la concepción de **Holman Jones** que, en el Capítulo 30 sobre la autoetnografía, reivindica las convenciones de la escritura literaria y subraya el interés creciente por la representación autobiográfica, como a la de **Finley** que, en el Capítulo 26, destaca que la investigación con base en las artes apela a elementos de naturaleza estética, los que se seleccionan

por su utilidad para transformar los contenidos de la experiencia personal en una forma que tenga la potencialidad de desafiar creencias y valores arraigados.

4. La ética

En este apartado incluiré las propuestas que realizan los autores de los distintos capítulos de este Volumen IV con la finalidad, por una parte, de señalar, enfrentar, resolver, superar los problemas éticos que suscita el desarrollo de la investigación cualitativa y, por la otra, de resaltar las limitaciones, restricciones y exclusiones que supone la aplicación de las pautas y criterios de evaluación de las cuestiones éticas aplicados a nivel institucional.

La razón proporcional como base para una práctica ética de la investigación social

Frente al cambio de parámetros de la ética investigativa y la regulación de la investigación social por parte de los Comités Institucionales de Conducta Ética que se han convertido en los guardianes de facto de gran parte de las investigaciones académicas, **Angrosino**, en el Capítulo 28, recuerda que las acciones humanas siempre deben interpretarse de acuerdo con un contexto situacional y no, en términos de códigos objetivos de aplicación universal. Propone un método de «razón proporcional», como una manera de vincular la investigación social con un marco de referencia ético. Esta posición evalúa la relación entre el valor específico en juego y las limitaciones, el perjuicio o los inconvenientes que inevitablemente tendrán lugar al tratar de lograr ese valor. En otras palabras, aunque sea importante considerar las consecuencias de una acción, es menester tener presente que las consecuencias son sólo una parte del significado total de una acción. La razón proporcional define lo que una persona está haciendo en una acción, por ejemplo, un etnógrafo participante en un contexto observacional, considerando que la persona y la acción son inseparables. La ventaja moral de la estrategia del razonamiento proporcional es que anima a los investigadores a admitir los errores cuando ocurren, a corregirlos en la medida de lo posible, y a continuar avanzando. Por el contrario, el modo «objetivo» de ética de la investigación, alienta a los investigadores a creer que han eliminado todos esos problemas, con lo cual son renuentes a reconocer las dificultades que surjan y, por tanto, son menos capaces de enmendar los perjuicios. La lógica vinculada

con una razón proporcional, como base para una práctica ética de la investigación social, lejos de deslizarse hacia el relativismo subjetivo, se basa en un sentido de comunidad; el individuo que toma la decisión ética debe, en última instancia, guiarse por una especie de discernimiento comunitario. Las abstracciones del marco de referencia de la razón proporcional pueden traducirse en una agenda social progresista que sirva como guía para el investigador. La política progresista busca una sociedad justa no en el sentido de la justicia conmutativa, distributiva o legal sino de la justicia social, la que está vinculada con la obligación que tienen todas las personas de aplicar los principios morales a los sistemas e instituciones de la sociedad.

La sensibilidad y el pacto

Harper, en el Capítulo 29, también recoge la preocupación de la revisión institucional de las investigaciones en relación con las cuestiones éticas respecto de los problemas del consentimiento informado de los sujetos y respecto de su anonimato. Estos problemas alcanzan a los investigadores cualitativos y a los fotógrafos sociológicos y se vinculan con la observación de la vida pública y las dificultades de preservar el anonimato cuando los actores participantes desean renunciar a él. Incorpora la concepción que propone resolver las cuestiones éticas vinculadas con la investigación visual recurriendo a una perspectiva para la investigación anclada en la sensibilidad y en una posición ética proclive al pacto como medio para tratar los problemas éticos. Tal sensibilidad requiere que el investigador desarrolle una comprensión profunda de los sujetos, de modo que pueda determinar qué individuos y qué actividades pueden fotografiarse, cuáles son los modos apropiados de hacerlo y cómo deben utilizarse las imágenes resultantes. Todo lo cual demanda la comprensión del punto de vista de los sujetos, en especial, de sus ideas sobre cómo y dónde serán usadas las imágenes. Ese pacto requiere que el investigador tome en cuenta su relación con los sujetos de un modo mucho más amplio y acepte las obligaciones que surgen entre personas involucradas e interdependientes. El desarrollo de las ciencias sociales visuales requiere, para **Harper**, que las reglas y las normas vinculadas con la ética profesional reconozcan el derecho de los fotógrafos/investigadores a tomar fotografías en público y a presentar sujetos identificables, siempre en el contexto de consideraciones éticas que asuman que los fotógrafos/investigadores se hallan conectados por redes de obligaciones y consideraciones morales.

El cambio ético, la apertura, la participación y el diálogo

Holman Jones, en el Capítulo 30, postula la necesidad de reconocer que se requiere un cambio ético para hacer de la autoetnografía y de las representaciones autoetnográficas una puerta, un instrumento de encuentro, un lugar de negociaciones públicas y privadas. Con esta finalidad desarrolla una lista de acciones y logros que, supone, podrían orientar su trabajo y el trabajo de otros. Entre ellos se encuentran: a) la participación como reciprocidad; b) la parcialidad, la reflexividad y potencialidad de citación como estrategias de diálogo —y no de dominio—; c) el diálogo como un espacio de debate y negociación; d) el relato y la narrativa personal como una obligación de crítica a las posiciones subjetivas, los actos y las nociones recibidas sobre la experiencia y la justicia; e) la evocación y la emoción como incentivos para la acción, y f) la encarnación comprometida como una condición para el cambio, lo cual se liga con el cómo hacer que los textos hagan, es decir, que promuevan la acción política.

Las decisiones metodológicas como decisiones éticas

Markham, en el Capítulo 31, alega que, si examinamos en profundidad los modos en los cuales las nuevas tecnologías comunicacionales influyen sobre el proyecto de investigación, es posible descubrir cuestiones que podrían objetar los motivos fundamentales por los que se investiga. Explorar esas cuestiones y reflexionar sobre los roles, métodos, posturas éticas e interpretaciones de los investigadores puede contribuir con la creación de una práctica de investigación reflexiva y socialmente responsable. Cada decisión metodológica es una decisión ética y no debe subestimarse la potencialidad política y las consecuencias derivadas de la propia investigación. **Markham** refiere las cuestiones que es necesario considerar para tomar decisiones basadas en principios éticos y ellas se ligan con interrogantes acerca de si se busca enaltecer lo bueno y actuar de manera que no se dañe a otros y acerca de si se reconoce la autonomía de los otros, su igual valor respecto de nosotros y su derecho a que así sean tratados. En lugar de preguntar cómo proteger al sujeto humano, propone encontrar respuestas más ricas modificando el propio enfoque al situar al sujeto humano en el centro de la investigación para modificar las apreciaciones éticas y llevar a cabo una investigación socialmente responsable.

La investigación cualitativa como relacional, práctica y ética

Kamberelis y Dimitriadis, en el Capítulo 35, conciben que en los grupos focales la pedagogía, la política y la metodología interpretativa convergen y proporcionan un modo en el cual pensar acerca de los nuevos horizontes en la investigación cualitativa como un trabajo relacional con orientación práctica y fundado en la ética. En cuanto a las características de la práctica de la investigación contemporánea, estiman que la ética y la responsabilidad deben guiar esa discusión, una discusión que implique por completo a los investigadores en cada paso de su recorrido. Esto incluye las formas en las que los investigadores están posicionados dentro de los grupos con los cuales trabajan. Esos investigadores deben operar de forma activa en contra de la construcción de «otredad» en el trabajo de campo. Es decir, en contra de la creación objetiva de sujetos prolijamente delimitados sobre los cuales informar y, al mismo tiempo, deben resistir frente al riesgo de adoptar una mirada introspectiva como forma de evitar la responsabilidad ética de actuar en el mundo.

Con similar orientación **Chase**, en el Capítulo 25, propone a los investigadores enfocarse en las particularidades del relato y en la voz del narrador e interrogarse acerca de qué voz o voces utilizar para interpretar y representar las voces de los participantes. También **Finley**, en el Capítulo 26, otorga significación especial a las cuestiones éticas presentes en la relación entre el investigador y la comunidad, revalorizando la perspectiva ética de la comunidad con similar perspectiva que **Angrosino** quien, en el Capítulo 28, propone al investigador guiarse por el discernimiento comunitario frente a la exigencia de tomar decisiones éticas.

5. Reflexiones finales

Otro de los problemas presentes en los distintos capítulos de este Volumen IV compartido, además, por gran parte de sus autores, es el que atañe al rol del investigador en el proceso de investigación cualitativa. Así, **Chase**, en el Capítulo 25, se interroga sobre el papel del poder y por los intereses de los investigadores en la relación de investigación, y sobre quién debería formular y responder las preguntas y tener la última palabra. **Finley**, en el Capítulo 26, refiere a las nuevas prácticas que redefinieron los roles del investigador cualitativo y de los participantes en la investigación, con las que se torna difusa la línea que antes distinguía a unos de los otros actores que son parte de la relación de investigación. En el Capítulo 27, **Fontana** y **Frey** señalan

el énfasis puesto en la remoción de las barreras entre el entrevistador y el entrevistado durante el proceso de entrevista, así como la consolidación del proceso por el cual los investigadores comienzan a comprender con profundidad que el hecho de conocer a los otros equivale a conocerse a sí mismos. Al interrogarse sobre la posición y el *status* del investigador observacional **Angrosino**, en el Capítulo 28, arguye que los etnógrafos ya no pueden afirmar ser los únicos árbitros del conocimiento sobre las sociedades y las culturas que estudian, mientras que **Kamberelis** y **Dimitriadis**, en el Capítulo 35, destacan que los grupos focales como práctica de investigación han permitido cultivar nuevas clases de dinámicas interaccionales descentrando el rol del investigador para acceder, de esta suerte, a otro tipo de relación.

La modificación del rol atribuido al investigador se encuentra estrechamente asociada con el presupuesto de la colaboración entre el investigador y los actores participantes en el proceso de producción de conocimiento. **Chase**, en el Capítulo 25, afirma que una narrativa es una producción conjunta entre el narrador y el oyente, aunque en esa interacción intervienen y median los discursos históricos, sociales, culturales los cuales son reproducidos, transformados, resistidos. **Finley**, en el Capítulo 26, expresa que los participantes pasaron de ser considerados como sujetos a convertirse en colaboradores o coinvestigadores y, por su parte, **Fontana** y **Frey**, en el Capítulo 27, conciben la entrevista como un proceso activo que involucra a dos o más personas cuyos intercambios representan un esfuerzo colaborativo que conduce a la creación de una historia de forma mutua. De igual modo, **Angrosino**, en el Capítulo 28, asevera que, en la actualidad, se actúa en un contexto de investigación colaborativa, y esa colaboración, implica la participación de los investigadores y de los actores participantes. Asimismo, **Kamberelis** y **Dimitriadis**, en el Capítulo 35, resaltan las posibilidades dialógicas brindadas por los grupos focales y las consecuencias de esas posibilidades en relación con la producción de conocimiento.

El presupuesto acerca de la construcción cooperativa del conocimiento en el proceso de investigación cualitativa es uno de los pilares fundamentales de la Epistemología del Sujeto Conocido que he propuesto con base en el trabajo de campo y, en virtud de ese presupuesto, *la piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza del ángulo* (Salmos 118:22). Una de las condiciones del conocimiento científico para esa epistemología es que el *qué* se transforme en *quién*, que los sujetos no sean considerados como objetos sino como sujetos, pero sujetos con una realidad ontológica distinta a la supuesta en la epistemología anterior —esto es, en la del sujeto cognoscente— porque la

identidad posee dos componentes: el esencial y el existencial. Mientras el primero constituye el elemento común que identifica a las personas como tales y las iguala, el segundo constituye el aspecto diferencial que distingue a cada una y la hace única, en su diferencia, frente a todas las demás. Para la Epistemología del Sujeto Conocido la relación entre este sujeto y quien lo está conociendo es una relación igualitaria. La aceptación del principio de igualdad esencial es una condición necesaria para que tenga lugar la interacción cognitiva en el proceso de investigación. Sin esa interacción no puede darse la construcción cooperativa del conocimiento, según la cual disímiles formas de conocer, producen un conocimiento por igual legítimo. Esa construcción es posible porque dos o más personas, esencialmente iguales en dignidad, realizan aportes diferentes derivados de su igual capacidad de conocer y fruto de su propia biografía, de las circunstancias, luchas y logros de su propia existencia.

Introducción al Volumen IV

Métodos de recolección y análisis de datos

Nada está por fuera de la representación. La investigación conlleva una compleja política de representación. El investigador socialmente situado crea por medio de la interacción y de las prácticas materiales aquellas realidades y representaciones que constituyen el objeto de su investigación. Las prácticas interpretativas de la investigación cualitativa se implementan en esas situaciones. Estas prácticas metodológicas representan distintos modos de generar y representar los materiales empíricos fundados en el mundo cotidiano. El Volumen IV de este *Manual de investigación cualitativa* examina las múltiples prácticas y métodos de análisis que hoy emplean los investigadores cualitativos en su condición de *bricoleurs*.

Investigación narrativa

En la actualidad, prospera la investigación narrativa; está en todas partes. Conocemos el mundo por medio de las historias que de él se cuentan. Sin embargo, la investigación narrativa como nos lo recuerda Susan Chase (Capítulo 25 de este Volumen), por tratarse de un tipo particular de investigación cualitativa, es un campo que se encuentra en construcción. Chase define la narración como la construcción retrospectiva de significado, y a la investigación narrativa como una «amalgama de lentes interdisciplinarias, abordajes disciplinarios

diversos y métodos tradicionales e innovadores, todos los cuales giran alrededor del interés hacia los detalles biográficos tal como son narrados por quienes los viven». Chase proporciona un excelente panorama histórico de este campo, desde aquel de los sociólogos y antropólogos en la primera mitad del siglo XX, quienes promovieron el método de las historias de vida, pasando por las feministas de la segunda corriente, quienes «le insuflaron nueva vida al estudio de las narraciones personales», hasta los sociolingüistas que trataron la narrativa oral como una forma de discurso y los actuales académicos, quienes convirtieron el uso de las entrevistas en el estudio acerca de cómo las personas actúan y cuentan historias sobre sí mismas.

Las narraciones son formas de acción socialmente determinadas, performances socialmente situadas, modos de actuar y dar sentido en el mundo. Los investigadores de la narrativa por lo habitual escriben en primera persona y, de esta manera, «enfatan su propia acción narrativa». Chase identifica varios abordajes diferentes del análisis narrativo, que incluyen los psicológicos, sociológicos, antropológicos, autoetnográficos y los estudios de identidad performativos. Subraya, pues, una serie de cuestiones que deben ser tratadas en toda investigación narrativa. Éstas conllevan la autoridad interpretativa y la «escucha» de la historia que está siendo contada. La investigación narrativa puede adelantar una agenda de cambio social. Los narradores que han sufrido experiencias dolorosas pueden empoderar a otras personas para que cuenten sus propias historias. Los *testimonios*,* como narraciones de situaciones de emergencia, pueden movilizar a una nación contra la injusticia social, la represión y la violencia. Las historias colectivas pueden formar la base de un movimiento social. Contar historias de personas marginalizadas puede ayudar a crear un espacio público que interpele a otros a que escuchen lo que no quieren oír.

Investigación con base en las artes

La investigación basada en las artes emplea la estética, los métodos y las prácticas de las artes literarias, performativas y visuales así como la danza, el teatro, el cine, el collage, el video y la fotografía. Este tipo de investigación es intertextual. Atraviesa la fronteras del arte y de la investigación. Susan Finley (Capítulo 26 de este Volumen) escribe una historia de esta metodología, ubicándola en el contexto poscolonial posmoderno. Evalúa la utilidad del arte activista

* En castellano en el original. [N. del T.]

(por ejemplo, las fotografías de refugiados de guerra, el arte infantil y el arte callejero, el teatro callejero) cuando el objetivo es el activismo político. Finley muestra cómo el arte activista puede usarse para abordar temas de relevancia política, lo que incluye hacer que los miembros de la comunidad se comprometan a participar de forma activa en actos de autoexpresión política.

Cuando se basa en una pedagogía performativa crítica, el trabajo basado en el arte puede usarse para proponer una agenda política progresista que trate problemas de inequidad social. De este modo, los investigadores toman sus «cámaras, pinceles, cuerpos y voces» en el nombre de proyectos de justicia social. Ese trabajo expone la opresión, individualiza los lugares de resistencia y subraya la praxis transformativa que llevan a cabo los textos de resistencia. Finley muestra de qué modo hace que este compromiso con la praxis transformativa funcione y brinda emotivos ejemplos de su programa *At Home At School* (AHAS) para niños desde el jardín de infantes hasta el octavo grado que viven en refugios y en casas transitorias.

La entrevista

Vivimos en la sociedad de la entrevista, en una sociedad cuyos miembros parecen creer que las entrevistas generan información útil sobre las experiencias vividas y sus significados. La entrevista se ha convertido en un rasgo que se da por sentado de nuestra mediada cultura de masas. Pero la entrevista es un texto negociado, un lugar en el que el poder, el género, la raza y la clase se cruzan. Fontana y Frey (Capítulo 27) tomando prestada la línea narrativa de la película *Memento*, que comienza por el final, con un asesinato, inician su análisis de la historia de la entrevista en las ciencias sociales desde el presente. Trabajan hacia atrás y hacia adelante en el tiempo a partir del ensayo «Queering the interview», de Kong, Mahoney y Plummer (2002). Este ensayo muestra cómo la entrevista se convirtió en una herramienta de la democratización moderna y, en última instancia, de la reforma social.

Trabajando hacia atrás desde el presente, Fontana y Frey señalan las principales formas de entrevista —estructurada, no estructurada y de final abierto— y muestran cómo la herramienta se modifica y cambia durante su uso. También analizan la entrevista grupal o de grupo focal, la entrevista de historia oral, la entrevista creativa, la entrevista *online* y la entrevista activa de género, feminista y posmoderna (o de voces múltiples).

La entrevista es una conversación: el arte de hacer preguntas y de escuchar. No es una herramienta neutral, porque al menos dos personas crean la realidad de la situación de entrevista. En esta situación se dan respuestas. Por lo tanto, la entrevista produce comprensiones situadas que se sustentan en episodios específicos de interacción. Las características personales del entrevistador, como su raza, su clase, su grupo étnico y su género influyen en este método.

Fontana y Frey pasan revista a destacados trabajos académicos feministas sobre la entrevista, en especial las argumentaciones de Behar, Reinharz, Hertz, Richardson, Clough, Collins, Smith y Oakley. La socióloga británica A. Oakley (1981) y otras académicas feministas han identificado una grave contradicción entre la investigación científica positivista, que requiere objetividad y distanciamiento, y la entrevista basada en el feminismo, que requiere franqueza, compromiso emocional y el desarrollo de una relación de confianza que sea potencialmente de largo alcance entre el entrevistador y el entrevistado.

Como Fontana y Frey sugieren, una ética feminista en el modo de realizar entrevistas redefine la situación de entrevista. Esta ética coloca en un plano de igualdad a los entrevistadores y a las personas que responden, quienes llevan a cabo una conversación acerca de cuestiones relevantes para ambas partes y que, a menudo, tocan puntos biográficamente críticos. Este marco de referencia narrativo y performativo cuestiona el consentimiento informado y los engañosos modelos de investigación que fueron discutidos por Clifford G. Christians (Capítulo 6), en el Volumen I de este *Manual*. Esta ética transforma la entrevista en una importante herramienta para los tipos de investigación-acción clínica y aplicada discutidos por Kemmis y McTaggart (Capítulo 23) y Miller y Crabtree (Capítulo 24), ambos capítulos en el Volumen III de este *Manual*. Además, esta ética convierte a la entrevista en un vehículo para el cambio social, como se señala en la discusión de Chase (Capítulo 25) sobre la entrevista como una situación para relatar historias.

La recontextualización de los métodos de observación

Adentrarse en una situación social y observar lo que allí sucede es otra manera importante de recolectar datos sobre el mundo social. Basándose en argumentos previos (Angrosino y Pérez, 2000), Michael Angrosino (Capítulo 28) fundamentalmente reescribe los métodos y prácticas de la observación naturalista. Toda observación implica la

participación en el mundo que se estudia. No existe la observación pura, objetiva, imparcial; pues los efectos de la presencia del observador nunca pueden borrarse. Más aún, el concepto colonial de sujeto (el objeto de la mirada del observador) ha dejado de ser apropiado. Los observadores ahora actúan como participantes que colaboran en las acciones de las situaciones de investigación. Angrosino y Pérez (2000) sostienen que la interacción observacional es un proceso situacional tentativo, moldeado tanto por los cambios en la identidad de género como por las estructuras de poder existentes. Mientras se van desarrollando las relaciones, los participantes validan las acotaciones producidas por los otros en la situación. Finalmente, durante el proceso de observación, las personas adoptan identidades situacionales que podrían no ser aquellas que están social o culturalmente reguladas.

Al igual que Clifford Christians (Capítulo 6 de este *Manual*), Angrosino ofrece una convincente crítica acerca de las Comités Institucionales de Conducta Ética (IRB, por sus siglas en inglés) y señala que los científicos sociales positivistas raramente reconocen las necesidades de los etnógrafos observacionales. En muchas universidades, estos comités institucionales oficiales están muy apegados al así llamado paradigma científico que se basa en la experimentación y en la prueba de hipótesis. Este paradigma le crea problemas al observador posmoderno, al académico que se vuelve parte del mundo estudiado. Para que su investigación sea aprobada, los académicos podrían tener que involucrarse en el engaño (en este caso de las Juntas de Revisión Institucional). Esto lleva a que algunos etnógrafos sostengan que su investigación no será invasiva y, por lo tanto, que no causará ningún daño. Sin embargo, los observadores interactivos son invasivos por definición. Cuando se emprende una investigación colaborativa, los sujetos se convierten en personas comprometidas, personas que moldean la investigación misma. No está del todo claro qué significa esto para los formularios de consentimiento informado y, en un sentido más amplio, para las formas de investigación participativa. Las formas alternativas de escritura etnográfica, que incluyen el uso de historias ficcionalizadas, representan otro modo de abordar este dilema ético.

Angrosino ofrece una ética de la «razón proporcionada». Esta ética utilitaria intenta equilibrar los beneficios, los costos y las consecuencias de las acciones en el campo, preguntándose si el fin justifica los medios según la importancia y el valor de los objetivos alcanzados. Esta ética es luego traducida en una agenda social progresista, que enfatiza la justicia social (no conmutativa), distributiva o legal. Una ética de la justicia social requiere que el investigador se involucre directamente con personas pobres y marginadas, se convierta en defensor de sus derechos y que facilite el empoderamiento de las comunida-

des a las que pertenecen. De este modo, se delinea una pedagogía para la justicia social basada en los modelos de aprendizaje del servicio.

Angrosino desmitifica el método de observación. La observación ya no es la clave de grandes análisis culturales o sociales. Por el contrario, la investigación observacional ahora se convierte en un método que hace foco en las diferencias, en la vida de las personas particulares en relaciones humanas concretas pero que están en constante cambio. La importancia y la necesidad de una ética feminista del cuidado y del compromiso se vuelve aún más evidente.

Métodos visuales: nuevas ideas

En la actualidad los sociólogos y antropólogos visuales emplean fotografías, películas, internet, CD, CD-Roms interactivos y realidad virtual como maneras de forjar las conexiones entre la existencia humana y la percepción visual. Estas formas de representación visual constituyen diferentes modos de grabar y documentar lo que se presenta como vida social. Usualmente llamada «el espejo con memoria», la fotografía lleva al investigador al mundo cotidiano, donde las cuestiones de la identidad del observador, del punto de vista del sujeto y de qué fotografiar resultan un asunto problemático. Douglas Harper (Capítulo 29 de este Volumen) examina el *status* del pensamiento visual en la comunidad sociológica, el impacto de las nuevas tecnologías en los métodos visuales, el continuo desarrollo de las formas tradicionales de documentalismo visual y cuestiones difíciles alrededor de la ética en el mundo de la investigación visual. Los periódicos se han vuelto cada vez más sofisticados en la presentación de materiales visuales, y las nuevas tecnologías y habilidades en el uso de los sitios web han creado nuevos modos de presentación de los materiales visuales. Estos métodos han sido adoptados por etnógrafos experimentales, reflexivos y digitales. Harper señala inteligentemente que estos desarrollos existen dentro de un mundo electrónico inestable y en permanente evolución. El *software* y las computadoras que entregan esos desarrollos tienen una vida corta.

Desde el punto de vista histórico, la sociología visual comenzó dentro de la tradición pospositivista, ofreciendo información visual para respaldar los relatos realistas de la etnografía tradicional. Las fotos formaban parte de los «hechos» no problemáticos que constituían la «verdad» de esos relatos. Hoy, la sociología visual, como la etnografía, se halla en un período de profundo cuestionamiento y de gran cambio. Harper afirma que la sociología visual debe encontrar

un lugar dentro de esta nueva etnografía. Recurriendo a su propia investigación, Harper ilustra el valor de la elicitación fotográfica en el estudio del significado del cambio en la industria lechera en el norte del Estado de Nueva York. En los estudios sobre la elicitación fotográfica, las fotos se usan para estimular una calidad de la memoria que no posee la entrevista basada en la palabra.

Harper analiza el uso de fotografías para observar la vida pública. Los Comités Institucionales de Conducta Ética han sido reacios en cuanto a la autorización para fotografiar personas sin pedirles su consentimiento informado. Sin embargo, muchos sociólogos visuales basan su investigación fotográfica en el modelo de la fotografía documental y el fotoperiodismo, en los cuales el derecho a tomar fotografías de personas ha sido garantizado por enmiendas a la Constitución que legislan acerca de la libertad de expresión. Los sociólogos visuales señalan estos precedentes y sostienen que es poco probable que se cause un daño a «personas normales haciendo cosas normales» en público.

Por su parte, dichos comités insisten en que se debe mantener la confidencialidad y que las personas deben conservar su anonimato. Pero en muchos casos las personas están al mismo tiempo dispuestas a ser identificadas y complacidas de que se las reconozca; más aún, su identificabilidad puede ser crucial para el proyecto de investigación. En esas situaciones, se insta al investigador a establecer un acuerdo ético con aquellas personas que se estudia de que solamente será publicado el material que ambas partes decidan.

Necesitamos aprender cómo experimentar con modos de pensamiento visual (y no visual). Necesitamos desarrollar una sensibilidad visual crítica, una sensibilidad que nos permitirá poner en juego el mundo material de los géneros de maneras críticamente diferentes. Necesitamos cuestionar de forma crítica las hiperlógicas del ciberespacio y sus realidades virtuales. Las reglas y los métodos para establecer la verdad que mantienen unidos esos mundos también deben comprenderse mejor.

Autoetnografía: haciendo político lo personal

Stacy Holman Jones (Capítulo 30) muestra de qué modo la autoetnografía puede emplearse para hacer político lo personal. Su ensayo se trata de la etnografía como una práctica democrática radical, una práctica política que tiene como propósito la creación de un espacio para el diálogo y el debate acerca de cuestiones de injusticia. Su capítulo, como la contribución de Madison (Capítulo 21) sobre la etnogra-

fía como representación callejera en el Volumen III de este *Manual*, cuenta mostrando. Las *performances* autoetnográficas le insuflan un nuevo aliento a las etnografías de vida.

Las experiencias personales reflejan el flujo de pensamientos y significados que los individuos tienen en sus contextos situacionales inmediatos. Estas experiencias que pueden ser rutinarias o problemáticas las experimentan en sus propias vidas. Cuando hablan acerca de ellas, asumen la forma de un relato o una narración. Las experiencias vividas no pueden ser estudiadas de forma directa porque el lenguaje, el habla y los sistemas discursivos median y definen las experiencias mismas que uno intenta describir. Estudiamos las representaciones de la experiencia y no la experiencia misma. Examinamos las historias que las personas se cuentan unas a otras acerca de las experiencias que han tenido. Estas historias pueden narrar experiencias personales o ser historias sobre sí mismos, interpretaciones hechas a medida que se avanza.

Muchos sostienen ahora que sólo podemos estudiar nuestras propias experiencias. El investigador se convierte así en el sujeto investigado. Este es el tema de la autoetnografía. El texto de Holman Jones presenta de forma reflexiva los argumentos a favor de la escritura de narraciones personales reflexivas. En efecto, su texto polifónico es un ejemplo de ese tipo de escritura: lleva a cabo su propia reflexividad narrativa. Con mucha destreza Holman Jones repasa los argumentos a favor del estudio de las narraciones sobre las experiencias personales, basando su texto en los discursos del posestructuralismo y el posmodernismo feminista, en especial los trabajos de Ronai, Ellis, Bochner y Richardson.

Holman Jones pasa revista a la historia y los argumentos que apoyan esta forma de escritura, el desafío de producir textos que se despliegan en la vida del escritor al tiempo que encarnan tácticas que representan una política de resistencia progresista. Esos textos, cuando son realizados (y la escritura es una forma de *performance*), representan una política de la posibilidad. Moldean una conciencia crítica, alteran el statu quo y sondean las cuestiones de identidad. Holman Jones escribe a partir de su propia historia con este método y, al hacerlo, conduce a los lectores a los aportes de Alexander (Capítulo 16 de este *Manual*) y de Madison (Capítulo 21 de este *Manual*) sobre la etnografía performativa y la etnografía crítica del Volumen III. En un conmovedor pasaje, comparte un poema/carta que le escribió a su difunto abuelo y en su memoria.

En la conclusión de ese trabajo, Holman Jones incorpora el giro performativo en la historia del teatro progresista. Entonces invita al lector a representar el testimonio de las historias personales, a esceni-

ficar los improbables, imposibles encuentros de la posibilidad, a crear los disturbios y el caos, a escenificar debates y a emplear palabras de maneras que movilicen el mundo.

Etnografía *online*

Annete Markham (Capítulo 31 de este Volumen) sostiene que la construcción del *self* del otro y de las estructuras sociales, mediada por los ordenadores, constituye un fenómeno de estudio único. Cuando está *offline*, el cuerpo se encuentra presente y otros pueden reaccionar ante él. La construcción de identidad es un proceso situado y cara a cara. Por el contrario, *online*, el cuerpo está ausente y la interacción está mediada por la tecnología del ordenador y la producción del discurso escrito. Markham examina muchos de los temas que pueden surgir en el estudio cualitativo de situaciones mediadas por Internet. Estos son temas conectados con las definiciones sobre qué constituye el campo o los límites de un texto así como acerca de qué se considera texto o material empírico. También es problemática la cuestión de saber cómo el otro es interpretado y se le da una presencia textual, puesto que constituyen complejos temas éticos.

Las guías éticas para la investigación en Internet varían mucho de disciplina en disciplina y de país en país. Markham contrasta el modelo ético utilitario de los Comités Institucionales de Conducta Ética que predomina en Estados Unidos con la postura deontológica o comunitaria que predomina en Europa. En algunas naciones los ciudadanos disfrutan de una mayor protección de la privacidad en relación con la recolección y el uso de los datos. Bajo el usual modelo de los Comités Institucionales, los etnógrafos *online* lidian con el consentimiento informado y con la conservación del anonimato de la persona, mientras protegen a la persona de daños. Bajo un modelo ético feminista y comunitario, los investigadores se adentran en una relación de colaboración con una comunidad moral de interactuantes *online*. Se intenta llegar a acuerdos consensuados acerca de la privacidad, la propiedad de los materiales, el uso de nombres propios y el significado de principios amplios, tales como justicia y beneficencia.

Markham sabiamente concluye que «porque la Internet es nueva, extendida y tiene el potencial de cambiar el modo en el cual las personas viven sus vidas personales y profesionales de todos los días en una sociedad global, es esencial reflexionar cuidadosamente sobre los marcos éticos que influyen nuestros estudios y las posibilidades políticas de nuestra investigación».

Perspectivas analíticas

En una poderosa declaración programática, Paul Atkinson y Sara Delamont (Capítulo 32) argumentan que la actividad y la representación social tienen sus propios modos idiosincráticos de organización. Estos modos incluyen al lenguaje, el discurso, las narraciones, los estilos visuales y los códigos semióticos y culturales. Los investigadores cualitativos deben ser fieles a esa organización idiosincrática y desplegar estrategias analíticas que se adecúen a ella. Necesitamos un trabajo riguroso que preste una sistemática atención a las relaciones sistémicas entre el orden de interacción, el orden del habla, los órdenes representacionales y las propiedades organizadas de la cultura material. Atkinson y Delamont adhieren al uso disciplinado de tales perspectivas y abordajes analíticos como el discurso, la narrativa y el análisis semiótico.

La investigación debe también estar interesada en las formas de acción colectiva, no sólo en las formas de acción individuales. Además, una ciencia social comprometida debería ser fiel al mundo y a su organización. Atkinson y Delamont rechazan ciertas posturas posmodernas que liberan el análisis cualitativo de las convenciones de la escritura académica. Necesitamos maneras de dar cuenta del mundo y de su organización que estén más basadas en principios y que sean más rigurosas. La perspectiva de los autores restituye un particular sentido de la tradición y de la continuidad con el proyecto de investigación cualitativa, reconectándolo, a un cierto nivel, con la Escuela de Chicago de las décadas de 1930 y 1940.

Las metodologías de Michel Foucault

No es necesario decir que Michel Foucault fue uno de los más destacados intelectuales del siglo XX. Los significados de su legado para las humanidades y las ciencias sociales son múltiples y todavía se están descubriendo (véanse Holstein y Gubrium en el Capítulo 19 del Volumen III de este *Manual*] y Perakyla [Capítulo 34 de este Volumen]). A cierto nivel, como señalan Kamberelis y Dimitriadis (Capítulo 35) en su aporte a los grupos focales, el proyecto de Foucault representa un intento de entender cómo cualquier objeto se ha constituido por una particular intersección de fuerzas, discursos e instituciones. Una genealogía traza el mapa de los complejos y contradictorios modos por los cuales las fuerzas y los procesos se reúnen para producir un cierto conjunto de efectos. Las genealogías de Foucault

no son historias de causas; más bien son historias de los efectos de las consecuencias.

Tradicionalmente, la obra de Foucault ha sido dividida en tres fases secuenciales: la arqueología, la genealogía y el cuidado de sí mismo. James Scheurich y Kathryn Bell McKenzie (Capítulo 33) se centran en las dos primeras fases y ofrecen una brillante lectura de las metodologías de Foucault y su uso de la arqueología y de la genealogía. Foucault brindó nada menos que una amplia crítica a la perspectiva modernista de las ciencias humanas y del sujeto humano (el hombre) como objeto de investigación. Se desplazaba hacia atrás y hacia adelante entre sistemas discursivos, lo que él llamaba *savoir* (por ejemplo, conocimiento implícito, opiniones cotidianas, prácticas comerciales), y cuerpos formales de aprendizaje (*connaissance*), incluyendo disciplinas específicas como el psicoanálisis freudiano. El *savoir* provee las condiciones discursivas para el desarrollo de la *connaissance*. Por ejemplo, una comprensión de la historia de la psiquiatría como disciplina requiere el estudio de las relaciones entre las reglas de la jurisprudencia, las normas del trabajo industrial y de la moral burguesa y las opiniones sobre la locura en la vida diaria. La arqueología de Foucault se centraba en el análisis de estos discursos locales, mientras que su genealogía se centraba en la transformación de dicho conocimiento en sistemas disciplinarios más formales. De forma muy provechosa, Scheurich y McKenzie subrayan las reglas interpretativas que defendía Foucault en sus arqueologías y genealogías.

El análisis de la oralidad y del texto

Los investigadores cualitativos estudian los registros orales y escritos de la experiencia humana, que incluyen la conversación transcrita, las películas, las novelas y las fotografías. Las entrevistas les presentan a los investigadores los relatos de las cuestiones en estudio. Los temas de la investigación no son las entrevistas mismas. Los estudios de investigación que usan material empírico obtenido en situaciones naturales –grabaciones de la interacción cotidiana– constituyen temas de investigación por derecho propio. Este es el tema del aporte de Anssi Peräkylä (Capítulo 34).

Junto con Chase (Capítulo 25), Fontana y Frey (Capítulo 27) y Gubrium y Holstein (Capítulo 19, los tres, capítulos de este *Manual*), Peräkylä trata al material de las entrevistas como narraciones antes que como imágenes verdaderas de la realidad. Los textos se basan en las transcripciones de las entrevistas y otras formas de conversación.

Estos textos son hechos sociales; son producidos, compartidos y usados de modos socialmente organizados. Peräkylä trata acerca de la semiótica, el análisis del discurso, el análisis crítico del discurso y el análisis histórico del discurso o como abordajes para la comprensión de materiales textuales que se producen de forma natural.

Peräkylä también discute el Análisis de la Categorización como Miembro (MCA por sus siglas en inglés) en cuanto forma de análisis narrativo menos habitual. Basándose en el trabajo de Harvey Sacks (Silverman, 1998), Peräkylä ilustra la lógica del análisis de la categorización como miembro. Con este método el investigador pregunta cómo las personas usan las categorías y los términos cotidianos en sus interacciones con los demás.

A continuación, Peräkylä sigue con el análisis del habla. Existen dos tradiciones principales en las ciencias sociales que dan cuenta del análisis de las transcripciones: el Análisis Conversacional (CA por sus siglas en inglés) y el Análisis del Discurso (DA por sus siglas en inglés). Revisa y brinda ejemplos de ambas tradiciones, y sostiene que el habla es una acción socialmente organizada que crea y mantiene la realidad intersubjetiva. Recurriendo a sus propias investigaciones sobre el sida y su tratamiento, Peräkylä señala que al observar las «hábil prácticas por medio de las cuales los terapeutas alientan a sus pacientes a hablar sobre sus experiencias subjetivas, también estábamos observando de qué modo opera una institución, que involucra poderosas relaciones y cuerpos de conocimiento, en un momento particular de su desarrollo histórico».

Resumiendo, los documentos sobre la experiencia que se basan en textos son complejos. Pero si el hablar constituye mucho de aquello que tenemos, entonces las formas de análisis delineadas por Peräkylä representan formas importantes de hacer que el mundo y sus palabras sean más visibles.

Grupos focales: pedagogía, política e investigación

Kamberelis y Dimitriadis (Capítulo 35) realizan un avance significativo en el discurso sobre la metodología de los grupos focales al mostrar cómo estos han sido usados en la investigación de mercado y en las investigaciones militares, en la pedagogía emancipatoria y en las investigaciones feministas de primera, segunda y tercera generación. Basándose en Foucault, ubican estas tres genealogías de la actividad de grupos focales en diálogo unas con otras.

Contrastan el abordaje dialógico de la teoría crítica a los grupos focales con el uso de tales grupos en la propaganda y la investigación

de mercado. En el contexto del mercado, los grupos focales se usan para conseguir información sobre un determinado tema. Esa información es luego usada para manipular a las personas de manera más efectiva. Los teóricos de la pedagogía crítica, tales como Freire y Kozol, usan los grupos focales para imaginar y recrear las «posibilidades políticas emancipatorias del trabajo colectivo».

Kamberelis y Dimitriadis contrastan estos dos abordajes con la historia de los grupos focales en la investigación feminista, señalando el uso de dichos grupos en las formaciones feministas de la primera, segunda y tercera corriente con el propósito de elevar la consciencia. Se basan en Madriz (2000), quien ofrece un modelo de entrevistas de los grupos focales que enfatiza la ética feminista del empoderamiento, la comunidad moral, el compromiso emocional y el desarrollo de relaciones de confianza de largo plazo. Este método da la voz a mujeres de color que fueron silenciadas durante mucho tiempo. Los grupos focales facilitan a las mujeres escribir juntas la cultura. Como feminista latina, Madriz ubica a los grupos focales dentro del contexto de los testimonios colectivos y las narrativas de resistencia de los grupos. Los grupos focales acortan la distancia entre el investigador y el investigado. La expresión polifónica de los participantes limita el control de los investigadores sobre el proceso investigativo.

Dentro de esta historia, los grupos focales han sido usados para elicitación y validar los testimonios colectivos, para quienes estaban previamente silenciados y para crear un espacio seguro en el que se comparten las propias experiencias de vida. La perspectiva crítica y las prácticas orientadas a la elevación de la conciencia por parte de los grupos nos han ayudado a adentrarnos más profundamente en la praxis orientada por el compromiso del séptimo y octavo momento. En esos espacios, como documenta la obra de Radway y Lather, los grupos focales pueden convertirse en el vehículo para permitirles a los participantes que tomen el control y hagan propia la investigación. Así, los grupos focales resultan ser los sitios donde la pedagogía, la política y la investigación interpretativa se cruzan y se retroalimentan unas a otras.

Cuando ocurre esto, como en los proyectos discutidos por Fine y Weis (Capítulo 3 del Volumen I de este *Manual de investigación cualitativa*), la investigación se involucra directamente en las complejidades del activismo político y del diseño de políticas.

Madriz, Olesen, Ladson-Billings y Donnor nos recuerdan que las mujeres de color experimentan un triple sometimiento basado en la clase, la raza y la opresión de género. Los grupos focales críticos, del modo en el que son tratados por Kamberelis y Dimitriadis, crean las condiciones para la aparición de la consciencia racial crítica, una consciencia que tiene como objetivo el cambio social. Al parecer, con

los grupos focales críticos, la teoría crítica de la raza y la política progresista han encontrado su metodología.

Conclusión

El investigador como *bricoleur* metodológico debería tener una familiaridad operativa con cada uno de los métodos de recolección y análisis de los datos presentados en este Volumen del *Manual*. Esa familiaridad incluye la comprensión de la historia de cada método y técnica y, asimismo, la experiencia práctica de cada uno de esos métodos y técnicas. Sólo de esta forma las limitaciones y las fortalezas de cada método y técnica pueden ser comprendidas en su totalidad. Al mismo tiempo, el investigador verá con mayor claridad cómo cada uno, en cuanto conjunto de prácticas de interpretación de materiales, crea su propio objeto de estudio.

Además, se debe comprender que cada paradigma y perspectiva, como se presenta en el Volumen II de este *Manual*, posee una historia propia con estos métodos de investigación. Aunque los métodos como herramientas son de algún modo universales en su aplicación, no son usados de manera uniforme por los investigadores provenientes de todos los paradigmas y, cuando se los usa, se ajustan y se adaptan en las particularidades del paradigma en cuestión. Sin embargo, los investigadores de todos los paradigmas y perspectivas pueden usar de manera provechosa todos estos métodos de recolección y análisis de los datos.

Referencias bibliográficas

- Angrosino, M. V. y Pérez, K. A. (2000). «Rethinking observation: From method to context», en N. K. Denzin e Y. S. Lincoln (comps.), *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks (California), Sage, 2ª edición, págs. 673-702.
- Kong, T. S. K., Mahoney, D. y Plummer, K. (2002). «Queering the interview», en J. Gubrium y J. Holstein (comps.), *Handbook of Qualitative Research: Context and Method*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 239-258.
- Madriz, E. (2000). «Focus groups in feminist research», en N. K. Denzin e Y. S. Lincoln (comps.), *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks (California), Sage, 2ª edición, págs. 835-850.

Oakley, A. (1981). «Interviewing women: A contradiction in terms», en H. Roberts (comp.), *Doing Feminist Research*, Londres, Routledge, págs. 30-61.

Silverman, D. (1998). *Harvey Sacks: Social Science and Conversation Analysis*, Oxford, Polity.

25

Investigación narrativa

Multiplicidad de enfoques, perspectivas y voces

Susan E. Chase

Durante los primeros años de 1990, mientras intentaba interpretar y representar como *narrativa* mis entrevistas a inspectoras escolares, me basé en una rica tradición interdisciplinaria con eje en la defensa del estudio de los individuos en su contexto social e histórico. Esa tradición incluye trabajos tan variados como *The Polish Peasant in Europe and America* (1918/1927), de Thomas y Znaniecki, el estudio etnometodológico de Agnes, de Garfinkel (1967) y los estudios feministas de diarios, historias de vida y autobiografías de mujeres del Personal Narratives Group (1989). De acuerdo con esta tradición, los investigadores parten del aspecto biográfico de la famosa trilogía de Mills (1959): biografía, historia y sociedad. Mills llamaba a estas tres «las coordenadas para un adecuado estudio del hombre» (pág. 143). Naturalmente, yo también escribía después del giro narrativo, por lo que las dramáticas palabras de Barthes (1977), «la narrativa está presente en todo tiempo, todo lugar y en toda sociedad» (pág. 79), ya se habían infiltrado en la teoría sociológica. Sin embargo, encontré pocos estudios sociológicos empíricos que estuvieran basados en material extraído de entrevistas y sirvieran como modelos metodológicos del modo específico en el que quería tratar las entrevistas de las mujeres como narrativas. Me resultó más útil el enfoque del material proveniente de entrevistas incluido en *Divorce Talk* (1990), de Riessman.¹

¹ Agradezco a Norman Denzin, Yvonna Lincoln, James Holstein, Ruthe-

En la actualidad, la investigación narrativa en las ciencias sociales está creciendo. Algunos signos de este interés floreciente incluyen una publicación periódica interdisciplinaria llamada *Narrative Inquiry*, una serie de libros sobre *The Narrative Study of Lives* y conferencias profesionales donde se exhiben específicamente trabajos narrativos.² No obstante, creo que la investigación narrativa es aún un campo incipiente. Los investigadores que se inicien en esta área encontrarán una tradición rica pero difusa, metodologías múltiples en distintas etapas de desarrollo y un gran número de oportunidades para explorar nuevas ideas, métodos e interrogantes.

Durante la preparación de este capítulo, reuní y leí todos los ejemplos posibles de lo que podría llamarse investigación narrativa y lidié con los diversos modos de definir los contornos de la investigación narrativa, tanto presentes como pasados. Si bien en la actualidad los investigadores cualitativos se refieren rutinariamente a cualquier dato prosaico (en oposición a los datos obtenidos de preguntas de tipo cerradas o de respuestas breves) como «narrativa» (Polkinghorne, 1995), yo prefiero presentar la *investigación* narrativa como un tipo particular (un subtipo) de investigación cualitativa. La investigación narrativa contemporánea puede caracterizarse como una amalgama de enfoques analíticos interdisciplinarios, diversas perspectivas disciplinarias y métodos tanto tradicionales como innovadores, todos girando en torno a detalles biográficos tal como los narran quienes los viven

Seguidamente, comienzo por definir algunos términos centrales para luego debatir sobre los predecesores de los investigadores narrativos contemporáneos: sociólogos y antropólogos que promovieron el método de historia de vida durante la primera mitad del siglo XX, feministas de la segunda ola que revitalizaron el estudio de las narrativas personales y sociolingüistas que consideraron la narrativa oral como una forma discursiva digna de ser estudiada por sí misma. Luego de esta perspectiva histórica, abordo la investigación narrativa actual, articulando un conjunto de enfoques analíticos a través de los cuales los investigadores narrativos examinan el material empírico y descri-

llen Josselson y Catherine Riessman por sus comentarios de los borradores preliminares de este capítulo.

² La revista *Journal of Narrative and Life History* se creó en 1990 y en 1998 se convirtió en *Narrative Inquiry*. Sólo por nombrar dos conferencias, en febrero de 2003 la Asociación Norteamericana de Investigación Educativa celebró el Winter Institute on Narrative Inquiry in Social Science Research en el Instituto de Estudios en Educación de Ontario; y en mayo de 2004 se realizó la segunda conferencia bianual *Narrative Matters* en la Universidad de St. Thomas, Nueva Brunswick.

biendo los diversos enfoques modernos de la investigación narrativa. Más adelante, me interno en las cuestiones metodológicas específicas de la investigación narrativa contemporánea. Para aquellos investigadores que recolectan narrativas mediante entrevistas intensivas, un tema central es de qué manera tratar al entrevistado como narrador, tanto durante la entrevista como en su posterior interpretación. Para todos los investigadores narrativos, una de las cuestiones fundamentales es cuál voz o cuáles voces deben utilizar los investigadores para interpretar y representar las voces de aquellos a quienes estudian. Y aunque todos los investigadores cualitativos se ocupan del tema de la relación entre la «muestra» relativamente pequeña que estudian y un todo más amplio, este tema aflige particularmente a los investigadores narrativos, quienes a menudo presentan la narrativa de un número muy pequeño de individuos —o incluso de un solo individuo— en sus publicaciones. La siguiente sección comprende la relación entre la investigación narrativa y el cambio social. En las conclusiones, delinee algunos interrogantes que me surgieron mientras trabajaba en este capítulo, interrogantes que espero que los investigadores narrativos exploren en el futuro.

Cuestiones fundamentales y antecedentes históricos

Términos centrales

Los términos con los cuales los investigadores narrativos describen el material empírico que estudian tienen significados flexibles, comenzando con el concepto mismo de *narrativa*. Una narrativa puede ser oral o escrita y puede elicitar o escucharse durante el trabajo de campo, una entrevista o una conversación natural. En cualquiera de estas situaciones, una narrativa puede ser: (a) una historia corta con un tópico determinado sobre un acontecimiento particular y personajes específicos, como el encuentro con un amigo, jefe o doctor; (b) una historia extensa acerca de un aspecto significativo de nuestra vida, como la escuela, el trabajo, el casamiento, el divorcio, la maternidad, una enfermedad, un trauma o la participación en una guerra o en un movimiento social, o (c) una narrativa completa de nuestra vida desde el nacimiento hasta el presente.

Historia de vida es el término más específico que usan los investigadores para describir una narrativa autobiográfica extensa, ya sea en forma oral o escrita, que abarca toda una vida o su mayor parte.

Pero *historia de vida* puede referirse además a un texto de las ciencias sociales que presenta la biografía de una persona. Es ese caso, es posible utilizar el término *relato de vida* para describir una narración autobiográfica en palabras de la propia persona (en relación con la complejidad de estos términos, véanse Bertaux, 1981; Frank, 2000). Sin embargo, algunos investigadores tratan los términos *historia de vida* y *relato de vida* como conceptos intercambiables y los definen como narrativas que abarcan desde el nacimiento hasta el presente (Atkinson, 2002). Por el contrario, otros investigadores consideran que el término *relato de vida* se refiere a una narrativa acerca de un aspecto importante en la vida de una persona, al igual que en la segunda definición (b) del párrafo anterior. Un relato de vida puede centrarse también alrededor de un evento epifánico (Denzin, 1989) o un punto de inflexión de nuestra vida (McAdams, Josselson y Lieblich, 2001). En lugar de *relato de vida*, algunos investigadores utilizan el término *narrativa personal* para describir una narración temática convincente (Riessman, 2002a). Es probable que usen este término para indicar que no se están refiriendo a narrativas literarias o a folclore (pero véase Narayan y George, 2002, con relación a la fusión entre narrativa personal y folclore). *Narrativa personal* puede referirse de forma más genérica a diarios, registros diarios, cartas y relatos autobiográficos (Personal Narratives Group, 1989).

Los historiadores usan el término *historia oral* para describir entrevistas en las cuales el foco no está puesto en los acontecimientos históricos en sí mismos —el interés tradicional de los historiadores—, sino en el significado que esos acontecimientos tienen para quienes los han vivenciado (McMahan y Rogers, 1994; Thompson, 1978/2000). Un *testimonio* es un tipo de historia oral, historia de vida o relato de vida; es una narrativa explícitamente política que describe y resiste la opresión (Beverly, 2000; Tierney, 2000; véase también Beverly, Capítulo 22 de este *Manual*). Durante las últimas décadas, el *testimonio* se ha asociado especialmente con las narrativas (usualmente orales) de activistas latinoamericanos pertenecientes a movimientos revolucionarios (por ejemplo, Menchú, 1984; Moyano, 2000; Randall, 1981, 1994, 2003). Finalmente una *narrativa performativa* transforma cualquier narrativa oral o escrita en una actuación pública, bien en el escenario (Madison, 1998; McCall y Becker, 1990), bien en formas de texto alternativas, como poemas y ficción (Denzin, 1997, 2000, 2003; Richardson, 2002).

Sociología y primeras historias de vida

Entre los predecesores de los investigadores narrativos actuales se encuentran los sociólogos de la Escuela de Chicago que recolectaron historias de vida y otros documentos personales durante los años 1920 y 1930.³ *The Polish Peasant* (1918/1927), de Thomas y Znaniecki, suele citarse como el primer uso sociológico relevante de la historia de vida. En las últimas 300 páginas del segundo volumen, Thomas y Znaniecki presentan el «registro de vida» de Wladek Wiszniewski, un inmigrante polaco a quien le pagaron para que escribiera su autobiografía (pág. 1.912). La voz de los sociólogos precede al registro de vida con casi 800 páginas sobre la desorganización y reorganización de la vida social en Polonia y la organización y desorganización de la vida social luego de la inmigración hacia los Estados Unidos. Además, incluyeron notas aclaratorias a lo largo de todo el registro de vida de Wiszniewski.

Al explicar su interés por los registros de vida, Thomas y Znaniecki (1918/1927) manifiestan que:

Sólo es posible comprender por completo una institución social si no nos limitamos al estudio abstracto de su organización formal, sino que analizamos el modo en que ella aparece en la experiencia personal de los diferentes miembros del grupo y rastreamos la influencia que ejerce sobre sus vidas (pág. 1.833).

De hecho, mantienen que «los registros personales de vida, tan completos como sean posibles, constituyen el tipo de material sociológico *perfecto*» (pág. 1.832). Según su opinión, los científicos sociales se vuelcan a otros métodos y materiales debido a las dificultades prácticas; lleva demasiado tiempo conseguir una cantidad suficiente de registros de vida sobre cada cuestión sociológica y lleva demasiado tiempo analizarlos. Sin embargo, algunos sociólogos, en especial en Polonia, hicieron el esfuerzo. Józef Chałasiński, un discípulo de Znaniecki, promovió el método de utilizar concursos públicos para obtener cientos de autobiografías de gente común. Su investigación demostró que «es posible describir y comprender la formación y transformación de clases sociales completas (campesinos, obreros) a partir del análisis de un conjunto de autobiografías» (Bertaux, 1981, pág. 3; véase también Chałasiński, 1981).⁴

³ Para una perspectiva más detallada de los primeros métodos de historia de vida en sociología, véase Becker (1996), Bertaux (1981), Denzin (1970) y Plummer (1983).

⁴ Los enfoques de historia de vida y relato de vida continúan siendo de al-

A *The Polish Peasant* le siguieron otros estudios de la Escuela de Chicago basados en historias de vida, en especial de delinquentes juveniles y criminales (por ejemplo, Shaw, 1930/1966; Sutherland, 1937). Estos sociólogos tenían algún interés en la experiencia subjetiva del individuo, pero su principal propósito era explicar la conducta del individuo como un proceso interactivo entre el sujeto y el medio sociocultural. Si bien en las revisiones del método de historia de vida se citan con frecuencia estudios sobre la vida de niños y hombres urbanos, *Mothers of the South: Portraiture of the White Tenant Farm Woman* (1939), de Hagood, también constituye un ejemplo de los primeros métodos narrativos.⁵

Durante las décadas de 1940 y de 1950, la principal corriente sociológica de los Estados Unidos se inclinó por teorías abstractas y los métodos de investigación por encuesta e investigación estadística, con lo que el método de historia de vida quedó relegado. En ese entonces, los sociólogos estaban más interesados en los métodos positivistas que utilizan estudios individuales para confirmar o refutar hipótesis pre-determinadas que en la investigación basada en el modelo «mosaico» de la Escuela de Chicago, cuyos estudios probablemente no aporten conclusiones definitivas por sí mismos, pero contribuyen a un esfuerzo de investigación colectiva más amplio (Becker, 1996, págs. viii-ix y xvi-xviii; Bertaux, 1981, pág. 1; Denzin, 1970, pág. 219).

Antropología y primeras historias de vida

La utilización antropológica del método de historia de vida surgió en los primeros años del siglo XX, principalmente como un modo de registrar las culturas indígenas de los Estados Unidos que se creían casi extintas.⁶ Durante la década de 1920, con la publicación de *Cras-hing Thunder* (1926), de Radin, la historia de vida se convirtió en un

cance internacional. En el año 2003, el Comité de Biografía y Sociedad, un comité investigativo perteneciente a la Asociación Internacional de Sociología, incluyó investigadores de diversos países europeos, Japón, Sudáfrica y Rusia

⁵ Además de resumir la información proveniente de las entrevistas que realizó a 129 mujeres acerca de la maternidad, la crianza de los hijos, el casamiento, el trabajo doméstico, el trabajo de campo y la participación comunal, Hagood (1939) presenta los relatos de vida en profundidad de dos mujeres. Esto permite al lector apreciar la influencia en la vida de esas dos mujeres de las condiciones socioeconómicas descritas con anterioridad en el libro.

⁶ Para una perspectiva de los primeros métodos de historia de vida en la antropología, véanse Langness (1965), Langness y Frank (1981) y Waton y Wat-son y Franke (1985).

método antropológico riguroso (Langness y Frank, 1981, págs. 17-18, 20). *Crashing Thunder*, un hombre de mediana edad con dificultades financieras perteneciente a los Winnebago, escribió su autobiografía en dos sesiones a cambio de dinero (Lurie, 1961, pág. 92). Radin (1926) aportó el contexto cultural y un gran número de notas sobre el registro de vida.

Durante el período inicial, los antropólogos recolectaban historias de vida como un modo de comprender cuestiones culturales, y elegían para su estudio aquellos individuos a quienes creían representativos de su grupo cultural (Langness y Frank, 1981, pág. 24). Para mediados de 1940, influenciados por Edward Sapir, Ruth Benedict y Margaret Mead, muchos antropólogos habían desarrollado un interés más marcado por los individuos en sí mismos y, en especial, en la relación entre el contexto cultural y los distintos tipos de personalidades (Langness, 1965, págs. 11 y 19; véanse también DuBois, 1944/1960; Kardiner, 1945). Los antropólogos se valieron de historias de vida para presentar una visión cotidiana de la cultura y la vida privilegiada «desde adentro», como, por ejemplo, en la publicación de Lewis de los relatos de vida de los miembros de una familia mexicana en *The Children of Sánchez* (1961). En este y otros trabajos, Lewis desarrolla su controvertido concepto de «la cultura de la pobreza» (Langness y Frank, 1981, págs. 24-25). Por último, los antropólogos han utilizado las historias de vida para estudiar el cambio cultural producido por el contacto entre diferentes grupos culturales o resultantes de movimientos revolucionarios (Langness, 1965, pág. 16; Langness y Frank, 1981, págs. 24-27). Si bien la mayor parte de las primeras historias de vida antropológicas eran estudios referidos a hombres, algunos antropólogos, en su mayoría mujeres, usaron los métodos de historia de vida para estudiar la vida de mujeres (Watson y Watson-Franke, 1985, cap. 6).

Feminismo y narrativas personales

Los movimientos de liberación de las décadas de 1960 y 1970 contribuyeron a revitalizar el método de historia de vida. Por ejemplo, el movimiento por los derechos civiles condujo a un interés renovado en las narrativas de esclavos, muchas de las cuales habían sido recolectadas desde 1936 a 1938 por escritores desempleados que trabajaban con el Proyecto Federal de Escritores de la Administración de Proyectos Laborales. Si bien se habían reunido más de 2.000 historias orales provenientes de antiguos esclavos en la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, el público sólo podía acceder a una

pequeña cantidad de estas historias en *Lay My Burden Down: A Folk History of Slavery* (1945), de Botkin. Dos décadas y media más tarde, los activistas y académicos recobraron su interés por estas narrativas y el sociólogo Rawick las publicó por completo en 18 volúmenes en *The American Slave: A Composite Autobiography* (1972). En el volumen introductorio, presenta un acercamiento a la historia social de la vida comunitaria de los esclavos negros basado en las narrativas y opuesto a los anteriores tratamientos académicos de los esclavos como víctimas sin voz (pág. xiv).⁷

La segunda ola del movimiento feminista tuvo un papel muy importante en el renacimiento de los métodos de historia de vida y el estudio de narrativas personales, como los diarios y las autobiografías.⁸ Puesto que las feministas criticaban los postulados androcéntricos de las ciencias sociales —que la vida y las actividades de los hombres son más importantes que aquéllas de las mujeres y que constituyen las norma de la cual se desvían las actividades y vidas de las mujeres—, comenzaron a considerar las narrativas personales de las mujeres como los «documentos primarios esenciales para la investigación feminista» (Personal Narratives Group, 1989, pág. 4). Al escuchar voces antes silenciada, las investigadoras feministas desafiaban el conocimiento de las ciencias sociales acerca de la sociedad, cultura e historia (Belenky, Clinchy, Goldberger y Tarule, 1986; Franz y Stewart, 1994; Gluck, 1979; Gluck y Patai, 1991; Personal Narratives Group, 1989; Reinharz, 1992, cap. 7; Reinharz y Chase, 2002; Watson y Watson-Franke, 1985, cap. 6). Mediante la influencia de feministas de la clase trabajadora y feministas de color (entre otras), aspectos como la raza, la etnicidad, la nacionalidad, la clase social, la orientación sexual y la discapacidad comenzaron a considerarse cuestiones centrales de la vida de las mujeres (para un resumen más detallado, véase Greiger,

⁷ Dos de los volúmenes de *The American Slave* están compuestos por entrevistas realizadas en la Universidad Fiskantes de que se creara el Proyecto Federal de Escritores. Durante los últimos años de la década de 1960 y primeros años de la década de 1970, Lester (1968) y Yetman (1970), entre otros, publicaron fragmentos de las narrativas de esclavos, además de escribir sobre ellas. Luego de la publicación de *The American Slave*, Rawick (1977) y otros investigadores, buscaron, encontraron y publicaron muchas otras narrativas de esclavos guardadas en colecciones y bibliotecas estatales. No resulta sorprendente que encontraran evidencias de que algunas narrativas habían sido alteradas, probablemente para suprimir una descripción negativa de los blancos.

⁸ Para una perspectiva más detallada de los primeros usos de las historias de vida y narrativas personales de las feministas de la segunda ola, véanse Armistage (1983), Geiger (1986), Gluck (1979, 1983), Personal Narratives Group (1989) y Reinharz (1992, cap. 7).

1986; véase también Olesen, Capítulo 10 de este *Manual*). Durante aproximadamente los primeros diez años de trabajo, la segunda generación de académicas feministas produjo muchos ejemplos de investigación feminista basada en historias de vida y narrativas personales (por ejemplo, Babb y Taylor, 1981; Hunt y Winegarten, 1983; Jacobs, 1979; Ruddick y Daniels, 1977; Sexton, 1981; Sidel, 1978; para una lista más detallada, véase Rinhardt, 1992, cap. 7).

La explosión del interés por las narrativas personales femeninas fue acompañada por desafíos feministas a los postulados convencionales sobre las relaciones de investigación y los métodos de investigación. Thomas y Znaniecki (1918/1927), y muchos otros que siguieron sus pasos, han dicho poco acerca del modo en que recolectaban material, tan sólo que motivaban a la gente a escribir sus historias de vida mediante recompensas monetarias o concursos públicos (Langness y Frank, 1981; Watson y Watson-Franke, 1985). Además, a pesar de la aparente inclinación humanista de los primeros historiadores de vida (por ejemplo, el interés de Shaw [1930/1966] por mejorar las miserables condiciones de vida de Stanley, un delincuente juvenil, y el interés de los antropólogos por registrar lo que ellos presuponían como culturas en vías de extinción), desde un punto de vista feminista, la gente de estas historias de vida aparece representada como «otros» distantes u «objetos» desviados, de interés para los científicos sociales. Naturalmente, es necesario recordar que los primeros historiadores de vida escribían durante tiempos positivistas, en los cuales las ciencias sociales luchaban por ser reconocidas como tales.⁹

Las feministas se resistían a la idea de que la principal utilidad de las historias de vida y otras narrativas personales era facilitar la recolección de información sobre acontecimientos históricos, cambios culturales o el impacto de las estructuras sociales en la vida de los individuos. En cambio, se interesaban en la mujer como actor social por derecho propio y en los significados subjetivos que las mujeres le daban a los acontecimientos y a las condiciones de sus vidas. Fundamentalmente, esta perspectiva feminista permitió ampliar la comprensión de procesos históricos, culturales y sociales. Asimismo, puesto que las feministas abordan a la mujer como sujetos en lugar de objetos, comenzaron a considerar su propia subjetividad, el papel

⁹ Aun antes de que el feminismo se volviera una influencia relevante en la investigación en ciencias sociales, existieron excepciones a este patrón de indiferencia metodológica y objetivación de los participantes de la investigación. Por ejemplo, en *Mountain Wolf Woman: Sister of Crashing Thunder*, Lurie (1961) abordó diversas cuestiones metodológicas y describió en detalle su relación con *Mountain Wolf Woman*.

que juegan los intereses de las investigadoras y las posiciones sociales en la relación de investigación. ¿Las preguntas de quién deberían formularse y responderse? ¿Quién debería tener la última palabra? ¿Cómo influye el poder en la relación de investigación? Y dado que las feministas incorporaron influencias posmodernistas, comenzaron a hacer preguntas, pertinentes aun hoy, acerca de la voz, la autenticidad, la autoridad interpretativa y la representación. ¿Qué significa oír la voz del otro? ¿En qué sentido las historias de vida de las mujeres y las narrativas personales «hablan por sí mismas» o no lo hacen? ¿De qué modo las condiciones sociales, culturales, históricas y de interacción median en los relatos femeninos? ¿De qué maneras las voces de las mujeres resultan silenciadas, múltiples y/o contradictorias? ¿En qué condiciones las mujeres desarrollan «contranarrativas» a medida que narran sus vidas? ¿Cómo deberían representar los investigadores todas estas voces e ideas en sus trabajos escritos? (Anderson y Jack, 1991; McCall y Wittner, 1990; Personal Narratives Group, 1989; Ribbens y Edwards, 1998).

Sociolingüística y narrativas orales

A mediados de 1960 se desarrolló otra línea de investigación que ha influido sobre la investigación narrativa contemporánea. En esta época antropólogos, sociólogos y sociolingüistas (por ejemplo, Erving Goffman, Harold Garfinkel, John Gumperz, Dell Hymes, Harvey Sacks, Emanuel Schegloff, William Labov) exploraban un «abanico de temas de estudio que convergían en el lenguaje, la interacción, el discurso, la acción práctica y la inferencia» (Schegloff, 1997, pág. 98).

Es frecuente citar el artículo de Labov y Waletzky (1967) «Narrative analysis: Oral versions of personal experience» como el texto pionero en la idea de que (en contraposición con las historias de vida completas, las narrativas escritas, el folclore y las narrativas literarias) las narrativas orales de experiencias cotidianas de gente común merecen ser estudiadas por sí mismas. En su artículo, Labov y Waletzky (1967/1997) sostienen que las narrativas orales son una forma específica de discurso caracterizada por ciertas estructuras que cumplen determinadas funciones sociales. Valiéndose de datos provenientes de entrevistas individuales y grupos focales, afirman que el discurso narrativo está compuesto de cláusulas que están en correspondencia con la secuencia temporal de los acontecimientos informados. Además, identifican cinco características sociolingüísticas de las narrativas orales: orientación (que informa a los oyentes sobre los actores, el tiempo, el lugar y la situación); nudo (la parte fundamental

de la narrativa, la acción); evaluación (el porqué al compromiso de la historia); desenlace (el resultado de la acción), y coda (que devuelve al oyente al momento presente).

En 1997, el *Journal of Narrative and Life History* republicó el artículo de Labov y Waletzky de 1967 y agregó 47 evaluaciones contemporáneas sobre la influencia del texto, a partir de su primera publicación, en la investigación de la narrativa lingüísticamente informada. Por ejemplo, Bruner (1997) afirma que «la descripción de Labov y Waletzky de la estructura general de la narrativa mediante cinco categorías transformó profundamente el estudio de la narrativa. A muchos de nosotros nos hizo reflexionar acerca de la representación cognitiva de la realidad impuesta por la de la narrativa sobre nuestra experiencia del mundo y la manera en que evaluamos esa experiencia» (pág. 64). Al referirse a su clasificación, también influyente, de los modos de pensamiento lógico-científico y narrativo (desarrollada en *Actual Minds, Possible Worlds* (Bruner, 1986)), Bruner (1997), agrega: «Admito abiertamente que me obligó a considerar la narrativa no sólo como un tipo de texto, sino como un modo de pensamiento» (pág. 64).

Muchas de las evaluaciones del artículo de 1967 señalan los límites de la acotada formulación estructuralista de Labov y Waletzky. Por ejemplo, Riessman (1997) les reconoce el haberla ayudado a prestar atención a las estructuras y funciones fundamentales de las narrativas orales en su investigación sobre las experiencias de divorcio de las personas. Pero encuentra la definición propuesta de narrativa demasiado acotada, por lo que desarrolla una tipología de géneros narrativos, como la narrativa habitual y la narrativa hipotética (págs. 155-156). Esto le permite a Riessman demostrar las diversas maneras en que la gente relata sus experiencias de divorcio y tratar la conexión entre la forma y la función del discurso.

Por otro lado, Schegloff (1997) critica el hecho de que Labov y Waletzky no consideraran el contexto interaccional en el que se obtienen y se reciben las narrativas orales. Durante las últimas tres décadas, analistas conversacionales como Schegloff han investigado (entre otras cosas) cómo surgen las historias y de qué manera funcionan en conversaciones naturales (para una perspectiva general, véase Holstein y Gubrium, 2000, cap. 7). Otros investigadores de orientación sociolingüística han analizado la entrevista de investigación en sí misma como un tipo de discurso o evento comunicativo en el que es posible estimular las narrativas o desalentarlas (Briggs, 1986, 2002; Mishler, 1986). Además, aunque Labov y Waletzky asumieran una correspondencia directa entre la narrativa y los acontecimientos que describe (entre narrativa y realidad) la mayoría de los investigadores han rechazado esa visión referencial del lenguaje. Un principio fun-

damental del giro narrativo es que los hablantes *construyen* acontecimientos valiéndose de la narrativa en lugar de simplemente referirse a ellos.¹⁰

A pesar de las limitaciones de la formulación original, la atención que Labov y Waletzky dedicaron a las estructuras lingüísticas y a las funciones de las narraciones orales de la gente común sirvieron como base para diversas investigaciones sobre las características sociolingüísticas del discurso oral. Muchos investigadores narrativos contemporáneos aceptan la idea de que el modo en que los individuos narran la experiencia es tan importante para el significado que comunican como lo que dicen.

Investigación narrativa contemporánea

Ya en el presente, comienzo por delinear un conjunto de cinco enfoques analíticos a través de los cuales los investigadores contemporáneos abordan el material. Estos enfoques reflejan la influencia de las historias recientemente analizadas y, en general, enfatizan las particularidades de la investigación narrativa, es decir, su diferencia y su relación con otras formas de investigación cualitativa.

Enfoques analíticos

Primero, los investigadores narrativos consideran la narrativa, ya sea oral o escrita, como una forma particular de discurso. La narrativa es la creación de significado en retrospectiva, la configuración o el ordenamiento de la experiencia pasada. La narrativa es un modo de comprender las acciones propias y las de los demás, de organizar acontecimientos y objetos en un todo significativo y de relacionar y ver las consecuencias de las acciones y acontecimientos en el tiempo (Bruner, 1986; Gubrium y Holstein, 1997; Hinchman y Hinchman, 2001; Laslett, 1999; Polkinghorne, 1995). A diferencia de la cronología, que también informa acerca de sucesos en el tiempo, una narrativa comunica el punto de vista del narrador incluye, en primer lugar, por qué vale la pena contarla. Entonces, además de describir lo que sucedió, las narrativas también expresan emociones, pensamientos e interpretaciones. Al contrario de las editoriales, las declaraciones políticas y las

¹⁰ Véase Mishler (1995, págs. 90-102) acerca de las diferentes maneras en que los investigadores narrativos relacionan lo que «se cuenta» y lo «contado».

exposiciones doctrinales de creencias, que también expresan un punto de vista, una narrativa convierte al *self* (el narrador) en protagonista, bien como actor, bien como observador interesado en la acción de los demás. Por último, al contrario del discurso científico, que también explica o introduce una comprensión de acciones y acontecimientos, el discurso narrativo pone énfasis en la singularidad de cada acción o suceso humano en lugar de en sus propiedades comunes (Bruner, 1986; Polkinghorne, 1995).

Segundo, los investigadores narrativos consideran las narrativas como acciones verbales, como hacer y lograr algo. Entre otras cosas, los narradores explican el statu quo y también lo mantienen, lo conforman, lo defienden, lo confirman, lo desafían o se quejan de él. Cualquiera sea la acción específica, cuando alguien cuenta una historia construye, representa y le da forma al *self*, a la experiencia y a la realidad. Al considerar la narración como activamente creativa, los investigadores enfatizan la voz (o voces) del narrador. La palabra *voz* dirige nuestra atención hacia lo que el narrador comunica y cómo él o ella lo comunican, así como también hacia la ubicación del sujeto o la posición social desde la cual habla (Gubrium y Holstein, 2002). La combinación del qué, del cómo y del dónde hace a la voz del narrador particular. Asimismo, cuando los investigadores consideran la narración como activamente creativa y a la voz del narrador como particular, se distancian de los interrogantes acerca de la naturaleza factual de los dichos del narrador. En cambio, enfatizan las versiones del *self*, la realidad y la experiencia que el narrador produce mediante el relato. Aunque los narradores son responsables de la credibilidad de sus historias, los investigadores narrativos dan por sentado que los narradores son creíbles y verosímiles (Holstein y Gubrium, 2000; Lincoln, 2000).

Tercero, los investigadores narrativos consideran las historias tanto posibles como limitativas por una gama de recursos y circunstancias. Éstos incluyen las posibilidades de construcción del *self* y de la realidad comprensibles dentro de la comunidad del narrador, el entorno local, la pertenencia social y organizacional y la ubicación cultural e histórica. Si bien reconocen que cada ejemplo narrativo es particular, los investigadores usan estos enfoques para analizar las similitudes y diferencias entre narrativas. Por ejemplo, enfatizan regularidades en los *selves* narrados, subjetividades y realidades que crean los narradores en tiempos y lugares específicos (Brockmeier y Carbaugh, 2001; Bruner, 2002; Hatch y Wisniewski, 1995; Holstein y Gubrium, 2000).

Cuarto, los investigadores narrativos tratan las narrativas como realizaciones interactivas socialmente posicionadas, producidas en un

contexto particular, para una audiencia particular y con un fin particular. Es probable que una historia relatada a un entrevistador en un contexto tranquilo sea diferente a la «misma» historia contada a un periodista para un informativo televisivo, a un diario íntimo (que el escritor infiere nunca será leído por los demás), a un salón lleno de gente que ha tenido experiencias similares, a un asesor de servicios sociales o al mismo entrevistador en diferente ocasión. Aquí los investigadores enfatizan que la historia del narrador es flexible, variable y, en parte, moldeada por la interacción con la audiencia. En otras palabras, una narrativa es una producción conjunta entre el narrador y el oyente, ya sea que la narración surja en una conversación natural, una entrevista o en un contexto de trabajo de campo (Bauman, 1986; Briggs, 1986, 2002; Mishler, 1986).

Quinto, los investigadores narrativos, al igual que muchos otros investigadores cualitativos contemporáneos, se consideran *a sí mismos* narradores porque desarrollan interpretaciones y encuentran formas de presentar y publicar sus ideas sobre las narrativas que estudian (Denzin y Lincoln, 2000). Eso significa que los cuatro enfoques recién descritos son apropiados tanto si se los aplica a los investigadores como a los investigados. Rompiendo con la práctica tradicional de las ciencias sociales, es probable que los investigadores narrativos utilicen la primera persona al presentar su trabajo para enfatizar su propia acción narrativa. Como narradores, los investigadores extraen significado de los materiales que estudian —además de algún sentido de orden—; desarrollan sus propias voces a medida que construyen voces y realidades de otros; narran «resultados» en formas tanto posibles como limitadas por recursos y circunstancias sociales inherentes a sus disciplinas, culturas y momentos históricos; y escriben o realizan su trabajo para audiencias específicas. La idea de que los investigadores son narradores abre una serie de cuestiones complejas sobre voz, representación y autoridad interpretativa (Emihovich, 1995; Hertz, 1997; Josselson, 1996a; Krieger, 1991; Tierney, 2002; Tierney y Lincoln, 1997).

En teoría, es posible considerar los cinco enfoques analíticos como diferentes. Sin embargo, puesto que los investigadores se ocupan de escuchar, recolectar, interpretar y representar narrativas, son muy conscientes de la interdependencia entre ellos. A medida que trabajan, es probable que los investigadores enfaticen uno u otro enfoque o sus intersecciones. También es probable que se desplace de uno a otro enfoque, dependiendo de su perspectiva específica acerca del material narrativo empírico.

Enfoques múltiples

Aunque, en general, la investigación narrativa es interdisciplinaria, a menudo los intereses y las suposiciones inherentes a las disciplinas de los investigadores tienden a modelar los enfoques específicos. Sin pretender ser comprehensiva o exhaustiva en mis categorías, señalo brevemente cinco enfoques fundamentales de la investigación narrativa contemporánea.¹¹ Es aquí adonde apreciamos la diversidad y la multiplicidad de este campo de investigación.

Algunos psicólogos han desarrollado un enfoque que se concentra en la relación entre las historias de vida individuales y la calidad de esas vidas, especialmente en su desarrollo psicológico.¹² Además de recolectar historias de vida detalladas,¹³ estos investigadores a veces han utilizado tests psicológicos convencionales. Por ejemplo, en un estudio de narrativas de adultos en relación con el punto de inflexión en sus vidas, McAdams y Bowman (2001) hallaron que es probable que aquellos que obtienen puntajes altos en las medidas psicológicas convencionales de bienestar y generatividad (por ejemplo, el compromiso y la colaboración con el cuidado de generaciones futuras), contarán «narrativas de redención», es decir, para inferir consecuencias positivas a partir de acontecimientos negativos. Por el contrario, es probable que aquellos que obtienen bajo puntaje en términos de bienestar psicológico y generatividad cuenten «narrativas de contaminación», es decir, para presentar experiencias positivas con resultados negativos. Si bien reconocen que las «circunstancias» biográficas, sociales, culturales e históricas condicionan las historias que la gente cuenta de sí misma, los psicólogos narrativos buscan evidencia (por ejemplo, en el puntaje de una persona con respecto a medidas convencionales) de que las historias que relatan influyen en su manera de vivir. Los investigadores enfatizan «el efecto formativo de las narrativas» y sugieren que algunas historias paralizan, mientras que otras animan

¹¹ Polkinghorne (1995) y Mishler (1995) también diferenciaron tipos de investigaciones narrativas en las ciencias sociales, pero puesto que excluyeron algunos tipos de trabajo que deseo incluir (y dado que incluyeron otros que deseo excluir), prefiero construir aquí mis propias categorías.

¹² Dado que los modos cuantitativos predominan tan claramente en la psicología, algunos psicólogos consideran la investigación narrativa como sinónimo de investigación cualitativa (Josselson, Lieblich y McAdams, 2003). No obstante, he tratado de diferenciar el enfoque psicológico que utiliza los enfoques analíticos descritos, lo que diferencia la primera de la segunda en general.

¹³ Para obtener más información sobre las guías para entrevistas que usan los investigadores en psicología cuyo enfoque es narrativo, véanse McAdams y Bowman (2001, págs. 12-13) y Josselson (1996b, págs. 265-272).

un sentido eficaz del *self* con respecto a los problemas o traumas de la vida (Rosenwald y Ochberg, 1992, pág. 6).

En sus interpretaciones, los psicólogos narrativos tienden a enfatizar el *tema* sobre el que trata el relato —la línea argumental, los personajes y, algunas veces, la estructura o secuencia del contenido. De forma similar, McAdams (1997) sostiene que el contenido de un relato de vida encarna la identidad de una persona y que ambas se desarrollan y cambian con el tiempo. Un ejemplo de esa idea es el estudio longitudinal de Josselson (1996b) sobre cómo las mujeres corrigen sus relatos y sus vidas a medida que vivían sus 20, 30 y 40 años. Los sociólogos han desarrollado un segundo enfoque que enfatiza el «trabajo de identidad» con el que se compromete la gente a medida que construyen sus *selves* dentro de contextos institucionales, organizacionales, discursivos, locales y culturales específicos. Al contrario de los psicólogos recién descritos, quienes conceptualizan el relato de vida como algo diferente de la vida (aunque con influencia sobre ella), estos investigadores a menudo consideran las narrativas *como* experiencias vividas. Por ende, están tan interesados en los *cómo* cuanto en los *qué* del relato, en las prácticas narrativas mediante las cuales los narradores utilizan los recursos disponibles para construir *selves* reconocibles. Por lo general, estudian narrativas producidas en contextos organizacionales específicos, como la prisión, los tribunales, los programas de entrevistas, las agencias de servicios humanos, grupos de autoayuda y los centros de terapia (Gubrium y Holstein, 2001; Holstein y Gubrium, 2000; Miller, 1997; Pollner y Stein, 1996). Por ejemplo, en el estudio de grupos de apoyo para mujeres víctimas de la violencia doméstica, Loseke (2001) demuestra de qué manera los facilitadores grupales animan a las mujeres golpeadas a convertir sus narrativas en «formulas estereotipadas» acerca del abuso de género. Loseke halló que muchas mujeres no admiten la versión del consejero acerca de sus experiencias y se resisten a identificarse como «mujeres golpeadas» y sugiere que es posible que el problema esté no tanto en la negación psicológica femenina de su victimización, sino en la incapacidad de las formulas narrativas de aprehender las complejidades de la experiencia vivida (pág. 122). Al ser parte de la experiencia vivida cotidiana, las narrativas son desordenadas y complejas en sí mismas.

Una piedra angular conceptual de este enfoque sociológico es la «desprivatización» de la experiencia personal. Este enfoque enfatiza la amplia variedad de contextos institucionales y organizacionales —algunos más y otros menos coercitivos— que modelan «los *selves* con los que vivimos». Los movimientos de una persona por distintos contextos crea nuevas limitaciones y una plétora de opciones para narrar el propio *self* en un mundo posmoderno (Holstein y Gubrium, 2000).

El tercer enfoque también es sociológico.¹⁴ En él, los investigadores narrativos comparten el interés por el *cómo* y el *qué* de la narración, pero basan la investigación en entrevistas intensivas sobre aspectos específicos de la vida de las personas, en lugar de conversaciones en contextos organizacionales particulares. Estos investigadores están interesados en cómo la gente transmite significado a través de un abanico de prácticas lingüísticas; en cómo sus historias están incorporadas a la interacción entre los investigadores y el narrador; en cómo interpretan la experiencia personal con respecto a discursos culturales e históricos específicos y en cómo se basan en esos discursos, los resisten o transforman a medida que narran sus *selves*, sus experiencias y sus realidades.

Algunos ejemplos de ese enfoque son el estudio de Langellier (2001) sobre el modo en que una mujer representa su *self* y se resiste al discurso médico al tiempo que acepta el cáncer de mamas, la investigación de Mishler (1999) sobre la formación de una identidad adulta en las historias laborales de artesanos, el estudio de Foley y Faircloth (2003) sobre cómo las parteras utilizan y resisten el discurso médico para legitimar su tarea, el análisis de Riessman (1990) de las historias relativas al divorcio de hombres y mujeres con respecto al discurso sobre matrimonio y género, la investigación de Bell (1999) acerca de cómo hijas expuestas al dietilestilbestrol (DES, por sus siglas en inglés) negocian las tensiones entre discursos científicos y feministas, el análisis de Luttrell (1997) sobre las identidades con relación a género y raza de madres de la clase obrera que vuelven a la escuela para obtener Diplomas de Equivalencia General (GED, por sus siglas en inglés) y el análisis de Lempert (1994) de cómo una mujer sobreviviente de violencia doméstica narra su propia transformación con respecto a su contexto físico, psicológico, social y cultural.

Los investigadores de este campo a menudo realizan transcripciones detalladas con el fin de estudiar los procesos interaccionales durante la entrevista y los patrones lingüísticos y temáticos a lo largo de la narrativa. Uno de los objetivos fundamentales de este enfoque sociológico es demostrar que las personas crean un conjunto de estrategias narrativas relacionadas a los contextos discursivos, es decir, que las historias individuales están limitadas, pero no determinadas, por los discursos hegemónicos. Otro fin es señalar que las narrativas proveen una ventana a través de la cual es posible apreciar la natu-

¹⁴ Algunos de los investigadores que incluyo en esta perspectiva no son sociólogos. Por ejemplo, Mishler es psicólogo y Langellier es un académico de las comunicaciones. Sin embargo, sus enfoques son sociológicos, de acuerdo con lo descrito aquí.

raleza contradictoria y cambiante de los discursos hegemónicos, los cuales tendemos a considerar como fuerzas estables y monolíticas.

Los antropólogos han abierto el camino hacia un cuarto enfoque de la investigación narrativa. Este enfoque, también llamado *etnografía narrativa*, consiste en una transformación de los métodos tanto etnográficos como de historia de vida. Al igual que en la etnografía tradicional, esta perspectiva implica un compromiso a largo plazo con una cultura o comunidad; al igual que la historia de vida, se centra por completo en un individuo o en un número reducido de individuos. El aspecto característico de la narrativa etnográfica es que tanto el investigador como el actor investigado «aparecen juntos en un único texto de múltiples voces centrado en las características y el proceso del encuentro humano» (Tedlock, 1992, pág. xiii).

Number Our Days, de Myerhoff (1979/1994), constituye uno de los primeros ejemplos. En este estudio de una comunidad de judíos inmigrantes de la tercera edad en California, Myerhoff se centra en la vida del sastre Shmuel Goldman, uno de los miembros más instruidos de la comunidad. Al mismo tiempo, la autora analiza su propia subjetividad, así como la relación con aquellos que estudia. Si bien, Myerhoff presenta una página tras otra de los relatos de vida de Shmuel en forma textual, también demuestra cómo sus preguntas e interrupciones modelan la narrativa de Shmuel. Y va incluso más allá. Describe su disgusto al observar una discusión egoísta por comida durante un almuerzo de la comunidad y luego, con la ayuda de un sueño, reinterpreta esas acciones como un reflejo de las condiciones sociales y psicológicas de la vida de los miembros de la comunidad (págs. 188-189). Cuando Shmuel muere durante la realización del estudio, Myerhoff escribe una conversación que ella imaginó hubiera tenido con Shmuel sobre la muerte de otro miembro de la comunidad (págs. 228-231). Finalmente, cuenta sus propias historias acerca de cómo las historias de su abuela habían influido en su vida y su investigación (págs. 237-241).

En las etnografías narrativas más recientes, los investigadores son aún más explícitos con respecto a la intersubjetividad entre el investigador y el actor investigado y del esfuerzo el primero por comprender la voz, la vida y la cultura del otro (Behar, 1993/2003; Frank, 2000; Shostak, 2000b). Uno de los objetivos fundamentales de la etnografía narrativa es promover como cuestión fundamental para el trabajo antropológico empírico los temas relativos a la voz, intersubjetividad, autoridad interpretativa y representación.

Un quinto enfoque de la investigación narrativa se centra en la *autoetnografía* en la cual los investigadores, además de enfocar sus lentes analíticos sobre sí mismos y sobre sus interacciones con los

otros, también escriben, interpretan y/o representan sus propias narrativas sobre experiencias culturales relevantes (Crawley, 2002; Ellis y Berger, 2002; Ellis y Bochner, 1996; Ellis y Flaherty, 1992; véase también Holman Jones, Capítulo 30 en este Volumen IV del *Manual*). Aquellos autoetnógrafos que comparten el interés por un tema a veces realizan una investigación colaborativa, realizándose entrevistas entre sí, grabando sus conversaciones y/o escribiendo relatos de sus experiencias por separado. Por ejemplo, Ellis y Bochner (1992) escribieron relatos por separado y en conjunto sobre sus experiencias con relación al embarazo no deseado de Ellis y posterior aborto. Y Ellis, Kiesinger y Tillmann-Healy (1997) utilizaron el método de entrevista interactiva para investigar las experiencias relativas a la bulimia de Kiesinger y Tillmann-Healy y las respuestas de Ellis a sus relatos.

Los autoetnógrafos a menudo presentan su trabajo en formas textuales alternativas, como los relatos por capas, (Ellis y Berger, 2002; Ellis y Bochner, 1996) y muchos han experimentado con la representación de sus narrativas a modo de obras teatrales y poemas, entre otras formas (Denzin, 1997, 2000, 2003; McCall y Becker, 1990; Richardson, 2002). Algunas veces los autoetnógrafos descartan por completo el análisis y confían la interpretación a las audiencias de sus representaciones (Hilbert, 1990). El objetivo de la autoetnografía, al igual que la de muchas otras narrativas performativas es *mostrar* en lugar de *contar* (Denzin, 2003, pág. 203) y, por lo tanto, alterar la política de las relaciones de investigación tradicionales, las formas tradicionales de representación y las orientación tradicional de la ciencia social con respecto a las audiencias.¹⁵

¹⁵ A veces las autobiografías, incluidas aquellas que no están escritas por científicos sociales, presentan rasgos autoetnográficos. Por ejemplo en *Crossing the Color Line: Race, Parenting, and Culture*, Reddy (1994) investiga sus experiencias como mujer blanca casada con un hombre afroestadounidense y como madre de dos niños biraciales. Demuestra como esas relaciones de raza, perturban su identidad de mujer blanca y a su comprensión de las cuestiones raciales en la sociedad. Sin embargo, no se trata de una escritura experimental al estilo de gran parte de la escritura autoetnográfica.

Cuestiones metodológicas en la investigación narrativa contemporánea

La relación de investigación: narrador y oyente en estudios basados en entrevista

Todos los investigadores narrativos prestan atención a las relaciones de investigación, pero aquellos cuyos estudios están basados en entrevistas en profundidad tienen como objetivo específico convertir la relación entre entrevistador y entrevistado en una relación entre narrador y oyente. Para esto es necesario modificar la comprensión de la naturaleza de las preguntas y respuestas de una entrevista. Estos investigadores a menudo ilustran este cambio relatando cómo comenzaron por ignorar las historias de sus entrevistados y luego se impacientaron o les perdieron el hilo, para, a continuación, darse cuenta del error (Anderson y Jack, 1991; Mishler, 1986; Narayan y George, 2002; Riessman, 1990, 2002a). Por ejemplo, en *Narrating the Organization*, Czarniawska (1997) describe como solía hacer preguntas que animaran a sus entrevistados a generalizar y comparar sus experiencias. Por ejemplo, «¿cuáles son los dos problemas más graves que tiene hoy?» y «¿puede comparar su situación presente con aquella de hace dos años?» No obstante se encontró con que la mayor parte de las personas «rompía mis estructuras» al proporcionar historias acerca del contexto de las circunstancias de ese momento. «Esta situación solía ponerme al borde del pánico —¿Cómo llevarlos al punto?— cuando ahora, al menos, he comprendido que ese que planteaban era el punto» (pág. 28). La moraleja del relato de Czarniawskay y de otros relatos similares, es que las historias que cuenta la gente *constituyen* el material empírico que los entrevistadores necesitan si desean comprender de qué modo las personas otorgan significado a los acontecimientos de su vida. Considerar a un entrevistado como a un narrador equivale a alejarse de la idea de que los entrevistados tienen respuestas para las preguntas de los investigadores y acercarse a la idea de que los entrevistados son narradores con historias para contar y voces propias.

Permítanme una pausa para decir que esta idea no necesariamente debe reflejar la noción romántica criticada por Atkinson y Silverman (1997) acerca de que «la entrevista de final abierto ofrece la oportunidad de una mirada auténtica del alma del otro» (pág. 305). De forma similar, Gubrium y Holstein (2002) critican la idea de un narrador con voz «propia», lo cual implica que las historias de los narradores no están mediadas por el contexto social. Yo afirmo que concebir al entrevistado como narrador no denota un interés en el *self* «auténtico»

del otro o en su voz no mediada, sino en el otro como narrador de sus experiencias biográficas particulares, según como él o ella las interpretan. Si bien siempre existe un conjunto de circunstancias sociales que posibilitan y limitan cualquier narración, *durante las entrevistas* los investigadores narrativos deben enfocarse en las particularidades del relato y la voz del narrador.

Este cambio conceptual repercute en la recolección de datos (así como en el proceso interpretativo que describiré a continuación). Cuando los investigadores consideran al entrevistado como narrador, no solo prestan atención a los relatos que las personas producen *casualmente* durante las entrevistas, sino que intentan *inducir* esos relatos. Aunque algunos entrevistados relatan historias sin importar si los investigadores desean escucharlas, es posible que otros entrevistados no asuman el rol de narradores a menos que se los induzca a hacerlo de forma explícita y cuidadosa.

Paradójicamente, es posible que las suposiciones inherentes a nuestra «sociedad de la entrevista» alejen a los entrevistados de la idea de convertirse en narradores, tal como desarrollo aquí el concepto. Denzin y Lincoln (2000) sugieren que vivimos «una sociedad cuyos miembros parecen creer que las entrevistas generan información útil sobre experiencias vividas y sus significados» (pág. 633; véanse también Atkinson y Silverman, 1997; Gubrium y Holstein, 2002). Sin embargo, los entrevistados a menudo hablan sobre cuestiones generales en vez de específicas, porque suponen (a menudo con acierto) que los investigadores están interesados en lo general, en vez de lo particular de sus experiencias (Weiss, 1994). Tal como afirma Czarniawska (1997), los investigadores a menudo «le piden a las personas en el campo que comparen, hagan abstracciones y generalicen» (pág. 28). Sacks (1989) denomina a estos pedidos preguntas sociológicas, preguntas organizadas en torno al interés del investigador en los procesos sociales, aun cuando las preguntas estén imbuidas de un lenguaje coloquial (pág. 88). Cuando los investigadores hacen preguntas sociológicas, es probable que obtengan respuestas sociológicas, generalidades acerca de las experiencias del entrevistado o de terceros. Las preguntas de las entrevistas que los investigadores cualitativos incluyen en los apéndices de sus estudios muestra con qué frecuencia animan al entrevistado a hablar sobre generalidades y en abstracto.¹⁶

Entonces ¿cómo hacen los investigadores narrativos para inducir a sus entrevistados a actuar como narradores, es decir, a contar historias acerca de detalles biográficos que ellos consideran importantes?

¹⁶ Véase Chase (1995b, 2003) para una comparación de las preguntas de entrevista con fin sociológico y las preguntas orientadas a inducir narrativas.

He descrito que se trata de enmarcar la entrevista, en general, mediante una pregunta abierta acerca de cualquier historia que el narrador tenga para contar sobre cualquier cuestión a mano (Chase, 1995b, 2003). Esto demanda un cierto tipo de preparación antes de la entrevista; exige conocer que elemento vale la pena contar con respecto al contexto social del narrador, una idea que se comprende fácilmente a través de ejemplos de culturas no occidentales. Por ejemplo, Grima (1991) halló que mujeres pastunes del noroeste de Pakistán daban más valor a los relatos sobre sufrimientos y penurias personales y que estas historias estaban íntimamente relacionadas con una identidad honorable. Si una mujer no ha pasado por tales experiencias, no tiene historias que contar. De igual modo, durante el trabajo antropológico de campo de Rosaldo (1976) en torno a Tukbaw, un hombre de los ilongotes, en las Filipinas, el investigador cuenta haberse dado cuenta de que casi había llegado a «asumir que todo hombre tiene su relato de vida dentro de sí» y que «el tema de la narrativa» debería ser el narrador en sí mismo (págs. 121-122). Si bien Tukbaw tenía muchas historias para contar, no estaba familiarizado con los supuestos occidentales con respecto a las narrativas.

Aunque los presupuestos generales condicionan las voces de los narradores y las historias que tienen para contar, también sucede lo mismo con los contextos institucionales, organizacionales o discursivos específicos (Gubrium y Holstein, 2001). En mis estudios sobre inspectoras escolares, el hecho de que, por ejemplo, se trate de mujeres muy exitosas en una ocupación ampliamente dominada por hombres blancos, modela sus narrativas del mundo laboral y hace que valga la pena contarlas de modo específico. Sus narrativas laborales giran en torno a una yuxtaposición entre, por un lado, sus logros individuales y, por el otro, las inequidades raciales y de género con que se enfrentan en sus profesiones; y es esta yuxtaposición la que hace interesantes las narrativas laborales, no sólo para los investigadores y el público en general, sino también para ellas mismas (Chase, 1995a, págs. 14-15). Una vez que el investigador comprende los amplios parámetros del relato que el narrador tiene para contar —o que vale la pena contar de acuerdo con la ubicación social del narrador en su contexto cultural, comunitario u organizacional—, puede prepararse para las entrevistas narrativas y pensar en una pregunta abierta que induzca al otro a contar su historia (Chase, 1995b). Naturalmente, el objetivo no es buscar una «fórmula narrativa» (Loseke, 2001). En cambio, el investigador debe conocer los parámetros de los relatos que *quizás* cuenten otras personas en situaciones similares e inducir así la historia de *esta* persona.

Es posible que en algunos casos sea más sencillo dar con un modo de enmarcar la entrevista como un todo; puede que sea más senci-

llo articular una pregunta abierta y general que induzca una narrativa personal. En mi estudio sobre inspectoras escolares, la pregunta acerca de sus historias profesionales resultó ser crucial. (Confieso que, en ese entonces, no lo entendía así y que junto con mi compañera de investigación, Colleen Bell, hicimos muchas preguntas sociológicas durante la investigación). Pero no siempre es sencillo saber cuál debería ser la pregunta abierta. Por ejemplo, en un estudio etnográfico de la militancia y liderazgo de mujeres de la clase obrera en el lugar de trabajo, Sacks (1989), realizó entrevistas para comprender la relación entre lo que las mujeres aprendían de sus familias y de la militancia en el lugar de trabajo. Luego de que las preguntas sociológicas durante la entrevista no condujeran a ningún resultado, finalmente comenzó a preguntar «cómo aprendían sobre el trabajo y que significaba eso para ellas». Se dio cuenta de que esta pregunta inducía historias que mostraban cómo «el aprendizaje en el hogar les daba a las mujeres el poder para rebelarse» (pág. 88).

Sin embargo, el estar preparado para inducir una historia es sólo una parte del cambio en la relación de investigación. Burgos (1989) describe el cambio que puede ocurrir cuando el entrevistado acepta la invitación de convertirse en narrador:

Un relato de vida resulta exitoso cuando su narrador es capaz de dominar a la persona que, en apariencia, está a cargo de la entrevista al desestimar sus intervenciones, capturar su atención, neutralizar su voluntad y despertar su deseo por aprender algo nuevo o diferente de lo que podría ser admitido por la lógica de la narrativa (pág. 33).

Esta afirmación brinda una versión clara de la voz del narrador y del investigador como oyente; al hablar de y sobre detalles biográficos, es posible que el narrador altere las presunciones que el entrevistador trae acerca de la relación de investigación. En consecuencia, la entrevista narrativa conlleva una paradoja. Por un lado, un investigador debe estar bien preparado para hacer preguntas adecuadas que induzcan la historia particular del otro; por otro lado, la misma idea de una historia particular es que no es posible saber de qué se trata, predecirla o prepararla por adelantado. La historia particular del narrador no es idéntica a lo que «vale la pena contar» en su contexto social, e incluso es posible que se aleje por completo de este concepto.

Un ejemplo de ello puede encontrarse en mi propia investigación. En ocasión de entrevistar junto con Colleen Bell a una inspectora escolar que dejaba su trabajo por un puesto menos prestigioso y menos estresante, ella nos mostró fotografías familiares y comenzó a contarnos historias acerca de un miembro de su familia que padecía una seria discapacidad física. En ese momento lo tomé como una digresión

de su narrativa laboral y esperé con paciencia que volviera a ella. Más tarde, cuando revisé las cintas de la entrevista, me di cuenta de que el hecho de que hubiera compartido fotografías e historias familiares no era algo periférico, sino integral de su narrativas laboral; el cambio «descendente» de su carrera profesional, lejos del trabajo agotador y de gran exposición pública como inspectora, para ella significaba un cambio en pos de una relación más equilibrada entre trabajo y vida familiar. Si yo hubiera estado más abierta a entender las fotografías e historias familiares como elementos cruciales de su narrativa laboral, podría haber indagado para escuchar un relato más completo del modo particular en que esta mujer narraba su historia profesional. Ella hablaba con una voz diferente, o desde una posición subjetiva distinta, a lo que yo había esperado; no se ajustaba a mis presunciones acerca de la «lógica» de una narrativa profesional.

El proceso interpretativo en estudios basados en entrevistas

Cuando se trata de interpretar las narrativas escuchadas durante las entrevistas, los investigadores narrativos comienzan con la voz y los relatos del narrador y luego incluyen en el proceso interpretativo la relación narrador-oyente y la escucha activa. Esto representa un alejamiento del tradicional método orientado por el tema para el análisis de material cualitativo. En lugar de ubicar los temas distintivos *a lo largo de* la entrevista, los investigadores narrativos escuchan primero las voces *contenidas dentro de* cada narrativa.¹⁷

Me di cuenta de la importancia de ese cambio mientras interpretaba las entrevistas con las inspectoras escolares. Al comienzo, trataba de organizar las transcripciones en temas sobre el trabajo (por ejemplo, aspiraciones, competencia, confianza) y temas sobre desigualdad (por ejemplo, barreras, discriminación, respuestas). Sin embargo, pronto encontré que era difícil separar el relato sobre trabajo de una mujer de su relato sobre desigualdad. Finalmente, caí en la cuenta de que existía una conexión entre la construcción femenina del *self*

¹⁷ Pueden observarse las influencias de la investigación narrativa en *Worlds of Pain: Life in the Working Class Family* de Rubin (1976) y *Families on the Faultline: America's Working Class Speaks About the Family, the Economy, Race, and Ethnicity*, de Rubin (1994). En el primero de los libros, Rubin (1976) presenta extractos anónimos tomados de diferentes entrevistados para ilustrar diferentes temas. Por el contrario, Rubin (1994) organiza su libro más reciente en torno a los relatos de algunas familias específicas y comienza y concluye el libro con las mismas cuatro familias.

en una historia (por ejemplo, sobre su fuerza individual como líder competente) y su construcción del *self* en otras historias (por ejemplo, sobre su fuerza individual en la lucha contra la discriminación). Como resultado, comencé a concentrarme en las conexiones entre las diferentes historias que cuenta una mujer durante una entrevista. Utilizo el término *estrategia narrativa* para referirme al modo específico en el cual cada mujer yuxtapone sus relatos acerca del éxito con sus historias sobre desigualdades raciales o de género; es decir, como interpreta la disyunción entre el discurso individualista del éxito y el discurso de grupo sobre la desigualdad (Chase, 1995a, págs. 23-25). El término *estrategia narrativa* enfatiza las complejidades que subyacen en la voz de cada mujer —las diferentes posiciones subjetivas que adopta cada mujer—, además de enfocarse en la diversidad que existe entre las voces femeninas porque la estrategia narrativa de cada mujer es particular.

Los investigadores narrativos que se basan en el uso de entrevistas utilizan distintos métodos para escuchar, es decir interpretar, la complejidad y multiplicidad de voces contenidas en la voz del narrador. Por ejemplo, en el estudio sobre adolescentes «en riesgo» de embarazos tempranos y de abandono escolar que realizaron Taylor, Gilligan y Sullivan (1995), las investigadoras describen una Guía Para Oyentes explícitamente feminista que exige que cada entrevista sea leída cuatro veces. Primero, prestan atención a la forma general de la narrativa y a la relación de investigación; segundo, a la voz en primera persona de la narradora, cómo y dónde utiliza «yo»; tercero y cuarto, a las «voces de contrapunto», voces que expresan, por un lado, desarrollo psicológico y, por el otro, riesgo psicológico y pérdida (págs. 29-31). Por el contrario, Bamberg (1997) se concentra en tres niveles de posicionamiento narrativo: cómo los narradores se posicionan a sí mismos y a los otros (por ejemplo, como protagonistas, antagonistas, víctimas o responsables); cómo los narradores se posicionan con respecto a la audiencia; y cómo «los narradores se posicionan con respecto a sí mismos», es decir, desarrollan «una respuesta [local] al interrogante: “¿quién soy?”» (pág. 337).

Entonces, de una manera u otra los investigadores narrativos escuchan las voces del narrador (las posiciones subjetivas, prácticas interpretativas, las ambigüedades y complejidades) *contenidas* en la historia de cada narrador. Por lo general, este proceso demanda prestar atención, por un lado, a las «vinculaciones narrativas» que desarrolla un narrador entre los detalles biográfico de su vida y, por el otro, a los recursos y limitaciones del contexto para su *self* y la construcción de la realidad (Holstein y Gubrium, 2000, pág. 108). En lugar de *selves* unitarios, inmóviles y auténticos, los investigadores proponen que los narradores construyen

«subjetividades diversas» (Bloom y Munro, 1995), «identidades rectificadas» (Josselson, 1996b), «identidades en cambio constante» (Stein, 1997) e «identidades en conflicto» (Gubrium y Holstein, 2001).

La voz de los investigadores y las estrategias narrativas

Implícita en mi análisis de cómo los investigadores escuchan la voz del narrador —tanto durante la entrevista como durante su interpretación— está la voz del *investigador*. Aquí retorno a cuestiones planteadas en el quinto enfoque analítico, cuestiones de voz, autoridad interpretativa y representación. Con el fin de presentar un rango de posibilidades, desarrollo una tipología de tres voces o estrategias narrativas que utilizan los investigadores narrativos contemporáneos al enfrentar la dificultad de cómo usar sus voz o voces para interpretar y representar la voz o voces del narrador. Mi tipología no es una clasificación rígida y exhaustiva de cada estrategia narrativa posible, sino que es un instrumento flexible para comprender la variedad implícita en las voces de los investigadores narrativos. En la práctica, los investigadores pueden ir y venir entre una u otra.

La voz autoritativa del investigador

Muchos investigadores narrativos desarrollan una voz autoritativa en su escritura, incluidos aquellos recién descritos en la sección sobre procesos interpretativos en los estudios basados en entrevistas y aquellos que describí con anterioridad en la sección sobre enfoques múltiples, los cuales adoptan enfoques psicológicos y sociológicos (los primeros tres enfoques). Esta estrategia narrativa conecta y separa las voces del investigador y del narrador de una manera específica. Por lo general, los sociólogos presentan fragmentos extensos de los relatos de los narradores o de conversaciones naturales y luego los interpretan. Con más frecuencia, los psicólogos presentan largos resúmenes de los relatos del narrador seguidos de su interpretación. En todos los casos, los investigadores conectan y mezclan sus voces con las voces de los narradores en sus textos.

Al mismo tiempo, los investigadores distinguen las voces de los narradores de las propias valiéndose de sus interpretaciones. Afirman una voz autoritativa e interpretativa fundados en el hecho de que tienen un interés diferente al del narrador en los relatos de este último. Por ejemplo, durante un entrevista, tanto narrador como oyente desean desarrollar en profundidad y detalle el relato del narrador,

pero cuando se trata de interpretarlo, el investigador se concentra en preguntas sobre el *cómo* y el *qué*, lo cual abre una forma especial de comprensión sobre lo que el narrador está comunicando a través del relato. Esas preguntas están relacionadas con los procesos narrativos que los narradores usualmente dan por descontados al contar sus historias, como la utilización de discursos culturales, institucionales u organizacionales para dar sentido a la experiencia, su desarrollo de estrategias narrativas o vínculos narrativos respecto a discursos opuestos, la comunicación de significado a través de características lingüísticas del habla y/o su reconstrucción de cuestiones psicológicas mediante metáforas o tramas sojuzgadas (Brockmeier y Carbaugh, 2001; Capps y Ochs, 1995; Chase, 1996; Gubrium y Holstein, 1997; Hinchman y Hinchman, 2001; Holstein y Gubrium, 2000; Ochberg, 1996; Rosenwald y Ochberg, 1992).

Al escribir con una voz autoritativa, los investigadores se exponen a la crítica por «privilegiar el oído atento del analista» en detrimento del narrador (Denzin, 1997, pág. 249). Después de todo, cuando el narrador trata de interpretar sus experiencias mediante la narración, no se refiere a «los *selves* según los cuales vivimos», «trabajo de identidad», «subjetividades diversas», «limitaciones discursivas» y «discursos hegemónicos». Tampoco los investigadores hablan de este modo al narrar relatos de *sus* vidas diarias. Pero yo prefiero (en parte porque mi trabajo se encuadra aquí) concebirlos como investigadores que hacen visible y audible prácticas, procesos y características estructurales y culturales naturalizadas en nuestros mundos sociales cotidianos. Los conceptos sociológicos desarrollados por los investigadores son adecuados para este fin. Ochberg (1996) articula este punto de vista desde una perspectiva psicológica: «La interpretación revela los que uno [el narrador] podría decir si pudiera hablar con libertad, pero sólo podemos verlo si estamos dispuestos a mirar más allá de lo que nuestros informantes nos cuentan con tantas palabras» (pág. 98).

Al adoptar una voz sociológica o psicológica autoritativa, el investigador se diferencia, sin faltarle el respeto, de la voz del narrador. Czarniawska (2002) propone que «el tratamiento justo o injusto que se haga de las narrativas originales depende de la actitud del investigador y de las precauciones que tome» (pág. 743). Al discutir la «responsabilidad narrativa y respeto», recomienda a los investigadores que presten atención a la diversidad existente en los relatos de diferentes narradores, a la lectura dominante y marginal de sus historias y a las respuestas de los narradores (incluido el rechazo) a la interpretación de los investigadores (pág. 742-744).¹⁸ Es necesario enfatizar que

¹⁸ Véase también Ochberg (1996) acerca de las formas en que los investiga-

cuando los investigadores incluyen citas extensas de los relatos de los narradores, hacen lugar a interpretaciones alternativas de los lectores (Laslett, 1999; Riessman, 2002).

La voz de apoyo del investigador

En el otro extremo de un continuo imaginario, algunos investigadores narrativos desarrollan una voz de apoyo, que sitúa al narrador en el centro de la escena. Es característica de los testimonios latinoamericanos. Por ejemplo, en *I Rigoberta Menchú: An Indian Woman in Guatemala* (Menchú, 1984), la traductora, Ann Wright, proporciona un breve prefacio y la antropóloga, Elisabeth Burgos-Debray, escribe una introducción en la que describe cómo realizó las entrevistas con Menchú. Sin embargo, gran parte del libro está formado por los relatos ininterrumpidos de Menchú. Diana Miloslavich Tupac desarrolla una voz de apoyo similar como editora y responsable de los comentarios del trabajo y la autobiografía de la mártir peruana María Elena Moyano (Moyano, 2000). Es llamativo que estos dos testimonios presenten a las narradoras —Menchú y Moyano— como las autoras de los libros. Otros testimonios, en especial aquellos que incluyen dos o más narradores, presentan a los investigadores como autores (por ejemplo, Randall, 1981, 1994, 2003).

Es factible que algunos investigadores que publican historias orales o historias de vida utilicen también una voz de apoyo tenue. Por ejemplo, en la introducción y el epílogo de *Nisa: The Life and Words of a !Kung Woman*, Shostak (1981/2000a) describe su investigación de Nisa y el pueblo !Kung y comienza cada capítulo con un comentario antropológico. Pero la mayor parte del libro se centra en los relatos de Nisa (véanse también Blauner, 1989; Gwaltney, 1980/1993; Terkel, 1995).

Es posible que cuando los investigadores presentan narrativas performativas, también incluyan voces de apoyo. Por ejemplo, Madison (1998) describe una representación teatral acerca de las narrativas personales de dos empleadas de una cafetería quienes realizaron un paro en reclamo de un mejor salario y condiciones laborales en la Universidad de Carolina del Norte. Si bien el paro tuvo lugar en 1968, la representación pública de las narrativas ocurrió 25 años más

dores «transforman lo que nos han contado a un tipo de relato de otro» (pág. 110). Además, Josselson (1996a) aporta argumentos interesantes acerca de la ansiedad, culpa y vergüenza que pueden surgir cuando «se escribe acerca de la vida de los otros» y se comparten interpretaciones con esa gente.

tarde ante una sala repleta en ocasión del bicentenario de la universidad. Las dos mujeres se encontraban entre la audiencia y luego de la representación recibieron «una estruendosa ovación de pie» (pág. 280), así como atención de los medios locales. Para la actuación, se atenuó la voz de la investigadora como entrevistadora y editora de las narrativas de las mujeres; la presentación enfatizó la voz femenina y abrió posibilidades de compromiso político y civil para las mujeres, la audiencia y los actores.¹⁹

En cada uno de estos casos —testimonios, historias orales o historias de vida y narrativa performativa— el investigador y traductor, quien es, a veces, pero no siempre, la misma persona, decide cómo traducir y transcribir el relato del narrador, qué partes de la historia incluir en el producto final y en qué forma organizar y editar esas partes para transformarlas en un texto o la presentación. Sin embargo, como el objetivo de la estrategia narrativa es acercar el relato del narrador al público —lograr que se conozca—, los investigadores, en general, no suelen preocuparse por el modo en que se involucran en el proceso interpretativo. O si lo hacen, es en otro lugar. Por ejemplo, en un artículo posterior a *Nisa*, Shostak (1989) aborda las dificultades de estas decisiones interpretativas, incluida la forma en que presenta las tres voces del libro: la voz en primera persona de *Nisa*, la voz antropológica de Shostak y la voz de Shostak como «una joven mujer estadounidense que experimenta otro mundo» (págs. 230-231). Con algunas diferencias, Madison (1998, págs. 277-278) explica la idea de las «posibilidades performativas», que enfatizan las narrativas performativas y proporcionan un marco firme durante la representación misma.

Es posible que estos investigadores sean criticados por representar de manera romántica la voz del narrador, presentándola como «auténtica» (Atkinson y Silverman, 1997). No obstante, esta estrategia narrativa no se dirige, como mucho, a establecer una autenticidad, sino a crear una distancia de autorreflexión y de respeto entre las voces de los investigadores y los narradores. Los investigadores podrían decir que existe un lugar y un momento para enfatizar la voz de los narradores y desplazar temporariamente hacia las már-

¹⁹ El libro de Ferguson (2001) *Bad Boys: Public Schools in the Making of Black Masculinity* proporciona ejemplos de la mezcla de estrategias narrativas por parte del investigador. Por lo general, Ferguson escribe con una voz autoritativa. Pero en la mitad del libro cambia y utiliza una voz de apoyo e incluye una transcripción de 27 páginas tomadas de una entrevista con una madre afronorteamericana cuyos intentos por disciplinar a su hijo están, asimismo, disciplinados por la policía, los tribunales y las agencias de servicio social. Ferguson afirma que, «es necesario que leas lo que Mariana dice en voz alta. No puedes comprenderlo al menos que escuches las palabras» (pág. 135).

genes las formas en que los investigadores (junto con un cúmulo de circunstancias sociales, culturales e históricas) ya han condicionado esas voces.

La voz interactiva del investigador

La tercera estrategia narrativa evidencia la compleja interacción, la intersubjetividad, entre las voces de los investigadores y los narradores. Los investigadores aquí examinan *sus* voces (la posición subjetiva, las posiciones sociales, interpretaciones y experiencias personales) a través del medio refractario de las voces de los narradores. Esta estrategia narrativa es característica de las narrativas etnográficas y de algunas autoetnografías.

Frank (2000) utiliza esta estrategia narrativa en *Venus on Wheels: Two Decades of Dialogue on Disability, Biography, and Being Female in America*, en donde describe su relación de larga dirección con Diane DeVries, una mujer que nació sin brazos ni piernas. Frank no sólo presenta los relatos de DeVries con respecto a su vida con discapacidad, sino que además investiga la razón de su interés por las historias de DeVries:

Al elegir escribir acerca de la vida de Diane DeVries, fue necesario plantearme por qué, siendo antropóloga, no había elegido viajar hacia algún lugar remoto, sino que preferí quedarme en casa y estudiar un individuo con una ausencia congénita de extremidades (pág. 85).

Al reflexionar sobre sus experiencias con respecto a las discapacidades de los demás, sus propias discapacidades y las pérdidas y deficiencias emocionales de su vida, Frank cae en cuenta de que «había esperado encontrar una víctima en Diane», pero, en cambio, encontró «una sobreviviente» (pág. 87).

Resulta interesante que en *Return to Nisa*, Shostak (2000b) desarrolle la misma clase de estrategia narrativa al tiempo que se desplazaba en una dirección geográficamente opuesta. Mientras que Frank necesitaba comprender por qué elegía «quedarse en casa», Shostak necesitaba entender por qué, luego de que se le diagnosticara cáncer de mamas, sintió la necesidad de abandonar a su esposo y a sus tres niños pequeños para pasar un mes en Botswana con Nisa y el resto del pueblo !Kung, a quienes hacía 14 años que no veía. En *Return to Nisa*, Shostak no sólo escribe acerca de la vida de Nisa durante los años en que la entrevista, sino también sobre su propio e intrincado interés en reconectarse con Nisa, quien (entre otras cosas), es una curandera muy respetada.

En las narrativas etnográficas y autoetnográficas, los investigadores muestran en el texto sus debilidades (Behar, 1996; Krieger, 1991). Incluyen largos análisis sobre sus emociones, pensamientos, relaciones de investigación y decisiones interpretativas inestables. Incluyen incidentes embarazosos e, incluso, bochornosos. En rigor, estos investigadores están expuestos a que se los critique por ser indulgentes consigo mismos y por sacar trapos sucios al sol que nadie desea ver. Sin embargo, fundamentan esa práctica en la noción de que los investigadores deben comprenderse a sí mismos si es que desean comprender cómo interpretar los relatos de los narradores y en que los lectores necesitan comprender los relatos de los *investigadores* (con respecto a su relación personal e intelectual con los narradores y con los fenómenos culturales cercanos) si es que quieren comprender los relatos de los narradores. Estos investigadores intentan socavar el mito de autor invisible y omnisciente (Tierney, 2002; Tierney y Lincoln, 1997).

Lo particular y lo general

No obstante las diferencias con relación a las estrategias narrativas adoptadas para interpretar y representar las voces de los narradores, los investigadores narrativos comparten el hecho de dedicarle mucho más lugar en su trabajo escrito a una cantidad de individuos más reducida que otros investigadores cualitativos. Muchos antropólogos han escrito libros basados en el relato de vida de un sólo individuo (por ejemplo, Behar, 1993/2003; Crapanzano, 1980; Frank, 2000; Shostak, 1981/2000a, 2000b).²⁰ Y muchos sociólogos, psicólogos y demás investigadores narrativos han basado libros, capítulos de libros y artículos en un número pequeño de narrativas (por ejemplo, Bell, 1999; Bobel, 2002, cap. 1; Capps y Ochs, 1995; Chase, 1995a, 2001; DeVault, 1999, cap. 5; Ferguson, 2001, págs. 135-161; Josselson, 1996b, caps. 4-7; Langellier, 2001; Lempert, 1994; Liebow, 1993, págs. 251-309; Luttrell, 2003, cap. 4; Mishler, 1999; Riessman, 1990, cap. 3; Rosier, 2000; Stromberg, 1993, caps. 3-6; Wozniak, 2002, caps. 2 y 9).

El interrogante de si la narrativa de un individuo (o un grupo acotado de narrativas de individuos) representa a una población más extensa y cómo lo hace se remonta a *The Polish Peasant*. Thomas y Znaniecki (1918/1927) sostienen que los sociólogos deben recolectar

²⁰ Para consultar otros ejemplos, véanse Koehler (1981, págs. 89-93), Langness y Frank (1981) y Watson y Watson-Franke (1985).

historias de vida de individuos que representen la población en estudio (págs. 1.834-1.835). Defienden el uso generalizado del registro de vida de Wiszniewski al afirmar que se trata de un típico representante de la masa cultural pasiva, la cual, en las condiciones presentes y el estadio actual de la evolución social, constituye la enorme mayoría de la población de toda sociedad civilizada (pág. 1907). Sin embargo, al analizar *The Polish Peasant*, Blumer (1939/1979) afirma que Thomas y Znaniecki no fueron capaces de demostrar la representatividad de Wiszniewski y que, de todos modos, les hubiera resultado difícil lograrlo (pág. 44).

Los investigadores narrativos contemporáneos se sitúan en una posición social e histórica diferente. Con los auspicios del giro narrativo rechazan la idea de que el número pequeño de narrativas que presentan puede ser generalizable a una población determinada. Con este objetivo, algunos investigadores enfatizan las particularidades de las narrativas presentadas situándolas en un contexto más amplio. Por ejemplo, *Nisa*, de Shostak, se basa en la narrativa de una mujer, pero Shostak (1989) utiliza los relatos de otras mujeres !Kung a las que entrevista, además de estudios antropológicos previos del pueblo !Kung para demostrar de qué modo el relato de Nisa es único en algunos aspectos y, a la vez, similar en otros a los de otras mujeres !Kung.

No obstante, muchos investigadores narrativos toman aun mayor distancia del punto de vista positivista de Thomas y Znaniecki (1918/1927) con relación a la representatividad. Dado el abanico de «opciones narrativas» y la «elasticidad narrativa» de una situación particular (Holstein y Gubrium, 2000), sumado al flujo constante de condiciones sociales e históricas, este grupo sugiere que el rango de posibilidades narrativas dentro de cada grupo de personas es potencialmente ilimitado. Para complicar las cosas, de acuerdo con Gubrium y Holstein (2002), «al tratar las posiciones subjetivas y las voces asociadas a ellas aun con mayor seriedad, es posible que hallemos que una entrevista en apariencia única en la práctica resulte una entrevista con varios sujetos, cuyas identidades particulares, es probable que sólo estén parcialmente claras» (pág. 23).

En consecuencia, muchos investigadores narrativos contemporáneos consideran *cualquier* narrativa como un *ejemplo* de las relaciones posibles entre la construcción activa del *self* del narrador, por un lado, y las circunstancias sociales, culturales e históricas que posibilitan y constriñen esa narrativa, por el otro. Los investigadores a menudo resaltan un abanico de narrativas posibles para demostrar que ningún relato en particular está determinado por una ubicación social específica, pero no afirman que sus estudios agoten las posibilidades dentro de ese contexto (véanse por ejemplo, Auerbach, 2002; Bell, 1999;

Chase, 1995a; Mishler, 1999). Según este punto de vista, cualquier narrativa es importante porque encarna aquello que es posible e inteligible dentro de un contexto social específico y nos da una perspectiva de esos elementos.²¹

Investigación narrativa y cambio social

Tal como lo definen Denzin y Lincoln, uno de los principales objetivos de esta edición de este *Manual* es analizar cómo la investigación cualitativa puede proponer un proyecto democrático comprometido con la justicia social en una era de incertidumbre (comunicación personal, 7 de julio de 2002). Con ese propósito en mente, me concentro ahora en los temas vinculados con la relación entre la investigación narrativa y el cambio social. ¿Qué tipo de narrativas interrumpen procesos sociales opresivos? ¿Cómo y cuándo los análisis y las representaciones de los investigadores de los relatos de los otros promueven la justicia social y los procesos democráticos? ¿Y quién se beneficia con la interrupción o la promoción de estos procesos? ¿Qué audiencias necesitan escuchar cuáles relatos de los investigadores y narradores?

Para algunas personas, el hecho mismo de narrar un acontecimiento importante de su vida facilita un cambio positivo. Al analizar la narrativa de una sobreviviente de cáncer de mamas, Langellier (2001) afirma que, «la narradora afectada recupera la capacidad de contar su historia y aferrarse a ella, oponiéndose así a que la historia clínica sea la versión oficial de su enfermedad y reemplace a la de su narrativa» (pág. 146; véanse también Capps y Ochs, 1995; Frank, 1995). Con similar orientación, Rosenwald y Ochberg (1992) afirman que la autonarrativa es capaz de conducir a la emancipación personal, a «mejores» relatos sobre dificultades o traumas de la vida. En estos casos, el narrador constituye su propia audiencia; es quién necesita oír versiones alternativas de su identidad o de acontecimientos de su vida y es para quien las transformaciones narrativas pueden «agitar cambios» en su vida (pág. 8; véase también Mishler, 1995, págs. 108-109).

Para otros narradores, la urgencia por contar surge de la necesidad y el deseo de que los *otros* oigan su historia. Citando a René Jara,

²¹ El hecho de concentrarse en ejemplos en lugar de en casos representativos no es exclusivo de la investigación narrativa, pero es probable que la cuestión parezca más urgente en la investigación narrativa por el número reducido de narrativas que presentan los investigadores. Para una discusión más general de las relaciones entre lo particular y lo general, véanse Blum y McHugh (1984, pág. 37), Denzin (1997, pág. 245) y Psathas (1995, pág. 50)

Beverley (2000) describe los testimonios como las «las narrativas de emergencia» que contienen:

Un problema relacionado con la represión, la pobreza, la marginalidad, la explotación o, simplemente, la supervivencia. Una voz que le habla a lector a través del texto... [adopta] la forma de un yo que demanda reconocimiento, que desea o necesita llamar nuestra atención (pág. 556).

No obstante, no sólo los testimonios latinoamericanos aparecen narrados con esa voz urgente. Las historias de muchos grupos marginalizados han transformado el paisaje narrativo contemporáneo, entre otros, las historias de travestis, personas con discapacidades y sobrevivientes de violencia de género, racial o étnica y sexual. De hecho, «dar voz» a sujetos marginalizados y «nombrar vidas silenciadas» han sido objetivos fundamentales de la investigación narrativa durante varias décadas (McLaughlin y Tierney, 1993; Personal Narratives Group, 1989).

Para que un narrador antes silenciado pueda desafiar las presunciones o las acciones de la audiencia con eficacia, la audiencia debe estar lista para oír el relato del narrador o se la debe sorprender para que preste atención. Con respecto a una audición atenta, Frank (2000) sostiene que «adoptar la perspectiva del otro es un paso necesario para construir el cambio social» (pág. 94). De manera similar, Gamson (2002) sostiene que la narración «fomenta la empatía entre posiciones sociales diferentes» (pág. 189). Aunque se refiera al discurso mediático sobre el aborto, el argumento de Gamson es relevante para el enfoque narrativo examinado aquí. Gamson rechaza la crítica proveniente de los medios populares de los Estados Unidos (por ejemplo, diarios y televisión) de que los investigadores están demasiado inmersas en narrativas personales. Dado que un embarazo no querido es en última instancia un problema de la mujer, excluir los relatos sobre ese «dilema existencial» de los medios y de los discursos políticos silencia, específicamente, a las mujeres. En consecuencia, afirma Gramson que «la personalización... genera oportunidades discursivas» (pág. 189). Gramson tiene en mente «la deliberación y el diálogo de manera narrativa» que, al contrario del razonamiento abstracto, «se presta con mayor facilidad para la expresión de complejidades morales». En este sentido, la narración facilita un vida pública democrática saludable (pág. 197).

Durante los últimos años, muchos investigadores narrativos han redoblado los esfuerzos por elicitare narrativas antes silenciadas. La descripción de Tierney (2000) del objetivo de la investigación de historias de vida se ajusta también a otras formas de investigación narrativa:

Las historias de vida son útiles no sólo porque aportan elementos a la conjunción ya existente, sino porque son capaces de redefinir identidades. En lugar de tratarse de un objetivo conservador fundado en la nostalgia de un paraíso perdido, o un fin liberal que aspire a permitir a un mayor número de personas ocupar su lugar en la mesa de la humanidad, uno de los objetivos de las historias de vida en una era posmoderna es romper el cepo asfixiante de los metarrelatos que establecen las reglas de la verdad, legitimidad e identidad. El trabajo de la historia de vida es ahora la investigación de los aspectos mediadores de la cultura, el cuestionamiento de su gramática y la descentralización de sus normas (pág. 546).

Estas afirmaciones proporcionan una versión clara de lo que describí anteriormente como la voz autoritativa del investigador. Cuando las estrategias interpretativas de los investigadores revelan el cepo asfixiante de las metanarrativas, colaboran para crear posibilidades de cambio social. En este sentido, las audiencias deben oír no sólo el relato del narrador, sino también la explicación del investigador acerca de cómo la historia del narrador se encuentra constreñida y forcejeada por los aspectos mediadores de la cultura (y de las instituciones, organizaciones y, a veces, de las mismas ciencias sociales). Es posible que aquellas audiencias cuyos miembros se identifican con el relato del narrador encuentren en la interpretación del investigador un elemento para comprender *sus* historias de un modo novedoso e imaginen formas diferentes de narrarlas. Las audiencias cuyos miembros tienen situaciones sociales diferentes a la del narrador pueden, mediante una audición atenta, pensar y actuar en formas que benefician al narrador o aquello que él o ella defienden (Madison, 1998, págs. 279-282).

¿Qué sucede si la audiencia se muestra hostil? DeVault y Ingraham (1999) traen esta cuestión a colación: «Para desafiar de raíz el silencio impuesto, no se trata sólo de tener la palabra, sino de responder con insolencia en el sentido más cabal, diciendo precisamente las cosas que aquellos que tienen el poder no quieren escuchar» (pág. 184). Cuando la audiencia es poderosa pero está cooptada por el statu quo, cooptada por metanarrativas opresivas, los narradores y los investigadores narrativos pueden dirigir su atención a las «historias colectivas», que relacionan un relato individual a la historia general de un grupo social marginalizado (Richardson, 1990). Al tratar las historias colectivas de sobrevivientes de abuso sexual, gays y lesbianas, Plummer (1995) sostiene que: «Para que las narrativas prosperen, es necesario que exista una comunidad que las escuche... Para que las comunidades escuchen, debe haber relatos que entrelacen su historia, su identidad

y su política. La primera —la comunidad— se sostiene en los segundos —los relatos—» (pág. 87). Al enfrentar un audiencia hostil y poderosa, los narradores fortalecen sus comunidades mediante narrativas y, al mismo tiempo, buscan expandir su comunidad de oyentes. Así, los relatos colectivos —o testimonios— se vuelven partes integrales de los movimientos sociales (véase también Davis, 2002). Sin embargo, resulta importante prestar atención a la advertencia de Naples (2003). Al evaluar cómo funcionan las narrativas personales en el movimiento social de sobrevivientes de abuso sexual infantil, Naples sostiene que, para desafiar la opresión, es necesario determinar cuándo y dónde son más y menos eficaces las diferentes estrategias utilizadas en el relato de la experiencia personal (pág. 1152).

Si bien la discusión de los movimientos sociales y los testimonios recuerda la necesidad de un cambio social a gran escala, también debemos considerar el rol de las narrativas y la investigación narrativa a pequeña escala expresados en cambios sociales a nivel local. Por ejemplo, en el estudio de Auerbach (2002) sobre la participación de padres latinoamericanos en un programa de acceso a la universidad para sus hijos, estudiantes de colegio secundario, se encontró con que muchos de ellos se quejaban del maltrato que recibían del personal escolar. Además, Auerbach observó que el programa le daba a los padres la oportunidad de compartir sus relatos en público y que, algunas veces, esta actuación pública de sus relatos conducía a una resolución colectiva de los problemas (pág. 1381). De igual modo, Auerbach apunta a la necesidad de que esos programas creen un «tercer espacio» que se produzca una disrupción en el discurso oficial y en la conducta estereotipada que, por lo general, predomina en los actos escolares familiares y en la conducta de los estudiantes dentro del aula (pág. 1.386). En otras palabras, estos programas prometen crear las condiciones que permitirían a los administradores, maestros y consejeros escolares escuchar las narrativas familiares, para que el personal escolar reaccione y se oponga a las metarrelatos que a menudo prevalecen en el entorno laboral, entre otras, que las familias inmigrantes de color no están interesadas en la educación de sus niños, que los niños inmigrantes de color tienen un potencial educativo limitado (véase también, Rosier, 2000). Auerbach propone que los investigadores pueden colaborar para crear espacios públicos en los cuales sea posible escuchar las narrativas de personas marginalizadas, aun para aquellos que por lo general no quieren hacerlo.

Investigación narrativa: un campo incipiente

En *mi* narrativa, he intentado dar forma a la enorme cantidad de material que puede denominarse investigación narrativa, mediante la identificación de sus contornos y complejidades, y la afirmación de que constituye un subcampo dentro de la investigación cualitativa, incluso en su multiplicidad. En este punto, planteo algunas cuestiones —presentadas como una serie de relaciones— que considero fundamentales para el futuro del campo.

Para comenzar, planteo la relación entre el trabajo teórico y metodológico en la investigación narrativa. Los teóricos narrativos señalan que la investigación narrativa está inmersa en grandes corrientes históricas y sociales que la modelan, en particular la ubicuidad de las narrativas personales en la cultura y política occidental contemporánea, que van desde los programas de entrevistas televisivas, pasando por los discursos políticos, hasta los grupos de autoayuda. No obstante, Clough (2000) advierte que la «cultura del trauma» en la que vivimos hoy día fomenta la proliferación de narrativas personales sobre problemas y padecimientos, pero no proporciona una teoría y una política para el cambio social. De manera similar, Atkinson y Silverman (1997) y Gubrium y Holstein (2002) señalan el arrastre poderoso de la «sociedad de la entrevista» y advierten a los investigadores que tomen recaudos contra el presupuesto romántico de que los narradores revelan sus *selves* «auténticos» y hablan con sus «propias» voces, como si sus *selves* y sus voces ya no estuvieran mediadas por el contexto social desde el que hablan. Más arriba sostengo que el hecho de tratar a los entrevistados como narradores no equivale a sucumbir a esos presupuestos problemáticos. Sin embargo, también sugiero que los investigadores narrativos deben hacer más, de modo colectivo, para integrar una crítica de la sociedad de la cultura del trauma y de la entrevista mediante el debate de cuestiones metodológicas relativas a la investigación empírica (por ejemplo, la inducción e interpretación de los relatos de los narradores). ¿De qué forma estas dos actividades, una teórica y la otra metodológica, se complementan y sirven a un objetivo en común? ¿Qué prácticas de investigación específicas produce la investigación narrativa mediante el aporte de una crítica social amplia y una política de cambio social? Dada la centralidad de la narrativa personal en muchos ámbitos políticos, culturales y sociales, los investigadores narrativos tienen mucho trabajo por delante y mucho para aportar a través de análisis empíricos fundados y crítica social (Crawley y Broad, 2004; Naples, 2003). Naturalmente, ningún proyecto teórico o empírico puede abarcarlo todo, pero me parece que

una de las claves radica en que haya más conversación entre investigadores narrativos con diferentes intereses teóricos y metodológicos.

El segundo punto es la relación entre las prácticas y las teorías narrativas occidentales y no occidentales. Gubrium y Holstein (2002) afirman que la sociedad de la entrevista se ha globalizado, que la gente en todo el mundo sabe lo que significa que la entrevisten. Incluso Nisa, un miembro del (hasta hace poco) pueblo cazador y recolector !Kung, sabe cómo situarse en el centro de un relato de vida (Shostak, 1981/2000a, 2000b). Al mismo tiempo, los investigadores narrativos deben comprender con mayor profundidad las diferencias entre culturas. ¿Qué tienen para aprender los investigadores narrativos occidentales (y los occidentales en general) de la forma en que los no occidentales narran el *self*, narran las identidades de grupo o incluyen narrativas provenientes del folclore dentro de las narrativas personales (Grima, 1991; Narayan y George, 2002; Riessman, 2002b)? ¿Si el *self* o identidad no es la construcción central (o al menos, parte de ella) para las narrativas no occidentales (Rosaldo, 1976), entonces ¿qué lo es? ¿Qué tienen para enseñar los investigadores narrativos no occidentales a sus pares occidentales acerca de los tipos de narrativas que necesitan ser escuchadas y sobre las estrategias narrativas e interpretativas para presentarlas y representarlas? ¿Cuál es la relación entre narrativa, investigación narrativa y cambio social en sociedades no occidentales? Por ejemplo, ¿qué impacto tienen los testimonios latinoamericanos en las comunidades locales de las cuales surgen? No estoy sugiriendo que los investigadores narrativos occidentales deberían mudarse a un lugar no occidental, estoy sugiriendo que necesitamos comprender con mayor profundidad de qué modo nuestra investigación se encuentra influenciada por presupuestos occidentales acerca del *self* y la identidad. Es posible que los antropólogos estén unos pasos adelantados al respecto, pero gran parte de la investigación narrativa de los Estados Unidos aún no ha reflexionado acerca de su carácter occidental.

La tercera cuestión gira en torno a la relación entre la investigación narrativa y la innovación tecnológica. Aunque es difícil imaginarse a los investigadores narrativos abandonando las entrevistas cara a cara y la recolección in situ de conversaciones naturales, algunos investigadores ya han comenzado a desplazarse al ámbito de la investigación virtual y muchos otros lo harán en el futuro (Mann y Stewart, 2002; véase también Markham, Capítulo. 31 en este Volumen IV del *Manual*). ¿De qué modo los correos electrónicos, los grupos de *chat*, los grupos de ayuda *online* y los mensajes instantáneos están cambiando el significado de la «conversación natural»? ¿Cómo están creando nuevos ámbitos para la narración del *self* y para la construc-

ción de las identidades, realidades, relaciones y comunidades? ¿Qué nuevos riesgos y cuestiones éticas enfrentarán los investigadores narrativos a medida que exploren estas nuevas oportunidades de escuchar conversaciones y entrevistar individuos o grupos? ¿Qué nuevas formas de conocimiento surgirán?

En cuarto lugar, los investigadores interesados en la relación entre narrativa y cambio social deben multiplicar el esfuerzo para abordar la cuestión de la audiencia (Lincoln, 1997). Debemos pensar más acerca de quién podría beneficiarse con *nuestras* investigaciones narrativas y quién necesita escucharlas. ¿Personas marginalizadas de las comunidades que estudiamos? ¿Sectores poderosos y sus guardianes en la comunidad que estudiamos? ¿Legisladores? ¿Estudiantes de nuestras clases? ¿El público en general? ¿Otros investigadores en nuestras disciplinas y campos sustanciales de estudio? Igualmente importante, según mi criterio, es la necesidad de que los investigadores narrativos exploren los puntos posibles de contacto entre los relatos de los *narradores* y las diferentes audiencias que necesitan escucharlos. ¿Qué tipo de relatos (y qué tipo de investigaciones narrativas) incitan a la acción colectiva? ¿Y con qué objetivo? ¿En qué momento los narradores antes silenciados incitan a audiencias poderosas, hostiles en un comienzo, a unirse para liberarse del cepo impuesto por metarrelatos opresivos? ¿Y cómo los investigadores pueden colaborar para crear las condiciones de una escucha atenta en todas las posiciones sociales?

Del mismo modo ¿qué podemos aprender del éxito arrollador de *Vagina Monologues* de Ensler (2001)? ¿Cómo hizo Ensler para convertir entrevistas en las que las mujeres hablan de sus cuerpos en actuaciones que generaron un movimiento internacional masivo en contra de la violencia de género?²² De igual modo, ¿qué podemos aprender acerca de la escritura para el público a partir del éxito editorial de Ehrenreich (2001), *Nickel and Dimed: On (Not) Getting By in America*? En esta mezcla de informe encubierto y etnografía narrativa, Ehrenreich escribe con seriedad y humor su esfuerzo por llegar a fin de cada mes como camarera en Florida, empleada doméstica en Maine y empleada de Wal-Mart en Minnesota. Muchos de mis estudiantes afirman que, al contrario de otros textos, el texto de Ehrenreich los aleja de su apego por las ideologías individualistas. No estoy sugiriendo que debamos aspirar a que nuestros textos sean representados

²² *The Vagina Monologues* fue originalmente una producción para el circuito *off-Broadway* basada en la entrevista a 200 mujeres estadounidenses. Se ha presentado en muchas ciudades y comunidades en todo los Estados Unidos y en el resto del mundo. Cuando se la presenta junto con el movimiento «V-day» las ganancias se donan a las organizaciones de lucha contra la violencia de género.

en el circuito *off-Broadway* o que se conviertan en éxitos editoriales, sino que debemos pensar con mayor detenimiento y amplitud para quién escribimos y hablamos y cómo lo hacemos. Para muchos de nosotros eso significa pensar en cómo crear espacios públicos en nuestras comunidades locales, donde las narrativas personales y los relatos colectivos de las personas marginalizadas puedan ser escuchados por aquellos que ocupan posiciones subjetivas y posiciones sociales de mayor poder, y arrancarlos así de su complacencia.

Por último, los investigadores narrativos deben prestar atención a la relación entre nuestro trabajo y el de nuestros colegas de las ciencias sociales, cuya actividad se desarrolla en otras tradiciones de investigación. Debemos considerar a los otros académicos de las ciencias sociales como una audiencia importante de nuestro trabajo. Necesitamos demostrar que la inmersión en la sección biográfica de la trilogía de Mills —biografía, historia y sociedad— genera conceptos nuevos y relevantes, así como análisis que otros investigadores de nuestras áreas y disciplinas sustanciales *requieren* para poder hacer bien su trabajo. Por ejemplo, el concepto de «fórmula narrativa» desarrollado por Loseke (2001) para la violencia doméstica y su análisis de por qué resulta inadecuado para capturar la complejidad de las historias femeninas sobre violencia doméstica resulta crucial para el trabajo de otros científicos sociales (cuantitativos o cualitativos) que estudian el éxito o el fracaso de los refugios para mujeres golpeadas para ayudarlas a abandonar parejas violentas. Por lo general, las contribuciones de la investigación narrativa a las ciencias sociales tienen que ver con conceptos y análisis que demuestran dos cosas: (a) la creatividad, complejidad y variedad de la construcción de la realidad y de los *selves* individuales (o grupales) y (b) el poder de las circunstancias históricas, sociales, culturales, organizacionales, discursivas interaccionales y/o psicológicas de modelar el abanico de posibilidades para la construcción del *self* y de la realidad en un tiempo y lugar determinados. Los investigadores narrativos necesitan afirmar con seguridad sus contribuciones a, sus intervenciones en, y sus transformaciones en el conocimiento de las ciencias sociales.

Mientras los investigadores narrativos se enfrenten con éstas e infinidad de otras cuestiones, es difícil imaginar que pase de moda el concepto de Mills a favor de una investigación conjunta de biografía, sociedad e historia. Sin embargo, cualquiera que sea el significado de esta afirmación, es probable que sufra nuevos cambios y se aleje de los presupuestos que tanto apreciamos muchos de nosotros.

Referencias bibliográficas

- Anderson, K. y Jack, D. C. (1991). «Learning to listen: Interview techniques and analyses», en S. B. Gluck y D. Patai (comps.), *Women's Words: The Feminist Practice Of Oral History*, Nueva York, Routledge, págs. 11-26.
- Armitage, S. H. (1983). «The next step», *Frontiers: A Journal of Women's Studies*, 7, págs. 3-8.
- Atkinson, P. y Silverman, D. (1997). «Kundera's *immortality*: The interview society and the invention of the self», *Qualitative Inquiry*, 3, págs. 304-325.
- Atkinson, R. (2002). «The life story interview», en J. F. Gubrium y J. A. Holstein (comps.), *Handbook of Interview Research: Context and Method*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 121-140.
- Auerbach, S. (2002). «“Why do they give the good classes to some and not to others?” Latino parent narratives of struggle in a college Access program», *Teacher's College Record*, 104, págs. 1.369-1.392.
- Babb, J. y Taylor, P. E. (1981). *Border Healing Woman: The Story of Jewel Babb*, Austin, University of Texas Press.
- Bamberg, M. G. W. (1997). «Positioning between structure and performance», *Journal of Narrative and Life History*, 7, págs. 335-342.
- Barthes, R. (1977). *Image, Music, Text*, Nueva York, Hill & Wang, transcripción de S. Heath.
- Bauman, R. (1986). *Story, Performance, and Event: Contextual Studies in Oral Narrative*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press.
- Becker, H. S. (1966). «Introduction», en C. R. Shaw, *The Jack-Roller: A Delinquent Boy's Own Story*, Chicago, University of Chicago Press.
- Behar, R. (1996). *The Vulnerable Observer: Anthropology that Breaks your Heart*, Boston, Beacon.
- Behar, R. (2003). *Translated Woman: Crossing the Border with Esperanza's Story*, Boston, Beacon, trabajo original publicado en 1993.

- Belenky, M. F., Clinchy, B. M., Goldberger, N. R. y Tarule, J. M. (1986). *Women's Ways of Knowing: The Development of Self, Voice, and Mind*, Nueva York, Basic Books.
- Bell, S. E. (1999). «Narratives and lives: Women's health politics and the diagnosis of cancer for DES daughters», *Narrative Inquiry*, 9, págs. 347-389.
- Bertaux, D. (comp.) (1981). *Biography and Society: The Life History Approach In the Social Sciences*, Beverly Hills (California), Sage.
- Beverley, J. (2000). «Testimonio, subalternity, and narrative authority», en N. K. Denzin y Y. S. Lincoln (comps.), *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks (California), Sage, 2ª edición, págs. 555-565.
- Blauner, B. (1989). *Black Lives, White Lives: Three Decades of Race Relations in America*, Berkeley, University of California Press.
- Bloom, L. R. y Munro, P. (1995). «Conflicts of selves: Nonunitary subjectivity in women administrators' life history narratives», en J. A. Hatch y R. Wisniewski (comps.), *LIFE History and Narrative*, Londres, Falmer, págs. 99-112.
- Blum, A. y McHugh, P. (1984). *Self-Reflection in the Arts and Sciences*, Atlantic Highlands (Nueva Jersey), Humanities Press.
- Blumer, H. (1979). *Critiques of Research in the Social Sciences: An Appraisal of Thomas and Znaniecki's The Polish Peasant in Europe and America*, Nueva Brunswick (Nueva Jersey), Transaction Books, trabajo original publicado en 1939.
- Bobel, C. (2002). *The Paradox of Natural Mothering*, Filadelfia, Temple University Press.
- Botkin, B. A. (comp.) (1945). *Lay my Burden Down: A Folk History of Slavery*, Chicago, University of Chicago Press.
- Briggs, C. L. (1986). *Learning How to Ask: A Sociolinguistic Appraisal of the Role of the Interview In Social Science Research*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press.
- Briggs, C. L. (2002). «Interviewing, power/knowledge, and social inequality», en J. F. Gubrium y J. A. Holstein (comps.), *Handbook of*

- Interview Research: Context and Method*. Thousand Oaks (California), Sage, págs. 911-922.
- Brockmeier, J. y Carbaugh, D. (comps.) (2001). *Narrative and Identity: Studies in Autobiography, Self, and Culture*, Amsterdam (Países Bajos), John Benjamins.
- Bruner, J. (1986). *Actual Minds, Possible Worlds*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.
- Bruner, J. (1997). «Labov y Waletzky, treinta años continuados», *Journal of Narrative and Life History*, 7, págs. 61-68.
- Bruner, J. (2002). *Making Stories: Law, Literature, Life*, Nueva York, Farrar, Straus Giroux.
- Burgos, M. (1989). «Life stories, narrativity, and the search for the self», *Life Stories [Récits de Vie]*, 5, págs. 27-38.
- Capps, L. y Ochs, E. (1995). *Constructing Panic: the Discourse of Agoraphobia*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.
- Chalasiński, J. (1981). «The life records of the young generation of Polish peasants as a manifestation of contemporary culture», en D. Bertaux (comp.), *Biography and Society: the Life History Approach in the Social Sciences*, Beverly Hills (California), Sage, págs. 119-132.
- Chase, S. E. (1995a). *Ambiguous Empowerment: The Work Narratives of Women School Superintendents*. Amherst, University of Massachusetts Press.
- Chase, S. E. (1995b). «Taking narrative seriously: Consequences for method and theory in interview studies», en R. Josselson y A. Lieblich (comps.), *Interpreting Experience: the Narrative Study of Lives*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 1-26.
- Chase, S. E. (1996). «Personal vulnerability and interpretive authority in narrative research», en R. Josselson (comp.), *Ethics and Process in the Narrative Study of Lives*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 45-59.
- Chase, S. E. (2001). «Universities as discursive environments for sexual identity construction», en J. F. Gubrium y J. A. Holstein (comps.), *Institutional Selves: Troubled Identities in a Postmodern World*, Nueva York, Oxford University Press, págs. 142-157.

- Chase, S. E. (2003). «Learning to listen: Narrative principles in a qualitative research methods course», en R. Josselson, A. Lieblich y D. P. McAdams (comps.), *Up Close and Personal: the Teaching and Learning of Narrative Research*, Washington DC, American Psychological Association, págs. 79-99.
- Clough, P. T. (2000). «Comments on setting criteria for experimental writing», *Qualitative Inquiry*, 6, págs. 278-291.
- Crapanzano, V. (1980). *Tuhami: Portrait of a Moroccan*, Chicago, University of Chicago Press.
- Crawley, S. L. (2002). «“They still don’t understand why I hate wearing dresses!”: An autoethnographic rant on dresses, boats, and butchness», *Cultural Studies, Critical Methodologies*, 2, págs. 69-92.
- Crawley, S. L. y Broad, K. L. (2004). «“Be your (real lesbian) self”: Mobilizing sexual formula stories through personal (and political) storytelling», *Journal of Contemporary Ethnography*, 33, págs. 39-71.
- Czarniawska, B. (1997). *Narrating the Organization: Dramas of Institutional Identity*, Chicago, University of Chicago Press.
- Czarniawska, B. (2002). «Narrative, interviews, and organizations», en J. F. Gubrium y J. A. Holstein (comps.), *Handbook of Interview Research: Context and Method*, Thousand Oaks (California), Sage, págs 733-749.
- Davis, J. E. (comp.) (2002). *Stories of Change: Narrative and Social Movements*, Albany, State University of New York Press.
- Denzin, N. K. (1970). *The Research Act: A Theoretical Introduction to Sociological Methods*, Chicago, Aldine.
- Denzin, N. K. (1989). *Interpretive Biography*. Newbury Park (California), Sage.
- Denzin, N. K. (1997). *Interpretive Ethnography: Ethnographic Practices for the 21st Century*, Thousand Oaks (California), Sage.
- Denzin, N. K. (2000). «The practices and politics of interpretation», en N. K. Denzin e Y. S. Lincoln (comps.), *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks (California), Sage, 2ª edición, págs. 897-922.

Denzin, N. K. (2003). «The call to performance», *Symbolic Interaction*, 26, págs. 187-207.

Denzin, N. K. y Lincoln, Y. S. (2000). «Introduction: The discipline and practice of qualitative research», en N. K. Denzin e Y. S. Lincoln (comps.), *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks (California), Sage, 2ª edición, págs. 1-28.

DeVault, M. L. (1999). *Liberating Method: Feminism and Social Research*, Filadelfia, Temple University Press.

DeVault, M. L. e Ingraham, C. (1999). «Metaphors of silence and voice in feminist thought», en M. L. DeVault, *Liberating Method: Feminism and Social Research*, Filadelfia, Temple University Press, págs. 175-186.

DuBois, C. (1960). *The People of Alor: A Social-Psychological Study of an East Indian Island*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, trabajo original publicado en 1944.

Ehrenreich, B. (2001). *Nickel and Dimed: On (Not) Getting By in America*, Nueva York, Metropolitan Books.

Ellis, C. y Berger, L. (2002). «Their story/My story/Our story: Including the researcher's experience in interview research», en J. F. Gubrium y J. A. Holstein (comps.), *Handbook of Interview Research: Context and Method*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 849-875.

Ellis, C. y Bochner, A. P. (1992). «Telling and performing personal stories: The constraints of choice in abortion», en C. Ellis y M. G. Flaherty (comps.), *Investigating Subjectivity: Research on Lived Experience*, Newbury Park (California), Sage, págs. 79-101.

Ellis, C. y Bochner, A. P. (comps) (1996). *Composing Ethnography: Alternative Forms of Qualitative Writing*, Walnut Creek (California), AltaMira.

Ellis, C. y Flaherty, M. G. (comps) (1992). *Investigating Subjectivity: Research on Lived Experience*, Newbury Park (California), Sage.

Ellis, C., Kiesinger, C. E. y Tillmann-Healy, L. M. (1997). «Interactive interviewing: Talking about emotional experience», en R. Hertz (comp.), *Reflexivity and Voice*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 119-149.

- Emihovich, C. (1995). «Distancing passion: Narratives in social science», en J. A. Hatch y R. Wisniewski (comps.), *Life History and Narrative*, Londres, Falmer, págs. 37-48.
- Ensler, E. (2001). *The Vagina Monologues: The V-Day Edition*, Nueva York, Villard/Random House.
- Ferguson, A. A. (2001). *Bad Boys: Public Schools in the Making of Black Masculinity*, Ann Arbor, University of Michigan Press.
- Foley, L. y Faircloth, C. A. (2003). «Medicine as discursive resource: Legitimation in the work narratives of midwives», *Sociology of Health & Illness*, 25, 165-184.
- Frank, A. W. (1995). *The Wounded Storyteller: Body, Illness, and Ethics*, Chicago, University of Chicago Press.
- Frank, G. (2000). *Venus on Wheels: Two Decades of Dialogue on Disability, Biography, and Being Female in America*, Berkeley, University of California Press.
- Franz, C. E. y Stewart, A. J. (comps.) (1994). *Women Creating Lives: Identities, Resilience, and Resistance*, Boulder (Colorado), Westview.
- Gamson, W. A. (2002). «How storytelling can be empowering», en K. A. Cerulo (comp.), *Culture in Mind: Toward a Sociology of Culture and Cognition*, Nueva York, Routledge, págs. 187-198.
- Garfinkel, H. (1967). *Studies in Ethnomethodology*, Englewood Cliffs (Nueva Jersey), Prentice Hall.
- Geiger, S. N. G. (1986). «Women's life histories: Method and content», *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 11, págs. 334-351.
- Gluck, S. (1979). «What's so special about women? Women's oral history», *Frontiers: A Journal of Women's Studies*, 2, págs. 3-11.
- Gluck, S. B. (1983). «Women's oral history: The second decade», *Frontiers: A Journal of Women's Studies*, 7, págs. 1-2.
- Gluck, S. B. y Patai, D. (comps.) (1991). *Women's Words: The Feminist Practice of Oral History*, Nueva York, Routledge.
- Grima, B. (1991). «The role of suffering in women's performance of *Paxto*», en A. Appadurai, F. J. Korom y M. A. Mills (comps.), *Gender*,

- Genre, and Power in South Asian Expressive Traditions*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, págs. 78-101.
- Gubrium, J. F. y Holstein, J. A. (1997). *The New Language of Qualitative Method*, Nueva York, Oxford University Press.
- Gubrium, J. F. y Holstein, J. A. (comps.) (2001). *Institutional Selves: Troubled Identities in a Post-Modern World*, Nueva York, Oxford University Press.
- Gubrium, J. F. y Holstein, J. A. (2002). «From the individual interview to the interview society», en J. F. Gubrium y J. A. Holstein (comps.), *Handbook of Interview Research: Context and Method*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 3-32.
- Gwaltney, J. L. (comps.) (1993). *Drylongso: A Self-Portrait of Black America*, Nueva York, New Press, trabajo original publicado en 1980.
- Hagood, M. J. (1939). *Mothers of the South: Portraiture of the White Tenant Farm Woman*, Nueva York, Greenwood.
- Hatch, J.A. y Wisniewski, R. (comps). (1995). *Life History and Narrative*, Londres, Falmer.
- Hertz, R. (comp.) (1997). *Reflexivity and Voice*, Thousand Oaks (California), Sage.
- Hilbert, R. A. (1990). «The efficacy of performance science: Comment on McCall and Becker», *Social Problems*, 37, págs. 133-135.
- Hinchman, L. P. y Hinchman, S. K. (comps.) (2001). *Memory, Identity, Community: The Idea of Narrative in the Human Sciences*, Albany, State University of New York Press.
- Holstein, J. A. y Gubrium, J. F. (2000). *The Self We Live By: Narrative Identity in a Postmodern World*, Nueva York, Oxford University Press.
- Hunt, A. M. y Winegarten, R. (1983). *I Am Annie Mae: An Extraordinary Black Texas Woman in Her Own Words*, Austin, University of Texas Press.
- Jacobs, R. H. (1979). *Life After Youth: Female, Forty— What Next?*, Boston, Beacon.

- Josselson, R. (1996a). «On writing other people's lives: Self-analytic reflections of a narrative researcher», en R. Josselson (comp.), *Ethics and Process in the Narrative Study of Lives*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 60-71.
- Josselson, R. (1996b). *Revising Herself: The Story of Women's Identity from College to Midlife*, Nueva York, Oxford University Press.
- Josselson, R., Lieblich, A. y McAdams, D. P. (comps.) (2003). *Up Close and Personal: the Teaching and Learning of Narrative Research*, Washington DC, American Psychological Association.
- Kardiner, A. (1945). *The Psychological Frontiers of Society*, Westport (Connecticut), Greenwood.
- Koehler, L. (1981). «Native women of the Americas: A bibliography», *Frontiers: A Journal of Women's Studies*, 6, págs. 73-101.
- Krieger, S. (1991). *Social Science and the Self: Personal Essays on an Art Form*, Nueva Brunswick (Nueva Jersey), Rutgers University Press.
- Labov, W. y Waletzky, J. (1997). «Narrative analysis: Oral versions of personal experience», *Journal of Narrative and Life History*, 7, págs. 3-38, trabajo original publicado en 1967.
- Langellier, K. M. (2001). «You're marked: Breast cancer, tattoo, and the narrative performance of identity», en J. Brockmeier y D. Carbaugh (comps.), *Narrative and Identity: Studies in Autobiography, Self, and Culture*, Amsterdam (Países Bajos), John Benjamins, págs. 145-184.
- Langness, L. L. (1965). *The Life History in Anthropological Science*, Nueva York, Holt, Rinehart y Winston.
- Langness, L. L. y Frank, G. (1981). *Lives: An Anthropological Approach to Biography*, Novato (California), Chandler & Sharp.
- Laslett, B. (1999). «Personal narratives as sociology», *Contemporary Sociology*, 28, págs. 391-401.
- Lempert, L. B. (1994). «A narrative analysis of abuse: Connecting the personal, the rhetorical, and the structural», *Journal of Contemporary Ethnography*, 22, págs. 411-441.

- Lester, J. (1968). *To Be a Slave*, Nueva York, Scholastic.
- Lewis, O. (1961). *The Children of Sánchez: Autobiography of a Mexican Family*, Nueva York, Random House. [Hay versión en castellano, *Los hijos de Sánchez*, México, Fondo de Cultura Económica, 1965, 2ª ed.]
- Liebow, E. (1993). *Tell Them Who I Am: The Lives of Homeless Women*, Nueva York, Penguin.
- Lincoln, Y. S. (1997). «Self, subject, audience, text: Living at the edge, writing in the margins», en W. G. Tierney y Y. S. Lincoln (comps.), *Representation and the Text: Re-Framing the Narrative Voice*, Albany: State University of New York Press, págs. 37-55.
- Lincoln, Y. S. (2000). «Narrative authority vs. perjured testimony: Courage, vulnerability, and truth», *Qualitative Studies in Education*, 13, págs. 131-138.
- Loseke, D. R. (2001). «Lived realities and formula stories of “battered women”», en J. F. Gubrium y J. A. Holstein (comps.), *Institutional Selves: Troubled Identities in a Postmodern World*, Nueva York, Oxford University Press, págs. 107-126.
- Lurie, N. O. (comp.) (1961). *Mountain Wolf Woman: Sister of Crashing Thunder*, Ann Arbor, University of Michigan Press.
- Luttrell, W. (1997). *School-Smart and Mother-Wise: Working-Class Women's Identity and Schooling*, Nueva York, Routledge.
- Luttrell, W. (2003). *Pregnant Bodies, Fertile Minds: Gender, Race, and The Schooling of Pregnant Teens*. Nueva York, Routledge.
- Madison, D. S. (1998). «Performance, personal narratives, and the politics of possibility», en S. J. Dailey (comp.), *The Future of Performance Studies: Visions and Revisions*, Annandale (Virginia), National Communication Association, págs. 276-286.
- Mann, C. y Stewart, F. (2002). «Internet interviewing», en J. F. Gubrium y J. A. Holstein (comps.), *Handbook of Interview Research: Context and Method*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 603-627.
- McAdams, D. P. (1997). *The Stories We Live By: Personal Myths and the Making of the Self*, Nueva York, Guilford.

- McAdams, D. P. y Bowman, P. J. (2001). «Narrating life's turning points: Redemption and contamination», en D. P. McAdams, R. Josselson y A. Lieblich (comps.), *Turns in the Road: Narrative Studies of Lives in Transition*, Washington DC, American Psychological Association, págs. 3-34.
- McAdams, D. P., Josselson, R. y Lieblich, A. (comps.) (2001). *Turns in the Road: Narrative Studies of Lives in Transition*, Washington DC, American Psychological Association.
- McCall, M. M. y Becker, H. S. (1990). «Performance science», *Social Problems*, 37, págs. 117-132.
- McCall, M. M. y Wittner, J. (1990). «The good news about life history», en H. S. Becker y M. M. McCall (comps.), *Symbolic Interaction and Cultural Studies*, Chicago, University of Chicago Press, págs. 46-89.
- McLaughlin, D. y Tierney, W. G. (comps.) (1993). *Naming Silenced Lives: Personal Narratives and Processes of Educational Change*, Nueva York, Routledge.
- McMahan, E. M. y Rogers, K. L. (comps.) (1994). *Interactive Oral History Interviewing*, Hillsdale (Nueva Jersey), Lawrence Erlbaum.
- Menchú, R. (1984). *I, Rigoberta Menchú: An Indian Woman in Guatemala*, introducción de E. Burgos-Debray, (comp.); A. Wright, (trans.), Londres, Verso. [Hay versión en castellano: Elizabeth Burgos (1985), *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*, México, Siglo XXI.]
- Miller, G. (1997). *Becoming Miracle Workers: Language and Meaning in Brief Therapy*, Nueva York, Aldine de Gruyter.
- Mills, C. W. (1959). *The Sociological Imagination*, Londres, Oxford University Press.
- Mishler, E. G. (1986). *Research Interviewing: Context and Narrative*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.
- Mishler, E. G. (1995). «Models of narrative analysis: A typology», *Journal of Narrative and Life History*, 5, págs. 87-123.
- Mishler, E. G. (1999). *Storylines: Craft Artists' Narratives of Identity*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.

- Moyano, M. E. (2000). *The Autobiography of María Elena Moyano: The Life and Death of a Peruvian Activist*, D. M. Tupac (comp. y coment.), Gainesville, University Press of Florida.
- Myerhoff, B. (1994). *Number Our Days: Culture and Community among Elderly Jews in an American Ghetto*, Nueva York, Meridian/Penguin, trabajo original publicado en 1979.
- Naples, N. (2003). «Deconstructing and locating survivor discourse: Dynamics of narrative, empowerment, and resistance for survivors of childhood sexual abuse», *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 28, págs. 1.151-1.185.
- Narayan, K. y George, K. M. (2002). «Personal and folk narrative as cultural representation», en J. F. Gubrium y J. A. Holstein (comps.), *Handbook of Interview Research: Context and Method*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 815-831.
- Ochberg, R. L. (1996). «Interpreting life stories», en R. Josselson (comp.), *Ethics and Process in the Narrative Study of Lives*, Thousand Oaks (California), Sage.
- Personal Narratives Group (comps.) (1989). *Interpreting Women's Lives: Feminist Theory and Personal Narratives*, Bloomington, Indiana University Press.
- Plummer, K. (1983). *Documents of Life: An Introduction to the Problems and Literature of a Humanistic Method*, Londres, George Allen y Unwin.
- Plummer, K. (1995). *Telling Sexual Stories: Power, Change, and Social Worlds*, Londres, Routledge.
- Polkinghorne, D. E. (1995). «Narrative configuration in qualitative analysis», en J. A. Hatch y R. Wisniewski (comps.), *Life History and Narrative*, Londres, Falmer, págs 5-23.
- Pollner, M. y Stein, J. (1996). «Narrative mapping of social worlds: The voice of experience in Alcoholics Anonymous», *Symbolic Interaction*, 19, págs. 203-223.
- Psathas, G. (1995). *Conversation Analysis: The Study of Talk-In-Interaction*, Thousand Oaks (California), Sage.
- Radin, P. (comp.) (1926). *Crashing Thunder: The Autobiography of an American Indian*, Nueva York, Appleton.

- Randall, M. (1981). *Sandino's Daughters: Testimonies of Nicaraguan Women in Struggle*, Vancouver (Columbia Británica), New Star Books.
- Randall, M. (1994). *Sandino's Daughters Revisited: Feminism in Nicaragua*, Nueva Brunswick (Nueva Jersey), Rutgers University Press.
- Randall, M. (2003). *When I Look Into the Mirror and See You: Women, Terror, and Resistance*, Nueva Brunswick (Nueva Jersey), Rutgers University Press.
- Rawick, G. P. (1972). *The American Slave: A Composite Autobiography*, vol. 1: *From Sundown to Sunup— The Making of the Black Community*, Westport (Connecticut), Greenwood.
- Rawick, G. P. (1977). «General introduction», en G. Rawick, J. Hillegas y K. Lawrence (comps.), *The American Slave: A Composite Autobiography (1972)*, Westport (Connecticut), Greenwood, suplemento, serie 1, vol. 1, *Alabama Narratives*, págs. ix-li.
- Reddy, M. T. (1994). *Crossing the Color Line: Race, Parenting, and Culture*, Nueva Brunswick (Nueva Jersey), Rutgers University Press.
- Reinharz, S. (1992). *Feminist Methods in Social Research*, Nueva York, Oxford University Press.
- Reinharz, S. y Chase, S. E. (2002). «Interviewing women», en J. F. Gubrium y J. A. Holstein (comps.), *Handbook of Interview Research: Context and Method*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 221-238.
- Ribbens, J. y Edwards, R. (comps.) (1998). *Feminist Dilemmas in Qualitative Research: Public Knowledge and Private Lives*, Londres, Sage.
- Richardson, L. (1990). «Narrative and sociology», *Journal of Contemporary Ethnography*, 19, págs. 116-135.
- Richardson, L. (2002). «Poetic representation of interviews», en J. F. Gubrium y J. A. Holstein (comps.), *Handbook Of Interview Research: Context and Method*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 877-892.

- Riessman, C. K. (1990). *Divorce Talk: Women and Men Make Sense of Personal Relationships*, Nueva Brunswick (Nueva Jersey), Rutgers University Press.
- Riessman, C. K. (1997). «A short story about long stories», *Journal of Narrative and Life History*, 7, págs. 155-158.
- Riessman, C. K. (2002a). «Analysis of personal narratives», en J. F. Gubrium y J. A. Holstein (comps.), *Handbook Of Interview Research: Context and Method*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 695-710.
- Riessman, C. K. (2002b). «Positioning gender identity in narratives of infertility: South Indian women's lives in context», en M. C. Inhorn y F. van Balen (comps.), *Infertility around the Globe: New Thinking on Childlessness, Gender, and reproductive Technologies*, Berkeley, University of California Press, págs. 152-170.
- Rosaldo, R. (1976). «The story of Tukbaw: "They listen as he orates"», en F. E. Reynolds y D. Capps (comps.), *The Biographical Process: Studies in the History and Psychology of Religion*, La Haya (Países Bajos), Mouton.
- Rosenwald, G. C. y Ochberg, R. L. (comps.) (1992). *Storied Lives: The Cultural Politics of Self-Understanding*, New Haven (Connecticut), Yale University Press.
- Rosier, K. B. (2000). *Mothering Inner-City Children: The Early School Years*, Nueva Brunswick (Nueva Jersey), Rutgers University Press.
- Rubin, L. B. (1976). *Worlds Of Pain: Life in the Working- Class Family*, Nueva York, Basic Books.
- Rubin, L. B. (1994). *Families on the Faultline: America's Working Class Speaks About the Family, the Economy, Race, and Ethnicity*, Nueva York, Harper Perennial.
- Ruddick, S. y Daniels, P. (comps.) (1977). *Working It Out: 23 Women Writers, Artists, Scientists, and Scholars Talk About their Lives and Work*, Nueva York, Pantheon.
- Sacks, K. B. (1989). «What's a life story got to do with it?», en Personal Narratives Group (comps.), *Interpreting Women's Lives: Feminist Theories and Personal Narratives*, Bloomington, University of Indiana Press, págs. 85-95.

- Schegloff, E. A. (1997). «“Narrative analysis” thirty years later», *Journal of Narrative and Life History*, 7, págs. 97-106.
- Sexton, P. C. (1981). *The New Nightingales: Hospital Workers, Unions, New Women's Issues*, Nueva York, Enquiry Press.
- Shaw, C. R. (1966). *The Jack-Roller: A Delinquent Boy's Own Story*, Chicago, University of Chicago Press, trabajo original publicado en 1930.
- Shostak, M. (1989). «“What the wind won't take away”: The genesis of *Nisa – the Life and Words of a !Kung Woman*», en Personal Narratives Group (comps.), *Interpreting Women's Lives: Feminist Theory and Personal Narratives*, Bloomington, Indiana University Press, págs. 228-240.
- Shostak, M. (2000a). *Nisa: The Life and Words of a !Kung Woman*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, trabajo original publicado en 1981.
- Shostak, M. (2000b). *Return to Nisa*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press,
- Sidel, R. (1978). *Urban Survival: The World of Working- Class Women*, Boston, Beacon.
- Stein, A. (1997). *Sex and Sensibility: Stories of a Lesbian Generation*, Berkeley, University of California Press.
- Stromberg, P. G. (1993). *Language and Self-Transformation: A Study of the Christian Conversion Narrative*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press.
- Sutherland, E. H. (1937). *The Professional Thief*, Chicago, University of Chicago Press.
- Taylor, J. M., Gilligan, C. y Sullivan, A. M. (1995). *Between Voice and Silence: Women and Girls, Race and Relationship*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.
- Tedlock, B. (1992). *The Beautiful and the Dangerous: Encounters with the Zuni Indians*, Nueva York, Viking/Penguin Books.
- Terkel, S. (1995). *Coming of Age: The Story of Our Century by Those Who've Lived It*, Nueva York, New Press.

- Thomas, W. I. y Znaniecki, F. (1927). *The Polish Peasant in Europe and America*, Nueva York, Alfred A. Knopf, vol. 2, trabajo original publicado en 1918.
- Thompson, P. (2000). *The Voice of the Past: Oral History*, Nueva York, Oxford University Press, 3ª edición, trabajo original publicado en 1978.
- Tierney, W. G. (2000). «Undaunted courage: Life history and the post-modern challenge», en N. K. Denzin e Y. S. Lincoln (comps.), *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks (California), Sage, 2ª edición, págs. 537-553.
- Tierney, W. G. (2002). «Get real: Representing reality», *Qualitative Studies in Education*, 15, 385-398.
- Tierney, W. G. y Lincoln, Y. S. (comps.) (1997). *Representation and the Text: Re-Framing the Narrative Voice*, Albany, State University of New York Press.
- Watson, L. C. y Watson-Frankle, M-B. (1985). *Interpreting Life Histories: An Anthropological Inquiry*, Nueva Brunswick (Nueva Jersey), Rutgers University Press.
- Weiss, R. S. (1994). *Learning from Strangers: The Art and Method of Qualitative Interview Studies*, Nueva York, Free Press.
- Wozniak, D. F. (2002). *They're All My Children: Foster Mothering in America*, Nueva York, New York University Press.
- Yetman, N. R. (1970). *Life Under the «Peculiar Institution»: Selections from the Slave Narrative Collection*, Nueva York, Holt, Rinehart y Winston.

26

Investigación con base en las artes

La realización de una pedagogía revolucionaria

Susan Finley

Este capítulo se centra en los beneficios que brindan a la investigación cualitativa los enfoques con base en las artes en pos de promover el activismo político. Las referencias elegidas apuntan tanto a incluir las discusiones teóricas acerca de las metodologías utilizadas en la investigación con base en las artes y ejemplos de las representaciones basadas en las artes, como a resaltar los conceptos de utilidad y activismo político de los que se sirven este tipo de estudios. La presente revisión presta especial atención a la investigación con base en las artes capaz de promover desarrollos a futuro en el campo del activismo político socialmente responsable y de metodologías investigativas provechosas a nivel local. Desde una perspectiva histórica y con el fin de definir la investigación basada en las artes, el capítulo trata cuestiones cruciales en los debates sobre las metodologías utilizadas en este tipo de investigación. Por último, se sostiene que la investigación con base en las artes es capaz de contribuir con creces «a una estética ética radical [que] funde sus representaciones del mundo en un conjunto de prácticas interpretativas conducentes a la implementación de teorías críticas de la raza, teorías *queer* y teorías poscoloniales del Tercer Mundo» (Denzin, 2000, pág. 261).

Este capítulo comienza con una descripción de las características que distinguen la investigación con base en las artes respecto del

conjunto de las diferentes formas de investigación cualitativa posmoderna. Luego de esa descripción de la investigación con base en las artes, se presenta un breve bosquejo de las características sociales generales que proporcionan el telón de fondo contextual para una investigación basada en las artes de tipo radical, ético y revolucionario. Para finalizar, el capítulo concluye con un ejemplo de una investigación basada en las artes de fines activistas situada dentro de una comunidad. La genealogía de la investigación con base en las artes que he adoptado está fundada en la creencia ampliamente aceptada de que la investigación de las ciencias sociales es siempre de tipo moral y política, lo cual interpreto como una proclama oportuna de que quienes las realizan deben, por tanto, abocarse a la práctica de investigaciones activistas que participen de la crítica pública y se opongan a los discursos neoconservadores que amenazan a la justicia social. Considero también que el significativo cambio hacia una investigación estética revolucionaria performativa promueve los estudios indígenas, *queer* y feministas, así como los estudios de frontera y críticos de la raza.

Integraciones posmodernas de activismo, ciencias sociales y artes: definiendo las características de la investigación con base en las artes

La investigación con base en las artes surge en contextos poscoloniales y posmodernos como resultado de una trama de complejos hilos de cambios sociales, políticos y filosóficos en las perspectivas y prácticas a lo largo de múltiples comunidades discursivas. Emerge en el contexto de un cambio de tipo reflexivo que ha marcado a las ciencias sociales, la filosofía, la crítica literaria, la ciencia, la educación y las artes, y se evidencia especialmente en el giro narrativo del discurso sociológico.

La investigación con base en las artes es uno de los tantos géneros metodológicos y teóricos nuevos de la investigación cualitativa. Se sitúa dentro de lo que Lincoln (1995) describe como una tradición emergente de investigación-acción crítica y participativa en las ciencias sociales. Los practicantes de esta línea de investigación proponen la reinterpretación de los métodos y éticas de las investigaciones sociales humanas y buscan construir procesos de investigación orientados a la acción que resulten útiles dentro de la comunidad local donde se origina el estudio. La investigación con base en las artes, tal como es llevada a cabo por los investigadores que efectúan los estudios sociales humanos, se encuadra, desde un punto de histórico, en un marco de

referencia posmoderno caracterizado por una dinámica activista entre artistas e investigadores sociales.

Para trazar la genealogía de una investigación de estética radical, se utilizan tres instancias históricas: (a) el giro hacia una ciencia social activista; (b) el surgimiento de la investigación con base en las artes (y el giro hacia formas de arte activistas), y (c) el giro hacia una investigación basada en las artes de tipo radical, ética y revolucionaria (sumado a la aparición de la pedagogía revolucionaria).

El giro hacia una ciencia social activista

Los cambios fundacionales posmodernos introdujeron nuevas ideas acerca del funcionamiento de la investigación, la construcción de significados y de los propósitos a los que la investigación debe servir. Los científicos sociales comenzaron a reaccionar cuando se percataron de que las técnicas tradicionales de investigación no eran adecuadas para tratar muchas de las preguntas que debían responderse, por lo que cambiaron el marco de referencia y adoptaron perspectivas nuevas y diversas. Por ejemplo, escritores como Guba (1967) reconocieron en la proliferación de preguntas nuevas un profundo cambio en la investigación social —que se desplaza desde las cuestiones relacionadas a la técnica hacia cuestiones relativas a la teoría— y predijo un movimiento reformista que acercaría el «arte» a la investigación (pág. 64) a medida que los investigadores buscaran la forma de fundir la teoría con la práctica. Los nuevos interrogantes generaron nuevas miradas, por lo que la transformación de la investigación de las ciencias sociales, que incluía ahora metodologías cualitativas, se abrió paso con fuerza durante los comienzos de la década de 1970 (Schwandt, 2000).

Surgieron dos cuestiones fundamentales respecto se la creación de un espacio para la investigación de las ciencias sociales con base en las artes. Primero, el diálogo se centró en cuestiones éticas presentes en la relación entre el investigador y la comunidad adonde desarrolla su tarea. Los investigadores cualitativos adoptaron nuevas prácticas que redefinieron los roles del investigador y de los participantes en la investigación —quienes ya no son sujetos, sino que se convierten en colaboradores o, incluso, en coinvestigadores— de manera que la línea entre el investigador y lo investigado se volvió borrosa. Dentro del contexto de un tipo de investigación relevante a nivel local, los investigadores y los participantes fueron desarrollando de forma activa una ética del cuidado que, en última instancia, se transformaría en un estándar de calidad para el nuevo paradigma de investigación de las ciencias sociales (Lincolny Reason, 1996). En lugar de seguir el modelo

científico cuantitativo de objetividad, la investigación cualitativa en las ciencias sociales se definió gradualmente como una investigación basada en la acción a partir de capacidades relacionales interpersonales, políticas, emocionales, morales y éticas que se generan y se comparten entre los investigadores y los participantes en la investigación (Lincoln, 1995; Lincoln y Reason, 1996).

En segundo término, al considerar a los investigadores como integrantes de la comunidad, surgieron preguntas y cuestiones que condujeron a una «crisis de representación» (Denzin y Lincoln, 1994) que planteó ciertos interrogantes a los investigadores. ¿Cómo debe informarse la investigación? ¿Son adecuadas las perspectivas tradicionales sobre la difusión para una audiencia creciente que incluye a una comunidad local? ¿Cómo hacen los investigadores para informar sobre sus interpretaciones sin violentar la «otredad» de sus compañeros de investigación ni explotarlos ni quitarles la voz al narrar sus propias historias? ¿Qué políticas debería adoptar la investigación? En lugar de redactar informes dirigidos a otros investigadores y diseñadores de políticas conforme con la tradición académica, ¿cómo pueden los investigadores lograr que su trabajo llegue a los participantes y les resulte útil?

A partir de estas cuestiones, surgieron métodos no tradicionales, y se realizó una revisión de los estándares para evaluar la investigación, que en 1995 dio lugar a la revista *Qualitative Inquiry* (editada por Norman Denzin e Yvonna Lincoln) como un foro para los debates contemporáneos acerca de las prácticas y las metodologías planteadas en las investigaciones de tipo participativas y de acción crítica (para obtener una reseña de los primeros siete años de publicación de *Qualitative Inquiry*, véase Finley, 2003a). En ocasión de escribir en *Qualitative Inquiry*, Lincoln (1995) y Lincoln y Reason (1996) identificaron una serie de habilidades específicas surgidas en la nueva tradición investigativa. Entre las habilidades requeridas por los investigadores del nuevo paradigma se incluía la competencia interpersonal, política, emocional, moral y ética; la apertura intelectual y la creatividad, además de cualidades espirituales relacionadas a la empatía y la comprensión al enfrentarse con experiencias humanas.

Del mismo modo y dentro de ese contexto de reforma de la investigación, Eisner (por ejemplo, 1991/1998) sostiene que para que un investigador tenga éxito en el nuevo género de las ciencias sociales, debe contar con una base de habilidades diferente de la que previamente se esperaba de los investigadores sociales. Propone un programa para estudiantes de posgrado que ponga en valor el desarrollo de la imaginación, la percepción y la interpretación de las cualidades de las cosas, así como el dominio de habilidades relacionadas con la representa-

ción artística. Con el fin de tratar la crisis representacional, Eisner fomenta el acceso a los campos existentes, como las artes y las letras: «El arte, la música, la danza, la prosa y la poesía son algunas de la formas que se han inventado para cumplir esa función» (pág. 235). Del mismo modo, Seale (1999) propone un modelo de aprendizaje con el objeto de incorporar una gran variedad de habilidades utilizadas en la investigación «de forma muy similar al modo en que los artistas aprenden a pintar, dibujar o esculpir» (pág. 476). Asimismo, Tierney (1998, 1999) reconoce que los intentos de los autores por incluir múltiples voces textuales demandan un espectro narrativo tan amplio y experimental como el que proporciona la literatura. En un artículo aparecido en una edición especial de *Qualitative Inquiry* dedicada a la investigación de las historias de vida inspiradas en géneros literarios, Tierney (1999) observa que: «Lo que buscan estos autores es la forma de salir del corsé representacional en que han estado inmersos los científicos sociales durante la mayor parte del siglo» (pág. 309). Y continúa: «Los autores desean crear una mayor flexibilidad narrativa con respecto al tiempo, al espacio y a la voz. La presunción es que en lugar de basarse en una prueba estándar semejante a la utilizada por los científicos naturalistas, los lectores interpretan los textos a partir de aspectos emotivos y afectivos» (págs. 309-310).

De este modo, el giro hacia la ciencia social activista coincidió de forma recíproca con el giro hacia la investigación narrativa de las ciencias sociales. Casey (1995) explica que los cambios metodológicos en los enfoques investigativos están vinculados con intereses políticos o teóricos influidos por circunstancias sociales e históricas, y que la investigación narrativa se encuentra políticamente situada por el hecho de que «desafía de forma deliberada las fuerzas de la alienación, la anomía, la aniquilación, el autoritarismo, la fragmentación, la mercantilización, la denigración y la desposesión» (pág. 213). Lo que el activismo requiere es una investigación expresiva que describa las múltiples dimensiones de la vida humana en lugar de dirigirse al hallazgo de la verdad, las pruebas y la contundencia de las ciencias sociales tradicionales. El reconocimiento de las dinámicas de poder entre el investigador y el investigado demandó la adaptación de las formas literarias para que los textos investigativos pudieran representar, lo más vívidamente posible, las palabras y el mundo de los participantes. La ética del cuidado dominante entre los nuevos investigadores de las ciencias sociales puso el discurso narrativo (es decir, las narraciones) en un lugar de privilegio en la investigación de las ciencias sociales.

En ese contexto de frontera marcado por aspectos políticos y éticos, los investigadores activistas abrieron nuevos horizontes y se con-

virtieron en pioneros, brindando investigaciones narrativas en múltiples formas literarias. Denzin (2004) afirma que:

Hoy en día el modo experimental, reflexivo, de escribir textos etnográficos en primera persona resulta algo común. Las perspectivas narrativas críticas se han convertido en una característica fundamental de las metodologías contrahegemónicas y descolonizadoras (Mutua y Swadener, 2004, pág. 16). Los sociólogos, antropólogos y educadores continúan indagando sobre nuevas maneras de producir etnografía y la crítica cultural se ha vuelto una práctica aceptada (pág. 1).

Esto realmente es así. En la actualidad, la Universidad de Columbia ofrece a los estudiantes de medicina cursos de literatura, teoría literaria y escritura creativa como parte de su Programa en Medicina Narrativa (Thernstrom, 2004).

El surgimiento de la investigación con base en las artes

Dentro de este contexto floreciente de nuevas prácticas que fusionaban las ciencias sociales activistas con formas de arte narrativo, la exposición de Eisner (1981) sobre las diferencias entre los enfoques científicos y artísticos de la investigación cualitativa dio pie a la aparición de la investigación educacional con base en las artes. Uno de los aportes significativos de Eisner es su insistencia en el poder de la forma para informar, lo cual incluye una apelación al uso de diversas formas de arte (por ejemplo, la danza, el cine o las artes plásticas), además de las diferentes formas narrativas que han proliferado en el nuevo paradigma de las ciencias sociales. Las teorías de Eisner se basan en antecedentes históricos de artistas y científicos sociales cuyos trabajos parecen ser prácticamente intercambiables —arte que es ciencia social y ciencia social que es arte—. Sus teorías son especialmente respetuosas de los aportes de los artistas a la comprensión de la vida social. La construcción de una ciencia social implicó que fuera necesario cruzar barreras, desafío que también debieron enfrentar los artistas posmodernos, quienes durante la construcción de valores sociales, buscaban otorgar una voz política, poder e influencia a audiencias y participantes.

Asimismo, los contextos culturales, históricos y políticos que modelaron las reformas de la investigación en las ciencias sociales fortalecieron el activismo político entre los artistas. Por ejemplo, Felshin (1995) sostiene que el arte activista se arraigó en un contexto de cambios de paradigma movilizadores por las feministas durante la década de 1970 y luego se expandió e institucionalizó durante los siguientes

20 años. Felshin traza la influencia específica de los cambios de paradigma en el rol de los artistas en la sociedad. Por ejemplo, señala que si bien el espectro de cuestiones sociales que aborda el arte activista es amplio —personas en situación de calle, sida, violencia de género, negligencia medioambiental, sexismo, racismo, inmigración ilegal, entre otros—, las metodologías corrientes, las estrategias formales y los objetivos activistas resultan comunes para todos los artistas activistas del nuevo paradigma.

De acuerdo a Felshin (1995), el arte activista de esa fase reflexiva posmodernista temprana presenta seis elementos característicos:

- El uso innovador del espacio público para abordar cuestiones de relevancia sociopolítica y cultural;
- El fomento de la participación de la comunidad o del público en las artes como un medio de promover el cambio social;
- La participación de miembros de la comunidad en actos de autoexpresión o autorepresentación como una forma de fomentar la voz y la visibilidad de los participantes y de hacer político lo personal;
- El uso de técnicas mediáticas convencionales (por ejemplo, afiches, publicidad en autobuses y trenes subterráneos, encartes periodísticos) para relacionarse con una audiencia más amplia y subvertir las formas comerciales usuales;
- La inmersión en una comunidad para realización de investigaciones preliminares y la colaboración entre artistas y comunidades/distritos que comparten un interés personal en las cuestiones tratadas;
- El uso a conciencia de espacios públicos para contextualizar trabajos artísticos y animar a las audiencias a que tomen una posición no como espectadores pasivos, sino como participantes activos de los trabajos artísticos.

En resumen, Felshin define el «nuevo arte público» en términos que se refieren a las descripciones de Lincoln (1995) vinculadas con las tendencias en desarrollo de la «nueva ciencia social». En esta dinámica de cambio, el trabajo recientemente creado no está ni dentro ni fuera del ámbito de las ciencias sociales o el arte; al contrario, se ubica en el espacio formado por la emotividad, el intelecto y la identidad.

En la investigación con base en las artes, los paradigmas para la creación de significado en los ámbitos de las ciencias sociales y el arte, colisionan, se fusionan y se reestructuran para formar algo que, en rigor, no puede identificarse como arte o ciencia. Como señala Ulmer (1994): «hacer heurística es atravesar los discursos del arte y la teoría»

(pág. 81). La *heurística* se refiere a los procesos creativos de descubrimiento e invención, como los utilizados por los investigadores con base en las artes, quienes, de modo consciente, han implementado las metodologías de las artes para definir las nuevas prácticas de la investigación humanista y social. Eisner ofrece siete premisas organizacionales que explicitan su definición de la investigación con base en las artes y presenta, además, el libro formativo *The Enlightened Eye* (Eisner, 1991/1998) como un argumento en defensa de cada uno de esos siete principios:

1. Hay diferentes maneras de conocer el mundo. Los artistas, escritores, bailarines y científicos tienen cosas importantes que decir acerca de él.
2. El conocimiento humano es un constructo basado en la experiencia y, en consecuencia, es un reflejo de la mente y de la naturaleza. El conocimiento se construye, en lugar de ser simplemente descubierto.
3. Los términos mediante los cuales los humanos representan su idea del mundo tienen una influencia fundamental para lo que puedan decir acerca de él.
4. El uso eficaz de toda forma a través de la cual se conoce y representa el mundo demanda inteligencia.
5. La elección de una forma mediante la que se ha de representar el mundo no sólo influye en lo que los humanos son capaces de decir, sino que tiene relevancia en aquello que posiblemente experimenten.
6. La investigación educacional será más completa e informativa a medida que los humanos multipliquen los modos de describir, interpretar y evaluar el mundo de la educación.
7. La determinación de las formas específicas de representación que logran su aceptación en una comunidad investigativa educacional implican tanto un asunto político como epistemológico. Las nuevas formas de representación, si son aceptables, exigirán nuevas competencias.

Las razones de Eisner están fundadas en la teoría de las inteligencias múltiples, que afirma que existen diferentes maneras de conocer el mundo y que expandir el espectro de perspectivas disponibles para la construcción del conocimiento aumenta el valor informativo de la investigación. De modo gradual, los investigadores con base en las artes

están incrementando el uso de expresiones artísticas, como las visuales, las performativas y formas tomadas de la literatura. Este hecho representa un hito entre los investigadores basados en las artes; critica los privilegios de los modos de conocimiento basados en el lenguaje y plantea mayores desafíos a las respuestas del statu quo a la pregunta: «¿qué es la investigación?» La construcción fundacional de Eisner encierra un desafío político. Vuelve a señalar que la determinación de quién investiga y el hecho de que se reconozca esa investigación como tal al momento de presentarla en forma de arte, remite a una cuestión política vinculada a la educación. Si la investigación está llamada a convertirse en un lugar para la implementación de una metodología racial crítica, feminista y del Tercer Mundo (entre otras), los investigadores deben enfatizar y confrontar las cuestiones de poder subrayadas por los principios de Eisner. Existen diferentes formas construidas socialmente para conocer el mundo, y la diversidad se logra a partir de las voces de las diferentes personas que participan durante el desarrollo de una investigación y su representación. Tal como he dicho en otra parte:

Para los investigadores del nuevo paradigma decir «estoy haciendo arte» y querer decir en verdad «estoy investigando» —o viceversa— representa un acto de emancipación política del paradigma dominante de la ciencia. En cualquiera de las dos instancias, el hecho de que el arte y la investigación sean un acto en común equivale a una declaración política (Finley, 2003a, pág. 290).

Por un lado, una experiencia de investigación comunitaria requiere que los procesos de recolección de información y los procesos analíticos sean comunales por naturaleza y estén abiertos a la participación de aquellos miembros de la comunidad que la investigación tiene como propósito ayudar. Por el otro, el cuidado comunitario comprendido en la experiencia de investigación también supone que las audiencias participen de ella. La creación artística es una actividad apasionada y visceral que promueve la comunión de participantes, investigadores y diferentes audiencias que toman contacto con los textos de la indagación. La investigación basada en el arte atraviesa las barreras del arte y la investigación definidas por convenciones modeladas en contextos históricos y culturales ligados a los mercados internacionales del arte y por un mercado del conocimiento regido por la educación superior.

Es importante reconocer que tanto el arte con fines políticos como la investigación social con cualidades artísticas cuentan con ricas y largas historias. Sin embargo, en el caso de la investigación con base en las artes lo que resulta drásticamente diferente y claramente político es el esfuerzo por afirmar que el arte es igual a la ciencia en

cuanto a forma de comprender el mundo, aunque en ocasiones sea la manera más clara y profunda de las dos. La investigación con base en las artes es uno de los tantos estudios sistemáticos de los fenómenos emprendidos para expandir la comprensión humana: en rigor, no es arte; tampoco, ciencia. Como afirman Slattery y Langerock (2002), la investigación con base en las artes se lleva a cabo en «momentos sintéticos, experiencias de una perspectiva aguda que fusiona el tiempo, el espacio y el *self* en momentos transhistóricos uniformes [no]... fáciles de discernir y difíciles de categorizar dentro de los rígidos límites disciplinarios del arte y la ciencia» (pág. 350). Una de las preocupaciones fundamentales de los investigadores basados en las artes ha sido cómo hacer el mejor uso posible de esos enfoques híbridos innovadores para impulsar estéticas situadas política y culturalmente que sean receptivas de los dilemas sociales. La respuesta fue la creación y promoción de textos hermenéuticos que desarrollen espacios para el diálogo y desdibujen los límites entre investigadores, participantes y audiencias de modo que, idealmente y a medida que todos interactúen en el texto, se inviertan los roles, y los participantes conduzcan a los investigadores hacia nuevos interrogantes, las audiencias planteen preguntas a los practicantes y demás. En esta instancia, el texto se define en los términos más amplios posibles e invoca a todas aquellas acciones del mundo que puedan ser «leídas».

La intertextualidad se refiere a una clase de juego (de compleción) entre textos. Un texto juega con el siguiente texto; es decir, el juego de la intertextualidad es el proceso de determinar qué texto refiere a otro texto durante el proceso de producción cultural (Barthes, 1970/1974). En las exposiciones de investigación, la intertextualidad señala aspectos más dinámicos de la producción cultural. En las ciencias sociales la palabra texto denota todas aquellas cosas que pueden ser leídas, interpretadas o son referentes a partir de los cuales las personas son capaces de interpretar su mundo. Así es como la identidad personal se crea a partir de estructuras sociales que son, en sí mismas, «textos performativos» que contribuyen a las construcciones socioculturales en curso y siempre cambiantes. Por ejemplo, Garoian (1999) y Finley (2001) produjeron ejemplos por separado de ensamblajes tipo collage, deliberadamente autobiográficos, que basan sus formas representativas en referentes textuales de construcciones sociales, como la etnicidad, el género, la posición social y económico y la historia cultural. Si bien esos trabajos son relatos muy personales sobre «volvernarnos» las personas que somos, también son comentarios sobre las historias culturales y los textos que nos formaron y modelaron. El concepto de intertextualidad tiene mucho que ver con la explicación de por qué las construcciones culturales, entre otras, siempre son dinámicas.

Los aspectos relacionados con la intertextualidad forman el sostén de la investigación con base en las artes. En las palabras «con base en» y las «artes» existe una referencia textual a las artes como base de algo más, algo que «no es arte». Vincular los movimientos activistas de las artes y la investigación es uno de los principales actos de lectura intertextual en que se funda la investigación con base en las artes. Entre las habilidades específicas de los investigadores con base en las artes se encuentra la habilidad de accionar o, quizás de modo más preciso, de construir un campo de acción; existe una dimensión física para realizar algo, un encuentro entre cuerpo y mente aplicado a un intento de comprensión (véanse también Butler, 1997, 1999; Finley, 2001; Fox y Geichman, 2001). Para Richardson, esa dimensión física de la cognición incluye un «equilibrio cinestésico» que induce a la audiencia o al lector hacia alguna clase de acción (Richardson y Lockridge, 1998). Es probable que inducir a las personas a la acción sea el propósito de la investigación con base en las artes. Las características primarias de la investigación con base en las artes brindan una fórmula para la práctica de una investigación cualitativa radical, ética y revolucionaria.

Esa genealogía de la investigación con base en las artes es evidente en la identificación de las conexiones intertextuales y las tensiones (es decir, las desconexiones) entre los investigadores de las ciencias sociales pertenecientes a la «nueva ola» y los narradores, poetas, bailarines, pintores, tejedores, dramaturgos y cineastas quienes se ubican junto con sus trabajos en estructuras sociales posmodernas dinámicas y variadas. La rescritura posmoderna de la historia de las metodologías de la investigación basada en las artes influye sobre las construcciones discontinuas, discordantes e intertextuales. El hecho de que exista una urgencia compartida entre artistas y científicos sociales por valerse de sus trabajos para impulsar una justicia social revolucionaria es sólo una construcción más.

Tal como señala Barone (2001a), la investigación con base en las artes evidencia elementos de diseño de naturaleza estética que, con diferencias dependiendo de la forma artística, «se seleccionan por su utilidad para transformar los contenidos de la experiencia en una forma que tenga la potencialidad de desafiar creencias y valores (a veces muy arraigados)» (pág. 26). La dimensión estética de la investigación con base en las artes se nutre de la imaginación, la comunidad, la experiencia comunitaria y la conciencia perceptual, emocional y sensorial. En la investigación con base en las artes, el aspecto estético lo otorga el arte implícito en la vida diaria (Barone, 2001a; Barone y Eisner, 1997; Dewey, 1934/1958). Denzin (2000) y otros han animado a los investigadores a centrarse en los aspectos vernáculos y a captar

los momentos viscerales y efímeros de la vida diaria. Las formas lingüísticas vernáculas, expresivas y contextualizadas abren narrativas que fomentan la empatía y la atención (Barone, 2001b). Esta preferencia por lo vernáculo con el fin de amplificar la voz, la representación y el atractivo de audiencia y participantes, al igual que la demanda filosófica de considerar a todas las personas por igual, nos remite a los comentarios de Tolstoy (1946/1996) sobre el arte:

Estamos acostumbrados a interpretar que el arte es sólo lo que escuchamos y vemos en los teatros, conciertos y exhibiciones, junto con edificios, estatuas, poemas y novelas... [Pero] toda la vida humana está llena de trabajos artísticos de toda clase, desde las canciones de cuna, las bromas, las imitaciones, las ornamentaciones de casas y los vestidos y utensilios, hasta las ceremonias eclesiásticas y los monumentos y desfiles triunfales. Todo eso es actividad artística (pág. 66).

Al utilizar un lenguaje cotidiano, personal y local, y ser afín a textos ambiguos abiertos a la interpretación, la investigación con base en las artes convoca a las personas al diálogo y posibilita una revisión crítica de las estructuras sociales (Barone, 2001a, 2001b). La *actuación* consiste en la escritura y rescritura de significados que deslegitiman de forma continua la autoridad de los textos. La resistencia es un tipo de actuación que hace colapsar por medio de la crítica aquellos textos hegemónicos que se han vuelto relatos privilegiados contados una y otra vez. Toda reivindicación del conocimiento depende de su adscripción a las estructuras de poder (historias) representadas dentro de límites culturales.

Esta conexión entre resistencia política, pedagogía y representación ha surgido como un modo de comprensión y surge como una forma de comprensión, y constituye una aproximación metodológica basada en las artes para interpretar y ejecutar acciones (para una discusión del «giro dramático», véase Denzin, 1997, 2003). Como una de las formas de investigación, la dramaturgia se nutre de una rica historia teatral activista cuyas motivaciones políticas han sido usadas para resistir la opresión. Garoian (1999) sostiene que las representaciones de este género pueden utilizarse para «criticar los presupuestos culturales dominantes, construir identidad y conseguir entidad política» (pág. 2). Garoian define el cuerpo humano como un «lugar en disputa» (pág. 23), donde la actividad de la obra le permite a los actores libres de ligaduras culturales desafiar tradiciones, hegemonías y posiciones dominantes. Al igual que Felshin (1995), Garoian considera los movimientos artistas feministas como sitios de arte performativo activista, refiriéndose en particular a las representaciones de la artista Suzanne Lacy. Garoian amplía la definición de actuación en cuanto pedagogía, y observa que:

El trabajo artístico [de Lacy] es parte de un programa performativo porque abre un espacio liminal en el que una comunidad puede participar de un discurso crítico; un espacio donde las decisiones dependen de los deseos colectivos de los ciudadanos; y un espacio efímero, porque es apropiado para el lugar y tiempo particulares para los que se ha diseñado. Por consiguiente, Lacy considera que las comunidades son lugares en disputa, y que la función del arte performativo es desarrollar esa comunidad (pág. 128).

Los aspectos comunitarios del trabajo de Lacy se realizan mediante el compromiso de diferentes comunidades de participantes en carácter de expertos y actores que analizan su propia opresión, en donde el conocimiento se define según la vida comunitaria de los participantes. En el estudio de Lacy, los participantes son coinvestigadores que se critican y desafían a sí mismos para comprender su comunidad y superar la opresión cultural a la que están sometidos. Como resultado, el arte, la política, la pedagogía y la investigación se unen para conformar una actuación.

Al trazar la evolución de la representación como un lugar fundamental de una metodología de investigación revolucionaria, Denzin (2003) explica que:

Fue necesario sacar a la etnografía del marco de referencia meramente metodológico y ubicarla, primero, en un espacio performativo y, luego, dentro del ámbito de la pedagogía, donde se comprendió que lo pedagógico siempre es político. Ahora podemos ver que la materia de estudio de la etnografía interpretativa está definida por la pedagogía dialéctica. Esta pedagogía vincula al opresor y al oprimido en espacios epifánicos de capital liminal (pág. 31).

El giro hacia una investigación con base en las artes radical, ética y revolucionaria

Basado en escritores que han promovido la noción de pedagogía performativa crítica como Freire (1970/2001), Giroux (2000, 2001), Kincheloe y McLaren (2000), Conquergood (1998), Garoian (1999), Pineau (1998) y Hill (1998), Denzin (2003) ha impulsado un modelo de etnografía performativa que parte de la interpretación y la evocación emocional hacia la praxis, el empoderamiento y el cambio social (pág. 133).

El giro hacia la crítica performativa de Denzin (1999) ha repercutido entre los etnógrafos críticos, dada su afirmación de que la pedagogía performativa es necesaria para confrontar las relaciones de raza y las inequidades en el sistema democrático capitalista global.

lizado. Denzin (2003) explica que, a través de un proceso evolutivo, el campo de la etnografía ha alcanzado su actual momento crítico en términos de pedagogía performativa; es tiempo de que la etnografía performativa pueda representarse como una práctica de crítica social. Una pedagogía performativa crítica debe permitir a las personas oprimidas «revelar el mundo de la opresión, comprometiéndose por medio de la práctica a transformarlo» (Freire, 1970/2001, pág. 54, citada en Denzin, 2003, pág. 30).

Se trata de un cambio de perspectiva y una llamada a la acción exigida por la época cultural, social y de gobierno en la que vivimos. Como sostiene McLaren (2003), la opresión globalizada y las estructuras políticas represivas han dado nuevas fuerzas al pedido de llevar adelante una acción reformadora. En estos «tiempos de oscuridad», como los llama McLaren (1999), es necesario que los practicantes y los teóricos que basan su trabajo en la ética del cuidado y la responsabilidad social conduzcan a la pedagogía crítica a las cumbres de la acción política. La pedagogía performativa revolucionaria debe trasponer las tareas dialógicas que implican la recontextualización, refuncionalización y reposición de preguntas y formulaciones del conocimiento característicos de la pedagogía crítica para pasar a la acción (pág. 8). Al contrario de lo que pueda parecer, la llamada a la revolución es ética: «Hacer de la liberación y la abolición del sufrimiento humano el fin de la empresa educativa» (pág. 5).

Según McLaren (1999, 2001, 2003), la pedagogía revolucionaria hace lo siguiente:

- Resiste la heterogeneidad en los discursos y representaciones de la historia, cultura y la política que ignoran las tensiones y contradicciones que atraviesan las diferencias de raza y género;
- Nombra y da voz a aquellos que no participan de las estructuras de poder propias del capitalismo mundial y las prácticas colonialistas;
- Refuta los diferentes ataques sobre la protección de los pobres, las mujeres y la gente de color;
- Desafía los presupuestos y las ideologías representadas en el ámbito educativo e intenta reformar las políticas educativas de acuerdo con los valores más comprensivos de la democracia social;
- Ofrece un vistazo provisorio de una sociedad nueva, libre de las ataduras del pasado;
- Crea espacios narrativos enfrentados con la subjetivización de la experiencia diaria y da lugar a una forma fortalecida de ser, al reconocer y nombrar, mediante una crítica intransigente, los

significados cotidianos de poder y las prácticas de ocultamiento que usualmente impiden el autoconocimiento y desalientan la enumeración de las tensiones y contradicciones producidas por prácticas colonialistas y capitalistas;

- Confronta directamente con las diferenciadas totalidades de la sociedad contemporánea y sus vínculos históricos del sistema capitalista global, comprometiéndose con una transformación revolucionaria (concebida como una oposición a las reformas de la justicia social).

Desde una perspectiva posmodernista, Ulmer (1994) también aboga por una pedagogía revolucionaria que tenga como objeto la transformación de las instituciones a través del uso de las estructuras de formalización de la institución misma para reacomodar la realidad de modo experimental a la espera de producir un efecto crítico. Cita a Eco (1984, pág. 409) con el fin de fundamentar su propuesta de realizar trabajos intervencionistas «revolucionarios» que conlleven la posibilidad, cual guerrilla semiótica ideal, de «cambiar las circunstancias mediante las que los receptores eligen sus propios códigos de lectura... Esa energía pragmática de conciencia semiótica demuestra cómo es posible que una disciplina descriptiva sea además un proyecto activo» (Ulmer, 1994, pág. 86).

La crisis social indica que la próxima etapa del desarrollo de la investigación basada en las artes se centrará en la potencialidad de la investigación para confrontar cuestiones políticas del posmodernismo, como la diversidad y la globalización, y en la posibilidad para sus practicantes de implementar epistemologías críticas de la raza, *queer* y poscoloniales.

En las actuaciones se enfatiza el hacer. En consecuencia, la actuación crea un espacio especializado (abierto y dialógico), reivindicado tanto para la investigación como para la expresión. La actuación exige algún tipo de interpretación imaginativa de los acontecimientos y los contextos en donde ellos suceden. En lugar de buscar la verdad, las respuestas y el conocimiento experto plasmado en un informe final sobre los hallazgos del investigador, el texto performativo redirige la atención al proceso de investigación. «Los textos abiertos no pueden descontextualizarse, su significados (ahora impredecibles) surgen de la sociología del espacio y están vinculados en la relación recíproca existente entre las personas y los rasgos políticos y dinámicos de un espacio» (Finley, 2003a, pág. 288). Esas actuaciones son posibles en cualquier forma artística, incluidas las artes visuales, la música, la danza, la poesía y la narrativa. En el planteo de interrogantes, el análisis de información, la realización de descubrimientos y la partici-

pación en acciones políticas, el texto performativo se revela como un trabajo con fundamentos políticos, sociales y contextuales (en el caso de la música, véanse Daspit, 2000; Frith, 1996).

Es en ese espacio liminal donde se hacen las distinciones entre las esferas privadas y públicas, por lo que la identidad personal, la cultura y el orden social se vuelven inestables, indeterminados, incoados y flexibles a los cambios. Giroux (1995) afirma que: «Es en las tensiones de lo que podría llamarse el trauma de la formación de identidad y las exigencias de la vida pública que el trabajo cultural se teoriza y se convierte en actuación» (pág. 5, citado en Garoian, 1999, págs. 40-41). Desde las ventanas que crea la investigación en las artes, las personas —personas comunes, como tú y yo, investigadores y audiencias— son capaces de poner en práctica nuevas formas de dignidad, cuidado, democracia y otros modos poscoloniales de estar en el mundo.

La investigación con base en las artes como «guerra de guerrillas»: retomando las calles

Denzin (1999) promueve la formación de un nuevo movimiento de investigación cualitativa en el que los investigadores tomen sus bolígrafos (además de sus cámaras fotográficas, pinceles, cuerpos y voces) para que «conduzcamos nuestra propia guerra de guerrillas desde las bases en contra de las estructuras opresivas de nuestra vida diaria» (pág. 568 y 572). De acuerdo con Freire (1970/2001; véase también la discusión sobre este punto en Denzin, 2003), existen dos tareas básicas que constituyen los fines específicos de la investigación social humanista dentro del contexto de una pedagogía revolucionaria con base en las artes: (a) revelar la opresión y (b) transformar la práctica. A continuación, se debate acerca de esas dos tareas y se ofrece un ejemplo de una investigación basada en las artes de tipo radical, ética y revolucionaria. Esta investigación comenzó (y aún continúa) entre varias comunidades diversas compuestas de familias y niños pobres (con albergue y sin albergue), jóvenes en situación de calle (menores solos, niños que escaparon de sus familias y niños abandonados, viajeros y otras personas entre los 17 y 24 años de edad que viven en la calle) y comunidades en tiendas, en donde las gente sin hogar es dueña de su propia vida. Además, incluye la experiencia proporcionada por una investigación de campo centrada en las comunidades de estudiantes universitarios, profesores, trabajadores de albergues y otros proveedores de servicios sociales, así como de la comunidad en su conjunto. El hecho de que la comunidad discursiva sea amplia es algo

intencional, porque se busca la participación de la mayor cantidad de individuos y representantes de roles posible en el diálogo, la opinión crítica, la investigación y la acción social en torno a cuestiones relacionadas con la pobreza y la vida en la calle, factores que influyen en la vida y experiencia educacional de niños, jóvenes y adultos. (Para obtener más ejemplos, véanse Finley, 2000a, 2000b, 2003b; Finley y Finley, 1999. Para un análisis de la posición de Finley, 2000a acerca de la investigación performativa y participativa, véase Denzin, 2003. Para obtener una adaptación a la actuación escénica de éstas y otras publicaciones vinculadas con este tema de investigación social, véase Saldaña, Finley y Finley, en prensa. Para un análisis sobre etnometodología, véase Saldaña, 1999, 2003.)

Actuaciones de historias propias

Con el fin de empoderar a niños que viven en refugios y viviendas de transición para que puedan volverse estudiantes activos dentro del aula, el programa que organizo, En Casa en la Escuela (AHAS, por sus siglas en inglés), reúne a niños que concurren a escuelas que comprenden desde el jardín de infantes hasta el octavo grado (K-8), sus familias y a los docentes en formación y en ejercicio para realizar un proyecto comunitario de campo. Todos somos estudiantes; somos tanto investigadores como investigados, y nos guiamos de acuerdo con un modelo de investigación basado en las artes, según el nuevo paradigma, para estudios humanistas. Los niños son alfabetizados (en un sentido amplio) durante todo el año escolar, en las horas extraescolares de enriquecimiento y en un programa intensivo de verano de seis semanas de duración. Las principales áreas del programa incluyen el teatro, la literatura, las artes visuales, la jardinería y la informática. Los docentes aprenden personalmente lo que significa para los niños vivir en un refugio o en una vivienda de transición, vivencian las dificultades que plantea la pobreza para la educación más de cerca de lo que la mayoría de ellos había experimentado y aprenden métodos para integrar las artes en todas las disciplinas. Los niños provenientes de este contexto han sufrido la criminalización de vivir en la calle en los Estados Unidos, la marginalización en las escuelas y una vida perturbada por los cambios de casa y escuela mientras sus padres buscan una vivienda asequible. Naturalmente, algunos de ellos están acostumbrados también a las vicisitudes de las adicciones, a padres y hermanos en prisión y a otras manifestaciones sociales de la pobreza en economías de subsistencia.

Mientras están en AHAS, los niños que residen en refugios y viviendas de transición viven en un sistema que regula sus tiempos

(existen reglas para cuándo pueden bañarse, dormir, comer y demás) en virtud del hecho de no tener hogar (desde hace mucho tiempo o de forma reciente) y ser personas económicamente pobres.

Entre otras cosas, además de fortalecer sus desempeños escolares como un medio para desarrollar la autoestima, mi objetivo es que los niños que participan de AHAS presten atención a la relación entre ellos y la sociedad para ayudarlos a redirigir la rabia que sienten a veces consigo mismos y sus padres hacia el sistema de pobreza sostenida que los subyuga. La meta es que estos niños logren comprenderse a sí mismos y a la sociedad en términos de lucha política y que, al hacerlo, se animen a imaginar todo lo que pueden hacer y ser en sus vidas —y oponerse a lo que podría haber sido un destino de pobreza para toda la vida—. Mi tarea es proporcionarles herramientas para construir una nueva imagen autobiográfica y, a continuación, impulsar las prácticas en curso que estos niños y sus familias pueden utilizar para transformar sus vidas.

Asimismo, resulta importante el objetivo de proporcionar herramientas a los docentes de escuelas que abarcan desde el jardín de infantes hasta el último curso de la escuela secundaria (K-12) con el fin de que reconozcan que su acatamiento a un sistema que degrada y expulsa a esos niños les deja «las manos manchadas de sangre». El fin es animarlos a encontrar maneras de ayudar a sus estudiantes para que concreten nuevas historias de vida basadas en la noción de una comunidad solidaria que incluya a los docentes, quienes, aun siendo parte del sistema, puedan utilizarlo en pos de su transformación. Dado que el arte es una experiencia visceral y personal que otorga expresión a formas afectivas de ser y conocer, la introducción de la investigación basada en las artes en el programa de estudio es un modo de que niños y docentes puedan crear sus propias historias (*mystories*). Las actuaciones vinculadas con éstas son textos personales y culturales (por ejemplo, narrativas, pinturas, poesía y música) que sitúan importantes experiencias y problemas personales dentro del contexto institucional y el momento histórico adonde se encuentran los autores (por ejemplo, pintores, dramaturgos y artistas de collage). Ellas intentan extraer un significado a partir de momentos en apariencia sin sentido de la vida, captar la frustración y confusión, y exponerlos a la opinión crítica. Abren un espacio liminal y crean y habilitan un texto dialógico donde es posible lograr que un grupo de personas diferentes entre sí comprenda colectivamente los lugares de poder y conflicto entre empoderados y sin poder, y, a partir de ese punto de entendimiento, comenzar a tratar la necesidad de un cambio social (para un análisis más detallado de las funciones de la historia propia, véanse Denzin, 2003; Ulmer, 1989).

Entre algunos de los proyectos conducidos por docentes, donde los niños han creado historias propias en el marco del programa AHAS, se incluye un gran esfuerzo para que retraten sus historias de vida, aprendiendo a trabajar primero con el lenguaje simbólico de los colores, las líneas y el espacio, y, luego, a usar el pincel mediante el uso de carbonilla, bolígrafos y pinturas acrílicas y al agua. Cada semana, con el propósito de contar sus historias de vida, los niños pintaron imágenes descriptivas, fotos de objetos y demás durante un período aproximado de tres meses (las estadías en los refugios tienen un límite de 90 días, por lo que la población infantil fue cambiando: algunos niños participaron de todas las sesiones, mientras que otros, tan sólo de algunas). El proyecto culminó con una jornada de pintura comunal de cinco murales (1,20 m x 1,20 m) con el lema «nuestra historia». A continuación, los niños procesaron de forma verbal los significados que deseaban dar a sus trabajos al comenzar a pintar, y definieron los significados que se generaron durante el proceso.

De entre figuras que recordaban a «Bob Esponja», árboles, símbolos de la paz y banderas de los Estados Unidos, emergieron las historias personales y de la comunidad. Un niño que había practicado para pintar y, luego, había pintado un árbol muy bonito lo cubrió de pintura, de modo que ya no fue posible verlo sobre el lienzo; otros dos chicos se le unieron en su intento de dejar «tierra abrasada». Después de que el niño expresó su ira y frustración con las múltiples cirugías de corazón que habían ocasionado que su físico fuera más pequeño que el de sus pares —una historia personal, pero una vinculada con la comunidad— los docentes estuvieron mejor preparados para comprender sus ocasionales muestras de rabia, en apariencia, irracionales. Al contar su historia de vida, el niño encontró compasión y comprensión entre sus pares y maestros, comenzó a participar de las tutorías con total regularidad, tuvo menos ataques y empezó (a lo largo de un período de varios meses) a mejorar su desempeño escolar.

Durante el mismo encuentro, tres niñas pintaron una escena de dos parejas (sin género aparente) caminando entre flores y árboles. Al examinar la pintura detenidamente, se veía como una pareja se tomaba de las manos, mientras que la otra, que tenía lágrimas en los ojos, no. La narración de esas niñas resultó referirse a recuerdos personales de divorcio, de abuelos que quedaron en otros estados como consecuencia de mudanzas y de un sentimiento de desconexión con sus compañeros de la escuela. Desde ese punto, partiendo de las niñas que habían pintado esa escena, pero también merced a la inclusión de otros niños, surgió una conversación en la que ellas admitían amar a sus madres, pero deseaban construir relaciones duraderas en sus propias vidas. Puesto que la escena ocupó un lugar del muro muy próximo

a una bandera de los Estados Unidos, cerca de la cual otro estudiante había escrito «dale a la paz una oportunidad», y mucho otros habían dibujado símbolos de la paz, la conversación cambió nuevamente de tema y se desplazó desde el mundo de las experiencias personales de divorcio y separación hacia un debate sobre la inestabilidad mundial, el dominio de los Estados Unidos y la inestabilidad que la guerra generaba en la vida de los niños. No se resolvió nada y tampoco se pusieron de acuerdo acerca de si los Estados Unidos tenían o no derecho de ir a la guerra, pero lo más importante fue que, después de todo, hubo una conversación acerca de la guerra; los niños expresaron sus opiniones sobre los acontecimientos mundiales y sintieron que sus ideas importaban. Era imposible no pensar que la comprensión que las historias propias generaron en los estudiantes se transmitiría, al menos de un modo sutil, a la vida escolar.

Pintar imágenes descriptivas es tan sólo una de las maneras en que los niños pueden contar «historias propias». También hemos tenido la ocasión de hacer cine, escribir y tocar *rap* y *blues*, y hemos construido una comunidad en donde se valoran los relatos personales. Dentro de este contexto de revelación de acontecimientos personales y sistémicos que habían modelado la vida de los niños, ocurrieron dos eventos que me convencieron de que, por medio de AHAS, estábamos logrando implementar una práctica transformacional.

La primera situación tuvo que ver con una regla que prohibía a las personas que vivían en refugios fraternizar con aquellas personas que vivían en viviendas de transición, impidiendo que fueran y vinieran desde y hacia el lugar de residencia de ambas. Dos chicas de doce años, una que vivía en una vivienda de transición y la otra, albergada en el refugio, se hicieron muy buenas amigas durante las tutorías. En ocasión de estar haciendo planes para que una de ellas fuera a visitar a la otra a su albergue después del programa, uno de los estudiantes les recordó la regla, diciéndoles que si no la cumplían sus familias deberían marcharse. A continuación, hubo una discusión entre los niños en donde reconocieron que la situación era injusta. Decidieron que debían hacer algo al respecto. La solución fue escribir en sus diarios acerca de la situación para luego mostrarme lo que habían escrito y pedirme ayuda para cambiar las cosas. Desafiaron el sistema y pusieron manos a la obra para intentar cambiar la regla. Finalmente, luego de su intervención en el problema, lograron su cometido.

En la segunda situación, resultó que los murales de los niños, junto con fragmentos de las sesiones narrativas, fueron colgados en la galería del edificio de servicios estudiantiles de la universidad donde enseño. Llevé una clase de once practicantes docentes (inscritos en el curso avanzado de literatura para niñosa mi cargo) a ver la muestra.

De esos once, cinco comenzaron tutorías voluntarias semanales y otros varios continuaron luego de la finalización del semestre. Además, organizaron donaciones de libros a las escuelas para que todos los niños pudieran llevar uno a casa consigo. Pero lo que es aún más importante, todos los docentes hicieron comentarios de este tenor:

Siempre he tenido este tipo de niños en mi clase y siempre he estado en desacuerdo con que estuvieran allí. Los he considerado faltos de preparación, sin familia, una pérdida de tiempo. He cambiado. Soy un buen maestro para muchos de mis alumnos. Ahora mi propósito es —en verdad, no sólo palabras— convertirme en un buen maestro para todos los niños de mi aula. Esos niños ahora son mis niños.

En resumen, si bien el pintar imágenes descriptivas hizo que cambiara la percepción que estos niños tenían de sí mismos como estudiantes y respecto de su participación presente y futura en la sociedad, es probable que lo más determinante sea la influencia que ellos han ejercido, mediante sus pinturas e historias, en otros niños en condiciones similares, quienes formarán parte de clases a cargo de docentes y docentes en formación que habrán adoptado pedagogías y prácticas activistas.

Como educador, deseo animar a los niños a que aprendan de pequeños a ser activistas durante toda la vida, pertrechados para una guerra de guerrillas contra la opresión, en virtud de su habilidad de nombrar a los opresores, rechazar prácticas opresivas estereotipadas o naturalizadas para que parezcan normales, imaginar una vida diferente, y poder escribir y representar así un guion que los transporte a un espacio alternativo. El arte, en sus diferentes manifestaciones, proporciona los medios para la reflexión y expresión del *self* y para la comunicación entre creadores y audiencias. El cambio social comienza por ver y conocer nuestros *selves* y el mundo en el que vivimos a través de formas artísticas.

El ejemplo de AHAS demuestra que el arte puede actuar como catalizador de las audiencias para que se vean distintas a sí mismas, reciban mensajes y logren un grado de comprensión de las personas que, en otras circunstancias, no hubieran obtenido. Conocer a esos niños a través de la expresión artística de sí mismos, motivó que un grupo de adultos reconociera sus emociones empáticas y actuara de forma comprensiva, otorgando una parte de su tiempo y experiencia como docentes. Sin embargo, una vez que entraron en contacto directo con los artistas, los docentes se convirtieron en estudiantes de las estructuras sociales que ayudaban a perpetuar y comenzaron a escribir guiones breves basados en la necesidad de un cambio, en los que las campañas de donación y el regalo de libros fueron la base para

un cambio en el espacio físico y emocional donde ocurre la enseñanza y el aprendizaje en sus escuelas y aulas. Para los docentes, aprender a utilizar las herramientas disponibles para la creación y análisis de las descripciones de sus propias imágenes significó un esfuerzo largo y sostenido; se necesita de práctica. La actuación performativa en una comunidad se logra si los docentes se analizan a sí mismos con suficiente profundidad y son capaces de mostrarse de una manera más humana y comunitaria de lo que, en general, las escuelas lo permiten.

En estos ejemplos, los niños se han convertido en investigadores y artistas de sus propias vidas. Existen otros ejemplos, no incluidos por consideraciones de espacio, que demuestran la investigación con base en las artes que han experimentado los docentes dentro del contexto descrito. Otro grupo de ejemplos está constituido por las investigaciones que realicé a partir de las experiencias del programa AHAS, algunas de las cuales se han escrito y presentado en coautoría con estudiantes de escuelas K-12, docentes, jóvenes en situación de calle y artistas callejeros. Aquí, la investigación con base en las artes hace posible borrar las distinciones entre investigador e investigado. Todos somos investigadores de nuestras experiencias y hacemos un esfuerzo en común para crear un mejor espacio donde compartir nuestras vidas.

Uno de los principales dilemas para los investigadores con base en las artes se centra en la definición del criterio de calidad. ¿Qué constituye una buena investigación con base en las artes? ¿Es incumbencia de las investigación con base en las artes demostrar lo mejor en términos de capacidad artística y destreza? Y si las demostraciones de habilidad artística son necesarias en la investigación basada en las artes, ¿es posible que miembros de la comunidad (como niños, docentes e investigadores universitarios) quienes carecen de conocimientos con respecto a la forma artística elegida como texto representacional, puedan realizar investigaciones cualitativas de esta clase? ¿Cuán lejos pueden llegar los investigadores basados en las artes en su idea de volverse «acompañantes de la comunidad», donde las distinciones entre los roles de investigador e investigado convergen? ¿Quién es un artista? ¿Quién es un investigador? Se trata de preguntas que subrayan el giro posmodernista de la investigación sociológica, pero que se han vuelto, de algún modo, cuestiones divisorias entre los investigadores con base en las artes. Algunos practicantes de la investigación basada en las artes afirman que es necesario desarrollar una tradición investigativa firme con coherencia e integridad en sus cometidos metodológicos, mientras que otros toman la posición que he adoptado en este capítulo: que los intentos por controlar la calidad fuerzan una forma particular de conocimiento y niegan la posibilidad a otras voces y expresiones. El criterio de calidad que he enfatizado en este capítulo

es el de la actuación, necesaria para lograr un enfoque de la investigación que sea activista, se comprometa con la crítica pública, se oponga a las amenazas contra la justicia social y cuyo objetivo sea facilitar los estudios indígenas, *queer* y feministas, así como los estudios de frontera y estudios críticos de la raza, puertas de entrada a los modos nuevos, múltiples y variados de interpretar y vivir en el mundo.

Referencias bibliográficas

- Barone, T. (2001a). «Science, art, and the predispositions of educational researchers», *Educational Researcher*, 30 (7), págs. 24-28.
- Barone, T. (2001b). *Teaching Eternity: The Enduring Outcomes of Teaching*, Nueva York, Columbia University, Teachers College Press.
- Barone, T. y Eisner, E. (1997). *Handbook on Complementary Methods for Educational Research* (R. Yeager, comp.), Washington DC, American Educational Research Association.
- Barthes, R. (1974). *S/Z*, Nueva York, Hill & Wang, transcripción de R. Miller, trabajo original publicado en 1970.
- Butler, J. (1997). *Excitable Speech: A Politics of the Performative*, Nueva York, Routledge.
- Butler, J. (1999). «Revisiting bodies and pleasures», *Theory, Culture, and Society*, 16, págs. 11-20.
- Casey, K. (1995). «The new narrative research in education», *Review of Research in Education*, 21, págs. 211-253.
- Conquergood, D. (1998). «Beyond the text: Toward a performative cultural politics», en S. J. Dailey (comp.), *The Future of Performance Studies: Visions and Revisions*, Washington DC, National Communication Association, págs. 25-36.
- Denzin, N. K. (1997). «Performance texts», en W. G. Tierney e Y. S. Lincoln (comps.), *Representation and the Text: Reframing the Narrative Voice*, Albany, State University of New York Press, págs. 179-217.
- Denzin, N. K. (1999). «Two-stepping in the 90s», *Qualitative Inquiry*, 5, págs. 568-572.

- Denzin, N. K. (2000). «Aesthetics and the practices of qualitative inquiry», *Qualitative Inquiry*, 6, págs. 256-265.
- Denzin, N. K. (2003). *Performance Ethnography: Critical Pedagogy and the Politics of Culture*, Thousand Oaks (California), Sage.
- Denzin, N. K. (2004). *The First International Congress of Qualitative Inquiry*, extraído el 15 de noviembre de 2004 de www.qi2005.org/index.html
- Denzin, N. K., y Lincoln, Y. S. (comps.) (1994). *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks (California), Sage.
- Despit, T. (2000). «Rap pedagogies: Bringing the noise of knowledge born in the microphone to radical education», en T. Despit y J. A. Weaver (comps.), *Popular Culture and Critical Pedagogy: Reading, constructing, connecting*, Nueva York, Garland, págs. 163-182.
- Dewey, J. (1958). *Art as Experience*, Nueva York, Capricorn, trabajo original publicado en 1934.
- Eco, U. (1984). *La structure absente: Introduction a la recherché semiotique*, París, Mercured de France, transcripción de U. Esposito-Torrigiani.
- Eisner, E. W. (1981). «On the difference between scientific and artistic approaches to qualitative research», *Educational Researcher*, 10 (4), págs. 5-9.
- Eisner, E. W. (1998). *The Enlightened Eye: Qualitative Inquiry and the Enhancement of Educational Practice*, Upper Saddle River (Nueva Jersey), Prentice Hall, trabajo original publicado en 1991.
- Felshin, N. (comp.). (1995). *But is it Art? The Spirit of Art as Activism*, Seattle (Washington), Bay Press.
- Finley, S. (2000a). «“Dream child”: The role of poetic dialogue in homeless research», *Qualitative Inquiry*, 6, págs. 432-434.
- Finley, S. (2000b). «From the streets to the classrooms: Street intellectuals as teacher educators, collaborations in revolutionary pedagogy», en K. Sloan y T. Sears (comps.), *Democratic Curriculum Theory and Practice: Retrieving Public Spaces*, Troy (Nueva York), Educator's International Press, págs. 98-113.

- Finley, S. (2001). «Painting life histories», *Journal of Curriculum Theorizing*, 17 (2), págs. 13-26.
- Finley, S. (2003a). «Arts-based inquiry in QI: Seven years from crisis to guerrilla warfare», *Qualitative Inquiry*, 9, págs. 281-296.
- Finley, S. (2003b). «The faces of dignity: Rethinking the politics of homelessness and poverty in America», *Qualitative Studies in Education*, 16, págs. 509-531.
- Finley, S. y Finley, M. (1999). «Sp'ange: A research story», *Qualitative Inquiry*, 5, págs. 313-337.
- Fox, C. T. con Geichman, J. (2001). «Creating research questions from strategies and perspectives of contemporary art», *Curriculum Inquiry*, 31, págs. 33-49.
- Freire, P. (2001). *Pedagogy of the Oppressed*, Nueva York, Continuum, trabajo original publicado en 1970. [Hay traducción en castellano: *Pedagogía del oprimido*, Nueva York, Herder y Herder, 1970.]
- Frith, S. (1996). *Performing Rites: On the Value of Popular Music*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.
- Garoian, C. R. (1999). *Performing Pedagogy: Toward an Art of Politics*, Albany, State University of New York Press.
- Giroux, H. A. (1995). «Borderline artists, cultural workers, and the crisis of democracy», en C. Becker (comps.), *The Artist in Society: Rights, Rules, and Responsibilities*, Chicago, New Art Examiner, págs. 4-14.
- Giroux, H. A. (2000). *Impure Acts: The Practical Politics of Cultural Studies*, Nueva York, Routledge.
- Giroux, H. A. (2001). «Cultural studies as performative politics», *Cultural Studies—Critical Methodologies*, 1, págs. 5-23.
- Guba, E. (1967). «The expanding concept of research», *Theory Into Practice*, 6 (2), págs. 57-65.
- Hill, R. T. G. (1998). «Performance pedagogy across the curriculum», en S. J. Dailey (comp.), *The Future of Performance Studies: Visions and Revisions*, Washington DC, National Communication Association, págs. 141-144.

- Kincheloe, J. L. y McLaren, P. (2000). «Rethinking critical theory and qualitative research», en N. K. Denzin e Y. S. Lincoln (comps.), *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks (California), Sage, 2ª edición, págs. 279-313.
- Lincoln, Y. S. (1995). «Emerging criteria for quality in qualitative and interpretive research», *Qualitative Inquiry*, 1, págs. 275-289.
- Lincoln, Y. S. y Reason, P. (comps.) (1996). «Quality in human inquiry [número especial]», *Qualitative Inquiry*, 2 (1).
- McLaren, P. (1999). «Contesting capital: Critical pedagogy and globalism», *Current Issues in Comparative Education*, 1 (2), obtenido el 3 de enero de 2004 de www.tc.columbia.edu/cice/v011nr2/a1152.htm.
- McLaren, P. (2001). «Che Guevara, Paulo Freire, and the politics of hope: Reclaiming critical pedagogy», *Cultural Studies—Critical Methodologies*, 1, págs. 108-131.
- McLaren, P. (2003). «Towards a critical revolutionary pedagogy: An interview with Peter McLaren by Michael Pozo (comp.)», *St. John's University Humanities Review*, 2 (1), obtenido el 16 de diciembre de 2004 de www.axisoflogic.com/cgi-bin/exec/view.pl?archive=38&num=3801
- Mutua, K. y Swadener, B. B. (2004). «Introduction», en Mutua y B. B. Swadener (comps.), *Decolonizing Research in Cross-Cultural Contexts: Critical Personal Narratives*, Albany, State University of New York Press, págs. 1-23.
- Pineau, E. L. (1998). «Performance studies across the curriculum: Problems, possibilities, and projections», en S. J. Dailey (comp.), *The Future of Performance Studies: Visions and Revisions*, Washington DC, National Communication Association, págs. 128-135.
- Richardson, L. y Lockridge, E. (1998). «Fiction and ethnography: A conversation», *Qualitative Inquiry*, 4, págs. 328-336.
- Saldaña, J. (1999). «Playwriting with data: Ethnographic performance texts», *Youth Theatre Journal*, 13, págs. 60-71.
- Saldaña, J. (2003). «Dramatizing data: A primer», *Qualitative Inquiry*, 9, págs. 218-236.

- Saldaña, J., Finley, S. y Finley, M. (en prensa). «Street rat», en J. Saldaña (comp.), *Ethnodrama: An Anthology of Reality Theatre*, Walnut Creek (California), AltaMira.
- Schwandt, T. (2000). «Three epistemological stances for qualitative inquiry», en N. K. Denzin e Y. S. Lincoln (comps.), *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks (California), Sage, 2ª edición, págs. 189-213.
- Seale, C. (1999). «Quality in arts-based research», *Qualitative Inquiry*, 5, págs. 465-478.
- Slattery, P. y Langerock, N. (2002). «Blurring art and science: Syntheetical moments on the borders», *Curriculum Inquiry*, 32, págs. 349-356.
- Thernstrom, M. (18 de abril de 2004). «The writing cure: Can understanding narrative make you a better doctor?», *The New York Times Magazine*, págs. 42-47.
- Tierney, W. G. (1998). «Life history's history: Subjects foretold», *Qualitative Inquiry*, 4, págs. 49-70.
- Tierney, W. G. (1999). «Guest editor's introduction. Writing life's history», *Qualitative Inquiry*, 5, págs. 307-312.
- Tolstoy, L. (1996). *What is Art?* Nueva York, Penguin, transcripción de A. Maude, trabajo original publicado en 1946.
- Ulmer, G. (1989). *Teletheory*, Nueva York, Routledge.
- Ulmer, G. (1994). «The heuristics of deconstruction», en P. Brunette y D. Wills (comps.), *Deconstruction and the Visual Arts: Art, Media, Architecture*, Nueva York, Cambridge University Press, págs. 80-96.

27

La entrevista

De una posición neutral al compromiso político

Andrea Fontana y James H. Frey

La película *Memento* comienza por el final, mostrando un asesinato para luego retroceder hasta el principio, escena a escena. Aquí no iremos tan lejos; después de todo, esto no es una película de acción, sino un capítulo sobre la entrevista. Aun así, evitamos todo rodeo y comenzamos el capítulo analizando el estado volátil de entrevistar para, a continuación, retroceder hasta los viejos tiempos y avanzar luego hasta nuestros días con un conocimiento cabal de nuestro destino. Si piensa que esto arruinará el final, saltéese la primera parte y déjela para lo último.

Aquí no ocurre ningún asesinato, pero sin embargo, la entrevista tradicional—como se la conoce por lo general— acaba siendo, en términos metafóricos, la víctima. Los perpetradores (o liberadores, dependiendo de su punto de vista) son Mahoney y Plummer (2002), coautores de «Queering the interview». Ellos se centran en el cambio de la percepción pública con respecto a gays y lesbianas ocurrido en los Estados Unidos durante las últimas décadas y en cómo ese cambio de percepción alteró el modo de entrevistar a esos grupos. Cuando hace décadas los gays eran «homosexuales», la entrevista «era claramente un instrumento de diagnóstico patológico»; sin embargo, cuando el contexto fue propicio para las reformas sociales, «la entrevista se convirtió en una herramienta de democratización modernista y, en última instancia, de reforma social» (pág. 240).

Lo que se infiere de este hecho es que la entrevista está vinculada inevitable e inextricablemente con rasgos contextuales, históricos

y políticos. Esta vinculación refuta por completo la visión tradicional de la entrevista como medio para la recolección de datos objetivos para su utilización neutral en propósitos científicos. Si al «reencuadrar»* la entrevista se niega su principal propósito, ¿qué puede hacerse al respecto? Podríamos rechazar por completo a la entrevista, pero se trata de algo casi imposible en la sociedad actual, que ha sido llamada «la sociedad de la entrevista», en la que todos son entrevistados y todos tienen sus quince minutos de fama, aunque más no sea para hacer revelaciones ruines en el show de *Jerry Springer*.** En verdad, no pretendemos trivializar la entrevista de lmismo modo que han tendido a hacerlo los medios masivos de comunicación. ¿Qué deberíamos hacer? Algunos sociólogos simplemente han resucitado el pasado, recuperando el ámbito de la entrevista de los predecesores del interaccionismo, los pragmáticos, para centrarse en las mejoras sociales. Si no es posible que la entrevista sea una herramienta neutral (y veremos que nunca lo ha sido), ¿por qué no convertirla en un brazo amigo capaz de ayudar a algunas personas a ponerse de pie? Aquí es donde se encuentra la entrevista actualmente. A continuación, nos ocuparemos de delinear este desarrollo.

La entrevista empática

En contraposición a la imagen científica de la entrevista basada en el concepto de neutralidad, la «empatía» implica la adopción de una posición. La mayoría de las entrevistas tradicionales están basadas en un lenguaje científico neutral y en las técnicas para conseguirlo. Desafortunadamente, esos objetivos son, en gran parte, un mito.

Como muchos autores han sostenido convincentemente (Atkinson y Silverman, 1997; Fontana, 2002; Hertz, 1997b; Holstein y Gubrium, 1995; Scheurich, 1995), la entrevista no es sólo el intercambio neutral de hacer preguntas y obtener respuestas. Es un proceso que involucra a dos (o más) personas cuyos intercambios representan un

* *Queering*: este término juega con el doble sentido de la palabra en inglés a partir de las entrevistas a grupos de la comunidad gay y el cambio de percepción que se produce respecto de la entrevista. Por un lado, queer quiere decir «homosexual»; por el otro, «desviarse de». Ninguno de estos significados describe el proceso de recontextualización de los principios de la entrevista; por esta razón, he elegido desambiguar el término y traducirlo como «reencuadrar». [N. del T.]

** El show de Jerry Springer es un programa de los Estados Unidos conocido por atraer gente grotesca o ridícula. Las peleas entre los panelistas en el escenario son normales y se han transformado en la marca del *show*. [N. del T.]

esfuerzo colaborativo llamado *la entrevista*. La clave radica en la naturaleza «activa» de este proceso (Holstein y Gubrium, 1995) que conduce a la creación de una historia de forma mutua y ligada a un contexto: la entrevista. Algunos han resaltado las dificultades que plantea la entrevista. Atkinson y Silverman (1997) han señalado la naturaleza asimétrica de la entrevista y el hecho de que el producto final sea un pastiche combinado por decreto. Scheurich (1995) destaca que el entrevistador es una persona situada contextual e históricamente que trae consigo, consciente o inconscientemente, motivos, deseos, sentimientos y sesgos que son insoslayables: una herramienta nada neutral. Scheurich afirma que: «La visión positivista convencional de la entrevista subestima de forma grosera la complejidad, singularidad e indeterminación de toda interacción humana cara a cara» (pág. 241).

Si partimos de la creencia de que es imposible ser neutral (aun suponiendo que fuera deseable), entonces es inevitable tomar una posición. Un número creciente de científicos sociales ha caído en la cuenta de que deben interactuar en cuanto personas con los entrevistados, y reconocer que lo están haciendo. Hace tiempo, Douglas (1985) propuso revelar sentimientos y cuestiones personales al entrevistado como una prueba de buena fe. Sin embargo, y a pesar de su posición abierta, Douglas continuaba asignándole una importancia fundamental a la tradicional noción vinculada con la obtención de respuestas más exhaustivas y de mejor calidad; no era capaz de ver que su apertura era sólo una técnica de persuasión del entrevistado para que revele más información y proporcione respuestas más honestas.

Los nuevos enfoques empáticos de la entrevista se diferencian de la perspectiva tradicional; consideran que es hora de dejar de tratar al entrevistado como a una «naranja mecánica», de buscar un mejor exprimidor (técnicas) para exprimir el jugo (respuestas) de la naranja (persona/entrevistado). Scheurich (1995) coincide: «La representación moderna no es puro invento, sino que resulta de haber exprimido todo el jugo de la experiencia vivida» (pág. 241). Los nuevos enfoques empáticos adoptan una posición ética en favor del individuo o del grupo en estudio. El entrevistador se convierte en defensor y socio en el estudio, esperando poder utilizar los resultados obtenidos en la promoción de políticas sociales y mejoras de las condiciones del entrevistado. En general, se prefiere estudiar a grupos oprimidos o subdesarrollados.

Como se mencionó con anterioridad, Kong y colegas (2002) han demostrado que este cambio a favor de la empatía probablemente no depende tanto de decisiones individuales como de la transformación de las perspectivas históricas, políticas y culturales. Para ello, analizaron los cambios en la entrevista con respecto a experiencias del mismo sexo, y demostraron que durante las últimas décadas, a me-

dida que los estadounidenses experimentaban un cambio drástico, pasando de «homosexuales» a «gays», *«las sensibilidades de la entrevista se transforman en coincidencia con el cambiante fenómeno social que ella constituye»* (pág. 240, en cursiva en el original). Así, la entrevista pasa de ser «un instrumento de diagnóstico patológico» (pág. 240) a una forma mucho más humanizada, producto de reformas sociales. La entrevista se vuelve «una metodología de amistad» (pág. 254). Kong y sus colegas concluyeron que la entrevista está ligada a momentos históricos, políticos y culturales, y que cambia de acuerdo con esos momentos. El trabajo de estos tres coautores fue revolucionario, puesto que terminó con décadas de supuestos «hallazgos objetivos mediante entrevistas». Según afirman con claridad, al otorgar a la entrevista un marco de referencia con parámetros específicos (es decir, «estamos entrevistando individuos con patologías, enfermos y desviados» frente a «estamos entrevistando individuos que no deben ser marginados en virtud de sus diferentes sensibilidades sexuales»), se torna posible obtener resultados completamente diferentes. Esos resultados serán cualquier cosa, menos neutrales; tendrán connotaciones políticas y podrán utilizarse a favor o en contra de los grupos estudiados.

Los investigadores han puesto gran énfasis en la remoción de las barreras entre el entrevistador y el entrevistado durante el proceso de entrevista a mujeres. Muchas investigadoras impulsan una sociedad entre investigadores y entrevistados quienes deben trabajar juntos para crear una narrativa —la entrevista— que sea capaz de beneficiar al grupo estudiado. La mayoría de los investigadores se ocupa de factores que van más allá de las cuestiones de género. Hertz y Ferguson (1997) abordan las dificultades de las madres solteras —tanto heterosexuales como lesbianas—. Weston (1998) se centra asimismo en los estudios académicos sobre grupos con preferencias por el mismo sexo. Collins (1990) a la condición de ser mujer, le agrega la de ser negra. Denzin (2003a, 2003b) extiende el interés por mejorar la condición de los grupos oprimidos, e incluye la necesidad de realizar informes sobre los resultados del estudio. Sostiene que los modos tradicionales de realizar esos informes no son capaces de captar la atención y el corazón de los lectores (véase también Behar, 1996). Denzin (2003a) publica un «manifiesto», alentando a la utilización de la etnografía performativa: «Debemos considerar la etnografía performativa como un vehículo para la implementación de una política cultural performativa a favor de la esperanza» (pág. 202).

Algunos investigadores comienzan a comprender con agudeza que el hecho de conocer a los «otros» equivale a conocernos a «nosotros» mismos. Holstein y Gubrium (1995) instan a los investigadores a la reflexión no sólo acerca de *qué* logra la entrevista, sino también de

cómo lo logra, para revelar así la forma en que creamos un texto. Wasserfall (1993) señala que incluso en el caso en que los investigadores y los entrevistados sean mujeres, si existiera una visión diferente del mundo (en su estudio, una de tono político), surgiría una gran brecha entre las dos. Agrega que a pesar de las declaraciones de «amistad y cooperación», en última instancia, es el investigador quien corta y pega la narrativa, eligiendo qué formará parte de ella y qué quedará afuera. De manera similar, durante su investigación —en la que una etnógrafa no religiosa estudia un grupo ultraortodoxo—, El-Or (1992) señala una brecha entre la entrevistadora y el grupo entrevistado a causa de diferencias religiosas. Además, El-Or aborda reflexivamente la noción de «amistad» entre el entrevistador y los entrevistados, y concluye que es pasajera y un tanto ilusoria: «No podemos ser amigas porque ella [la entrevistada] es el objeto y ambas lo sabemos» (págs. 71). Atkinson y Silverman (1997) también enfatizan la autocontención y autorreflexividad al advertir que los investigadores no deben reemplazar a un dios falso (el monólogo de la autoridad de la sociología clásica) por otro (el monólogo de un entrevistado privilegiado). Los investigadores no deben favorecer ningún modo de ver el mundo o una técnica particular, sino que, en cambio, deben continuar formulando más y más preguntas.

La severa advertencia de Atkinson y Silverman (1997) vale también para aquellos defensores de la perspectiva empática, quienes privilegian con claridad un método de investigación por sobre todos los demás. No obstante, como observa Denzin (2003a): «El interaccionismo simbólico se encuentra en una encrucijada. Debemos recuperar la herencia progresista de DuBois, Mead, Dewey y Blumer» (pág. 202). Tal como señala Fontana (2003), quizás el enfoque de Denzin (y podemos agregar a todos los demás) lo equipare con un Quijote moderno, pero los molinos del racismo, el sexismo y la discriminación por edad no son sólo sombras en nuestras mentes; por el contrario, son muy reales y opresivas. El enfoque empático no es sólo un «método de amistad»; es un método de moralidad porque intenta recuperar la parte sagrada de cada humano antes de abordar cualquier cuestión metodológica o teórica.

Nosotros también hemos «reencuadrado» [*queered*] el siguiente capítulo, situándolo a la luz del desarrollo contemporáneo de la entrevista y la nueva consciencia que existe al respecto. Volvamos el tiempo atrás y veamos cómo llega la entrevista a su lugar actual.

La entrevista en perspectiva

Hacer preguntas y obtener respuestas es una tarea mucho más difícil de lo que puede parecer a primera vista. La palabra hablada o escrita siempre conlleva un dejo de ambigüedad, sin importar con cuánto cuidado seleccionemos las palabras de nuestras preguntas y que tan cuidadosos seamos al informar o codificar las respuestas. A pesar de ello, la entrevista es una de las formas más comunes y poderosas con las que podemos tratar de comprender a los demás seres humanos. La entrevista incluye una amplia variedad de formas y diversidad de usos. La forma más usual de la entrevista comprende el intercambio verbal cara a cara, pero la entrevista también puede adoptar la forma de un intercambio grupal cara a cara o de una encuesta telefónica. Puede ser estructurada, semiestructurada o no estructurada. Es posible utilizarla para investigaciones de mercado, encuestas de opinión política, por razones terapéuticas o para análisis académicos. Puede utilizarse para realizar mediciones y puede que su propósito sea la comprensión de una perspectiva individual o grupal. Una entrevista puede ser un intercambio único y breve, como, por ejemplo, cinco minutos al teléfono, o puede sucederse durante varias y extensas sesiones, a veces durante días, como en el caso de las entrevistas relacionadas con las historias de vida.

El uso de la entrevista con el fin de recolectar información es tan común que se ha dicho que vivimos en una «sociedad de la entrevista» (Atkinson y Silverman, 1997; Silverman, 1993). Un número creciente de investigadores cualitativos está cayendo en cuenta de que las entrevistas no son herramientas neutrales para la recolección de datos, sino que se trata de interacciones activas entre dos (o más) personas, conducentes a resultados negociados a partir de un contexto. Como consecuencia, el centro de la entrevista se está desplazando para incluir los *cómo* de la vida de las personas (el trabajo constructivo implicado en la generación de un orden en la vida cotidiana), así como los tradicionales *qué* (las actividades de la vida cotidiana) (Cicourel, 1964; Dingwall, 1997; Gubrium y Holstein, 1997, 1998; Holstein y Gubrium, 1995; Kvale, 1996; Sarup, 1996; Seidman, 1991; Silverman, 1993, 1997a). Las entrevistas se están desplazando hacia nuevas formas electrónicas y han presenciado el regreso del ideal pragmático vinculado con el compromiso político.

Luego de abordar la sociedad de la entrevista, este capítulo analiza las distintas clases de entrevistas, comenzando por los métodos estructurados para su realización y avanzando de manera gradual hacia formas más cualitativas, donde se las considera como textos negociados, para finalizar con la entrevista electrónica y las nuevas

tendencias. Comenzamos por delinear brevemente la historia de la entrevista y luego nos abocaremos a la discusión de sus usos académicos. Si bien este *Manual* está centrado en torno a la investigación cualitativa, para poder demostrar la importancia clave de la entrevista es necesario analizar los tipos más importantes del género (estructuradas, grupales y no estructuradas), junto con otras maneras de conducirlas. Debe advertirse que, al discutir las diferentes clases de métodos de entrevista, utilizamos el lenguaje y los fundamentos empleados por sus practicantes; señalamos nuestras diferencias con ellos y, más adelante, al debatir sobre las entrevistas de género y otras nuevas clases de entrevistas cualitativas, realizamos las críticas correspondientes. Luego de analizar la entrevista estructurada, tratamos en profundidad los distintos elementos de la entrevista cualitativa. A continuación abordamos las dificultades relacionadas con la entrevista de género y las cuestiones relativas a la interpretación y realización de informes, al tiempo que abordamos algunas consideraciones con respecto a cuestiones éticas. Por último, señalamos algunas de las nuevas tendencias de la entrevista cualitativa.

La sociedad de la entrevista

Antes de embarcarnos en nuestro recorrido por la entrevista misma, haremos un breve comentario acerca de la enorme dependencia de la sociedad estadounidense contemporánea respecto de la entrevista. Esta dependencia ha llegado a tales niveles que varios académicos se han referido a los Estados Unidos como a la «sociedad de la entrevista» (Atkinson y Silverman, 1997; Silverman, 1993).

Tanto los investigadores cuantitativos como los cualitativos tienden a basarse en la entrevista como el método básico para la recolección de datos, ya sea que se trate de obtener un relato rico y detallado sobre un acontecimiento o episodio de la vida del entrevistado, o bien para conseguir un simple punto en una escala del dos al diez. Existe una fe inherente en la utilidad y precisión de los resultados y en que la relación que se desarrolla durante el proceso de entrevista entre el entrevistador y el entrevistado no genera un sesgo inapropiado en el relato (Atkinson y Silverman, 1997; Silverman, 1993). El compromiso de que la entrevista genere experiencias narrativas, y la confianza de que lo logra, reflejan y refuerzan la idea de que los Estados Unidos es una sociedad basada en las entrevistas.

Parece que todos —no sólo los investigadores sociales— confían en la entrevista como fuente de información y suponen que sus resultados representan una foto verdadera y precisa de los *selves* y las vidas

de los entrevistados. Uno no puede evitar que lo entrevisten; las entrevistas están en todas partes, en forma de encuestas políticas, cuestionarios sobre visitas a doctores, solicitudes de alojamiento, formularios sobre derechos a servicios sociales, solicitudes de admisión universitaria, programas de entrevistas, programas de noticias —la lista es muy larga—. La entrevista como medio de recolección de datos ya no está limitada a su uso por parte de los investigadores de las ciencias sociales y los detectives policiales; es un «modo universal de investigación sistemática» (Holsteiny Gubrium, 1995, pág. 1). Parecería que casi cualquier pregunta—personal, sensible, profunda, dolorosa o de tono acusatorio— vale y es permisible durante una situación de entrevista. Casi todas las entrevistas, sin importar sus propósitos (que pueden ser varios: describir, interrogar, asistir, evaluar, etc.), buscan diversos modos de descripción biográfica. Como señalan Gubrium y Holstein (1998), la entrevista se ha convertido en un medio para la narración contemporánea en el cual la persona divulga relatos de su vida como respuesta a las preguntas formuladas. Los medios de comunicación han sido especialmente adeptos al uso de esa técnica.

Como sociedad, confiamos en la entrevista y, en términos generales, la damos por sentada. La entrevista y las reglas relativas al modo de representar los papeles de investigador y entrevistado han evolucionado, al punto que están institucionalizadas y ya no requieren de una capacitación exhaustiva; las reglas y los roles se conocen y se comparten. (Sin embargo, existe un grupo en aumento de individuos que cuestionan con creciente intensidad los presupuestos tradicionales vinculados con la entrevista, y de cuyas inquietudes nos ocuparemos más adelante, al analizar la entrevista de género y las nuevas tendencias de la entrevista.) Muchos practicantes continúan utilizando y dando por sentadas las técnicas tradicionales de la entrevista. Es como si la entrevista se hubiera convertido en parte de la cultura de masas, de suerte que se ha transformado en el mecanismo más factible para obtener información acerca de individuos, grupos u organizaciones en una sociedad caracterizada por la individualidad, la diversidad y las relaciones de roles especializadas. Por tanto, muchos creen que no es necesario «reinventar la rueda» en cada situación de entrevista, pues «la entrevista se ha convertido en una práctica técnica de rutina y en una actividad generalizada y natural de nuestra cultura» (Mishler, 1986, pág. 23).

Sin embargo, esto último no quiere decir que la entrevista sea tan técnica y tenga procedimientos tan estandarizados que lo entrevistadores puedan ignorar los elementos contextuales, interpersonales y sociales. El contexto de toda entrevista depende de interacciones y relaciones, y su resultado es tanto un producto de esa dinámica so-

cial como de relatos y respuestas precisas. La entrevista se ha vuelto una rutina casi imperceptible de nuestra vida diaria. No obstante, la cantidad de respuestas sigue descendiendo, lo que confirma que hay menos personas deseosas de revelar sus «selves» o que los pedidos de entrevistas son tantos que ellas son mucho más selectivas a la hora de concederlas. Aun así, es más probable que los científicos sociales reconozcan que las entrevistas son encuentros interaccionales y que la naturaleza de su dinámica social es capaz de definir la naturaleza del conocimiento generado. Es posible que aquellos entrevistadores con menos capacitación y experiencia que los científicos sociales no sean capaces de reconocer las ocasiones en que los participantes de una entrevista estén construyendo conocimiento de forma «activa» en torno a las preguntas y respuestas (Holstein y Gubrium, 1995).

A continuación nos concentraremos brevemente en la historia de la entrevista a fin de brindar un marco de referencia sobre sus raíces y desarrollo.

La historia de la entrevista

Hace mucho tiempo que estamos familiarizados con al menos una u otra forma de la entrevista. Incluso los egipcios antiguos realizaban censos poblacionales (Babbie, 1992). Ya en tiempos más recientes, la tradición de la entrevista surgió a partir de dos tendencias. En primer lugar, la entrevista tuvo mucha aceptación y su uso fue muy generalizado en los diagnósticos clínicos y las terapias, en los cuales lo que importaba era la calidad de las respuestas. En segundo lugar, durante la Primera Guerra Mundial, la entrevista comenzó a utilizarse de forma amplia en *tests* psicológicos, en los cuales el énfasis estaba puesto en la medición (Maccoby y Maccoby, 1954).

Por lo general, Charles Booth es la primera persona a la que se le atribuye haber realizado un estudio social basado en entrevistas (Converse, 1987). En 1886, Booth llevó a cabo un estudio detallado de las condiciones sociales y económicas de los londinenses, publicado como *Life and Labour of the People in London* (Booth, 1902-1903). En ese estudio pionero, Booth materializó lo que luego serían dos métodos de entrevista separados, ya que no sólo implementó la investigación por encuesta, sino que también trianguló su trabajo a partir de entrevistas no estructurada y observaciones etnográficas:

Para comprobar y complementar la información se hicieron visitas a varios barrios, calles y hogares, y se realizaron reuniones con diversos líderes comunales y de asistencia pública. Cada tanto, Booth

vivía como inquilino en distritos donde no era conocido, de modo de poder familiarizarse más íntimamente con las vidas y los hábitos de las clases más pobres (Parten, 1950, págs. 6-7).

A partir de las pautas del ejemplo de Booth, se realizaron muchas otras investigaciones de Londres y otras ciudades inglesas. En los Estados Unidos, se sucedió un patrón similar. En 1895, un estudio intentó hacer en Chicago lo mismo que Booth había hecho en Londres (Converse, 1987). En 1896, el sociólogo estadounidense W. E. B. DuBois, quien admitía seguir los pasos de Booth, estudió la población negra de Filadelfia (DuBois, 1899). Le siguieron los estudios de otras ciudades y pueblos pequeños, entre los cuales se destacan las investigaciones de Lynds, *Middletown* (Lyndy Lynd, 1929) y *Middletown in Transition* (Lynd y Lynd, 1937).

Otra forma temprana de entrevista fue el sondeo de opinión. Si bien se realizaron algunos sondeos bastante antes del comienzo del siglo XX, su reconocimiento llegó en 1935 con la creación del Instituto Estadounidense de Opinión Pública por parte de George Gallup. Antes de Gallup, durante la década de 1920, existió un movimiento dentro de la psicología y la sociología que promovió el estudio (y usualmente la medición) de las actitudes. W. I. Thomas y Florian Znaniecki utilizaron el método documental para introducir el estudio de las actitudes en la psicología social. La influencia de Thomas y la de Robert Park, un experiodista que creía que la sociología debía descubrirse en el campo, impulsaron diversos estudios de comunidades a cargo de la Universidad de Chicago, que pasaron a ser conocidos popularmente como los estudios de la Escuela de Chicago. Muchos otros investigadores también tuvieron una influencia fundamental, como Albion Small, George H. Mead, E. W. Burgess, Everett C. Hughes, Louis Wirth, W. Lloyd Warner y Anselm Strauss (para un análisis reciente de la relación e influencia de varios de los miembros de la Escuela de Chicago, véase Becker, 1999).

Si bien se adjudica a los miembros de la Escuela de Chicago el haber utilizado el método etnográfico en sus investigaciones, algunos no concuerdan y señalan que muchos de los estudios de la Escuela de Chicago carecían de los componentes analíticos de la etnografía moderna y eran, cuanto más, «estudios descriptivos de primera mano» (Harvey, 1987, pág. 50). Más allá de cómo se clasifique el trabajo de campo de los miembros de la Escuela de Chicago, es claro que sus investigaciones estaban basadas en una combinación de observaciones, documentos personales y entrevistas informales. Las entrevistas son especialmente evidentes en los trabajos de Thrasher (1927/1963), quien en su estudio de miembros de pandillas usó como fuente princi-

pal cerca de 130 entrevistas cualitativas, y en el de Anderson (1923), cuyo clásico estudio sobre vagabundos se basa en conversaciones informales en profundidad.

Gracias al aporte de Herbert Blumer y de su discípulo Howard Becker durante las décadas de 1950 y 1960, la etnografía sociológica tomó impulso y se formalizó, con lo que la entrevista comenzó a perder el rasgo ecléctico que le había impreso Booth y el acento cualitativo de los miembros de la Escuela de Chicago. La comprensión de los pandilleros y de los vagabundos por medio de entrevistas perdió importancia; en cambio, lo que cobró relevancia fue el uso de la entrevista en las investigaciones por encuesta como una herramienta para cuantificar los datos. Este hecho no era algo novedoso, pues los sondeos de opinión y las investigaciones de mercado llevaban años haciéndolo. Sin embargo, durante la Segunda Guerra Mundial la investigación por encuesta aumentó de forma drástica debido al gran número de sociólogos contratados por las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos para aplicar ese método. De una u otra manera, se entrevistó a más de medio millón de soldados estadounidenses (Young, 1966), cuyos aspectos mentales y emocionales fueron informados en un estudio de cuatro volúmenes titulado *Studies in Social Psychology in World War II*, y cuyos dos primeros volúmenes, *The American Soldier*, estuvieron dirigidos por Samuel Stouffer. La enorme repercusión que tuvo este trabajo abrió la puerta al uso generalizado y sistemático de la investigación por encuesta.

No obstante, lo novedoso fue que la investigación cuantitativa por encuesta se desplazara al ámbito académico hasta llegar a ser el método preferido de la sociología durante las siguientes tres décadas. Paul Lazarsfeld, un inmigrante austríaco, fue el pionero de ese movimiento. Recibió *The American Soldier* con gran entusiasmo. De hecho, Lazarsfeld y Robert Merton editaron un libro de reflexiones sobre *The American Soldier* (Merton y Lazarsfeld, 1950). Lazarsfeld se trasladó a Columbia en 1940, llevando consigo su investigación de mercado y otras subvenciones solicitadas, y fue fundamental en la dirección del Departamento de Investigación Social Aplicada. Además, se formaron otras dos «organizaciones vinculadas a las encuestas»: el Centro Nacional para el Sondeo de Opinión (creado en 1941 por Harry Field, primero en la Universidad de Denver y luego, en la Universidad de Chicago) y el Centro de Investigación por Encuesta (formado en 1946 por Rensis Likert y su grupo en la Universidad de Michigan).

En el ámbito académico de ese entonces predominaba el interés por las cuestiones teóricas, por lo que había alguna resistencia a aceptar esa clase de sociología aplicada basada en números. Los sociólogos y otros humanistas tenían una posición crítica respecto de Lazarsfeld

y de otros investigadores del método por encuesta. Herbert Blumer, C. Wright Mills, Arthur Schlesinger (h.) y Pitirín Sorokin fueron algunos de los que expresaron su disconformidad. De acuerdo con Converse (1987), Sorokin sentía que «el nuevo énfasis en la investigación cuantitativa era obsesivo, y llamaba a sus practicantes “cuantofrénicos”, refiriéndose especialmente a Stouffer y a Lazarsfeld» (págs. 253). Converse también cita a Mills: «A menudo aquellos que están en las garras de las inhibiciones metodológicas no dicen nada acerca de la sociedad moderna a menos que haya atravesado el fino tamiz del ritual estadístico» (pág. 252). Converse señala que Schlesinger se refería a los investigadores por encuesta como «mercachifles de las relaciones sociales» (pág. 253).

Sin embargo, los investigadores por encuesta también contaban con aliados poderosos, como Merton, quien se unió al Departamento de Investigación Social Aplicada de Columbia en 1943, y los subsidios estatales, cuya disponibilidad para las investigaciones por encuesta iba en aumento. La década de 1950 vio un crecimiento de la investigación por encuesta en las universidades, así como una proliferación de textos dedicados a esta clase de investigación. De forma gradual, la investigación por encuesta fue aumentando su dominio sobre la sociología, lo que culminó en 1960 con la elección de Lazarsfeld como presidente de la Asociación Sociológica de los Estados Unidos. La predominancia metodológica de la investigación por encuesta continuó siendo indiscutible durante las décadas de 1970, 1980 y 1990, si bien otros métodos comenzaban a erosionar su dominio.

La entrevista cualitativa continuó siendo utilizada con la misma frecuencia que los métodos de observación participante, aunque sin dejar de lado el rigor científico por la cuantificación en torno al cual giraba en gran medida la investigación por encuesta. Esto era especialmente evidente en el caso de la teoría fundada (Glaser y Strauss, 1967), en su énfasis por la codificación minuciosa de los datos, y en la etnometodología, en su búsqueda de las propiedades constantes de la acción social (Cicourel, 1970). Otros investigadores cualitativos propusieron variantes. Lofland (1971) criticó la teoría fundada por no prestar la suficiente atención a las técnicas de recolección de datos. Douglas (1985) propuso entrevistas extensas cara a cara de tono existencial cuya duración fuera de al menos un día. Spradley (1980) intentó aclarar la diferencia entre observación etnográfica y entrevista etnográfica.

De forma reciente, los etnógrafos posmodernos se han interesado en algunos de los presupuestos presentes en la entrevista y en el rol determinante del entrevistador. Tales inquietudes han abierto nuevos caminos para la entrevista cualitativa que se centran en una mayor

atención a la voz de los entrevistados (Marcus y Fischer, 1986), la relación entre el entrevistador y el entrevistado (Crapanzano, 1980), la importancia del sexo del entrevistador en la entrevista (Gluck y Patai, 1991) y la influencia de otros elementos, como raza, posición social y edad (Seidman, 1991).

En su capítulo reciente sobre la historia de la entrevista, Platt (2002) señala acertadamente que la entrevista abarca tantas prácticas diferentes que es sumamente difícil hacer generalizaciones útiles al respecto, y que los cambios producidos en el tiempo se originan en parte en cuestiones de interés metodológico y en parte por motivaciones sociales y políticas.

La entrevista estructurada

En una entrevista estructurada, el entrevistador le formula a todos los entrevistados la misma serie de preguntas preestablecidas con un número limitado de categorías de respuesta. Por lo general, hay poco lugar para la diferencia entre respuestas, excepto cuando se utilizan preguntas abiertas (las que son infrecuentes). El entrevistador registra las respuestas de acuerdo con un sistema de codificación ya establecido por el director del proyecto o el supervisor de la investigación. El entrevistador controla el ritmo de la entrevista utilizando el cuestionario como si se tratara de un guión teatral que debe seguirse al pie de la letra de forma estandarizada. Así, un entrevistador capacitado para tratar cualquier situación de entrevista de modo similar formula a todos los entrevistados el mismo conjunto de preguntas, en el mismo orden o secuencia. La manera en que se hacen o responden las preguntas en una situación de entrevista estructurada es muy poco flexible. A menudo, las instrucciones para los entrevistadores incluyen los siguientes lineamientos:

- Nunca explique de forma detallada el estudio; utilice las explicaciones estándares provistas por el supervisor.
- Nunca se desvíe de la introducción del estudio, el orden de las preguntas o la forma de enunciarlas.
- Nunca permita que otra persona interrumpa la entrevista; no deje que responda por el entrevistado o dé su opinión sobre la pregunta.
- Nunca sugiera una respuesta o concuerde o difiera con una respuesta. No le proporcione al entrevistado idea alguna acerca de sus opiniones personales sobre los temas o preguntas de la encuesta.

- Nunca interprete el significado de una pregunta; tan sólo repita la pregunta y proporcione instrucciones o haga las aclaraciones provistas por el supervisor o en la capacitación.
- Nunca improvise, por ejemplo, agregando categorías de respuestas o cambiando algunas palabras.

Entre las prácticas que es probable se incluyan en la categoría entrevista estructurada figuran las entrevistas por teléfono, las entrevistas domiciliarias cara a cara, las entrevistas en puntos de afluencia, como parques y centros comerciales, y las entrevistas vinculadas, por lo general, con investigaciones por encuesta.

Tal contexto de entrevista demanda que el entrevistador desempeñe un rol neutral, evitando entremezclar su opinión con la respuesta del entrevistado. El entrevistador debe establecer lo que se ha denominado una «relación equilibrada»; por un lado, debe ser informal y amistoso, y, por el otro, mostrarse impersonal y al mando. El entrevistador debe perfeccionar un estilo de «escucha interesada», que recompense la participación del entrevistado sin evaluar sus respuestas (Converse y Schuman, 1974).

Es de esperar que en una entrevista estructurada nada quede librado al azar. Sin embargo, los efectos sobre las respuestas o los errores ajenos al muestreo, atribuibles al proceso de administración del cuestionario, en general proceden de tres fuentes. La primera fuente de error es el comportamiento del entrevistado. Es probable que el entrevistado trate de agraciarse con el entrevistador o impida de forma deliberada que obtenga información sobre él o ella. Con ese fin, puede que el entrevistado embellezca la respuesta, lo que se describe como una respuesta «socialmente deseable», u omita cierta información relevante (Bradburn, 1983, pág. 291). También es posible que el entrevistado cometa errores debido a recuerdos imprecisos. La segunda fuente de error es inherente a la naturaleza de la tarea, es decir, a los métodos de administración de los cuestionarios (cara a cara o por teléfono) o al orden de las preguntas o a su enunciado. La tercera fuente de error proviene del entrevistador, cuyas características o técnicas de entrevista puede que impidan la comunicación adecuada de la pregunta (Bradburn, 1983). El grado de error más grave es aquel que se asigna al entrevistador.

La mayoría de las entrevistas estructuradas dejan poco espacio para que el entrevistador improvise o ejercite un juicio independiente, pero incluso en las situaciones de entrevista más estructuradas es imposible anticipar cada eventualidad, y no todos los entrevistadores se ciñen al guión (Bradburn, 1983; Frey, 1989). De hecho, un estudio sobre la influencia de los entrevistadores halló que éstos cambiaban

los enunciados en tanto como en un tercio de las preguntas (Bradburn, Sudman & Associates, 1979).

En general, los estudios sobre la influencia de los entrevistadores han demostrado que características como la edad, el sexo y la experiencia como entrevistador tienen una influencia relativamente pequeña en las respuestas (Singer y Presser, 1989). No obstante, existe alguna evidencia para demostrar que los entrevistadores que a la vez son estudiantes producen un efecto más marcado sobre las respuestas que aquellos entrevistadores que no lo son; que los entrevistadores con una posición social mayor tienen un efecto más evidente sobre las respuestas que aquellos con una posición inferior; y que la raza de los entrevistadores sólo influye en caso de preguntas específicamente vinculadas a temas raciales (Bradburn, 1983; Hyman, 1954; Singer, Frankel y Glassman, 1983).

La influencia relativamente menor del entrevistador sobre la calidad de las respuestas para situaciones de entrevista estructuradas se atribuye de forma directa a la naturaleza inflexible, estandarizada y predeterminada de esta clase de entrevistas. Simplemente, no hay demasiado lugar para el error. Sin embargo, quienes defienden la entrevista estructurada son conscientes de que la entrevista es un contexto de interacción social y de que ese contexto influye sobre ella. Los buenos entrevistadores reconocen este hecho y están atentos a cómo la interacción puede influir en la respuesta. Converse y Schuman (1974) observan que: «No existe un único estilo de entrevista que se adecue a cada ocasión o a cada entrevistado» (pág. 53). Esto quiere decir que los entrevistadores deben ser conscientes de las diferencias entre los sujetos entrevistados y ser capaces de hacer los ajustes necesarios requeridos por desarrollos inesperados. Como afirma Gorden (1992): «Realizar una entrevista no requiere de simples habilidades motrices, como andar en bicicleta; por el contrario, conlleva una combinación de primer orden de observación, sensibilidad empática y juicio intelectual» (pág. 7).

No basta con sólo entender los mecanismos de la entrevista; también es importante comprender el mundo del entrevistado y las fuerzas que pueden estimular o retardar sus respuestas (Kahn y Cannell, 1957). Aun así, la entrevista estructurada procede de acuerdo con un formato de estímulo-respuesta que supone que el entrevistado responderá con veracidad a preguntas previamente determinadas para revelar indicadores apropiados de las variables en cuestión, siempre y cuando esas preguntas estén enunciadas correctamente. Con frecuencia este tipo de entrevistas elicitán respuestas racionales pero pasan por alto, o evalúan de forma inadecuada, la dimensión emocional.

El desarrollo de la entrevista asistida por computadoras (Couper y otros, 1998) ha cuestionado la división entre los modos tradicionales

de entrevista, como la entrevista por encuesta y la entrevista por correo. Singleton y Straits (2002) señalan que lo que hoy en día presentamos es un continuo de métodos para la recolección de datos contrapuesto a un conjunto de métodos divididos con claridad; de hecho, tal como observan los autores, muchos de los estudios actuales incorporan una variedad de métodos para la recolección de datos motivados por cuestiones como la falta de tiempo, las exigencias financieras y otros elementos prácticos.

Entrevista grupal

Básicamente, la entrevista grupal es una técnica cualitativa para la recolección de datos fundada en la interrogación sistemática de varios individuos simultáneamente, bien en situaciones formales o informales. Se trata, por tanto, de una técnica que abarca a la entrevista formal e informal.

Por lo general, el uso de la entrevista grupal ha sido asociado con la investigación de mercado bajo el nombre de *grupo focal*, cuyo objetivo es la recolección de opiniones de los consumidores acerca de las características de distintos productos, publicidades o sobre el cumplimiento de servicios. Ese formato también ha sido bastante utilizado por partidos políticos y candidatos interesados en la reacción de los votantes con respecto a distintas cuestiones y políticas. La entrevista grupal también ha sido usada por la investigación sociológica. Bogardus (1926) comprobó su escala de distancia social a mediados de los años de 1920, Zuckerman (1972) entrevistó a premios Nobel, Thompson y Demerath (1952) evaluaron problemas vinculados con la administración militar, Morgan y Spanish (1984) estudiaron cuestiones relacionadas con la salud, Fontana y Frey (1990) investigaron la reinserción en la fuerza laboral de los trabajadores mayores, y Merton y sus colegas estudiaron el impacto de la propaganda mediante entrevistas grupales (véase Frey y Fontana, 1991). De hecho, Merton, Fiske y Kendall (1956) acuñaron el término «grupo focal» para referirse a una situación en la que el investigador/entrevistador formula preguntas muy específicas sobre un tema luego de haberlo investigado exhaustivamente. Existe también alguna evidencia de que antropólogos reconocidos como Malinowski utilizaron esta técnica, aunque no han informado al respecto (Frey y Fontana, 1991). Hoy en día, se designa genéricamente a todas las entrevistas de grupo como entrevistas de *grupo focal*, incluso cuando existen diferencias considerables en la naturaleza y los tipos de entrevistas grupales.

Durante la entrevista grupal, el entrevistador/moderador dirige la investigación y la interacción entre los entrevistados de forma muy estructurada o no estructurada, dependiendo de su propósito. Puede que el entrevistador tenga un propósito exploratorio: es posible que reúna a diferentes personas con el fin de probar una técnica metodológica, ensayar la definición de un problema de investigación o identificar informantes clave. Una derivación de tales propósitos exploratorios puede ser el uso de entrevistas grupales para ensayar el enunciado de cuestionarios, escalas de medición u otros elementos pertenecientes al diseño de un estudio. En la actualidad, este uso es bastante frecuente en la investigación por encuesta (Desvousges y Frey, 1989). También es posible utilizar las entrevistas grupales para estimular los recuerdos del entrevistado o para conseguir descripciones detalladas de ciertos acontecimientos (por ejemplo, un desastre, una celebración) o experiencias compartidas por los integrantes del grupo. Asimismo, las entrevistas grupales pueden utilizarse con propósitos de triangulación o en conjunción con otras técnicas de recolección de datos. Por ejemplo, las entrevistas grupales pueden ser útiles en el proceso de «triangulación indefinida», al colocar a las respuestas individuales dentro de un contexto (Cicourel, 1974). Por último, las entrevistas grupales pueden colaborar con fines fenomenológicos, ya sea que constituyan la única base para la recolección de datos o que se utilicen junto con otras técnicas.

Las entrevistas grupales pueden adoptar diferentes formas, dependiendo de sus propósitos. Pueden ser entrevistas tipo lluvia de ideas, con poca o ninguna estructura o dirección por parte del entrevistador, o pueden ser muy estructuradas, como las entrevistas de grupos nominales/de Delfos o grupos focales de *marketing*. En estos últimos casos, el papel del entrevistador se vuelve primordial y regulatorio. Las situaciones de campo proporcionan ocasiones formales e informales para las entrevistas grupales. El investigador de campo puede acercar al entrevistado a una situación formal dentro del campo de trabajo y hacer preguntas muy directas. O por el contrario, una situación de campo natural, como el de una esquina o una taberna de barrio, también puede resultar útil para la realización de investigaciones informales, pero con un propósito específico.

Las entrevistas grupales pueden compararse a partir de varias dimensiones. Para empezar, el entrevistador puede ser muy formal, adoptando una postura de control y regulación firme, guiando la discusión de manera estricta, sin permitir ninguna digresión o variación del tema o agenda. Es el modo de los grupos focales y grupos nominales/de Delfos. En el último caso, los participantes se encuentran aislados físicamente, pero comparten sus criterios a través de un coordina-

dor/entrevistador. Es más probable que el enfoque no directivo pueda implementarse en una situación de campo natural (por ejemplo, una esquina) o en una situación bajo control (por ejemplo, un laboratorio de investigación), en el que el fin del estudio es de tipo fenomenológico y se busca establecer el abanico más amplio de significados e interpretaciones del tema. También es posible diferenciar a los grupos según el formato de las preguntas y su propósito, que en el caso de las entrevistas grupales usualmente persigue objetivos exploratorios, fenomenológicos o de ensayo previo. Las entrevistas exploratorias están diseñadas para establecer familiaridad con los temas o situaciones; el entrevistador puede ejercer una dirección estricta (o lo contrario), pero las preguntas por lo general son no estructuradas y abiertas. El mismo formato se utiliza en el caso de las entrevistas con fines fenomenológicos en las que se intenta captar los significados intersubjetivos en profundidad y diversidad. En general, las entrevistas de ensayo previo son estructuradas y están organizadas de acuerdo con un formato de preguntas cuyo estilo es directivo. El Cuadro 27.1 compara los tipos de entrevistas grupales respecto de un conjunto de distintas dimensiones.

Las habilidades necesarias para conducir una entrevista grupal no difieren demasiado de las necesarias para realizar una entrevista individual. El entrevistador debe ser flexible, objetivo, empático, persuasivo, escuchar con atención y demás. Sin embargo, la entrevista grupal presenta algunos problemas que no se encuentran en la entrevista individual. Merton y su colegas (1956) señalan tres problemas específicos, fundamentalmente que: (a) el entrevistador debe evitar que una persona o una pequeña coalición de personas domine el grupo; (b) el entrevistador debe animar a los entrevistados más recalcitrantes a participar, y (c) el entrevistador debe obtener respuestas de todo del grupo para asegurarse que el tema sea cubierto del modo más completo posible. Además, el entrevistador debe conjugar el rol directivo del entrevistador tradicional con el papel de moderador, lo que requiere que pueda manejar la dinámica del grupo en cuestión. Asimismo, el entrevistador grupal debe preocuparse al mismo tiempo por las preguntas del guión y por reaccionar con sensibilidad a los patrones cambiantes de la interacción grupal.

Las entrevistas grupales presentan algunas ventajas con respecto a las entrevistas individuales, en particular que: (a) son relativamente fáciles de conducir y, por lo general, aportan gran cantidad de datos acumulados y detallados, (b) pueden resultar estimulantes para los entrevistados e inducir sus recuerdos y (c) el formato es flexible. No obstante, las entrevistas grupales presentan algunos problemas. No es posible generalizar los resultados, la cultura emergente del grupo

puede interferir con la expresión individual (un grupo puede estar dominado por una sola persona), lo cual es posible que concluya en un «pensamiento de grupo». El entrevistador debe contar con mayores habilidades que las necesarias para realizar una entrevista individual debido a las dinámicas de grupo presentes. Aun así, las entrevistas grupales constituyen una opción viable tanto en la investigación cualitativa como en la cuantitativa.

Cuadro 27.1 Tipos de entrevistas grupales y dimensiones

<i>Tipo</i>	<i>Propósito situacional</i>	<i>Rol del entrevistador</i>	<i>Formato de las preguntas</i>	<i>Objetivo</i>
Grupo local	Formal, prestablecido	Directivo	Estructurado	Exploratorio, de ensayo
Lluvia de ideas	Formal o	No directivo	No estructurado	Exploratorio
Exploratorio nominal/de delfos	Formal	Directivo	Estructurado	Exploratorio, de ensayo
De campo, natural	Informal, espontáneo	Moderadamente no-directivo	Muy no-estructurado	Exploratorio Fenomenológico
De campo, formal	Prestablecido en campo	Algo directivo	Semiestructurado	Fenomenológico

Fuente: Frey y Fontana (1991, pág. 184).

Morgan (2002) defiende un enfoque sistemático de las entrevistas de grupos focales con el fin de crear una continuidad metodológica y poder evaluar los resultados de la investigación de grupos focales. Morgan propone que, al igual que los científicos sociales se inspiraron por primera vez en el ejemplo del *marketing* para la utilización de grupos focales, quizás sea hora de dirigir la mirada nuevamente hacia el *marketing* para ver qué es lo que se ha hecho y utilizar ese ejemplo en la introducción de innovaciones en el campo de las ciencias sociales.

Entrevista no estructurada

Debido a su naturaleza cualitativa, las entrevistas no estructuradas e caracterizan por poseer mayor aliento que las otras clases de entrevista. En esta sección analizamos la forma tradicional de la

entrevista no estructurada: la entrevista de preguntas abiertas y en profundidad (etnográfica). Muchos investigadores cualitativos trazan una diferencia entre las entrevistas en profundidad (etnográficas) y la observación participante. Sin embargo, como observa Lofland (1971), ambas van de la mano, pues muchos de los datos recolectados en la observación participante provienen de la entrevista informal realizada en campo. Consideremos el siguiente informe del diario de Malinowski (1967/1989):

Sábado 8 [diciembre de 1917]. Me desperté tarde, me sentí muy mal, me hicieron un enema. Cerca de la una salí, oí gritos; [gente de] Kapwapu traían *uri* a Teyava. Me senté con los nativos, hablé y me saqué algunas fotografías. Regresé. Billy corrigió y completó mis notas acerca de *wasi*. En Teyava, un hombre mayor habló mucho sobre peces, pero no logre comprenderlo del todo. Luego nos fuimos a su *bwayama*. Hablamos acerca de *lili'u*. Siguieron preguntándome acerca de la guerra. A la tarde, hablé con un policía sobre *bwaga'u*, *lili'u*, y *yoyova*. Me molestó que se rieran. Billy me contó nuevamente varias cosas interesantes. Tomé quinina y calomelanos (pág. 145).

El «día en el campo» de Malinowski (1967/1989) demuestra la importancia fundamental de las entrevistas no estructuradas para la conducción del trabajo de campo e ilustra con claridad la diferencia entre las entrevistas estructuradas y no estructuradas. Malinowski deseaba averiguar más acerca de algunos temas generales, pero, sin embargo, no se valió de preguntas cerradas o de un enfoque formal de la entrevista. No sólo eso, sino que cometió (como la mayoría de quienes realizan trabajo de campo) lo que los entrevistadores estructurados verían como dos «pecados capitales». Primero, respondió preguntas de los entrevistados. Y segundo, dejó que sus sentimientos personales lo influenciaran (como lo hacen todos los que realizan trabajo de campo); rompió, así, con el «ideal» de un entrevistador calmo, distante y racional.

Los ejemplos de Malinowski captan la diferencia entre las entrevistas estructuradas y las entrevistas no estructuradas. La primera tiene como fin captar datos precisos de naturaleza codificable para explicar comportamientos dentro de categorías preestablecidas, mientras que la segunda intenta comprender la compleja conducta de los miembros de una sociedad sin imponer ninguna categorización previa que pueda limitar el campo de investigación.

De alguna manera, las entrevistas de Malinowski todavía presentan algún grado de estructuración; hay una situación, existen informantes identificados y es fácil discernir a los entrevistados. En otros tipos de entrevistas, puede suceder que no haya ninguna situa-

ción: por ejemplo, Hertz (1995, 1997b, 1997c) se centró en la ubicación de las mujeres dentro de un momento histórico y no, en un lugar. Asimismo, durante su estudio de madres solteras, Hertz y Ferguson (1997) entrevistaron a mujeres que no se conocían entre sí y que no formaban parte de un mismo grupo o comunidad. A veces, no es fácil acceder a los informantes o identificarlos, no obstante cualquier persona que el investigador conozca puede convertirse en una fuente de información valiosa. Hertz y Ferguson se basaron en vendedores y amigos para identificar a las madres solteras del estudio. Fontana y Smith (1989) hallaron que no siempre era sencillo identificar a los entrevistados. Al estudiar a pacientes con síndrome de Alzheimer, descubrieron que a menudo, durante las etapas tempranas de la enfermedad, era frecuente confundir a los enfermeros con los pacientes. Además, en la investigación de Fontana (1977) sobre ancianos en situación de pobreza, el investigador carecía por completo de una situación definida; simplemente caminaba por el parque, yendo de banco en banco en donde estaban sentados los ancianos, hablando con cualquier persona mayor de apariencia descuidada que le respondiera.

Spradley (1979) diferenció hábilmente los distintos tipos de entrevistas. Describió la siguiente interacción entre entrevistador y entrevistado, que sería impensable en los círculos de la sociología tradicional, pero que constituye la esencia misma de la entrevista no estructurada —el establecimiento de una relación de humano a humano con el entrevistado y el deseo de *comprender* en lugar de *explicar*—.

Ella sonrió de inmediato, presionó la mano contra el pecho y dijo: «Tsetchwe». Era su nombre. «Elizabeth», dije, señalándome. «Nisabe», respondió ella.

...Luego, seguramente habiendo sospechado que yo era una mujer, puso la mano en mi pecho con gravedad y, comprobando que en verdad lo era, tocó su pecho. Muchos bosquimanos hacen eso; para ellos todos los europeos se ven iguales. «Tasu si» (mujeres), dijo ella. Luego, después de una pequeña pausa, Tsetchwe comenzó a enseñarme (págs. 3-4).

A continuación, Spradley (1979) analiza todas las cosas que el entrevistador aprende de los nativos: su cultura, su lenguaje, sus formas de vida. Si bien cada estudio es diferente, existen ciertos elementos básicos en común de la entrevista no estructurada. Estos elementos han sido ya ampliamente analizados, y no es necesario que nos explayemos demasiado aquí (para una revisión detallada de las entrevistas no estructuradas, véanse Adams y Preiss, 1960; Lofland, 1971; Spradley, 1979). Aquí, proporcionamos una breve sinopsis. Recuerde

que se las presenta como recursos heurísticos; cada estudio utiliza algunos elementos con pequeñas diferencias entre sí y, a menudo, en diferentes combinaciones.

Es importante recordar que la siguiente descripción de la entrevista es a todas luces moderna porque presenta un formato estructurado y pasos definidos a seguir. De algún modo, imita a la entrevista estructurada, intentando darle un matiz científico a la investigación, aunque por medio de pasos e intereses muy diferentes. Más adelante en este capítulo, al abordar las nuevas tendencias, deconstruimos esas nociones, enmarcando a la entrevista como un proceso activo emergente. Proponemos que nuestra sociedad de la entrevista proporciona a las personas las instrucciones sobre cómo acatar estos recursos heurísticos (Silverman, 1993, 1997a, 1997b). De modo similar, Scheurich (1995, 1997) critica abiertamente tanto a la entrevista positivista como a la entrevista interpretativa, puesto que ambas están basadas en presupuestos modernos. En opinión de Scheurich (1997), en lugar de tratarse de un proceso determinado «por los números», la entrevista (y su lenguaje) es «siempre resbalosa, inestable y ambigua, y varía de persona a persona, de situación a situación y de un momento a otro» (pág. 62).

Si bien los investigadores posmodernos siguen la línea de Scheurich, los sociólogos e investigadores más tradicionales provenientes de otras disciplinas aún abordan la entrevista según este enfoque de tipo «cómo hacer», con la ilusión de que cuanto mejor ejecuten los diferentes pasos, tanto más capaces serán de captar la realidad que suponen está allí, lista para ser atrapada.

Acceder a la situación. ¿Cómo «entramos»? Naturalmente, ello varía de acuerdo con el grupo que estemos intentando estudiar. Es probable que uno deba desnudarse y caminar de forma casual y relajada entre nudistas si está haciendo un estudio sobre playas nudistas (Douglas, Rasmussen, y Flanagan, 1977) o que tenga que comprar una motocicleta enorme y hacerse habitué de los bares sórdidos de determinados lugares si intenta acercarse a los Ángeles del Infierno y estudiarlos (Thompson, 1985). Las diferentes maneras de acceder y los intentos que se hagan para ello presentan enormes diferencias entre sí, pero todos comparten el objetivo de tratar de acceder a la situación. Algunas veces no hay situación per se, como cuando Fontana (1977) intentó estudiar a ancianos pobres en situación de calle y debió ganar acceso una y otra vez con cada uno de los entrevistados.

Comprender el lenguaje y la cultura de los entrevistados. Es probable que Wax (1960), durante su estudio sobre japoneses «desleales»

en los campos de concentración de los Estados Unidos entre 1943 y 1945, haya realizado la descripción más conmovedora sobre el aprendizaje del lenguaje y la cultura de los entrevistados. Durante su investigación, Wax debió superar varios problemas vinculados con el lenguaje y la cultura. Aunque los entrevistados hablen el lenguaje del entrevistador con fluidez, existen diferentes maneras de decir las cosas —o, en verdad, ciertas cosas que no deben siquiera mencionarse— que relacionan al lenguaje con manifestaciones culturales. Wax señala que:

Comenté que deseaba ver la carta. El silencio que se hizo entre el grupo que conversaba era casi palpable, y dolía ver la vergüenza que sentía el anfitrión. El error no fue pedir ver una carta, porque las cartas se pasaban de mano en mano libremente, sino el hecho de que uno no le daba a un caucásico una carta en donde es probable que se exprese la declaración de «deslealtad» por parte de un amigo (pág. 172).

Algunos investigadores, especialmente en las entrevistas antropológicas, tienden a confiar en intérpretes y, por consiguiente, se vuelven susceptibles a la añadidura de capas de significado, sesgos, e interpretaciones que pueden conducir a malentendidos desastrosos (Freeman, 1983). A veces, las jergas específicas, como el metalenguaje médico de los doctores, puede ser un código que resulte difícil de comprender para aquellos que no son miembros de ese grupo.

Decidir cómo presentarse. ¿Nos presentamos como representantes del ámbito académico que investigan a estudiantes de medicina (Becker, 1956)? ¿Enfocamos la entrevista como una conversación de mujer a mujer (Spradley, 1979)? ¿Nos ponemos en igualdad de condiciones para vernos como los entrevistados (Fontana, 1977; Thompson, 1975)? ¿Representamos a la cultura colonial (Malinowski, 1922) o nos presentamos con humildad como «aprendices» (Wax, 1960)? Este hecho es muy importante porque una vez que se «lanza», el *self* representacional del entrevistador deja una impresión muy profunda en el entrevistado y tiene una influencia mayúscula en el éxito del estudio (o en su fracaso). En ocasiones y sin quererlo, puede suceder que el *self* representacional del investigador esté mal presentado, como descubrió Johnson (1976) al estudiar una oficina de servicios sociales en donde, a pesar de hacer su mayor esfuerzo por presentarse de otra manera, los empleados suponían que era un «espía» de la administración.

Encontrar un informante. Es necesario que el investigador encuentre un confidente —un miembro del grupo en estudio— que se preste para actuar de informante, guía e intérprete de las costumbres

culturales y, en ocasiones, de la jerga o la lengua. Si bien el investigador es capaz de realizar las entrevistas sin un informante, se ahorrará mucho tiempo y evitará cometer errores si da con uno bueno. El informante «clásico» de la sociología es Doc, del estudio de Whyte (1943), *Street Corner Society*. Sin la ayuda y la guía de Doc, es poco probable que Whyte hubiera sido capaz de acceder a sus entrevistados con semejante profundidad. El análisis de Rabinow (1977) sobre la relación con su principal informante, Abd al-Malik ben Lahcen, resulta muy esclarecedor. Malik actuó como traductor, pero además le proporcionó a Rabinow el acceso a las formas culturales de los entrevistados, y, en virtud de sus acciones, le brindó a Rabinow una perspectiva de las enormes diferencias entre un investigador de la Universidad de Chicago y un marroquí nativo.

Ganarse la confianza. Aquellos investigadores que pregunten a los entrevistados si están o no de acuerdo con el establecimiento de residuos nucleares en su estado (Frey, 1993) no tendrán mucho que hacer para ganarse la confianza de los segundos; los entrevistados tiene una opinión formada acerca de los desechos nucleares y están deseosos de expresarla, a veces por la fuerza. Pero sucede algo muy diferente si uno desea interrogar a las personas acerca de la frecuencia con que mantiene relaciones sexuales o sobre su método de control anticonceptivo preferido. El entrevistador debe establecer un grado de confianza con los entrevistados (Cicourel, 1974). Rasmussen (1989) tuvo que estar sentado en el olvido durante meses en la sala de espera de un salón de masajes antes de que los masajistas se sintieran en suficiente confianza como para revelarles, en entrevistas no estructuradas, la clase de relación que establecían con sus clientes a través del «masaje». Ganarse la confianza del entrevistado resulta esencial para que la entrevista teng éxito y, una vez que se logra, puede que aún sea muy frágil. Cualquier error por parte del investigador es capaz de arruinar días, semanas o meses de confianza ganada con sacrificio.

Establecer un entendimiento (rapport). Dado que el fin de la entrevista no estructurada es la *comprensión*, resulta crucial establecer un entendimiento con los entrevistados; es decir, el investigador debe ser capaz de ponerse en el lugar de los entrevistados e intentar ver la situación desde sus mismos puntos de vista en lugar de imponer sus nociones académicas y preconceptos. Si bien un entendimiento cercano con los entrevistados abre las puertas a una investigación más detallada, es posible que también se generen problemas, especialmente si el entrevistador se convierte en el portavoz del grupo en estudio, y pierde la distancia y objetividad, o si se «naturaliza», y pasa a ser un

miembro más del grupo y olvida su rol como investigador. En ocasiones, lo que el entrevistador interpreta como un buen entendimiento resulta no ser tal, como lo descubrió de manera traumática Thompson (1985) al recibir una brutal paliza por parte de los Ángeles del Infierno, justo en el momento en que estaba concluyendo el estudio de ese grupo. En el otro extremo, es probable que algunos investigadores nunca sientan haber establecido un buen entendimiento con sus entrevistados. Por ejemplo, Malinowski (1967/1989) nunca confió en los motivos de los nativos, y, en ocasiones, se sentía afligido y enfurecido por su sensualidad descarnada y sus evidentes mentiras o engaños. «Después del almuerzo, [traje] calicó amarillo y hablé acerca de la *baloma*. Hice un pequeño *sagali*, Navavile. Me *dieron de comer* con los *negros*» (pág. 154).

Recolectar material empírico. Mientras se trabaja en campo no es posible darse el lujo de contar con videocámaras, salas insonorizadas y equipos de grabación de alta fidelidad. Lofland (1971) proporcionó información detallada sobre la realización de entrevistas y su redacción, así como sobre el tipo de notas de campo que deberían tomarse y cómo organizarlas. Sin embargo, los trabajadores de campo a menudo deben arreglárselas con lo que tienen a mano; las «anécdotas» de los métodos utilizados van desde el uso lo más disimulado posible de un grabador en miniatura hasta la toma de notas mentales y la carrera inmediata a la privacidad de un cuarto de baño para poder escribirlas —a veces, en papel higiénico—. Coincidimos con Lofland en que, sin importar las circunstancias, los investigadores deben: (a) tomar notas regularmente y sin demoras; (b) anotar todo sin importar que parezcan detalles irrelevantes en el momento; (c) tratar de pasar lo más inadvertido posible al tomar notas, y (d) analizar esas notas con frecuencia.

Otros tipos de entrevistas no estructuradas

Más adelante en este capítulo, consideraremos la cuestión de cómo interpretar e informar acerca del material empírico. En esta subsección, definimos brevemente algunas de las diferentes clases de entrevistas no estructuradas.

Historia oral

La diferencia entre la historia oral y otras clases de entrevistas no estructuradas radica en el propósito que persiguen, no en la meto-

dología. La recolección oral de materiales históricos se remonta a la antigüedad, pero su organización formal data de 1948 cuando Allan Nevins comienza con el Proyecto de Historias Orales en la Universidad de Columbia (Starr, 1984, pág. 4). La historia oral capta una variedad de formas de vida, desde personas comunes y corrientes hablando acerca de sus trabajos, como en *Working*, de Terkel (1975), a los recuerdos históricos del presidente Harry Truman en *Plain Speaking*, de Miller (1974) (véase también Starr, 1984, pág. 4). Por lo general, las transcripciones de las historias orales no se publican, pero es posible encontrar muchas de ellas en las bibliotecas. Son como memorias silenciosas a la espera de alguien que hurgue en ellas y dé vida a sus testimonios. En tiempos recientes, las historias orales se han vuelto muy populares dentro del movimiento feminista (Gluck y Patai, 1991) que las consideran un modo de comprender y dar lugar a la historia de las mujeres dentro de una cultura basada tradicionalmente en la interpretación masculina: «Negándose a continuar siendo representadas históricamente como personas sin voz, las mujeres están creando una nueva historia —valiéndose de sus propias voces y experiencias—» (Gluck, 1984, pág. 222).

Un aspecto relevante para la historia oral (y, en verdad, para toda entrevista) es el estudio de la memoria y su relación con los recuerdos. Por ejemplo, Schwartz (1999) estudió las edades a las que recordamos episodios críticos de nuestras vidas y concluyó que «la memoria biográfica... se comprende mejor como un proceso social» y que «al mirar hacia atrás, nos hallamos recordando nuestras vidas en relación con nuestras experiencias con los demás» (pág. 15; véase también Schwartz, 1996). Ellis (1991) recurrió al uso de la «introspección sociológica» para reconstruir episodios biográficos de su vida pasada. Entre los trabajos de Ellis en este género, se destaca la reconstrucción de su relación de nueve años de duración con su pareja, Gene Weinstein. Ellis (1995) describe la negociación emocional por la que pasaron a medida que lidiaban con el deterioro de salud de Weinstein, y la aceptación final de su muerte.

Entrevista creativa

La «entrevista creativa» de Douglas (1985) se asemeja a la historia oral, pero, por lo general, se la utiliza como una herramienta sociológica. Douglas se opone a las guías de «cómo hacer» una entrevista porque las entrevistas no estructuradas tienen lugar en el extenso mundo situacional cotidiano de los miembros de la sociedad. En consecuencia, los entrevistadores deben ser creativos, deben olvidar las reglas de «cómo hacer» y adaptarse a las situaciones en constante

cambio con las que se enfrentan. De modo similar a los historiadores orales, Douglas describe la entrevista como una recolección de informes orales de los miembros de la sociedad. En la entrevista creativa, esos informes superan con creces la extensión de las entrevistas no estructuradas convencionales y es posible que se conviertan en «historias de vida», para los cuales las entrevistas se realizan durante múltiples sesiones a lo largo de varios días junto al entrevistado.

Entrevistas posmodernas

El interés de Douglas (1985) por la importancia del papel que juega el entrevistador en cuanto humano, un interés que comparte también con las historiadoras orales feministas, se transformó en un elemento crucial de los enfoques de la entrevista utilizados por los antropólogos y sociólogos posmodernos durante mediados de la década de 1980. Si bien Marcus y Fischer (1986) abordaron la etnografía de un modo general, sus análisis fueron el germen de las entrevistas no estructuradas, pues, como hemos visto, esa clase de entrevistas es el principal método de recolección de datos durante el trabajo de campo. De modo reflexivo, Marcus y Fischer expresaron sus inquietudes acerca de la manera en que el investigador influye en el estudio, tanto en los métodos de recolección de datos como en las técnicas para el informe de los hallazgos. Dichas inquietudes dieron como resultado nuevas formas de conducir entrevistas con la esperanza de reducir al mínimo, cuando no eliminar, la influencia del entrevistador. Una de esas formas, es la entrevista *polifónica*, en la que se reduce al mínimo la interferencia del investigador en el registro de las voces de los entrevistados, evitando que a través de su interpretación, esas voces se resuman en el informe posterior como una única voz. Por el contrario, en vez de pasarlas por alto, se incluyen en el informe las múltiples perspectivas de los distintos entrevistados y se analizan los problemas y las diferencias encontradas (Krieger, 1983). El *interaccionismo interpretativo* sigue la línea de las entrevistas creativas y las polifónicas, pero inspirado en James Joyce, agrega un nuevo elemento: las epifanías, que Denzin (1989a) describe como «esos momentos irracionales que dejan marcas en la vida de las personas [y] tienen la potencialidad de crear experiencias transformacionales para las personas» (pág. 15). En consecuencia, el tema de investigación se vuelve dramático en virtud de su enfoque sobre los momentos existenciales en la vida de las personas, lo cual probablemente proporcione datos más ricos y significativos. Por último, dada la búsqueda posmoderna

de nuevas maneras de comprender los datos e informar sobre ellos, señalamos el concepto de «orálisis», que refiere a «las maneras en que las formas orales, derivadas de la vida cotidiana, se aplican a las tareas analíticas asociadas con formas literarias mediante la capacidad de grabación del video» (Ulmer, 1989, pág. xi). En la orálisis, el producto tradicional de las entrevistas, la charla, se asocia con elementos visuales y brinda un producto acorde con una sociedad dominada por el medio televisivo (Ulmer, 1989).

Entrevistas de género

El ama de casa entra a una tienda bien surtida en búsqueda de una sartén. Es probable que su razonamiento no concuerde por completo con esta descripción, pero es útil pensar en las muchas dicotomías que quizás tenga que enfrentar: ¿acero forjado o aluminio?, ¿gruesa o fina?, ¿con mango de metal o madera?, ¿con tapa o sin tapa?, ¿profunda o superficial?, ¿grande o pequeña?, ¿esta marca o aquella?, ¿de precio razonable o muy cara?, ¿la compra o no?, ¿efectivo o cambio?, ¿la lleva consigo o pide entrega a domicilio?... A la hora de registrar las respuestas y tabularlas, las preguntas dicotómicas son la materialización de la simplicidad (Payne, 1951, págs. 55-56).

La cita anterior representa la actitud patriarcal dominante hacia las mujeres en la entrevista (Oakley, 1981, pág. 39) y el interés paradigmático por codificarlas respuestas y, por tanto, presentar un número limitado de dicotomías. Más allá de una tendencia a comportarse de modo condescendiente hacia las mujeres, el paradigma tradicional de la entrevista no toma en cuenta las diferencias de género. De hecho, el clásico de Babbie (1992), *The Practice of Social Research*, se refiere de forma somera al género sólo en tres oportunidades, y ni siquiera menciona la influencia del género en las entrevistas. Tal como señala Oakley (1981) convincentemente, si se desea mantener el presupuesto paradigmático sobre la recolección de datos libre de valores, es necesario considerar que tanto el entrevistador como el entrevistado no tienen rostro, son invisibles. Sin embargo, como afirma Denzin (1989a), «el género filtra el conocimiento» (pág. 116); es decir que el sexo del entrevistador y el sexo del entrevistado marcan una diferencia, dado que la entrevista se lleva a cabo dentro de los límites culturales de un sistema social patriarcal que separa a las identidades masculinas de las femeninas.

En la entrevista típica existe una relación jerárquica donde el entrevistado ocupa la posición subordinada. Se instruye al entrevistador para que sea cortés, amistoso y agradable:

Los modos del entrevistador deben ser amistosos, corteses, conversacionales y no sesgados. No debe ser ni muy adusto ni muy efusivo ni muy conversador ni muy tímido. La idea es que el entrevistado se sienta tranquilo *para que hable con libertad y en profundidad* (Selltiz, Jahoda, Deutsch, y Cook, 1965, pág. 576, énfasis añadido).

Sin embargo, como lo demuestra la última línea de la cita anterior, ese comportamiento es un artilugio para ganarse la confianza del entrevistado sin corresponder en manera alguna a esos sentimientos. El entrevistador debe evitar dar sus propias opiniones y debe evadir las preguntas directas. Lo que parece ser una conversación es, en realidad, una pseudoconversación unilateral que conduce a un dilema ético (Fine, 1983-1984) inherente al estudio de los individuos motivado por razones oportunistas. En los casos en que el entrevistado sea una mujer, la entrevista presenta problemas adicionales porque el formato preestablecido, orientado a la obtención de información relevante para el estudio tiende a ignorar los intereses propios de la entrevistada y a desalentar cualquier intento de digresión y desarrollo de ideas. Además, tal formato desalienta la revelación de todo sentimiento o emoción personal.

Warren (1988) analiza los problemas de género en los campos de trabajo antropológicos y sociológicos, muchos de los cuales son comunes también en la entrevista etnográfica. Algunos de esos problemas están vinculados con las cuestiones tradicionales de acceso y confianza, y pueden verse exacerbados por el sexo del entrevistador, en especial en sociedades con una alta segregación sexual:

Nunca presencié ninguna de las ceremonias que estaban prohibidas para las mujeres. En las ocasiones en que visitaba los recintos, me sentaba con las mujeres mientras que los hombres se reunían en las salas de recepción o frente a esos recintos... Nunca entré en ninguno de los lugares a donde los hombres se sentaban a beber cerveza o vino de palma y hablar (Sudarkasa, 1986, citado en Warren, 1988, pág. 16).

Las soluciones han consistido en considerar a la antropóloga de un modo andrógino u otorgarle el *status* honorífico de hombre durante la investigación. Warren (1988) señala además algunas ventajas relacionadas con que el investigador sea una mujer, como la de ser considerada inofensiva o invisible. Otros problemas tienen que ver con la posición social y la raza de la investigadora y con el contexto de la entrevista; nuevamente, esos problemas se ven exacerbados para la mujer investigadora dentro de un mundo patriarcal. En ocasiones, las entrevistadoras se enfrentan a la carga adicional que significan las confesiones sexuales y el acoso sexual encubierto (pág. 33).

Las investigadoras feministas han propuesto maneras de evadir el paradigma tradicional de la entrevista. Oakley (1981) observa que la entrevista es un paradigma masculino dentro de una cultura masculina que enfatiza rasgos masculinos y excluye, al mismo tiempo, otros rasgos, como la sensibilidad y la emotividad, considerados culturalmente como rasgos femeninos. Sin embargo, existe una oposición creciente, en especial por parte de las mujeres investigadoras (Oakley, 1981; Reinharz, 1992; Smith, 1987) a continuar entrevistando a las mujeres como si fueran «objetos», dando poca o ninguna importancia a su naturaleza como individuos. Si bien esa negación está fundada en razones éticas y morales, también resulta relevante desde el punto de vista metodológico. Como señala Oakley (1981), en la entrevista no existe «intimidad sin reciprocidad» (pág. 49). En consecuencia, el énfasis está cambiando para permitir el desarrollo de una relación más cercana entre el entrevistador y el entrevistado. Los investigadores están intentando reducir al mínimo las diferencias de *status*, deshaciéndose de las situaciones jerárquicas tradicionales de la entrevista. Los entrevistadores pueden mostrar su lado humano, y responder preguntas y expresar sentimientos. Desde un punto de vista metodológico, este nuevo enfoque proporciona un espectro más amplio de respuestas y una mejor perspectiva sobre la vida de los entrevistados —o «participantes», para evitar la trampa jerárquica (Reinharz, 1992, pág. 22)—, dado que incita a estos últimos a controlar la secuencia y el lenguaje de la entrevista y, además, les concede la libertad de las respuestas abiertas (Oakley, 1981; Reinharz, 1992; Smith, 1987). A saber: «Siempre se ha instado...a las mujeres a “hacer digresiones” relacionadas con detalles de sus historias personales y a contar anécdotas de sus vidas laborales. De este modo se ha recolectado mucha información relevante» (Yeandle, 1984, citado en Reinharz, 1992, pág. 25).

Hertz (1997a) visibiliza el *self* del investigador y sugiere que es tan sólo uno de los muchos *selves* que el investigador lleva al campo. Afirma que los investigadores deben actuar de manera reflexiva; es decir, que deben «conversar de continuo sobre la experiencia y, simultáneamente, vivir el momento» (pág. viii). Al hacerlo, comprenderán mejor las diferencias ideológicas, culturales y políticas entre el entrevistador y el entrevistado.

Asimismo, Hertz subraya la importancia de las «voces» —cómo nosotros (los autores) expresamos y escribimos nuestras historias, qué información incluimos y qué información excluimos, qué voces elegimos representar y qué voces elegimos no representar—. El interés por las voces también se encuentra, con gran claridad, en el texto editado de Vaz (1997), *Oral Narrative Research With Black Women*. Uno de los colaboradores, Obbo (1997), afirma:

Este capítulo es un ejercicio modesto con el fin de otorgar una voz a las mujeres y rescatar sus percepciones y experiencias, evitando que sean meros murmullos o el trasfondo de acontecimientos políticos, sociales y culturales. Las voces femeninas han sido devaluadas por las crónicas masculinas de la historia cultural incluso en los casos en que reconocían contar con mujeres informantes; son eclipsadas por la autoridad de la voz masculina y su ascendiente social (págs. 42-43).

Ese compromiso por mantener la integridad de los fenómenos y preservar el punto de vista de las entrevistadas, tal como lo expresan en su lenguaje diario tiene una correspondencia cercana con la sociología fenomenológica y la sociología existencialista (Douglas y Johnson, 1977; Kotarba y Fontana, 1984), y refleja, además, las inquietudes de los etnógrafos posmodernos (Marcus y Fischer, 1986). Las diferencias radican en: (a) el elevado interés moral por las entrevistadas/participantes; (b) el intento por equilibrar la jerarquía masculina/femenina y la estructura del poder patriarcal existente, y (c) la importancia fundamental que se le adjudica a la membresía, dado que la eficacia de los entrevistadores masculinos para entrevistar a mujeres participantes se encuentra, en gran parte, desacreditada.

Behar (1996) se ocupa de la naturaleza ambigua de la entrevista, y formula las siguientes preguntas. ¿Dónde ubicamos al investigador en el campo? ¿Cuánto revelamos sobre nosotros? ¿Cómo reconciliamos nuestros diferentes roles y posiciones? Behar nos hace ver que entrevistador, escritor, entrevistado y entrevista no son entidades diferenciables entre sí con claridad, sino que están entrelazadas de una manera sumamente compleja. Además, Behar y Gordon (1995) señalan convincentemente que si bien el influyente trabajo de Marcus y Fischer (1986) abrió el camino a la etnografía moderna, sigue tratándose de un ejemplo de sociología patriarcal, ya que no aborda temas de interés para las mujeres.

Algunas sociólogas feministas han ido incluso más allá del interés por la entrevista o el trabajo de campo en sí mismo. Richardson (1992a) luchó por encontrar nuevas formas de expresión con que informar los hallazgos, y presentó algunos de sus trabajos de campo en forma de poesía. Clough (1998) cuestionó en su totalidad la iniciativa de trabajo de campo bajo el paradigma actual, y demandó una revaluación de toda la empresa sociológica y una relectura de los textos sociológicos bajo una luz que no esté empañada por el sesgo patriarcal. Sus voces expresan las inquietudes de Smith (1987), quien afirma con elocuencia:

El problema (de un proyecto de investigación) y sus soluciones particulares son similares a aquellas mediante las cuales los pintores al

fresco resolvieron el problema de representar los diferentes momentos temporales de un relato en el espacio único de un muro. El problema consiste en reproducir dentro del espacio bidimensional de un muro un mundo de acciones y desplazamientos en el tiempo (pág. 281).

Un número creciente de investigadores consideran que no es posible aislar el género de otros elementos importantes que también «filtran el conocimiento». Por ejemplo, Collins (1990) se refiere con elocuencia al filtrado del conocimiento a través de membresías —en su caso, la de ser una mujer negra dentro de la cultura estadounidense—. Weston (1998) se refiere con la misma contundencia a la sexualidad, afirmando que no debería tratarse como una subespecialidad en un compartimento aparte porque es un elemento subyacente e integral de todas las ciencias sociales. Es claro que el género, la sexualidad y la raza no pueden considerarse de forma separada; la raza, la clase, la jerarquía, la posición social y la edad (Seidman, 1991) son todos parte de los complejos, y con frecuencia, ignorados, elementos que modelan la entrevista.

Enmarcando e interpretando la entrevista

Aparte del problema de enmarcar los sucesos de la vida real en un espacio bidimensional, nos enfrentamos a los problemas adicionales de cómo se realiza ese encuadre y quién lo realiza. En términos sociológicos, esto significa que tanto la clase de entrevista seleccionada como las técnicas utilizadas y los modos de registrar la información, todos influyen en los resultados del estudio. Además, es necesario interpretar los datos, proceso en el que el investigador ejerce una gran influencia sobre qué parte de los datos se incluirán en el informe y en cómo se informará sobre ellos.

Enmarcando la entrevista

Se han publicado numerosos volúmenes sobre las técnicas de entrevista estructurada (véanse, por ejemplo, Babbie, 1992; Bradburn y otros, 1979; Gorden, 1980; Kahn y Cannell, 1957). Existe también gran cantidad de bibliografía con relación a la entrevista grupal, en especial sobre *marketing* e investigación por encuesta (para un repaso exhaustivo de la literatura de este área, véase Stewart y Shamdasani, 1990). Además, se han vinculado los usos de la entrevista grupal con la sociología cualitativa (Morgan, 1988). Asimismo, se han analizado

en su totalidad las técnicas de la entrevista no estructurada (Denzin, 1989; Lofland, 1971; Lofland y Lofland, 1984; Spradley, 1979).

Como hemos visto, dada su naturaleza informal, las entrevistas no estructuradas presentan grandes diferencias según el tipo de situación e, incluso, algunos investigadores evitan utilizar cualquier tipo de técnica preestablecida (Douglas, 1985). Sin embargo, las entrevistas siempre conllevan el uso de técnicas, ya sea que el entrevistador esté comportándose como una «persona amable» o que esté actuando de acuerdo con un formato. Las técnicas pueden variar para adaptarse a distintas situaciones, y a tal variación se la conoce como aplicación de tácticas. Por lo general, el investigador mantiene una conversación informal con el entrevistado; por tanto, debe mantener un tono de charla «amistosa», tratando de apegarse a los lineamientos de los temas de investigación que tiene en mente. El investigador comienza «rompiendo el hielo» con preguntas generales y avanza de forma gradual hacia preguntas más específicas, al tiempo que formula —del modo más discreto posible— preguntas para comprobar la veracidad de las respuestas del entrevistado. El investigador debe evitar entrar en una conversación «real» en la que responda a preguntas del entrevistado o proporcione su opinión personal con respecto a las cuestiones abordadas. El investigador puede evitar «quedar atrapado» descartando la relevancia de sus opiniones (por ejemplo, «no importa lo que a mí me parezca; lo importante aquí es tu opinión») o fingiendo ignorancia (por ejemplo, «en verdad, no sé lo suficiente sobre el tema como para decirte algo al respecto; tú eres el experto»). Naturalmente, como hemos visto en el caso de la entrevista de género, el investigador puede rechazar estas técnicas y «bajar» al nivel del entrevistado para entablar una conversación «real» de ida y vuelta, de empatía y comprensión compartidas.

La utilización del lenguaje, en particular de términos específicos, es importante para la creación de «significados compartidos» a partir de los cuales tanto el entrevistador como el entrevistado comprendan la naturaleza contextual de referentes específicos. Por ejemplo, durante el estudio de playas nudistas, Douglas y Rasmussen (1977) hallaron que el término «virgen de playa nudista» no tenía nada que ver con la castidad, sino que se refería al hecho de que las nalgas de una persona eran blancas, lo que indicaba a los otros que él o ella era nuevo en la playa nudista. Además, el lenguaje juega un papel importante en la definición del tipo de preguntas (por ejemplo, generales, específicas, inductivas, instructivas).

En la entrevista también son importantes las técnicas no verbales. Existen cuatro modelos básicos de comunicación no verbal:

La comunicación proxémica consiste en el uso del espacio interpersonal para comunicar actitudes; la comunicación *cronémica* es el uso de los ritmos discursivos y la duración de los silencios durante una conversación; la comunicación *kinética* incluye todos los movimientos o posturas corporales, y la comunicación *paralingüística* incluye todas las variaciones en volumen, timbre y calidad de la voz (Gorden, 1980, pág. 335).

Los cuatro modos representan técnicas importantes para el investigador. Asimismo, el investigador debe tomar nota y registrar de forma cuidadosa el uso de esos modos por parte del entrevistado, pues los datos de una entrevista incluyen más que los registros verbales y es necesario que se tome en cuenta, en la medida de lo posible, las características no verbales de la conversación. Por último, las técnicas varían de acuerdo con el grupo que se entrevista; por ejemplo, al entrevistar un grupo de niños se utilizará un enfoque diferente del que posiblemente se use al entrevistar un grupo de ancianas viudas (Lopata, 1980).

Saukko (2000), quien realiza una interesante propuesta para enmarcar las entrevistas, se pregunta: «¿Cómo podemos ser honestos y respetar la experiencia íntima de las personas mientras que evaluamos de modo crítico los discursos culturales que conforman el propio material del que están hechas nuestras experiencias?» (pág. 299). Valiéndose de la metáfora de la colcha tipo *patchwork* (sin un centro definido), Saukko junta y cose los retazos de relatos provenientes de cinco mujeres anoréxicas. Al hacerlo, rechaza la idea de presentar a las protagonistas de forma monológica y, en cambio, de acuerdo con Bakhtin (1986), las presenta como «protagonistas dialógicas» (Saukko, 2000, pág. 303).

Interpretando las entrevistas

Muchos de los estudios que utilizan entrevistas no estructuradas no reflexionan lo suficiente acerca del proceso interpretativo. Los clichés típicos proclaman que los datos hablan por sí mismos y que el investigador es neutral, objetivo e «invisible». Los datos incluidos tienden a fluir sin problemas, no hay información contradictoria y no existe mención alguna a los datos excluidos y al porqué de su exclusión. Nunca hay elementos inadecuados, y el mayor interés parece radicar en la correcta (aunque poco reflexiva) compleción, análisis e informe de los sucesos. Pero cualquiera que haya realizado trabajo de campo sabe que esto no es así. Sin importar cuán organizado sea

el investigador, de a poco comienza a sucumbir bajo una montaña de notas de campo, transcripciones, recortes de periódicos y grabaciones de audio. Tradicionalmente, el investigador ha ofrecido a los lectores su interpretación de los datos, ya limpios, organizados y agrupados en un recuento racional no contradictorio. De manera más reciente, los sociólogos han estado lidiando con la naturaleza reflexiva, problemática y muchas veces contradictoria de los datos, y con la tremenda, si acaso silenciosa, influencia del investigador como autor. Lo que Van Maanen (1988) denominó «estilo confesional» tomó impulso durante los años de 1970 (Johnson, 1976) y ha continuado con el mismo vigor ayudando a los investigadores a lidiar con sus emociones complejas y las situaciones embarazosas dentro del campo de trabajo. En ocasiones probablemente exageradas, estas «confesiones» resultan muy valiosas porque concientizan a los lectores acerca de la naturaleza compleja y engorrosa de entrevistar a las personas en sus ámbitos naturales y le otorgan a los estudios un tono de realismo y veracidad. Malinowski (1967/1989) brinda un buen ejemplo: «Ayer me desperté muy tarde. Me levanté cerca de las diez. El día anterior había comprometido a Omaga, Koupa y a unos cuantos otros. No vinieron. De nuevo, me sentí furioso» (pág. 67).

El deconstructivismo (Derrida, 1976) ha brindado nuevas formas de demostrar el lado humano del investigador y las dificultades relacionadas con las entrevistas no estructuradas. Aquí es la influencia del autor la que se coloca bajo escrutinio. El texto creado por el autor según su interpretación de los sucesos se «deconstruye»; se exponen sus prejuicios y las nociones que da por sentado, y, en ocasiones, se introducen nuevas maneras de analizar los datos (Clough, 1998).

Como hemos visto, los investigadores sociales posmodernos intentan exponer el rol del investigador como trabajador de campo, reduciendo al mínimo su papel como autor. Por ejemplo, Crapanzano (1980) informa sobre los relatos de Tuhami, sin importar si se trata de interpretaciones sociohistóricas, sueños o completas mentiras, porque todos ellos constituyen una parte del sentido del *self* y de la historia personal de su entrevistado árabe marroquí. Al entrevistar a Tuhami, Crapanzano no sólo aprende acerca de su entrevistado, sino acerca de sí mismo:

Como interlocutor de Tuhami, me convertí en un participante activo de su historia de vida, incluso cuando rara vez aparecía de forma directa en sus relatos. Mi presencia y mis preguntas no sólo lo prepararon para producir el texto que siguió, sino que produjeron lo que interpreté en él como un cambio de conciencia. También produjeron un cambio de conciencia en mí. Fuimos apartados a empujones de nuestros presupuestos acerca de la naturaleza del mundo cotidiano y de nosotros

mismos, y ahora buscábamos a tientas puntos de referencia comunes en este limbo de intercambio (pág. 11).

Ya sin aparentar ser un entrevistado sin rostro y un entrevistador invisible, se presenta a Tuhami y Crapanzano como a individuos humanos con historias personales e idiosincrasias propias, con las cuales los lectores aprenden acerca de dos personas y dos culturas.

De hecho, Gubrium y Holstein (2002) consideran la entrevista como un relato basado en un contexto logrado de forma mutua en virtud de la colaboración entre el entrevistador y el entrevistado. Por tanto, no basta con sólo decir qué sucedió (el *qué*), pues el qué depende en gran medida de las formas, negociaciones y otros elementos interactivos que tienen lugar entre el investigador y el investigado (el *cómo*). Otros investigadores se han ocupado de las mismas cuestiones, en ocasiones extendiendo la interacción uno a uno a una interacción entre el investigador y el conjunto de la comunidad, o definiendo las diferentes clases de entrevistas colaborativas (Ellis y Berger, 2002).

El descubrimiento de la reflexividad resultó ser un momento de epifanía para Banister (1999). Una vez que fue capaz de darse cuenta de que su estudio sobre mujeres de mediana edad la remitía con claridad a sus propias experiencias en relación con ese período de su vida, Banister reconoció que no era sólo un testigo de sus entrevistadas, y pudo ver que se encontraba en una posición liminal. Así, Banister fue capaz de comprender las experiencias de esas mujeres de mediana edad, su propia experiencia, y arribar a una profunda comprensión etnográfica.

Otra manera eficaz de acentuar la reflexividad en la entrevista es utilizar la narrativa, donde al tratar de comprender al «otro», aprendemos acerca de «nosotros» y alcanzamos el círculo hermenéutico, es decir, el círculo de la comprensión (Rabinow y Sullivan, 1987; Warren, 2002). Denzin (2003b) afirma que los escritores pueden acceder a un conocimiento más profundo de sí mismos acudiendo a su pasado autobiográfico; de alguna manera, traen el pasado al presente (Pinar, 1994). Denzin (2003a) propone que, en lugar de valerse de los modos de escritura tradicionales, una de las mejores formas de lograr ese objetivo es utilizar las representaciones (performances) como un modo de cruzar la brecha y extender una mano a aquellos que han sido oprimidos. En la representación, infundimos sentimientos conmovedores y tratamos de recrear una manera de comprender a aquellos que estudiamos y a nosotros mismos en nuestra relación con ellos; es decir, no sólo de crear nuevo conocimiento sociológico, sino de usar esa mano para sujetar a los apaleados y sacarlos de la miseria en que se ahogan.

Consideraciones éticas

Dado que en la entrevista los objetos de investigación son los humanos, es necesario extremar las precauciones para evitar dañarlos. Tradicionalmente, las consideraciones éticas han girado en torno a temas relativos al *consentimiento informado* (la recepción del consentimiento del entrevistado después de que se lo haya informado en detalle y con honestidad acerca de la investigación), *el derecho a la privacidad* (la protección de la identidad del entrevistado) y *la protección contra daños* (físicos, emocionales o de cualquier tipo).

Ningún sociólogo u otro científico social dejaría de lado esas tres consideraciones éticas, pero existen otras inquietudes éticas que se sostienen con menor unanimidad. La controversia sobre la realización de trabajo de campo abierto/encubierto es más afín a la observación participante, pero podría incluir el uso subrepticio de aparatos de grabación. Warwick (1973) y Douglas (1985) abogaron por el uso de métodos encubiertos, dado que reflejan la engañosa realidad de la vida diaria, mientras que otros, como Erickson (1967), se opusieron con vehemencia al estudio de individuos no debidamente informados.

Otra cuestión compleja tiene que ver con el grado de implicación del investigador con el grupo en estudio. Los miembros de un grupo al cual Whyte (1943) había accedido y de quien se había ganado la amistad le pidieron que votara en más de una ocasión durante la misma elección local (es decir, que votara ilegalmente), con lo que se ganó la confianza de los miembros del grupo. Whyte utilizó la «ética de situación», es decir, que consideró esa infracción legal como algo menor en comparación con la pérdida del trabajo de campo que conllevaba su negativa a votar más de una vez. Thompson (1985) se enfrentó a la posibilidad de cometer una infracción más seria. Le aterrorizaba la idea de tener que presenciar una de las supuestas violaciones por las cuales se habían vuelto famosos los Ángeles del Infierno, pero, como informó luego, durante su investigación eso nunca ocurrió. El caso más famoso y discutido vinculado a cuestionamientos éticos en la sociología cualitativa, sucedió en ocasión de la investigación de Humphreys (1970), *Tearoom Trade*. Humphreys estudió los encuentros de homosexuales en baños públicos de parques («salones de té»), actuando como centinela («reina vigía»). Si bien el hecho en sí mismo puede considerarse poco ético, lo que produjo el rechazo de muchos académicos fue lo que sucedió luego. Humphreys, incapaz de entrevistar a los hombres dentro de los salones de té, anotó los números de las patentes de sus automóviles y, con la ayuda de registros policiales, buscó los domicilios de cada uno de ellos. A continuación, entrevistó en sus hogares a muchos de los hombres, evitando que lo reconocieran como su reina vigía.

Un controversial artículo de Goode (2002), en el que descarta de un modo sumario años de investigación sobre organizaciones de derechos civiles para gente obesa al describirlos como «una enorme pérdida de tiempo», marcó un giro en el grado de implicación con los entrevistados. Goode discute las dificultades implícitas de la intimidad sexual entre entrevistadores y entrevistados, y admite haber tenido encuentros sexuales casuales con algunas de las entrevistadas. De hecho, tuvo un hijo con una de las personas que conoció durante sus reuniones de investigación. El artículo de Goode se publicó junto con un grupo de respuestas, todas muy críticas (en distintas maneras), del enfoque desenfadado de Goode (Bell, 2002; Manning, 2002; Sagui, 2002; Williams, 2002). Quizás la siguiente cita de Williams (2002) sea la que mejor resuma las opiniones de los académicos que le contestaron a Goode: «Es de esperar que los sociólogos y sus audiencias sean capaces de entender la discriminación pública sin la necesidad de dormir con sus víctimas» (pág. 560).

Otro problema ético está relacionado con la veracidad de los informes preparados por los investigadores. Por ejemplo, el famoso estudio de Whyte (1943) sobre las pandillas italianas de las esquinas de Boston ha sido sujeto de un severo escrutinio (Boelen, 1992), dado que algunos investigadores han aducido que Whyte caracterizó a esos hombres de un modo peyorativo poco relacionado con el modo en que se veían a sí mismos. El caso de Whyte aún no está resuelto; sirve para ilustrar la delicada cuestión vinculada con decisiones éticas en el campo, y a la manera de informar sobre las notas allí tomadas, incluso transcurridos más de 50 años (Richardson, 1992b).

Como ya hemos visto (Oakley, 1981), un número creciente de académicos opinan que la mayor parte de las tradicionales entrevistas en profundidad son antiéticas, ya sea con o sin intención. Las técnicas y las tácticas de la entrevista, afirman, en realidad son formas de manipular a los entrevistados, tratándolos como objetos o números en lugar de como individuos humanos. ¿Debería la búsqueda de objetividad subyugar el lado humano de aquellos que estudiamos? Considera lo siguiente:

Un día, mientras realizaba una investigación en el sanatorio, me encontraba hablando con una de las enfermeras mientras ella comenzaba a cambiar las sábanas de uno de los pacientes que se había orinado y había mojado la cama. Se trataba del viejo luchador ciego confinado a la sala de emergencias. De repente, el luchador decidió que no iba a cooperar con la enfermera y comenzó a lanzar violentos puñetazos al aire que, por suerte, no la alcanzaron. Dado que no había nadie más a nuestro alrededor, me vi forzada a sujetar al paciente contra la cama mientras la enfermera procedía a cambiar las sábanas. No

fue placentero: el paciente se retorció y gritaba amenazas espantosas a viva voz; el olor ácido de la orina era nauseabundo; el paciente, mucho más fuerte que yo, comenzaba a escapárseme lentamente de las manos, y me sentí horrible todo el tiempo, como Chief Bromden cuando sofoca al lobotomizado MacMurphy en la novela de Ken Kesey. *Pero no había opción; no podía quedarme sentada y tomar notas mientras el paciente golpeaba a la enfermera* (Fontana, 1997, pág. 187, énfasis añadido).

Un capítulo (Edwards y Mauthner, 2002) de un volumen recientemente editado (Mauthner, Birch, Jessop, y Miller, 2002) presenta una nueva perspectiva sobre la ética de la investigación feminista. Edwards y Mauthner (2002) delinean los distintos modelos éticos existentes en la actualidad: el modelo universalista, basado en «principios universales como la honestidad, la justicia y el respeto», o el basado en la «“calidad” de los resultados de la investigación» (pág. 20). Un tercer modelo, opuesto a los anteriores, se basa en una «posición ética contextual o situacional» (pág. 20). Las autoras observan que la mayoría de las investigadoras feministas (si no, todas) se han concentrado en el cuidado y en la responsabilidad, es decir, en «valores sociales feministas» basados en un contexto (pág. 21). Las autoras elogian el trabajo de Denzin (1997) por su aplicación de estos principios feministas a la investigación social. Sin embargo, hallan que algunas de las ideas de Denzin admiten algún grado de reformulación. Por ejemplo, Denzin (1997) aboga por una relación simétrica entre el entrevistador y el entrevistado, mientras que otros (por ejemplo, Young, 1997) critican ese enfoque por «no ser posible ni deseable» (Edwards y Mauthner, 2002, pág. 26) y, en cambio, demandan una «reciprocidad asimétrica». En palabras de Edwards y Mauthner (2002), «en lugar de ignorar o desdibujar las posiciones de poder, es necesario que la práctica ética les preste atención» (pág. 27).

Es claro que, a medida que la sociología avanza, no podemos permitir —parafraseando lo que dijo Blumer hace tantos años— que los métodos determinen nuestras concepciones sobre los humanos. Como propone Punch (1986), como trabajadores de campo debemos ejercitar el sentido común y la responsabilidad —y, nos gustaría agregar, primero respecto de nuestros entrevistados, luego respecto del estudio y, por último, respecto de nosotros mismos. Como afirma enfáticamente Johnson (2002), sin importar que tipo de criterio deseemos adoptar para la entrevista, «el imperativo ético más importante es decir la verdad» (pág. 116)—.

Nuevas tendencias de la entrevista

Las nuevas tendencias de la entrevista han ido bastante más allá de las preguntas estructuradas; hemos llegado al punto de considerar la entrevista como un texto negociado. Hace ya un tiempo que los etnógrafos han caído en cuenta de que los investigadores no son entidades neutrales e invisibles; por el contrario, forman parte de la interacción que buscan estudiar, y tienen influencia en ella. Al fin la entrevista se alinea con la etnografía. Hay una aceptación creciente de que las entrevistas no son las míticas herramientas neutrales concebidas por la entrevista por encuesta. Cada vez con mayor frecuencia, se considera a los entrevistadores como participantes activos de una interacción con los entrevistados, y a las entrevistas como logros negociados entre el entrevistador y el entrevistado, definidas según los contextos y situaciones en que tienen lugar. Tal como lo señala Schwandt (1997): «Se ha vuelto cada vez más frecuente en los estudios cualitativos considerar a la entrevista como una forma discursiva entre dos o más hablantes, o como un acontecimiento lingüístico en que el significado de las preguntas y las respuestas está basado en un contexto y se construye conjuntamente entre el entrevistador y el entrevistado» (pág. 79). Comenzamos a darnos cuenta de que no es posible tomar los resultados de las entrevistas fuera del contexto en que se produjeron, y afirmar sin mayores consideraciones que se trata de datos objetivos.

La entrevista como logro negociado

Repasemos brevemente los dos enfoques tradicionales de la entrevista de acuerdo con Holstein y Gubrium (1995, 1997). Los autores toman el texto de Converse y Schuman (1974), *Conversations at Random*, como ejemplo del uso de la entrevista en las investigaciones por encuesta. En este contexto, el entrevistador es instruido para comportarse del modo más pasivo posible y reducir así su influencia; la función del entrevistador se limita a acceder a las respuestas del entrevistado. Se trata de un tipo de entrevista *racional* que supone la existencia de un conocimiento objetivo al que es posible acceder si se cuenta con la suficiente habilidad, de la misma manera que un cirujano experimentado trasplanta el riñón de un donante y lo utiliza en un contexto diferente (por ejemplo, en un paciente a la espera de ese trasplante).

Holstein y Gubrium (1995, 1997) consideran la entrevista creativa de Douglas (1985) como una clase romántica de entrevista. La entrevista de Douglas se basa en los *sentimientos*; supone que los

investigadores, como entrevistadores, deben «llegar a conocer» a sus entrevistados por debajo de su apariencia racional, y que es posible alcanzar el fondo de sus emociones si logran involucrarlos y compartir sentimientos y opiniones con ellos. El entrevistador de Douglas es ciertamente más activo y mucho menos neutral que el entrevistador de Converse y Schuman, pero los presupuestos siguen siendo los mismos: que serán las *habilidades* del entrevistador las que le permitirán acceder al conocimiento y que existe un *núcleo de conocimiento* al que el investigador puede acceder.

Finalmente, Holstein y Gubrium (1995) abordan el nuevo tipo de entrevista, aunque «nuevo» no es un término del todo preciso, pues se basan en el trabajo de Ithiel de Sola Pool, publicado en 1957. A saber: «Toda entrevista es...un drama interpersonal con una trama en desarrollo» (Pool, 1957, pág. 193, citado en Holstein y Gubrium 1995, pág. 14). Holstein y Gubrium continúan afirmando que, hasta ahora, nos hemos centrado en los *qué* de la entrevista (los hallazgos sustantivos) y que es hora de prestar atención a los *cómo* de la entrevista (el contexto, las situaciones particulares, los detalles, las maneras, las personas implicadas, etcétera, en donde tienen lugar las interacciones de la entrevista). De acuerdo con Holstein y Gubrium, este concepto remite a la etnometodología: «Decir que la entrevista es un drama interpersonal con una trama en desarrollo es parte de una afirmación más general que sostiene que la realidad es un logro interpretativo en desarrollo» (pág. 16). Durante los últimos años de 1960, Garfinkel, Sacks y otros afirmaron claramente que la realidad era un logro en desarrollo siempre cambiante basado en el razonamiento práctico de los miembros de la sociedad. Es hora de considerar la entrevista como una producción práctica cuyo significado se logra en la intersección de la interacción entre el entrevistador y el entrevistado.

En un ensayo posterior, Gubrium y Holstein (1998) retoman ese argumento y consideran la entrevista como narración, la cual estiman como una producción práctica mediante la que los miembros de una sociedad consiguen dar coherencia a sus relatos. Una vez más, nos instan a analizar los *cómo* y los *qué* de la narración. De manera similar, Sarup (1996) afirma que:

Toda narrativa consta de dos partes, un relato (*historia*) y un discurso (*discurso*). El relato es el contenido o cadena de acontecimientos. El relato es el «qué» de la narrativa y el discurso, el «cómo». El discurso se asemeja a la trama, es el modo en que el lector se entera de lo sucedido [y] del orden de aparición de los acontecimientos (pág. 17).

Gubrium y Holstein no son los únicos que respaldan este enfoque reflexivo de las entrevistas. Tanto Silverman (1993) como Dingwall

(1997) atribuyen al clásico estudio de Cicourel (1964), *Method and Measurement in Sociology*, señalar la entrevista como un encuentro social. Dingwall (1997) destaca que:

Si la entrevista es un encuentro social, entonces, por lógica, debe analizarse del mismo modo que cualquier otro encuentro social. El producto de una entrevista es el resultado de una actividad social situada, donde las respuestas atraviesan los roles y el manejo de las impresiones por parte del entrevistador y el entrevistado (pág. 56).

Tomando un antecedente intelectual crucial proporcionado por el etnometodólogo Alfred Schutz, Seidman (1991) analiza la entrevista como un tipo de relación. Seidman analiza la relación entrevistador-entrevistado en términos de la relación «yo-tú» propuesta por Schutz (1967), en la que los dos comparten una perspectiva recíproca y, al hallarse orientados hacia el «tú», crean una relación de «nosotros». Por tanto, el entrevistado deja de ser «un objeto o un tipo» (Seidman, 1991, pág. 73) y se convierte en un participante igual de la interacción.

Para resumir, es necesario encontrar a alguien que quiera hablar con nosotros (Arksey y Knight, 2002). Luego, implementamos muchas estrategias creativas con el fin de encontrar más entrevistados (Warren, 2002; Weiss, 1994). Luego, dialogamos con los entrevistados y prestamos atención al significado de los relatos que narran, interponiendo mientras tanto nuestras propias perspectivas. Warren (2002) lo expone a la perfección: «Durante la interacción social de la entrevista cualitativa, las perspectivas del entrevistador y del entrevistado se entrelazan momentáneamente, pero además se extienden a lo ancho del espacio social, avanzando y retrocediendo en el tiempo» (pág. 98). Por último, tratamos de unir el caleidoscopio de formas y colores para crear un relato coherente —algo con coherencia que, en virtud de la comprensión común lograda, nos acerque los unos a los otros (Atkinson, 2002) —.

Las complejidades de las nuevas perspectivas

Algunos de los partidarios de la entrevista etnometodológica son críticos tanto del método de entrevista interaccional como del método de entrevista positivista. Dingwall (1997), entre otros, habla del movimiento romántico en la etnografía (y la entrevista) —la idea de que cuanto más nos acercamos al entrevistado, más cerca estamos de captar el «*self* real»—. Este presupuesto niega el hecho de que el *self* es un proceso que siempre se negocia y consigue durante la interacción.

Dingwall también deslegitima el giro «posmoderno»; es decir, sin no hay un «*self*» real, no existe un mundo real y, por tanto, podemos crear nuestro propio mundo. Por último, Dingwall se interesa por la naturaleza «cruzada» de los románticos y se pregunta: «¿Cuál es el valor de un proyecto académico que está más interesado por ser “aceptado” que por ser correcto?» (pág. 64).

De manera similar, Atkinson y Silverman (1997) rechazan con acierto la noción posmoderna de «voces polifónicas», señalando en forma oportuna que el entrevistador y el entrevistado colaboran entre sí para crear una visión de la realidad en esencia monológica. También sería posible descartar esa noción valiéndose del argumento de Schutz (1967) según el cual «yo» y «tú» crean un «nosotros» unificado en lugar de dos versiones diferentes de él.

No obstante, la entrevista etnometodológica también es blanco de algunas críticas. Schutz (1967) asume una reciprocidad de perspectivas que probablemente no exista. Efectivamente, en nuestra sociedad de la entrevista todos conocemos las rutinas del sentido común y las reglas básicas de la entrevista, pero es posible que ése no sea el caso en otras sociedades. Bowler (1997) intentó entrevistar a mujeres pakistaníes respecto de sus experiencias con los servicios de maternidad, pero se encontró con un completo desconocimiento del valor de la investigación social y la entrevista.

Les había dicho que estaba escribiendo un libro sobre mis hallazgos. Yams, que hablaba mejor el idioma inglés, lo tradujo con una mirada de desconfianza en el rostro, y las dos se desternillaron de la risa. Los hospitales eran muy buenos. No había ningún problema. Todo estaba bien (pág. 72).

Bowler debió concluir que es probable que la entrevista no funcione si no hay «una noción compartida del proceso de investigación» (pág. 66).

Silverman (1993) considera un problema diferente. Parece creer que algunos etnometodólogos han relegado su interés por los asuntos fundamentales de la vida diaria al afirmar no poder ocuparse de ellos hasta no saber más acerca de las maneras en que se conforman las realidades. Silverman afirma que: «De acuerdo a una primera lectura de Cicourel, simplemente deberíamos centrarnos en las habilidades conversacionales de los participantes en lugar de en el contenido de lo que están diciendo y en su relación con el mundo por fuera de la entrevista» (pág. 98).

Cicourel (1970) afirmaba que los sociólogos debían delinear un modelo asequible del actor antes de comenzar con el estudio del *self* y la sociedad. Garfinkel compartía las mismas posturas. Por ejemplo, en

su famoso estudio del transexual Agnes, Garfinkel (1967) analizó las rutinas mediante las cuales los miembros de una sociedad acreditaban ser hombres o mujeres; tenía poco o ningún interés en cuestiones relacionadas con la transexualidad en sí misma. Entonces, de acuerdo con la lectura de Silverman de la etnometodología, sería necesario aprender los métodos conversacionales antes de intentar internarnos en las cuestiones substantivas de la entrevista.

Lineamientos futuros

Tomando como referencia el texto de Gubrium y Holstein (1997), «Where do we go from here?» (pág. 97), compartimos el interés de los autores por vislumbrar los nuevos horizontes del posmodernismo y, al mismo tiempo, reiteramos nuestro compromiso inamovible con la descripción empírica de la vida cotidiana. Gubrium y Holstein (1998) introdujeron una técnica llamada «puesta entre paréntesis analítica» para tratar con los múltiples niveles de la entrevista (y la etnografía):

Por ejemplo, podemos enfocarnos en *cómo* se cuenta un relato y aplazar por un momento nuestro interés por los diferentes *qué* implicados, como la sustancia, la estructura y la trama del relato, el contexto en que se cuenta o la audiencia que puede interesarse en el relato. Más tarde podemos regresar a estas cuestiones (pág. 165).

La utilización de esta puesta entre paréntesis analítica posibilita a los autores analizar la entrevista en su coherencia y diversidad como un acontecimiento logrado de manera colaborativa y cuyo producto y proceso se constituyen mutuamente.

Uno de los problemas apremiantes en el campo de la entrevista es la clase de estándares que deberíamos aplicar para estas clases nuevas y diferentes de entrevista. Asumir un relativismo absoluto no es la solución, pues conduciría a lo que Silverman (1997b) llamó la «sociología de mirarse el ombligo» (pág. 240). Silverman propone una nueva estética de la investigación, y rechaza los intentos de utilizar formas literarias en la sociología. ¿Si quiero leer un buen poema porqué debería buscar una revista de ciencias sociales? (pág. 240). La crítica de la sociología interaccionista por parte de Silverman y su propuesta referida a los valores estéticos parece centrarse en los tres siguientes puntos. Primero, ataca la teorización política grandilocuente de la sociología británica y pide volver a enfocarse en objetivos más modestos, más accesibles. Segundo, rechaza la noción romántica de igualar experiencia (desde el punto de vista de los miembros) con

autenticidad. Tercero, señala que la sociología imita la sociedad de la entrevista modelada por los medios masivos de comunicación, por lo que sucumbe a lo trivial, lo cursi, al chisme y a lo melodramático, ignorando lo simple y profundo.

Las ideas de Silverman (1997b) respecto de que los estudios sociológicos deben prestar más atención a los pequeños detalles en lugar de embarcarse en proyectos monumentales y abstractos, no difiere demasiado del pedido de Lyotard (1984) de regresar a los elementos locales y alejarse de las metateorías. Para Silverman, los detalles «pequeños» son aquellos que nos pasan por delante de los ojos a diario en nuestra vida —muy similar a las rutinas mundanas de Garfinkel que nos permiten sostener el mundo e interactuar los unos con los otros—.

Coincidimos con Silverman en que debemos dejar de engañarnos y pensar que nuestro método en particular (cualquiera que sea) encierra la clave para la comprensión del *self*. También coincidimos con que es imperativo buscar nuevos estándares porque nos acercamos a nuevas formas del teatro del absurdo (y, tememos, sin el talento literario). Sin embargo, no podemos esperar a encontrar un modelo de los métodos utilizados por los participantes durante las entrevistas o en la vida cotidiana antes de pasar a la acción; las propiedades invariables de la interacción de Cicourel (1970) resultaron ser tan generales que sirven de poco en la investigación sociológica.

Debemos proceder considerando las principales inquietudes de los miembros de la sociedad, analizando a su vez las actividades constructivas que se utilizan para ordenar la vida cotidiana, todo ello sin dejar de reflexionar acerca del modo en que se logran las entrevistas (Gubrium y Holstein, 1997, 1998). Por ejemplo, tal como observa Baker (1997), una investigadora que le dice a su entrevistado «soy madre de tres niños», comparada con una que le dice «soy profesora universitaria», provocará a categorías y relatos diferentes. Necesitamos seguir adelante con la investigación sociológica, aun si nos damos cuenta de que las condiciones no son las mejores. Parafraseando a Robert Solow, citado por Geertz (1973), sólo por el hecho de que sea imposible una completa asepsia, no significa que debamos realizar una cirugía en un basurero.

Otra clase de dirección futura para las entrevistas se deriva en gran medida de las nuevas prácticas feministas en este área. La entrevista tradicional ha hecho denodados esfuerzos por mantener la neutralidad y lograr ser objetiva, conservando el rol del entrevistador lo más oculto posible. Por el contrario, las feministas se rebelan contra la *explotación* de los entrevistados y desean usar la entrevista para obtener mejoras. A saber: «Como investigadoras comprometidas con el cambio, es necesario que descendamos de la “torre de marfil” y genere-

mos prácticas más democráticas y participativas. *Debemos mantener a la gente y las políticas en el centro de nuestra investigación*» (Benmayor, 1991, págs. 172-173, énfasis añadido). Denzin (1997) se refiere a este enfoque como al «modelo feminista de ética comunitaria» (véase también, Lincoln, 1995), y señala que:

La investigadora feminista comunitaria no invade la privacidad de los otros ni utiliza formularios de consentimiento informado ni selecciona sujetos al azar ni tampoco juzga los diseños de investigación en términos de validez. Este marco de referencia presupone un investigador que genera una relación recíproca de colaboración, confianza y amistad con aquellos que estudia... Además, se sobrentiende que los sujetos estudiados pueden reclamar como legítimos dueños cualesquiera de los materiales producidos durante el proceso de investigación, incluidas las notas de campo (Denzin, 1997, pág. 275).

La combinación de los roles de académica y feminista puede resultar compleja y, en ocasiones, conducir a conflictos si la investigadora tiene una orientación política distinta a la de las personas que estudia (Wasserfall, 1993), pero también puede que ese enfoque resulte gratificante para la investigadora al permitirle ver resultados positivos derivados de la investigación (Gluck, 1991).

Una tercera dirección futura, que ya está presente pero que es probable que se extienda con fuerza en un futuro cercano, es la relacionada con la representación y la poesía. Combino las dos porque son el resultado de las mismas inquietudes: hablar con las voces de los entrevistados y adoptar una postura de colaboración hacia ellos. Además, ambas poseen una figura de expresión que va más allá que la de las ciencias sociales tradicionales: la prosa. Denzin (2003a) promueve la representación, excluyendo otros modos de relatar las ciencias sociales (la etnografía y la entrevista). La representación (performance) no queda fija en un texto escrito para ser leído más tarde; por el contrario, la representación es hacer, es ahora, tiene sentimientos, pasiones, alegrías, lágrimas, desesperanza y esperanza. La representación es capaz de llegar al corazón de la gente y no sólo a sus mentes. La representación puede ser un instrumento poderoso para la reforma social, para corregir inequidades y ayudar a aquellos que lo necesiten. La representación está vinculada con las personas en nuestra sociedad mediática: atrae el interés, capta la atención y provoca interrogantes.

La poética funciona de un modo similar, encapsulando en un maremágnum de sentimientos y emociones un relato de vida, un momento epifánico de la vida, una tragedia, un momento de pena o de completa alegría. Piense en la respuesta de Louisa Mary, una mujer típica de Tennessee, cuando su pareja le pide que interrumpa su embarazo:

El padre de Jody May dijo:

«Hazte un aborto».

Le dije:

«Nunca me casaría contigo.

Nunca me casaría contigo.

Nunca lo haría.

Voy a tener este niño.

Voy a hacerlo.

Lo haré. Lo haré».

El poema maestro de Richardson (1997) capta el alma de Louisa May y permite que a través de él lleguemos a conocer a esa mujer, conocer sus sentimientos y que se gane nuestro corazón.

Refiriéndose a la poesía, Richardson (2002) señala que la prosa se encuentra en una situación de privilegio sólo porque está empoderada por el sistema actual, pero que se trata sólo de una de las tantas figuras de expresión, incluidas la representación y la poesía, dentro de un mundo nuevo y fragmentario donde, aparte de las metateorías, se han fragmentado también los modos de expresión y, por tanto, ahora es posible hablar con muchas voces y mediante diversas figuras.

Entrevista electrónica

Otra de las direcciones que está tomando la entrevista en la actualidad está vinculada con las cambiantes tecnologías disponibles. En el último tiempo, la utilización de la entrevista como medio de recolección de datos se ha extendido a las formas digitales, que incluyen la distribución de cuestionarios por fax, correos electrónicos y sitios web. Las estimaciones sugieren que un 50% de los hogares cuentan con una computadora y que casi la mitad de ellos utilizan Internet. En la actualidad, se encuentran disponibles programas de computación que permiten a los investigadores programar y archivar datos provenientes de entrevistas a través de salas de chat. El número limitado de entrevistados potenciales con acceso a una computadora hace que el estudio de la población general no sea factible; sin embargo, la entrevista electrónica es capaz de alcanzar el 100% de algunas poblaciones específicas (Schaefer y Dillman, 1998).

Hoy en día es posible realizar «entrevistas virtuales», en las cuales las conexiones de Internet para obtener información se utilizan de forma sincrónica o asincrónica. Las ventajas incluyen bajos costos (sin cargos por líneas telefónicas o del entrevistador) y velocidad de respuesta. Naturalmente, se elimina la interacción cara a cara y

la posibilidad de que el entrevistador y el entrevistado puedan leer las conductas no verbales o guiarse de acuerdo con características de género, raza, edad, clase y otras características personales. Así, establecer una «relación» entrevistador–entrevistado y «vivir el momento» mientras se recolecta información (Hertz, 1997a) se torna más que difícil, imposible. Los estudios por Internet facilitan a los encuestados fabricar realidades sociales ficcionales sin que nadie se entere de la diferencia (Markham, 1998). Obviamente, los entrevistadores también pueden engañar a los entrevistados, afirmando tener experiencias o características que no tienen con el fin de establecer un mejor entendimiento. Con ese mismo propósito, es posible que finjan sus respuestas, afirmando reacciones «no verbales falsas», como decirle a los entrevistados que «se rieron» o que «les dolió» algún comentario en particular. En su autoetnografía de la entrevista por Internet, Markham (1998) observa que las entrevistas electrónicas toman más tiempo que las formas tradicionales y que las respuestas son más crípticas y superficiales; sin embargo, el entrevistador cuenta con más tiempo para enunciar preguntas de seguimiento o comprobaciones de una manera más adecuada.

Además, aunque resulta casi imposible preservar el anonimato de los estudios de Internet mediante correo electrónico, las salas de chat y otros sitios similares permiten el uso de seudónimos. Si bien en la actualidad las entrevistas electrónicas se usan fundamentalmente con fines cuantitativos, utilizando en general para ello cuestionarios estructurados, es sólo cuestión de tiempo para que los investigadores adapten estas técnicas al trabajo cualitativo del mismo modo que han adaptado las técnicas electrónicas al análisis de datos. Por ejemplo, Markham (1998) se involucró de lleno con varios formatos electrónicos o de Internet (por ejemplo, salas de chat, listas automáticas de correos) con el fin de entrevistar a otros participantes y documentar su trayectoria en el mundo virtual, en donde experimentó el ciberespacio y aprendió el significado que los participantes le daban a sus estilos de vida *online*. Se hizo una pregunta fascinante: «¿Puedo tener mi *self* donde no existe mi cuerpo?» (pág. 8).

En el futuro es posible que gran parte de la etnografía se realice gracias a la comunicación por medio de tecnologías informáticas, en donde el contexto de la entrevista sea el espacio virtual —en vez de una sala de estar o del lugar de trabajo—. Resta saber si las entrevistas electrónicas permitirán a los investigadores obtener «descripciones densas» o relatos de experiencias subjetivas, y si esas entrevistas brindarán el «contexto de procesamiento», tan importante para las entrevistas cualitativas. Además, los investigadores que realicen tales entrevistas no pueden asegurarse de que las respuestas que reciban

provengan de entrevistados adecuados o calificados. La entrevista por medio de Internet es tan prominente hoy en día que los investigadores están estudiando sus efectos sobre la calidad de las respuestas. Por ejemplo, Schaefer y Dillman (1998), hallaron que los estudios por medio de correos electrónicos tenían una tasa de respuesta similar a la de los estudios por correo postal, pero que los primeros entregaban datos de mejor calidad en términos de compleción de los ítems y el grado de detalle en la respuesta de preguntas abiertas.

Es claro que restan aún muchas preguntas sin respuesta vinculadas al uso de las entrevistas electrónicas. Obviamente, este modo de entrevista se incrementará durante el nuevo milenio, impulsado por el uso creciente que el público hace de los modos electrónicos de comunicación. Sin embargo, en qué grado la comunicación vía Internet desplazará a la entrevista cara a cara es algo que sólo se develará con el tiempo.

Conclusión

En este capítulo hemos analizado la entrevista, desde los tipos estructurados de entrevista hasta la entrevista como texto negociado. Repasamos la historia de la entrevista desde sus orígenes cualitativos y cuantitativos. Nos ocupamos de la entrevista estructurada, grupal y de varias clases de entrevistas no estructuradas. Examinamos la importancia del género en la entrevista y las maneras en que el encuadramiento y la interpretación influyen sobre ella. Analizamos la importancia de la ética en la entrevista. Por último, discutimos las nuevas tendencias de la entrevista.

Dejando de lado que este libro trata sobre la investigación cualitativa, hemos incluido un análisis de la gama completa de entrevistas, pues creemos que para que los investigadores las comprendan de forma cabal, es necesario que conozcan todas las clases existentes de entrevista, tanto modernas como posmodernas. Es claro que ciertos tipos de entrevistas resultan más adecuadas para cierto tipo de situaciones particulares, y los investigadores *deben ser conscientes de las implicaciones, inconvenientes y problemas que acarrea el tipo de entrevista que eligen*. Si deseamos averiguar cuánta gente se opone al establecimiento de un depósito nuclear en un área, entonces nuestra mejor herramienta es una entrevista de tipo estructurada como la utilizada en la investigación por encuesta; podemos cuantificar y codificar las respuestas, y usar modelos matemáticos para explicar los hallazgos. Si estamos interesados en recolectar opiniones sobre cierto

producto, entonces una entrevista de grupo focal nos brindará los resultados más eficientes. Si deseamos conocer acerca de la vida de las mujeres palestinas de la resistencia (Gluck, 1991), entonces debemos entrevistarlas de forma extensa, profunda y no estructurada. En el primer ejemplo citado, y quizás en el segundo, es posible hablar con el lenguaje formal del rigor científico y la verificabilidad de los hallazgos. En el tercer ejemplo, es posible hablar de la comprensión de una forma de vida negociada.

Un gran número de académicos se está dando cuenta del esfuerzo inútil que es contrastar un tipo de entrevista con otro —una rémora de la hostilidad entre los paradigmas cuantitativos y cualitativos de generaciones pasadas—. Como resultado, cada vez más investigadores están utilizando un enfoque multimetodológico para lograr resultados más amplios y, a menudo, mejores. A este enfoque multimetodológico se lo denomina *triangulación* (Denzin, 1989b; Flick, 1998), y les permite a los investigadores utilizar diferentes métodos combinados de diversas formas. Por ejemplo, durante mucho tiempo se ha utilizado la entrevista grupal como complemento de la investigación por encuesta, y en la actualidad se la está utilizando como complemento de la observación participante (Morgan, 1988). Los seres humanos son complejos y sus vidas están en cambio constante. Cuantos más métodos empleemos para su estudio, mayores serán nuestras oportunidades de llegar a comprender de qué modo construyen sus vidas y los relatos que nos cuentan sobre ellas.

El breve camino que hemos emprendido a lo largo del mundo de la entrevista debería permitirnos estar más informados, o quizás ser más sensibles, respecto de las complejidades asociadas con la formulación de preguntas con motivación sociológica. Debemos recordar que cada individuo tiene su propia historia social y una perspectiva individual del mundo. Por tanto, no podemos dar por sentada nuestra tarea. Como señala Oakley (1981): «La entrevista se parece al matrimonio: todos saben de qué se trata, mucha gente se casa y, a pesar de ello, detrás de cada puerta de entrada cerrada se esconde un mundo de secretos» (pág. 41). Está en lo cierto. Todos creemos saber cómo hacer preguntas y hablar con las personas, desde las personas comunes que vemos a diario hasta los expertos cuantofrénicos altamente calificados. Sin embargo, para conocer acerca de las personas, debemos tratarlas como personas, y entonces colaborarán con nosotros en la creación de relatos sobre sus vidas. Mientras haya muchos investigadores que traten a los entrevistados como individuos sin rostro y sin importancia cuya única contribución consiste en rellenar más casilleros de cuestionarios ya estructurados, las respuestas que obtendrán los investigadores serán comparables a las preguntas que hagan y al

modo en que las hagan. Como investigadores, no somos distintos de Gertrude Stein, quien, en su lecho de muerte, preguntó a su compañera de toda la vida, Alice B. Toklas: «¿Cuál es la respuesta?». Cuando Alice no fue capaz de hablar, Gertrude le preguntó: «En ese caso, ¿cuál es la pregunta?».

Referencias bibliográficas

Adams, R. N. y Preiss, J. J. (comps.) (1960). *Human Organizational Research: Field Relations and Techniques*, Homewood (Illinois), Dorsey.

Anderson, N. (1923). *The Hobo: The Sociology of the Homeless Man*, Chicago, University of Chicago Press.

Arksey, H. y Knight, P. (2002). *Interviewing for Social Scientists: An Introductory Resource with Examples*, Thousand Oaks (California), Sage.

Atkinson, P. (2002). «The life story interview», en J. Gubrium y J. Holstein (comps.), *Handbook of Interview Research: Context and Method*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 121-140.

Atkinson, P. y Silverman, D. (1997). «Kundera's *immortality*: The interview society and the invention of the self», *Qualitative Inquiry*, 3, págs. 304-325.

Babbie, E. (1992). *The Practice of Social Research*, Belmont (California), Wadsworth, 6ª edición.

Baker, C. (1997). «Membership categorization and interview accounts», en D. Silverman (comp.), *Qualitative research: Theory, Method, and Practice*, Londres, Sage, pág. 130-143.

Bakhtin, M. (1986). *Speech Genres and Other Late Essays*, Austin, University of Texas Press.

Banister, E. M. (1999). «Evolving reflexivity: Negotiating meaning of women's midlife experience», *Qualitative Inquiry*, 5, págs. 3-23.

Becker, H. S. (1956). «Interviewing medical students», *American Journal of Sociology*, 62, págs. 199-201.

- Becker, H. S. (1999). «The Chicago School, so-called», *Qualitative Sociology*, 22, págs. 3-12.
- Behar, R. (1996). *The Vulnerable Observer: Anthropology that Breaks your Heart*, Boston, Beacon.
- Behar, R. y Gordon, D. (comps.) (1995). *Women Writing Culture*, Berkeley, University of California Press.
- Bell, S. (2002). «Sexualizing research: Response to Erich Goode», *Qualitative Sociology*, 25, págs. 535-539.
- Benmayor, R. (1991). «Testimony, action research, and empowerment: Puerto Rican women and popular education», en S. B. Gluck y D. Patai (comps.), *Women's Words: The Feminist Practice of Oral History*, Nueva York, Routledge, págs 159-174.
- Boelen, W. A. M. (1992). «Street corner society: Cornerville revisited», *Journal of Contemporary Ethnography*, 21, págs. 11-51.
- Bogardus, E. S. (1926). «The group interview», *Journal of Applied Sociology*, 10, págs. 372-382.
- Booth, C. (1902-1903). *Life and Labour of the People in London*, Londres, Macmillan.
- Bowler, I. (1997). «Problems with interviewing: Experiences with service providers and clients», en G. Miller y R. Dingwall (comps.), *Context and Method in Qualitative Research*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 66-76.
- Bradburn, N. M. (1983). «Response effects», en P. H. Rossi, J. D. Wright y A. B. Anderson (comps.), *Handbook of Survey Research*, Nueva York, Academic Press, págs. 289-328.
- Bradburn, N. M., Sudman, S. y otros. (1979). *Improving Interview Method and Questionnaire Design*, San Francisco, Jossey-Bass.
- Cicourel, A. (1964). *Method and Measurement in Sociology*, Nueva York, Free Press.
- Cicourel, A. (1970). «The acquisition of social structure: Toward a developmental sociology of language and meaning», en J. D. Douglas (comp.), *Understanding Everyday Life: Toward a Reconstruction of Social Knowledge*, Chicago, Aldine, págs. 136-168.

- Cicourel, A. (1974). *Theory and Method in a Study of Argentine Fertility*, Nueva York, John Wiley.
- Clough, P. T. (1998). *The End(s) of Ethnography: From Realism to Social Criticism*, Nueva York, Peter Lang, 2ª edición.
- Collins, P. H. (1990). *Black Feminist Thought: Knowledge, Consciousness, and the Politics of Empowerment*, Nueva York, Routledge.
- Converse, J. M. (1987). *Survey Research in the United States: Roots and Emergence 1890-1960*, Berkeley, University of California Press.
- Converse, J. M. y Schuman, H. (1974). *Conversations at Random: Survey Research as Interviewers See it*, Nueva York, John Wiley.
- Couper, M., Baker, R., Bethlehem, J., Clark, C., Nicholls, W., II y O'Reilly, J. (comps.) (1998). *Computer-Assisted Survey Information Collection*, Nueva York, John Wiley.
- Crapanzano, V. (1980). *Tuhami: Portrait of a Moroccan*, Chicago, University of Chicago Press.
- Denzin, N. K. (1989). *The Research Act: A theoretical Introduction to Sociological Methods*, Englewood Cliffs (Nueva Jersey), Prentice Hall, 3ª ed.
- Denzin, N. K. (1997). *Interpretive Ethnography: Ethnographic Practices for the 21st Century*, Londres, Sage.
- Denzin, N. K. (2003a). «The call to performance», *Symbolic Interaction*, 26, págs. 187-208.
- Denzin, N. K. (2003b). *Performance Ethnography: Critical Pedagogy and the Politics of Culture*, Thousand Oaks (California), Sage.
- Derrida, J. (1976). *Of Grammatology*, Baltimore (Maryland), Johns Hopkins University Press, traducción de G. C. Spivak.
- Desvousges, W. H. y Frey, J. H. (1989). «Integrating focus groups and surveys: Examples from environmental risk surveys», *Journal of Official Statistics*, 5, págs. 349-363.
- Dingwall, R. (1997). «Accounts, interviews, and observations», en G. Miller y R. Dingwall (comps.), *Context and Method in Qualitative Research*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 51-65.

- Douglas, J. D. (1985). *Creative Interviewing*, Beverly Hills (California), Sage.
- Douglas, J. D. y Johnson, J. M. (1977). *Existential Sociology*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press.
- Douglas, J. D., Rasmussen, P. con Flanagan, C. A. (1977). *The Nude Beach*, Beverly Hills (California), Sage.
- DuBois, W. E. B. (1899). *The Philadelphia Negro: A Social Study*, Filadelfia, Ginn.
- Edwards, R. y Mauthner, M. (2002). «Ethics and feminist research: Theory and practice», en M. Mauthner, M. Birch, J. Jessop y T. Miller (comps.), *Ethics in Qualitative Research*, Londres, Sage, págs. 14-31.
- Ellis, C. (1991). «Sociological introspection and emotional experience», *Symbolic Interaction*, 14, págs. 23-50.
- Ellis, C. (1995). *Final Negotiation: A Story of Love, Loss, and Chronic Illness*, Filadelfia, Temple University Press.
- Ellis, C. y Berger, L. (2002). «Their story/My story/Our story: Including the researcher's experience in interview research», en J. Gubrium y J. Holstein (comps.), *Handbook of Interview Research: Context and Method*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 849-876.
- El-Or, T. (1992). «Do you really know how they make love? The limits on intimacy with ethnographic informants», *Qualitative Sociology*, 15, págs. 53-72.
- Erickson, K. T. (1967). «A comment on disguised observation in sociology», *Social Problems*, 14, págs. 366-373.
- Fine, M. (1983-1984). «Coping with rape: Critical perspectives on consciousness», *Imagination, Cognition, and Personality*, 3, págs. 249-267.
- Flick, U. (1998). *An Introduction to Qualitative Research: Theory, Method, and Applications*, Londres, Sage.
- Fontana, A. (1977). *The Last Frontier: The Social Meaning of Growing Old*, Beverly Hills (California), Sage.

- Fontana, A. (2002). «Postmodern trends in interviewing», en J. Gubrium y J. Holstein (comps.), *Handbook of Qualitative Research: Context and Method*, Thousand Oaks (California), Sage.
- Fontana, A. (2003). «The windmills of morality», *Symbolic Interaction*, 26, págs. 209-216.
- Fontana, A. y Frey, J. H. (1990). «Postretirement workers in the labor force», *Work and Occupations*, 17, págs. 355-361.
- Fontana, A. y Smith, R. (1989). «Alzheimer's disease victims: The "unbecoming" of self and the normalization of competence», *Sociological Perspectives*, 32, págs. 35-46.
- Freeman, D. (1983). *Margaret Mead and Samoa: The Making and Unmaking of an Anthropological Myth*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.
- Frey, J. H. (1989). *Survey Research by Telephone*, Newbury Park (California), Sage, 2ª edición.
- Frey, J. H. (1993). «Risk perception associated with a high-level nuclear waste repository», *Sociological Spectrum*, 13, págs. 139-151.
- Frey, J. H. y Fontana, A. (1991). «The group interview in social research», *Social Science Journal*, 28, págs. 175-187.
- Garfinkel, H. (1967). *Studies in Ethnomethodology*, Englewood Cliffs (Nueva Jersey), Prentice Hall.
- Geertz, C. (1973). «Thick descriptions: Toward an interpretive theory of culture», en C. Geertz, *The Interpretation of Cultures: Selected Essays*, Nueva York, Basic Books, págs. 3-30.
- Glaser, B. y Strauss, A. (1967). *The Discovery of Grounded Theory: Strategies for Qualitative Research*, Chicago, Aldine.
- Gluck, S. B. (1984). «What's so special about women? Women's oral history», en D. Dunaway y W. K. Baum (comps.), *Oral History: An Interdisciplinary Anthology*, Nashville (Tennessee), American Association for State and Local History.
- Gluck, S. B. (1991). «Advocacy oral history: Palestinian women in resistance», en S. B. Gluck y D. Patai (comps.), *Women's Words: The Feminist Practice of Oral History*, Nueva York, Routledge, págs. 205-220.

- Gluck, S. B. y Patai, D. (comps.) (1991). *Women's Words: The Feminist Practice of Oral History*, Nueva York, Routledge.
- Goode, E. (2002). «Sexual involvement and social research in a fat civil rights organization», *Qualitative Sociology*, 5, págs. 501-534.
- Gorden, R. L. (1980). *Interviewing: Strategy, Techniques, and Tactics*, Homewood (Illinois), Dorsey.
- Gorden, R. L. (1992). *Basic Interviewing Skills*, Itasca (Illinois), Peacock.
- Gubrium, J. y Holstein, J. (1997). *The New Language of Qualitative Methods*, Nueva York, Oxford University Press.
- Gubrium, J. y Holstein, J. (1998). «Narrative practice and the coherence of personal stories», *Sociological Quarterly*, 39, págs. 163-187.
- Gubrium, J. y Holstein, J. (comps.) (2002). *Handbook of Interview Research: Context and Narrative*, Thousand Oaks (California), Sage.
- Harvey, L. (1987). *Myths of the Chicago School of Sociology*, Aldershot (Reino Unido), Avebury.
- Hertz, R. (1995). «Separate but simultaneous interviewing of husbands and wives: Making sense of their stories», *Qualitative Inquiry*, 1, págs. 429-451.
- Hertz, R. (1997a). «Introduction: Reflexivity and voice», en R. Hertz (comp.), *Reflexivity and Voice*, Thousand Oaks (California), Sage, págs.vii-xviii.
- Hertz R. (1997b). *Reflexivity and Voice*, Thousand Oaks (California), Sage.
- Hertz, R. (1997c). «A typology of approaches to child-care: The centerpiece of organizing family life for dual-earner couples», *Journal of Family Issues*, 18, págs. 355-385.
- Hertz, R. y Ferguson, F. (1997). «Kinship strategies and self-sufficiency among single mothers by choice: Postmodern family ties», *Qualitative Sociology*, 20, págs. 13-37.
- Holstein, J. y Gubrium, J. (1995). *The Active Interview*, Thousand Oaks (California), Sage.

- Holstein, J. y Gubrium, J. (1997). «Active interviewing», en D. Silverman (comp.), *Qualitative Research: Theory, Method, and Practice*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 113-129.
- Humphreys, L. (1970). *Tearoom Trade: Impersonal Sex in Public Places*, Chicago, Aldine.
- Hyman, H. H. (1954). *Interviewing in Social Research*, Chicago, University of Chicago Press.
- Johnson, J. (1976). *Doing Field Research*, Nueva York, Free Press.
- Johnson, J. (2002). «In-depth interviewing», en J. Gubrium y J. Holstein (comps.), *Handbook of Interview Research: Context and Method*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 103-119.
- Kahn, R. y Cannell, C. F. (1957). *The Dynamics of Interviewing: Theory, Techniques, and Cases*, Nueva York, John Wiley.
- Kong, T. S. K., Mahoney, D. y Plummer, K. (2002). «Queering the interview», en J. Gubrium y J. Holstein (comps.), *Handbook of Qualitative Research: Context and Method*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 239-258.
- Kotarba, J. A. y Fontana, A. (comps.) (1984). *The Existential self in Society*, Chicago, University of Chicago Press.
- Krieger, S. (1983). *The Mirror Dance: Identity in a Women's Community*, Filadelfia, Temple University Press.
- Kvale, S. (1996). *Interviews: An Introduction to Qualitative Research Interviewing*, Thousand Oaks (California), Sage.
- Lincoln, Y. S. (1995). «The sixth moment: Emerging problems in qualitative research», *Studies in Symbolic Interaction*, 19, págs. 37-55.
- Lofland, J. (1971). *Analyzing Social Settings*, Belmont (California), Wadsworth.
- Lofland J. y Lofland, L. (1984). *Analyzing Social Settings: A Guide to Qualitative Observation and Analysis*, Belmont (California), Wadsworth, 2ª edición.
- Lopata, H. Z. (1980). «Interviewing American widows», en W. Shaffir, R. Stebbins y A. Turowetz (comps.), *Fieldwork Experience: Qua-*

- litative Approaches to Social Research*, Nueva York, St. Martin's, págs. 68-81.
- Lynd, R. S. y Lynd, H. M. (1929). *Middletown: A Study in American Culture*, Nueva York, Harcourt, Brace.
- Lynd, R. S. y Lynd, H. M. (1937). *Middletown in Transition: A Study in Cultural Conflicts*, Nueva York, Harcourt, Brace.
- Lytard, J. F. (1984). *The Postmodern Condition: A Report on Knowledge*, Mineápolis, University of Minnesota Press, traducción de G. Bennington y B. Massumi.
- Maccoby, E. E. y Maccoby, N. (1954). «The interview: A tool of social science», en G. Lindzey (comp.), *Handbook of Social Psychology*, vol. 1: *Theory and Method*, Reading (Massachusetts), Addison-Wesley, págs. 449-487.
- Malinowski, B. (1922). *Argonauts of the Western Pacific*, Nueva York, E. P. Dutton.
- Malinowski, B. (1989). *A Diary in the Strict Sense of the Term*, Stanford (California), Stanford University Press, trabajo original publicado en 1967.
- Manning, P. (2002). «Fat ethics: Response to Erich Goode», *Qualitative Sociology*, 25, págs. 541-547.
- Marcus, G. E. y Fischer, M. M. J. (1986). *Anthropology as Cultural Critique: An Experimental Moment in the Human Sciences*, Chicago, University of Chicago Press.
- Markham, A. N. (1998). *Life Online: Researching Real Experience in Virtual Space*, Walnut Creek (California), AltaMira.
- Mauthner, M., Birch, M., Jessop, J. y Miller, T. (comps.) (2002). *Ethics in Qualitative Research*, Londres, Sage.
- Merton, K., Fiske, M. y Kendall, P. (1956). *The Focused Interview: A Manual of Problems and Procedures*, Glencoe (Illinois), Free Press.
- Merton, R. K. y Lazarsfeld, P. F. (comps) (1950). *Continuities in Social Research, Studies in the Scope and Method of «The American Soldier»*, Glencoe (Illinois), Free Press.

- Miller, M. (1974). *Plain Speaking: An Oral Biography of Harry S. Truman*, Nueva York, Putnam.
- Mishler, E. G. (1986). *Research Interviewing: Context and Narrative*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.
- Morgan, D. (1988). *Focus Groups as Qualitative Research*, Newbury Park (California), Sage.
- Morgan, D. (2002). «Focus group interviewing», en J. Gubrium y J. Holstein (comps.), *Handbook of Interview Research: Context and Method*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 141-159.
- Morgan, D. y Spanish, M. T. (1984). «Focus groups: A new tool for qualitative research», *Qualitative Sociology*, 7, págs. 253-270.
- Oakley, A. (1981). «Interviewing women: A contradiction in terms», en H. Roberts (comp.), *Doing Feminist Research*, Londres, Routledge & Kegan Paul, págs. 30-61.
- Obbo, C. (1997). «What do women know?... “As I was saying!”», en K. M. Vaz (comp.), *Oral Narrative Research with Black Women*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 41-63.
- Parten, M. (1950). *Surveys, Polls, and Samples*, Nueva York, Harper.
- Payne, S. L. (1951). *The Art of Asking Questions*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press.
- Pinar, W. (1994). *Autobiography, Politics, and Sexuality: Essays in Curriculum Theory 1972-1992*, Nueva York, Peter Lang.
- Platt, J. (2002). «The history of the interview», en J. Gubrium y J. Holstein (comps.), *Handbook of Interview Research: Context and method*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 33-54.
- Pool, I. S. (1957). «A critique of the twentieth anniversary issue», *Public Opinion Quarterly*, 21, págs. 190-198.
- Punch, M. (1986). *The Politics and Ethics of Fieldwork*, Newbury Park (California), Sage.
- Rabinow, P. (1977). *Reflections on Fieldwork in Morocco*, Berkeley, University of California Press.

- Rabinow, P. y Sullivan, W. (comps.) (1987). *Interpretive Social Science: A Second Look*, Berkeley, University of California Press.
- Rasmussen, P. (1989). *Massage Parlor Prostitution*, Nueva York, Irvington.
- Reinharz, S. (1992). *Feminist Methods in Social Research*, Nueva York, Oxford University Press.
- Richardson, L. (1992a). «The poetic representation of lives: Writing a post-modern sociology», *Studies in Symbolic Interaction*, 13, págs. 19-28.
- Richardson, L. (1992b). «Trash on the corner: Ethics and technocracy», *Journal of Contemporary Sociology*, 21, págs. 103-119.
- Richardson, L. (1997). *Fields of Play: Constructing an Academic Life*, Nueva Brunswick (Nueva Jersey), Rutgers University Press.
- Richardson, L. (2002). «Poetic representation of interviews», en J. Gubrium y J. Holstein (comps.), *Handbook of Interview Research: Context and Method*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 877-892.
- Sagui, A. (2002). «Sex, inequality, and ethnography: Response to Erich Goode», *Qualitative Sociology*, 25, págs. 549-556.
- Sarup, M. (1996). *Identity, Culture, and the Postmodern World*, Atenas, University of Georgia Press.
- Saukko, P. (2000). «Between voice and discourse: Quilting interviews on anorexia», *Qualitative Inquiry*, 6, págs. 299-317.
- Schaefer, D. R. y Dillman, D. A. (1998). «Development of a standard e-mail methodology», *Public Opinion Quarterly*, 62, págs. 378-397.
- Scheurich, J. J. (1995). «A postmodernist critique of research interviewing», *Qualitative Studies in Education*, 8, 239-252.
- Scheurich, J. (1997). *Research Method in the Postmodern*, Londres, Falmer.
- Schutz, A. (1967). *The Phenomenology of the Social World*, Evanston (Illinois), Northwestern University Press.
- Schwandt, T. A. (1997). *Qualitative Inquiry: A Dictionary of Terms*, Thousand Oaks (California), Sage.

- Schwartz, B. (1999). «Memory and the practice of commitment», en B. Glassner y R. Hertz (comps.), *Qualitative Sociology as Everyday Life*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 159-168.
- Schwartz, B. (comp.) (1996). «Collective memory», *Qualitative Sociology*, 19 (3), número especial.
- Seidman, I. E. (1991). *Interviewing as Qualitative Research*, Nueva York, Columbia University, Teachers College Press.
- Selltiz, C., Jahoda, M., Deutsch, M. y Cook, S. W. (1965). *Research Methods in Social Relations*, Londres, Methuen.
- Silverman, D. (1993). *Interpreting Qualitative Data: Methods for Analysing Talk, Text, and Interaction*, Londres, Sage.
- Silverman, D. (comp.) (1997a). *Qualitative Research: Theory, Method, and Practice*, Londres, Sage.
- Silverman, D. (1997b). «Towards an aesthetics of research», en D. Silverman (comp.), *Qualitative Research: Theory, Method, and Practice*, Londres, Sage, págs. 239-253.
- Singer, E., Frankel, M. y Glassman, M. B. (1983). «The effect of interviewer characteristics and expectations on response», *Public Opinion Quarterly*, 47, págs. 68-83.
- Singer, E. y Presser, S. (1989). *Survey Research Methods*, Chicago, University of Chicago Press.
- Singleton, R. A. (h.) y Straits, B. (2002). «Survey interviewing», en J. Gubrium y J. Holstein (comps.), *Handbook of Interview Research: Context and Method*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 59-82.
- Smith, D. E. (1987). *The Everyday World as Problematic: A Feminist Sociology*, Boston, Northeastern University Press.
- Spradley, J. P. (1979). *The Ethnographic Interview*, Nueva York, Holt, Rinehart & Winston.
- Spradley, J. P. (1980). *Participant Observation*, Nueva York, Holt, Rinehart & Winston.
- Starr, L. (1984). «Oral history», en D. Dunaway y W. K. Baum (comps.),

- Oral History: An Interdisciplinary Anthology*, Nashville (Tennessee), American Association for State and Local History, págs. 3-26.
- Stewart, D. y Shamdasani, P. (1990). *Focus Groups: Theory and Practice*, Newbury Park (California), Sage.
- Sudarkasa, N. (1986). «In a world of women: Field work in a Yoruba community», en P. Golde (comp.), *Women in the Field: Anthropological Experiences*, Berkeley, University of California Press, págs. 167-191.
- Terkel, S. (1975). *Working*, Nueva York, Avon.
- Thompson, H. (1985). *Hell's Angels*, Nueva York, Ballantine.
- Thompson, J. y Demerath, M. J. (1952). «Some experiences with the group interview», *Social Forces*, 31, págs. 148-154.
- Thrasher, F. M. (1963). *The Gang: A Study of 1.313 Gangs in Chicago*, Chicago, University of Chicago Press, trabajo original publicado en 1927.
- Ulmer, G. (1989). *Teletheory: Grammatology in an Age of Video*, Nueva York, Routledge.
- Van Maanen, J. (1988). *Tales of the Field: On Writing Ethnography*, Chicago, University of Chicago Press.
- Vaz, K. M. (comp.) (1997). *Oral Narrative Research with Black Women*, Thousand Oaks (California), Sage.
- Warren, C. A. B. (1988). *Gender Issues in Field Research*, Newbury Park (California), Sage.
- Warren, C. A. B. (2002). «Qualitative interviewing», en J. Gubrium y J. Holstein (comps.), *Handbook of Interview Research: Context and Meaning*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 83-101.
- Warwick, D. P. (1973). «Tearoom trade: Means and ends in social research», *Hastings Center Studies*, 1, págs. 27-38.
- Wasserfall, R. (1993). «Reflexivity, feminism, and difference», *Qualitative Sociology*, 16, págs. 23-41.
- Wax, R. (1960). «Twelve years later: An analysis of field experiences»,

en R. N. Adams y J. J. Preiss (comps.), *Human Organization Research: Field Relations and Techniques*, Homewood (Illinois), Dorsey, págs. 166-178.

Weiss, R. S. (1994). *Learning from Strangers: The Art and Method of Qualitative Interview Studies*, Nueva York, Free Press.

Weston, K. (1998). *Longslowburn: Sexuality and Social Science*, Nueva York, Routledge.

Whyte, W. F. (1943). *Street Corner Society: The Social Structure of an Italian Slum*, Chicago, University of Chicago Press.

Williams, C. (2002). «To know me is to love me? Response to Erich Goode», *Qualitative Sociology*, 25, págs. 557-560.

Yeandle, S. (1984). *Women's Working Lives: Patterns and Strategies*, Nueva York, Tavistock.

Young, I. M. (1997). *Intersecting Voices: Dilemmas of Gender, Political Philosophy, and Policy*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press.

Young, P. (1966). *Scientific Social Surveys and Research*, Englewood Cliffs (Nueva Jersey), Prentice Hall, 4ª edición.

Zuckerman, H. (1972). «Interviewing an ultra-elite», *Public Opinion*, 36, págs. 159-175.

28

Recontextualización de la observación¹

Etnografía, pedagogía y las perspectivas de una agenda política progresista

Michael V. Angrosino

La observación ha sido descrita como «la base fundamental de todos los métodos de investigación» de las ciencias sociales y las ciencias del comportamiento (Adler y Adler, 1994, pág. 389) y como «el pilar de la empresa etnográfica» (Werner y Schoepfle, 1987, pág. 257). Incluso aquellos estudios que utilizan la entrevista como la principal técnica para la recolección de datos utilizan métodos observacionales

¹ Nota especial del autor: este capítulo se basa en el ensayo «Rethinking observation: From method to context» (Angrosino y Pérez, 2000), que se publicó en la segunda edición inglesa del presente *Manual*. En ese capítulo sostengo que la investigación etnográfica basada en la observación, no es tanto un método específico de investigación como un contexto en el que están surgiendo nuevas maneras de conducir investigaciones cualitativas. Sugerí que las actividades de los investigadores se estaban desarrollando en respuesta a una mayor conciencia respecto de las identidades situacionales, las exigencias éticas de la investigación moderna y las relaciones de poder relativo en la situación de campo, en particular en referencia a los estudios sobre género, sexualidad y personas en los márgenes socioculturales (por ejemplo, personas con discapacidades). El presente capítulo explora las ramificaciones resultantes de considerar a la investigación observacional como contexto y enfatiza una convergencia entre la pedagogía y la acción política al servicio de una agenda social progresista.

con el fin de registrar el lenguaje corporal y otras señas gestuales que dan significado a las palabras de las personas entrevistadas. Los científicos sociales son observadores tanto de las actividades humanas como de los entornos físicos en las que tienen lugar esas actividades. Es posible que algunas de estas observaciones se realicen en un laboratorio o clínica, en cuyo caso la actividad puede ser el resultado de un experimento controlado. Por otro lado, también es posible realizar observaciones en situaciones que constituyen los lugares «naturales» de esas actividades. Algunos académicos han criticado el concepto mismo de situación «natural», en particular en los casos en que el trabajo de campo se realiza en lugares del Tercer Mundo (o en barrios domésticos de los suburbios) que son el producto inherente de relaciones coloniales «no naturales» (Gupta y Ferguson, 1996, pág. 6); sin embargo, esa designación aún predomina en toda la bibliografía. En ese caso, es más apropiado hablar de «observación naturalista», o trabajo de campo, el cual es el objeto de este capítulo.

Las observaciones hechas en situaciones naturales pueden representarse como descripciones a través de narrativas abiertas o por medio de listas de comprobación o guías de campo publicadas (Rossman y Rallis, 1998, pág. 137; para una perspectiva histórica de esta dicotomía, véase Stocking, 1983a). En cualquier caso, en el pasado por lo general se aceptaba que la observación naturalista no debía interferir con las personas o las actividades bajo observación. Hace tiempo que la mayoría de los científicos sociales han reconocido la posibilidad de que los observadores influyan sobre lo que observan; sin embargo, se suponía que los investigadores cuidadosos debían cumplir con rigurosos estándares en cuanto a la objetividad de sus informes, diseñados para evitar posibles sesgos. Incluso los antropólogos culturales, quienes se han definido a sí mismos como «observadores participantes» y han tratado de forma deliberada lograr un grado de inmersión subjetiva en las culturas que estudian (Cole, 1983, pág. 50; Wolcott, 1995, pág. 66), también sostienen ser capaces de mantener su objetividad científica. En caso contrario, significaría que se han «vuelto nativos», y, por tanto, sus trabajos serían considerados sospechosos en cuanto a los datos científicos (Pelto y Pelto, 1978, pág. 69). A pesar de ya no ser «fetichado» (Gupta y Ferguson, 1996, pág. 37), el logro del delicado equilibrio entre participación y observación sigue siendo el ideal de los antropólogos (Stocking, 1983b, pág. 8). La objetividad continúa siendo primordial para la imagen que tienen de sí la mayoría de los practicantes de las ciencias sociales y del comportamiento. Con mayor frecuencia, el rigor objetivo ha sido asociado con los métodos de investigación cuantitativos, y el equilibrio entre empatía y distancia ha sido tan importante que incluso aquellos que emplean los métodos

cualitativos han dedicado considerables esfuerzos para organizar sus datos observacionales del modo más objetivo posible (es decir, de la forma más cuantitativa posible) para su análisis (véanse, por ejemplo, Altheide y Johnson, 1994; Bernard, 1988; Miles y Huberman, 1994; Silverman, 1993).

Adler y Adler (1994) de hecho sugieren que en el futuro la investigación observacional será «parte de un espectro metodológico», pero que, dentro de ese espectro, será «la fuente de validación más importante» (pág. 389). La observación, sostienen, se basa en «algo que los investigadores puedan considerar como constante», refiriéndose a «su propio conocimiento directo y a su propio juicio» (pág. 389). Al igual que en los casos legales, la investigación en las ciencias sociales ha considerado el testimonio visual proveniente de testigos confiables una forma de verificación especialmente convincente (Pelto y Pelto, 1978, pág. 69). En realidad, la producción de un informe narrativo convincente de la investigación ha servido a menudo como una validación de facto, aun si lo único que valida son las habilidades como escritor del etnógrafo y no, sus capacidades observacionales (Kuklick, 1996, pág. 60).

Si bien es cierto que los analistas posmodernos de la sociedad y la cultura no inventaron las actuales críticas a los presupuestos relacionados con la objetividad de la ciencia y su supuesta voz autorizada, la preponderancia de ese análisis entre los académicos contemporáneos ha planteado cuestiones que demandan la atención de todos los investigadores cualitativos. La crítica posmoderna no necesariamente está dirigida a la conducción de las investigaciones observacionales de campo, pero es imposible considerar el discurso posmoderno sobre la producción y reproducción del conocimiento sin tomar en cuenta el contexto de campo del cual se dice que surgen gran parte de nuestros supuestos «datos». Es posible que las primeras críticas a los trabajadores de campo hayan estado dirigidas hacia algunos investigadores, en particular con la cuestión acerca de si habían cumplido con los estándares de objetividad académica esperados. Por el contrario, en el entorno académico posmoderno la crítica se dirige hacia los propios estándares. En efecto, hoy en día es posible preguntarse si la objetividad observacional es un fin deseable o viable. Clifford (1983a), quien ha escrito larga y críticamente acerca del estudio de la cultura y la sociedad, cuestiona incluso el trabajo del reverenciado Bronislaw Malinowski, el arquetipo del observador participante científico quien, de acuerdo con Stocking (1983a), es el académico con responsabilidad más directa en «el cambio de concepción del rol del etnógrafo, de investigador a de “algún modo” participante en la vida del poblado» (pág. 93). Aún quizás más sorpresivo resulta el cuestionamiento de Clifford

(1983a) al muy influyente interpretativista contemporáneo Clifford Geertz, a quien le recrimina haber sugerido que el etnógrafo, a través de la empatía, es capaz de describir una cultura en términos de los significados específicos que tiene para los miembros de esa cultura. En otras palabras, el etnógrafo, en cuanto persona perceptible, desaparece del mismo modo que se suponía que debía hacerlo en el mundo más abiertamente positivista de Malinowski. Esta afirmación es repetida por Sewell (1997), quien señala que Geertz no esperaba que los trabajadores de campo «logren una empatía milagrosa con personas cuyas vidas sólo comparte de forma breve e incompleta; no adquieren una capacidad sobrenatural para pensar, sentir y percibir como un nativo» (pág. 40). El problema no radica en que Geertz no haya podido lograr alguna especie de estado idealizado de empatía; por el contrario, la pregunta es si ese estado resulta relevante para la investigación etnográfica, y si es conveniente describir o interpretar a las culturas como si esas descripciones pudieran existir sin que el etnógrafo fuera parte de la acción.

La crítica posmoderna, que enfatiza la importancia de comprender la «situación» del etnógrafo (su género, su clase, su etnicidad, etc.) como parte de la interpretación del producto etnográfico, se destaca de modo particular porque las sociedades nativas remotas y tradicionales que constituían los recursos habituales de los antropólogos han desaparecido casi por completo. La mayor parte de la antropología cultural se lleva a cabo en comunidades que, si aún no están alfabetizadas, forman parte de sociedades alfabetizadas más extensas que son en sí mismas parte de redes de transporte y comunicación globales. Al igual que los sociólogos, en la actualidad los antropólogos conducen «estudios por separado» (es decir, realizan investigaciones entre élites), aunque más no sea para tratar de comprender el sufrimiento de los pobres y los marginalizados, quienes continúan siendo su principal interés. De esta manera se superan algunos de los problemas relacionados con los sesgos colonialistas que todavía persisten en la etnografía tradicional (Wolf, 1996, pág. 37), pero se suscitan nuevas cuestiones referidas a la posición y al *status* del investigador observacional. Para empezar, los etnógrafos ya no pueden afirmar ser los únicos árbitros del conocimiento sobre las sociedades y las culturas que estudian, puesto que es posible que aquellos por los que dicen hablar lean y cuestionen sus análisis (Bell y Jankowiak, 1992; Larcom, 1983, pág. 191). En efecto, no es posible establecer una verdad objetiva acerca de una sociedad o una cultura porque inevitablemente habrá versiones conflictivas de lo que haya sucedido. Los sociólogos y otros científicos sociales ya se encontraban trabajando con esas situaciones mucho antes de que los antropólogos entraran en escena, y ya habían

comenzado a ser conscientes de los problemas inherentes a afirmar el privilegio de un conocimiento objetivo y autorizado cuando existen demasiados «nativos» listos para cuestionarlos, y son capaces de hacerlo. Como comenta Wolf (1992) con ironía:

Ya no podemos suponer que un poblado aislado no entrará, en un período de tiempo sorprendentemente breve, en un circuito de rápidos cambios sociales y económicos. El niño descalzo que solía seguirte por el camino *aparecerá* un día en tu puerta con un título de grado de Oxford y tu libro en la mano (pág. 137).

La validez del presupuesto tradicional —que la verdad puede establecerse por medio de una comparación minuciosa entre los informes de los etnógrafos y los informantes— no puede ya aceptarse de forma universal, puesto que los científicos sociales y los científicos del comportamiento se están inclinando cada vez más a esperar diferencias entre los testimonios basadas en género, clase, etnicidad y otros factores difíciles de consensuar. La verdad etnográfica ha llegado a considerarse un elemento compuesto de muchas partes, por lo que ninguna perspectiva puede reclamar un privilegio exclusivo en su representación. En verdad, el resultado de la investigación etnográfica «nunca puede reducirse a una forma de conocimiento capaz de empaquetarse exclusivamente en la voz monologal del etnógrafo» (Marcus, 1997, pág. 92).

Etnógrafos provenientes de diversas disciplinas han respondido ante esta nueva situación revisando los modos en que conducen las investigaciones observacionales y presentando sus análisis de ellas. Ya no es posible dar por sentado que los etnógrafos operan a cierta distancia de sus sujetos humanos. De hecho, el mismo término *sujeto*, con sus connotaciones colonialistas implícitas, ha dejado de ser apropiado. Por el contrario, se dice que existe un *diálogo* entre los investigadores y aquellos cuyas culturas o sociedades han de describirse. En este sentido, «diálogo» no significa literalmente conversación entre dos partes; en la práctica, a menudo este consiste de voces múltiples e, incluso, contradictorias. Por consiguiente, el análisis de las interacciones, las relaciones y los estados emocionales de los propios etnógrafos mientras se encuentran en campo se ha desplazado desde el lugar usualmente discreto que ocupaban en los agradecimientos o los prólogos hacia los centros de las mismas etnografías. La aceptación creciente de la autoetnografía y la etnografía performativa ha resultado también en una mayor personalización de las actividades de los investigadores (véase, por ejemplo, Bochner y Ellis, 2002; véase también Holman Jones, Capítulo 30 de este Volumen IV del *Manual*). Si bien es verdad que estas prácticas han abierto nuevos horizontes

para el reportaje etnográfico, también plantean nuevas preguntas propias. Por ejemplo, dado que es posible que sean los etnógrafos quienes redacten (o al menos, recopilen o editen) los resultados provenientes de sus estudios de campo, ¿deberían continuar reafirmando su *status* implícito como árbitros/mediadores del conocimiento social/cultural (Wolf, 1992, pág. 120)? Puede que los etnógrafos afirmen representar las muchas voces que participan de la investigación, pero sólo ellos garantizan que sea así.

No obstante, hoy en día actuamos en un contexto de investigación «colaborativa». *Colaboración* ya no sólo refiere a la conducción de equipos multidisciplinarios de investigadores profesionales; a menudo, implica la presunta participación de investigadores profesionales y de sus antiguos «sujetos» en un plano de igualdad (Kuhlmann, 1992; Wolf, 1996, pág. 26). Por ejemplo, Matsumoto (1996) envió una lista preparada de preguntas a las personas a quienes estaba interesada en entrevistar para un proyecto de historias orales. Les aseguró que toda pregunta a la que se opusieran sería eliminada. Los potenciales entrevistados tuvieron una reacción favorable a tal invitación a participar de la formulación del diseño de la investigación. A medida que estas situaciones se vuelven más comunes, es importante que reconsideremos nuestras nociones actuales sobre la «observación» —qué es, cómo se realiza, qué papel juega en la generación de conocimiento etnográfico—. Con ese propósito, es posible que resulte útil dejar de centrarse en la observación como un «método» per se para considerar una perspectiva que enfatice a la observación como un contexto de interacción entre aquellos que colaboran con la investigación.

Investigación observacional: presupuestos tradicionales

Tradicionalmente, los investigadores observacionales han intentado ver los sucesos a través de los ojos de las personas que estudian. Han prestado atención a detalles en apariencia mundanos y han tratado de no dar nada por sentado en la situación de campo. Se les ha enseñado a contextualizar los datos derivados de la observación dentro del marco social e histórico más amplio posible, todo ello sin hacer generalizaciones excesivas a partir de una muestra que es, necesariamente, limitada (y probablemente no representativa en términos estadísticos). Su diseño de investigación, por lo general, se ha valido de la mayor cantidad de medios posibles para la recolección de datos para complementar los datos provenientes de la observación pura. Aunque

la investigación observacional ha tenido su lugar en diferentes escuelas de teoría social, ha estado más asociada con aquellas orientaciones que buscan desarrollar marcos de referencia explicativos posteriores al análisis detallado de datos registrados con objetividad.

Hay tres formas principales por medio de las cuales los científicos sociales han conducido la investigación observacional. A pesar de una marcada yuxtaposición, es posible distinguir entre: (a) la observación participante, que se basa en el establecimiento de un entendimiento considerable entre el investigador y la comunidad anfitriona y que requiere de la inmersión prolongada del investigador en la vida cotidiana de esa comunidad; (b) la observación reactiva, vinculada con situaciones controladas y fundada en el supuesto de que las personas estudiadas son conscientes de que están siendo observadas y que aceptan interactuar con el investigador mientras sea como respuesta a elementos del diseño de la investigación, y (c) la observación discreta (no reactiva), que se conduce entre personas que no saben que están siendo estudiadas.

Todas las formas de investigación observacional conllevan tres procedimientos cuyos niveles de especificidad van en aumento: (a) la observación descriptiva (el registro y la descripción de todos los detalles por parte de un observador que asume una posición parecida a la de un niño, elimina todo preconceito y no da nada por sentado), un procedimiento que genera una gran cantidad de datos, algunos de los cuales serán irrelevantes; (b) la observación focalizada (donde el investigador busca sólo aquel material que resulta pertinente para la cuestión a mano y, con frecuencia, se concentra en categorías de actividades grupales bien definidas, como los rituales religiosos y las elecciones políticas), y (c) la observación selectiva (enfocada en una forma particular de una categoría más general, como los rituales de iniciación y las elecciones municipales). (Para obtener una explicación más detallada sobre estos puntos, véase Werner y Schoepfle, 1987, págs. 262-264.)

Un supuesto implícito en esos distintos puntos metodológicos era que es posible y deseable desarrollar procedimientos estandarizados capaces de «incrementar al máximo la eficacia observacional, reducir al mínimo los sesgos del investigador y permitir la replicación y verificación con el fin de comprobar hasta qué punto estos procedimientos le han permitido al investigador producir datos confiables y válidos que, al incorporarse a su informe publicado, sean considerados por sus pares como hallazgos objetivos» (Gold, 1997, pág. 397). Se sostenía que la objetividad verdadera era el resultado de un consenso entre participantes y observadores respecto de qué era lo que estaba sucediendo realmente en una determinada situación. Tal consenso se

lograba elicitando una opinión por parte de aquellos cuyas conductas se estaban estudiando. «El proceso de investigación autocorrectivo» de la etnografía incluía por lo general procedimientos de muestreo apropiados y adecuados, técnicas sistemáticas para la recolección y análisis de datos, validación de datos, prevención contra posibles sesgos del investigador y la documentación de hallazgos (Clifford, 1983b, pág. 129; Gold, 1997, pág. 399). La principal diferencia entre los practicantes de la etnografía sociológica y la antropológica parecía ser que los primeros, por lo general, han sentido la necesidad de validar sus relatos testimoniales por medio de otras formas de documentación mientras que los segundos han tendido a utilizar la observación participante —puede que de un modo «relativamente no sistemático»— como el método de comprobación de realidad definitivo respecto de «todas las otras técnicas de mayor refinamiento» (Pelto y Pelto, 1978, pág. 69).

Una tipología clásica (Gold, 1958) dividía a los investigadores naturalistas en «participantes completos» (muy subjetivos y, por tanto, cuestionables desde el punto de vista científico), «participantes como observadores» (informantes con algún grado de capacitación científica, pero que aún no resultan aceptables como verdaderos científicos), «observadores como participantes» y «observadores completos». A continuación, Gold (1997) abogó por una forma de investigación etnográfica que buscara recolectar datos «basados en la experiencia real de los informantes» (págs. 399). Gold insistió en la continua importancia de mantener estándares de confiabilidad y validez mediante «procedimientos de muestreo adecuados y apropiados, técnicas sistemáticas para la recolección y análisis de datos, validación de datos, prevención contra posibles sesgos del investigador y la documentación de hallazgos», aunque admite que en la investigación etnográfica esos objetivos se cumplen «de modos que difieren de los procedimientos (estadísticos) convencionales» (pág. 399).

Adler y Adler (1987) presentaron una perspectiva un tanto diferente que enfatizaba una serie de «roles de membresía» contrapuestos a los roles a partir de un ideal presupuesto de observación pura. Este cambio se produjo al tomar consciencia de que la observación pura es, primero, imposible de lograr en la práctica y, segundo, cuestionable desde el punto de vista ético, en particular a la vista de un mayor interés profesional respecto del consentimiento informado. Por consiguiente, Adler y Adler escribieron sobre: (a) investigadores que son miembros periféricos (aquellos que se creen capaces de desarrollar una perspectiva conveniente parecida a la de un informante sin participar de aquellas actividades que constituyen el núcleo de la membresía del grupo); (b) investigadores que son miembros activos (aquellos

que se involucran en las principales actividades del grupo e incluso a veces asumen responsabilidades para colaborar con el grupo pero sin comprometerse necesariamente por completo con los valores y objetivos de los miembros), y (c) investigadores que son miembros completos (aquellos que estudian situaciones de las que ya son miembros o con las cuales llegan a afiliarse por completo durante el curso de la investigación). El mundo académico anterior al ascenso de la crítica posmoderna instruía incluso a los investigadores que eran miembros completos, de quienes se esperaba que celebraran «la experiencia vivida de forma subjetiva», para que evitaran utilizar sus *status* como informantes para «alterar el flujo de la interacción de modo artificial» (Adler y Adler, 1994, pág. 380).

Investigación observacional: presupuestos actuales

En la actualidad la investigación social observacional puede caracterizarse de acuerdo con los siguientes rasgos. Primero, hay un deseo creciente por parte de los etnógrafos de afirmar o desarrollar una identidad como «miembros» de las comunidades que estudian. Segundo, los investigadores reconocen la probabilidad de que no sea posible ni viable armonizarlas perspectivas del informante y el observador con el fin de lograr un consenso sobre la «verdad etnográfica». Por tanto, hay un reconocimiento de que nuestros antiguos «sujetos» se han transformado en colaboradores, aunque con frecuencia hablen con una voz diferente a la voz hegemónica y autorizada de la ciencia.

Como resultado, el interés tradicional de los investigadores por los procesos y los métodos se ha complementado (de ninguna manera, reemplazado) con la consideración de los modos en que los observadores etnográficos interactúan con los miembros del grupo en estudio o entran en una relación dialógica con ellos. A la luz de estas tendencias, una versión temprana de este capítulo proponía que la investigación etnográfica basada en la observación no era tanto un método específico de investigación como un contexto en el que estaban surgiendo nuevos roles para el investigador cualitativo. En él, se sostenía que los roles de la investigación se estaban desarrollando como respuesta a una mayor consciencia acerca de las identidades situacionales y a la percepción de un poder relativo, refiriéndose en particular a estudios vinculados con género, sexualidad e individuos en los márgenes socioculturales (por ejemplo, personas con discapacidades). (Para una perspectiva detallada acerca de las investigaciones que ilustran estas tendencias, véase Angrosino y Pérez, 2000, pág. 678-690.)

Sin embargo, no parece ser útil en este punto continuar abogando a favor de una reconsideración de la observación. Los numerosos estudios citados por Angrosino y Pérez (2000) demuestran de un modo bastante claro que la nueva perspectiva ya forma parte del marco de referencia conceptual y del conjunto de herramientas metodológicas de un amplio número de investigadores cualitativos contemporáneos.²

Si bien no es posible decir que se ha ganado la batalla de modo definitivo, ya no quedan dudas de que la visión tradicional —con su obsesión por la objetividad, la validación y la capacidad de replicación— es ahora sólo un punto más de un continuo y no, la única voz legitimada de la investigación social. El interrogante urgente que enfrentamos en la actualidad es el siguiente: ¿cómo llevamos esta nueva perspectiva más allá de los confines del discurso académico y garantizamos su relevancia de maneras que nos permitan impulsar una agenda social progresista?

La dimensión ética de la investigación observacional

Antes de responder directamente a las preguntas del final de la sección anterior, debemos considerar la cuestión ética y su influencia en la conducción de la investigación observacional. La ética resulta de interés en dos niveles. Primero, debemos tener en cuenta los estándares operativos actuales en la mayoría de las universidades y en otras instituciones de estudio que rigen los modos en que trabajamos. Segundo, y quizás más importante a largo plazo, resulta la cuestión

² En el capítulo publicado en la segunda edición en inglés de este *Manual*, analicé junto con Pérez varios estudios de esa clase. Uno de los autores que citamos, James Mienczakowski, nos ha pedido que hagamos algunas aclaraciones respecto de comentarios que realizamos sobre su trabajo. Tomando en cuenta su uso de medios «alternativos» para informar sobre los datos etnográficos, lo vinculamos con otros autores que experimentan con la escritura etnográfica, incluidos los *ato etnógrafos*. Al hacerlo, es probable que sin proponérselo hayamos dado la impresión de que el trabajo de Mienczakowski pertenecía a la categoría *auto-etnografía*. Si bien este capítulo no se ocupa de su trabajo, tengo una deuda de honor con Mienczakowski y debo presentar lo que él cree es una representación más precisa de su trabajo. Durante una comunicación personal (17 de mayo de 2004), Mienczakowski señaló que: «Mi trabajo no describe una *autoubicación* ni una *autoetnografía*, sino una forma muy diferente de desarrollo de la investigación etnográfica. De hecho... mi experiencia personal o mi ubicación... no resultan relevantes ni constituyen el centro de las investigaciones que he publicado sobre la terapia de desintoxicación».

de qué queremos decir por una «agenda social progresista». En otras palabras, ¿qué valores podemos invocar para explicar y justificar las maneras en que buscamos utilizar nuestro conocimiento etnográfico?

Estructuras institucionales

Hubo un tiempo en que la observación se consideró una técnica de recolección de datos utilizada fundamentalmente por etnógrafos que se veían a sí mismos como investigadores objetivos por fuera de las situaciones sociales que estudiaban. Esa situación se ha convertido en un contexto en el que los investigadores, que se definen como miembros de esas situaciones sociales, interactúan con otros miembros allí presentes. Esta transición ha efectuado también un cambio en los parámetros de la ética investigativa.

Para bien o mal, casi toda la investigación social de nuestro tiempo se encuentra regulada por la estructura de los Comités Institucionales de Conducta Ética (IRB por sus siglas en inglés), los cuales nacieron a partir de leyes federales en los comienzos de la década de 1960 y que estipulan que todos aquellos que participen en estudios financiados por fondos federales deben hacerlo previo consentimiento informado. Las reglas que gobiernan el uso de sujetos humanos «son fuente de escándalo» (Gunsalus, 2002, pág. B24), en particular de escándalos vinculados con experimentos que conducen al perjuicio o incluso a la muerte de los participantes. La amenaza percibida provenía de la investigación «invasiva» (usualmente, biomédica). El diseño de las nuevas reglas estaba pensado para que la participación en tales investigaciones se encontrara bajo el control de los «sujetos», quienes tenían derecho a saber qué iba a sucederles y de quienes se esperaba que prestaran su consentimiento formal con respecto a todas las disposiciones de la investigación. El derecho al consentimiento informado y los IRB, que eventualmente se crearon para aplicarlo en todas las instituciones que recibieran subsidios del gobierno (suponiendo que, en el comienzo, esa función era llevada a cabo de forma centralizada por el Departamento de Administración y Presupuesto de los EE.UU.), cambió por completo la relación de poder entre el investigador y el sujeto humano, y permitió que ambas partes puedan opinar acerca de la conducción y el carácter de la investigación. (Para una revisión más detallada de esta historia, véanse Fluehr-Lobban, 2003; Wax y Cassell, 1979.) Si bien pocos criticarían una iniciativa cuyo fin sea proteger a los sujetos humanos y abordar la preocupación por su privacidad, el enfoque cada vez más precavido de los IRB y la tendencia a expandir su jurisdicción sobre todos los demás aspectos del proceso

de investigación los han convertido en «guardianes de facto de una enorme cantidad de investigaciones académicas» (Gunsalus, 2002, pág. B24).

No obstante, los investigadores etnográficos siempre se han sentido incómodos con esta situación —no porque quisieran conducir investigaciones encubiertas y perjudiciales— sino porque, en cambio, no creían que sus estudios fueran invasivos. Tal afirmación proviene de presupuestos típicos del rol de los observadores como participantes, aunque también es posible interpretarla como una rémora del «paternalismo» con que los investigadores tradicionales a menudo trataban a sus sujetos humanos (Fluehr-Lobban, 2003, pág. 172). Además, a los etnógrafos les inquietaba que las propuestas enviadas a los IRB debieran brindar una explicación bastante completa de la metodología adoptada, de modo que toda posibilidad de daño pudiera ser evaluada adecuadamente. Su investigación, sostenían, a menudo se desarrollaba y cambiaba a medida que avanzaba, y no siempre era posible proporcionar la clase de especificidad predeterminada que parecían esperar los expertos en leyes. También señalaban que las declaraciones relacionadas con la ética profesional promulgadas por las correspondientes asociaciones disciplinarias ya estipulaba el consentimiento informado; por lo que la supervisión por parte de los IRB era redundante.

Durante la década de 1980, los científicos sociales consiguieron que el Departamento de Salud y Servicios Humanos de los EE.UU. eximiera de revisión todas las investigaciones sociales, con excepción de aquellas vinculadas con niños, personas con discapacidades y otras personas incluidas como miembros de sectores «vulnerables» (Fluehr-Lobban, 2003, pág. 167). Sin embargo, consejeros legales de varias universidades (incluida la University of South Florida, USF, mi universidad) han elegido ser cautelosos y se han mostrado reacios a permitir esa excepción casi generalizada. De hecho, en la USF incluso aquellas propuestas que posiblemente cumplan con los criterios federales generales para su eximición deben someterse a una revisión, si bien puede que se las considere aptas para una revisión «expeditiva». Aun las propuestas que se encuentran eximidas por completo (por ejemplo, estudios basados en entrevistas oficiales sobre cuestiones de políticas públicas con funcionarios elegidos) deben presentarse ante los IRB. Resulta irónico que se mencione de modo explícito dentro de la categoría «exento» a un tipo de investigación observacional: la investigación que es «pública» (por ejemplo, el estudio de los patrones vinculados con el lugar donde se sientan las personas en las salas de espera de los aeropuertos). Se trata de uno de los tipos cada vez más raros de etnografía clásica que aún existe a partir de un «observador puro». No obstante, esa exención pierde validez si el investigador se

propone publicar fotos o identificar de algún otro modo a las personas que conforman el «público» estudiado.

En la actualidad, la USF tiene dos IRB: uno para la investigación biomédica y otro para la «investigación del comportamiento». Dado que el último se encuentra dominado por los psicólogos (por lejos, el departamento más grande de la división de Ciencias Sociales de la Facultad de Artes y Ciencias), es poco frecuente que ese *status* separado satisfaga los requisitos de los investigadores etnográficos. Los psicólogos, quienes están acostumbrados a tratar con investigaciones clínicas experimentales o investigaciones de laboratorio basadas en la comprobación de hipótesis, se han resistido a reconocer una subcategoría para el diseño de la investigación «observacional». Como resultado, el formulario exigido en la actualidad por el IRB responsable de la investigación del comportamiento está redactado en términos del sujeto humano individual en lugar de en términos de poblaciones o comunidades, y requiere el enunciado de una hipótesis a probar de acuerdo con un «protocolo para el experimento». Los etnógrafos involucrados en la USF han hallado que algunas otras instituciones han desarrollado formularios más adecuados a sus necesidades particulares, pero hasta el momento de escribir este artículo, no habían sido capaces de convencer a las autoridades de la USF de que adoptaran para revisión algunos de ellos como una alternativa del formulario actual de «investigación del comportamiento». De hecho, la preferencia por la investigación clínica parece haberse fortalecido. Por ejemplo, de los muchos cientos de páginas del manual federal referidas a los IRB, tan sólo once párrafos están dedicados a la investigación del comportamiento (Gunsalus, 2002, pág. B24). Además, en la actualidad es obligación que todos los investigadores que lideren proyectos de investigación evaluados por los IRB se capaciten de forma continua respecto de los estándares éticos federales en desarrollo. Pueden hacerlo a través de Internet, pero durante el año académico 2001-2002, todos los módulos de capacitación en oferta se tomaron del ámbito de la investigación de los servicios sanitarios.

Cuestiones que atañen a los investigadores observacionales contemporáneos

Los etnógrafos éticos que adopten identidades orientadas con más claridad hacia una «membresía» se encontrarán, en consecuencia, atrapados entre dos modelos de investigación igualmente insostenibles. De un lado se encuentra el IRB oficial, que está ligado al modelo clínico experimental de comprobación de hipótesis. Del otro lado se en-

cuentran aquellos etnógrafos quienes, en su fervor por lograr quedar exceptuados de condicionamientos irrelevantes y engorrosos, parecen aducir que su investigación no es —o no debería considerarse— invasiva en ningún sentido. Sin embargo, los investigadores orientados hacia una membresía *son por definición* invasivos: ciertamente, no en el sentido negativo de la palabra, pero, no obstante, exhiben un alto nivel de participación en las vidas y en las actividades de los miembros de la comunidad que estudian; una posición repleta de todo tipo de posibles «perjuicios». Este dilema se vuelve especialmente complejo al alejarse de la investigación académica y aplicar ese estudio al servicio de una agenda social. Para que tal acción resulte fructífera parece que es necesaria la intervención y el respaldo —o incluso en algunos casos el conflicto—. Así, la posibilidad de ocasionar perjuicios es, ciertamente, real, pero resulta difícil anticipar de qué tipo de perjuicios se trate. Al menos en principio, es posible decir que dado que los colaboradores de una investigación ya no son «sujetos», por definición tienen tanto poder como los investigadores para decidir sobre la agenda de investigación; no es necesario advertirlos o protegerlos. Pero en realidad, el investigador está aún en una posición de privilegio, al menos en lo que respecta a la conducción de la investigación y a la diseminación de los resultados. Es probable que el investigador contemporáneo no desee ampararse en la objetividad fría del observador clásico, pero que tampoco quiera evadir la responsabilidad de hacer todo lo posible por evitar perjudicar o avergonzar a personas que han sido socios leales de la empresa investigativa. (Para obtener otra perspectiva sobre estas cuestiones, véase Kemmis y McTaggart, Capítulo 23 de este *Manual*.)

Los valores y la agenda social

De acuerdo con su evolución en tiempos recientes, la investigación observacional es, en esencia, una cuestión de interacciones interpersonales y sólo en raras ocasiones, un asunto de comprobación objetiva de hipótesis. Tal como sugieren Fluehr-Lobban (2003), este giro de los acontecimientos torna imperativo que prestemos atención a las relaciones éticas inherentes al proceso de consentimiento informado (págs. 169-172). Los etnógrafos no deben tratar de librarse de las tareas de control; por el contrario, deben avanzar hacia una serie de estándares éticos menos engorrosos y más apropiados. Sin embargo, es importante recordar que las acciones humanas siempre deben interpretarse de acuerdo con un contexto situacional y no, en términos de «códigos» objetivos de aplicación universal. Angrosino y Pérez (2000)

proponen un método de «razón proporcional», como una manera de vincular a la investigación social con un marco de referencia ético (págs. 692-695). Esta posición, asociada con los escritos filosóficos de Cahill (1981), Curran (1979), Hoose (1987) y Walter (1984), evalúa «la relación entre el valor específico en juego y las... limitaciones, el perjuicio o los inconvenientes que inevitablemente tendrán lugar al tratar de lograr ese valor» (Gula, 1989, pág. 273). En otras palabras, aunque en verdad sea importante considerar las consecuencias de una acción, debemos recordar que las consecuencias son sólo una parte del significado total de una acción. La razón proporcional define lo que una persona está haciendo en una acción (por ejemplo, un etnógrafo participante de un contexto observacional); la persona y la acción son inseparables. (Naturalmente, el caso contrario sería la antigua noción del observador etnográfico por fuera de la acción que está registrando.)

Hay tres criterios que nos ayudan a decidir si existe una relación apropiada entre el valor específico y los otros elementos del acto (McCormick, 1973; McCormick y Ramsey, 1978). Primero, *los medios utilizados no ocasionarán perjuicios mayores que los necesarios para lograr ese valor*. En términos morales tradicionales, no es posible decir que el fin justifica los medios. Si consideramos que «el valor» refiere a la producción de alguna forma de etnografía, debemos ser cuidadosos para garantizar que los medios usados (por ejemplo, adentrarnos en una red social, utilizar fotografías u otros registros personales) no ocasionen un perjuicio desproporcionado. Probablemente todos coincidamos con que hacer de *comadreo compadre** de un niño de la comunidad que estamos estudiando resulta lo suficientemente proporcional; en cambio, es probable que difiramos en si convertirse en el amante de alguien de esa comunidad (en especial, si no hay intenciones de continuar con ese vínculo sexual luego de concluida la investigación) ocasiona más perjuicios que el valor que pueda tener un libro, un artículo o una presentación etnográfica. Es probable que ofrecerse como tutor de aula en un programa que presta ayuda a adultos con retraso mental, y a quienes uno está interesado en observar y entrevistar, sea lo suficientemente proporcional; por el contrario, convertirse en el benefactor de un grupo de tales adultos en un hogar de día en virtud de pagar sus cuentas para inducirlos a cooperar, sería cuestionable desde el punto de vista moral.

El segundo criterio es que *no existe en la actualidad una manera menos perjudicial de proteger el valor*. Algunos pueden decir que la investigación observacional siempre, e inevitablemente, compromete

* En español en el texto original. [N. del T.]

la privacidad personal de modo que no existe una forma de investigación capaz de proteger en términos éticos ese preciado valor. Pero es probable que la mayor parte de los investigadores rechace una visión tan extrema y, en su lugar, adopte la posición de que en el hecho de difundir los frutos de la investigación etnográfica con el fin de incrementar nuestro conocimiento y comprensión de la diversidad cultural, la naturaleza de las estrategias utilizadas o de cualquier tipo de cuestiones prominentes relacionadas con la justicia social en la actualidad es algo realmente valioso. Es verdad que *todos* los métodos son potencialmente perjudiciales, pero debemos asegurarnos de elegir aquellos que ocasionen el *menor* perjuicio posible sin dejar de posibilitarnos obtener el tipo de producto que resulte eficaz para la comunicación del mensaje valioso. Por ejemplo, la escritura de ficción etnográfica podría ser una manera de evitar que los lectores sepan con exactitud quien está siendo descrito.

El tercer criterio es que *los medios utilizados para conseguir el valor no irán en su detrimento*. Por ejemplo, si uno se propone utilizar la investigación para promover la dignidad de las personas definidas como discapacitados mentales, debe asegurarse que las técnicas de investigación no expongan a esas personas al ridículo. Es probable que videografiar a un grupo de personas con retardo mental mientras disputan un partido de *softball* ayude a confirmar los estereotipos populares que consideran a esas personas como torpes o ineptos —objetos de lástima (en el mejor de los casos) o de burla (en el peor)— en lugar de como individuos dignos. La videografía como elemento adjunto de la investigación observacional es en sí misma neutral desde un punto de vista ético; su grado de adecuación debe evaluarse en relación con este contexto proporcional.

McCormick (1973) propone tres modos de saber si hay una razón proporcional para llevar a cabo una acción sugerida. Primero, sabemos que existe una relación apropiada entre un valor específico y todos los otros elementos de un acto por medio de la *experiencia*, que en ocasiones refiere al simple sentido común. Por ejemplo, aunque creamos que es importante fomentar la expresión individual, sabemos por experiencia que hacerlo dentro del contexto de una comunidad tradicional, donde el individuo, por lo general, está subordinado al grupo, violentaría de un modo concreto los preceptos en los cuales se han basado históricamente las personas que deseamos estudiar para conformar una sociedad cohesiva. Es probable que la experiencia nos sugiera reconsiderar la decisión de recolectar historias de vida personales de individuos pertenecientes a esas comunidades para, en su lugar, concentrarnos en la reconstrucción colectiva de recuerdos vinculados con actividades o sucesos comunes.

Segundo, es probable que sepamos que existe una relación apropiada a través de nuestra propia *intuición* de que algunas acciones son inherentemente desproporcionadas, incluso si no contamos con nuestra experiencia personal al respecto. Por ejemplo, deberíamos saber por intuición que publicar información de naturaleza personal recolectada de trabajadores inmigrantes indocumentados posiblemente signifique que tal información termine siendo utilizada en su contra. Puede que nuestro propósito honesto de mejorar la suerte de los trabajadores inmigrantes se vea socavado al facilitarles a las autoridades la munición con la que continuar acosándolos. Una percepción de lo que *podría* suceder (el resultado de la intuición) es, por supuesto, diferente de una percepción de lo que *realmente* sucederá (el resultado de la experiencia), y es claro que no resulta beneficioso imaginar cada desastre posible. Es inútil permitirnos estar paralizados de antemano por conciencias llenas de remordimientos. Sin embargo, en estos casos aparece ciertamente una jerarquía de las posibilidades ligada al sentido común; algunas cosas que *podrían* suceder tienen más posibilidades de acontecer que otras.

Tercero, conocemos a través del *ensayo y error*. Se trata de una forma de conocimiento que resultaría por completo imposible bajo los lineamientos institucionales éticos actuales. Pero el hecho es que no conocemos, y no podemos conocer, todos los posibles elementos de toda interacción humana, y la idea de que podemos predecir —y, por ende, prevenir— todo perjuicio resulta en extremo inocente. Un diseño de investigación ético omitiría (o buscaría modificar) aquello que la experiencia y la intuición nos dicen que muy probablemente resulte perjudicial. Entonces podemos proceder, pero sólo si comprendemos que el plan se modificará durante el curso de la acción una vez que esté claro aquello que es viable y conveniente en la situación de la vida real. Para quienes no se sientan cómodos con la indeterminación del término «ensayo y error», Walter (1984) propone «análisis y argumentación racional» (pág. 38). Mediante la recolección de evidencias y la formulación de argumentos lógicos, tratamos de proporcionar razones con las que justificar la elección de ciertas acciones por sobre otras. No obstante, esta forma de acceso al conocimiento conlleva en verdad la posibilidad de cometer errores, algunos de los cuales quizás puedan tener consecuencias inesperadas y perjudiciales. Sin embargo, es falso afirmar que sea posible anticipar todas las posibilidades de perjuicio y que puede suprimirse todo riesgo ante cualquier acción humana, incluido un proyecto de investigación basado en la interacción interpersonal. La ventaja moral de la estrategia del razonamiento proporcional es que anima a los investigadores a admitir los errores cuando ocurren, a corregirlos en la medida de lo posible y a continuar

avanzando. Por el contrario, el modo «objetivo» de ética de la investigación, anima a los investigadores a creer que han eliminado todos esos problemas, con lo que son renuentes a reconocer las dificultades que surjan y, por tanto, son menos capaces de enmendar los perjuicios. Aquellos que trabajan con personas con discapacidades de desarrollo están familiarizados con la expresión «la dignidad del riesgo», que se utiliza para describir la habilitación otorgada a los integrantes de una comunidad para participar de lleno en la comunidad. Negarles a los integrantes de una comunidad la posibilidad de cometer errores (asumiendo que es posible eliminar todo riesgo de antemano y no brindando una capacitación sobre técnicas razonables para la resolución de problemas) equivale a negarles uno de los rasgos fundamentales de la vida adulta responsable. O bien uno vive refugiado, protegido del riesgo por códigos objetivados, o bien vive la vida real. El paradigma ético aquí propuesto no hace nada más que permitirle al investigador observacional la dignidad del riesgo.

Es posible que a primera vista la lógica vinculada con una razón proporcional, como base para una práctica ética de la investigación social, parezca deslizarse hacia el relativismo subjetivo. De hecho, la conciencia del investigador individual ocupa un lugar muy importante en la determinación de la moralidad de una determinada interacción. Sin embargo, el proporcionalismo adecuado no puede reducirse a la idea de que una acción puede tener cualquier significado que el individuo desee darle, o que la ética es simplemente una cuestión relacionada con una búsqueda espiritual personal. Por el contrario, la estrategia se basa en un sentido de comunidad; el individuo que toma la decisión ética debe, en última instancia, guiarse por una especie de «discernimiento comunitario» (Gula, 1989, pág. 278). Cuando, por ejemplo, hablamos de «experiencia» nos referimos no sólo a la experiencia personal, sino también a la «sabiduría del pasado» encarnada en las tradiciones de una comunidad. Como tal ella:

demanda consultas amplias con el fin de buscar la experiencia y la reflexión de los otros y evitar que la influencia del propio interés genere percepciones y juicios sesgados. La utilización del proporcionalismo demanda más consultas morales con la comunidad de las que se requerirían jamás si la moralidad de las acciones estuviera basada en sólo un aspecto... exceptuando su vínculo con cada... característica de la acción (Gula, 1989, pág. 278).

Siendo ese el caso, el IRB ideal no se contentaría con una lista de comprobación utilitaria de consecuencias previsibles. En lugar de ello, constituiría una mesa de pares «sabios», con quienes el investigador podría discutir y resolver las exigencias (en ocasiones contradic-

torias) de la experiencia, la intuición y la potencialidad de análisis y argumentaciones racionales. Desde el punto de vista del investigador observacional cualitativo, el problema esencial respecto de los códigos de ética actuales es que plantean una relación de rivalidad arbitraria —y completamente innecesaria— entre el investigador y el resto de la comunidad académica. El marco de referencia de la razón proporcional implica que la investigación ética es el resultado de un discurso compartido y no de una especie de inquisición persecutoria.

Elementos de una posible agenda social progresista

Las abstracciones del marco de referencia de la razón proporcional pueden traducirse en una agenda social progresista que sirva como guía para el investigador. La política progresista busca una sociedad justa, aunque la filosofía moral tradicional habla de cuatro tipos diferentes de justicia: (a) la justicia conmutativa, que está relacionada con las obligaciones contractuales entre los individuos y comprende un derecho estricto y la obligación de restitución (por ejemplo, cuando una persona le presta a otra una suma de dinero, quien toma el préstamo está obligado a retornar ese dinero de acuerdo con los términos del contrato); (b) la justicia distributiva, que está vinculada con la obligación de un gobierno hacia sus ciudadanos respecto de la regulación de las cargas y los beneficios de la vida en sociedad (por ejemplo, un gobierno está facultado para cobrar impuestos a sus ciudadanos, pero debe hacerlo con equidad y de acuerdo con la capacidad contributiva que éstos tengan, y debe distribuir la recaudación en función de las necesidades); (c) la justicia legal, que está relacionada con la obligación que tienen los ciudadanos con el gobierno o la sociedad en general (por ejemplo, los ciudadanos están obligados a pagar impuestos, presentarse ante juzgados y, posiblemente, prestar servicio en el ejército, aunque se reservan el derecho de negarse alegando objeción de conciencia —o incluso incurrir en la desobediencia civil— si consideran que las demandas del gobierno son injustas), y (d) la justicia social, que está vinculada con la obligación que tienen todas las personas de aplicar los principios morales a los sistemas e instituciones de la sociedad (por ejemplo, se urge a los individuos y a los grupos a adoptar un interés activo por las reformas sociales y económicas necesarias). Mi visión personal tiende a enfatizar el elemento vinculado con la justicia social, y propongo tres maneras en que los investigadores pueden acercarse a los principios encarnados por el concepto de justicia social.

Primero, el investigador debe establecer una conexión directa con los pobres y los marginalizados. Es probable que colaborar con estos últimos requiera un estudio intensivo de las elites de poder, pero si el investigador se identifica con esas elites y considera a los pobres sólo como a una «población de estudio» tira por la borda toda agenda progresista. Establecer una conexión directa implica necesariamente volverse una parte de la vida cotidiana de una comunidad. Naturalmente, el investigador de clase media que *elige* vivir junto a los pobres y otro tipo de marginalizados de nuestra sociedad (o junto a sociedades enteras que son pobres y marginalizadas respecto de poderes globales más extensos) se encuentra en una posición muy diferente en comparación con los residentes de esas comunidades, quienes no tienen ningún tipo de elección. Sin embargo, la investigación al servicio de una agenda progresista fluye a partir de un nivel de empatía (no sólo de «entendimiento», según el modo en que los observadores participantes tradicionales utilizaron el término) que no está disponible para aquellos que ni siquiera intentan mantener tal contacto continuo.³ Segundo, el investigador debe hacer preguntas y buscar respuestas. Puede que resulte algo obvio para un investigador, pero tenemos la costumbre de hacer preguntas basados fundamentalmente en nuestro conocimiento académico de la bibliografía. Tomaremos un camino más productivo si comenzamos a hacer preguntas basados en nuestra experiencia de vida entre los pobres y los marginalizados en lugar de en nuestra experiencia sobre lo que otros han escrito o dicho acerca de ellos. De la misma manera, al igual que rehuimos al presupuesto de que «los expertos» saben lo que es mejor para las personas, debemos evitar la conclusión sentimental de que «la gente» posee todas las respuestas. Realizar las preguntas relevantes puede conducirnos a buscar respuestas dentro de la comunidad, partiendo de sus propios recursos aún no explotados o puede que nos lleve a explorar opciones que trasciendan a la comunidad.

Tercero, el investigador debe convertirse en defensor. Puede que esa defensa signifique convertirse en el portavoz de causas o cuestiones ya definidas por la comunidad. Además, es posible que signifique ayudar a las personas a discernir y articular cuestiones incipientes que se han desarrollado hasta determinado punto. Con frecuencia,

³ En este contexto, la noción de «empatía» no debe interpretarse en términos políticos; es decir, el investigador adopta un compromiso con la agenda de la comunidad. No debe asumirse que el uso del término en este sentido implica algo acerca de la totalidad de la cultura de la comunidad o sobre la capacidad del investigador para lograr entrar por completo en el etos de la comunidad —si es que existe en realidad algo así como un etos comunitario en desarrollo—.

defender una causa significa participar en algún tipo de conflicto (bien entre facciones de la comunidad o entre la comunidad y los poderes implicados), pero también es probable que equivalga a hallar formas de llegar a un consenso en respaldo de una cuestión con potencial unificador. En cualquier caso, uno termina trabajando *con* la comunidad en lugar de *para* la comunidad (donde el segundo caso implica un posicionamiento más distante).

El objetivo general de este proceso es empoderar a la comunidad para que se haga cargo de su propio destino cualquiera que sean las posibilidades en la práctica. Si bien puede que el investigador conserve una agenda personal (por ejemplo, recolectando datos para completar una disertación), su principal objetivo consiste en trabajar junto a la comunidad para lograr objetivos comunes. Tal filosofía puede resultar difícil de comunicar a estudiantes u otros investigadores en formación (por ejemplo ¿cómo funciona todo esto «en el campo»?). Para ello, es probable que resulte útil considerar una forma de pedagogía que, aunque no esté diseñada en particular para esta tarea, ciertamente resulta apropiada para tales propósitos.

Pedagogía para la justicia social: aprendizaje-servicio

El concepto de «aprendizaje-servicio» cobró impulso gracias al informe de la Johnson Foundation/Wingspread titulado *Principles of Good Practice for Combining Service and Learning*. El aprendizaje-servicio es más que una simple manera de incorporar alguna investigación local de campo en los cursos de ciencias sociales. Como parte de una estrategia adoptada por la USF y otras instituciones en respuesta al informe *Principles*, el aprendizaje-servicio es el proceso de integración en los programas de estudio del servicio de voluntariado comunitario junto con una reflexión activa guiada, con el fin de que el aprendizaje del material del curso por parte de los estudiantes resulte más enriquecedor. Está pensado para revigorizar el espíritu activista y voluntarista que animaba los campus universitarios durante los años de 1960 pero que se debilitó en las décadas siguientes. Las facultades y universidades que aceptaron ese desafío formaron una red de apoyo (Campus Compact) con el objeto de desarrollar y promover el aprendizaje-servicio como una estrategia pedagógica. Hoy en día, el aprendizaje-servicio es un movimiento a nivel nacional en los Estados Unidos.

El antecedente filosófico y el padre académico del aprendizaje-servicio es el aprendizaje experiencial (por ejemplo, la educación cooperativa, las residencias, las ubicaciones en campo), que estaba

basado en la participación directa del estudiante en el fenómeno estudiado. La diferencia crítica y la característica diferencial del aprendizaje-servicio es su énfasis en el enriquecimiento del aprendizaje del estudiante al tiempo que revitaliza la comunidad. Para tal fin, el aprendizaje-servicio implica la participación de los estudiantes en actividades relacionadas con su curso que abordan necesidades reales de la comunidad. Los materiales del curso (por ejemplo, libros de texto, seminarios, debates, reflexiones) dan forma al tipo de servicio prestado por los estudiantes, y luego esa experiencia de servicio se lleva al aula para, así mismo, dar forma al diálogo académico y a la búsqueda de conocimiento. Este proceso recíproco está basado en una continuidad lógica entre experiencia y conocimiento.

Investigaciones sobre la pedagogía de aprendizaje-servicio reflejan que retenemos un 60% de lo que hacemos, un 80% de lo que hacemos por medio de una reflexión activa guiada y un 90% de lo que enseñamos o damos a los otros. La pedagogía está basada en la enseñanza de habilidades para el procesamiento de la información en lugar de en su mera acumulación. En una sociedad compleja, es casi imposible determinar qué información será necesaria para resolver problemas específicos. Con mucha frecuencia, los contenidos que los estudiantes aprenden en clase ya son obsoletos para cuando se gradúan. Los defensores del aprendizaje-servicio promueven la importancia de «encender la llama» (es decir, enseñar a los estudiantes cómo pensar por sí mismos) en lugar de «llenar el recipiente» (darle a los estudiantes datos y números ya digeridos). El aprendizaje no es un proceso lineal predecible. Puede comenzar en cualquier punto de un ciclo, y es posible que los estudiantes deban aplicar su limitado conocimiento a una situación de servicio antes de abocarse de forma consciente a adquirir o comprender un conjunto de hechos relacionados con esa situación. Se supone que la disconformidad resultante de la falta de conocimiento impulsará una acumulación mayor de datos o al desarrollo y evolución de una teoría personal para su aplicación en el futuro. Sin embargo, para garantizar que esta clase de aprendizaje tenga lugar, es necesario que ocurra un proceso de reflexión guiado con habilidad. Al proporcionar a los estudiantes la oportunidad de vivir una experiencia concreta y luego asistirlos en su procesamiento intelectual, el aprendizaje-servicio no sólo toma ventaja de un ciclo natural de aprendizaje, sino que también permite a los estudiantes realizar importantes contribuciones para la comunidad.

Es importante señalar que los proyectos que conforman la base de las experiencias de los estudiantes son generados por agencias o grupos pertenecientes a la comunidad. Los proyectos pueden ser empresas únicas y específicas (por ejemplo, un proyecto de soluciones

habitacionales de Habitat for Humanity) o iniciativas a más largo plazo (por ejemplo, el desarrollo de un programa de recreación y tutorías en horario extra escolar con base en un centro comunitario de los suburbios). Dado el tema de este capítulo, resulta importante que todas estas actividades se basen en los fundamentos de la investigación observacional. De forma gradual, los estudiantes voluntarios adoptan identidades como miembros de la comunidad y deben nutrir sus habilidades como observadores de interacciones que les son poco familiares para cumplir así con los requisitos específicos de los proyectos elegidos y poder actuar como agentes de cambio eficaces dentro de la comunidad. De esta manera, los proyectos de aprendizaje-servicio afiliados con cursos no pertenecientes a las ciencias sociales y las ciencias del comportamiento requieren que los estudiantes se conviertan en practicantes de los métodos de investigación observacional, incluso cuando ello no sea un objetivo específicamente definido del curso. La USF ha ofrecido recientemente una variedad de distintos cursos en los que el aprendizaje-servicio ha sido un elemento clave, incluyendo un seminario de antropología sobre desarrollo comunitario, un curso de sociología sobre los efectos de la globalización, un curso interdisciplinario de ciencias sociales sobre trabajadores rurales y otras cuestiones relacionadas, un curso de psicología sobre las respuestas a la epidemia de HIV/SIDA, un curso de trabajo social sobre relaciones raciales y étnicas y un seminario de empresa sobre comunicación en el lugar de trabajo.

En resumen, el aprendizaje-servicio, que comprende a educadores profesionales así como a estudiantes/principiantes, es más que simplemente una «ciencia social aplicada» de forma tradicional, la cual a menudo adopta el rasgo de «hacer por» la comunidad. El aprendizaje-servicio, que comienza con la observación cuidadosa de una comunidad por parte de un estudiante comprometido que adopta una identidad como miembro de ella, equivale a un compromiso activo con la comunidad, y dentro de ella, de maneras que promuevan los objetivos de una agenda política y social progresista orientada hacia la justicia social.

Perspectivas de la investigación observacional

Si bien es verdad que «predecir las idas y vueltas de los métodos de investigación de las ciencias sociales siempre es incierto» (Adler y Adler, 1994, pág. 389), probablemente resulte seguro decir que la investigación observacional estará cada vez más comprometida con lo que Abu-Lughod (1991) llamó «la etnografía de los particular» (pág.

154). En lugar de intentar describir la cultura compuesta de un grupo o analizar el espectro completo de instituciones que supuestamente constituyen la sociedad, el etnógrafo observacional ha de ser capaz de proporcionar un relato completo sobre las vidas de determinadas personas, centrándose en los individuos y en sus relaciones siempre cambiantes y no, en la naturaleza supuestamente homogénea, coherente y esquematizada (en especial, en el caso de los antropólogos tradicionales) atemporal del supuesto «grupo». En la actualidad, «la etnografía de lo particular» convive de modo incómodo con otras escuelas sociológicas, antropológicas y de las ciencias sociales, más cuantitativas y positivistas. Sin embargo, existen muchas dudas acerca de cuánto tiempo será capaz de sobrevivir ese vínculo, teniendo en cuenta las claras diferencias de objetivos y perspectivas entre las ramas divergentes de las ciencias sociales, una vez unificadas epistemológicamente. Parece probable que las técnicas observacionales encuentren su lugar en un género redefinido de los estudios culturales, y dejen que sus colegas positivistas sigan adelante con una disciplina de las ciencias sociales reformulada.

Hubo un tiempo en que la observación implicaba un cuaderno de notas, un lápiz y, quizás, un bosquejo y una simple cámara. La introducción de cámaras de cine y luego, de videograbadoras revitalizó la conducción de la investigación observacional. La toma de notas se ha visto transformada gracias a la aparición de las computadoras portátiles y los programas de computación que ayudan a analizar los datos narrativos. Pero a medida que nuestra sofisticación tecnológica se incrementa, nos enfrentamos como investigadores a un creciente dilema intelectual. Por un lado, hablamos el lenguaje técnico de la «situacionalidad», la indeterminación y el relativismo; por el otro, confiamos cada vez más en tecnología que sugiere la captura de la «realidad» de modos que, puede decirse, trascienden la capacidad relativamente limitada de interpretación del investigador individual. La tecnología le posibilita al etnógrafo grabar y analizar a las personas y los sucesos en un nivel de detalle que hubiera sido imposible una década atrás, pero también tiene la potencialidad de privilegiar lo que se capta en la grabación en detrimento de la experiencia vivida, tal como la ha conocido el etnógrafo en persona. Sería necio sugerir que, en nombre de la consistencia, los etnógrafos observacionales deban rehuir un mayor contacto con tecnologías sofisticadas de grabación y análisis. Pero sería igualmente necio asumir que la marcada tendencia actual orientada al detalle individualizado pueda continuar sin sufrir una modificación importante que contrarreste a una tecnología que se percibe que tiene el poder de cosificar y convertir en «datos» todo lo que encuentra. Quizás será necesario que concentremos nues-

tros poderes observacionales en el proceso mismo de observación, es decir, que nos comprendamos a nosotros mismos no sólo como criaturas psicológicas (la tendencia actual), sino también como usuarios de tecnología. Como señala Postman (1993), el cambio tecnológico nunca es una mera adición o substracción; nunca se trata simplemente de una ayuda para hacer algo que siempre se ha hecho. Por el contrario, es algo «ecológico», en el sentido de que un cambio en un aspecto del comportamiento se ramifica hacia todo el sistema del cual forma parte ese comportamiento. Bajo esas circunstancias, es posible que el modo más eficaz de utilizar las técnicas observacionales en un futuro cercano sea en el discernimiento del etos de una tecnología que ya no podemos permitirnos considerar como un suplemento neutral de nuestra tradicional mentalidad. Se trata de una tecnología que es capaz de definir nuestra actividad por sí misma. Debemos concentrar nuestra capacidad observacional en lo que sucede cuando «nosotros» nos encontramos con «ellos», pero también cuando nos enfrentamos con un tipo específico de tecnología totalitaria.

Ninguna revolución tecnológica ha planteado mayores desafíos a la investigación observacional tradicional que el surgimiento de Internet y, junto con ella, la prevalencia y predominancia en aumento de la «comunidad virtual». Si bien durante mucho tiempo los etnógrafos hemos observado comunidades definidas por alguna clase de «realidad» geográfica, también hemos reconocido la importancia de las redes sociales que no presentan limitaciones espaciales. Las comunidades virtuales contemporáneas representan una extensión de esas «comunidades de interés» más antiguas, pero dependen de la comunicación por medio de tecnologías informáticas y se caracterizan por las interacciones *online*. Es necesario desarrollar y explorar la naturaleza de esas comunidades virtuales. ¿En qué sentido son similares a las comunidades o a las redes sociales tradicionales? ¿En qué sentido se diferencian? ¿Qué nuevas clases de comunidades posibilita la comunicación electrónica? ¿Cómo posibilita a las comunidades existentes? (Con respecto a este tipo de preguntas, véanse Gabriel, 1998; Hine, 2000; Jones, 1998, 1999; Markham, 1996; Miller y Slater, 2000.) Como señalan Bird y Barber (2002): «Básicamente, la vida *online* se está convirtiendo en otra parte de la vida en el siglo XXI. Si bien puede que las comunidades *online* imiten muchas de las características de otras comunidades no limitadas a un lugar físico, también ponen a disposición nuevas posibilidades y nuevos tipos de conexión» (pág. 133).

La prominencia creciente de los medios electrónicos plantea al observador etnográfico algunos desafíos éticos específicos. No es necesario aclarar que las normas tradicionales vinculadas con el consentimiento informado y con la protección de la privacidad y la confiden-

cialidad continúan siendo importantes, aun si estamos observando o tratando de algún otro modo con personas a las que no vemos cara a cara. Si bien es verdad que Internet es una especie de espacio público, las personas que habitan ese terreno virtual continúan siendo individuos con derecho a disfrutar de los mismos derechos que las personas pertenecientes a comunidades más tradicionales. Por el momento no existen lineamientos amplios apropiados para la investigación *online*; sin embargo, algunos principios parecen estar surgiendo por consenso. Primero, la investigación basada en el análisis de contenido de un sitio web público no necesariamente plantea un problema ético y «es probable que sea aceptable citar mensajes enviados a los sitios públicos de mensajería» (Bird y Barber, 2002, pág. 134). Sin embargo, la atribución de esas citas a individuos identificables representaría una violación de la privacidad. Segundo, al observar una comunidad *online*, el investigador debe informar a los miembros acerca de su presencia y sus intenciones. Debe garantizarse a los miembros que el investigador no utilizará ningún nombre real, dirección de correo electrónico o cualquier otro rasgo de identidad en ninguna de las publicaciones basadas en la investigación. Tercero, muchos grupos *online* cuentan con sus propias reglas de entrada y participación. La comunidad «virtual» debe ser tratada con el mismo respeto que si se tratara de una comunidad «real» y es necesario cumplir cuidadosamente con las normas de cortesía. Así, algunos investigadores han aceptado como procedimiento estándar durante la realización de sus etnografías *online* compartir los borradores de los informes de la investigación para que los miembros de la comunidad *online* puedan hacer comentarios al respecto. Al permitir a los miembros colaborar en la decisión acerca del modo en que se utilizarán sus comentarios, esta práctica cumple con el objetivo ético más amplio (discutido con anterioridad) de transformar a los «sujetos» de la investigación en colaboradores verdaderamente empoderados.

Bird y Barber (2002) señalan que «la comunicación electrónica carece de todo elemento, con excepción de la palabra escrita» (pág. 134). En consecuencia, el etnógrafo se encuentra en una posición desventajosa, dado que carece de los indicadores tradicionales, como los gestos, las expresiones faciales y el tono de voz — todos los cuales otorgan matices de significado a la conducta social—. Del mismo modo, es posible ocultar —o incluso falsificar de forma deliberada— la identidad de la persona con quien se está comunicando el investigador, lo que no es posible en una comunicación cara a cara. Por consiguiente, es necesario desarrollar un sentido crítico, evaluar las fuentes virtuales con cuidado y evitar hacer afirmaciones que no pueden sostenerse a través de otros medios.

Ya sea en el mundo virtual o en el real, los investigadores observacionales continúan debatiéndose con las demandas éticas vinculadas con su tarea. Tomando en cuenta los comentarios hechos en este capítulo, resulta alentador enterarse de que un informe del Instituto de Medicina (IOM, por sus siglas en inglés) nos ha planteado el desafío de repensar por completo la noción de ética de la investigación. Como ya se ha discutido con anterioridad, las regulaciones éticas han tendido básicamente a hacer preguntas negativas (por ejemplo, ¿qué se entiende por mala conducta?, ¿cómo puede prevenirse?). No obstante, el informe del IOM nos invita a considerar los aspectos positivos en un futuro cercano (por ejemplo, ¿qué es integridad?, ¿cómo sabemos si la tenemos?, ¿cómo podemos fomentarla?) De acuerdo con Frederick Grinnell, un miembro del comité del IOM responsable del informe, la promoción de la integridad del investigador presenta componentes tanto individuales como institucionales, fundamentalmente «instar a los individuos a ser intelectualmente honestos en sus trabajos y a actuar de manera responsable, e impulsar a las instituciones de investigación a brindar un ambiente en el cual esa actitud pueda prosperar» (Grinnell, 2002, pág. B15). Grinnell llega a afirmar que los investigadores sociales cualitativos tienen un papel central que cumplir en la evolución propuesta de las estructuras de la ética de la investigación, puesto que están particularmente bien preparados para conducir estudios capaces de identificar y evaluar los factores que influyen en la integridad de la investigación tanto de individuos como de grandes instituciones sociales.

Palabras de cierre

Parece claro que la incuestionable hegemonía durante un tiempo de la epistemología positivista, que incluía en sus bases una técnica de investigación tan humanista como la observación, ha sufrido hoy en día un enorme sacudón. Un indicio importante acerca del poder de esa transición —y un indicio desafiante sobre los tiempos venideros— es el comentario del ya fallecido Stephen Jay Gould, el renombrado paleontólogo e historiador de la ciencia, quien admite con desgano:

No existe fe más engañosa que una convicción personal indiscutida de que el testimonio aparente proveniente de nuestros ojos debe proporcionar un relato puramente objetivo que casi no requiera de ningún tipo de validación más allá de la afirmación en sí misma. La observación completamente objetiva debe considerarse un mito primario y un tabú de la ciencia, puesto que sólo podemos ver aque-

llo que se adecua a nuestro espacio mental y que toda descripción requiere de una interpretación, así como de un informe sensorial (pág. 72).

Referencias bibliográficas

- Abu-Lughod, L. (1991). «Writing against culture», en R. G. Fox (comp.), *Recapturing Anthropology: Working in the present*, Santa Fe (Nuevo México), School of American Research, págs 137-162.
- Adler, P. A. y Adler, P. (1987). *Membership Roles in Field Research*, Newbury Park (California), Sage.
- Adler, P. A. y Adler, P. (1994). «Observational techniques», en N. K. Denzin e Y. S. Lincoln (comps.), *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks (California), Sage, págs 377-392.
- Altheide, D. L. y Johnson, J. M. (1994). «Criteria for assessing interpretive validity in qualitative research», en N. K. Denzin e Y. S. Lincoln (comps.), *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks (California), Sage, págs 485-499.
- Angrosino, M. V. y Pérez, K. (2000). «Rethinking observation: From method to context», en N. K. Denzin e Y. S. Lincoln (comps.), *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks (California), Sage, 2ª edición, págs. 673-702.
- Bell, J. y Jankowiak, W. R. (1992). «The ethnographer vs. the folk expert: Pitfalls of contract ethnography», *Human Organization*, 51, págs. 412-417.
- Bernard, H. R. (1988). *Research Methods in Cultural Anthropology*, Newbury Park (California), Sage.
- Bird, S. E. y Barber, J. (2002). «Constructing a virtual ethnography», en M. V. Angrosino (comp.), *Doing Cultural Anthropology*, Prospect Heights (Illinois), Waveland, págs. 129-137.
- Bochner, A. P. y Ellis, C. (comp.). (2002). *Ethnographically Speaking: Autoethnography, Literature, and Aesthetics*, Walnut Creek (California), AltaMira.

- Cahill, L. S. (1981). «Teleology, utilitarian, and Christian ethics», *Theological Studies*, 41, págs. 601-629.
- Clifford, J. (1983a). «On ethnographic authority», *Representations*, 1, págs. 118-146.
- Clifford, J. (1983b). «Power and dialogue in ethnography: Marcel Griaule's initiation», en G. W. Stocking (comp.), *Observers Observed: Essays on Ethnographic Fieldwork*, Madison, University of Wisconsin Press, págs. 121-156.
- Cole, D. (1983). «“The value of a person lies in his *Herzenbildung*”: Franz Boas' Baffinland letter-diary, 1883-1884», en G. W. Stocking (comp.), *Observers Observed: Essays on Ethnographic Fieldwork*, Madison, University of Wisconsin Press, págs. 13-52.
- Curran, C. E. (1979). «Utilitarianism and contemporary moral theology: Situating the debates», en C. E. Curran y R. A. McCormick (comps.), *Readings in Moral Theology*, Ramsey (Nueva Jersey), Paulist Press, págs. 341-362.
- Fluehr-Lobban, C. (2003). «Informed consent in anthropological research: We are not exempt», en C. Fluehr-Lobban (comp.), *Ethics and the Profession of Anthropology*, Walnut Creek (California), AltaMira, 2ª edición, págs. 159-178.
- Gabrial, A. (1998). «Assyrians: “3,000 years of history, yet the Internet is our only home”», *Cultural Survival Quarterly*, 21, págs. 42-44.
- Gold, R. L. (1958). «Roles in sociological field observation», *Social Forces*, 36, págs. 217-223.
- Gold, R. L. (1997). «The ethnographic method in sociology», *Qualitative Inquiry*, 3, págs. 388-402.
- Gould, S. J. (1998). «The sharp-eyed lynx, outfoxed by nature (Part 2)», *Natural History*, 107, págs. 23-27, 69-73.
- Grinnell, F. (4 de octubre de 2002). «The impact of ethics on research», *Chronicle of Higher Education*, pág. B15.
- Gula, R. M. (1989). *Reason Informed by Faith*, Nueva York, Paulist Press.
- Gunsalus, C. K. (15 de noviembre de 2002). «Rethinking protections for human subjects», *Chronicle of Higher Education*, pág. B24.

- Gupta, A. y Ferguson, J. (1996). «Discipline and practice: "The field" as site, method, and location in anthropology», en A. Gupta y J. Ferguson (comps.), *Anthropological Locations: Boundaries and Grounds of a Field Science*, Berkeley, University of California Press, págs. 1-46.
- Hine, C. (2000). *Virtual Ethnography*, Londres, Sage.
- Hoose, B. (1987). *Proportionalism*, Washington D C, Georgetown University Press.
- Jones, S. G. (comp.) (1998). *Cybersociety 2.0*, Londres, Sage.
- Jones, S. G. (1999). *Doing Internet Research: Critical Issues and Methods for Examining the Net*, Londres, Sage.
- Kuhlmann, A. (1992). «Collaborative research among the Kickapoo tribe of Oklahoma», *Human Organization*, 51, págs. 274-283.
- Kuklick, H. (1996). «After Ishmael: The fieldwork tradition and its future», en A. Gupta y J. Ferguson (comps.), *Anthropological Locations: Boundaries and Grounds of a Field Science*, Berkeley, University of California Press, págs. 47-65.
- Larcom, J. (1983). «Following Deacon: The problem of ethnographic reanalysis, 1926-1981», en G. W. Stocking (comp.), *Observers Observed: Essays on Ethnographic Fieldwork*, Madison, University of Wisconsin Press, págs. 175-195.
- Marcus, G. E. (1997). «The uses of complicity in the changing mise-en-scène of anthropological fieldwork», *Reflections*, 59, págs. 85-108.
- Markham, A. (1996). *Life Online: Researching Real Experience in Virtual Space*, Walnut Creek (California), AltaMira.
- Matsumoto, V. (1996). «Reflections on oral history: Research in a Japanese-American community», en D. L. Wolf (comp.), *Feminist Dilemmas in Fieldwork*, Boulder (Colorado), Westview, págs. 160-169.
- McCormick, R. A. (1973). *Ambiguity and Moral Choice*, Milwaukee (Wisconsin), Marquette University Press.
- McCormick, R. A. y Ramsey, P. (1978). *Doing Evil to Achieve Good*, Chicago, Loyola University Press.

- Miles, M. B. y Huberman, A. M. (1994). *Qualitative Data Analysis: An Expanded Sourcebook*, Thousand Oaks (California), Sage, 2ª edición.
- Miller, D. y Slater, D. (2000). *The Internet: An Ethnographic Approach*, Nueva York, Berg.
- Pelto, P. J. y Pelto, G. H. (1978). *Anthropological Research: The Structure of Inquiry*, Nueva York, Cambridge University Press, 2ª edición.
- Postman, N. (1993). *Technopoly: The Surrender of Culture to Technology*, Nueva York, Vintage.
- Rossmann, G. B. y Rallis, S. F. (1998). *Learning in the Field: An Introduction to Qualitative Research*, Thousand Oaks (California), Sage.
- Sewell, W. H. (verano de 1997). «Geertz and history: From synchrony to transformation», *Representations*, págs. 35-55.
- Silverman, D. (1993). *Interpreting Qualitative Data: Strategies for Analysing Talk, Text, and Interaction*, Londres, Sage.
- Stocking, G. W. (1983a). «The ethnographer's magic: Fieldwork in British anthropology from Tylor to Malinowski», en G. W. Stocking (comp.), *Observers Observed: Essays on Ethnographic Fieldwork*, Madison, University of Wisconsin Press, págs. 70-120.
- Stocking, G. W. (1983b). «History of anthropology: Whence/whither», en G. W. Stocking (comp.), *Observers Observed: Essays on Ethnographic Fieldwork*, Madison, University of Wisconsin Press, págs. 3-12.
- Walter, J. (1984). «Proportionate reason and its three levels of inquiry: Structuring the ongoing debate», *Louvain Studies*, 10, págs. 30-40.
- Wax, M. L. y Cassell, J. (1979). *Federal Regulations: Ethical Issues and Social Research*, Boulder (Colorado), Westview.
- Werner, O. y Schoepfle, G. M. (1987). *Systematic Fieldwork*, vol. 1: *Foundations of Ethnography and Interviewing*, Newbury Park (California), Sage.
- Wolcott, H. F. (1995). *The Art of Fieldwork*, Walnut Creek (California), AltaMira.

Wolf, D. L. (1996). «Situating feminist dilemmas in fieldwork», en D. L. Wolf (comp.), *Feminist Dilemmas in Fieldwork*, Boulder (Colorado), Westview, págs. 1-55.

Wolf, M. A. (1992). *A Thrice-Told Tale: Feminism, Postmodernism, and Ethnographic Responsibility*, Stanford (California), Stanford University Press.

29

¿Cuáles son las novedades visuales?

Douglas Harper

Uno enfrenta la tarea de escribir un capítulo sobre el mismo tema para la tercera edición [en inglés] de este *Manual* con cierta carga de inquietud. Después de todo, no hay demasiados cambios en las ciencias sociales, en especial, en un período tan corto de tiempo. No obstante, existen nuevos temas, tecnologías y prácticas entremezcladas en las evoluciones graduales de los patrones establecidos con los métodos visuales. Teniendo esto en cuenta, mi objetivo en este capítulo es minimizar la superposición con los capítulos de las ediciones anteriores con el modesto propósito de ver qué es lo realmente nuevo en la investigación cualitativa inspirada visualmente.

En consecuencia, aquellos lectores interesados en la crítica posmoderna de la etnografía visual; la relación entre la sociología visual, la antropología visual y la fotografía documental; y el desarrollo de una tipología de la investigación del pensamiento visual en la investigación visual deben remitirse a los capítulos anteriores (Harper, 1993, 2000). Allí propongo que la sociología visual brinda la oportunidad de abordar las críticas posmodernas de la etnografía y la fotografía documental y, al hacerlo, modelar un nuevo método basado en la comprensión de la construcción social de la imagen y la necesidad de establecer una colaboración entre el sujeto y el fotógrafo.

Este capítulo examina el *status* del pensamiento visual en la comunidad sociológica, el impacto de las nuevas tecnologías en los métodos visuales y el desarrollo continuo del documental visual y la

sociología visual, y cuestiones relacionadas a las complejidades éticas del mundo de la investigación visual.

Como telón de fondo, se presenta una separación muy discutida en el movimiento de la investigación visual entre el estudio de la vida social por medio de imágenes, al que con frecuencia se conoce como al ala empírica de la sociología visual, y el estudio del significado de la cultura visual, al que usualmente se denominan estudios culturales. Algunos han sostenido que esta división empaña el hecho de que todos compartimos un interés primordial por el significado de las imágenes visuales.

A modo de ejemplo de estudios culturales con orientación visual, Fuery y Fuery (2003) exploran las imágenes de Foucault referidas al cuerpo, las teorías de Lacan sobre la abyección y la reflexión, las ideas de Kristeva acerca de la fragmentación del cuerpo y la cultura visual, las nociones de Derrida sobre la reproducción social de las imágenes y su semiótica y la semiótica de la fotografía de Barthes. Su libro contiene sólo una imagen: una reproducción de una historieta de *Calvin and Hobbes* de 1992 que ilustra la teoría de Kristeva sobre la abyección del *self*. No obstante, los argumentos están basados en ejemplos de imágenes visuales pertenecientes a sitios web nombrados al final del cada capítulo. De este modo, el lector puede remitirse a las imágenes de Magritte, Dali, Warhol, Caravaggio y Bernini, a las fotografías de Newton y a los filmes de Hitchcock sin los costos y la incomodidad de tener las imágenes en el mismo libro. Naturalmente, para leer el libro es necesario contar con acceso a una computadora y a Internet, y, además, esta manera de hacer referencia a los sitios web supone que las imágenes estarán disponibles durante todo el tiempo que se utilice el libro. Dado que las imágenes no son esotéricas, probablemente sea una apuesta segura. Como resultado, el libro se presenta a sí mismo como un argumento posmoderno en contra de la hegemonía de su propia forma.

Pero yendo más en concreto al objeto de este capítulo, Fuery y Fuery (2003) demuestran de qué modo los estudios culturales utilizan imágenes para plantear teorías del *self*, la sociedad, la existencia misma y el simbolismo. En otras ocasiones he sugerido (Harper, no hay datos) que los estudios culturales por lo general utilizan imágenes (desde las bellas artes hasta los medios de comunicación masivos, desde las formas arquitectónicas hasta la moda, desde la ornamentación y las formas del cuerpo hasta las imágenes de pesadillas) como un referente para el desarrollo de teorías. Uno puede sostener que tales estudios culturales son indirectamente etnográficos; están basados en el análisis de la cultura visual en toda su magnitud.

Este capítulo presenta una orientación diferente porque creo que un manual de investigación cualitativa debe centrarse en la investi-

gación de campo. Desde mi perspectiva, debe enfatizarse el aspecto práctico, es decir, el uso de las imágenes para estudiar problemas y cuestiones específicas de la sociología, la antropología, las comunicaciones y demás. Gran parte de lo que analizo a continuación se basa en la fotografía, aunque en la investigación social existen varias otras maneras apropiadas de representar visualmente el mundo. Por ejemplo, en mi propio estudio sobre la labor de un artesano rural (Harper, 1987), las ilustraciones complementan las fotografías, permitiendo un enfoque más subjetivo. Estas ilustraciones hacen posible dejar afuera algunos elementos e invadir el interior de los objetos valiéndose de cortes seccionales. Por tanto, no existe razón para que la fotografía deba dominar el campo de la sociología empírica visual, excepto por el hecho de que ha resultado ser de enorme utilidad.

Gran parte de la sociología discutida en este capítulo está basada en fotografías —procesadas o yuxtapuestas, deconstruidas o con leyendas, pero, por sobre todo, evidencias de algo visto—. Nuevamente, es un recordatorio de la fotografía en cuanto elemento empírico y construido. La repetición de esta idea se ha convertido en una especie de ritual en todos los artículos o capítulos sociológicos, que, sin embargo, parece ser necesaria.

Innovaciones relacionadas con la publicación en revistas científicas

La publicación de investigaciones sociológicas basadas en datos visuales es cada vez más frecuente. Revistas tales como *Qualitative Inquiry* y *Symbolic Interaction* incluyen imágenes —aunque no exactamente de forma rutinaria, pero cada vez con mayor frecuencia—. Varias nuevas revistas con orientación visual se han unido a prestigiosas publicaciones de las ciencias sociales visuales, como *Visual Anthropology* y *Visual Sociology* (renombrada como *Visual Studies*, en 2001), a modo de canales para la investigación visual.

Un desarrollo promisorio para la sociología estadounidense fue la aparición en 2001 de la revista *Contexts*, a cargo de la Asociación Sociológica de los Estados Unidos (ASA, por sus siglas in inglés). *Contexts*, cuyo fin es popularizar la sociología para una audición masiva, es la primera revista de sociología de los Estados Unidos en colocar en primer plano la información visual, aunque no siempre con resultados consistentes.

En *Contexts*, la ilustración visual se utiliza de tres maneras. Llamo a la primera el «artículo de investigación ilustrado», cuyo

ejemplo lo brinda el estudio de Rank (2003) sobre la incidencia de la pobreza en los Estados Unidos. Rank utiliza fotografías para describir una gama de personas pobres, que incluye a personas bien arregladas en busca de empleo, algunas utilizando teléfonos celulares, en una fila de desempleados de Nueva York; un grupo de alrededor de 200 personas desaliñadas en situación de calle, reunidas mientras buscan refugio en San Francisco; una familia joven en situación de calle en Eugene, Oregón, sentada en el cordón de la acera frente a un almacén; y la rutina diaria impuesta por la pobreza de una mujer afronorteamericana y de un inmigrante blanco entrado en años. Las imágenes le dan rostro a los datos estadísticos, pero ¿qué aportan más allá de ello?

Primero, contextualizan la pobreza junto con otras variables sociológicas, como la vida familiar, el desempleo y la inmigración global. La documentación visual se vuelve una parte de la triangulación investigativa y confirma teorías que utilizan distintas formas de datos. En estas instancias, las fotografías sugieren que los rasgos visuales del mundo describen adecuadamente los fenómenos en cuestión.

Además, las fotografías conectan de una forma subjetiva al espectador con el argumento. Las personas bien arregladas en busca de empleo en Nueva York conectan de forma directa la pobreza con el empleo. La pareja y el niño de Oregón en situación de calle no se corresponden con la visión estereotipada de la pobreza; hubiéramos esperado ver sus rostros atractivos en una típica vivienda de clase media. El inmigrante pobre es un anciano proveniente de Holanda, lo que nos demuestra que los inmigrantes no pertenecientes a minorías también luchan por llegar a fin de mes en los Estados Unidos.

Pero si bien las fotografías son importantes para el texto, continúan siendo secundarias. La dimensión visual no se encuentra integrada a la investigación; las imágenes son añadidas por un editor que tiene la difícil tarea de conseguir fotos a partir de distintas fuentes. El resultado es que, con frecuencia, es posible encontrar y publicar fotografías útiles, pero también se utilizan imágenes que no cumplen con su propósito de contar visualmente un relato sociológico.

Contexts también publica ensayos fotográficos en los que el pensamiento sociológico emerge directamente de las imágenes, en lugar de reforzar y ahondar en un pensamiento basado en palabras. El ensayo fotográfico de Gold (2003) sobre la diáspora israelí es un buen ejemplo. El cuerpo del artículo consiste de doce fotografías y leyendas organizadas en torno a temas como «Negocios individuales y comunitarios», «Diseño y búsqueda de comunidades» y «Redes transaccionales e identidades». Las fotografías sitúan a las personas en distintos ámbitos —en sus hogares, en sus negocios, en situaciones públicas—

mientras interactúan en las rutinas de diferentes escenas sociales. Las imágenes se organizan de forma conceptual y son la principal manera de presentar las ideas. El ensayo fotográfico de Gold (entre otros publicados en *Contexts*) muestra la posibilidad de un pensamiento sociológico surgido casi por completo a partir de imágenes. La intención es que los sociólogos consideren las fotografías de estos ensayos como datos visuales, es decir, que vinculen las imágenes con una «mirada» intelectual activa. Teniendo en cuenta que las fotografías saturan la cultura popular y, por lo general, se tratan con superficialidad, el hecho representa un gran paso.

Como se indicó anteriormente, pedir a los sociólogos que tomen con seriedad las fotografías plantea la cuestión de su *status* en cuanto verdad —o su validez, en términos sociológicos—. Como se ha afirmado en varias ocasiones previas y ya se ha mencionado en este capítulo, aquí radica una ironía central de la fotografía: es verdadera como también construida. Es verdadera en el sentido de que refleja la luz sobre una superficie, pero también es construida por las selecciones técnicas, formalistas y demás que conforman la imagen, y por los contextos (desde el formato histórico hasta el formato de presentación) en los que se la contempla. En este sentido, las fotos son similares a todas las formas de datos, tanto cuantitativos como cualitativos.

Se espera que los ensayos fotográficos aparecidos en *Contexts* eleven la comprensión de los sociólogos acerca de esta similitud esencial entre los datos fotográficos y otras formas de datos.

Asimismo, *Contexts* publica ensayos fotográficos sobre el cambio social, es decir, sobre imágenes que muestran la misma escena social en tiempos pasados y en tiempos más contemporáneos. La fotografía es especialmente útil en estudios sobre el cambio social porque las fotografías pueden compararse con imágenes antiguas para revelar descripciones extraordinariamente detalladas acerca de los cambios en la vivienda, el paisaje y los rasgos de la interacción humana. Este enfoque se basa en el trabajo de un sólo sociólogo, Jon Rieger, quien ha aplicado las bellas artes y el movimiento de la «refotografía» documental al estudio del cambio social en el norte de Michigan y otros contextos (Rieger, 1996, 2003).

Si bien *Contexts* ha abierto nuevos caminos para la sociología, resta saber si la revista será capaz de defender con éxito la utilización de datos visuales en la investigación o si será considerada menos rigurosa, precisamente porque la publicación se basa en gran parte en muestras visuales. Para que *Contexts* pueda redefinir el pensamiento visual en las publicaciones sociológicas, debe dar inicio a un debate sobre el rol de la información visual en el pensamiento y la presentación sociológicos.

Además, la revista debe mejorar los medios a través de los cuales consigue las imágenes; no es viable simplemente asumir que fotógrafos de buenas intenciones donarán la utilización de sus fotos. Tampoco es viable asumir que miembros voluntarios del personal (a pesar de su éxito hasta el momento) pueden hacer la tarea de los editores fotográficos profesionales, es decir, encontrar y acceder a las mejores imágenes con el fin de desarrollar argumentos visuales.

Nuevas tecnologías; nuevas formas de pensamiento

Lo verdaderamente nuevo en la sociología visual es el uso de la tecnología para la grabación, la organización, la presentación y el análisis de la información visual. Las tecnologías emergentes han revolucionado la utilización de imágenes en las ciencias sociales, y algunos investigadores audaces ya han proporcionado ejemplos convincentes de ello. La base de la revolución es la computadora, pero más específicamente son los programas de computación como Macromedia Director* y, en algunos casos, la web. Todas estas tecnologías son distintos derivados generacionales de *HyperCard*, un programa de computación incluido en las primeras computadoras Apple que permitía organizar la información de una manera no lineal. A continuación, examino brevemente cuatro proyectos que demuestran el alcance de estas nuevas formas visuales de pensar y realizarlas investigaciones de campo.

El estudio etnográfico de Jay Ruby sobre Oak Park, Illinois, utiliza la Web para difundir los resultados actualizados de un estudio de campo (Ruby, sin datos). El sitio web (<http://astro.ocis.temple.edu/~ruby/opp/>) incluye entrevistas, fotografías, observaciones, comentarios históricos y segmentos de video con distinto grado de compleción. Además, Ruby establece una lista automática de correos de los residentes de Oak Park e invita a las personas que son el sujeto de estudio a manifestar su desacuerdo con el estudio en curso, a explicarse o simplemente a formular comentarios al respecto. De acuerdo con el sitio web de Ruby:

Oak Park Stories es un conjunto de etnografías experimentales, reflexivas y digitales que intentan explorar un experimento social que data de cuarenta años situado en Oak Park, un suburbio de Chicago. Es experimental porque no he seguido el método tradicional de producir un libro o un filme, sino que en cambio he realizado un trabajo interac-

* Actualmente el programa de computación Macromedia Director ha pasado a pertenecer a la empresa Adobe.[N. del T.]

tivo no lineal que incluye tanto video como texto. Es reflexivo porque el sujeto de la investigación es mi ciudad natal.

...Es digital por su forma de presentación —un DVD que contiene películas en QuickTime y documentos HTML. He desarrollado estas historias de un modo no lineal; es decir que, al contrario de un libro o una película, no hay un principio, medio o final definidos—. Los Espectadores/Lectores pueden comenzar en cualquier punto. Pueden ignorar todo aquello que no les interese. He proporcionado muchos enlaces a materiales que permitirán a cualquiera que esté interesado estudiar un tema con mayor profundidad. He hallado que escribir de manera no lineal es algo sorprendentemente liberador

El sitio web está organizado en torno a «módulos» que funcionan como categorías generales con subcategorías desplegadas. Las subcategorías incluyen un análisis exhaustivo de la etnografía, las historias de familias que representan a la comunidad, la inmigración negra hacia Chicago y hacia el mismo Oak Park, biografías de individuos que han tenido un rol importante en la comunidad y otros módulos que exploran temas como la integración racial.

La organización de los módulos se asemeja a los capítulos de un libro, pero, al mismo tiempo, presentan claras diferencias. Los módulos incluyen subcategorías de ensayos fotográficos (con frecuencia a partir de fuentes de archivo) que muestran, por ejemplo, imágenes de revueltas raciales en 1919 e imágenes de un único afroestadounidense de un equipo de fútbol americano compuesto en su totalidad por jugadores blancos. El formato de los módulos establece una lógica para todo el proyecto: las categorías de primer orden son los mismos módulos, las categorías de segundo orden son los elementos desplegables debajo del título del módulo y la información de tercer orden aparece en los diversos enlaces a artículos, ensayos fotográficos, periódicos y otros documentos de archivo diseminados con libertad en todo el sitio. Es similar a la organización de un libro estructurado a partir de capítulos, textos y notas al final, pero se diferencia con claridad dado que permite considerar un tema específico con mayor profundidad que la otorgada por un libro o agregar material que podría ser demasiado tangencial para un estudio académico. Por ejemplo, el tema central del estudio de Ruby es la integración racial y étnica. Las subcategorías del módulo de integración presentan la historia de los afroestadounidenses en Chicago con mayor detalle del que posiblemente se incluiría en una monografía académica. No obstante, la presentación web permite incluir con facilidad la extensa revisión de Ruby sobre las políticas habitacionales, las políticas de raza y la información demográfica cambiante. Se trata de la contextualización de la información que usarán algunos de los espectadores/lectores,

aunque seguramente no todos. Los vínculos a sitios adicionales amplían estas posibilidades.

Ruby publica informes de campo trimestrales y solicita opiniones a través de discusiones vía web. La importancia del autor en la antropología visual y su prominencia en una lista automática de correos vinculada con la comunicación visual genera una audiencia para su trabajo con base en la Web.

El atractivo de este modo de difusión radica precisamente en que es posible integrar una variedad de modos de comunicación, como el texto y las imágenes móviles e inmóviles. Sin embargo, la gran cantidad de memoria que requiere el video hace (hasta ahora) impracticable la inclusión de no más que unos pocos segundos de segmentos de grabaciones, cuyas imágenes en movimiento se agrupan en pequeñas pestañas en la pantalla. El proyecto final está pensado como varios DVD en los que sea posible incluir segmentos de video más extensos.

El hecho de compartir un proyecto en desarrollo a través de un sitio web progresivo no ha sido, que yo sepa, intentado antes. Sería posible dejar el proyecto en la forma actual y actualizarlo de manera continua durante el siguiente período. No obstante, Ruby planea finalizarlo en forma de uno o más DVD distribuidos del mismo modo que se distribuyen otros proyectos multimedia de antropología visual emergentes, es decir, por medio de editoriales académicas o comerciales.

Otros sociólogos con orientación visual han comenzado a desarrollar la potencialidad de la interactividad avanzada que brinda Macromedia Director. El primero de estos proyectos es *Yanamamo Interactive*, de Biella, Chagnon y Seaman (1997), que es una versión interactiva del clásico filme etnográfico de Chagnon y Asch, *The Ax Fight*.¹ *The Ax Fight* es una película de 10 minutos de duración que muestra una interacción hostil entre dos grupos pertenecientes a las tribus Yanomamis en Venezuela. El filme se ha convertido en una importante herramienta de enseñanza e investigación. Es un ejemplo citado comúnmente sobre el modo en el que un filme etnográfico con una edición mínima es capaz de contar varias capas de relatos etnográficos. De modo que el proyecto de Biella está basado en la expansión de la potencialidad de un clásico de la antropología visual, creado principalmente (pero no de forma exclusiva) para la enseñanza.

La forma tradicional de enseñar este material ha consistido en proyectar el filme, asignar lecturas sobre los Yanomami e integrar esos materiales en presentaciones y debates. Los investigadores utili-

¹ Tanto el proyecto de Biella y colegas (1997) así como el artículo de Steiger (2000) (que se lanzó mientras se escribía la segunda edición en inglés de este capítulo), aparecen nombrados de forma breve en esa edición del *Manual*.

zan una estrategia similar: el estudio detallado del filme y la consideración del material visual en el contexto de fuentes escritas.

Al incluir en el filme diferentes tipos de información (fotografías instantáneas, gráficos, cuadros y textos exhaustivos) para que sea posible relacionar sus diferentes partes de maneras novedosas, *Yanamamo Interactive* abre posibilidades aún no exploradas para la pedagogía y la investigación.

El CD-ROM *Yanamamo Interactive* incluye tres versiones del filme (sin editar y editado de dos maneras), 380 párrafos que describen los sucesos a medida que se desarrollan en la película (y se ven en simultáneo con el filme), más de 100 fotografías con leyendas de los participantes de la lucha, árboles genealógicos que trazan las relaciones entre los participantes y mapas de la aldea y de la interacción de la pelea. Como ya se señaló, la arquitectura del programa de computación les permite a los espectadores desplazarse con libertad y creatividad entre acontecimientos filmados, bocetos biográficos, mapas de lugares importantes y explicaciones etnográficas. El formato induce a la corroboración de teorías, tanto formal como informalmente. El CD-ROM define el filme como un elemento integral de la etnografía en lugar de como una forma de etnografía en sí misma. Como resultado, es posible ver el filme como información etnográfica deconstruida a partir de la lectura de una antropología que brinda información contextual.

Mi experiencia con el CD-ROM ha sido de gran inspiración. Soy muy consciente de lo difícil que resulta enseñar filmes etnográficos; los estudiantes ven la película en un espacio de tiempo y luego la leen o analizan en otro espacio de tiempo. Por consiguiente, la experiencia emotiva y subjetiva que proporciona el estudio de películas queda separada de la experiencia de carácter más analítico inherente al estudio de textos. Esta separación a menudo conduce a la formación de estereotipos precisamente porque el análisis y la emoción quedan más distantes que nunca entre sí.

La potencialidad interactiva del CD-ROM permite al espectador, por ejemplo, detener el video, seleccionar un participante de la pelea en particular y trazar su genealogía en la aldea, así como su posición social con respecto a su participación en las actividades y los grupos de la aldea. De este modo, los estudiantes y los investigadores pueden analizar los contextos de la acción social y comenzar a comprender las capas de significado implícitas bajo la superficie de la pelea. En efecto, la organización del material invita a estudiantes e investigadores a formular nuevas preguntas e investigar nuevas líneas de razonamiento.

El proyecto ha sido distribuido junto con un libro de texto introductorio sobre antropología y es muy utilizado en los cursos universita-

rios de antropología. El CD-ROM permite a estudiantes provenientes de contextos muy variados encontrarse ciertamente con información etnográfica y, por tanto, realizar una investigación visual de un nivel bastante sofisticado.

Es probable que el formato introducido en *Yanamamo Interactive* pronto se vuelva común en la antropología visual y amplíe la utilidad de los filmes etnográficos tanto para la enseñanza como para la investigación. En la actualidad, los autores de este CD-ROM y de otros se encuentran en la preparación de varios proyectos.

Macromedia Director también ha sido utilizado para producir un catálogo del trabajo del fotógrafo documental Jean Mohr. Mohr es mejor conocido por sus trabajos conjuntos con John Berger (Berger y Mohr, 1967, 1975, 1982) y por su labor en el área de los derechos humanos internacionales para varias organizaciones internacionales (las primeras fotografías de Mohr, tomadas durante el comienzo de la década de 1950, documentan la vida cotidiana de refugiados palestinos). También ha fotografiado proyectos menos conocidos que muestran a la policía de Chicago durante un patrullaje y las giras internacionales de una sinfónica europea.

El CD-ROM titulado *Jean Mohr: A Photographer's Journey* (Mohr, sin datos) recolecta más de 1.200 fotografías en blanco y negro y en color de Mohr (de las más de un millón que tomó durante sus 50 años de carrera) e incluye entrevistas breves con Mohr y otros acerca del significado de su trabajo, así como textos cortos que explican y detallan los proyectos de los cuales se extrajeron las fotografías.

El núcleo del proyecto son las fotografías, que están organizadas en cinco categorías, de las cuales las más importantes son «tipo de imagen», «sujetos» y «regiones». Cada una de estas categorías incluye varias subcategorías a las que se puede acceder mediante menús desplegables. Por ejemplo, la categoría de imágenes «sujetos» incluye las subcategorías «inmigrantes», «música», «refugiados» y varias otras. De este modo, el espectador es capaz de crear un corpus de imágenes haciendo clic en una subcategoría de cada categoría principal. Yo, por ejemplo, instruí al CD-ROM para que recolectara los retratos en blanco y negro de refugiados que Mohr fotografió en África. El espectador también puede indicarle al CD-ROM que seleccione las imágenes en color fotografiadas por Mohr en Medio Oriente cuyo tema general sea la música. Al combinar un subelemento diferente de cada una de las categorías principales, el lector tiene la posibilidad de construir cientos de archivos individuales.

Tales capacidades de búsqueda avanzada le permiten al espectador utilizar el trabajo de Mohr con eficacia y creatividad. Encontré que después de varias horas de trabajar con el archivo, la única limi-

tación fue la vinculada con la cantidad de fotografías que se incluía. A primera vista, 1.200 imágenes pueden parecer una gran cantidad, pero representan un porcentaje diminuto de la obra de Mohr durante su vida. La mayoría de las búsquedas cuyas referencias remitían unas a otras en diferentes categorías produjeron entre 20 y 30 imágenes, mientras que el corpus completo de Mohr representa varias veces esa cantidad. El aspecto más complicado del proyecto fue sin duda la programación de la navegación; uno tiene la sensación de que hubiera sido fácil escanear y agregar más imágenes al archivo. Por ende, si el proyecto hubiera incluido entre tres o cuatro veces más imágenes, el archivo habría resultado mucho más útil.

Cada vez es mayor la disponibilidad de los archivos electrónicos fotográficos que con función de búsqueda pertenecientes a periódicos o a colecciones públicas. Sin embargo, es probable que el proyecto de Mohr sea el primero en presentar la obra de un fotógrafo con orientación sociológica mediante información que describe su carrera profesional, sus publicaciones, sus reflexiones y sus comentarios respecto de su relación con Berger. Tratándose de una perspectiva de la obra de un único fotógrafo, el proyecto bosqueja los métodos de trabajo del artista. Además, proporciona evidencia visual acerca de cuestiones sociológicas, como el de los refugiados, y estudios de áreas visuales sobre los lugares en que Mohr concentró sus esfuerzos. También hay fragmentos de video que humanizan a Mohr.

Es de esperar que el esfuerzo considerable que representa este proyecto en CD-ROM conduzca a otros a sintetizar sus trabajos fotográficos, en especial porque el trabajo trata con gran amplitud materias de estudio que son de interés para los investigadores sociológicos.

Dos proyectos de alcance más reducido muestran la potencialidad de los medios interactivos para la investigación visual. Ricabeth Steiger fotografió un aspecto de su vida cotidiana —un viaje en tren que ella realiza varias veces a la semana desde Basilea hasta Zúrich, Suiza— con el fin de construir una etnografía visual acerca de un aspecto subestimado de la vida cotidiana (Steiger, 2000) (Figura 29.1). Las imágenes son impresionistas (muestran paisajes borrosos a través de las ventanas de un tren —el mundo que pasa veloz, según se ve desde el interior de ese tren—) y etnográficas (muestran guiones sociales tácitos —de qué modo las personas interactúan en el tren— que subyacen al comportamiento público en Suiza).

El proyecto de Steiger se publicó en *Visual Sociology* a modo de artículo de investigación con dos formatos. El texto del artículo y la secuencia fotográfica se publicaron como imágenes en miniatura en la revista impresa y en un CD-ROM que contenía una versión filmográfica del proyecto realizada con Micromedia Director. El formato en



Figura 29.1. Dentro del tren.

(Fuente: fotografía de Ricabeth Steiger.)

CD-ROM le permitió a Steiger transformar fotografías instantáneas en un nuevo modo de comunicación: una película virtual compuesta de una presentación automática de diapositivas. Fue una solución ideal; las imágenes eran demasiado numerosas para tratarlas como a un artículo pero demasiado pocas para conformar un libro, y era necesario verlas en secuencia para conseguir el efecto deseado. Si bien las imágenes en miniatura publicadas en la revista son un catálogo de las fotos, es claro que el verdadero artículo es la película virtual.

La publicación del proyecto en *Visual Sociology* significó un hito en la presentación de la investigación visual. El desarrollo del CD-ROM requirió que el diseñador de la revista tuviera conocimientos sobre programas de computación relevantes y sobre desarrollo en plataformas múltiples. La organización académica patrocinadora de la revista, la Asociación Internacional de Sociología Visual (IVSA, por sus siglas en inglés) asignó una gran cantidad de recursos al financiamiento del CD-ROM y a su empaque y distribución como parte normal de la publicación. Lo hizo con la esperanza de que el carácter revolucionario del proyecto colaborara a fomentar una nueva manera de ver y conducir investigaciones visuales.

Por último, Dianne Hagaman ha publicado recientemente un proyecto fotográfico utilizando el mismo programa de computación,

pero con un desarrollo bastante más elaborado (Hagaman, 2002). Como en el caso del proyecto de Steiger, el tema elegido por Hagaman es una etnografía visual de la vida cotidiana, en este caso de la vida junto a su esposo, el sociólogo Howard S. Becker.

Las fotografías están organizadas en catorce «sonetos», cada uno de ellos con el nombre de un estándar de *jazz* como «Night and Day», «Slow Boat to China» (Figura 29.2) o «One Morning in May». El *jazz* ha sido una parte importante de la vida de Becker, quien fue (y continúa siendo) un músico en ejercicio y sus estudios sobre el *jazz* son una contribución importante a la sociología cultural. También las fotografías tienen una cualidad propia del *jazz*; son sutiles y presentan la realidad desde un ángulo oblicuo que transforma temas de discusión intrascendentes, como marcos de ventanas y camas, en declaraciones visuales poéticas. De forma similar, el *jazz* presenta melodías familiares dentro de marcos de referencia musicales inusuales y provocativos.

Las fotografías tienen que ver con lugares (el hogar de la pareja en Seattle y San Francisco y sus viajes a París y otras localidades adonde Becker brinda sus conferencias), paisajes (Hagaman es un maestro representando el cielo como parte del paisaje, a menudo habitado por aves en vuelo), reuniones sociales (con frecuencia con sociólogos muy conocidos) y (principalmente) la propia relación de la pareja. De acuerdo con la introducción de Hagaman:

Ya no éramos niños para cuando nos conocimos y decidimos ir a vivir juntos, y tampoco teníamos toda la vida por delante...

Él tocaba el piano y conocía cientos de canciones de sus días como pianista en los clubes de Chicago. Y sabía cocinar. Y le gustaba hacerlo. Me contó que después de que su esposa Nan muriese, él se preparaba tres comidas completas por día, cada día, para establecer una rutina y estructurar su vida en un período de cambio y dolor. Por el contrario, yo nunca había aprendido a cocinar. No fue algo deliberado. Por alguna razón, era una tarea que tenía pendiente. Pero, quizás como consecuencia de ello, nunca había subestimado la preparación de los alimentos o sus aspectos sociales: la importancia que tiene comer y preparar los alimentos que comes (esa habilidad mágica), con quién comemos y en dónde.

Es por eso que el proyecto se llama *Howie Feeds Me* y que las fotografías aluden a una relación cimentada en torno al cuidado y a la nutrición del cuerpo y el espíritu. De este modo, el proyecto se constituye en una etnografía de la vida cotidiana de una pareja y su relación sentimental, contada desde la perspectiva de uno de los miembros de la pareja. Los únicos intentos similares de comunicar este tema son el ensayo fotográfico de Laura Letinsky, *Venus Inferred* (Letinsky, 2000), que se centra en las banalidades de la vida sexual de varias parejas,

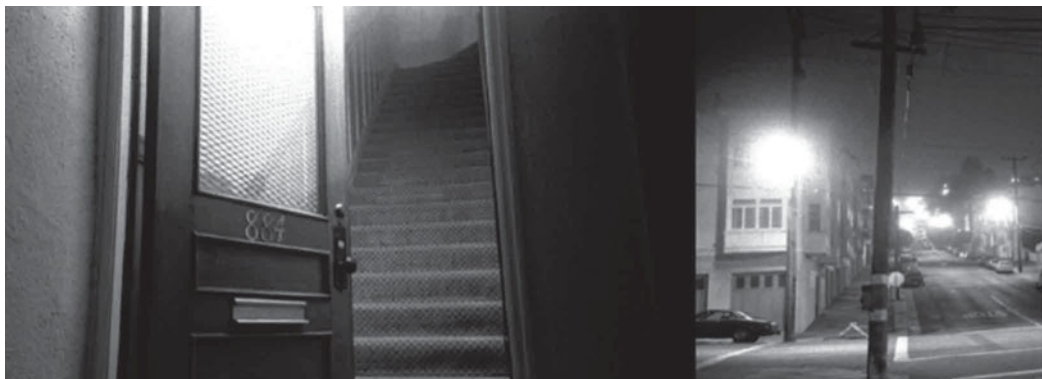


Figura 29.2 Del soneto «Slow Boat to China» del CD-ROM *Howie Feeds Me*.
(Fuente: fotografías de Dianne Hagaman.)

y el ensayo fotográfico de Pernette y Leeuwenberg (2001) sobre su relación íntima. Pero mientras que Letinsky (2000) se concentra en lo obvio (es decir, un conjunto de parejas que se ven avergonzadas mientras copulan) y Pernette y Leeuwenberg (2001), ambos fotógrafos de alrededor de 30 años de edad, utilizan la cámara para registrar la energía y el amor que emanan de la unión sexual, Hagaman (2002) comunica los aspectos mundanos de la intimidad no sexual con un refinamiento y un humor que aluden a los elementos de la vida cotidiana.

Gran parte del mensaje contenido en el ensayo de Hagaman está en el medio. El proyecto está basado en fotografías en blanco y negro de 35 milímetros, pero se lo pensó desde el comienzo para soportes informáticos. Hagaman organizó la secuencias fotográficas incluidas en el CD-ROM en lo que llama sonetos: «Tomé la idea de las catorce líneas de un soneto y las utilicé para organizar mis fotografías en un grupo de catorce imágenes que conforman un especie de poema: con las rimas, las alusiones y las implicancias que cobran las fotografías al ser agrupadas».

Los sonetos tienen dos formas. La primera es una serie de imágenes individuales presentadas en la pantalla de la computadora sobre un fondo blanco que se asemeja a imágenes en las paredes de una galería. Están acompañados de leyendas breves que por lo general identifican el lugar o la acción descrita. El espectador estudia estas imágenes de forma individual o en secuencia y de acuerdo con el contexto del relato al que alude el título del soneto (un estándar de jazz).

Otros sonetos son bucles visuales continuos de imágenes unidas por las que el usuario puede desplazarse. La contigüidad de las imágenes es completa; el espectador puede crear nuevas imágenes compuestas de fragmentos de las imágenes adyacentes, deteniendo la barra de



desplazamiento en cualquier lugar distinto a los contornos de las fotografías. Así, al desplazarse el espectador combina instantáneamente los exteriores de una habitación, en una imagen, con los exteriores de una calle, en otra; otras imágenes contienen juntas el día y la noche, y así sucesivamente. Las imágenes unidas de forma continua aportan una dimensión que no podría lograrse si estuvieran solas ya sea en la pared de una galería o en la pantalla de una computadora.

Además, las fotografías se presentan como miniaturas que incluyen descripciones detalladas de la ubicación, las personas y los acontecimientos, y sirven como puntos de referencias útiles.

Nuevos desarrollos como los hasta aquí descritos tienen una potencialidad revolucionaria para los estudios visuales. Sin embargo, existen varias cuestiones que podrían afectar sus aportes.

La primera cuestión tiene que ver con la longevidad. El programa de computación que controla las distintas aplicaciones se encuentra bajo desarrollo continuo, al igual que los sistemas que controlan las computadoras. Por ejemplo, el nuevo sistema operativo de Apple, OS-X (ya en su tercera versión) ha demandado un rediseño integro de los programas de computación involucrados. Desarrollos similares en los sistemas operativos PC han conducido a los mismos desafíos. Teniendo en cuenta la velocidad de desarrollo actual, es casi imposible predecir el grado de compatibilidad del *hardware*, el sistema operativo y los programas para los proyectos de hoy que se utilizarán dentro de diez o, incluso, cinco años. Desde luego, el libro que recién he sacado del estante estará allí, exactamente de la misma manera, dentro de cincuenta años.

La segunda cuestión es que, como ya se ha señalado anteriormente, la organización y la distribución del material en formato electrónico

a menudo permite que la información se presente de un modo que no sería posible en la forma impresa. Pero también es verdad lo contrario: los medios tradicionales, incluidos los libros, los artículos y las imágenes artesanales han demostrado tener una resiliencia notoria, precisamente por las mismas características que las formas electrónicas trascienden. Por ejemplo, el libro ilustrado o el artículo de una revista imponen limitaciones que no existen para la web, lo que podría resultar en una edición y una organización más juiciosas. La linealidad de las presentaciones tradicionales continúa siendo relevante a modo de un marco de referencia para la organización de las ideas y las imágenes.

Además, resta considerar la cuestión de cómo las diferentes formas de información llegan a los consumidores. Los libros y los artículos se publican y se distribuyen por medio de un sistema basado en estructuras institucionales bien articuladas y en un público que consume de una manera determinada. Se trata de un sistema conservador de múltiples capas. Sólo recientemente, los medios no textuales, como los CD-ROM y los DVD, han comenzado a afianzarse en el sistema.

Esto no quiere decir que las formas tradicionales sean necesariamente mejores o peores que las nuevas formas de comunicación visual en competencia. Simplemente quiere decir que algunos aspectos vinculados con el cambio toman tiempo. Es necesario aclarar que esta afirmación se hace en el contexto del éxito creciente de la Web y las plataformas multimedia.

La continuación de lo tradicional

Sin embargo, ciertos temas y formas de la investigación visual continúan produciendo estudios visuales de utilidad. Uno de ellos es el análisis visual crítico, como los estudios de Margolis (1998, 1999) sobre los procesos educativos y laborales. Ese trabajo se remonta a estudios tales como la investigación crítica de Stein (1983) sobre las primeras fotografía orientadas hacia la reforma social. El estudio de Stein se centraba en cómo los patrocinadores, la tecnología fotográfica y las formas de difusión influían en aquello que comunicaban las fotografías. Estos argumentos con frecuencia sugieren que las fotografías tienen significados latentes que refuerzan las mismas estructuras que parecen estar criticando.

When We Liked Ike, de Norfleet (2001), constituye un uso más informal de las imágenes para formular preguntas críticas sobre el

pasado. Norfleet, que probablemente haya sido la primera en practicar la sociología visual (trabajó en fotografía y sociología durante varias décadas en la Universidad de Harvard), reúne aquí fotografías de archivos de los años de 1950 que documentan la vida cotidiana: familias, instituciones, organizaciones, tiempo libre y otros. Norfleet agrega a cada imagen una leyenda con fragmentos provenientes de textos sociológicos populares en ese entonces (por ejemplo, los de David Reisman y Vance Packard), fragmentos de novelistas (por ejemplo, J. D Salinger) y citas de la prensa popular (por ejemplo, *Ladies Home Journal*). El espectador es transportado así al mundo cotidiano que se convirtió en la base del análisis sociológico.

También la sociología visual empírica continúa viva. Por ejemplo, Rich y Chalfen (1999) utilizan métodos visuales en un estudio sobre la fenomenología de la enfermedad. En su investigación, pacientes asmáticos crónicos adolescentes o incluso más jóvenes hicieron y analizaron videos sobre sus mundos personales bajo la influencia del asma. Los filmes y los debates abrieron una ventana al mundo privado de una enfermedad durante una etapa específica del ciclo de vida. La dimensión visual funcionó como un medio de descubrimiento por parte de las víctimas de la enfermedad (filmaron sus mundos para contar la historia de sus experiencias como pacientes) y, además, sirvió como la base de un diálogo entre pacientes de asma, adultos en su mundo social (por ejemplo, padres y docentes) y la comunidad médica. Los videos describían el aislamiento social, la irresponsabilidad de los padres y otras cuestiones que condujeron a una mayor comprensión de cómo los adolescentes y los niños enfrentan una enfermedad que los debilita.

El uso de Rich y Chalfen de imágenes producidas de modo nativo se basa originalmente en el proyecto de finales de 1960 sobre los navajos por parte de Worth, Adair y Chalfen (1972/1997), para el cual los antropólogos le enseñaron a la reserva de los navajos a utilizar cámaras de 16 milímetros con el fin de contar sus relatos culturales. A éste le siguieron muchos otros ejemplos.

Sin embargo, las imágenes producidas de modo nativo se han convertido también en importantes herramientas para la investigación visual en las ciencias sociales. El trabajo de Ewald junto a jóvenes apalaches constituye uno de los primeros ejemplos de ello. Su enfoque consistía en enseñarles a niños pequeños a fotografiar a sus familias y su entorno, revelar la película en blanco y negro e imprimir las imágenes. Ewald interrogó a esos niños acerca de qué imaginaban y soñaban y sobre cómo interpretaban su entorno diario. El éxito inicial de Ewald impulsó varios proyectos similares en Sudamérica, Holanda y otros lugares (Ewald, 1985, 1992, 1996).

La elicitación fotográfica es otro de los enfoques exclusivos del campo visual. En una descripción reciente del método (Harper, 2002), hallé que la elicitación fotográfica era el método principal de 40 estudios, incluidos tesis doctorales, libros, artículos e informes. Durante el período transcurrido desde que se publicó el artículo, se han completado varios estudios, y, ciertamente, se han omitido varios de ellos en la revisión. Las disciplinas representadas en esos estudios incluyen la antropología, la comunicación, la educación, la sociología (en especial la urbana, la rural y los estudios de comunidades), el fotoperiodismo, los estudios culturales y éticos y la gerencia industrial. A pesar de las enormes diferencias entre esos tipos de investigación, el deseo compartido de comprender el mundo según lo define el sujeto condujo a la aplicación generalizada de la elicitación fotográfica.

A continuación, explico una de las maneras en las que opera la elicitación fotográfica, partiendo de una revisión breve de un estudio sobre el significado del cambio en la industria lechera del norte de Nueva York (Harper, 2001). El objetivo del proyecto era comprender de qué modo había cambiado la agricultura y qué significado tuvieron esos cambios para aquellos que los vivieron. Para ello, les mostré a granjeros ancianos fotografías de la década de 1940 (un período en el que habían sido granjeros adolescentes o adultos jóvenes) y les pedí que recordaran sucesos, historias o actividades corrientes relacionadas con las fotografías. El éxito del proyecto radicaba en la disponibilidad de un archivo extraordinario de fotografías documentales (el archivo de la Standard Oil de Nueva Jersey) coincidente con la época que los ancianos granjeros habían vivido en los comienzos de sus vidas laborales, y en el hecho de que la calidad de esas fotografías fuera tan buena como para inducir recuerdos detallados y, con frecuencia, profundos.

Los granjeros describieron los aspectos corrientes de la vida rural, incluida la vida social del trabajo compartido (Figura 29.3). Pero lo que es más importante, explicaron lo que significó haber participado en una agricultura vecinal, no perjudicial para el medioambiente y que consideraba a los animales más como compañeros que como recursos a los que explotar.

En éste y en otros estudios fundados en la elicitación fotográfica, las fotos probaron ser capaces de estimular recuerdos que no podrían inducirse través de entrevistas basadas en la palabra. Los debates resultantes fueron más allá de «qué sucedió, cuándo y cómo» para tratar cuestiones como «esto es lo que esto significó para nosotros como granjeros».

Los métodos visuales también se han aplicado a enfoques que anteriormente no se había pensado que fueran visuales. Una edición reciente de *Visual Studies* (volumen 18, número 1) estuvo dedicada a

la etnometodología. Los mundos visuales estudiados por los etnometodólogos incluían materiales textuales provenientes de varios puestos administrativos (Carlin, 2003) y los objetos de trabajo provenientes de emprendimientos científicos (Kawatoko y Ueno, 2003). Estos estudios están basados en los estudios etnometodológicos precursores de Sudnow (1993), quien utilizó imágenes fotográficas para comunicar interpretaciones del *jazz* de forma parcial.

En los últimos años se han publicado diferentes textos sobre los métodos visuales. Los más útiles son *Doing Visual Ethnography*, de Pink (2001); *Visual Methods in Social Research*, de Banks (2001), y el manual editado *Handbook of Visual Analysis*, de van Leeuwen y Jewitt (2001). Pink ha estudiado ampliamente la investigación visual mientras que Banks se ha concentrado en la antropología visual. El manual de Van Leeuwen y Jewitt es una útil colección de estudios culturales e investigaciones empíricas. Sus colaboradores describen el análisis de contenido, la antropología visual, los estudios culturales, la semiótica y etnometodología y el análisis de filmes. A pesar de que la mayoría de los colaboradores restan importancia a las perspectivas a favor de que «los investigadores tomen fotografías para analizar la realidad», la colección es un buen punto de partida. Resulta menos útil *Researching the Visual*, de Emission y Smith (2000), que es, en su mayor parte, un debate en contra de la orientación fotocéntrica de la sociología visual.

Resulta de especial interés que aquellos que han sintetizado las tensiones y las tradiciones de los estudios sociales visuales hayan provenido en su mayoría del exterior de los Estados Unidos y, fundamentalmente durante los últimos años, del Reino Unido. Si bien la «Escuela del Reino Unido» enfatiza los estudios culturales, su enfoque es cada vez más eclético, incluyendo colecciones recientes y venideras centradas en la etnografía visual (por ejemplo, Knowles y Sweetman, 2004).

El otro movimiento europeo importante para la sociología visual está situado en Italia, fundamentalmente en la Universidad de Bolonia. Desde comienzos de la década de 1990, Patrizia Faccioli y sus colegas han estado realizando investigaciones visuales sobre una gran número de temas, utilizando para tal fin la elicitación fotográfica, la fotografía documental, el análisis de contenidos y la semiótica (para obtener un resumen, véase Faccioli y Losacco, 2003). La reciente monografía de Losacco (2003) utiliza la fotografía para comprender la negociación de las identidades culturales de los inmigrantes italianos en Canadá.

El hecho de que IVSA se reúna con regularidad en Europa contribuye a facilitar el crecimiento de los métodos visuales a escala internacional. El desarrollo de la ciencia social visual en las demás partes



Figura 29.3. Trabajadores de una granja cenando.

(Fuente: fotografía de Sol Libson. Con autorización de la Biblioteca Ekstrom, Universidad de Louisville.)

del mundo donde se enseñan las ciencias sociales es un desarrollo crítico a futuro.

Sin embargo, a pesar de la presencia de muchos textos recientes sobre métodos visuales, existen pocos estudios en profundidad basados en datos visuales o análisis visuales. Quinney ha escrito y fotografiado una serie de etnografías introspectivas sobre lugares; la más reciente (Quinney, 2001) explora el significado de lo que él llama la «tierra limítrofe» —la «frontera media» de Hamlin Garland— a la que presenta como un paisaje, un estado mental y una base de orientación filosófica. Barndt (2002) usa fotografías para recolectar y presentar información relacionada a un estudio sobre la globalización de los alimentos. *Changing Works* (Harper, 2001) es uno de los pocos estudios etnográficos recientes basados en fotografías.

Sin embargo, la publicación de estudios fotográficos documentales continúa. Ejemplos recientes incluyen *School*, de Coles y Nixon

(1998), que explora las realidades sociales de tres escuelas de Boston; *A Kind of History* (1999), de Goodman (1999), que documenta 20 años de la vida de un pueblo común de los Estados Unidos; y el estudio fotográfico de Wilson (2000), *Hutterites of Montana*. No obstante, la atención o el objetivo de la mayoría de los científicos sociales sigue centrada en la tradición documental. Desafortunadamente, la propuesta que hizo Becker en 1974 acerca de que los fotógrafos documentales y los sociólogos interesados en la fotografía deberían explorar sus puntos en común y aprender los unos de los otros continúa sin ser puesta en práctica de modo satisfactorio (Becker, 1974).

Cuestiones por resolver: ética de la investigación visual, cuestiones y consideraciones particulares

El mundo científico, al que pertenece la sociología, ha registrado una preocupación creciente por la ética de la investigación. Esta preocupación se debe en parte a usos incorrectos de la investigación científica en el pasado, lo que produjo, a su vez, un crecimiento de los Comités Institucionales de Conducta Ética (IRB, por sus siglas en inglés) como monitores legales de todas las investigaciones realizadas en las universidades de los Estados Unidos. Estas cuestiones son también el sujeto de códigos de ética de asociaciones profesionales como la ASA.

Sin embargo, los investigadores cualitativos a menudo han tenido dificultades para definir su trabajo en términos que cumplan con las expectativas de los IRB. Tal es el caso específico de los investigadores fotográficos. La cuestión primaria tiene que ver con el consentimiento informado de los sujetos y su anonimato. A continuación se detallan los problemas de los investigadores cualitativos y el caso especial de los fotógrafos sociológicos.

El primero está relacionado con la observación de la vida pública y, en el caso de la sociología visual, la fotografía de la vida pública. La observación de la vida pública ha sido una parte de la sociología desde los estudios de George Simmel sobre las formas genéricas de la interacción social, basados, en parte, en sus observaciones de la vida pública desde la ventana de su departamento de Berlín, o desde las observaciones de Irving Goffman sobre los matices de la interacción humana durante reuniones sociales. Anderson (2003) se refiere a este estilo de observaciones sociológicas como «etnografía folclórica». Los métodos de Anderson comprenden la observación del público mientras viajan en autobús y caminatas por la ciudad, así como la escucha de conversaciones en restaurantes y otras instancias de la vida pública.

En gran medida, los IRB parecen estar listos para aceptar que es posible observar la vida pública sin un consentimiento informado. Sin embargo, el derecho a fotografiar al público sin el consentimiento del sujeto no ha sido, en líneas generales, evaluado mediante la aprobación de propuestas de investigación por parte de los miembros de la comunidad de sociología visual. Muchos sociólogos visuales toman como ejemplo para su investigación fotográfica la fotografía documental y al fotoperiodismo, para los que el derecho a tomar fotografías en público se halla resguardado por las enmiendas de la Constitución de los Estados Unidos respecto de la libertad de expresión. En estos estudios, es precisamente el retrato nítido del rostro de un extraño haciendo las cosas que normalmente hacen las personas lo que conduce a afirmaciones documentales o a perspectivas sociológicas relevantes.

Los sociólogos visuales señalan el precedente del fotoperiodismo y el documental y sostienen que es poco probable que los sujetos resulten perjudicados por mostrar a personas normales haciendo cosas normales. Para dar un ejemplo personal, hace poco un fotógrafo del *Pittsburgh Post Gazette* me fotografió sin que yo lo supiera durante un juego de *baseball* de los piratas de Pittsburgh, y fui presentado en una fotografía de media página con el fin de respaldar el mensaje del artículo que aducía una baja asistencia a los juegos de los piratas. En verdad, yo había optado por sentarme solo en un sector completamente vacío porque me agrada la vista desde esa sección y disfruto de la soledad en un estadio de *baseball* al comienzo de la temporada. Aparecer retratado en el *Post Gazette* me convirtió en una celebridad durante un día, pero también abrió otros interrogantes. ¿Estaba escapándome del trabajo? ¿Era un ermitaño? Y así sucesivamente. Sin embargo, el público acepta que estar en un espacio público hace que uno sea susceptible a ser fotografiado en público. Mi *status* de celebridad no me afectó ni tampoco violó la ética del fotoperiodismo. Fui retratado con precisión durante el desarrollo mundano de mi vida.

Aquellos de nosotros que deseamos utilizar la fotografía en la sociología creemos que resulta lógico afirmar que tenemos los mismos derechos que aquellos que trabajan en los mundos íntimamente ligados del fotoperiodismo y del fotodocumental. De hecho, algunos de nosotros hemos llegado a definirnos como fotógrafos documentales, en lugar de como sociólogos visuales, para así poder burlar el escrutinio de los IRB, aunque ciertamente no sea la solución al problema.

La segunda cuestión tiene que ver con la pérdida de confidencialidad en las fotos que retratan con claridad a una persona. El lenguaje de la literatura ética actual (según el código de conducta de la ASA o las pautas de los IRB) está alineado a una clara protección del anonimato de los sujetos. Eso es algo loable en caso de que los sujetos

deseen permanecer en el anonimato. ¿Pero qué sucede con aquellos sujetos que están complacidos de ser sujetos y desean serlo (y firman renunciando a tal efecto)? La capacidad de identificar a los sujetos resulta crítica para la utilidad sociológica de las imágenes; ello incluye elementos como las expresiones de los sujetos, sus gestos, sus peinados, sus formas de vestir y otros atributos personales.

Existe poco material escrito sobre la ética de la investigación fotográfica. Hace varios años, Gold (1989) sostuvo que el modelo biomédico no era capaz de abarcar de modo satisfactorio las cuestiones éticas vinculadas con la investigación visual y propuso en su lugar una «perspectiva para la investigación —sensibilidad— anclada en una posición ética proclive al pacto... como medio para tratar los problemas éticos de la sociología visual» (pág. 100). Tal sensibilidad «requiere que el investigador desarrolle una comprensión profunda de los sujetos, de modo que pueda determinar qué individuos y qué actividades pueden fotografiarse, cuáles son los modos apropiados de hacerlo y cómo deben utilizarse las imágenes resultantes» (pág. 103). Esto demanda la comprensión del punto de vista de los sujetos, en especial de sus ideas sobre cómo y dónde serán usadas las imágenes. De acuerdo con Gold: «A diferencia de un contrato, que simplemente especifica derechos y obligaciones, un pacto requiere que el investigador tome en cuenta su relación con los sujetos de un modo mucho más amplio y acepte las obligaciones que se desarrollan entre personas involucradas e interdependientes» (pág. 104).

En la práctica, esto implica que a veces nos encontraremos en situaciones de investigación donde la fotografía violaría las normas del contexto o los sentimientos de los sujetos; en tales casos, no deben tomarse fotografías. Gold (1989) propone a los sociólogos guiar sus acciones a partir de su conocimiento y su sensibilidad ética. Aún resta saber si eso puede servir como base de un método aceptable.

Es necesario resolver estas cuestiones antes de que la etnografía visual pueda difundirse ampliamente. El trabajo de los investigadores visuales debe ser aprobado por comités que, en última instancia, acepten una investigación que difiera por completo del experimento formal y dependa del derecho a documentar la vida con exactitud minuciosa.

Resumen

Mi esperanza es que los métodos visuales se vuelvan aún más importantes en las diferentes tradiciones investigativas donde ya han comenzado a afianzarse y que ese crecimiento se dé de un modo que

reconozca la potencialidad de los nuevos medios, manteniendo aquello que resulta útil de los medios tradicionales y reconozca el derecho de los sujetos, para que se exija una posición ética más amplia de la que el modelo biomédico contractual considera adecuada. Espero que durante la próxima década, los estudios sociales visuales se conviertan en un movimiento global y, por tanto, en un medio para la internacionalización hace tiempo necesaria de la sociología.

Para que las ciencias sociales visuales puedan desarrollarse, es necesario que las reglas y las normas vinculadas a la ética profesional reconozcan el derecho de los fotógrafos/investigadores a tomar fotografías en público y a presentar sujetos identificables, siempre en el contexto de consideraciones éticas que asuman que los fotógrafos/investigadores se hallan conectados por redes de obligaciones y consideraciones morales.

Referencias bibliográficas

- Anderson, E. (noviembre de 2003). *Folk Ethnography*, documento presentado en la conferencia «Being here/ Being there: Fieldwork encounters and ethnographic discoveries», University of Pennsylvania, Filadelfia (Pensilvania).
- Banks, M. (2001). *Visual Methods in Social Research*, Londres, Sage.
- Barndt, D. (2002). *Tangled Routes: Women, Work, and Globalization of the Tomato Trail*, Lanham (Maryland), Rowman & Littlefield.
- Becker, H. S. (1974). «Photography and sociology», *Studies in the Anthropology of Visual Communication*, 1 (1), págs. 3-26.
- Berger, J. y Mohr, J. (1967). *A Fortunate Man*, Nueva York, Pantheon.
- Berger, J. y Mohr, J. (1975). *A Seventh Man*, Nueva York, Viking.
- Berger, J. y Mohr, J. (1982). *Another Way of Telling*, Nueva York, Pantheon.
- Biella, P., Chagnon, N. y Seaman, G. (1997). *Yanamamo Interactive: The Ax Fight*, Nueva York, Harcourt Brace, CD-ROM.
- Carlin, A. P. (2003). «Pro forma arrangements: The visual availability of textual artefacts», *Visual Studies*, 18 (1), págs. 6-20.

- Coles, R. y Nixon, N. (1998). *School*, Boston, Little, Brown.
- Emission, M. y Smith, P. (2000). *Researching the Visual*, Londres, Sage.
- Ewald, W. (1985). *Portraits and Dreams*, Nueva York, Writers and Readers.
- Ewald, W. (1992). *Magic Eyes: Scenes from an Andean girlhood*, Seattle (Washington), Bay Press.
- Ewald, W. (1996). *I Dreamed I Had a Girl in my Pocket: The Story of an Indian Village*, Nueva York, DoubleTake Books.
- Faccioli, P. y Losacco, G. (2003). *Manuale di Sociologia Visuale*, Milán (Italia), Angeli.
- Fuery, P. y Fuery, K. (2003). *Visual Cultures and Critical Theory*, Oxford (Reino Unido), Oxford University Press.
- Gold, S. (1989). «Ethical issues in visual field work», en G. Blank, J. L. McCartney y E. Brent (comps.), *Practical Applications in Research and Work*, Nueva Brunswick (Nueva Jersey), Transaction Publishers, págs. 99-112.
- Gold, S. (2003). «Israeli diaspora», *Contexts*, 2 (3), American Sociological Association, págs. 50-57.
- Goodman, M. (1999). *A kind of History*, San Francisco, Markerbooks.
- Hagaman, D. (2002). *Howie Feeds Me*, Rochester (Nueva York), Visual Studies Workshop, CD-ROM.
- Harper, D. (1987). *Working Knowledge: Skill and Community in a Small Shop*, Chicago, University of Chicago Press.
- Harper, D. (1993). «On the authority of the image: Visual sociology at the crossroads», en N. K. Denzin e Y. Lincoln (comps.), *Handbook of Qualitative Research*, Newbury Park (California), Sage, págs. 403-412.
- Harper, D. (2000). «Reimagining visual methods: Galileo to *Neuro-mancer*», en N. Denzin e Y. Lincoln (comps.), *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks (California), Sage, 2ª edición, págs. 717-732.

- Harper, D. (2001). *Changing Works: Visions of a Lost Agriculture*, Chicago, University of Chicago Press.
- Harper, D. (2002). «Talking about pictures: A case for photo elicitation», *Visual Studies*, 17 (1), págs. 13-26.
- Harper, D. (sin datos). «Cultural studies and the photograph», manuscrito.
- Kawatoko, Y. y Ueno, N. (2003). «Talking about skill: Making objects, technologies, and communities visible», *Visual Studies*, 18 (1), págs. 47-57.
- Knowles, C. y Sweetman, P. (2004). *Picturing the Social Landscape*, Londres, Routledge.
- Letinsky, L. (2000). *Venus Inferred*, Chicago, University of Chicago Press.
- Losacco, G. (2003). *Wop o mangicake, consumi e identità etnica: La negoziazione dell'italianità a Toronto*, Milán (Italia), Angeli.
- Margolis, E. (1998). «Picturing labor: A visual ethnography of the coal mine labor process», *Visual Sociology*, 13 (2), 5-36.
- Margolis, E. (1999). «Class pictures: Representations of race, gender, and ability in a century of school photography», *Visual Sociology*, 14 (1), 7-38.
- Mohr, J. (sin datos). *Jean Mohr: A Photographer's Journey*, Ginebra (Suiza), Association Memoires de Photographes.
- Norfleet, B. (2001). *When we Liked Ike: Looking for Postwar America*, Nueva York, Norton.
- Pernette, W. y Leeuwenberg, F. (2001). *Twogether*, Zúrich (Suiza), Edition Stemmler.
- Pink, S. (2001). *Doing Visual Ethnography*, Londres, Sage.
- Quinney, R. (2001). *Borderland: A Midwest Journal*, Madison, University of Wisconsin Press.
- Rank, M. (2003). «As American as apple pie: Poverty and welfare», *Contexts*, 2 (3), American Sociological Association, págs. 41-50.

- Rich, M. y Chalfen, R. (1999). «Showing and telling asthma: Children teaching physicians with visual narrative», *Visual Sociology*, 14 (1), 51-72.
- Rieger, J. H. (1996). «Photographing social change», *Visual Sociology*, 11 (1), 5-49.
- Rieger, J. H. (2003). «A retrospective visual study of social change: The pulp-logging industry in an upper peninsula Michigan county», *Visual Studies*, 18 (2), págs. 157-178.
- Ruby, J. (sin datos). *Oak Park*, [online], disponible en [http:// astro.temple.edu~ruby/opp](http://astro.temple.edu/~ruby/opp)
- Steiger, R. (2000). «En route: An interpretation through images», *Visual Sociology*, 15, CD-ROM.
- Stein, S. (mayo de 1983). «Making connections with the camera: Photography and social mobility in the career of Jacob Riis», *After-image*, 14.
- Sudnow, D. (1993). *Ways of the Hand: The Organization of Improvised Conduct*, Cambridge (Massachusetts), MIT Press.
- van Leeuwen, T. y Jewitt, C. (comps.) (2001). *Handbook of Visual Analysis*, Londres, Sage.
- Wilson, L. (2000). *Hutterites of Montana*, New Haven (Connecticut), Yale University Press.
- Worth, S., Adair, J., y Chalfen, R. (1997). *Through Navajo Eyes: An Exploration in Film Communication and Anthropology*, Albuquerque, University of New Mexico Press, trabajo original publicado en 1972.

30

Autoetnografía

Transformación de lo personal en político

Stacy Holman Jones

El próximo momento de los estudios cualitativos será uno en que las prácticas de la investigación cualitativa se desplazarán, sin dudas ni obstáculos, desde lo personal a lo político.

—Norman Denzin, «Aesthetics and the Practices of Qualitative Inquiry», 2000, pág. 261.

No seremos capaces de convertir la teoría en acción al menos que la podamos hallar en las formas excéntricas y errantes de nuestra vida cotidiana... [Los relatos] le dan vida a la teoría.

—Minnie Bruce Pratt, *S/HE*, 1995, pág. 22.

Pienso que el teatro es en esencia un lugar para los relatos de liberación y un exigente laboratorio para el modelado de posibles estrategias de empoderamiento.

—Tim Miller, *Solo Performing as Call to Arms*, 2002, párr. 3.

Éste es un capítulo acerca del texto personal como una intervención crítica en la vida social, política y cultural. Por favor, no lo lea solo.

Este capítulo es más que utópico en su llamada a alterar, producir e imaginar un progreso —no sólo un respiro— en la forma en que son las cosas y en la que quizás deberían ser (Ricoeur, 1986, págs. 265-266). No puede estar solo en el mundo.

Este capítulo es acerca de cómo mirar el mundo desde un punto de vista específico, limitado y en perspectiva puede decir, enseñar y

movilizar a las personas. Es acerca de la autoetnografía como una política democrática radical —una política comprometida con la creación de un espacio de diálogo y debate que instigue y modele el cambio social (Reinelt, 1998, pág. 286)—. No actúa solo.

Este capítulo trata acerca del modo en que texto personal es capaz de conducir a escritores y lectores, sujetos y objetos, narradores y audiencias hacia un espacio de diálogo, debate y cambio. No habla solo.

Este capítulo está dirigido a más de una voz, va más allá de la liberación y el descubrimiento personal y más allá del mero goce de un texto. No es sólo un texto.

Este capítulo está pensado para su exhibición pública, para una audiencia. No está concebido para estar solo.

Este capítulo es una pieza de ensamblaje. Requiere ser leído junto con otros textos, en otros contextos y con otros. Requiere de una representación, una en la cual podamos descubrir que nuestros textos autoetnográficos no están solos. Se trata de una representación que indague sobre la forma en que nuestros relatos personales resultan relevantes.

Giro hacia la narrativa: crisis, historias y movimientos

En demanda de una respuesta

«No leas esto hasta que estés listo. Éste no es sólo el tercer ensayo en la lista de lecturas asignadas para la próxima semana. Te horrorizará. Te hará obsesionar. Te transformará.»

Eso es lo que les dije a los amigos de mi curso de posgrado de etnografía en equipo de la Universidad Estatal de California, Sacramento.¹ Para mí, el curso resultaba novedoso en varios aspectos: estábamos trabajando juntos como un equipo de investigación; estábamos escribiendo las narraciones realistas, impresionistas y confesionales de Van Maanen (1988); y estábamos creando un texto juntos, como

¹ El curso en temas especializados «Communication Studies 298: Colloquium in Communication», diseñado y dictado por Nick Trujillo como un curso de etnografía en equipo, se enfoca en el estudio de la cultura organizacional. Trujillo (2003) analiza éste y otros cursos en su ensayo «Reflections on a career in academia». Véase además mi ensayo «What we save: A bricolage on/about team ethnography» (Holman Jones, 2003).

una clase.² En medio de la camaradería y creatividad reinante en ese curso, «Multiple reflections of child sex abuse: An argument for a layered account», de Ronai (1995), nos transformó junto con el modo en que abordábamos nuestro trabajo. En este ensayo, Ronai yuxtapone sus reflexiones respecto de haber sido sexualmente abusada durante su niñez con una argumentación a favor de un relato por capas —una narración que cree «una dialéctica continua de la experiencia a partir de una multitud de voces reflexivas que produzcan e interpreten de forma simultánea... texto[s]» (pág. 396)—.

Si bien no lo sabía en ese entonces, «Multiple reflections» es una autoetnografía. Ronai (1995) comparte su propia aterradora experiencia con el fin de decir algo inesperado e intrincado sobre el abuso sexual, y la fuerza y relevancia que tuvieron su preparación académica y sus esfuerzos personales en la interpretación de esta experiencia. El relato de Ronai tuvo un fuerte impacto en mí. Mi forma de pensar —acerca del abuso sexual, de la escritura y el academicismo, del poder de los textos— cambió. Su lenguaje y su relato consiguieron algo que, hasta ese momento, había creído que era inherente a la música, las novelas y el cine; me introdujeron en una experiencia sentida y vivida. No podía evitar permanecer distante sin que sus palabras me conmovieran. El relato de Ronai demandaba que respondiera y reaccionara. Me maravillé con la belleza de su lenguaje. Hablé de su ensayo con mis colegas y los escuché contar sus propias experiencias de abuso sexual. Me sentía furiosa por lo que le había sucedido a Ronai y a mis amigos.

Ésta es la historia de mi primer encuentro con la autoetnografía como académica de la comunicación. Naturalmente, había estado en contacto con textos autoetnográficos durante toda mi vida: en los cuentos de Raymond Carver, la poesía de Silvia Plath, las novelas de Milan Kundera y las canciones de Billie Holiday. Sin embargo, hasta leer «Multiple reflections», no había relacionado lo que estos trabajos y actos conseguían hacer con lo que yo creía que era el academicismo.

La autoetnografía es...

Un acto de compensación. Eso es lo que representa la autoetnografía y el escribir sobre autoetnografía.³ La autoetnografía trabaja

² Este texto se publicó como «Fragments of self at the postmodern bar», *Communication Studies*, 298 (1997).

³ Esta sección tiene una deuda obvia con «Performance is», de Pelias (1999), a quien le debe un agradecimiento sincero (págs. 109-111).

para mantener unidas la cultura y al *self*, aunque no en equilibrio ni en inmovilidad. La autoetnografía escribe un mundo en movimiento y cambio constante —entre relato y contexto, escritor y lector, crisis y resolución—. Crea momentos cargados de claridad, conexión y cambio.

Escribir sobre autoetnografía es también un acto compensatorio. Siendo el capítulo de un manual que pretende transformar la teoría y el método en acción, ¿qué debería incluir y qué excluir? ¿Cómo compenso el hecho el *contar* (acerca de la historia, los métodos, las responsabilidades y posibilidades de la autoetnografía) con el *mostrar* (realizar aquí, en estas páginas, la tarea de la autoetnografía)? ¿Cuánto pongo de mí y cuánto dejo afuera?

Comienzo con otra clase de acto compensatorio, el examen de libros y ensayos en busca de las palabras que otros han usado para describir la tarea de la autoetnografía. La autoetnografía es...

«investigación, escritura y método que vincula lo autobiográfico y personal con lo cultural y lo social. A menudo esta forma presenta acciones, emociones, encarnaciones, autoconsciencias e introspecciones concretas... [y] reivindica las convenciones de la escritura literaria» (Ellis, 2004, pág. xix).

«una autonarrativa que critica la situacionalidad de *self* con respecto a otros en contextos sociales». (Sprey, 2001, pág. 710)

«textos [que] democratizan la esfera representacional de la cultura al ubicar las experiencias particulares de los individuos en tensión con las expresiones dominantes del poder discursivo» (Neumann, 1996, pág. 189).

Sin embargo, al rato me encuentro queriendo cambiar las reglas, reinscribir palabras acerca de otros emprendimientos —autobiografías, narrativas personales, memorias, cuentos, representaciones— como momentos cruciales de la autoetnografía. Me digo que no se trata de un impulso egoísta —el de desear frases hermosas de otras fuentes para la autoetnografía— porque la autoetnografía no es una práctica sola en el mundo. Ciertamente, la autoetnografía tiene una historia, una contada con lujo de detalle por Reed-Danahay (1997, págs. 4-9), Ellis y Bochner (2000, págs. 739-743) y Neumann (1996, págs. 188-193), entre otros. Pero, dado que la autoetnografía es lo que Geertz (1983) refirió como un género borroso, ésta se superpone con las prácticas de investigación y escritura de la antropología, la sociología, la psicología, la crítica literaria, el periodismo y la comunicación, a las que también se debe (para conocer estas historias, véanse Denzin, 1997, págs. 203-207; Ellis, 2004, págs. 12-18; Neumann, 1996, págs. 193-195), por no nombrar a nuestros cuentistas, poetas y músicos preferidos.

Y de este modo, permito que las palabras acerca de otros tipos de textos personales se hagan escuchar mientras mis dedos bailan sobre el teclado. La autoetnografía es...

un encuentro catastrófico, un momento de vulnerabilidad y ambigüedad sensual, encarnada y profundamente implicada en las estructuras sociales e ideológicas de sus mundos de vida» (Marilyn Brownstein, citado en Grumet, 2001, pág. 177).

«la clase [de arte] que te transporta a lo profundo de tu ser para luego devolvarte al lugar de partida» (Friedwald, 1996, pág. 126).

«narraciones [que] pueden salvar el mundo» (Wade Davis, citado en Chadwick, 2003).

Tomando estas palabras como un punto de partida, creo mis propias respuestas a la llamada. La autoetnografía es...

definir un escenario, contar un relato, trazar conexiones intrincadas entre la vida y el arte, la experiencia y la teoría, la evocación y la explicación... y luego dejar que las cosas sucedan, esperando que los lectores consideren tus palabras con la misma atención en el contexto de sus propias vidas.

hacer presente un texto. Demandar atención y participación. Implicar a todos los involucrados. Rechazar limitaciones o categorizaciones.

atestiguar la experiencia y testimoniar acerca del poder sin repudios —hacia el placer, las diferencias o la eficacia—.

creer que las palabras importan y escribir dirigiéndose hacia el momento en que el fin de crear textos autoetnográficos *sea* cambiar el mundo.

Regreso a los libros apoyados en mi regazo. Continúo leyendo, insatisfecha con mi descripción textual. Se siente incierta e incompleta. Y quizás así deba ser. Decido incluir una última entrada porque dice algo que no he podido incluir en las palabras que he recolectado. La autoetnografía es...

«[un] texto performativo... introspectivo, a la espera de ser representado» (Denzin, 1997, pág. 199),

Decido detenerme aquí, sabiendo que éste no es el fin de un relato acerca de la autoetnografía, sino sólo un comienzo. Regreso a mi propio relato de la historia autoetnográfica y a mi encuentro con el relato de Ronai (1995). Más que crear conexiones y cambios en mi forma de pensar, más que inspirar rabia y deseo, este relato también describe una crisis, una que comenzó mucho antes que el relato de Ronai o de que yo la leyera, y continúa mientras hablamos, mientras

escribimos y nos escriben, en estas páginas y en los escenarios de nuestra experiencia.

Crisis

Es una triple crisis, una triple amenaza, una triple corona de espinas: representación, legitimación y praxis. Estas crisis, que señalan coincidentemente un giro hacia la investigación interpretativa, cualitativa, narrativa y crítica de las disciplinas humanas, quedan resumidas en una línea recitada con frecuencia en una obra conocida: ¿cuánto sabe un académico, cómo lo sabe y qué puede hacer con ese conocimiento en el mundo?⁴

La idea de una triple crisis implica que es algo nuevo y diferente. Pero, estas crisis no son nuevas (Denzin, 1997, pág. 203). Crisis en sí misma no es algo nuevo. Se trata simplemente del resultado de fuerzas en conflicto, la naturaleza dramática de la acción humana y de las elecciones (conscientes o inconscientes) que hacemos dentro de un mundo lleno de posibilidades (Pelias, 1992, pág. 7). El drama de la representación, la legitimación y la praxis forma parte de un diálogo constante entre yo y el mundo respecto de interrogantes vinculados con la ontología, la epistemología, el método y la praxis: ¿cuál es la naturaleza del conocimiento; cuál la relación entre quien conoce y lo conocido; cómo compartimos lo que conocemos y con qué resultados? Lo que hace que esta triple crisis parezca algo urgente es el modo en que ese diálogo ha ido cuestionando gradualmente la estabilidad y la coherencia de nuestras vidas mientras las vivimos y las narramos. Este diálogo se pregunta cómo podemos, en mundos de vida parciales, fragmentados, constituidos y mediados por el lenguaje, narrar o leer nuestros relatos como si fueran neutrales, privilegiados o de algún modo completos. Con el fin de responder a tales interrogantes, hemos examinado los detalles personales, concretos y mundanos de la experiencia como una ventana para la comprensión de la relación entre yo y el otro o entre el individuo y la comunidad. Utilizamos el lenguaje contingente y escéptico del posestructuralismo y el posmodernismo (entre otros) para contar y comprender nuestras vidas y nuestro mundo en la espera de abordar cuestiones referidas al «*self*, el lugar [y] el poder» de formas que resulten más satisfactorias y — *sí* — más

⁴ Para una discusión del modo en que estos interrogantes anticipan las crisis de representación, legitimación y praxis, véanse Denzin (1997, págs. 3-14) y Lather (1993, págs. 673-674).

subversivas que las de representaciones pasadas (Neumann, 1996, pág. 195; véanse también Denzin, 1997; Reinelt, 1998, pág. 285).

Una crisis es un punto de inflexión, un momento en que se debe lidiar con el conflicto, aun cuando sea imposible resolverlo. Es una tensión que abre un espacio para la indeterminación, amenaza con desestabilizar las estructuras sociales y posibilita una incertidumbre creativa (Reinelt, 1998, pág. 284). La investigación interpretativa, narrativa y crítica ha pasado ya por momentos semejantes, todos los cuales condujeron a cambios de géneros y métodos. Hemos viajado desde...

la imposibilidad de una catalogación cuidadosa, fiel y autorizada de un otro exótico...

a los recuentos narrativos parciales, reflexivos y locales...

a textos que trabajan para crear el espacio para una ética comprometida con el diálogo.

En el momento actual...

nos enfrentamos a la imposibilidad de representar la experiencia vivida cuestionando el vínculo entre la vida y el texto...

desarrollamos (y cuestionamos) criterios para la comprensión y evaluación del trabajo que emprendemos para narrar las condiciones de nuestras vidas...

resolvemos realizar un trabajo que marque una diferencia, escribiendo el imaginario social de maneras incitantes y revolucionarias.⁵

Hacemos frente al desafío del movimiento...

Movimiento

Incluso habiendo sido capaz de situar «Multiple reflections» en el contexto más amplio de los giros y movimientos de la investigación interpretativa, cualitativa, narrativa y crítica, aún no sabía qué hacer con la rabia que sentí el día en que leí el ensayo de Ronai (1995). Busqué un lugar para descargar mi enojo, un modo de calmarlo y un medio para actuar sobre él sin olvidarlo ni descartarlo. En el capítulo de la segunda edición inglesa de este *Manual*, Olesen (2000) afirma: «La rabia no es suficiente» (pág. 215). El desafío de Olesen —para ti, para mí— es transformar la rabia en «una acción política progresista, en una teoría y un método que vincule la política, la pedagogía y la

⁵ Para obtener un resumen de estas respuestas, véase Denzin (1997, págs. 16-21).

ética con un accionar en el mundo» (N. Denzin e Y. Lincoln, comunicación personal, 23 de septiembre de 2002).

Éste es un desafío que los autoetnógrafos han estado trabajando para cumplir de manera pausada y progresiva. Es el desafío de crear textos que se desarrollen en el espacio intersubjetivo del individuo y la comunidad y que adopten tácticas para *saber* y *mostrar* (Jackson, 1998; Kemp, 1998, pág. 116). La aceptación de tal desafío significa formular las siguientes preguntas:

- De qué manera, a través de medios encarnados, tácitos, de entonación e improvisación, gestuales, coexperienciales y encubiertos, se expresan el conocimiento, la experiencia, el significado y la resistencia (Conquergood, 2002, pág. 146). Los textos autoetnográficos se centran en el modo en que las personas subordinadas utilizan formas de comunicación —ni textuales ni visuales— deliberadamente sutiles y oscuras para expresar sus pensamientos, sentimientos y deseos mediante la representación de estas prácticas en la página y sobre el escenario (Daly y Rogers, 2001; Jones, 1997a; Stewart, 1996).
- De qué manera las emociones son importantes para la comprensión y la producción de teorías sobre la relación entre el *self*, el poder y la cultura. Los textos autoetnográficos se centran en la creación de una experiencia emocional palpable en cuanto a su conexión, o distinción, con otras maneras de conocer, ser y actuar en el mundo, y sobre él (Bochner, 2001; Ellis, 1997, 1995; Jago, 2002; Spry, 2001).
- De qué manera el cuerpo y la voz son inseparables de la mente y del pensamiento, y cómo los cuerpos y las voces se mueven y privilegian (y se restringen y clasifican) en formas muy particulares y políticas. En lugar de restringir el texto a su encarnación, o la política, a un juego lingüístico, los textos autoetnográficos buscan invocar la naturaleza corpórea, sensorial y política de la experiencia (Alexander, 2000; Gingrich-Philbrook, 1997; Jackson, 1998; Jones, 1997b; Pineau, 2000; Stoller, 1997).
- De qué manera se construyen, revelan e implican los *selves* en el relato de las narrativas personales, y cómo esas narrativas se introducen dentro de los contextos en que se cuentan y los modifican.⁶ Los textos aspiran a una «autoinvestigación» resoluta y

⁶ El interés por las narrativas personales en cuanto textos autoetnográficos tiene una clara deuda con la tradicional práctica entre las antropólogas de contar relatos personales, y con las tradiciones y convenciones de la etnografía feminista. Véanse por ejemplo, Abu-Lughod (1990), Gordon (1988), Tedlock (2000) y Visweswaran (1997).

tensa del rol de un autor (y un lector) dentro de un contexto, una situación o un mundo social. Tal autoinvestigación genera lo que Gornick (2001) denomina «autoimplicación», es decir, el reconocimiento de «nuestra propia parte en la situación» —en particular, de «nuestra propia parte atemorizada, cobarde o engañosa» (págs. 35-36)— en la creación de la dinámica y el movimiento de un texto (véanse también Bochner, 2001; Ellis, 2002; Garrick, 2001; Hartnett, 1998; Langellier, 1999; Park-Fuller, 2000; Spry, 2000; Vickers, 2002).

- De qué manera los relatos nos ayudan a crear, interpretar y cambiar nuestras vidas sociales, culturales, políticas y personales. Los textos autoetnográficos señalan no sólo la necesidad de que haya narrativas en nuestro mundo, sino también el poder de la narrativa para relevar y examinar ese mundo, incluso cuando luchamos por encontrar las palabras, cuando no las hallamos o cuando, en lugar de guardar silencio, invocamos lo impronunciable (Bochner, 2001; Denzin, 2000; Hartnett, 1999; Lockford, 2002; Neumann, 1996; Pelias, 2002; Richardson, 1997).

Estas cuestiones nos desafían a crear un tipo de obra que actúe a lo ancho del mundo, en el mundo y sobre él, y a modificar nuestro enfoque, pasando de la representación a la presentación y del ensayo de nuevos modos de ser a su actuación. Tales cuestiones plantean el desafío del *movimiento*: dialogar y compartir de maneras nuevas y complejas, pensar y repensar nuestras posiciones y compromisos, continuar resistiendo en la búsqueda de una esperanza (Becker, 2000, pág. 523, 541-542). La respuesta a estas cuestiones nos ha llevado a mí y a otros a enfocarnos en la representación. Al tomar este camino debemos considerar cómo las prácticas de la autoetnografía se encuentran modeladas por una rica historia performativa, una historia que debe escribirse en forma de relatos de teorías y prácticas autoetnográficas (Denzin, 2003; Ellis y Bochner, 1996). Nuestro interés permanente por la etnografía performativa, la escritura performativa y las narrativas performativas personales es elocuente. Estos esfuerzos señalan el modo en que los relatos personales se convierten en un medio para la interpretación del pasado mediante la traducción y transformación de contextos y la concepción de un futuro.

Giro hacia la representación: cartas de cambio, para el cambio y sobre el cambio

La imposibilidad de Iser

Fui a la Universidad de Texas, en Austin, para estudiar sobre cultura organizacional y para aprender más sobre etnografía, escritura y estudios académicos. Al leer la lista de cursos de posgrado que se ofrecían en el Departamento de Comunicación, me sentí atraída por un curso titulado Lectura y Representación. Tenía curiosidad. Quería aprender sobre estudios performativos y deseaba explorar las teorías y prácticas de lectura. Pero, ¿hacer una representación? No estaba segura de estar lista para eso.

El profesor⁷ me animó a concurrir a la primera clase para ver de qué se trataba el tema, así que acepté. El material era muy interesante, los estudiantes, simpáticos y el profesor, ingenioso y enérgico. ¿Pero qué sucedía con las representaciones? Mi última —y única— experiencia como intérprete había sido en el rol del bebé Jesús en la procesión de la iglesia durante la Navidad. No estaba segura de si debía quedarme, pero sabía que deseaba quedarme. Entonces el profesor comenzó a asignarnos informes de lectura, y yo comencé a sudar. Llegó mi turno. Me miró y me dijo: «Bueno, no te *conozco*, pero pareces una buena persona. Voy a asignarte a Wolfgang Iser porque él es una buena persona».

Tuve que quedarme. Debía hacer un informe sobre Iser. Era lo que haría una buena persona. Leí *The Fictive and the Imaginary* (Iser, 1993) y comprendí que Iser hablaba acerca de la lectura, así como de la escritura y la representación. Afirmaba que:

La imposibilidad de estar presentes para nosotros mismos se convierte en nuestra posibilidad de desarrollarnos hasta una compleción que no conoce límites porque, sin importar cuán vasto sea el panorama, ninguna de las posibilidades será una motivación suficiente. Esta imposibilidad sugiere un fin para la escenificación literaria. ... La literatura se convierte en un panorama de aquello que es posible, dado que ella no

⁷ Paul Gray era el director de estudios de posgrado y profesor de estudios performativos cuando comencé en 1996 con mis estudios de doctorado en la Universidad de Texas, Austin. Lectura y Representación fue el primero de los muchos cursos que hice con él. Gray fue el primero (pero ciertamente no el único) miembro de la facultad en fomentar mi interés en actuar y en la representación. Es un crítico sagaz, un intelecto poderoso y un mentor entusiasta, y es un profesor hacia quien me siento felizmente en deuda.

se encuentra cercada ni por las limitaciones ni por las consideraciones que determinan a las organizaciones institucionalizadas dentro de las cuales se desenvuelve, por lo general, la vida humana (pág. xviii).

Mientras escribía mi informe, volvía una y otra vez a este pasaje, ya que se refiere al espacio fértil dentro del que nos enfrentamos a la imposibilidad de un conocimiento cabal o completo (del *self*, de los otros y de la relación entre ellos). Dado que no podemos escribirlo o escenificarlo «todo», somos libres para crear una visión de lo que es posible. Al leer a Iser, me convencí de que los textos tanto escritos como leídos quizás pudieran ser capaces de involucrarse con estas limitaciones y superarlas de formas liberadoras. También me convencí de que la representación proporcionaba una posibilidad para lograr tal objetivo.

Surgimiento de la representación

En su ensayo «Rethinking Ethnography»,⁸ Conquergood (1991) rastrea el surgimiento de la representación en la investigación y la escritura etnográfica.⁹ En él, remonta el giro performativo a la caracterización por parte de Victor Turner de la humanidad como *homo performatans* —la humanidad como intérprete—, «una criatura creadora de cultura, que actúa en sociedad, construye su *self* y lo transforma» (pág. 187). La propuesta de Turner por vincular la etnografía con la representación como una práctica de vida y vivida cumple con cuatro objetivos. Primero, dirige nuestra atención hacia el modo en que los cuerpos y las voces se encuentran situadas en contextos —de y en un «tiempo, lugar e historia» (pág. 187)—. Segundo, el giro performativo conduce a investigadores e investigados hacia una relación encarnada de «íntimo compromiso y participación en “coactividades” o corepresentaciones con “individuos únicos” situados y nombrados en términos históricos» (pág. 187; véase también Kisliuk, 2002, págs. 105-106).

⁸ En su ensayo, Conquergood (1991) explora cuatro temas generados a partir de un «profundo autocuestionamiento epistemológico, metodológico y ético» de la crisis de representación y de un mayor énfasis en los enfoques y las teorías críticas.

⁹ La etnografía es tanto un método para el estudio de la representación (proyectos que se enfocan en las prácticas performativas de individuos y culturas particulares [Conquergood, 1992; Jackson, 1993; Jones, 2002; Madison, 1998b]) como una práctica performativa en sí misma (un medio para compartir los resultados del trabajo de campo [Gray, 2003; Mienczakowski y Morgan, 1993; Paget, 1995; Welker y Goodall, 1997]).

Tercero, la etnografía centrada en la representación señala los sesgos visuales, lingüísticos y textuales de la civilización occidental y redirige nuestra atención hacia una expresión auditiva, corporal y posmoderna de la cultura y el mundo de la vida, el trabajo de campo y la escritura (Conquergood, 1991, pág. 189; véase también Tyler, 1986). Cuarto, al resaltar la naturaleza «polisémica» y constitutiva de la vida social y de las representaciones culturales, el paradigma performativo nos demanda enfocarnos en el modo en que los textos pueden crearse, comunicarse e, incluso más importante, criticarse en múltiples niveles (Conquergood, 1991, pág. 189).

Conquergood¹⁰ (1991) no sugiere que la etnografía abandone el texto o el campo en favor de la representación; por el contrario, sugiere que utilicemos la representación como una metáfora, un medio y un método para considerar y compartir aquello que se pierde y queda afuera de nuestro campo de trabajo y nuestros textos, así como para pensar sobre el modo en que la representación complementa, altera, suplementa y critica dichos textos (pág. 191).¹¹

Crítica ecfrástica

Un ladrón conduce hasta el museo en su camioneta negra. El guardia nocturno dice, Disculpe, cerrado, tiene que volver mañana. El ladrón coloca la punta de su cuchillo en la oreja del guardia. No tengo toda la noche, dice, necesito algo de arte. El arte persigue el placer, dice el guardia, no puede ser poseído, usted no puede algo, en ese momento, la cinta de tela le tapa la boca. No se preocupe, dice el ladrón, estamos del mismo lado. Encuentra el salón de maestros holandeses y, de inmediato, se dirige hacia un Vermeer: «Dama en amarillo escribiendo.» El ladrón sabe lo que hace. Tiene un doctorado. Corta el lienzo en uno de los bordes, desde

¹⁰ Conquergood y Turner no están solos en este punto. Clifford Geertz, Dell Hymes, Erving Goffman, Richard Bauman, Kenneth Burke y otros antropólogos, sociólogos, folcloristas y lingüistas también están interesados en el giro performativo y comprometidos con él (Stucky y Wimmer, 2002, págs. 12-13; véase también Denzin, 1997, págs. 102-104).

¹¹ Ésta es una adaptación de Conquergood (1991), quien escribió: «Quiero pensar en la representación como un complemento, una alternativa, un suplemento y una crítica de los textos inscritos» (pág. 191).

el estante con los cuencos de ensalada en dirección descendente hasta el rincón iluminado por el sol del piso ajedrezado blanco y negro. La dama no lo oye; está demasiado compenetrada escribiendo su carta, no se da cuenta de su presencia hasta que es demasiado tarde.¹²

Elegí «Girl Writing a Letter», de Carpenter (1993) para mi primera representación en el curso de Lectura y Representación. Elegí este poema porque es ingenioso, divertido y tienen un final feliz. Eso era lo que pensaba hasta que comencé a trabajar en la representación. Había demasiados personajes, demasiadas historias, demasiadas voces y actitudes que atender al mismo tiempo. Pero ya era demasiado tarde. Me quedé en el curso. Realicé mi informe sobre Iser. Ahora debía hacer mi representación.

Concluí con mi representación de «Girl writing a letter» y el profesor permanecía en silencio. Esperé, el corazón latíendome en la cabeza. Él caminó hasta el pizarrón y escribió «ecfrástico». ¿Ecfrástico? ¿Qué significa eso? ¿Era algo bueno? ¿Algo terrible? Él nos explicó que las obras ecfrásticas, como mi poema, son la mediación en los actos creativos de otros (Scott, 1994, pág. xi), en general, textos que toman en consideración una obra de arte visual o auditiva. Piensa en «Oda a una urna griega», de John Keats. Los textos ecfrásticos intentan evocar «la capacidad de las palabras de los poemas para plasmar una imagen (Krieger, 1992, pág. 1).

Luego de esa breve lección, el profesor continuó con la siguiente representación. Había sembrado interrogantes en mí: sobre el poema, la representación y la écfrasis. Más tarde esa semana, me encontré con él en el pasillo fuera de su oficina. Me dijo: «Buen trabajo el otro día. Gran poema. Gran representación. Creía que habías dicho que no eras una buena intérprete».

«Pues no lo soy.»

«Ciertamente, lo eres.»

Pasé las próximas semanas leyendo y pensando acerca de la representación, los textos y la écfrasis. Si bien por lo general corresponde al dominio del poeta y del académico literario, la écfrasis describe nuestros intentos de traducir y transmutar una experiencia en texto, y un texto en experiencia. La écfrasis «infunde un soplo literario a al retrato silente; crea un retrato a partir de las palabras suspendidas en el texto. Tiene tanto que ver con la urgencia como con el sosiego; es tanto viaje como interludio» (Scott, 1994, pág. xii). ¿Y qué

¹² Carpenter (1993, pág. 125).

sucede cuando representamos un texto ecfrástico? ¿Qué sucede cuando representamos al artista representado al artista, repitiendo el acto de conexión y creación, alejando esa experiencia de una forma y un contexto para rehacerla en otro? Quizás creemos una crítica ecfrástica, una representación que se desplace desde la *mimesis* (imitación) y la *poiesis* (creación) hacia la *kinesis* (movimiento) (Conquergood, 1992, pág. 84).¹³

Inventario

Estaba encandilada. Cambié de bando y me uní a los estudios performativos. Me inscribí en Historia Performativa, Autobiografía y Representación y Etnografía Performativa. El primer día en Etnografía Performativa, la profesora¹⁴ le pidió a los estudiantes que se juntaran en parejas y dijo: «Sin hablar, escriban tres observaciones o presupuestos acerca de sus compañeros y luego discútanlas».

El número de estudiantes era impar, de modo de que me tocó trabajar con la profesora. Escribí: «Canta bien, escribe poesía, cree en la reencarnación». Ella escribió: «Casada o comprometida con una relación, meticulosa y peculiar, no se relaja con facilidad». Intercambiamos nuestras listas y nos reímos de las entradas. Algunas eran acertadas; otras, no. Sin embargo, cada ítem de la lista hablaba acerca de nuestras proyecciones, nuestras esperanzas, las cosas que deseábamos para nosotras y las que no.

Al final de la clase, la profesora nos pidió que hiciéramos un inventario propio, respondiendo a preguntas sobre nuestros *selves* físicos, emocionales, espirituales, intelectuales, artísticos y artefactuales:

¿Cuáles son tres de tus gestos típicos?
La última vez que lloraste, ¿cuál fue el motivo?
¿Qué actividades espirituales realizas cada día?

¹³ Me baso en la descripción de Conquergood (1992) de los «significados variables de la palabra clave “representación” desde que surgió con mayor prominencia en los estudios culturales. Esta genealogía crítica puede trazarse desplazándose desde la representación como *mimesis* hasta la *poiesis* y la *kinesis*; la representación como imitación, construcción y dinamismo» (págs. 83-84).

¹⁴ Joni Jones enseñó Etnografía Performativa. Su obra sobre representación e identidad en el ámbito académico y su trabajo de campo con los Yorubas de Nigeria son centrales para el análisis y la práctica de la etnografía performativa y son una fuente de inspiración para mi propio trabajo. Jones dirigió mi disertación, un estudio etnográfico y performativo sobre la música romántica. Este trabajo lleva el sello distintivo de su dirección cuidadosa, sincera y desafiante.

- ¿Cuál fue el último libro que leíste que no haya sido asignado en clase?
- ¿En qué actividades eres más creativo?
- ¿Qué tipos de adornos utilizas en tu cuerpo, por lo general?

Al responder a éstas y a otras preguntas, pensé en cómo la etnografía performativa es un inventario de mí misma y del otro, un acto de interpretación y una representación de esa evaluación y un viaje a través de la imitación y la creación hacia el movimiento. Me pregunté adónde me llevaría este viaje.

Recreación de cuerpos. Recreación de culturas

Jones (2002) señala que la etnografía performativa es «simplemente el modo en que la cultura se recrea en el cuerpo» (pág. 7). Sin embargo, el proceso de creación y escenificación de la etnografía performativa no significa sólo colocar los cuerpos en una cultura y luego representarlos. Por el contrario, la etnografía performativa busca *implicar* a los investigadores y las audiencias mediante la creación de una experiencia que reúna la teoría y la práctica de formas complejas, contradictorias y significativas.

La etnografía performativa está fundada en dos ideas principales: (a) que nuestras identidades y prácticas diarias son una serie de elecciones performativas (conscientes o inconscientes) que improvisamos de acuerdo a lineamientos culturales y sociales, y (b) que aprendemos a través de la participación o de la representación (pág. 7; véase también Denzin, 2003, págs. 14-16). La etnografía performativa puede adoptar muchas formas, que van desde la recreación de representaciones culturales dirigidas a audiencias interesadas e involucradas en la comprensión, preservación y/o la confrontación de identidades y modos de vida particulares (Conquergood, 1985, 1994), a la presentación de experiencias individuales (autoetnográficas) como un modo de señalar la naturaleza subjetiva y situada de la identidad, el trabajo de campo y la interpretación cultural (Jones, 1996; Spry, 2001). Asimismo, la etnografía performativa puede presentarse de distintas maneras, que abarcan desde los ámbitos «teatrales» típicos sumados a las convenciones de la cuarta pared (en donde la audiencia observa la acción sobre el escenario), a las instalaciones y las escenas en que se invita o induce a los miembros de la audiencia a participar en la creación de la representación. Cualquiera que sea la forma o el proceso, las etnografías performativas buscan «explorar el conocimiento corporal, ampliar los modos en que la etnografía puede compartir el conocimiento de una cultura para resolver los dilemas

éticos y políticos del trabajo de campo y la representación» (Jones, 2002, pág. 7). Jones (2002) afirma que la etnografía performativa alcanza estas metas enfocándose en cuatro principios: (a) la creación de un contexto específico para la representación; (b) la labor en colaboración con una comunidad de trabajo de campo ante la cual se responde; (c) la puesta en relieve del «rol situado e interesado» del actor en la interpretación de una cultura, y (d) la provisión de una diversidad de perspectivas que los miembros de la audiencia deberán sintetizar activamente (págs. 8-9).

La recreación de cuerpos y de culturas puede ser estos elementos si estamos dispuestos a recordar y representar un contexto, una responsabilidad, una subjetividad y una multiplicidad de voces, es decir, si creamos una obra que esté «basada en la comunidad y esté activa en ella» (Kisliuk, 2002, pág. 116). Debemos estar dispuestos no sólo a implicar a nuestras audiencias, sino también a inducir las a participar, a actuar y a tomar riesgos.

Dama en amarillo escribiendo (otra) carta

Durante el segundo semestre de mi programa de doctorado, comencé a sufrir de insomnio. Me acostaba en la cama con la mente inmersa en un frenesí. Retocaba mis ensayos y las conversaciones en clase. Me preguntaba si había pagado la factura de la electricidad. Me debatía sobre qué o a quién elegir como mi tema para Etnografía Performativa. Consideraba lugares y contextos, así como organizaciones e individuos, pero nada parecía ser adecuado. Cambiaba de posición, intentaba concentrarme en el murmullo del aire acondicionado y en el pulso continuado del tráfico de la autopista, y entonces caía en un sueño liviano en el que soñaba con mi abuelo.

Mi abuelo había muerto pocos meses antes de que apareciera el insomnio. Yo estaba en el fragor de mi primer trimestre en Texas cuando llamó mi madre para contármelo. Mi abuelo se había pasado los últimos dos años de luto por la muerte de mi abuela; un ataque al corazón lo había salvado de tener que vivir sin ella.

No asistí al funeral. Mi madre me convenció de que me quedara en la universidad. Allí era donde mi abuelo deseaba que estuviera, donde estaba orgulloso de mí. Meses después mis noches de insomnio comenzaron y concluían con sueños sobre mi abuelo y los límites brumosos de un luto que no había vivido. Una noche, luego de abrir los ojos y encontrarme con el brillo del reloj que marcaba las dos de la mañana, decidí que ya había sido suficiente. Decidí que me reuniría con mi abuelo en el lugar que a él más le importaba y que viviría mi luto

en la universidad, en Etnografía Performativa. Me levanté y compuse otra carta —otro poema para ser representado—.

Querido abuelo

No te oí partir.

Estaba demasiado ocupada escribiendo,

tu niña universitaria,

que nunca se da cuenta de nada hasta que es demasiado tarde.

La abuela me llamó desde su cama en el hospital

me pidió que pasara a verte.

Me contó que anoche te atropelló un automóvil

mientras volvías a casa en medio de la lluvia.

Conduje hacia ti con los dientes apretados.

Suena el timbre temeroso,

mi aliento se entrecorta

hasta que escucho tu voz llamar por encima del ladrido de los perros.

Se abre la puerta y apareces tú, encogido en el umbral.

Moretones furiosos resplandecen debajo de la pálida piel,

tu ojo izquierdo está cerrado por el dolor.

Mi propia visión se nubla cuando nos abrazamos.

No quieres ver un doctor, no quieres recostarte,

no quieres descansar.

Debes ir al hospital, con ella.

Has estado ausente durante mucho tiempo.

Te llevo con ella, pero digo que no puedo quedarme.

Así es, soy tu niña universitaria.

Te miro tocar su cara y acariciar su cabello.

Me da rabia que no quieras vivir sin ella.

Me despido de los dos, sin saber

que será la última vez, sin saberlo.

Los dejo juntos. ¿Es así como lo querías?

No te oí partir.

Transformé esta carta en una representación que incluía las cartas que me envió mi abuelo, fotos familiares, reflexiones sobre su vida y su muerte y argumentos a favor de la representación del luto,¹⁵ Para mostrar a mi abuelo, a mí misma y al proceso de representación de un otro (Hopper, 1993; Stucky, 1993), utilicé técnicas del monólogo y la épica y técnicas performativas de la «vida diaria». Me sentí más cer-

¹⁵ Esa representación fue mi respuesta a la tarea diseñada por Joni Jones. En ella, nos pidió que creáramos lo que Pineau (2002) describe como el uso de la representación en cuanto metodología (pág. 50). Pineau afirma que: «La metodología performativa significa aprender haciendo y puede que incluya cualquier enfoque experiencial que demande a los estudiantes lidiar corporalmente con los contenidos del curso» (pág. 50; véase también Alexander, 1999).

cana a mi abuelo; más afin a su presencia en mi vida, en mis sueños y en mi luto; y orgullosa de compartirlo con una audiencia.

Esta representación fue mi respuesta al proyecto de etnografía performativa. Era mi experiencia, subjetiva y vulnerable. No produjo «hallazgos»; no era posible generalizarla, más allá de pedirle a los miembros de la audiencia que recordaran y revivieran sus propios momentos de luto (Goodall, 2000, pág. 2). Toda la credibilidad que generó se debía a mis torpes intentos por interpretar mi pérdida. Éste es un sello distintivo de la autoetnografía y de la representación autoetnográfica: hablar en y a través de experiencias que son innombrables, además de vivenciar y animar la lucha por encontrar las palabras y, con frecuencia, nuestro fracaso para hallarlas (A. Bochner y C. Ellis, comunicación personal, 6 de septiembre de 2003). Se trata de representaciones riesgosas para todos los implicados, y no sólo porque dan testimonio de los espacios de fracaso, silencio o pérdida. Estas representaciones son riesgosas porque en el apuro por lograr una identificación, una empatía y en nuestro deseo de una experiencia «auténtica», es posible que las audiencias y los actores den y reciban testimonio de formas que pasan con demasiada rapidez desde un «tú» y un «nosotros» conectado pero distinguible a un «yo» violento e incuestionable (Salverson, 2001, pág. 124; véase también Diamond, 1992). Puede que esta fusión de yo en ti y de ti en mí desaliente el compromiso y la responsabilidad. Puede que no sea capaz de reconocer el cambio ético requerido para hacer de la autoetnografía y de las representaciones autoetnográficas «una puerta, un instrumento de encuentro, un lugar de negociaciones públicas y privadas —donde el fin no sea sólo el énfasis, sino *prestar atención*» (Salverson, 2001, pág. 125, énfasis añadido)—. La representación del luto por mi abuelo estuvo cerca de demandar que tanto la audiencia como yo misma tomásemos un riesgo mayor, al pasar de la *mimesis* (reflexión) a la *poiesis* (creación) y la *kinesis* (movimiento). Esa representación —la representación de la crítica y el cambio— requería de otra carta.

Conexión

Tomé un avión hasta St. Louis, Missouri, y me reuní con una vieja amiga. Después de conducir su convertible entre las curvas y contracurvas del parque estatal, nos adentramos en un nuevo territorio, donde respiramos el perfume de los pinos y disfrutamos de la luz del sol. Estábamos allí para una conferencia sobre escritura performativa. Nos reunimos para compartir los trabajos —las palabras— que creíamos que eran escritura performativa. Me sentía nerviosa,

vacilante e insegura. ¿*Debía* estar allí? ¿No debía haber alguna otra persona en mi lugar? Por supuesto que sí. Me sentí culpable de haber abandonado mi trabajo para una disertación sobre la música romántica como un modo de representación feminista. ¿Debería estar *aquí*? ¿Por el contrario, no debería estar en casa escribiendo, concentrada en terminar mi trabajo? Por supuesto que sí. Sin embargo, estaba aquí para escuchar, para leer mis palabras y para vivir la experiencia. Y supe que cuando encarnamos relatos e identidades, siempre existen riesgos y peligros,¹⁶ de modo que fui.

Comenzamos hablando sobre escritura performativa. ¿Qué es? ¿Cómo la reconocemos? ¿Qué aspira a ser? ¿Cómo la evaluamos? ¿Qué tiene en común con la representación? Hablamos, hicimos preguntas y tomamos notas sin arribar a conclusiones, acumulando, en cambio, detalles y matices. La escritura performativa...

«[es un] tipo de escritura donde se juntan el cuerpo y la palabra hablada, la práctica y la teoría performativa, lo personal y lo académico» (Miller y Pelias, 2001, pág. v):

«requiere de fe en que la palabra impresa sobre una página puede “hacer” además de “ser”» (Stucky, 2001, pág. vii);

«depende del cuerpo performativo que cree en el lenguaje» (Gingrich-Philbrook, 2001, pág. vii);

«más que describirla, *crea* una representación» (Barthes, 1977, pág. 114).

El debate frenético y profundo me puso nerviosa y me dejó sin aliento. ¿Encarnaban mis palabras confianza en el poder del lenguaje? ¿Traspasaban las páginas donde estaban inscritas? ¿Invocaban, conjuraban y creaban un mundo nuevo? No obstante la atmósfera acogedora y las miradas amables de los participantes invitándome a relajarme —a disfrutar de esta representación— sentía temor por el modo en que se leería, escucharía y juzgaría mi trabajo.

Abundaban la lectura, la recepción y el juicio —las conversaciones acerca de por qué y cómo evaluar los trabajos auto/etnográficos alternativos—. ¹⁷ Por ejemplo, Richardson (2000) proporciona cinco criterios que utiliza al revisar lo que ella denomina una etnografía ba-

¹⁶ Me refiero al ensayo de Langellier (1999), en donde comenta que: «Cuando la representación de la narrativa personal materializa la performatividad —cuando un narrador encarna identidad y experiencia— siempre existen riesgos y peligros» (pág. 129).

¹⁷ He encontrado piedras basales en Conquergood (1985, 1991, 2002), Denzin (1997), Lather (1993, 2001), Lincoln (1990), Pollock (1998), Richardson (2000) y Stewart (1996); véanse también Bochner (2000); Clough (2000) y Ellis (2000).

sada en Prácticas Analíticas Creativas (CAP, por sus siglas en inglés): (a) contribución relevante para una comprensión de la vida social; (b) mérito estético; (c) reflexividad; (d) impacto emocional e intelectual, y (e) expresión clara de un sentido cultural, social, individual o comunal de la realidad (pág. 937). Basada en los modelos de Richardson y otros autores, he desarrollado una lista de acciones y logros que busco en mi trabajo y en el trabajo de otros. Son cambiantes. Se generan durante la escritura de este capítulo, en lugar de fuera de él o con anterioridad a él:

- *Participación como reciprocidad.* ¿En qué medida el trabajo construye la participación de autores/lectores y actores/audiencias como una relación *recíproca* signada por la responsabilidad y la obligación mutuas (Elam, 1997, pág. 78; hooks, 1995, pág. 221)?
- *Parcialidad, reflexividad y potencialidad de citación como estrategias de diálogo (y no de «dominio»).* ¿En qué medida el trabajo presenta una narración parcial y autorreferencial que se conecta con otros relatos, ideas, discursos y contextos (por ejemplo, personales, teóricos, ideológicos y culturales) como un modo de crear un diálogo entre «autores, lectores y sujetos escritos/leídos» (Pollock, 1998, pág. 80; véanse también Denzin, 1997, págs. 224-227; Lather, 2001, pág. 216; Richardson, 1997, pág. 91)?
- *Diálogo como un espacio de debate y negociación.* ¿En qué medida el trabajo crea un espacio para un diálogo significativo entre diferentes cuerpos, corazones y mentes, y se involucra con él (Conquergood, 1985, pág. 9; Denzin, 1997, pág. 247)?
- *Relatoy narrativa personal como una obligación de la crítica.* ¿De qué modo las narrativas y los relatos representan la obligación ética de criticar las posiciones subjetivas, los actos y las nociones recibidas sobre la experiencia y la justicia, dentro y fuera del trabajo (Conquergood, 2002, pág. 152; Denzin, 1997, pág. 200; Langellier, 1999, 128-131)?
- *Evocación y emoción como incentivos para la acción.* ¿En qué medida el trabajo crea un mundo de vida plausible y visceral y una atmósfera cargada de emoción como un incentivo para actuar dentro y fuera del contexto del trabajo (Bochner, 2000, pág. 271; Denzin, 1997, pág. 209)?
- *Encarnación comprometida como una condición para el cambio.* ¿De qué modo el trabajo sitúa/encarna/cuestiona/interviene en la experiencia en formas que posibilitan la acción política y el cambio dentro y fuera del trabajo? En otras palabras, ¿cómo logra el trabajo «hacer que la escritura *haga*» (Diamond, 1996, pág. 2; Pollock, 1998, págs. 95-96)?

Llevé conmigo estas acciones y logros a la reunión sobre escritura performativa. Cuando el primer autor/intérprete comenzó a hablar, las oí sonar y reverberar en su boca, en sus palabras y a través de su relato. Las oí sonar y reverberar mientras nos escuchábamos los unos a los otros durante ese fin de semana, escribiendo, narrando y remodelando *selves* en las palabras de nuestras páginas, en nuestras bocas, en nuestros cuerpos y en el salón con la ventana verde que daba al mundo.¹⁸

(Re)modelado del *self*

Miller (1998)¹⁹ sostiene que el interés creciente por la representación autobiográfica tiene mucho que ver con un cambio en los estudios performativos, que han pasado de ser una representación estética a «un paradigma más integral para permitir explicar, criticar y experimentar la manera en que se vive la vida contemporánea» (pág. 318). Este cambio, al igual que el cambio a favor de una investigación interpretativa, cualitativa, narrativa y crítica en otras disciplinas humanas, se vio precipitada por una reconsideración de las relaciones entre textos, intérpretes, audiencias y contextos; una proliferación en el número y la naturaleza de las tecnologías comunicacionales; y una descentralización posmoderna de la autoridad, la autonomía y la estabilidad de las instituciones, las subjetividades y los textos (págs. 319-320). A partir de este cambio, surgió un énfasis en la narrativa personal como *compromiso* situado, fluido y cargado emocional e intelectualmente de mí mismo y de los otros (intérpretes y testigos), el cual se hace posible en virtud del «juego cambiante y revelador entre el intérprete y el espectador» (Miller, 1995, pág. 49). En tales inter-

¹⁸ La conferencia se tituló «Giant City conference on performative writing» y se llevó a cabo en abril de 2001 en el Giant City Park, Makanda, Illinois. Cada escritor o escritora presentaba su trabajo «debajo de una pequeña ventana que daba hacia los verdes bosques» (Miller y Pelias, 2001, pág. v). En este pasaje hago referencia a la «ventana verde» (como luego se conocería a los registros de la conferencia) y al extracto compartido por Gingrich-Philbrook (2001) que da inicio a este trabajo.

¹⁹ Mientras asistía a la Universidad de Texas, tuve el placer de asistir a los cursos Representación de la Autobiografía y Arte de la Escritura y la Representación dictados por Lynn Miller, y de contar también con su colaboración en el comité de disertación. La pasión de Miller por la autobiografía performativa y su conocimiento al respecto han influido en mi trabajo y han dado forma a mi comprensión de cómo y por qué la representación de la narrativa personal resulta importante para la autoetnografía.

cambios, las audiencias y los intérpretes (a menudo conformados por personas clasificadas en virtud de su raza, clase, edad, preferencia sexual, identidad de género y experiencia como «otros») crean y constituyen una historia compartida, irrumpiendo así en su marginalidad y mitigándola. Estas representaciones crean encuentros muy personales dentro de una esfera pública cada vez más impersonal.

Las representaciones autobiográficas brindan una oportunidad para la «educación, el empoderamiento y la emancipación» (Langellier, 1999, pág. 129). Langellier (1999) encuentra un modo de mitigar y complejizar la lógica de «bien uno u otro» de la celebración (resistencia) y la conjetura (dominación) dentro de la representación de la narrativa personal, en especial, en la interacción entre la representación y la performatividad. Langellier afirma que en las representaciones que median entre la experiencia y el relato, entre el hacer y lo hecho, «los relatos se crean, no se encuentran» (pág. 128, véase también Denzin, 2003, pág. 10).

Estas distinciones entre la experiencia y el relato, entre el hacer y lo hecho, se basan en una noción de performatividad que sostiene que un relato de vida —una identidad— no es algo que un autor/intérprete «elije hacer, sino... [más bien] es algo *performativo* en el sentido de que constituye un efecto que el mismo sujeto parece expresar» (Butler, 1991, pág. 24). La performatividad señala cómo las identidades, y por consiguiente, los relatos de vida no pueden adoptarse o cambiarse con facilidad (como si fueran un rol asumido por un actor), sino que, en cambio, se incrementan «gradualmente, pero sin asignarse a algún espacio vacante, a ningún actor arrojado a una obra que aún no ha leído; [tales identidades] cobran vida durante su representación» (Salomon, 1997, pág. 169). Es decir, los relatos de vida se crean y recrean en el momento en que se los narra.

La performatividad señala la dificultad de separar nuestros relatos de vida de los contextos sociales, culturales y políticos en los que se crean y en los modos en que la representación, como sitio de diálogo y negociación, es en sí misma un espacio en debate (Diamond, 1996, pág. 2). Langellier (1999) afirma que:

La identidad y la experiencia son una simbiosis de un relato representado y de las relaciones sociales en que se encuentran materialmente inmersas... Ése es el motivo de que las la representación de la narrativa personal sea crucial para aquellas comunidades privadas de los privilegios de las culturas dominantes, aquellos cuerpos sin voz, en términos políticos (pág. 129).

El desafío es considerar de qué modo las representaciones particulares de relatos personales «necesitan de la performatividad para

comprender [sus] efectos constitutivos» y, también, de qué manera la performatividad «depende de la representación para mostrarse a sí misma» (Langellier, 1999, pág. 136). En el movimiento reiterativo e inestable entre la representación y la performatividad «las cuestiones relativas a la encarnación, las relaciones sociales, las interpelaciones ideológicas y los efectos emotivos y políticos se vuelven todas debatibles» (Diamond, 1996 pág. 4). Es una discusión que desplaza el discurso en dirección a la narración performativa, yendo de los textos autónomos a las prácticas situadas; de las tramas narrativas recibidas a los dramas emergentes con varios «finales» posibles y de los narradores omniscientes a una proliferación de voces reflexivas poco confiables. Es una discusión que crea y desafía las relaciones sociales «comprendidas por el suceso performativo y quizás incluso más allá de él» (Langellier, 1999, pág. 132; véase también Denzin, 2003, págs. 10-11).

La escritura performativa centra la dinámica representación-performatividad en el momento de escritura del texto, en el que se construyen, interpretan y modifican las identidades y las experiencias. Ocurre cuando nos enfrentamos a una página con la intención de participar de una discusión signada por el enfrentamiento y la negociación, el conocimiento encarnado y el debate a viva voz, las cargas emocionales e intelectuales. Ocurre cuando, al redactar, enunciar o representar las palabras en una página a través de nuestras bocas, nuestros cuerpos y en el mundo invitamos a una audiencia a dialogar. Dado que la dinámica representación-performatividad establece que las representaciones son inseparables de los intérpretes y que la performatividad es inseparable de la política, la representación autobiográfica, la narrativa personal y la auto/etnografía performativa conjugan lo personal con lo político y lo político con lo personal de modos que pueden, deben y, ciertamente, importan.

Una carta de amor

Era mi turno. Me levanté de mi asiento en el piso y caminé hasta la silla debajo de la ventana. Todas las miradas —expectantes y alentadoras— estaban sobre mí. Respiré hondo y comencé un relato sobre música romántica y fantasmas.

Durante el vuelo desde Detroit a París, leo acerca del museo Edith Piaf en la guía:

París, Abierto con cita previa de 1 a 6 p.m. Cerrado viernes, sábados, domingos y feriados. Museo privado en un apartamento. Recuerdos de la cantante. Colección de porcelanas. Gratis.

Subrayo el número de teléfono. Doy vuelta la gastada página. Cierro los ojos y comienzo a escuchar a Piaf rondar por París, rondar alrededor de mí, una historia presente que canta su invisibilidad...

Llego al museo apartamento a la 1 p.m. Melisa me acompaña como traductora. El propietario, Bernard Marchois, nos invita a pasar. Parada justo en frente de nosotras, hay una silueta de cartón en blanco y negro de Piaf. Marchois nos cuenta que esa silueta se creó como exhibidor a la entrada de uno de sus últimos conciertos en el Olimpia de París. Él sonríe. Es un retrato en tamaño real, dice. Pasa los brazos alrededor de la estatua de cartón. No es un hombre alto, pero, en sus brazos, Edith se ve como un pajarito —sí, un gorrión—.

Nos hace pasar a la sala de estar, y Melisa y yo echamos un vistazo alrededor. Este lugar, al igual que todos los demás, está lleno de recuerdos de Piaf. Son *sus* cosas: sus discos, sus joyas, sus cartas apresuradas, su vestido negro, su porcelana. Nos sentamos en un sofá. (¿Es de ella? ¿Se sentó aquí?) Marchois acerca una silla. Melissa le explica que estamos interesadas en escuchar sobre las actuaciones de Piaf, sobre Piaf la mujer. Él asiente y sonríe. Le pido que me cuente cómo se conocieron. Melissa vuelve a hacer la pregunta en francés. Él se ríe. Nos explica que conoció a Piaf cuando era un adolescente. Una pareja mayor —amigos de la familia— lo había invitado a ver a Piaf en el Olimpia. Antes del concierto, la pareja lo llevó a los bastidores para que la conociera. Se sintió desilusionado. Ella era simple y frágil. Parecía una empleada doméstica.

«¿Sorprendido?», preguntó.

Marchois asintió con timidez.

Ella río de un modo estridente. «¿Vendrás a verme después del concierto, no?»

Él estaba seguro de que ya había visto lo suficiente, pero volvió a asentir.

«El concierto fue electrizante. Para cuando terminó el espectáculo, estaba embelesado. Casi no podía contener mi emoción mientras caminábamos hacia los bastidores. Cuando entramos en el camarín, ella me brindo esa sonrisa resplandeciente».

«¿Y qué piensas de mí ahora?»

«Ella vio todo en mis ojos».

Se rió. «Ven», dijo, arrastrándome hacia sus brazos.

Los ojos de Marchois brillan. Suspira. Dice que fueron amigos, nunca amantes. Dice que ella amaba la vida, amaba reír y hacer música, amaba cantar. Dice que sus canciones estaban llenas de pena, pero que esa pena nunca era de desesperanza. Simplemente, era parte del proceso de vivir. Sus canciones eran señales de los lugares donde se encontraba atrapada: espacios de contradicción, tensión y posibilidades inmanentes.²⁰ Él dice que a ella le encantaba compartir esos lugares, esas aficciones. Dice, otra vez, que ella amaba la vida.

²⁰ Scott (1990, pág. xii).

Miro la silueta de cartón de Piaf en la sala contigua. Miro la fotografía de Marchois abrazándola —no la fotografía en tamaño real, sino [por el contrario] lo que pugna por salir desde el otro lado de la imagen exhibida en su marco diminuto—. ²¹ Lo veo sentado aquí, en un apartamento lleno de tazas de té y aretes, inmóvil. Ojeo mi cuaderno de notas. Mi próxima pregunta es: «¿Por qué hace esto?», «¿por qué invita a extraños a su casa para hablar sobre Edith Piaf?» Levanto la vista hacia él y encuentro la respuesta. Es un aficionado, un coleccionista meticuloso de recuerdos. Lo hace para insuflar vida donde, para quienes se molesten en fijarse, sólo es visible una vaga memoria o un mero vestigio. ²² Vive entre sus cosas porque mirarlas y mostrárselas a los demás es su discurso de amante. ²³ Está escribiendo relatos de fantasmas en un lenguaje de cosas comunes que adquiere un inmenso poder. ²⁴ Y con cada día, con cada conversación, él declara su amor, y vuelve a escribir sus memorias.

Abandonamos el museo y caminamos hacia la estación del metro. Melissa me pregunta si obtuve lo que quería. Digo que sí. No. No estoy segura, y quizás ése sea el punto. Vine a París en busca de la Edith Piaf real, pero me voy con su fantasma.

Melissa se frena. ¿Por qué lo hago? ¿Por qué persigo su fantasma por París?

Tengo la respuesta lista: porque perseguir un fantasma tiene que ver con establecer contacto, y ese contacto te cambia. ²⁵

Más tarde, cuando me siento a escribir este relato sobre mi encuentro con Piaf y su fantasma, sentí que ella miraba por sobre mi hombro mientras yo movía los dedos por el teclado, siempre conmigo, el fantasma inquisitivo y crítico de mi texto. Ella infunde un sentimiento de aflicción a mi lenguaje; nunca desesperanzado, sólo parte de la vida. Mis relatos son cartas de amor, invitaciones a escuchar tanto la voz silenciosa y desoída de la cantante como mi propia voz.

Representación de las posibilidades

Al concluir mi relato, la audiencia permanecía inmóvil y en silencio. Entonces comenzó el debate, el cual me arrastró junto con mi his-

²¹ Gordon (1997, pág. 107).

²² Gordon (1997, pág. 22).

²³ Barthes (1977/1978).

²⁴ Carver (2001) escribe que: «En un poema o en un cuento es posible escribir acerca de cosas y objetos comunes utilizando un lenguaje coloquial pero preciso, y dotar esos elementos —un silla, la cortina de una ventana, un tenedor, una piedra, un arete de mujer— con un poder inmenso e, incluso, sobrecogedor» (pág. 89).

²⁵ Gordon (1997, pág. 22).

toria hacia una nueva representación. Hablamos de ritmo y descripción densa, teoría y práctica, obsesión y escritura. Me sentí desafiada y llena de energía por nuestra conversación. Vi nuevas posibilidades para mi relato, y para el poder de la narrativa para inscribir y encarnar un horizonte de movimiento. Dejé la silla bajo la ventana y regresé a mi lugar en el piso.

Luego de la conferencia, volé a casa y pasé varios días escribiendo y leyendo sobre representación, narrativa personal y performatividad. Tomé nota de lo que Madison (1998a) afirmó sobre la «representación de las posibilidades», es decir, el «trabajo creativo y activo que conjuga la actividad mental con el ser consciente de la vida, de la “fusión de texto y mundo”, de la superación crítica de los márgenes y el centro, de abrir caminos nuevos y diferentes para dar vida a las relaciones y los espacios» (pág. 277).

Las representaciones de las posibilidades se crean a partir de la inercia del movimiento desde el silencio a la voz y de los márgenes al centro. Proporcionan un lugar de encuentro para aquellas narrativas que buscan cambiar «los sistemas y los procesos que limitan las posibilidades» (Madison, 1998a, pág. 279). El espacio y el movimiento vinculados con la representación de las posibilidades conllevan la responsabilidad de comprometerse éticamente con los *selves* y los otros de modos que no frustren ni clausuren el diálogo. La representación de las posibilidades proporciona tanto el método como el medio para una etnografía alternativa y alterativa. Es, de acuerdo con la descripción de Sandoval (2000), subjuntiva; conjuga lo posible con lo que es, provee el medio «a través del cual surgen y se extinguen la diferencias; se conjuga a través del *movimiento*» (pág. 180).

Luego volví a mi disertación, a mi carta de amor para la música romántica. Incorporé estas cuestiones a mis escritos.

Provocación íntima

Los interrogantes planteados por Madison vinculan lo personal con lo político y sugieren la forma en que el giro hacia las narrativas performativas y las representaciones de narrativas crean, en virtud del movimiento y a través de él, una poética políticamente eficaz (véanse también Conquergood, 2002; Langellier, 1999; Hartnett, 1998; Jones, 2002; Spry, 2001).

Las lecciones y los desafíos que plantean para la autoetnografía el giro hacia la representación, la escritura performativa y la narrativa personal son claros. Los textos autoetnográficos son relatos personales que son tanto constitutivos como performativos. Son intercam-

bios cargados de presencia o «presencias mutuas» (Dolan, 1993, pág. 151). Son cartas de amor —procesos y productos del deseo— dirigidas al reconocimiento, al compromiso y al cambio. Tedlock (1991) describe el proceso del etnógrafo como el de un *amateur*, que deriva del latín *amatus* o «amar» (pág. 82). Escrita y experimentada de este modo, la autoetnografía se convierte en una provocación íntima, una écfrasis crítica, un relato del movimiento y con movimiento.

Sin embargo, al igual que con todos los relatos, mi narración es parcial, fragmentaria y situada en los textos y los contextos de mis propios conocimientos, interpretaciones y prácticas. En lugar de concluir aquí en las intersecciones y las posibilidades interactivas de la narrativa y la representación, quisiera contarle un relato más, inventar un relato más, invocar una discusión más acerca de las complejidades de la teoría y la práctica. Quisiera contarle acerca de la representación de la resistencia social como un sitio y un medio para la provocación íntima. Quisiera pedirle que considere el lugar de la autoetnografía en este relato.

Nuevo giro: actuación de la resistencia social

Mirar y escribir

Cuando era una niña de cuatro o cinco años me encantaba quedarme con mis abuelos los sábados por la noche. Disfrutaba quedarme despierta hasta tarde en las noches y ser el centro de atención. Pero más que nada, me encantaba mirar *The Lawrence Welk Show*.^{*} Mi abuela se sorprendía de verme tan compenetrada con el televisor. Al comienzo ella pensó que lo que me llamaba la atención eran las burbujas, pero yo lo observaba todo: los números musicales, los cantantes, el baile. Hacía palmas al compás de Bobby y Sissy. Hacía palmas al compás del tintineo de la máquina de escribir de mi abuelo en el otro cuarto.

Mi abuela solía llamarlo para que viera mi representación, y entonces el sonido de las teclas —la escritura de cartas, historias y ficciones desenfrenadas— se detenía. Mi abuelo entraba con paso tranquilo a la sala para verme. Me sonreía y me alzaba en sus brazos, colum-

^{*} *The Lawrence Welk Show* era un musical de variedades transmitido sin interrupciones durante 31 años. Su conductor era el líder de bandas de jazz, Lawrence Welk. El programa comenzaba con unas burbujas flotando por la pantalla y el sonido de descorchar una botella de champán. [N. del T.]

piándome bien por encima de su cabeza hasta sus hombros. Sostenía mis manos y me hacía girar al compás del vals, el *swing* o el foxtrot de Bobby y Sissy. Y cuando el número terminaba, me devolvía al lugar en el suelo en frente del televisor y regresaba a su máquina de escribir.

Sin que lo viera, ponía los dedos sobre las teclas y marcaba con fuerza su propio ritmo, visón y relatos. Y yo regresaba al baile, a la música, a las canciones y a las burbujas.

Apertura esperanzadora

Antes que nada, considera varias ideas acerca del teatro y el cambio social:

- que el arte no refleja o trasciende la experiencia, sino que, en cambio, es un medio para crear y experimentar el mundo;
- que lo que ocurre en la representación puede influir sobre lo que sucede en el mundo y puede *cambiarlo*;
- que la relación entre el actor y el espectador no es algo fijo, sino bastante maleable —que un espectador puede ser un agente activo (por ejemplo, cocreador, participante) *en* una representación, en lugar de un consumidor pasivo *de* ella—;
- que la representación crea un espacio en donde los participantes no sólo entrevén quiénes y qué son y qué desean, sino que también entran en contacto con distintas identidades, posiciones y aspiraciones;
- que tales encuentros pueden demandar y facilitar respuestas y acciones.

Ahora imagine estas ideas al ser representadas en escenarios y esquinas, en salas de conferencia y cafeterías. ¿Puede ver y escuchar estas representaciones? ¿Puede imaginar que cada una de ellas «modela una apertura esperanzadora hacia las diversas posibilidades de la democracia» (Dolan, 2001b, pág. 2)?

Espere. No responda aún. Quiero contarle un relato más.

La representación ha sido durante mucho tiempo un lugar y un medio para la negociación del diálogo social, cultural y político (para leer dos relatos históricos de este proceso en diferentes contextos, véanse Denning, 1997 y Scott, 1990). En los Estados Unidos, el teatro activista se ha agrupado en torno a movimientos sociales como el movimiento laborista de la década de 1930, los movimientos a favor de los derechos civiles y el movimiento feminista de la década de 1960 y 1970 y el activismo asociado con el sida de los años de 1980 (Cohen-

Cruz, 2001 pág. 95). Sin embargo, la vinculación entre los movimientos sociales y las representaciones activistas es oportunista, tenue y cambiante. Tales vinculaciones no describen con propiedad la naturaleza variable del teatro para el cambio social. En su lugar, tal como proponen Cohen-Cruz (2001), los movimientos con forma y función afines a la representación activista coinciden con los cambios en los modos en que las representaciones postulan la relación intérprete-audiencia-texto-contexto.²⁶

Durante los últimos años de la década de 1960 y los comienzos de 1970, las condiciones para el teatro activista eran óptimas. Los actores formaban colectividades radicales que producían dramas realistas y obras originales. Los objetivos de estas compañías «de actores unidas en un movimiento» «eran claros: sacar a los Estados Unidos de Vietnam, lograr la igualdad de derechos para todo el mundo sin consideración de raza o etnia, boicotear las uvas»* (Cohen-Cruz, 2001, pág. 98). Si bien existían muchas técnicas, gran parte de este trabajo se basó en el concepto del teatro épico, de Bertolt Brecht: representaciones que crean una distinción —y una distancia— entre actor y personaje, texto y contexto. En lugar de dejarse llevar por la fuerza emotiva y no evaluativa del teatro como entretenimiento, el teatro épico demanda que sus audiencias se comprometan críticamente con la representación, evaluándola junto con sus implicancias sociales. La distinción y la distancia son lo que convierten al teatro en una oportunidad en pos de una ciudadanía culta y comprometida, y en un sitio y un medio pujante para irrumpir en nuestro mundo y reconfigurarlo (Brecht, 1957/1998, pág. 125).

A medida que los movimientos nacionales con los que este tipo de representaciones estaban aliados comenzaron a fracturarse y cambiar, la representación de la resistencia social también empezó a cambiar (Cohen-Cruz, 2001, pág. 99). Los intérpretes enfocaron su atención en cuestiones vinculadas con sus propias comunidades y comenzaron a lidiar con la necesidad expresar no sólo solidaridad y unidad, sino también las complejidades de la identidad, la diferencia y la identificación (págs. 98-99) Durante la década de 1980, las políticas de iden-

²⁶ Los cambios de forma y proceso que se analizan aquí no corresponden íntegramente ni de manera ordenada con una secuencia cronológica o secuencial. Las estrategias del teatro de protesta social que describo (de acuerdo con Jan Cohen-Cruz) no son mutuamente excluyentes, y todas estas técnicas se utilizan también en la representación contemporánea.

* «Boicotear las uvas» hace referencia a la campaña en los EE.UU., después de la Gran Depresión, de no comprar ni comer uvas en adhesión a la huelga liderada por César Chávez en contra de los míseros salarios de los recolectores mexicanos en los viñedos estadounidenses. [N. del T.]

tidad (por ejemplo, los esfuerzos centrados particularmente en los derechos de los gays o en la igualdad de género) enfatizaban la narración personal y la creación de un entorno y de un proceso que permitiera a los miembros de la comunidad participar de las representaciones. Mientras que «el teatro político de los años de 1960 era más radical, en términos de consistencia, en cuanto al *contenido*, el teatro basado en la comunidad es más radical y está más enfocado, en términos de consistencia, en el *proceso*» (pág. 100, énfasis añadido). La fuerza y el poder de este trabajo yacen en la creación de una reciprocidad entre los artistas y los miembros de la comunidad, vinculando lo personal con lo político e instigando a la realización de acciones locales específicas. El trabajar con participantes sin entrenamiento significó que gran parte del teatro basado en la comunidad se fundara en talleres para el desarrollo y el ensayo de las representaciones. Las técnicas de taller, como las desarrolladas por Augusto Boal, facilitaron este proceso. Boal (1979/1985), cuyo trabajo se basa en los principios de Brecht, con los que contribuye, delineó varias técnicas para asistir a los miembros de la comunidad en la creación de un «teatro [como] ensayo para la revolución» (pág. 122). Mientras Brecht proponía un espectador críticamente activo, Boal afirmaba que los espectadores deben aprender a convertirse en «especta-actores» y, como tales, a participar de forma activa del drama en desarrollos sobre el escenario. Al hacerlo, los especta-actores se preparan para realizar acciones reales en el mundo (pág. 122).

Los participantes ciertamente aprendieron a volverse una parte activa sobre el escenario y en el mundo. Los beneficios que obtuvieron de la representación fueron claros y concretos. Los desafíos relacionados con la necesidad de equilibrar las preocupaciones estéticas con el compartir una experiencia, los efectos disidentes de los diálogos basados en la identidad y la necesidad de conectar las acciones locales con contextos más amplios, precipitaron un desplazamiento desde una representación basada en la comunidad a un diálogo cívico y teatral (Cohen-Cruz, 2001, pág. 104). El diálogo cívico y teatral tienen como fin realinear y reconectar las políticas relativas al género, la raza, la clase y la sexualidad (entre otras identidades y posiciones) de maneras que no ofusquen o simplifiquen las diferencias, sino que hagan que estas identidades y posiciones entren en conflicto y diálogo entre sí respecto de una cuestión de importancia cívica (Dolan, 2001a, pág. 90). El objeto de la representación del diálogo cívico es «involucrar con mayor profundidad al público en las cuestiones contemporáneas» (pág. 106). Como tal, la representación del diálogo cívico retorna a las amplias cuestiones y contextos sociales, culturales y políticos que «remiten al teatro de la década de 1960 pero desde perspectivas múl-

tiples» (pág. 106). La representación del diálogo cívico se inspira y toma su forma en el ímpetu por implicar a las audiencias en los sucesos contemporáneos con el fin de crear un compromiso crítico (hooks, 1995, pág. 214).

Mientras las técnicas de Brecht y Boal constituyeron la piedra fundamental de gran parte de la práctica teatral basada en movimientos y comunidades, el teatro del diálogo cívico adopta una perspectiva fluida y oportunista respecto de los paradigmas y los estilos performativos (hooks, 1995, pág. 219). Además, la representación del diálogo cívico aprovecha los distintos foros disponibles para la participación —el teatro en vivo y las actuaciones callejeras, la televisión e Internet, las fiestas y espectáculos de danza— (Orenstein, 2001, págs. 149-150). Como sostiene Orenstein (2001), estas representaciones deben «dirigirse a una audiencia amplia, ofreciendo marcos de referencia para la protesta que dejen lugar a la creatividad individual y eviten ideologías abiertamente restrictivas o excluyentes» (pág. 151).

¿Qué lecciones proporciona esta historia a la autoetnografía? Para empezar, brinda otro contexto al giro performativo, la escritura performativa y las narrativas de representación personal en la investigación interpretativa, cualitativa, crítica y narrativa. Segundo, esta historia traza el movimiento entre el arte y la política, el individuo y la comunidad, la representación y la participación. A partir de los cambios dirigidos hacia la reflexividad, la inclusión, los relatos personales, las acciones locales, las perspectivas múltiples y el diálogo cívico, el teatro de protesta social demuestra de qué modo es posible utilizar los paradigmas y las técnicas con el objeto de lograr que el arte importe y generar un accionar en el mundo. La historia del teatro de protesta social habla de la manera en que los relatos que *nosotros* contamos son capaces —y así lo hacen— de reflexionar acerca de este momento histórico presente y sus disconformidades, además de involucrarse en él y criticarlo (Denzin, 1997, pág. 200).

Periodista... Artista

Cuando fui un poco mayor, mis estadías del sábado por la noche con mis abuelos en compañía de Lawrence Welk se extendieron a visitas de una semana de duración durante las vacaciones de verano. Solía visitarlos en su casa del lago con el pórtico cerrado, el jardín ondulante y la densa arboleda. Dentro de la casa había un cuarto de invitados con una cama individual blanca de acero toda para mí. Estaba el órgano eléctrico de mi abuela con sus acompañamientos de vals, foxtrot y *bossa nova*. Había estantes de libros y pilas de juegos

de mesa —*Monopoly*, *Scrabble* y Parchís—. Todas esas cosas estaban allí para mantener mis manos y mi mente ocupadas, pero, después de alrededor de 20 minutos, comenzaba a quejarme de que no había absolutamente nada para hacer.

Comenzaba a preguntarme cuánto tardarían mis padres en venir a buscarme.

Me tiraba en el sofá enfurruñada.

Caminaba hasta la cocina y miraba a mi abuela pelar papas. La miraba de un modo tan intenso que ella se daba vuelta y me preguntaba: «¿Qué sucede?»

«Estoy aburrida.»

«¿Quieres leer?»

«No.»

«¿Quieres ir afuera a jugar?»

«No.»

«¿Quieres que el abuelo juegue *Scrabble* contigo?»

«No.»

«Bueno, querida, ¿qué quieres hacer?»

Entonces, le devolvía una mirada inexpresiva, hasta que ella se encogía de hombros y continuaba con las papas.

Repetíamos esa escena casi todos los días de mis visitas. Hasta que un día mi abuela me miró y me dijo: «¿Por qué no escribes algo?».

«¿Qué?» No había oído esto antes.

«¿Por qué no finges ser una periodista que va a escribir un relato para la edición vespertina del periódico?»

«Pero es que no sé cómo es ser una periodista.»

«Te mostraré.»

Y entonces mi abuela comenzó a buscar mi disfraz de periodista. Me dio un pequeño cuaderno y un lápiz. Me dio un viejo sombrero de mi abuelo. Escribió «Prensa» en un pedazo de papel y lo pegó a la cinta del sombrero. Luego me dijo: «¿Por qué no entrevistas al abuelo para conseguir tu historia?».

Al menos eso es lo que creo que dijo. Yo ya estaba buscando a mi abuelo.

Estaba sentado junto a la mesa del comedor, mirando su máquina de escribir. Tenía las manos entrelazadas detrás de la cabeza. Estaba leyendo la hoja recién mecanografiada frente a él, pronunciando las palabras en silencio. Levantó la vista de su trabajo y dijo: «¡Bueno, miren quién está aquí!».

«¡Soy una periodista y estoy aquí para entrevistarte para la edición vespertina!»

«Claro. Acerca una silla. ¿Te gustaría tomar algo?»

«No puedo. Estoy trabajando.»

«Muy bien, comprendo ¿Cómo puedo ayudarte?»

Le pregunté a mi abuelo cuántos años tenía, cuánto pesaba y cuál era su estatura.

Le pregunté acerca de su color, su disco y su libro favoritos. Le pregunté por qué amaba a la abuela y si deseaba poder vivir para siempre. Le pregunté por qué se sentaba toda la tarde hasta el anochecer frente a la máquina de escribir. Me dijo que estaba escribiendo relatos.

«¿Relatos sobre qué?»

«Relatos acerca de lo que veo cuando cierro los ojos y escucho con mucho, mucho cuidado.»

«¿Qué es lo que escuchas?»

«La radio. Las torcazas. A ti tocando el órgano. Al latido de mi propio corazón.» Me sonrió y pregunto si tenía alguna otra pregunta. Le dije: «No, es suficiente». Volvió a mirar la página y a leer las palabras para sí. Luego puso los dedos en las teclas y comenzó a escribir.

Me quedé allí, completamente inmóvil en la silla, escribiendo las cosas que notaba de mi abuelo mientras trabajaba: la forma en que sus anteojos resplandecían cuando les daba la luz, la forma en que su mano derecha se levantaba de las teclas, empujaba la tecla de regreso y luego volvía a depositarse sobre las teclas con un movimiento fluido, la forma en que sonreía por estar siendo observado y documentado. Trabajé en mi relato durante varios días. Cuando finalicé, mi abuela lo pegó a una gran hoja de cartulina. Mis dos abuelos dijeron que mi relato les había gustado mucho.

El relato que escribí en la casa de mis abuelos ese verano no salió publicado en ninguna parte. Deseaba escribirlo. Me disfracé e hice el papel de periodista tal como lo recordaba —observando con atención, haciendo preguntas y tomando nota de las cosas—. No recuerdo bien qué decía el relato, pero sé que se trataba sobre la representación de mi abuelo como artista —como escritor—. Fue mi intento de documentar la música, el movimiento y el latido de su corazón. Y aunque en aquel momento no lo supiera, ese relato fue mi intento de escribir un texto que representara el mismo arte que buscaba registrar.

En el lugar

Según Kalb (2001), la «idea documental» durante una representación individual significa brindarle a la audiencia la impresión de haber estado allí «en *el lugar*» (pág. 20, énfasis añadido). Para Kalb, el hecho en sí de estar allí no es tan importante como la fuerza retórica de la representación individual para generar «narraciones temá-

ticas poderosas que no puedan rechazarse o predecirse con facilidad, y para aquellas circunstancias performativas» en que el teatro épico de Brecht²⁷ «vuelve a convertirse en un concepto vivo, puesto que la realidad del intérprete-investigador ha pasado a ser una parte activa del arte» (pág. 16). La representación documental individual se inscribe en una duplicidad inherente —de hecho y ficción, imaginación y realismo, objetividad y partidismo— que reconoce «la sofisticación de la audiencia respecto de las narraciones» (pág. 22). Es esta duplicidad, junto con la capacidad del intérprete para unir y explotar las posibilidades inherentes al movimiento entre el realismo documental y la ficcionalización, es lo que hace de la representación algo atractivo.

Las representaciones de Anna Deavere Smith, *Fires in the Mirror* (relacionadas con los disturbios de 1991 en Crown Heights, Brooklyn, Nueva York, a raíz de la muerte de un niño negro a manos de una caravana de autos de rabinos y el apuñalamiento de un estudiante judío a modo de venganza), y *Twilight: Los Angeles* (relacionadas con los disturbios de 1992 en Los Ángeles, a consecuencia de la absolución de los oficiales de policía acusados de golpear a Rodney King) brindan ejemplos sorprendentes sobre la duplicidad de las representaciones documentales individuales.²⁸ Para construir estas representaciones, Smith entrevistó a personas directa e indirectamente involucradas en los sucesos y proporcionó «de forma textual, sus palabras y la esencia de sus seres físicos en descripciones que mezclan la caricatura, los gestos épicos de Brecht y la mímica» (Reinelt, 1996, pág. 609). Reinelt (1996) caracteriza la técnica de representación de Smith como «un puente que hace que lo imposible parezca conectado». Dota a las descripciones de su propia identidad, insinuando comprensión, imparcialidad y, además, su misma posición subjetiva» (pág. 615). Reinelt sostiene²⁹ que al filtrar las voces de (muchos) otros a través de su propia voz y al oscilar entre la identificación y la diferencia:

Smith no es capaz de descartar ninguna posibilidad... Necesita que se la identifique como periodista y como artista. En algún sentido, Smith se anima a hablar [por otros]... *no* porque sea objetiva, justa y

²⁷ Kalb (2001) se enfocaba específicamente en la noción de *Verfremdung* (alienación), de Brecht, en la cual se incita a las audiencias a transcender la simple identificación (empatía) con los personajes, para pasar a una orientación crítica en donde los actores se encuentran separados de los personajes y el contexto está claramente conectado al texto presentado.

²⁸ Véase también el análisis de Kalb (2001) sobre Marc Wolf, Danny Hoch y Sarah Jones.

²⁹ Reinelt (1996) se refiere tanto a la representación en escena como al video de *Fires in the Mirror*, producido para American Playhouse.

equitativa, sino porque demuestra el proceso de conexión de las diferencias, la búsqueda y comprensión de la información y el refinamiento de cuestiones asociadas a la identidad. Dado que la audiencia está posicionada en las secuencias de abordaje directo que le permite «ser» Smith, ella se encuentra posicionada para poder experimentar la actividad de conexión, el trabajo con las diferencias. Este efecto es el elemento más radical de la obra de Smith: involucra al espectador en una actividad política radical al punto de que él o ella lidian con este proceso epistemológico (pág. 615).

En el trabajo de Smith esta conexión se pone en práctica a través de la representación de relatos personales. En lugar de utilizar estos relatos como un espejo de la experiencia no examinada de un sujeto o una audiencia, las representaciones individuales de Smith «convierten el espejo en una herramienta política» (Kalb, 2001, pág. 23; véanse también Dolan, 2001a, pág. 89; Kondo, 2000). Smith señala que: «Mi proyecto es sobre... la brecha entre...el intérprete y el otro y... la brecha entre el intérprete y el texto (citado en Capo y Langellier, 1994, pág. 68). Al permanecer presente de forma crítica en su descripción de los otros y de sus relatos, Smith acerca lo performativo a su representación. Evita la(s) *representación(es)* de sucesos y participantes reduccionistas, estáticas y faltas de compromiso político para priorizar un tipo de trabajo que *presente* —cree— «un compromiso generador entre el intérprete y la audiencia» durante la negociación entre relatos, *selves*, textos y contextos (Salverson, 2001, pág. 123). Se mueve a través de la *mímesis* hacia la *poiesis* y la *kinesis*.

¿Qué sucede cuando los intérpretes presentan sus propios relatos? Con frecuencia, los intérpretes individuales brindan sus relatos personales como testimonios acerca de acontecimientos «reales». Las audiencias presencian estos testimonios y, como tales, se involucran en los encuentros. Como señalan Hughes y Román (1998):

Cuando presenciamos una pieza individual lo hacemos sabiendo que es muy probable que el intérprete sea además el escritor, y que, además, los relatos que oiremos «realmente sucedieron». Hay un cierto grado de seguridad que la audiencia pierde: no podemos escondernos detrás de «es sólo arte» (pág. 4; véase también Miller, 1995).

Las representaciones de narrativas personales niegan cualquier distinción sencilla entre «arte» y «vida». Tales representaciones mantienen su fuerza performativa y política en y a través de las formas en que destacan la naturaleza constitutiva y cambiante de prestar testimonio y la atestiguación. En lugar de presentar la experiencia como si fuera auténtica (verdadera) e intocable (inmune a los comentarios críticos), los intérpretes individuales crean provocaciones íntimas en

las que dan su testimonio mientras las audiencias atestiguan sus relatos (Gray y Sinding, 2002).

Robbie McCauley es una intérprete que escribe, dirige y representa narrativas personales, haciendo explícitas las condiciones sociales en que están situados sus relatos (Whyte, 1993, pág. 282). Al contar sus narrativas personales, McCauley «pretende que sus observadores..., al atestiguar las experiencias que ella invoca en sus representaciones, comiencen a comprender su propia implicación en las situaciones presentadas por ella» (págs. 282). En su obra *Sally's Rape: The Whole Story*, McCauley explora la manera en que su propio relato está delineado a partir de los relatos de otros, incluido el de su «tatarabuela, Sally, una esclava del estado de Monticello, de Thomas Jefferson» (pág. 280).³⁰ El trabajo incluye una escena en donde McCauley posa desnuda durante un remate. Su compañero blanco, Jeannie Hutchins,³¹ instruye a la audiencia para que cante «subástenlos, subástenlos», y así colaborar a crear la escena de un mercado de esclavos. McCauley representa un monólogo en el que la voz de Sally se mezcla con su propia voz mientras que el cuerpo de esta última es examinado y ultrajado. Whyte (1993) describe su experiencia con relación a esta escena:

Para el observador, la representación de la escena de la subasta de esclavos, una escena de victimización, ejerce una fascinación sobrecogedora. El placer de observar el cuerpo desnudo de la mujer negra... se tiñe de culpa al ser consciente de estar posicionado innegablemente como un potencial comprador en el mercado de esclavos... Del mismo modo, sea que te unas o no al canto, te ves atrapado por la magia congeniada del sonido que reanima el pasado, y, sin importar cuánto te digas que no tienes nada que ver con esta escena, pasas a ser cómplice indirecto del sistema de subastas representado en la puesta en escena de McCauley (pág. 278).

El trabajo de McCauley ilustra las maneras en que prestar testimonio y la atestiguación pueden y deben estar situados dentro de contextos e historias compartidas más amplias. Sus representaciones demandan que audiencias e intérpretes se agrupen de forma diferenciada y profunda «sin reducir el “yo” o el “otro” a un “nosotros” totalizador» (Salverson, 2001, pág. 120). McCauley aprovecha la vulnerabi-

³⁰ Whyte (1993) comenta que la tatarabuela de McCauley no era Sally Hemings, aunque señala que la representación de McCauley «juega con las similitudes entre las vidas de estas dos Sallys y las de otras esclavas» (pág. 292).

³¹ Partes de *Sally's Rape* están basadas en conversaciones con Hutchins sobre raza, clase, género, historia y contextos. véase Becker (2000, pág. 520).

lidad requerida para contar relatos personales con el fin de conducir a las audiencias a la superación de las identificaciones esencialistas simples, dirigiéndolas hacia un compromiso generativo con sus diferencias. Señala que: «Cuando uno involucra su vulnerabilidad en torno a... cuestiones que son tanto políticas como personales, entonces puede hacer que suceda algo poderoso entre las personas» (citado en Becker, 2000, pág. 530).

¿A dónde conduce a actores y audiencias esta conexión de lo político con lo personal en las representaciones individuales (y en dónde los deja)? Hughes y Román (1998) afirman que:

Que «lo personal sea político» continúa siendo un desafío crucial para los intérpretes individuales... En consecuencia, pocos artistas — sin importar cuán habilidosos o divertidos sean — aspiran simplemente a entretener: su objetivo es provocar, generar interrogantes e implicar a sus audiencias (págs. 8-9).

Por consiguiente, la idea de estar *en el lugar* como intérprete individual implica utilizar relatos personales para crear «alteraciones calculadas» en las redes de poder sociales, culturales y políticas (Lane, 2002, pág. 61). El escritor, intérprete y director Tim Miller se ha referido acerca de la naturaleza precisa de estas alteraciones: «Toda razón de ser un artista en este ámbito en particular (representación)... es responder rápida, eficaz y quirúrgicamente a lo que quieres hacer» (citado en Burnham, 1998, pág. 35)

Las representaciones individuales de Miller están centradas en los derechos e identidades de los gays en la medida en que estas cuestiones son reflejadas en/a través del lente crítico de su experiencia personal. Su reciente trabajo, *Glory Box*, protesta acerca del fracaso de las leyes inmigratorias para reconocer las relaciones de gays y lesbianas, utilizando para ello la experiencia de su propia relación con su pareja australiano-escocesa. En ocasión de escribir sobre la experiencia de viajar y representar *Glory Box* por los Estados Unidos, Miller (2002) señala que:

Estoy tratando de explicarle a las comunidades que participan conmigo que es necesario frenar esta violencia e injusticia contra las parejas gays y lesbianas... Pienso que el teatro es, en esencia, un lugar adecuado para los relatos de liberación y un laboratorio de trabajo para modelar posibles estrategias de empoderamiento (párr. 4).

Para Miller estas estrategias incluyen llamadas explícitas a la acción tanto por dentro como por fuera de la representación. En cada comunidad en donde se presenta, Miller une fuerzas con organiza-

ciones locales y nacionales comprometidas con una causa, insta a los miembros de la comunidad a presionar a sus representantes en el Congreso, les pide a los miembros de la audiencia que firmen petitorios en defensa de cambios de legislación y utiliza a la representación como catalizador de una cobertura mediática que genere consciencia sobre esta cuestión (párr. 7-11).

Además de este «activismo de base», Miller solicita a su audiencia comprometerse con un trabajo de concientización más individual, el cual denomina «ajustes... emocionales y psíquicos». Por ejemplo, la representación de Miller requiere que los miembros heterosexuales de la audiencia reconozcan los privilegios de tal condición, y solicita a aquellos miembros de la audiencia que sean gays o lesbianas reconocer la degradación simbólica e institucional de sus vidas (párr. 12). Tanto en sus impulsos activistas como en los de concientización, el trabajo de Miller «retiene un compromiso personal y político que vuelve borrosos los límites entre lo público y lo privado» (Dolan, 2001a, pág. 114).

Al tomar sus relatos en el lugar y al utilizar la duplicidad entre el arte y el periodismo, el testimonio experto y la atestiguación, los intérpretes individuales nos enseñan cómo crear, poner en práctica e impulsar representaciones rebosantes de posibilidades.

Relatos románticos

En mi sueño veo a mi abuelo en el campus de mi universidad. Al momento de verlo, me dirijo hacia la biblioteca. Está leyendo un periódico en la cafetería. Lo llamo y él levanta la vista de las páginas. Se para y me saluda con la mano, y cuando llego allí nos abrazamos. Me invita una taza de café y nos sentamos a conversar por un largo rato.

«¿Sobre qué estás escribiendo?», me pregunta.

«Estoy escribiendo acerca del modo en que se nos exhorta a participar de la música y los textos. Estoy escribiendo sobre la música romántica como expresión de deseos personales y políticos.»

«¿En verdad?», dice enarcando las cejas.

«Creo que en realidad lo que estoy haciendo es escribir una serie de relatos acerca de la música romántica.»

«Parece entretenido», dice asintiendo.

«Lo es.»

Nuestra atención se enfoca en el café, pero la conversación acerca de la escritura de relatos románticos continúa rondando por mi cabeza. Se trata de los relatos de lo que sucede entre los relatos binarios, relatos sobre lo que ocurre entre la participación y la provocación, la emoción y la política, el sujeto y el objeto, el cuerpo y la voz, el significado

implícito y el significado literal, la forma y la función, el monólogo y el diálogo, la conexión y la distancia, las conclusiones y las posibilidades. Se trata de relatos que comienzan con la idea de que la representación, dada su inserción en una cultura y en una vasta red de relaciones, es necesaria y completamente *política* (Colleran y Spencer, 1998, pág. 1). Se trata de relatos que indagan en los vacíos y las contradicciones entre una perspectiva moderna/realista de la representación, que imagina que es posible «“compartir” significados estables... entre autor y lector, actor y audiencia, escenario y auditorio», y un enfoque posmoderno/antirrealista, que deconstruye el «proceso mismo de creación de significado» (Kershaw, 1999, pág. 12).

Por consiguiente, los relatos románticos son relatos que se preguntan qué sucede cuando trato de comprender la representación —con un pie plantado en el ámbito del descubrimiento y la celebración de la diferencia, en las múltiples posiciones subjetivas y en el pluralismo ideológico y político, y el otro apoyado con firmeza en la posibilidad de una experiencia comunitaria, un sentido compartido de empoderamiento y una acción concertada dirigida al cambio social—. Se trata de relatos, igualmente importantes, que se preguntan qué sucede cuando las audiencias se involucran con textos cuya resistencia se manifiesta abiertamente no en su forma o contenido, sino en su actividad en cuanto expresión sutil e indirecta (Holderness, 1992, pág. 10). Se trata de relatos que no descartan ninguna posibilidad para decir que todo depende.

Entre el vacío y las fisuras de las producciones culturales y políticas, estos relatos crean, usando un término del académico teatral Kershaw (1999), una fuente de *libertad*. Se trata de una doble libertad: «no sólo la libertad de la opresión, la represión [y] la explotación..., sino también la libertad *para superar* los sistemas existentes de poder formal, libertad para crear formas de asociación y acción difíciles de imaginar en la actualidad» (pág. 18). La libertad hallada en la representación —hallada en la narración de relatos— crea un radicalismo transgresor y de resistencia.

Kershaw (1999) prefiere el término «radical» a «político», porque «radical no necesariamente refiere a una tendencia ideológica... Se direcciona... hacia algunas clases de libertades que hoy en día son difíciles de concebir» (pág. 18). Además, estos relatos «invitan a un compromiso ideológico que no puede determinar por sí mismo»; son un «proceso performativo en búsqueda de una dirección» (pág. 20). Una de las direcciones que pueden *tomar* los lectores y los miembros de la audiencia es la de participar activamente en lo que Brecht (1957/1998) denominó una audición y una «visión compleja», lo cual permite la existencia de perspectivas múltiples dentro de la red de identifica-

ciones y diferencias sin olvidar la necesidad de exponer los sistemas de opresión o el deseo de encontrar nuevos modos de ser en el mundo (pág. 44). Aun siendo así, la fuente y el objeto de estos deseos varían; dependen de las perspectivas y los compromisos ideológicos de los lectores y los miembros de la audiencia. Estos relatos prometen un campo performativo de ensueño —si quieres escuchar una crítica, llegará—.

Dado que estos relatos crean y abren un espacio indeterminado para la interpretación y la acción, rastrear su eficacia política es algo así como rastrear el movimiento de una idea implícita. Las consideraciones, las ideas y las explicaciones contenidas en estos relatos son puntos de contacto, aunque tal conexión no sigue una ruta directa o un curso lógico. Son espacios de esperanza: *destinos* a los que es posible arribar desde distintas ubicaciones.

«Con respecto a las historias que estás escribiendo», me dice mi abuelo, volviéndome a la conversación. «¿Sucede algo radical en ellas?»³²

«Bueno, creo que sí. Sí.»

«Cuéntame.»

Praxis performativa: la autoetnografía como una política (llena) de posibilidades

Comencé este capítulo pidiéndole que considere el modo en que los textos autoetnográficos ni están ni hablan ni actúan de forma aislada; no son textos aislados y no desean permanecer aislados. Quería crear un diálogo complejo y perturbador sobre los relatos personales, la representación y el cambio social. Quería escenificar este diálogo en y a través de mi propia experiencia en primera persona. Quería crear un texto que muestre —represente— una práctica de escritura que intente responder a la crisis de la praxis. Quería involucrarle, lector, en una conversación que diga y haga algo respecto de la autoetnografía. Quería proponer cómo es que logramos que nuestros relatos personales tengan valor.

Quisiera concluir pidiéndole que mantengas viva esta conversación en sus propios textos, contextos y prácticas. Quisiera que dirija esta conversación hacia el próximo giro, crisis y momento de la autoetnografía, y que conduzca su obra «sin dudas ni obstáculos desde lo

³² Esto está tomado de Kershaw (1999), quien afirma que las preguntas que debemos hacer respecto de la representación —y yo incluiría de los relatos— son: «¿Ha sucedido algo radical?» y «¿Cómo es que sucedió?» (pág. 218).

personal a lo político» (Denzin, 2000, pág. 261). Basado en las lecciones que nos ha enseñado el giro hacia la narrativa personal y la representación, escriba sus relatos conforme se construyen en los relatos de otros, y a través de ellos. Busque en las intersecciones de las obras de los narradores personales, los etnógrafos performativos y los intérpretes de protesta social descritos en este capítulo y en otros textos como ejemplos del modo radical en que podría contextualizar sus textos y su subjetividad; encarnar una responsabilidad personal y comunitaria; ocuparse de establecer conexiones sin reducir o evitar el debate, el diálogo y las diferencias; inducir a las personas a que comprendan su mundo y las formas de opresión vinculadas con ellos de formas novedosas; y crear posibilidades para la resistencia, la esperanza y —sí— la libertad (Denzin, 2003, págs. 33 y 268). Pregúntese cómo sus textos pueden crear y constituir una acción social —cómo sus palabras pueden marcar una *diferencia* dentro y fuera de los procesos individuales de conocimiento y de arriba al conocimiento— y luego *escribalos y compártalos* (B. Alexander, comunicación personal, agosto de 2003). Este, creo, es el futuro de la autoetnografía. Es el desafío de contar y mostrar, según Ellis (2000), relatos que no sólo son necesarios, sino que están llenos de posibilidades (pág. 275). Inspirado en este avance hacia el futuro, quiero desafiarle a que haga lo siguiente:

- *Reconozca el poder de lo intermedio.* Reconozca el poder de no descartar «ninguna posibilidad»: de insistir en la interacción entre el mensaje y la estética, entre el proceso y el producto, entre lo individual y lo social. Recuerde cómo las crisis, giros y movimientos en y hacia el teatro narrativo, performativo y de protesta social se generan gracias a las posibilidades radicales que existen en estos espacios intermedios. Haga un trabajo que «luche por abrir el espacio entre el análisis y la acción, y acabe con la oposición binaria entre teoría y práctica» (Conquergood, 2002, pág. 145).
- *Escenifique encuentros imposibles.* Cree textos que escenifiquen lo que Cohen-Cruz (2001) denomina «encuentros imposibles» por su «capacidad de poner a las personas en contacto con ideas, situaciones u otros que parecen ser completamente diferentes» (pág. 105). Aproveche esos encuentros como ocasiones para negociar un debate y un diálogo acerca de cuestiones importantes para usted y para el mundo. Recuerde que, como afirma McCauley, «el diálogo es un acto... No es algo previo o posterior al acto. Decir las palabras, permitir un diálogo y hacerlo posible es un acto, un acto útil en el momento» (citado en Mahone, 1994, pág. 213).

- *Contextualice el acto de prestar testimonio y la atestiguación.* Represente el testimonio y la atestiguación de relatos personales dentro de contextos sociales más amplios, a través de estos contextos y con estos contextos. Considere que al contextualizar nuestros textos, somos capaces de realizar un trabajo que constituya un primer paso hacia el cambio social. Esfuércese por hacer un trabajo que «pueda actuar como una puerta, un instrumento de encuentro, un lugar de negociaciones privadas y públicas» (Salverson, 2001, pág. 125), en donde el fin sea atestiguar «dentro del contexto de la reunión junto a la persona que presta su testimonio» (pág. 121).
- *Cree alteraciones.* Valore los textos que «intenten provocar, plantear interrogantes [e] involucrar» a autores y audiencias; textos que creen alteraciones (Hughes y Román, 1998, pág. 9). Capitalice la complicidad inherente a la escritura y la lectura de textos autoetnográficos —cómo, al colocar nuestras vidas y cuerpos en los textos que creamos, con los que nos involucramos y a los que representamos, «dejan de ser sólo nuestros; para bien o mal, se han vuelto parte de una experiencia comunitaria» (Nudd, Schriver, y Galloway, 2001, pág. 113) —. Escriba textos que insistan con que estar allí —en el lugar— «es estar involucrado» (pág. 115).
- *Cree textos de naturaleza explícita.* Responda ante la necesidad de ser explícito al implicar intelectual y emocionalmente a sus lectores y audiencias, encaminándolos hacia una acción social, cultural y política concertada. Utilice sus textos para «escenificar razonamientos, encarnar conocimientos y políticas, y abrir una comunidad a sí misma y al mundo de modos que resulten peligrosos, viscerales, atrayentes e inspiradores» (Dolan, 2001a, pág. 62). Plantee no sólo si sus textos son inspiradores, sino también *de qué modo* generan un movimiento y con qué *fin*es (Salverson, 2001, pág. 122, énfasis añadido).

Éstos son sus desafíos, tanto como los míos. En el capítulo de un *Manual* que quiere poner en práctica la teoría y el método, es el precio por hacer de lo personal algo político, tanto en su trabajo como en el mío. ¿Planteará el capítulo sobre autoetnografía de la próxima edición de este *Manual* si hay lugar para la autoetnografía en nuestras conversaciones sobre políticas democráticas radicales o para una poética del cambio o una representación de las posibilidades? ¿Será este capítulo la conclusión de esta búsqueda o constituirá un comienzo, una apertura de conversaciones acerca de dónde hemos estado y cuán lejos hemos llegado en relación con nuestra voluntad y capacidad de declarar que nos encontramos en un momento en el que el fin de crear textos autoetnográficos es cambiar el mundo?

Epílogo: hay fuerzas vivas en la poesía

Usted trata con provocaciones íntimas y peligrosas.
Gritando «¡Cambio!» en teatros abarrotados,
comprometiéndose a escribir con eficacia,
creyendo que hay fuerzas vivas en... la poesía.³³

Usted toma sus políticas de forma personal
y hace político lo personal.
Usted apuesta su relato de vida a la representación,
no a la imitación;
acercando movimiento, no espejos, a la realidad.

Usted comprende cómo
el teatro, el arte, el texto y la experiencia son
lo que hagamos de ellos,
y cómo estamos hechos por ese hacer.³⁴

Usted camina por la línea imaginaria
entre el artista y el activista.
Le da vida a la teoría
de que existen infinitas maneras
de arreglárselas... y de superar las dificultades.³⁵

¿Hay algún lugar para la autoetnografía
en este poema?
Usted dígame.

Referencias bibliográficas

- Abu-Lughod, L. (1990). «Can there be a feminist ethnography?», *Women and Performance*, 5 (1), págs. 7-27.
- Alexander, B. K. (1999). «Moving toward a critical poetic response», *Theatre Topics*, 9 (2), págs. 107-125.

³³ Artaud (1958, pág. 85).

³⁴ Nudd, Schriver y Galloway (2001, pág. 15).

³⁵ DeCerteau (1984, pág. 29).

- Alexander, B. K. (2000). «*Skin Flint* (or, *The Garbage Man's Kid*): A generative autobiographical performance based on Tami Spry's *Tattoo Stories*», *Text and Performance Quarterly*, 20, págs. 97-114.
- Artaud, A. (1958). *The Theater and its Double*, Nueva York, Grove Press, traducción de M. C. Richards.
- Barthes, R. (1977). *Image–Music–Text*, Nueva York, Hill & Wang, traducción de S. Heath.
- Barthes, R. (1978). *A Lover's Discourse: Fragments*, Nueva York, Hill & Wang, traducción de R. Howard, trabajo original publicado en 1977.
- Becker, B. (2000). «Robbie McCauley: A journey toward movement», *Theatre Journal*, 52, págs. 519–542.
- Boal, A. (1985). *Theatre of the Oppressed*, Nueva York, Theatre Communications Group, traducción de C. A. McBride y M. O. McBride, trabajo original publicado en 1979.
- Bochner, A. P. (2000). «Criteria against ourselves», *Qualitative Inquiry*, 6, págs. 266-272.
- Bochner, A. P. (2001). «Narrative's virtues», *Qualitative Inquiry*, 7, págs. 131-157.
- Brecht, B. (1998). *Brecht on Theatre: The Development of an Aesthetic*, Nueva York, Hill & Wang, compilación y traducción de J. Willet, trabajo original publicado en 1957.
- Burnham, L. F. (1998). «Interview with Tim Miller», en G. Harper (comp.), *Interventions and Provocations: Conversations on Art, Culture, and Resistance*, Albany, State University of New York Press, págs. 31-40.
- Butler, J. (1991). «Imitation and gender insubordination», en D. Fuss (comp.), *Inside/Out: Lesbian Theories, Gay Theories*, Nueva York, Routledge, págs. 13-31.
- Capo, K. E. y Langellier, K. M. (1994). «Anna Deavere Smith on *Fires in the Mirror*», *Text and Performance Quarterly*, 14, págs. 62-76.
- Carpenter, W. (1993). «Girl writing a letter», *Iowa Review*, 23 (2), pág. 125.

- Carver, R. (2001). «On writing», en W. L. Stull (comp.), *Call if You Need Me: The Uncollected Fiction and Other Prose*, Nueva York, Vintage Contemporaries, págs. 87-92.
- Chadwick, A. (27 de mayo de 2003). *Researcher Heads to Sahara to Study Ancient Cultures (Part 1)*, [Online], Washington DC, National Geographic Radio Expeditions y National Public Radio, disponible en: www.npr.org/templates/story/story.php?storyid=1275887
- Clough, P. (2000). «Comments on setting criteria for experimental writing», *Qualitative Inquiry*, 6, págs. 278-291.
- Cohen-Cruz, J. (2001). «Motion of the ocean: The shifting face of U.S. theater for social change since the 1960s», *Theater*, 31 (3), págs. 95-107.
- Colleran, J. y Spencer, J. S. (1998). «Introduction», en J. Colleran y J. S. Spencer (comps.), *Staging Resistance: Essays on Political Theater*, Ann Arbor, University of Michigan Press, págs. 1-10.
- Communication Studies 298. (1997). «Fragments of self at the postmodern bar», *Journal of Contemporary Ethnography*, 26, págs. 251-292.
- Conquergood, D. (1985). «Performing as a moral act», *Literature and Performance*, 5 (2), págs. 1-13.
- Conquergood, D. (1991). «Rethinking ethnography: Towards a critical cultural politics», *Communication Monographs*, 58, págs. 179-194.
- Conquergood, D. (1992). «Ethnography, rhetoric, and performance», *Quarterly Journal of Speech*, 78, págs. 80-123.
- Conquergood, D. (1994). «For the nation! How street gangs problematize patriotism», en H. W. Simons y M. Billig (comps.), *After Postmodernism: Reconstructing Ideology Critique*, Londres, Sage, págs. 200-221.
- Conquergood, D. (2002). «Performance studies: Interventions and radical research», *Drama Review*, 46 (2), págs. 145-156.
- Daly, A. y Rogers, A. (2001). «Carolee Schneemann: A life drawing», *Drama Review*, 45 (2), págs. 9-54.
- DeCerteau, M. (1984). *The Practice of Everyday Life*, Berkeley, University of California Press, traducción de S. F. Rendall.

- Denning, M. (1997). *The Cultural Front: The Laboring of American Culture in the Twentieth Century*, Londres, Verso.
- Denzin, N. (1997). *Interpretive ethnography: Ethnographic Practices for the 21st Century*, Thousand Oaks (California), Sage.
- Denzin, N. (2000). «Aesthetics and the practices of qualitative inquiry», *Qualitative Inquiry*, 6, págs. 256-265.
- Denzin, N. (2003). *Performance Ethnography: Critical Pedagogy and the Politics of Culture*, Thousand Oaks (California), Sage.
- Diamond, E. (1992). «The violence of “we.”», en J. G. Reinelt y J. R. Roach (comps.), *Critical Theory and Performance*, Ann Arbor, University of Michigan Press, págs. 390-398.
- Diamond, E. (1996). «Introduction», en E. Diamond (comp.), *Performance and Cultural Politics*, Londres, Routledge, págs. 1-12.
- Dolan, J. (1993). *Presence and Desire: Essays on Gender, Sexuality, Performance*, Ann Arbor, University of Michigan Press.
- Dolan, J. (2001a). *Geographies of Learning: Theory and Practice, Activism and Performance*, Middleton (Connecticut), Wesleyan University Press.
- Dolan, J. (2001b). «Rehearsing democracy: Advocacy, public intellectuals, and civic engagement in theatre and performance studies», *Theatre Topics*, 11 (1), págs. 1-17.
- Elam, H. J. (h.) (1997). *Taking it to the Streets: The Social Protest Theater of Luis Valdez and Amiri Baraka*, Ann Arbor, University of Michigan Press.
- Ellis, C. (1995). *Final Negotiations: A Story of Love, Loss, and Chronic Illness*, Filadelfia, Temple University Press.
- Ellis, C. (1997). «Evocative autoethnography: Writing emotionally about our lives», en W. Tierney e Y. Lincoln (comps.), *Representation and the Text: Reframing the Narrative Voice*, Albany, State University of New York Press, págs. 116-139.
- Ellis, C. (2000). «Creating criteria: An ethnographic short story», *Qualitative Inquiry*, 6, págs. 273-277.

- Ellis, C. (2002). «Shattered lives: Making sense of September 11th and its aftermath», *Journal of Contemporary Ethnography*, 31, págs. 375-410.
- Ellis, C. (2004). *The Ethnographic I: A Methodological Novel about Teaching and Doing Autoethnography*, Walnut Creek (California), AltaMira.
- Ellis, C. y Bochner, A. P. (1996). «Introduction: Talking over ethnography», en C. Ellis y A. P. Bochner (comps.), *Composing Ethnography: Alternative Forms of Qualitative Writing*, Walnut Creek (California), AltaMira, págs. 13-48.
- Ellis, C. y Bochner, A. P. (2000). «Autoethnography, personal narrative, reflexivity: Researcher as subject», en N. K. Denzin e Y. S. Lincoln (comps.), *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks (California), Sage, 2ª edición, págs. 733-768.
- Friedwald, W. (1996). *Jazz Singing: America's Great Voices from Bessie Smith to Bebop and Beyond*, Nueva York, Da Capo.
- Garrick, D. A. (2001). «Performances of self-disclosure», *Drama Review*, 45 (4), págs. 94-105.
- Geertz, C. (1983). *Local Knowledge: Further Essays in Interpretive Anthropology*, Nueva York, Basic Books.
- Gingrich-Philbrook, C. (1997). «Refreshment», *Text and Performance Quarterly*, 17, págs. 352-360.
- Gingrich-Philbrook, C. (2001). «Preface to the proceedings», en L. Miller y R. J. Pelias (comps.), *The Green Window: Proceedings of the Giant City Conference on Performative Writing*, Carbondale, Southern Illinois University Press, pág. vii.
- Goodall, H. L. (2000). *Writing the New Ethnography*, Walnut Creek (California), AltaMira.
- Gordon, A. F. (1997). *Ghostly Matters: Haunting and the Sociological Imagination*, Mineápolis, University of Minnesota Press.
- Gordon, D. (1988). «Writing culture, writing feminism: The poetics and politics of experimental ethnography», *Inscriptions*, 3 (4), págs. 7-24.

- Gornick, V. (2001). *The Situation and the Story: The Art of Personal Narrative*, Nueva York, Farrar, Straus & Giroux.
- Gray, R. (2003). «Performing on and off the stage: The place(s) of performance in arts-based approaches to qualitative inquiry», *Qualitative Inquiry*, 9, págs. 254-267.
- Gray, R. y Sinding, C. (2002). *Standing Ovation: Performing Social Science Research about Cancer*, Walnut Creek (California), AltaMira.
- Grumet, M. R. (2001). «Autobiography: The mixed genre of public and private», en D. H. Holdstein y Bleich (comps.), *Personal Effects: The Social Character of Scholarly Writing*, Logan, Utah State University Press, págs. 165-177.
- Hartnett, S. (1998). «Democracy is difficult: Poetry, prison, and performative citizenship», en S. J. Dailey (comp.), *The Future of Performance Studies: Visions and Revisions*, Annandale (Virginia), National Communication Association, págs. 287-297.
- Hartnett, S. (1999). «Four meditations on the search for grace amidst terror», *Text and Performance Quarterly*, 19, págs. 196-216.
- Holderness, G. (1992). «Introduction», en G. Holderness (comp.), *The Politics of the Theatre and Drama*, Nueva York, St. Martin's, págs. 1-17.
- Holman Jones, S. (2003). «What we save: A bricolage on/about team ethnography», *American Communication Journal*, 6 (2). [Online], disponible en: www.acjournal.org
- hooks, b. (1995). «Performance practice as a site of opposition», en C. Ugwu (comp.), *Let's Get it On: The Politics of Black Performance*, Seattle, Bay Press, págs. 220-221.
- Hopper, R. (1993). «Conversational dramatism and everyday life performance», *Text and Performance Quarterly*, 13, págs. 181-183.
- Hughes, H. y Román, D. (1998). «O solo homo: An introductory conversation», en H. Hughes y D. Román (comps.), *O Solo Homo: The New Queer Performance*, Nueva York, Grove Press, págs. 1-15.
- Iser, W. (1993). *The Fictive and the Imaginary: Charting Literary Anthropology*, Baltimore (Maryland), Johns Hopkins University Press.

- Jackson, S. (1993). «Ethnography and the audition: Performance as ideological critique», *Text and Performance Quarterly*, 13, págs. 21-43.
- Jackson, S. (1998). «White noises: On performing white, on writing performance». *Drama Review*, 42 (1), págs. 49-65.
- Jago, B. (2002). «Chronicling an academic depression», *Journal of Contemporary Ethnography*, 31, págs. 729-757.
- Jones, J. L. (1996). «The self as other: Creating the role of Joni Jones the ethnographer for Broken Circles», *Text and Performance Quarterly*, 16, págs. 131-145.
- Jones, J. L. (1997a). «Performing Osun without bodies: Documenting the Osun Festival in print», *Text and Performance Quarterly*, 17, págs. 69-93.
- Jones, J. L. (1997b). «Sista docta: Performance as critique of the academy», *Drama Review*, 41, págs. 51-67.
- Jones, J. L. (2002). «Performance ethnography: The role of embodiment in cultural authenticity», *Theatre Topics*, 21, págs. 1-15.
- Kalb, J. (2001). «Documentary solo performance», *Theater*, 31 (3), págs. 13-29.
- Kemp, A. (1998). «This black body in question», en P. Phelan y J. Lane (comps.), *The Ends of Performance*, Nueva York, New York University Press, págs. 116-129.
- Kershaw, B. (1999). *The Radical in Performance: Between Brecht and Baudrillard*, Londres, Routledge.
- Kisliuk, M. (2002). «The poetics and politics of practice: Experience, embodiment, and the engagement of scholarship», en N. Stucky y C. Wimmer (comps.), *Teaching Performance Studies*, Carbondale, Southern Illinois University Press, págs. 99-117.
- Kondo, D. (2000). «(Re) Visions of race: Contemporary race theory and the cultural politics of racial crossover in documentary theater», *Theatre Journal*, 52, págs. 81-107.
- Krieger, M. (1992). *Ekphrasis: The Illusion of the Natural Sign*, Baltimore (Maryland), Johns Hopkins University Press.

- Lane, J. (2002). «Reverend Billy: Preaching, protest, and postindustrial flânerie», *Drama Review*, 46 (1), págs. 60-84.
- Langellier, K. M. (1999). «Personal narrative, performance, performativity: Two or three things I know for sure», *Text and Performance Quarterly*, 19, págs. 125-144.
- Lather, P. (1993). «Fertile obsession: Validity after poststructuralism», *Sociological Quarterly*, 34, págs. 673-693.
- Lather, P. (2001). «Postbook: Working the ruins of feminist ethnography», *Signs*, 26 (4), págs. 199-227.
- Lincoln, Y. S. (1990). «The making of a constructivist», en C. Guba e Y. S. Lincoln (comps.), *The Paradigm Dialog*, Newbury Park (California), Sage, págs. 67-87.
- Lockford, L. (2002). «From silence to siren to silence: A personal tale of political consequence», *Qualitative Inquiry*, 8, págs. 622-631.
- Madison, D. S. (1998a). «Performance, personal narratives, and the politics of possibility», en S. J. Dailey (comp.), *The Future of Performance Studies: Visions and Revisions*, Annandale (Virginia), National Communication Association, págs. 276-285.
- Madison, D. S. (1998b). «That was my occupation: Oral narrative, performance, and black feminist thought», en D. Pollock (comp.), *Exceptional Spaces: Essays in Performance and History*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, págs. 319-342.
- Mahone, S. (1994). *Moon Marked and Touched by the Sun*, Nueva York, Theatre Communications Group.
- Mienczakowski, J. y Morgan, S. (1993). *Busting: The Challenge of the Drought Spirit*, Brisbane (Australia), Griffith University.
- Miller, L. C. (1995). «“Polymorphous perversity” in women’s performance art: The case of Holly Hughes», *Text and Performance Quarterly*, 15, págs. 44-58.
- Miller, L. C. (1998). «Witness to the self: The autobiographical impulse in performance studies», en J. S. Trent (comp.), *Communication: Views from the Helm for the 21st Century*, Boston, Allyn & Bacon, págs. 318-322.

- Miller, L. C. y Pelias, R. J. (2001). «A beginning preface», en L. C. Miller y R. J. Pelias (comps.), *The Green Window: Proceedings of the Giant City Conference on Performative Writing*, Carbondale, Southern Illinois University Press, págs. v-vi.
- Miller, T. (2002). *Solo Performing as Call to Arms*, [online], disponible en: www.communityarts.net/readingroom/archie/32miller.php
- Neumann, M. (1996). «Collecting ourselves at the end of the century», en C. Ellis y A. P. Bochner (comps.), *Composing Ethnography: Alternative Forms of Qualitative Writing*, Walnut Creek (California), AltaMira, págs. 172-198.
- Nudd, D. M., Schriver, K. y Galloway, T. (2001). «Is this theater queer? The Micke Faust Club and the performance of community», en S. C. Haedick y T. Nellhaus (comps.), *Performing Democracy: International Perspectives on Urban Community-based Performance*, Ann Arbor, University of Michigan Press, págs. 104-116.
- Olesen, V. (2000). «Feminisms and qualitative research at and into the millennium», en N. K. Denzin e Y. S. Lincoln (comps.), *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks (California), Sage, 2ª edición, págs. 215-255.
- Orenstein, C. (2001). «Agitational performance, now and then», *Theater*, 31 (3), págs. 139-151.
- Paget, M. A. (1995). «Performing the text», en J. Van Maanen (comp.), *Representation in Ethnography*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 222-272.
- Park-Fuller, L. M. (2000). «Performing absence: The staged personal narrative as testimony», *Text and Performance Quarterly*, 20, págs. 20-42.
- Pelias, R. J. (1992). *Performance Studies: The Interpretation of Aesthetic Texts*, Nueva York, St. Martin's.
- Pelias, R. J. (1999). *Writing Performance: Poeticizing the Researcher's Body*, Carbondale, Southern Illinois University Press.
- Pelias, R. J. (2002). «For father and son: An ethnodrama with no catharsis», en A. P. Bochner y C. Ellis (comps.), *Ethnographically Speaking: Autoethnography, Literature, and Aesthetics*, Walnut Creek (California), AltaMira, págs. 35-43.

- Pineau, E. L. (2002). «Critical performative pedagogy: Fleshing out the politics of liberatory education», en N. Stucky y C. Wimmer (comps.), *Teaching Performance Studies*, Carbondale, Southern Illinois University Press, págs. 41-54.
- Pollock, D. (1998). «Performing writing», en P. Phelan y J. Lane (comps.), *The Ends of Performance*, Nueva York, New York University Press, págs. 73- 103.
- Pratt, M. B. (1995). *S/HE*, Ithaca (Nueva York), Firebrand Books.
- Reed-Danahay, D. E. (1997). *Auto/Ethnography: Rewriting the Self and the Social*, Oxford (Reino Unido), Berg.
- Reinelt, J. (1996). «Performing race: Anna Deavere Smith's *Fires in the Mirror*», *Modern Drama*, 39, págs. 609-617.
- Reinelt, J. (1998). «Notes for a radical democratic theater: Productive crisis and challenge of indeterminacy», en J. Colleran y J. S. Spencer (comps.), *Staging Resistance: Essays on Political Theater*, Ann Arbor, University of Michigan Press, págs. 283-300.
- Richardson, L. (1997). *Fields of Play: Constructing an Academic Life*, Nueva Brunswick (Nueva Jersey), Rutgers University Press.
- Richardson, L. (2000). «Writing: method of inquiry», en N. K. Denzin e Y. S. Lincoln (comps.), *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks (California), Sage, 2ª edición, págs. 923-948.
- Ricoeur, P. (1986). *Lectures on Ideology and Utopia*, G. H. Taylor (comp.), Nueva York, Columbia University Press.
- Ronai, C. R. (1995). «Multiple reflections of child sex abuse: An argument for a layered account», *Journal of Contemporary Ethnography*, 23, págs. 395-426.
- Salverson, J. (2001). «Change on whose terms? Testimony and an erotics of inquiry», *Theater*, 31 (3), págs. 119-125.
- Sandoval, C. (2000). *Methodology of the Oppressed*, Mineápolis, University of Minnesota Press.
- Scott, G. F. (1994). *The Sculpted Word: Keats, Ekphrasis, and the Visual Arts*, Hanover (New Hampshire), University Press of New England.

- Scott, J. C. (1990). *Domination and the Arts of Resistance: Hidden Transcripts*, New Haven (Connecticut), Yale University Press.
- Solomon, A. (1997). *Re-dressing the Canon: Essays on Theatre and Gender*, Londres, Routledge.
- Spry, T. (2000). «Tattoo stories: A postscript to *Skins*», *Text and Performance Quarterly*, 20, págs. 84-96.
- Spry, T. (2001). «Performing autoethnography: An embodied methodological praxis», *Qualitative Inquiry*, 7, págs. 706-732.
- Stewart, K. (1996). *A Space on the Side of the Road: Cultural Poetics in an "Other" America*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press.
- Stoller, P. (1997). *Sensuous Scholarship*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press.
- Stucky, N. (1993). «Toward an aesthetics of natural performance», *Text and Performance Quarterly*, 13, págs. 168-180.
- Stucky, N. (2001). «Preface to the proceedings», en L. Miller y R. J. Pelias (comps.), *The Green Window: Proceedings of the Giant City Conference on Performative Writing*, Carbondale, Southern Illinois University Press, pág. vii.
- Stucky, N. y Wimmer, C. (2002). «The power of transformation in performance studies pedagogy», en N. Stucky y C. Wimmer (comps.), *Teaching Performance Studies*, Carbondale, Southern Illinois University Press, págs. 1-29.
- Tedlock, B. (1991). «From participant observation to the observation of participation: The emergence of narrative ethnography», *Journal of Anthropological Research*, 47, págs. 69-94.
- Tedlock, B. (2000). «Ethnography and ethnographic representation», en N. K. Denzin e Y. S. Lincoln (comps.), *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks (California), Sage, 2ª edición, págs. 455-486.
- Trujillo, N. (2003). «Reflections on a career in academia: A response», *American Communication Journal*, 6 (2), [Online], disponible en: www.acjournal.org

- Tyler, S. A. (1986). «Postmodern ethnography: From document of the occult to occult document», en J. Clifford y G. E. Marcus (comps.), *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*, Berkeley, University of California Press, págs. 122-140.
- Van Maanen, J. (1988). *Tales of the Field*, Chicago, University of Chicago Press.
- Vickers, M. H. (2002). «Researchers as storytellers: Writing on the edge—without a safety net», *Qualitative Inquiry*, 8, págs 608-621.
- Visweswaran, K. (1997). «Histories of feminist ethnography», *Annual Review of Anthropology*, 26, págs. 591-621.
- Welker, L. S. y Goodall, H. L. (1997). «Representation, interpretation, and performance: Opening the text of *Casing a Promised Land*», *Text and Performance Quarterly*, 17, págs. 109-122.
- Whyte, R. (1993). «Robbie McCauley: Speaking history other-wise», en L. Hart y P. Phelan (comps.), *Acting Out: Feminist Performances*, Ann Arbor, University of Michigan Press, págs. 277-293.

31

Los métodos, políticas y lineamientos éticos de representación en la etnografía *online*

Annette N. Markham

316

En el ciberespacio uno vive en el lenguaje y a través de él. en el lenguaje online existo tal como soy... me siento más yo misma online de lo que a veces me siento offline. ...creo que el lenguaje me permite comunicar mejor mi yo, y dado que soy una buena escritora, la elocuencia me hace hermosa...

—Sherie, participante de una entrevista *online*

Aquí puedo editar lo que pienso antes de decirlo. Eso hace que la comunicación con mis amigos sea más sencilla. Hay menos errores de significado cuando escribimos con claridad nuestros pensamientos.

—Robin, participante de una entrevista *online*

Mi propia ambigüedad te pone nervioso. Aquí puedo ser muchas cosas a la vez. ¿Son todas «yo»? ¿Quién soy? ¿«Él»...«ella»...«el chico ejemplar»...«eso»...«nosotros»...? ¿Podrías decírmelo? ¿Por qué quieres saberlo???

—DominOH!, participante de una entrevista *online*

Ya sea que uno estudie Internet como una estructura social o utilice tecnologías basadas en Internet como herramientas de inves-

tigación, estas tecnologías modifican el escenario de investigación. La mediación informática tiene una gran influencia sobre varios aspectos de la práctica y la teoría comunicativa. Internet presenta similitudes con muchos medios de comunicación anteriores, como las cartas escritas, el teléfono, el telégrafo, las notas posit y demás. Al mismo tiempo, las capacidades y usos de la comunicación vía Internet tienen una configuración única que modela las percepciones y las interacciones de los usuarios (y, por ende, de los investigadores). Estas influencias exceden lo interpersonal; los resultados de estos procesos comunicacionales tienen la potencialidad de modificar las prácticas generadoras de sentido en el nivel cultural. Tal como señala Gergen (1991), estamos saturados de tecnologías. Internet y los medios de comunicación vinculados con ella atraviesan y alteran las interacciones y los posibles resultados de estas interacciones en el nivel diádico, grupal y cultural.¹ De igual modo, las tecnologías basadas en Internet tienen la potencialidad de cambiar las formas en que los investigadores cualitativos recolectan, interpretan y representan los datos.

En entornos mediados tecnológicamente, el *self*, los otros y las estructuras sociales se constituyen por medio de la interacción, que es negociada en coordinación con los otros. El grado en que la Tecnología Informacional y Comunicacional (ICT, por sus siglas en inglés) es capaz de mediar en nuestra identidad y nuestras relaciones sociales amerita que les prestemos atención desde un punto de vista epistemológico. Ya sea que estemos investigando culturas físicas o culturas *online*, las nuevas tecnologías comunicacionales resaltan las características dialógicas de la realidad social e instan a los académicos a reexaminar los presupuestos tradicionales y las denominaciones aceptadas de la investigación social.

Durante los primeros años de 1990, a medida que el público iba conociendo y acudiendo en mayor medida a las capacidades de Internet, creció asimismo el uso de Internet para el desarrollo de las relaciones personales y las estructuras sociales, como también sucedió con el estudio de las subjetividades y las comunidades mediadas por computadora. Por medio de una línea telefónica, acceso a Internet y un programa de computación especializado, las personas podían encontrarse y desarrollar relaciones con otras personas desde la priva-

¹ Es importante señalar que si bien este capítulo se centra en la comunicación mediada por computadora, las capacidades y las consecuencias se extienden mucho más allá de la computadora de escritorio o portátil. Para obtener un excelente análisis sobre los modos en que los teléfonos móviles influyen sobre las construcciones de la identidad y la cultura, véase Howard Rheingold (2002) o Katz y Aakhus (2002).

cidad de sus hogares. Las personas podían hacerlo de forma anónima si lo deseaban, creando identidades similares o muy diferentes a las que percibían tener en el mundo físico. Podían crear comunidades o unirse a ellas de acuerdo con puntos de vista similares en lugar de a una proximidad física.

Durante esos años en que Internet y las tecnologías de realidad virtual captaron el interés del público y los académicos, el estudio de la Comunicación Mediada por Computadora (CMC, por sus siglas en inglés) se basó en extremos teóricos: Por un lado, la comunicación mediada por computadora era elogiada como un medio para trascender los límites relacionados con el cuerpo humano. Al borrar los indicadores socioculturales, como la raza y el género, o al escapar por completo del cuerpo, la comunicación virtual conduciría hacia una sociedad utópica en donde la participación democrática en el discurso público no estaría dificultada por las cuestiones físicas y sus estereotipos correspondientes. En el otro extremo, los escépticos criticaban la CMC porque eliminaba los rasgos socioemocionales o no verbales, lo que conduciría, en el mejor de los casos, a relaciones empobrecidas y faltas de confianza y, en el peor de ellos, al aislamiento social. Los ciudadanos se asemejarían a *hackers*: pálidos, huraños y con tendencia a comer pizza y comida china para llevar. A medida que transcurrió el tiempo, el uso creció, la novedad perdió su fuerza y surgieron explicaciones más medidas, menos basadas en las especulaciones teóricas y más en el estudio de los contextos reales.² Se volvió claro

² Esta tendencia se exagera aquí con el fin de ilustrar los extremos. Es importante tener en cuenta los informes especulativos o exagerados dado que influyeron en las premisas de investigación durante toda la década de 1990. Esto no significa que la investigación empírica estuviera ausente o fuera irrelevante. El impacto de las tecnologías electrónicas sobre las prácticas comunicacionales individuales y las estructuras sociales ha sido explorado durante décadas y esta tendencia está bien representada en su mayor parte por académicos como Marshall McLuhan (1964), Harold Innis (1964), James Carey (1989) y Neil Postman (1986, 1993). Durante toda la década de 1980, gran cantidad de investigaciones empíricas y teóricas examinaron el impacto de la computación y las tecnologías informáticas sobre las prácticas y las estructuras laborales. Algunos trabajos sociológicos (por ejemplo, Turkle, 1984) estudiaron intersecciones importantes entre tecnología, *self* y sociedad. En este punto, resultó crucial el gran número de textos cautivadores y exagerados que aparecieron durante los primeros años de 1990, tanto en la prensa comercial como académica, los cuales alimentaron una mayor investigación especulativa y condujeron a la publicación de trabajos que, en una era de desarrollos tecnológicos nuevos y emocionantes, guardaban más atractivo en tanto novelas más que como estudios académicos cuidadosos. A medida que este campo de estudio se desarrolla, resulta vital analizar con un enfoque crítico las bases sobre las cuales pueden desarrollarse las premisas teóricas actuales.

que las relaciones y las estructuras sociales relevantes y significativas podían prosperar en entornos *online* basados en texto. Hoy en día, esa capacidad se da por sentada. La última década de la comunicación ha inducido formas nuevas para muchos de nosotros: correos electrónicos, listas de correo, Dimensiones Multiusuario (MUD o MOO, por sus siglas en inglés), salas de chat en tiempo real, mensajería instantánea, sitios webs, blogs y demás. En la actualidad estamos familiarizados con los conceptos de cibersexo, casamientos *online*, Friendster y otros usos creativos de la tecnología con el fin de recrear identidades y relaciones a través de la mediación informática. Es probable que muchos de nosotros seamos capaces de nombrar a colegas cercanos y a amigos a quienes no reconoceríamos en persona.

La construcción mediada por computadora del *self*, de los otros y de las estructuras sociales constituye un fenómeno de estudio único. En entornos *online*, la construcción de la identidad es un proceso cuyo inicio debe realizarse de un modo más deliberado o consciente. *Offline*, el cuerpo puede sencillamente caminar y dejar que otros le respondan, lo que proporciona un espejo en el cual uno llega a conocer el *self*. *Online*, el primer paso para comenzar a existir es la producción de un discurso, bien en forma de palabras, imágenes gráficas o sonidos. Pero como muchos académicos nos han enseñado (por ejemplo, Buber, 1958; Bakhtin, 1981; Blumer, 1969; Laing, 1969), únicamente comprendemos nuestro *self* en conexión con otro, lo que implica un proceso dialógico continuo de negociación y gran fe en los significados compartidos (Rommetveit, 1980).

En la mayoría de los entornos mediados por computadora, este proceso requiere un intercambio de información más deliberado puesto que las personas no se encuentran presentes en el mismo espacio físico y los aspectos no verbales del proceso están en su mayoría ausentes. El proceso se ve complicado porque una persona, por lo general, da por sentado el conocimiento del *self* sin apenas reflexionar acerca del proceso social e interactivo en virtud del cual el *self* se negocia con otros dentro en un contexto. Algo que los usuarios pasan mayormente por alto es que la producción del mensaje es sólo la primera parte del proceso: ya sea por medio de la recepción de un mensaje de respuesta o a través del seguimiento de la huella virtual de una visita a nuestro sitio web, el único modo de saber si se nos ha reconocido es mediante alguna clase de respuesta. En este sentido, resulta interesante repetir aquí la perspectiva de MacKinnon (1995) en relación con esta cuestión. Él señala que la frase común «pienso, luego existo» es completamente inadecuada en el ciberespacio. Incluso «hablo, luego existo» no es suficiente. En el ciberespacio, la frase más apropiada es «me perciben, luego existo» (pág. 119). Esta última frase implica el hecho

de que *online* la percepción de la atención del otro sólo puede conocerse mediante una respuesta manifiesta. De modo que podemos hacer un comentario útil al respecto y agregar la frase «me responden, luego existo» (Markham, 2003a).

Las afirmaciones de los participantes (tomadas de mi anterior investigación sobre usuarios de Internet) al comienzo de este capítulo son una buena muestra de la importancia del texto para la construcción y negociación de la identidad de una persona en entornos *online* basados en texto. Sherie expresa un deseo de ser conocida únicamente como texto (no a través del texto, sino *como* texto). Para Sherie la comunicación mediada por computadora es una forma de ser. Robin usa siempre una puntuación correcta y se esfuerza para expresarse con la mayor claridad posible. El texto se percibe como una herramienta poderosa para controlar, mediante la edición y la corrección tipográfica, la forma en que el *self* se presenta ante los otros. En contraposición a los anteriores, DominOH! no presta mucha atención a los aspectos textuales y lingüísticos del medio. Por el contrario, DominOH! utiliza la tecnología como un espacio de interacción que protege el anonimato y permite al *self* social estar vinculado con menor firmeza al cuerpo. No obstante, el texto es crucial para la comprensión por parte del investigador de la identidad *online* de DominOH!.

Para los tres perfiles entrevistados, el texto continúa siendo el medio a través del cual cada uno de ellos representa y negocia el *self*. Ninguna de esas entidades textuales existe de forma aislada. Su existencia es posible en virtud de la interacción directa o percibida con los otros. Son completamente comunicativos; su ser social se inicia a través de un proceso de creación y envío de un mensaje, y se negocia a través de un proceso de interacción.

Si bien reconocemos que la realidad se negocia socialmente a través de las prácticas discursivas, en los entornos mediados por computadora, la naturaleza dialógica de la identidad y la cultura se vuelve mucho más prominente. Esto da lugar al surgimiento de muchas posibilidades y paradojas en la investigación social. Para cualquier investigador que esté estudiando la vida *online*, el desafío tradicional de comprender al otro en contexto se vuelve más complejo dada la clara interferencia del investigador en el marco de referencia del campo y por su capacidad de representar la cultura. Mientras conducen sus estudios, los investigadores siempre han interferido de algún modo en el contexto. Durante las últimas tres décadas o más, los académicos han problematizado esta característica de la investigación y han enfatizado los límites borrosos entre el investigador y el investigado. Aun así, es en el contexto de los entornos CMC donde estas cuestiones se han vuelto muy patentes—y desafiantes—.

Estas cuestiones no sólo requieren del ajuste de los métodos tradicionales a los entornos *online* o la creación de nuevos métodos, sino también de una revaluación y cuestionamiento integral de las premisas generales de la investigación cualitativa. Es interesante señalar que los problemas logísticos y analíticos específicos relacionados con el estudio interpretativo de las identidades mediadas por computadora revelan muchas debilidades en los métodos y las epistemologías cualitativas en general. En los años que he pasado tratando de descifrar cómo comprender a aquellos participantes cuyo género, nombre, tipo de cuerpo, edad, etnicidad, clase y ubicación continúan sin ser explicados, he sentido la obligación de examinar con seriedad ciertas prácticas de Otredad que, a pesar de los esfuerzos por ser reflexivas, esconden a diario formas encarnadas de conocimiento. Puesto en términos más positivos, el estudio de las interacciones mediadas por computadora posibilita e impulsa la exploración de lo que está sucediendo en el «guion que separa las identidades personales de nuestras invenciones de los Otros y las fusiona con ellas» (Fine, 1994, pág. 70).

Las nuevas tecnologías comunicacionales privilegian y enfatizan ciertas características de la interacción al tiempo que ocultan otras, invalidando los métodos tradicionales para captar y examinar los elementos formativos de las relaciones, las organizaciones, las comunidades y las culturas. Adicionalmente, el marco de referencia conceptual de una persona respecto de cualquier tecnología comunicacional nueva predeterminará, en cierto grado, su comprensión de esa tecnología y el modo de responderle e interactuar con ella. Esto dificulta la capacidad del investigador para suponer elementos comunes entre las prácticas comunicacionales vía CMC de los participantes o para suponer que los participantes comprenden y utilizan la tecnología del mismo modo que lo hace el investigador. El desafío del investigador cualitativo en entornos mediados por computadora consiste en prestar atención a los detalles vinculados con cómo asumimos el proceso de llegar a conocer algo acerca del contexto y las personas en estudio.

Al mismo tiempo, el análisis de nuestra propia influencia en la forma del resultado es una práctica vital. Lidar con las implicaciones tanto prácticas como epistemológicas de esa influencia puede ayudar a los investigadores a tomar decisiones más responsables en términos sociales. Muy ciertamente, cada decisión metodológica es una decisión ética, puesto que estas decisiones tienen consecuencias no sólo para el diseño de investigación, sino también para la identidad de los participantes, los resultados de nuestros estudios y la clase de conocimiento que, inexorablemente, surge a partir de nuestro trabajo de campo.

En este capítulo describo algunas de las tensiones y complicaciones que pueden surgir durante el estudio cualitativo de contextos me-

diados por Internet en casos en que deben tomarse decisiones sobre: (a) la definición de los límites del campo; (b) la determinación de qué elementos constituyen datos; (c) la interpretación del otro como texto; (d) el uso de sensibilidades encarnadas para la interpretación de la textualidad, y (e) la representación ética del otro en los informes de investigación. El objetivo general de este análisis es ilustrar algunos de los desafíos asociados con la realización de investigaciones en entornos mediados por computadora y mostrar la relevancia de las elecciones del investigador sobre la estructura de campo, sobre el Ser encarnado o informado del otro y, por último, sobre el conocimiento social derivado del proyecto de investigación. El análisis tiene como objetivo ayudar a los investigadores a formular preguntas que puedan utilizarse para interrogar sus propios presupuestos epistemológicos y axiológicos durante todo el diseño y la puesta en práctica del estudio. Como complemento de este eje primario de análisis, trato de forma sumaria el modo en que Internet está conceptualizada, repaso algunos de los principales cambios de perspectiva sobre la investigación cualitativa en Internet y examino algunas de las consideraciones éticas fundamentales entremezcladas con este tipo de investigación.

Para aclarar de qué se ocupa este capítulo y de qué, no: primero, este capítulo se centra en la textualidad. Los ejemplos a lo largo de este capítulo toman fundamentalmente discursos basados en textos mediados por computadora e interacciones entre participantes o entre participantes e investigadores. A pesar de que las tecnologías facilitan las simulaciones y representaciones visuales o auditivas, y de que las capacidades de la PC tradicional se están desplazando hacia dispositivos móviles o más convenientes, el texto continúa siendo una unidad fundamental de análisis para el investigador cualitativo. En otras palabras, las cuestiones aquí planteadas se aplican de igual manera a las características multimedia o las características móviles de la CMC porque, en términos generales, la mayor parte de ellas son analizadas como texto.

Segundo, si bien este capítulo está centrado en los contextos mediados por computadora, la esencia de los argumentos descritos es aplicable a otras formas de interacción, tanto *online* como *offline*. Lo que resulta interesante acerca de la CMC es que pone la lente sobre los modos en que vemos y comprendemos literalmente al mundo, y señala muchos de los sesgos inherentes a nuestras maneras tradicionales de ver y conocer. Por consiguiente, no deberíamos subestimar los desafíos que discutidos aquí, incluso si conducen a tipos de investigaciones cualitativas totalmente diferentes.

Tercero, este capítulo no intenta proporcionar una perspectiva del modo de conducir la investigación cualitativa en Internet o por

medio de ella, sino que aborda cuestiones epistemológicas y metodológicas claves para aquellos etnógrafos que estén investigando en los espacios sociales conformados parcial o totalmente por las nuevas tecnologías comunicacionales. Existen muchas fuentes para asistir al investigador con los procedimientos y los métodos específicos de los estudios cualitativos (este *Manual*) y con los estudios cualitativos en Internet (por ejemplo, Johns, Chen y Hall, 2003; Mann y Stewart, 2000).

Por último, este capítulo está más centrado en los problemas y los desafíos que en las oportunidades y potencialidades de los entornos de investigación asociados con la CMC. Esta desproporción no es un indicio de mi actitud general respecto de la investigación cualitativa en Internet. Sin embargo, deseo abogar aquí por una investigación cautelosa, reflexiva y preparada que, si bien celebra aquellos aspectos de las nuevas tecnologías comunicacionales que los hacen adecuados para la investigación cualitativa, no deje de tener en cuenta las consecuencias que se derivan de nuestras elecciones como investigadores.

Cambios de óptica

El estudio de la CMC abarca casi todas las disciplinas académicas y enfoques metodológicos. Aproximadamente en los últimos diez años, los objetos y las ópticas de estudio han cambiado con una rapidez proporcional al desarrollo y la divulgación veloz de las Tecnologías de la Información y de la Comunicación (TIC). Durante la última década, el estudio cualitativo de las TIC ha tendido a cambiar de dos maneras. Primero, si bien no se trató de una tendencia universal, la investigación ha tendido a ir desde los recuentos y predicciones muy polarizadas de los comienzos de los años de 1990, a los informes más descriptivos de la segunda mitad de la década de 1990, hasta llegar a los estudios comparativos o generadores de teorías más fundamentados desde el punto de vista teórico del nuevo siglo.

Los trabajos de la CMC, la identidad y la cultura durante los primeros años de la década de 1990 estaban muy influenciados por las descripciones de la cultura pop acerca de las formas nuevas e interesantes de interacción y de la experiencia personal con ellas. El término de Gibson, *Ciberespacio*, acuñado en su novela de ciencia ficción *Neuromancer*, definía de un modo vago pero cautivante la experiencia *online* como «una alucinación consensuada experimentada a diario por miles de millones de operadores legítimos, de todas las naciones, por niños a quienes se les enseñan operaciones matemáticas... Una representación gráfica de datos extraídos de los bancos de cada computa-

dora del sistema humano. Una complejidad inconmensurable. Líneas de luz extendidas a lo largo del espacio inexistente de la mente, cúmulos y constelaciones de datos. Como luces de las ciudades desvaneciéndose» (1984). Con respecto a la realidad virtual, Rheingold (1991) le decía a sus lectores: «*Muy pronto tendremos que decidir qué es aquello en que nosotros como humanos debemos convertirnos, porque estamos a punto de tener el poder de crear cualquier experiencia que deseemos*» (pág. 386, énfasis en el original). Wright (1994) nos decía simplemente que «modificará profundamente la política, la cultura y el tejido social, y acaso la propia metafísica de la existencia humana» (pág. 101). Barlow proporcionaba una visión del ciberespacio similar al Lejano Oeste, una última frontera que conquistar: «Hoy en día, el ciberespacio... está habitado casi con exclusividad por hombres rústicos, forajidos y justicieros, tipos duros... Y mientras así sea, imperará allí la ley del más fuerte» (citado en Woolley, 1992, págs. 122-123). Keep (1993) sugería que la virtualidad a través de la comunicación mediada por computadora «anuncia el fin del cuerpo, el apocalipsis de la subjetividad corporal» (pág. 4).

Esas ideas captaron la imaginación de los académicos y ejercieron una clara influencia en el tenor de la investigación. No resulta sorprendente: con la invención o el nuevo uso durante el siglo pasado de todas las tecnologías comunicacionales, las aseveraciones respecto de los efectos de los medios, tendieron a la sobrestimación o la exageración en tanto y en cuanto la tecnología fuera aún una novedad. Si bien este período contó con investigaciones empíricas o investigaciones en las que se creaba teoría fundamentada en los datos en marcos teóricos, había una sensación utópica en cuanto a las descripciones sobre cómo la tecnología podía (o debía) liberarnos de las limitaciones impuestas por cadenas universales, como las jerarquías, los estereotipos sociales tradicionales, el cuerpo e, incluso, la muerte. *Virtual Community*, de Rheingold (1993), y la colección editada de Benedikt, *Cyberspace: First Steps* (1991) son una clara representación de esta tendencia. Para darles crédito a estos autores, debe decirse que sus ideas encendieron el interés de muchos académicos, lo que derivó en estudios subsiguientes.

Al mismo tiempo, la investigación estaba influida por las coberturas periodísticas, las películas y los informes de la cultura pop que predecían consecuencias negativas, incluso funestas, a raíz de esta nueva era de Internet. La revista *Time* presentó en su portada un relato acerca del «Ciberporno», en el que los lectores se enteraban sobre cómo Internet amenazaba la seguridad de nuestros hijos (a causa de los predadores sexuales adultos) y su inocencia (a causa de un acceso sencillo a la pornografía). Algunas afirmaciones terriblemente exa-

geradas provocaron críticas bien fundamentadas; los editores de la revista se habían basado exclusivamente en la evidencia provista por el trabajo de un estudiante universitario que no había sido examinado por pares. Criticado o no, ese número de *Time* fue citado con frecuencia por legisladores, padres y académicos. El «Trastorno de Adicción a Internet» comenzó a formar parte del vocabulario médico en 1996. Películas muy conocidas explicitaban los peligros asociados con el robo de identidad, los *hackers* y el permanecer demasiado tiempo frente a nuestra computadora. Los expertos predecían que las interacciones cara a cara se empobrecerían a medida que la gente olvidara las complejidades y las sutilezas de la interacción humana en entornos físicos.

En los últimos años, esas aristas han perdido su filo, conque los trabajos publicados en la actualidad exhiben muchas de las características más tradicionales de la investigación social. En la actualidad, los académicos explican sus enfoques y sus métodos con mayor cuidado, basando su trabajo más íntegramente en investigaciones previas y considerando en mayor detalle la historia de las tecnologías comunicacionales y la historia de la investigación cualitativa. Los objetivos de la investigación continúan vinculados con los cambios en los desarrollos tecnológicos. Herring (2004) señala correctamente que los investigadores han tendido a seguir las novedades, dejándose llevar con facilidad por toda tecnología nueva. La investigación de los años de 1980 tendía a enfocarse en el uso y el impacto de las computadoras, el correo electrónico y el trabajo en red dentro del ámbito laboral (véase la revisión completa de Sproull y Kiesler, 1991). En los años de 1990, las olas de investigación se desplazaron de modo progresivo a través de varias formas de CMC, como el correo electrónico, Usenet, los sistemas MUD y MOO, la web, los mensajes instantáneos, los SMS (mensajes de texto para teléfonos móviles) y los blogs.

En la última década, la atención empírica se ha concentrado en diversas prácticas de interacción social y estructuras sociales: los insultos en foros web y otras clases de actos violentos o cargados emocionalmente (por ejemplo, Dery, 1994; Dibble, 1996; MacKinnon, 1998); el uso de emoticones para compensar la ausencia de elementos no verbales (Witmer y Katzman, 1998); la construcción social de comunidades virtuales vía listas de correo (por ejemplo, Baym, 2000; Bromseth, 2002; Sveningsson, 2001; Rheingold, 1993), los sistemas MUD o MOO (por ejemplo, Kendall, 1998; Reid, 1995) o los sitios webs (Johnson, 2003); la interacción entre tecnología e identidad (por ejemplo, Lupton, 1995; Markham, 1998; Senft y Horn, 1996; Sondheim, 1996; Stone, 1996; Turkle, 1995); la sexualidad (por ejemplo, Kiesler, 1997; Waskul, Douglass, y Edgley, 2000); el género y la participación en la CMC (por ejemplo, Herring, 1993); y la raza (Kolko, Nakamura, y Ro-

dman, 2000). Los estudios de carácter etnográfico se han centrado en los grupos *online* (por ejemplo, Baym, 2000; Eichhorn, 2001; Kendall, 1998; Orgad, 2002; Reid, 1995); el uso de Internet en culturas tradicionales con base en el mundo físico (por ejemplo, Miller y Slater, 2000); la formación de cultura en torno a ciertos temas (por ejemplo, Hine, 2000); y la comprensión en entornos especializados, como los equipos de trabajo virtual (por ejemplo, Shane, 2001).

Diferentes antologías han proporcionado información sobre la cibercultura, (por ejemplo, *High Noon on the Electronic Frontier* [1996]; *the Cybercultures Reader* [2000]). Valiéndose de trabajos tanto de la cultura pop como académicos, esos textos brindan una valiosa perspectiva acerca de los puntos de vista de la década de 1990 respecto de la comunicación mediada por computadora y las prácticas culturales. Durante esos años, existían pocos recursos para guiar de un modo específico a los investigadores cualitativos. Si bien los investigadores aportaban sus análisis sobre métodos de investigación según el contexto (representado con claridad en *Internet Research*, editado por Jones, 1999), el primer abordaje integral del tema no apareció hasta el año 2000, cuando el volumen de Mann y Stewart aportaron principios y prácticas para la conducción de investigaciones cualitativas basadas en la comunicación vía Internet como herramienta investigativa.

A medida que la investigación en este campo en desarrollo se ha ido refinando, la conceptualización de la comunicación mediada por computadora se ha desplazado desde las encapsulaciones universales generales a las definiciones más específicas basadas en un contexto. Además, algunos han señalado un cambio, yendo de los trabajos exagerados a los corrientes. Un artículo reciente (Herring, 2004) titulado «Slouching Toward the Ordinary» señala la tendencia a minimizar el impacto de las nuevas tecnologías comunicacionales sobre la identidad, la subjetividad y las prácticas y las estructuras sociales. En ese sentido, la investigación etnográfica parece estar desplazándose desde el estudio de los entornos *online* y de las identidades virtuales *online* hacia la intersección entre la comunicación mediada por computadora con la vida cotidiana. En la actualidad, los académicos están reclamando prestar mayor atención a los múltiples usos y definiciones de «Internet» según el contexto, así como a la manera en que se entrecruzan los aspectos *online* y *offline* (Baym, Zhang y Lin, 2002; Orgad, 2002).

Los análisis abiertamente políticos de la comunicación mediada por computadora presentan un alcance diverso. Menciono tan sólo dos áreas: la investigación en países en vías de desarrollo y la investigación encargada de explorar el rol del investigador. Los estudios que exploran el uso de las tecnologías relacionadas con Internet en países

en vías de desarrollo están aumentando en número e importancia. Kolko condujo entrevistas en profundidad en Uzbekistán con el fin de aportar fundamentos a su estudio (patrocinado por la NSF) sobre cómo las TIC influyen en la vida en Asia Central (comunicación personal, 15 de octubre de 2002). Miller y Slater han realizado la etnografía más ampliamente conocida de un país en vías de desarrollo hasta el día de hoy, en la que exploran los modos en que se percibe y utiliza Internet en Trinidad (2000). El reciente trabajo de Theresa Senft en Ghana representa un esfuerzo de motivaciones políticas por utilizar la investigación-acción participativa e interpretativa para colaborar con la causa de mujeres y pobres de esa región del mundo (comunicación personal, octubre de 2004).

La investigación que explora el rol del investigador en los estudios en Internet también está creciendo: mi propio trabajo ha sido reconocido como un análisis explícitamente reflexivo sobre el rol del investigador respecto de la etnografía en Internet (1998). Asimismo, trabajos posteriores discuten de un modo directo la postura ética y política del investigador y la relación entre el investigador y los participantes (por ejemplo, Ryen, 2002). Bromseth (2002, 2003) analiza en profundidad los dilemas éticos asociados con la recolección de datos en grupos de personas que no desean ser estudiadas. Gajjala (2002) explora su propio estudio de un grupo en el que los miembros se resisten abierta y activamente a sus esfuerzos como investigadora. De acuerdo con otros lineamientos, el estudio de Eichhorn de un grupo virtual (2001) aborda con sagacidad la paradoja de utilizar entrevistas *offline* para comprender las subjetividades *online*. El trabajo de Orgad (2002) ilustra la paradoja opuesta: la utilización exclusiva de entrevistas *online* de mujeres pertenecientes a un grupo de ayuda virtual con el fin de comprender cómo ellas interpretan su enfermedad. En ambos casos, durante el curso de sus trabajos, los investigadores reconocieron que dar voz a los participantes significaba seleccionar el medio de acuerdo con lo que resultara más adecuado para los participantes y no, para el investigador.

Una aclaración final sobre las tendencias cambiantes de la investigación cualitativa durante la última década respecto de los estudios en Internet. Muchos de los estudios han sido clasificados como «etnografía», cuando, en realidad, los términos más apropiados hubieran sido estudio por medio de entrevistas, estudio de casos, fenomenología, teoría fundamentada, análisis narrativo, biografía o historia de vida y así sucesivamente. «Etnografía» parece ser el término que utilizan los académicos que no saben cómo más llamar a su trabajo o, en mi caso (1998), los académicos cuyo estudio de nuevas formas de etnografía amplían el espectro de lo que puede considerarse «etnografía». En re-

lación con esto último, desde el punto de vista de un etnógrafo o de un metodólogo cualitativo, la calidad de los trabajos basados en estudios en Internet ha registrado un gran cambio, siendo que algunos académicos llegan al campo de investigación habiendo recibido capacitación en métodos cualitativos, mientras que otros tienen conocimientos específicos sobre el tema o sobre las tecnologías, pero no están familiarizados o capacitados respecto de la diversidad de enfoques cualitativos (Mann, 2002, 2003).

Coyunturas críticas en el proceso y diseño de investigación

La idea de estudiar Internet o de utilizar tecnologías vinculadas con Internet para facilitar la investigación cualitativa resulta tentadora: el alcance del investigador es potencialmente global, la recolección de datos es económica y las transcripciones no requieren más que cortar y pegar. Sin embargo, a medida que interactuamos en el campo virtual con participantes anónimos, rastreamos conversaciones no lineales con múltiples participantes y analizamos cientos de pantallas valiosas como textos culturales, es posible que comencemos a sentir que Internet ocasiona más dolores de cabeza de los que cura. A pesar de su engañosa simpleza aparente, la investigación cualitativa en este entorno requiere prestar cuidadosa atención a los medios tradicionales a través de los cuales se interpreta la vida social, así como a los ajustes que son necesarios realizar para dar valor a la experiencia *online* y consistencia interna a nuestros métodos. La ausencia de información visual acerca del participante es más paradójica de lo que posiblemente creamos: En ámbitos físicos, los investigadores utilizan, consciente o inconscientemente, marcadores socioeconómicos como el tipo de cuerpo, el género, la raza y la clase para interpretar a los participantes. *Online*, estos marcos de referencia también se utilizan, excepto que sin información visual; funcionan de un modo invisible. Esta cuestión amerita que se la examine en detalle, tanto para considerar el modo en qué sucede como para explorar la forma en que los supuestos predeterminados del investigador y sus elecciones a nivel inconsciente pueden influir sobre las características del participante y la realidad del resultado. La complejidad asociada con conocer con certeza algo acerca del otro es paradójica, pero reconocer la incertidumbre o incluso la imposibilidad de conocer al Otro significa arriesgarse a una parálisis del proceso de investigación, a una pérdida de autoridad en la presentación de la investigación y a un detrimento en nuestro rol aca-

démico como observadores/interpretes/archivistas de la vida social. Por consiguiente, ¿de qué modo procedemos? Decir «con precaución» es una respuesta trillada pero razonable que requiere que seamos sensibles al contexto, cuestionemos nuestros propios presupuestos y nos adaptemos con flexibilidad a una nueva era de la investigación social, una en la que reconozcamos las limitaciones resultantes de nuestros cinco sentidos tradicionales y tomemos los riesgos necesarios para reconsiderar cómo y por qué buscamos y creamos conocimiento. Proceder de este modo tiene connotaciones políticas. No rehúye la comprensión del Otro fundándose en que el investigador no es capaz de conocer nada, excepto sus propias experiencias. Tampoco, se duerme en los laureles de los métodos tradicionales, intentando apuntalar formas de conocimiento que se desmoronan ante nuestros ojos a medida que los medios digitales y convergentes saturan las prácticas y las formas culturales. Enfrenta las complejidades y cuestiona la manera en qué analizamos a las personas para fines de investigación académica. Si examinamos en profundidad los modos en que las nuevas tecnologías comunicacionales influyen sobre el proyecto de investigación, es posible que, en primer lugar, nos encontremos con cuestiones que objetan los motivos fundamentales por los cuales se investiga. Permitirnos explorar estas cuestiones puede contribuir de forma vital a la creación de una práctica de investigación reflexiva y responsable en términos sociales.

En varias disyuntivas durante el proyecto de investigación, tuvimos la oportunidad y la responsabilidad de cuestionar reflexivamente sobre nuestros roles, métodos, posturas éticas e interpretaciones. Al estudiarlos entornos mediados por computadora, esta necesidad se ve intensificada, puesto que los marcos de referencia tradicionales utilizados para guiar nuestras premisas y procedimientos están enclavados en bases físicas y ontologías modernas. Los interrogantes que podríamos abordar incluyen:

- ¿Qué podemos decir acerca del Otro cuando solo el posible construir el *self*, el otro y el contexto a través del intercambio de mensajes?
- En situaciones derivadas de la interacción discursiva, ¿es posible tan sólo observar? ¿Es conveniente?
- ¿De qué manera la participación del investigador en el medio afecta la identidad del participante y las características de la cultura?
- ¿Cómo podemos equilibrar el impulso científico tradicional por descubrir lo «real» mientras interactuamos con personas que pueden o no tener algún tipo de correspondencia con sus equivalentes físicos?

- ¿De qué modos nuestras tradiciones investigativas delimitan y limitan las posibilidades de comprensión en entornos que no son abiertamente físicos, visuales o auditivos?

Ya sea que el investigador les preste atención o no, las cuestiones planteadas por estos interrogantes influyen en todo proyecto de base etnográfica. Señalan desafíos logísticos, pero también evidencian presupuestos de trabajo problemáticos a los que es necesario abocarse. La práctica de la investigación reflexiva requiere una alteración constante de la superficie aparentemente serena de la investigación. Detenerse a identificar las coyunturas vinculadas con las decisiones críticas y reflexionar acerca de las consecuencias de acciones específicas constituye una presencia honesta en el proceso de investigación y una participación activa en los fundamentos éticos de nuestro estudio.³

Definición de los límites del campo.

Determinación de qué constituye un dato.

Interpretación del otro como texto.

Utilización de sensibilidades inherentes en la interpretación de la textualidad. Representación ética de los otros en los informes de investigación.

330

Cada una de estas categorías identifica una coyuntura vinculada con decisiones críticas dentro del proyecto de investigación. A pesar de no ser exhaustivas ni independientes, es posible utilizar estas categorías como ejemplos que nos ayuden a pensar cuidadosamente algunas de las decisiones tomadas durante el curso del estudio, cuyas consecuencias serán relevantes para la identidad de los participantes, la representación de mí y del otro en el informe de investigación y las características del cuerpo de conocimiento científico construido a partir de múltiples estudios etnográficos. Las preguntas reales que debemos formularnos son inherentes al investigador y al proyecto y varían de acuerdo a nuestra cosmovisión y a nuestros enfoques metodológicos.

³ La autora ha desarrollado una categorización similar de las coyunturas críticas, la cual redactó como discurso inaugural de la Nordic Conference on Ethics and Internet Research y luego utilizó en publicaciones relacionadas (Markham, 2003a, 2003b).

Definición de los límites del campo

La definición de límites en torno al contexto de investigación, o la «identificación del campo», implica una serie de decisiones que suponen y revelan las presunciones ontológicas y epistemológicas subyacentes del investigador. Como resulta obvio, reflexionar acerca de nuestros propios sesgos no sólo es útil, sino que es necesario desde el punto de vista ético, aun si nuestra capacitación académica no percibiera la necesidad de tal reflexión. Cuando se estudian culturas con base en el mundo físico, la ubicación del campo, en general, está predeterminada, de modo que los desafíos logísticos radican en acceder a los informantes y generar un entendimiento con ellos. Es posible que el etnógrafo *online* encuentre que el proceso de ubicar y definir los límites razonables del campo sea algo complicado y esquivo.

Dado que Internet se encuentra geográficamente dispersa, el investigador puede optar por desestimar la ubicación y la distancia para comunicarse de manera instantánea y económica con las personas. En términos logísticos, la capacidad de Internet de reducir las distancias permite al investigador conectarse con participantes alrededor del mundo. El investigador puede incluir en su estudio a personas que no estaban disponibles con anterioridad. Este hecho no sólo incrementa el conjunto de participantes, sino que también brinda la potencialidad de realizar comparaciones entre culturas que, por motivos prácticos y financieros, no se encontraban disponibles en lo inmediato. En un mundo donde los participantes potenciales pueden encontrarse con sólo un clic del teclado o por medio de una conexión de fibra óptica o inalámbrica, la distancia se vuelve casi insignificante en cuanto consideración pragmática para el diseño de investigación; Internet sirve como una extensión del cuerpo del investigador y del participante. La investigación puede diseñarse en torno a cuestiones vinculadas con la interacción y la conducta social desvinculadas de restricciones asociadas con la proximidad o la geografía. Los participantes pueden seleccionarse de acuerdo con su grado de adecuación a las preguntas de investigación en lugar de con su ubicación física o según la conveniencia del investigador.

De los límites geográficos a los discursivos

Al desplazarnos desde los espacios geográficos a los espacios mediados por computadora, estamos cambiando el foco yendo del lugar a la interacción, de la ubicación a la locomoción (Markham, 2003a).

Por consiguiente, las comunidades y las culturas no se encuentran mapeadas en detalle antes de entrar al campo, sino que se crean como parte del proceso etnográfico. Christine Hine (2000) sostiene que, dada esta capacidad de Internet, es necesario reconsiderar la noción del etnógrafo de límite cultural. En lugar de basarse en medios geográficos tradicionales para la encapsulación de la cultura bajo estudio, como las fronteras nacionales o los de una ciudad, es probable que los etnógrafos encuentren que la utilización de patrones discursivos es una herramienta más precisa para la definición de los límites. «El etnógrafo debe leer los textos y las interacciones de interés como si se trataran de indicaciones del sendero y tomar decisiones racionales respecto de qué caminos seguir, qué caminos desestimar y, por tanto, que límites demarcar» (Markham, 2003b).

Decisiones en apariencia comunes se vuelven criterios cruciales que se utilizan, de manera consciente o no, para crear límites en torno al campo de investigación. Los marcadores de límites están respaldados por la elección por parte del investigador sobre cómo encontrar los sitios de datos, cuál motor de búsqueda utilizar para el muestreo, con quién interactuar, qué decir durante la interacción con los participantes, qué idioma hablar, cuándo buscar y realizar entrevistas (incluidas la hora del día y las zonas horarias) y demás. Los contextos culturales mediados por computadora son contextos cambiantes. Su construcción discursiva se realiza mediante patrones globales y locales. Las membresías pueden ser transitorias. Este hecho se vuelve especialmente relevante cuando nos damos cuenta del trabajo de demarcación de límites que se logra al escribir mensajes destinados a un grupo, al definir los límites de un fenómeno cultural a través de nuestras propias elecciones de navegación y al seleccionar o filtrar el conjunto de datos mediante un motor de búsqueda o conjunto de bases de datos particulares. Cada acción que el investigador lleva a cabo dentro de esta vasta esfera de información contribuye de modo directo a la construcción de las estructuras que eventualmente reciben el nombre de «campo» o «dato».

En efecto, la potencialidad global de este medio a menudo se encuentra combinada con un alcance global, un logro que depende, a su vez, de un acceso global (Markham, 2004b). Puede que las personas de los países industrializados tiendan a sobrestimar el grado de acceso a las computadoras y a las tecnologías de comunicación electrónica que tiene el mundo. El acceso no es universal y aquellas poblaciones estudiadas mediante Internet representan una porción muy pequeña y privilegiada de la población mundial. Por consiguiente, hay diversas maneras en que los límites pueden ser flexibles, arbitrarios en apariencia o contruidos a partir del discurso, no obstante lo cual, siguen

estando dentro de estructuras políticas y económicas más extensas que no son compartidas de forma universal.

Participación en la construcción discursiva del campo

Tal como lo he señalado con anterioridad (Markham 1998), interactuar formal o informalmente con cualquier persona marca un cambio significativo de observador a participante, de archivista a socio. *Online*, conforme participamos en el contexto, vamos construyendo de forma conjunta los espacios investigados. En estos espacios *online*, las interacciones con los participantes no son simples sucesos; son los elementos organizativos de estos espacios.

Dada la propia naturaleza de sus acciones e interacciones, los investigadores de cualquier ámbito cultural participan en la construcción de aquello que se convierte en el objeto de análisis. En los entornos tecnológicos esta cuestión cobra énfasis, puesto que tanto la producción como el consumo de la comunicación pueden ser globales, no secuenciales, fragmentados, desencarnado y descentralizados. En los contextos donde los límites entre el *self*, el otro y el mundo social se crean y sostienen sólo a través del intercambio de información, ser es, por tanto, relacional y dialéctico. Las construcciones sociales están menos conectadas con sus propiedades físicas. Los límites no se definen tanto según «ubicación» como por la «interacción».

Los límites del campo se vuelven más una cuestión de elección que de espacios ubicados en el plano físico. Los investigadores se muestran más abiertos a la participación. Por consiguiente, tratar una pregunta en apariencia sencilla como «¿debera participar u observar?», da lugar a un conjunto de cuestiones mucho más complejas que determinan el diseño de investigación y complejizan nuestros conceptos acerca de cómo funcionan los medios en términos sociales. El acto aparentemente sencillo de elegir una comunidad de sitios webs específicos crea una audiencia que antes no existía y le indica al resto de la comunidad académica que este contexto es importante. Por ende, la elección del campo se vuelve un proceso con connotaciones políticas, dado el contenido ético inherente de nuestras decisiones.

Es probable que aquella etnografía que ignore estas cuestiones quede a la vera del contexto cultural y, lo que es más importante, es posible que quede atrapada en la noción, hoy en día muy criticada, de que el investigador observa pero no interfiere con el objeto de estudio ni influye sobre él. Además, las decisiones tomadas por un investiga-

dor en esta instancia tienen una influencia directa sobre el modo en que el mismo investigador representará al contexto y a los participantes, lo que, en última instancia, influye sobre nuestras conversaciones y nuestro conocimiento académico de los entornos comunicacionales mediados por computadora. A pesar de que estas cuestiones conllevan una responsabilidad ética, las preguntas en sí mismas parecen ser tan directas que, con frecuencia, se las considera simples problemas logísticos.

Esta discusión nos conduce necesariamente hacia etapas posteriores del proceso de investigación. El intento o la decisión inconsciente de ausentarnos del campo no eliminarán al investigador del proceso y del producto. Pensando por adelantado en el resultado del estudio —el informe de investigación— debemos reconocer que la interpretación de la cultura se modificará de acuerdo con la forma de narración. El enfoque interpretativo y la naturaleza de los «hallazgos» cambian con el paso del tiempo, el lugar de publicación, la credibilidad del autor o la notoriedad del tema y otros innumerables factores. Para ser honestos, más allá de si el investigador participa o simplemente se limita a observar, la construcción del informe de investigación presentará una realidad particular del objeto de análisis que estará influenciada por la identidad y la participación del investigador. Puede que resulte más productivo reconocer nuestro rol como participantes en una primera etapa, de modo que todos los aspectos del diseño de investigación puedan incorporar de forma efectiva la presencia del investigador en la construcción del campo en estudio. Conforme los Estudios en Internet se desarrollan como un campo de investigación interdisciplinario, una conceptualización realista y contemporánea de las maneras en que se intersectan el investigador, el lector y el objeto de análisis redundará en investigaciones más profundas y creíbles.

Determinación de qué constituye un dato

Una representación de los otros por parte del investigador está inexorablemente ligada con la forma en que se recolectan los datos y se los discrimina entre relevantes e irrelevantes. Los contextos comunicacionales mediados por computadora vuelven más complejas las decisiones del investigador, no sólo porque estos contextos se construyen de forma interactiva, compuestos en su mayor parte de participantes desencarnados, o porque el investigador tiene poco acceso a los recursos de comprensión típicos utilizados en la recolección e identificación de los datos. Las decisiones del investigador se compli- can aún más dado que, cualquiera que sea el ámbito de investigación,

estamos siempre sometidos de forma constante a estímulos, estímulos que es necesario filtrar por completo para crear categorías de interpretación adecuadas. La interacción en entornos *online* basados sólo en texto atenúan el más prominente de nuestros sentidos: la visión. La CMC separa la totalidad del ser de una persona en sus partes componentes; por tanto, aquello que anteriormente se comprendía como un todo ahora se interpreta partiendo de puntos temporales diferentes, mediante diferentes combinaciones de sentidos. Esta característica tecnológica promueve una atención altamente focalizada y particularizada sobre el contenido, el productor, el mensajero y el significado de las actividades discursivas en contexto. Incluso en entornos de investigación visual más manifiestos, en los que es posible que el investigador tenga acceso a fotos, cámaras webs, sitios webs, comportamientos de hipervínculos y blogs, la cuestión no se resuelve, dado que la capacitación tradicional para la investigación está diseñada para entornos físicos copresentes.

Desde el punto de vista metodológico, debemos reflexionar cuidadosamente acerca de qué información recolectada se considera como «dato». Al igual que la interacción construye y refleja la forma de los fenómenos en estudio, la interacción también delinea el ser que realiza las investigaciones de campo. Como es obvio, no podemos prestar atención a todo; nuestro enfoque analítico está limitado por aquello que nos convoca, por aquello para lo que estamos capacitados para tratar y por lo que deseamos hallar. Según Goffman (1959), nuestra comprensión está determinada tanto por nuestros marcos de referencia como por los marcos brindados por el contexto. Nuestra selección de datos y nuestro rechazo de aquello que no lo es presentan una coyuntura crítica dentro de la cual interrogar las posibles consecuencias de nuestras elecciones al momento de representar a los otros mediante nuestra investigación.

Un ejemplo de un discurso *online* tomado de una investigación previa (Markham, 1998) ilustra las implicancias de este punto. Matthew, al igual que todos los participantes de mi estudio, es alguien que se describe a sí mismo como un «usuario intensivo» de Internet. La entrevista se realizó en un MOO, un entorno *online* diseñado para facilitar la práctica y la aparición de formas distintivas de comunicación. Mediante la escritura de diversos comandos o la utilización de una puntuación particular, es posible hablar, exclamar, preguntar, susurrar, exteriorizar sentimientos o pensar, de modo que el diálogo se asemeje a un enunciado verbal (Annette dice: «Hola». Annette exclama: «¡Hola!». Annette pregunta: «¿Hola?»); como el globo de pensamiento de una historieta. oO (Annette se pregunta si el lector ve que es un globo de pensamiento); una descripción de nuestras conductas

no verbales o nuestros pensamientos (Annette se rasca la cabeza pensativa), y así sucesivamente.

En un comienzo, cuando estaba archivando la entrevista a Matthew, incluí el registro completo de la conversación. Luego de haber comenzado el proceso de análisis, eliminé comandos extraños, repetitivos o específicos del sistema para reducir a un mínimo las distracciones. La siguiente muestra está tomada de esta última etapa en la que ya había eliminado los comandos. Partiendo de este registro, realicé el análisis inicial de los datos:

- Matthew: «Bien madison, esa es una linda ciudad.»
- Markham: «bien, aquí van algunas cuestiones oficiales para ti, Mathew.»
- Markham: «Te aseguro que nunca revelaré tu dirección/nombre/ubicación.»
- Matthew: «Todo bien con las cuestiones oficiales.»
- Markham: «Matthew, te garantizo que quitaré toda referencia que pueda dar idea a los lectores de dónde vives, quién eres o dónde trabajas.»
- Markham: «¿te importa si archivo esta entrevista?»
- Matthew: «Adelante, Annette...»
- Markham: «¿qué es lo que haces con más frecuencia cuando estás *online*? ¿Adónde vas?»
- Matthew: «En general, estoy haciendo una de dos. Primero, investigar. Si estoy buscando investigaciones académicas sobre ingeniería de sistemas, mi especialidad, la mayor parte de ellas está en la Web...»
- Matthew: «Y allí también hay montones de herramientas para jugar.»
- Matthew: «Además, la uso para enterarme de las noticias e informarme, al igual que solía hacerlo con la radio. (Soy muy apegado...)»
- Matthew: «a las cuestiones de la vida real). Por ejemplo, si voy a correr (o a andar en bicicleta o a hacer alguna otra cosa al aire libre) ...»
- Matthew: «reviso el clima en Internet mientras que hace algunos años solía encender la radio. Lo mismo sucede con las noticias»...
- Markham: «¿cómo compararías la percepción de tu *self* como persona *online* a la percepción de tu *yo offline*?»
- Matthew: «Más seguro *online*, porque soy mejor editor que escritor/orador. Soy bueno cuando puedo usar la tecla de retroceso.»

- Matthew: «Pero soy el mismo en los dos lugares. Creo que he sido el mismo durante demasiado tiempo y necesitaría mucho más tiempo de práctica del que tengo disponible si intentara ser alguien más.»
- Markham: «ummm... Cómo describirías tu *self*?»
- Markham: «¿quiero decir, qué es ese “yo mismo” del que estás hablando?»
- Matthew: «Un tanto andrógino. Lleno de amigas. Pero nunca fui bueno en las citas ni en ninguna cuestión romántica/sexual.»
- Matthew: «Además, un tanto intelectual.»
- Matthew: transcurrido un momento, se sonroja con el comentario sobre su androginia.
- Matthew: «Y un obsesivo con la buena forma física.»
- Markham: o O(me pregunto por qué Matthew se sonroja...)
- Markham: «Cuéntame acerca de tu experiencia *online* más memorable.»
- Matthew: «Bien, sucedió hace un par de años atrás cuando recién comenzaba a utilizar la Web y a darme cuenta de qué se trataba todo esto.»

Luego de realizar la codificación y los análisis iniciales, me percaté de que esta entrevista me estaba dando trabajo. Regresé a la transcripción original y caí en cuenta de que había cometido un error al distinguir entre los datos «relevantes» y los «irrelevantes». El siguiente fragmento ilustra lo que vi cuando regresé a la entrevista original (los fragmentos que eliminé están subrayados):

- Matthew dice: «Bien madison, esa es una linda ciudad.» Matthew tira palomitas de maíz sobre el teclado :-)
- Markham dice: «qué desastre, Matthew».
- Matthew dice: «si ves que me ausento por un rato, ya sabes que fui a preparar más palomitas de maíz ;-)».
- Markham dice: «bien, aquí van hay algunas cuestiones oficiales para ti, Mathew».
- Markham dice: «Te aseguro que nunca revelaré tu dirección/nombre/ubicación».
- Matthew dice: «Todo bien con las cuestiones oficiales».
- Markham dice: «Matthew, te garantizo que quitaré toda referencia que pueda dar idea a los lectores acerca de dónde vives, quién eres o dónde trabajas».
- Markham dice: «¿te importa si archivo esta entrevista?»
- Matthew saluda y dice «Sí

Matthew dice: «Adelante, Annette».

Markham dice: «Bueno tiendo a realizar preguntas demasiado rápido».

Matthew no responde porque está demasiado ocupado abriendo una caja de galletas de arroz...

Markham dice: «¿qué es lo que haces con más frecuencia cuando estás *online*? ¿Adónde vas?»

Matthew dice: «En general, hago una de dos. Primero, investigar. Si estoy buscando investigaciones académicas sobre ingeniería de sistemas, mi especialidad, la mayor parte de ellas están en la Web...»

Matthew dice: «Y allí también hay montones de herramientas para jugar».

Matthew dice: «Además, la uso para enterarme de las noticias e informarme, al igual que solía hacerlo con la radio. (Soy muy apegado...)»

Matthew dice: «a las cuestiones de la vida real). Por ejemplo, si voy a correr (o a andar en bicicleta o a hacer alguna otra cosa al aire libre)...»

Matthew dice: «reviso el clima en Internet, mientras que hace algunos años encendía la radio. Los mismo sucede con las noticias»...

Markham dice: «¿cómo compararías la percepción de tu *self* como persona *online* con la percepción de tu *self offline*?»

Matthew dice: «Más seguro *online*, porque soy mejor editor que escritor/orador. Soy bueno cuando puedo usar la tecla de retroceso».

Matthew dice: «Pero soy el mismo en los dos lugares. Creo que he sido el mismo durante demasiado tiempo y necesitaría mucho más tiempo de práctica del que tengo disponible si intentara ser alguien más».

Markham dice: «hmmm...Cómo describirías tu *self*?»

Markham dice: «¿quiero decir, qué es ese “yo mismo” del que estás hablando?»

Matthew dice: «Un tanto andrógino. Lleno de amigas. Pero nunca fui bueno en las citas ni en ninguna cuestión romántica/sexual».

Matthew dice: «Además, un tanto intelectual».

Matthew dice: transcurrido un momento, se sonroja con el comentario sobre su androginia.

Matthew dice: «Y un obsesivo con la buena forma física».

Markham .oO (me pregunto por qué Matthew se sonroja...)

Matthew hace flexiones de brazos.

Markham lo mira fijo

Markham .oO (¿no debería estar haciendo algo yo también?)

Matthew dice: «Deberías estar haciéndome preguntas (el entrevistado se convierte en entrevistador)».

Markham suspira y vuelve a concentrarse

Markham dice: «Cuéntame acerca de tu experiencia *online* más memorable».

Matthew se pone muy celoso de la gente que puede dormir.

Matthew entra en un estado de profunda cavilación.

Matthew ataca la heladera cercana mientras piensa en una respuesta.

Matthew dice: «Bien, sucedió hace un par de años atrás cuando recién comenzaba a utilizar la Web y a darme cuenta de qué se trataba todo esto».

Mi interpretación cambió al darme cuenta de hasta qué punto Matthew se aseguraba de incluir sus actividades corporeizadas en la conversación. Más allá de cómo interpretemos las acciones subrayadas (Matthew tiene hambre, está aburrido, es creativo, utiliza convenciones aprendidas en un marco cultural), el hecho sigue siendo que los «datos» varían de una transcripción a otra.

Podemos elegir poner entre paréntesis o hacer a un lado la forma y centrarnos sólo en el contenido. Esta decisión estaría basada en la premisa de que el significado de nuestras emisiones sólo puede comprenderse en contexto y que, por tanto, el medio tiene menos importancia que el contenido. Por otro lado, ignorar la forma de la entrevista anterior puede que también sea visto como una mala elección, dada la premisa ampliamente aceptada de que las conductas no verbales funcionan a nivel discursivo en la presentación del *self*, la negociación de la identidad y una eventual construcción simbólica de la cultura. En este caso, mi análisis se vería empobrecido si no incluyera la descripción por parte de Matthew de sus actividades corporales. Además, mi análisis plantea la cuestión de qué constituye forma y qué constituye contenido.

En esta situación, nuestra elección debería basarse en las preguntas de la investigación o en el objetivo general del estudio, que, en el presente caso, consistía en explorar el modo en que las personas experimentan Internet y el modo en que se presentan y negocian sus identidades. No obstante, llevado a la práctica, este mandato es sumamente ambiguo. Surgen varios dilemas: ¿cuán representativo es el texto de la realidad del sujeto? En términos más personales: ¿cuán limitado quisiera estar en un determinado momento por lo que he escrito?, ¿hasta qué punto el investigador incluye o debería incluir las habilidades tipográficas u ortográficas como información relevante para la comprensión de la identidad o la cultura?, ¿cuánto influyen mis propios preconceptos y estereotipos sobre el modo en que elijo categorizar datos y no datos?

Alguien podría preguntar si en algún momento le pedí o no a Matthew que participara de la decisión sobre qué constituía un «dato», puesto que hubiera parecido una forma relativamente sencilla de responder a algunas de las preguntas formuladas con anterioridad. ¿Qué hubiese clasificado Matthew como dato relevante y qué, como dato

irrelevante? Por otro lado, ¿por qué y bajo qué circunstancias querría que Matthew determinara lo que debería analizarse y lo que debería ignorarse?

Estas preguntas son importantes porque establecen de forma directa aquello que el investigador debe examinar. Este punto no resulta extraño, ya que enfatiza la importancia de interrogar el rol del investigador durante la escritura de una cultura (Clifford y Marcus, 1986). En este caso (y yo diría en cualquier otro), si bien es probable que efectivamente el análisis surja a partir de los datos, *es el investigador quien determina a priori lo que constituye en primer lugar un dato*, convirtiendo esta decisión en un tema crucial de reflexión.

Interpretación del Otro por medio de su texto

A medida que abordamos estas cuestiones yendo de la recolección de datos a su análisis, surge otra coyuntura crítica de la mano de la siguiente pregunta: ¿hasta qué punto el Otro está definido por sus textos? Cuando participante, investigador y contexto no son nada más que texto y todo aquello que trasciende el mero lenguaje, es necesario ajustar nuestros filtros de percepción para adaptarlos a las complejidades de la expresión humana. Las prácticas discursivas son el alma de nuestra misión como investigadores etnográficos. Cuando el discurso se limita al intercambio de textos, sería posible pensar que los métodos de análisis también se encuentran limitados por lo que se ve en el texto, pero sin embargo, este no es el caso. Por el contrario, se utiliza un conjunto de herramientas interpretativas para comprender estos textos, y la reflexión sobre algunos de los métodos analíticos más ocultos o ignorados que se utilizan en la interpretación del Otro se vuelve una tarea valiosa.

Los siguientes dos ejemplos ilustran con claridad hasta qué punto es posible juzgar a los participantes de distintas maneras, según la forma de sus textos. Las muestras discursivas de estos ejemplos representan adecuadamente las tendencias de escritura de dos participantes: Sheol y DominOH!.*

* Los ejemplos originales utilizados por la autora incluyen instancias de escritura fonética que son imposibles de traducir dada la imposibilidad del español en este sentido. A continuación, es posible apreciar estos fragmentos originales con sus notorios errores de ortografía:

«<Sheol> I am intrested in talking to:) Could you be more spesific about what questions you will ask? Just let me know when you want to talk, and I will try to accomidate! :)» [N. del T.]

<Sheol> Me gustaría hablar con:) Podrías ser más específica con respecto a las preguntas que harás? Sólo hazme saber cuándo quieras hablar y yo trataré de adaptarme! :)

<Sheol> Me volví una figura muy popular (sé que suena engreído) en la línea de lo que llamo hogar. El lado derecho de mi cerebro me domina, así que me gusta la idea de ser esa personalidad.

Durante esta entrevista con Sheol, fue imposible incluir la ortografía, el uso de acentos gráficos, los eslóganes y demás. Me había propuesto desde un comienzo conducir análisis sistemáticos que se ajustaran con precisión al texto. Estaba utilizando una mezcla de herramientas analíticas orientadas al contenido para codificar, tematizar y comprender las interacciones con los participantes. Reflexionar acerca de mi imposibilidad de ignorar la forma mientras analizaba el contenido hizo que desapareciera esa falsa estabilidad que brindan los procedimientos basados en métodos específicos y me condujo a identificar algunos de los modos en que, sin proponérmelo, estaba categorizando a Sheol.

Por ejemplo, desde un primer comienzo categoricé a Sheol como mujer, dado que era muy evidente el estilo de un lenguaje femenino en los eslóganes, los calificativos, la expresión de emociones y el uso intensivo de acentos gráficos (Sheol resultó ser hombre). Sheol también era: joven (escritura fonética y ninguna evidencia de que prestara atención a los usos incorrectos del lenguaje); quizás no muy inteligente (múltiples errores de ortografía, mensajes ilegibles, una aparente falta de habilidad para ser realmente un *hacker*); y, por supuesto, caucásico (característica predeterminada, dados los presupuestos culturales dominantes acerca del uso de Internet y la tendencia de hacer que el otro *online* se parezca más al *self*). Asimismo, y de acuerdo únicamente con mi propio marco de referencia, Sheol era heterosexual, de clase media y estadounidense.

En otro estudio, un participante llamado DominOH! también utilizaba la escritura fonética, pero de distinta manera:*

«<Sheol> I became a very popular (I knowthatsoundsconseeded) figuaronthe line I called home. I am ruledbytherightside of mybrain so I likedthedia of beingthatpersonality.»

* Al igual que en el caso anterior he debido recurrir a la transcripción de la fuente, en la cual es posible apreciar la escritura fonética de DominOH! [N. del T.]:*

<DominOH!> Sumtymz i am lost in my online identiteez... well, the aktuel problem? i feel more «found» in my online selvz... kicky, spun out, reeler than real. More atooned in the energee and more atooned to those i'm talking about...

<DominOH!>: ...so muchfun 2 play... YOU, and EVERYONE else, kannot reely no mee. And y do you feeeel that you need 2?! So, online I'm a nerdy college

<DominOH!> A veces me siento perdido en mis identidades *online*... Bueno, ¿cuál es el problema en realidad? Me «hallo» más en mis «selves» *online*...despierta, fuera de control, más real que la realidad. Más en armonía con la energía y más en armonía con aquellos con los que hablo...

<DominOH!>..es un juego tan divertido...TÚ y TODOS los demás no son capaces de saber quién soy en realidad. ¿Y piensas que deberías saberlo?! Así que *online* soy un profesor universitario súper aplicado con un sentido del humor estrafalario, o soy un atleta profesional con una lesión que ha terminado con su carrera, y a veces soy bello o soy piadoso...y si la gente quiere estar conmigo, siempre estoy disponible.

Durante mis conversaciones con esta persona, me resultó más sencillo incluir los errores de ortografía, dado que parecían obvios y deliberados. En el curso de nuestras varias interacciones, DominOH! parecía deleitarse en la capacidad de actuar de un modo evasivo. El discurso de DominOH! se caracterizaba por las afirmaciones agresivas y desafiantes. En el caso de este participante, si bien tuve cuidado de no hacer suposiciones respecto de su género, me encontré categorizando a DomiOH! como hombre, joven, de buena educación y caucásico.

Como investigador, cuento con múltiples opciones para la interpretación de estas entrevistas. Mis elecciones generarán un conocimiento cultural acerca de Sheol y DominOH! en cuanto individuos y acerca de cómo las personas interactúan en el ciberespacio. En la investigación interpretativa, la integridad de nuestra interpretación está directamente ligada con la reflexividad. Sin embargo, a menudo la reflexividad sucede *luego* de que el análisis esté en curso o de que se complete el proyecto. Durante el curso de nuestras conversaciones y mucho después, al interpretar el discurso, añadí mentalmente varias etiquetas sociales a ambos participantes. No pude reconocer algunas de esas etiquetas hasta que otros me las señalaron. La importancia no radica en la precisión de las etiquetas, sino en la clase de evidencia utilizada para conformar la categoría. Sin reflexionarlo, comencé caracterizando la escritura fonética de Sheol de un modo negativo (capacidades deficientes) y le atribuí una connotación positiva a la de DominOH! (ingenio) Sin reflexionarlo, categoricé a Sheol como mujer y a DomiOH! como hombre, basándome tan sólo en el uso condescendiente o agresivo del lenguaje.

Este ejemplo ilustra que nuestra interpretación está fundada en el texto, pero, al mismo tiempo, no está limitada al texto. Si bien los

profesor with a quirky sense of humor, or I'm a professhunal athlete with a career ending injuree, and sumtymz i'm handsum, or i'm beauteous... and if peepole wanna hang with mee, i'm alwaze up for play. [N. del T.]

procedimientos sistemáticos de análisis son herramientas vitales para el científico social, su funcionamiento no está garantizado aunque se los siga al pie de la letra. En verdad, es posible que los procedimientos nos impidan ver los procesos interpretativos reales en curso. En los entornos basados en Internet, la existencia de la identidad *online* en estudio con frecuencia se encuentra encapsulada en los pixeles de la pantalla de una computadora. Las elecciones que se toman para atender, ignorar o editar estos pixeles tienen consecuencias reales para las personas cuyas manifestaciones están siendo modificadas más allá de su control. Si un sujeto escribe sólo en minúsculas y usa convenciones gramaticales no estándares es posible que la corrección de los errores† por parte de los lectores ignore y, por tanto, represente de un modo inadecuado una presentación deliberada de sí mismo por parte del participante. ;-) si la ortografía de alguien es atroz o única,* y el investigador la corrige para que sea más legible en el informe de investigación, es probable que la identidad *online* deseada sea el precio a pagar a cambio de una lectura fluida (Markham, 2003a, 2003b).

Por otro lado, puede que Sheol esté escribiendo en un teclado pegajoso, pase por alto los errores, priorizando una escritura veloz, o esté realizando varias tareas en simultáneo, de modo que su atención no esté abocada por completo a nuestra interacción. Es probable que DominOH! se sienta más cómodo con la escritura fonética. Quizá él o ella se comporte con agresividad en respuesta a algo que yo había dicho antes. Ciertamente, con el fin de facilitar la tarea interpretativa y anclarla aún más en la experiencia del participante, podríamos pedir a los participantes que aclararan sus propias tendencias de escritura. También podríamos recolectar información demográfica adicional. Sin embargo, mi intención no es articular el modo de realizar interpretaciones más precisas o fieles, sino identificar uno de los muchos momentos en el proyecto de investigación en que el académico se enfrenta, consciente o inconscientemente, a ciertas decisiones acerca de qué incluir como parte de las consideraciones interpretativas, de las que sólo unas pocas pueden identificarse o controlarse.

Esta tarea se vuelve todavía más compleja por el hecho de que el enfoque analítico más adecuado en términos éticos se ve complicado —e impedido— por las convenciones y la capacitación académicas. La mayoría de las perspectivas de las ciencias sociales le enseñan al investigador a separar la complejidad de la experiencia humana en variables discretas que puedan medirse con facilidad. Los métodos interpretativos buscan atenuar estas restricciones, pero implican formas de conocimiento que luchan constantemente por simplificar en lugar

* *Atroshioussly* o *uniQueLY*, en el original inglés. [N. del T.]

de complejizar la experiencia humana. Cambiar la mirada desde el sujeto de investigación hacia la mirada en sí misma representa un paso en la evolución de las ciencias humanas. Detenerse allí sin embargo, implica arriesgarse a perder de vista los objetivos más amplios de la investigación. En lugar de buscar describir o reflejar la realidad, los investigadores deben considerar el acto político de promover, activar o engendrar realidades.

La búsqueda de autenticidad⁴

En los entornos de investigación incorpóreos resulta especialmente notable que se continúe privilegiando el cuerpo del investigador como el lugar de la experiencia, la mejor medida de la autenticidad y la morada del conocimiento. Tiene sentido, literalmente, dado que comprendemos nuestro mundo a través de nuestros ojos, oídos, narices, bocas y el sentido del tacto. Nos abstraemos de nuestro conocimiento encarnado para expresarlo por medio de la lógica, el lenguaje y la escritura, pero como señala Ackerman (1995), nuestro nivel primario de comprensión permanece con firmeza vinculado con nuestros sentidos. «No hay manera de que comprendamos nuestro mundo si antes no lo detectamos mediante la red de radares de nuestros sentidos... Los sentidos... desmiembran la realidad en bocados vibrantes y los reensamblan para conformar una trama con sentido... Razonamiento, lo llamamos, como si se tratara de un condimento mental» (págs. xv-xvii).

Este hecho tiene implicaciones de relevancia para la investigación científica; en la mayoría de las tradiciones, el acto interpretativo se caracteriza por ser un procedimiento analítico, lógico y mental. Separada del cuerpo en forma de teoría, la práctica encarnada de interpretación sigue su curso. *Online*, esta separación implícita cobra mayor relevancia, precisamente porque la ausencia del cuerpo del participante es *notoria*.

La búsqueda del cuerpo detrás del texto

La pregunta que con frecuencia se hace acerca de los participantes en contextos *online* es «¿quiénes son en realidad?». Por esto, a

⁴ El material de esta sección se escribe en simultáneo para un capítulo de una colección editada (Markham, 2003c).

menudo queremos decir ¿quiénes son respecto de cómo los puedo ver, verificar y conocer en un cuerpo? Muchas veces he oído la sugerencia de estudiantes, revisores y editores: «Deberías haber entrevistado a los participantes *offline*, además de *online*. Así tendrías una mejor idea de quiénes son». Modificando ligeramente nuestra perspectiva, podríamos hacer preguntas que conduzcan a las cuestiones subyacentes: ¿Cuánto dependemos de nuestros cuerpos y de los cuerpos de los participantes para establecer una presencia y conocer al otro? ¿Es esa dependencia justificada o conveniente? ¿Hará nuestra imagen del otro, en persona, que tengamos una comprensión más íntegra de ellos? Más directamente, ¿es la presencia corporeizada de un participante una medida de su autenticidad?

Las respuestas dependen no sólo de la cuestión que estamos buscando abordar, sino también de los presupuestos epistemológicos subyacentes del investigador. Si utilizamos Internet simplemente como una herramienta para expandir nuestra llegada a los participantes y los entrevistamos *online* por mera conveniencia, deberíamos considerar hasta qué punto las personas son capaces de expresarse con claridad, sinceridad y en plenitud por escrito, y si realmente lo hacen. Pero si estamos estudiando los contextos vinculados con Internet como formaciones culturales o las interacciones sociales en contextos comunicacionales mediados por computadora, es probable que la inclusión de modos de conocimiento encarnado resulte injustificada o, incluso, contraproducente.

En las salas de chat, en los teléfonos móviles o a través de sitios webs personales y otros medios, la identidad se produce y se consume independientemente de la presencia real. La comprensión cultural se construye literalmente a partir del discurso y la interacción. Sabemos por medios de comunicación masiva y estudios académicos que muchas personas buscan la interacción y la comunidad de Internet porque estas últimas proporcionan los medios percibidos para escapar al confinamiento de los marcadores sociales encarnados y participar de lo que muchos refieren como una «reunión de las mentes». Más allá de si esto es en verdad posible (y algunos han sostenido que no lo es, por ejemplo, Ess, 2003; Kolko, Nakamura y Rodman, 2000), es probable que los investigadores encuentren más apropiado leer el deseo del usuario a ser percibido como una confluencia de textos sin cuerpo como un pedido de que reconozcamos el texto como una evidencia amplia y suficiente del ser, y de que lo estudiemos como tal (Markham, 2003a, 2004a).

No obstante, los científicos sociales continúan buscando la autenticidad, privilegiando el concepto del cuerpo. El deseo de aportar validez a los hallazgos con frecuencia resulta en un diseño de investi-

gación que exhibe la representación textual de los participantes junto con su identidad física. El objetivo es determinar hasta qué punto estas imágenes coinciden. Es posible que los investigadores que decidan entrevistar a los participantes tanto *online* como cara a cara (*f2f*) aludan a que sus esfuerzos aportarán autenticidad a su interpretación, añadiendo señales paralingüísticas no verbales a las palabras que dicen las personas, y, por tanto, le proporcionarán mayor credibilidad a sus hallazgos (Markham, 2003a).

Debido a razones biológicas concretas, los investigadores confían en los tradicionales sentidos de la vista, el olfato, el tacto, el gusto y el oído, para corroborar una realidad concreta. Estamos preparados para confiar específicamente en nuestras capacidades visuales: «El setenta por ciento de los receptores sensoriales del cuerpo se agrupan en los ojos y es fundamentalmente por medio de la visión del mundo que lo evaluamos y lo comprendemos» (Ackerman, 1995, pág. 230). El ecologista y filósofo David Abram agrega que la percepción es una reciprocidad entre el cuerpo y las entidades que lo rodean. Considerando la idea de Merleau-Ponty de que la percepción en sí misma es algo encarnado, Abram señala que: «[La percepción] es una suerte de conversación silenciosa que establezco con las cosas, un diálogo continuo que se desenvuelve muy por debajo de mi consciencia verbal» (1997, pág. 52). Aunque «movilizamos u objetivamos el fenómeno en términos conceptuales... ausentándonos mentalmente de esta relación» (Abram, 1997, pág. 56), nuestra comprensión del mundo es sensorial. Si bien tiene sentido que los investigadores utilicen sensibilidades encarnadas, existen pocas, o ninguna, mención de ello en los libros de texto sobre metodologías. Por consiguiente, se vuelve una coyuntura crítica que debe tratarse de un modo muy consciente.

Remoción del cuerpo del investigador

En relaciones y culturas, en esencia desencarnadas, es necesario preguntarnos si la intrusión de ciertas facultades de comprensión encarnadas le resta integridad al proyecto de conocer al otro en contexto. Sin embargo, como se mencionó con anterioridad, la percepción siempre está ligada con una corporeidad, lo cual no puede dejarse de lado al estudiar la vida *online*. Surge así una paradoja que probablemente no pueda superarse, pero que, no obstante el diseño o el informe de investigación, deben considerar, reconocer o explicar.

Resulta irónico, sin embargo, notar la marcada ausencia de la propia corporeidad del investigador en muchos de los estudios de contextos culturales basados en texto. Si bien es posible que el investigador les proporcione formas encarnadas a sus participantes y

comprenda sus identidades a través de sus mismos cuerpos, esta sensibilidad rara vez se señala en el informe publicado. A pesar de que el investigador goza de un importante privilegio para elegir si presenta su propia corporeidad o si considera irrelevante la cuestión, al mismo tiempo cuestiona la autenticidad de las elecciones de los participantes respecto de la propia corporeidad de estos últimos. Desde un punto de vista ético y epistemológico es vital reflexionar cuidadosamente sobre hasta qué punto el diseño de investigación prioriza al investigador en detrimento tanto de la comprensión del otro como de un proceder muy consciente respecto del contexto (Markham, 2003a, pág. 152).

Puede que las identidades *online* sean mucho más fluidas e intercambiables de lo que imaginamos, puesto que las atrapamos en momentos específicos o en tan sólo una fracción de los foros virtuales que habitan. El anonimato en los entornos basados en texto nos proporciona un mayor número de elecciones y un mayor control en la presentación del *self*, sin importar si la presentación se percibe como algo deliberado. La comprensión de la potencialidad de una negociación flexible y a medida de la identidad en los espacios sociales mediados tecnológicamente puede fomentar otra coyuntura crítica en la cual el investigador sea capaz de plantear una serie de interrogantes cautivantes respecto de la representación del otro: «Como investigadores y miembros de diferentes comunidades y culturas, ¿qué utilizamos para construir un sentido de quién es el Otro en realidad?», «¿De qué maneras nuestros métodos de comprensión de la vida en su vinculación con las nuevas tecnologías comunicacionales ignoran, niegan o validan las construcciones cambiantes de la identidad y el mundo social?»

Interpretación dentro de zonas de confort socioeconómicas

El hecho de que los investigadores visualicen a sus participantes incluso en medios no visuales basados en texto tiene sentido. Sin embargo, los investigadores no sólo deben analizar de forma crítica el sesgo visual, sino también la imaginación con la que visualizamos al participante. Los pioneros en la frontera de la investigación etnográfica *online* yuxtaponen continuamente la corporeidad con otras formas de presentación y conocimiento. Al confiar en nuestras sensibilidades corpóreas de conocimiento, no necesariamente estamos logrando una perspectiva mejor o más «precisa» de los sujetos de nuestros estudios; es probable que sólo estemos reflejando nuestras propias zonas de confort en la investigación. La reflexión crítica sobre el producto de nuestra mirada es capaz de revelar algunas de estas zonas de confort para su introspección o interrogación. Los investigadores deben estar alerta respecto de la tendencia de percibir

el mundo según categorías familiares y cercanas. ¿Cómo se ven los participantes según su mirada mental? ¿Qué tan posible es que el investigador le otorgue al participante una categoría étnica distinta de la suya? ¿Qué información se utiliza para juzgar a la persona encarnada detrás de la pantalla?

Velocidad de escritura, ortografía y uso de la gramática, elección de un (sobre) nombre; progresión lineal o fragmentaria de las ideas: todo esto influye en el modo en que el investigador interpreta a un participante. Conforme el investigador evalúa de forma visual las prácticas discursivas de los participantes, la forma se eleva a través de la comprensión como una esencia invisible pero atractiva en el aire. Ya sea que nos percatemos de que el texto es idiosincrático o no, en sus errores o en su singularidad, en su insipidez o su precisión, la forma influye sobre el significado y colabora para otorgar una forma corporal al participante. La forma define nuevos estereotipos que deben reconocerse y examinarse.

Como investigadores, tenemos nuestras propias predilecciones en cuanto a la raza, el género y la apariencia corporal de los participantes virtuales. Sin ninguna razón aparente, identifiqué al participante mencionado con anterioridad, Sheol, como femenino, blanco, heterosexual, joven y con un cuerpo de peso y altura promedio. Después de cerca de dos horas de entrevista, Sheol mencionó la palabra «novia», por lo que reconocí que había hecho un presupuesto invisible (pero obviamente operativo) de que ella era heterosexual. Forzada a reconciliar la contradicción entre mi presunción a priori y el uso de la palabra «novia», comencé a buscar señales de género que pudiera no haber percibido antes. Además, comencé a preguntarme acerca de mi uso invisible de la sexualidad y el género como categorías.

Hasta que ocurrió esa contradicción, no había reflexionado sobre el hecho de que, en mi cabeza, le estaba otorgando un cuerpo a Sheol, y, por tanto, me di cuenta de que el cuerpo en mi mente ya no se correspondía con el cuerpo que me presentaba el participante. Hay que aclarar que Sheol sólo estaba charlando conmigo, sin presentar un cuerpo de alguna manera deliberada. Le había dado forma a la persona. Unos minutos más tarde, cuando Sheol se refirió a sí mismo como hombre, caí en la cuenta de que ella no era lesbiana, sino que «él» tenía una «novia». Pero había cometido otro error. La forma del mensaje me había llevado a suponer en principio que Sheol era mujer. Si se lo lee en un nivel muy superficial, el nombre Sheol parece ser un nombre femenino (aquí, «Sheol» es un doble seudónimo, pero el nombre original era similar en cuanto que, leído con rapidez, una parte del deletreo puede confundirse como un nombre o un marcador ob-

viamente femenino, como «Susanerd» o «21She132»).* También sabía por investigaciones previas que las mujeres tienden a utilizar más eslóganes, a ser más precavidas y a suplementar sus textos con más emoticones y signos de puntuación.

Una investigación reciente sobre la raza en el ciberespacio afirma que los usuarios transforman a los otros *online* según sus propias imágenes, pero que esas imágenes están limitadas por las presentaciones de identidad de los medios, de modo que gran parte de las visualizaciones se corresponden con las imágenes proyectadas por los medios masivos de comunicación respecto de la belleza, la raza, el género, la etnicidad y el tamaño (Nakamura, 1995). ¿Qué implicancias tiene esto para los investigadores cualitativos que conducen investigaciones etnográficas en entornos anónimos o virtuales?

Durante la enseñanza de cursos a distancia, mis presupuestos me llevan a creer que mis estudiantes eran personas blancas típicas. Si adoptan un nombre interesante, me encuentro tratando de hallar un cuerpo que se corresponda con lo que percibo que el nombre implica respecto de su apariencia. Cuando reflexiono acerca de mis imágenes visuales, me doy cuenta de que, incluso cuando se supone que la raza está ausente del enfoque de investigación, ella se convierte en una categoría cuya opción predeterminada es «blanco» (Nakamura, 2003). Mi experiencia no es inusual. Ilustra cuánto confiamos en nuestros propios parámetros y cómo los usamos para categorizar a los otros de acuerdo con algo que podamos tratar con comodidad. Los debates sobre raza e Internet están en aumento, en especial los vinculados con el modo en que Internet ha sido creada y se percibe con ingenuidad como un espacio no racial (Kendall, 1998; Kolko, Nakamura y Rodman, 2000; Poster, 1998). Estos debates conducirán a los investigadores a reflexionar con más profundidad sobre los espacios estudiados y las suposiciones hechas durante las etapas de recolección e interpretación del proyecto.

Nuevamente, la capacitación académica tradicional vuelve más complejas para los investigadores las cuestiones vinculadas con la corporeidad, dado que tal capacitación busca hacer invisible al investigador. La capacitación académica tradicional insta al investigador a centrarse en la teoría y el método como lugar de control del estudio. En la tradición científica, un buen diseño de investigación elimina los sesgos, permite que el método ejerza una guía estricta de los hallazgos, e ignora las medidas no científicas, como las corazonadas. Es necesario remover los sentidos del investigador en el análisis de los datos, al

* Las letras s-h-e del seudónimo «Sheol» en inglés coinciden con el pronombre de la tercera persona del singular del femenino «she». [N. del T.]

igual que es necesario remover la voz del investigador del informe final. Esta capacitación crea el hábito —incluso entre investigadores que presentan una firme resistencia— de ignorar o negar el impacto de nuestras sensibilidades encarnadas conscientes o inconscientes en el resultado del estudio. Aun en la investigación cualitativa, resulta difícil desnudar nuestras complejas capas de interpretación.

Consideración de los métodos como ética

Como ya ha mencionado en este artículo, cualquier decisión metodológica es una decisión ética. No debe subestimarse la potencialidad política y las consecuencias derivadas de nuestra investigación. Cada elección que tomamos acerca del modo de representar al *self*, a los participantes y al contexto cultural en estudio contribuye a la forma en que lectores, futuros estudiantes, legisladores y otros los interpretan, contextualizan y responden a ellos.

El proceso de estudio cultural es un proceso de comprensión, síntesis y control. Contradecirlo es negar nuestros impulsos y roles como académicos y científicos. En un nivel muy básico, vamos allí para aprender algo acerca del Otro y —cuando pensamos que hemos comprendido algo— para decidir de qué modo decirle a los otros lo que creemos saber. Para lograr este cometido, debemos detener por un momento el continuo de la experiencia, extraer una muestra para inspeccionarla y representarla en términos académicos con un alto grado de abstracción. El investigador cuenta con un enorme grado de control de la representación de las realidades de las personas y los contextos en estudio. No necesariamente ese control debe caracterizarse de forma por completo negativa, ya que también podríamos considerar la imagen de una cinta de Moebius, donde lados en apariencia opuestos terminan siendo partes de una misma cara. Nuestra capacidad de representar el conocimiento cultural es una gran responsabilidad llena de trampas y dificultades. Pero también es un don, logrado mediante la educación, pulido mediante la experiencia y de fines loables, mediante la reflexividad ética.

Edición de las elecciones

Considere el modo en que los informes de investigación contextualizan y encarnan a las personas que estudian: el propio ser de una persona tiene la potencialidad de ser literalmente reconfigurado cuando el investigador lo edita y lo sitúa en un contexto para el re-

cuento de la investigación en lugar de dejarlo en el contexto de la experiencia.

Como es obvio, este dilema no sólo ocurre en el estudio de los entornos virtuales, sino también en cualquier estudio del comportamiento humano. Sin embargo, los entornos mediados por computadora parecen resaltar este dilema asociado con el informe de investigación, dado que es muy claro que el texto puede ser el principal, sino el único, medio de producción y negociación del *self*, el otro, el cuerpo y la cultura. Las prácticas comunes de edición rara vez son cuestionadas. ¿Qué sucede cuando transformamos las emisiones de fragmentos de oraciones inconexas del participante en párrafos coherentes? ¿De qué manera estamos presentando la realidad social de estos espacios al corregir la gramática, la ortografía y la puntuación? ¿De qué manera es posible que, al transformar la apariencia de sus fuentes tipográficas para que cumplan con los estándares aceptables de los diferentes foros de publicación, estemos cambiando sus identidades? Después que el escritor haya editado completamente el lenguaje coloquial, los participantes del estudio pueden parecer tan pulcros como los personajes de un filme. Naturalmente, el escritor debe lograr que el informe sea legible, pero esta necesidad debe equilibrarse con lo que posiblemente se silencie durante este proceso. *Online*, este proyecto adopta una forma un tanto diferente de los contextos de investigación basados en el mundo físico. Conversaciones *online* altamente inconexas son reproducidas como un intercambio ordenado de mensajes. Una conversación cuyo desarrollo abarca seis meses puede aparecer como un único párrafo en el informe escrito. La fragmentación deliberada de ciertas ideas puede ser empalmada en una lógica lineal. Un elemento clave para la representación ética del participante es la sensibilidad respecto del contexto y el individuo. Es posible que ciertas elecciones de edición no modifiquen el significado de las emisiones, la interacción o la identidad del ser textual encarnado a través de tales emisiones. Otras opciones de edición pueden servir para devaluar, ignorar o silenciar un aspecto fundamental de una identidad (Markham, 2003a).

En el otro extremo, durante la presentación de un diálogo con participantes, ¿cuántos escritores describen una versión de la realidad en donde ellos mismos hablen y piensen de un modo hiperorganizado? Es poco factible que los investigadores lo hagan de forma deliberada. Por el contrario, el hábito es una parte arraigada de nuestra capacitación; va de la mano con otras prácticas, como el uso de la voz pasiva y la tercera persona en los artículos académicos tradicionales. En la búsqueda por comprender la construcción discursiva de la realidad en entornos mediados por computadora, es posible que la edición excesiva resulte engañosa y restrictiva. Es probable que el lector tenga dificul-

tades para leer ejemplos de diálogos no lineales, inconexos o con serios errores ortográficos, pero, al igual que los elementos visuales de un sitio web personal, estas características discursivas ilustran de forma vívida el modo en que se experimentan.

Generalmente, tan pronto como ocurre la interacción, su estudio se vuelve una abstracción. Se trata de una característica de la investigación. Aun así, la simplificación o el rechazo al desafío que implica su representación no están garantizados. La tarea consiste en diseñar una investigación que permita a los sujetos humanos conservar su autonomía e identidad sin importar si su singularidad es intencional o no.

¿En interés de quién?

Cambiar la idea de representar a los participantes por la idea de respaldarlos, torna más visibles los aspectos políticos de la investigación. La cuestión del respaldo puede plantearse de muchas maneras: «¿A qué intereses sirve la investigación?»; «¿por qué estoy conduciendo esta investigación, de todos modos?»; «¿qué grupos necesitan ser respaldados?»; «¿de qué modo mi análisis puede ayudar a alguien?»; «¿de qué manera mis artículos y su publicación pueden dar voz a aquellos que de otro modo quedarían silenciados?».

No se trata tan sólo de cuestiones éticas o políticas. Se trata de cuestiones metodológicas que deben incluirse en el diseño, dado que impactan de forma directa en el modo de recolección y análisis de la información y en la forma de redacción y distribución de los hallazgos de la investigación. A pesar de ello, los libros de texto sobre metodologías de la investigación por lo general no incluyen a tales cuestiones como una parte fundamental de la discusión metodológica. En caso de incluirlas, se las relega a una unidad o capítulo aparte llamado «Ética», o a un apartado del texto principal, junto con otras consideraciones especiales e inusuales.

Aun en el caso de que nuestros objetivos de investigación no incluyan el respaldo de los participantes, sugiero que si durante el desarrollo de un estudio se toman en cuenta estas cuestiones, el diseño de investigación no sólo contará con una base ética más sólida y reflexiva, sino que también los resultados tendrán mayor integridad. Ellas funcionan como recordatorios importantes de que, con frecuencia, los investigadores toman más de lo que dan, de que las elecciones de los investigadores siempre son privilegiadas y de que, incluso si desean dar voz a los participantes, es posible que el investigador termine siendo el ventrílocuo escondido que habla por los otros en lugar de con los otros (Fine, Weis, Weseen y Wong, 2000).

Ética y comités institucionales de conducta ética

Los lineamientos éticos para la investigación en Internet exhiben grandes diferencias entre disciplinas y países, dependiendo de las premisas y presupuestos que se utilicen para desarrollar los criterios a partir de los cuales se juzga una acción como ética o antiética. En esta sección, he elegido definir las características de la interacción en Internet que dan lugar a controversias éticas y delinear las diferencias fundamentales entre las posturas «utilitarias» (predominantes en los Estados Unidos) y las posturas «deontológicas» o «comunitarias» (predominantes en ciertas partes de la Unión Europea, especialmente en los países nórdicos). Este análisis tiene como objetivo proporcionar a los investigadores formas alternativas de pensar los proyectos de modo que las decisiones se tomen no sólo de acuerdo con los requisitos legales, sino también según aquello que constituye el curso apropiado de acción respecto de un contexto de investigación y un contexto social.

Los investigadores en Internet se encontrarán con controversias y desafíos éticos en las siguientes circunstancias:

- Algunos usuarios perciben los discursos de acceso público como privados.
- Algunos usuarios tienen un estilo de escritura que es fácilmente identificable dentro de su comunidad *online*, por lo que el uso de un seudónimo por parte del investigador no garantiza el anonimato.
- Los sitios de debate *online* pueden ser muy cambiantes. Los investigadores que consigan permiso para acceder en junio puede que no estén estudiando a la misma población en julio.
- Con frecuencia, los motores de búsqueda son capaces de encontrar afirmaciones utilizadas en informes de investigación, lo que hace casi imposible garantizar el anonimato en ciertos foros.
- La edad es difícil, sino imposible, de verificar en determinados entornos *online*.
- En ciertos entornos *online*, las personas vulnerables son difíciles de identificar.
- Es difícil lograr el consentimiento informado por escrito del participante real (la persona coincidente con su documento de identificación) si él o ella desean que el investigador respete su anonimato.

Algunos de los puntos anteriores generan cuestiones éticas generales; otros generan la desaprobación oficial de los comités institucionales de conducta ética, los cuales regulan la investigación de los sujetos humanos en las instituciones de educación superior.

Enfoques utilitarios y comunitarios

¿Están los Comités Institucionales de Conducta Ética (IRB, por sus siglas en inglés) de los Estados Unidos más interesados en proteger a las instituciones que a los sujetos humanos? ¿Son en verdad útiles las regulaciones para los intereses del sujeto humano? Christians (2000) y Thomas (2003) sostienen que es posible que el sistema de regulación resulte contraproducente, incluso habiéndose diseñado para proteger al participante, puesto que tales regulaciones están inmersas en estructuras sociales positivistas, capitalistas y utilitarias.

En teoría los IRB exigen a los investigadores conservar la autonomía de los sujetos humanos (respeto por las personas), distribuir de forma equitativa los beneficios y las cargas de la investigación (justicia) y garantizar el bienestar de los sujetos, evitando o reduciendo al mínimo los daños (benevolencia). En la práctica, para adherir a las regulaciones generales de los IRB, un investigador preguntará: primero, ¿la investigación protege la autonomía del sujeto humano? Segundo, ¿los beneficios potenciales del estudio superan los riesgos implícitos para el sujeto humano? De acuerdo con su funcionamiento en los Estados Unidos, si el beneficio potencial de la investigación propuesta es lo suficientemente «bueno», el riesgo es aceptable y, por tanto, el segundo criterio se vuelve prioritario.

Según Christians (2000), hacer el suficiente «bien» se vuelve una cuestión de determinar qué es lo que hace feliz a la mayoría de las personas. En combinación con una marcada tradición positivista, la cual valora la neutralidad y la validez a través de medidas científicamente comprobables, las determinación del grado de «felicidad» se encuentra restringida a dominios que son extrínsecos, observables y medibles (págs. 138- 142). «La estructura conceptual de la política de los IRB está diseñada para brindar la mejor relación costo-beneficio. Los IRB brindan una clara protección a los sujetos que entran dentro de los protocolos aprobados por ellos. Sin embargo, dado el tejido de funciones utilitarias de las ciencias sociales, la academia y el Estado..., en realidad en lugar de proteger de modo general a las poblaciones de sujetos de la sociedad, los IRB protegen a sus propias instituciones» (véase Vanderpool, 1996, caps. 2-6). A este comentario, Thomas (2003) añade que: «Muy a menudo, las decisiones [de los IRB] parecen motivadas no tanto por la protección de los sujetos de investigación, sino por el cumplimiento de los procedimientos burocráticos federales obligatorios que protegerán a la institución de sanciones en caso de una auditoría federal» (pág. 196). En tal sentido, las regulaciones son razonables. Los IRB están diseñados para proporcionar lineamientos que de otro modo podrían omitirse. Pero cuando estos lineamientos se

utilizan como el único medio para definir los límites éticos de nuestro trabajo, el espíritu de la regulación se ve sustituido por una adhesión irreflexiva a la ley escrita.

Al comparar la esfera ética de otros países, vemos que la postura de los IRB termina puesta de cabeza (o de lado, dependiendo de cómo lo veas). Ess (2003) define la perspectiva europea como más deontológica. Los ciudadanos gozan de una protección de la privacidad mucho mayor respecto de la recolección de información y su uso. La investigación enfatiza la protección de los derechos individuales, «primero que todo, el derecho a la privacidad —incluso al costo de perder por ello lo que podría ser una investigación que promete beneficiar a todo el conjunto—» (Ess y AOIR Ethics Working Committee, 2002, pág. 20).

Si nos fijamos en las diferencias entre los enfoques éticos en la investigación de los EE.UU. y sus pares europeos, esta recomendación se vuelve una postura viable y proactiva. La Asociación de Investigadores en Internet se ha ocupado con cierta profundidad de la cuestión ética vinculada con la investigación en Internet (2002). Ella proporciona interrogantes clave que pueden servir como guía a los investigadores para tomar decisiones basadas en la ética respecto de las particularidades de los entornos *online* ya descritos. Algunos de estos interrogantes incluyen:

- ¿Qué expectativas éticas establece el foro?
- ¿En qué casos uno debería solicitar el consentimiento informado?
- ¿Qué medio de consentimiento informado (correo electrónico, fax, mensajes instantáneos) protegería mejor al sujeto humano?
- En el caso de estudiar grupos con una alta tasa de rotación, ¿resulta suficiente obtener el permiso del moderador/facilitador/proprietario de la lista, etc.?
- ¿Cuáles son las expectativas/supuestos éticos iniciales de los autores/sujetos en estudio? Por ejemplo: ¿asumen/creen los participantes de tal entorno que su comunicación es privada?
- ¿Las referencias al material se harán por medio de citas directas o se usarán paráfrasis?
- ¿Será atribuido el material a una persona específica? ¿Las referencias se harán a su nombre real? ¿A un seudónimo? ¿A un «doble seudónimo» (es decir, un seudónimo para otro seudónimo utilizado con frecuencia)?

Chris Mann (2002), un sociólogo inglés especializado en el estudio de la ética, separa a estas cuestiones en un conjunto de tres preguntas muy simples:

- ¿Estamos buscando magnificar lo bueno?
- ¿Estamos actuando de maneras que no dañen a los otros?
- ¿Reconocemos la autonomía de los otros y el hecho de que sean igual de valiosos que nosotros, y de que así debemos tratarlos?

Estos criterios alejan el foco de cuestiones relacionadas con la utilidad y las regulaciones y enfatizan de lleno el propósito del estudio, como los señala claramente Denzin (1997/2003) al analizar la postura feminista comunitaria. Un ejemplo que ilustra la diferencia entre esas posturas y sus posibles resultados lo proporciona el investigador de los EE.UU. que se pregunta:

«¿Estoy trabajando con sujetos humanos o con documentos públicos?»

Esta pregunta surge a partir de un estudio en el que el académico utiliza archivos sobre discursos *online* de acceso público. Muchos académicos en Internet sostienen que los discursos *online* de acceso público no requieren de la aprobación de un sujeto humano porque los dominios en que se producen estos textos son públicos (Walther, 2002). Esta determinación se deriva de los argumentos acerca de las definiciones regulatorias de lo que constituye una investigación de sujetos humanos. Walther señala además que si bien es posible que los participantes perciban que el espacio es privado y, por tanto, también lo son sus textos, esta percepción es extremadamente errónea» (pág. 3).

Cuando se la planteé a una colega de Escandinavia, la pregunta no resultó adecuada. (Bromseth, comunicación personal, 19 de febrero de 2004.) Ella comprendió la pregunta, pero señaló que sus colegas no la plantearían de ese modo. Entre otras cosas, Bromseth señaló que la pregunta se centra en el dilema legal del investigador en lugar de en los participantes del estudio. La pregunta polariza la cuestión según una falsa dicotomía entre «esto o lo otro» que debe resolverse mediante una aclaración legal basada en definiciones en lugar de a través de la contribución de los sujetos humanos y de la interacción con ellos.

Con el fin de aportar mayor claridad a la distinción, señalaremos que el título de la sección de este capítulo enfatiza la ética y su cuerpo regulatorio académico, el IRB. Mi elección del título refleja una postura utilitaria. Por el contrario, al describir las cuestiones éticas a las que se enfrentan los investigadores en Internet, Bromseth (2003) nunca menciona ningún cuerpo regulatorio y, en cambio, se centra en el entrevistado. Ella escribe enmarcada en una postura comunitaria o deontológica: «Los investigadores se han visto obligados a repensar cuestiones básicas... ser capaces de desarrollar y aplicar enfoques que funcionen para nosotros y nuestros objetivos de investigación y que sean defendibles desde el punto de vista ético con relación a nuestros informantes» (pág. 68).

Teniendo en cuenta las posturas profundamente arraigadas y los pocos principios universales, ¿de qué manera deberíamos tratar los textos y a los sitios webs que pueden o no ser vitales para la subjetividad del autor; que el autor puede o no considerar privados; que pueden o no ser importantes para nuestras metas de investigación individuales? En el campo de la investigación ética en Internet, no es posible sacar conclusiones simples. Los Comités Institucionales de Conducta Ética continuarán regulando las actividades de los académicos. Sin lugar a dudas, los principios nacionales, regionales y culturales seguirán siendo distinguibles; los lineamientos éticos están enclavados en estructuras sociopolíticas y económicas de significado más amplias. Los investigadores en Internet continuarán debatiendo acerca de cuestiones relacionadas con los documentos de acceso público, el anonimato, los derechos de autor, la presentación del otro y la privacidad. Es posible encontrar excelentes revisiones sobre posturas opuestas en distintas revistas, informes *online* y actas de conferencias/talleres.⁵

Dada la variedad de posturas éticas y la diversidad de elecciones metodológicas, cada investigador debe explorar y definir su estudio de acuerdo con su propio marco de referencia integral. Thomas (2003) recomienda adoptar una perspectiva más proactiva hacia el comportamiento ético que el de una simple adhesión a las reglas estipuladas por los IRB. «Desde este punto de vista, reconocemos la potencial ambigüedad de las situaciones sociales en que se toman las decisiones más valiosas y nos comprometemos no con las reglas, sino con los principios generales de justicia y benevolencia» (pág. 197). Con respecto a cómo podemos determinar cuáles son en realidad estos principios generales, Stephen L. Carter (1996) nos recuerda qué significa tener

⁵ *The Information Society*, por ejemplo, presentó una edición especial en 1996 sobre la ética de la investigación en Internet. La Asociación de Investigadores en Internet publicó un amplio informe acerca de las diferentes posturas, los lineamientos comparativos y una extensa lista de recursos (2002); un panel de conferencistas produjo una serie de artículos para una edición especial de *Ethics and Technology* (2002) en los que describen varias perspectivas; la primera conferencia y seminario de posgrado Nordic Conference on Internet Research Ethics produjo como resultado el volumen editado *Applied Ethics in Internet Research*, que contiene discursos inaugurales y casos de estudio aportados por estudiantes escandinavos (Thorseth, 2003); y un volumen editado por Johns, Chen y Hall, (2003), titulado *Online Social Research* aporta diferentes casos y perspectivas. Existen muchas otras fuentes que analizan las cuestiones generales y específicas vinculadas con la ética y la investigación en Internet. Todos estos recursos proporcionan información filosófica, práctica y legal valiosa, tanto para los nuevos investigadores como para los experimentados

integridad. Implica no sólo discernir lo correcto de lo incorrecto, sino también actuar de acuerdo con este discernimiento, incluso a costo personal, reconociendo y defendiendo públicamente nuestras posturas y elecciones. Actuar con integridad, añade Carter, «exige que nos tomemos el tiempo para una reflexión genuina y así estar seguros de que la [moral] que respaldamos es la correcta» (pág. 204).

Reconsideración de los propósitos de investigación

Mis diez años de experiencia como investigador en Internet me llevan a creer que es hora de que revaluemos nuestras prioridades y nuestros procesos como investigadores. En lugar de preguntarnos «¿cómo podemos proteger a los sujetos humanos mediante diferentes tipos de diseños de investigación?», plantearemos mejores preguntas y encontraremos respuestas más ricas si modificamos nuestro enfoque y nos centramos en el participante. Situar al sujeto humano justo en el centro de la investigación modifica las consideraciones éticas y posibilita una investigación socialmente responsable.

Toda investigación etnográfica, en especial en entornos mediados por computadora, incluye decisiones acerca de cómo delimitar a los grupos, qué incluir como información relevante y qué dejar afuera por irrelevante, además de cómo explicar lo que creemos saber a nuestras audiencias. Estas decisiones relativas al diseño de investigación, que a menudo se subestiman como simple logística y rara vez se mencionan en los textos metodológicos o en las discusiones éticas, influyen en la representación de los participantes de la investigación; enfatizan ciertos hallazgos y descartan otros; crean bases de conocimiento ideológicas; y, en última instancia, influyen en la legislación y el diseño de políticas. Tal cadena de sucesos demanda una atención metodológica aguda y reflexiva. Consciente o inconscientemente realizamos elecciones durante todo el proceso de investigación. Los investigadores deben lidiar con el cambio natural y necesario engendrado por una clara percepción acerca de la ciencia, el conocimiento y la cultura en cuanto constructo.

Una manera de abordar el futuro consiste en aprender del pasado sin depender de él. En términos prácticos, esto implica un regreso a la cuestión fundamental: ¿por qué investigamos? En términos políticos, esto implica aceptar riesgos que ampliarán productivamente la comprensión académica de cuál es el producto que persigue la investigación.

Internet continúa brindando un espacio único para la construcción de la identidad, ya que proporciona anonimato dentro de un en-

torno exclusivamente discursivo. La dificultad de observar y realizar entrevistas en tales contextos consiste en que nuestras expectativas continúan arraigadas a maneras encarnadas de recolectar, analizar e interpretar la información. Para decirlo con sencillez, nuestros métodos todavía son más adecuados para investigaciones en contextos de proximidad física. Además, si bien la tecnología vinculada con Internet nos ha permitido un mayor alcance de los participantes y les ha brindado a los investigadores un espacio para interactuar con ellos de maneras creativas, nuestros marcos de referencia epistemológicos todavía no se han adaptado a esta realidad. No solamente es necesario adaptar nuestros presupuestos básicos a las características de la comunicación mediada por computadora, sino que también se deben cuestionar y remodelar las premisas subyacentes que utilizamos para comprender el mundo.

La comunicación mediada por computadora resalta paradojas claves de la investigación sociales en cuanto que, al momento del encuentro con el investigador, las identidades representadas ya se encuentran a cierta distancia de sus cuerpos. Conducir investigaciones en línea me ha obligado a reconocer que siempre he dado por sentada mi habilidad para analizar la experiencia humana a partir de una observación cuidadosa de las actividades de las personas dentro de un contexto. Al involucrarme en experiencias significativas con seres anónimos y al entrevistar a personas a las que no puedo ver cara a cara, puedo identificar muchas de las debilidades de los procesos de investigación cualitativa en general. Durante la realización de entrevistas u observaciones en situaciones naturales, los investigadores dependen de la capacidad de juzgar un rostro, buscando signos visuales de emoción auténtica o fingimiento. Tomamos decisiones de categorización inmediatas, basados en primeras impresiones, al escuchar el tenor de una voz en el teléfono o al observar tipos de cuerpos, marcadores étnicos, colores de cabello, marcas de ropa y peinados. Incluso los investigadores más sagaces y precavidos se basan inconscientemente en patrones de interpretación típicos durante las interacciones diarias con otros.

Debemos tomar en cuenta de forma directa el hecho de que las preguntas que motivan la investigación deben modificarse para adaptarse a la parcialidad tenaz del conocimiento científico. La acción política es, por tanto, un cambio significativo porque no trata de encontrar la verdad, sino de crear las posibilidades para que las personas disfruten de una vida mejor.

Cualquiera que sea el modo en que utilicemos la potencialidad de la comunicación mediada por Internet para facilitar nuestra investigación social, los enfoques éticos se ven dificultados, incluso im-

pedidos, por nuestra capacitación metodológica. En distinto grado y dependiendo de la disciplina académica en la que nos encontremos trabajando, nos veremos impulsados a simplificar la complejidad de la experiencia humana con el fin de transformar los misterios de la interacción en variables discretas fácilmente medibles. Existen excelentes motivos para hacerlo, y de ningún modo estoy sugiriendo dejar completamente de lado los medios tradicionales de recolección y análisis de datos. Al mismo tiempo, los contextos de Internet nos llevan a reconsiderar las bases de nuestros métodos y nos obligan a evaluar hasta qué punto nuestros métodos están midiendo lo que creemos que miden o se enfocan en las cuestiones centrales, tal como lo asumimos. Gracias a Internet tenemos la oportunidad de observar de qué manera funciona el discurso escrito en la construcción del significado y de qué modo el diálogo textual puede formar la base de una comprensión cultural. Los métodos aceptados que utilizamos para comprender a los participantes de nuestros proyectos de investigación deben reevaluarse en su totalidad de acuerdo con nuestro creciente entendimiento del modo en que ocurre, literalmente, la intertextualidad.

Incluso dentro de un marco de referencia contemporáneo para la investigación sociológica —en donde se cuestiona la distinción entre investigador e investigado, se reconoce el rol del investigador y se acepta el sesgo como un hecho fundamental de la interpretación— nuestra obligación hacia el participante sigue en pie. Tomamos decisiones, consciente o inconscientemente, acerca de lo que constituye el campo virtual y el sujeto de estudio. Aunque con frecuencia son subestimadas como decisiones logísticas vinculadas con el diseño de investigación, estas elecciones hacen una gran diferencia respecto de qué se estudia, cómo se lo estudia y, en última instancia, de cómo la sociedad define y enmarca los entornos comunicacionales mediados por computadora. Dado que las tecnologías comunicacionales basadas en Internet aún son nuevas y están modificando en gran medida la manera en que las personas viven su vida profesional y personal cotidianas dentro de una sociedad global, resulta esencial reflexionar con detenimiento sobre los marcos éticos que influyen en nuestros estudios y acerca de las posibilidades políticas de nuestra investigación.

Referencias bibliográficas

Abram, D. (1997). *The Spell of the Sensuous*, Nueva York, Vintage Books.

- Ackerman, D. (1995). *A Natural History of the Senses*, Nueva York, Vintage Books.
- AOIR Ethics Working Committee (2002). «Ethical decision-making and Internet research: Recommendations from the AOIR Ethics Working Committee», extraído en enero de 2004 de www.aoir.org/reports/ethics.pdf
- Association of Internet Researchers (2002). «Ethical decision making and Internet research», extraído el 15 de enero de 2004 de <http://www.aoir.org/reports/ethics.pdf>
- Bakhtin, M. (1981). *The Dialogic Imagination: Four Essays*, Austin, University of Texas Press, editado por Michael Holquist, traducido por C. Emerson y M. Holquist.
- Baym, N. (2000). *Tune In, Log On: Soaps, Fandom, and Online Community*, Thousand Oaks (California), Sage.
- Baym, N., Zhang, Y. B. y Lin, M. (octubre de 2002). «The Internet in college social life», informe presentado durante la conferencia anual de la Asociación de Investigadores en Internet.
- Bell, D. y Kennedy, B. M. (comps.) (2000). *The Cybercultures Reader*, Nueva York, Routledge.
- Benedikt, M. (1991). *Cyberspace: First Steps*, Cambridge (Massachusetts), MIT Press.
- Blumer, H. (1969). *Symbolic Interactionism*, Engelwood Cliffs (Nueva Jersey), Prentice-Hall.
- Bromseth, J. (2002). «Public places... private activities?», en A. Morrison (comp.), *Researching ICTs in Context*, Oslo, Informe intermedio 3/2002. Oslo, Unipub forlag, extraído el 1 de diciembre de 2002 de http://www.intermedia.uio.no/publikasjoner/rapport_3/
- Bromseth, J. (2003). «Ethical and methodological challenges in research on net-mediated communication», en M. Thorseth (comp.), *Applied Ethics in Internet Research*, Trondheim (Noruega), NTNU University Press, págs. 67-85.
- Buber, M. (1958). *I and Thou*, Nueva York, Scribner, 2ª edición, traducido por R. G. Smith.

- Carey, J. (1989). *Communication as Culture: Essayson Media and Society*, Boston, Unwin Hyman.
- Carter, S. L. (1996). *Integrity*, Nueva York, Harper Perennial.
- Christians, C. (2000). «Ethics and politics in qualitative research», en N. K. Denzin e Y. S. Lincoln (comps.), *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks (California), Sage, 2ª edición, págs. 133-155.
- Clifford, J. y Marcus, G. (1986). *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*, Berkeley, University of California Press.
- Denzin, N. K. (1997). *Interpretive Ethnography: Ethnographic Practices for the 21st Century*, Thousand Oaks (California), Sage.
- Denzin, N. K. (2003). «Prologue: Online environments and interpretive social research», en Johns, M., Chen, S. L. y Hall, J. (comps.), *Online Social Research: Methods, Issues, and Ethics*, Nueva York, Peter Lang.
- Dery, M. (1994). *Flamewars: Discourses in Cyberspace*, Chapel Hill (Carolina del Norte), Duke University Press.
- Dibbell, J. (1996). «A rape in cyberspace; Or how an evil clown, a Haitian trickster spirit, two wizards, and a cast of dozen sturned a database into a society», en P. Ludlow (comp.), *High Noon on the Electronic Frontier: Conceptual Issues in Cyberspace*, Cambridge (Massachusetts), The MIT Press, págs. 375-396.
- Eichhorn, K. (2001). «Sites unseen: Ethnographic research in a textual community», *International Journal of Qualitative Studies in Education*, 14 (4), págs. 565-578.
- Ess, C. (2003). «Beyond contemptus mundi and Cartesian dualism», en M. Thorseth (comp.), *Applied Ethics in Internet Research*, Trondheim (Noruega), NTNU University Press.
- Ethics and InformationTechnology*, 4 (3), (2002), edición especial sobre la ética en la investigación en Internet.
- Fine, M. (1994). «Working the hyphens: Reinventing self and other in qualitativeresearch», en N. K. Denzin e Y. S. Lincoln (comps.), *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 70-82.

- Fine, M. Weis, L., Weseen, S. y Wong, L. (2000). «Forwhom? Qualitative research, representations, and social responsibilities», en N. K. Denzin e Y. S. Lincoln (comps.), *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks (California), Sage, 2.^a edición, págs. 107-131.
- Gajjala, R. (julio de 2002). «An interrupted postcolonial/feminist cyberethnography: Complicity and resistance in the “Cyberfield”», *Feminist Media Studies*, 2 (2), págs. 177-193.
- Gergen, K. (1991). *The Saturated Self. Dilemmas of Identity in Contemporary Life*, Nueva York, Basic Books.
- Gibson, W. (1984). *Neuromancer*, Nueva York, Ace Books.
- Goffman, E. (1959). *The Presentation of Self in Everyday Life*, Nueva York, Anchor Press.
- Haraway, D. (1991). *Simians, Cyborgs, and Women: The Reinvention of Nature*, Nueva York, Routledge.
- Herring, S. (1993). «Gender and democracy in computer-mediated communication», *Electronic Journal of Communication / La Revue Electronique de Communication*, 3 (2), págs. 1-17.
- Herring, C. S. (2004). «Slouching toward the ordinary: Current trends in computer-mediated communication», *New Media and Society*, 6 (1), págs. 26-36.
- Hine, C. (2000). *Virtual Ethnography*, Londres, Sage.
- Innis, H. (1964). *The Bias of Communication*, Toronto, (Canadá), University of Toronto Press.
- Johns, M. D., Chen, S. L. S. y Hall, G. J. (comps.). (2003). *Online Social Research: Methods, Issues, and Ethics*, Nueva York, Peter Lang.
- Johnson, C. (2003). *Social Interaction and Meaning Construction among Community Websites*, University of Illinois at Chicago, tesis no publicada de la maestría en Bellas Artes.
- Jones, S. G. (1995b). «Understanding community in the information age», en S. G. Jones (comps.), *Cybersociety: Computer-mediated Communication and Community*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 10-35.

- Jones, S. G. (comp.) (1999). *Doing Internet Research: Critical Issues and Methods for Examining the Net*, Thousand Oaks (California), Sage.
- Katz, J. y Aakhus, M. (Comps.). (2002). *Perpetual Contact: Mobile Communication, Private Talk, Public Performance*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press.
- Keeps, C. J. (1993). «Knocking on heaven's door: Leibbniz, Baudrillard and virtual reality», *Ejournal*, 3, extraído en diciembre de 1996 a través del ftp anónimo: EJOURNAL@albany.bitnet.
- Keisler, S. (1997). *Culture of the Internet*, Mahwah (Nueva Jersey), Lawrence Earlbaum.
- Kendall, L. (1998). «Meaning and identity in "Cyberspace": The performance of gender, class and race online», *Symbolic Interaction*, 21 (2), págs. 129-153.
- Kendall, L. (2002). *Hanging Out in the Virtual Pub: Masculinities and Relationships Online*, Berkeley, University of California Press.
- Kolko, B. E. (2000). «Erasing @race: Going White in the (Inter)Face», en B. E. Kolko, L. Nakamura y G. B. Rodman (comps.), *Race in Cyberspace*, Nueva York, Routledge, págs. 117-131.
- Kolko, B. E. (2002). Conversación personal, octubre, Maastricht (Países Bajos).
- Kolko, B. E., Nakamura, L. y Rodman, G. B. (comps.) (2000). *Race in Cyberspace*, Nueva York, Routledge.
- Kramarae, C. (1995). «A backstage critique of virtual reality», en S. G. Jones (comp.), *Cybersociety: Computer-mediated Communication and Community*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 36-56.
- Laing, R. D. (1969). *Self and Others*, Nueva York, Pantheon.
- Lakoff, G. y Johnson, M. (1981). *Metaphors we Live by*, Chicago, University of Chicago Press.
- Ludlow, P. (comp.) (1996). *High Noon on the Electronic Frontier*, Cambridge (Massachusetts), MIT Press.
- Lupton, D. (1995). «The embodied computer/user», en M. Featherstone

- y R. Burrows (comps.), *Cyberspace / Cyberbodies / Cyberpunk*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 97-112.
- MacKinnon, R. C. (1995). «Searching for the Leviathan in usenet», en S. G. Jones (comp.), *Cybersociety: Computer-mediated Communication and Community*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 112-137.
- MacKinnon, R. C. (1998). «The social construction of rape in Cyberspace», en F. Sudweeks, S. Rafaeli y M. McLaughlin (comps.), *Network and Netplay: Virtual Groups on the Internet*, Menlo Park (California), AAAIPress, citado de la versión *online/ascii*, extraído en marzo de 1997 de la página web: <http://www.actlab.utexas.edu/~spartan/texts/rape.html>.
- Mann, C. y Stewart, F. (2000). *Internet Communication and Qualitative Research: A Handbook for Researching Online*, Londres, Sage.
- Mann, C. (1º de junio de 2002). *Generating Data Online: Ethical Concerns and Challenges for the C21 Researcher*, discurso inaugural para la conferencia «Making Common Ground: A Nordic Conference on Internet Research Ethics», Trondheim (Noruega).
- Mann, C. (2003). *Generating Data Online: Ethical Concerns and Challenges for the C21 Researcher*, en M. Thorseth (comp.), *Applied Ethics in Internet Research*, Trondheim (Noruega), NTNU University Press.
- Markham, A. (1998). *Life Online: Researching Real Experience in Virtual Space*, Walnut Creek (California), AltaMira.
- Markham, A. (2003a). «Representation in online ethnographies», en M. Johns, S. L. Chen y J. Hall (comps.), *Online Social Research: Methods, Issues, and Ethics*, Nueva York, Peter Lang, págs. 141-156.
- Markham, A. (2003b). «Critical junctures and ethical choices in internet ethnography», en M. Thorseth (comp.) *Applied Ethics in Internet Research*, Trondheim (Noruega), NTNU University Press, págs. 51-63.
- Markham, A. (2004a). «The internet as researchcontext», en C. Seale, J. Gubrium, G. Giampietro y D. Silverman (comps.), *Qualitative Research Practice*, Londres, Sage.

- Markham, A. (2004b). «Internet as a tool for qualitative research», en D. Silverman (comp.), *Qualitative Research: Theory, Method, and Practice*, Londres, Sage, págs. 95-123.
- McLuhan, M. (1964). *Understanding Media: The Extensions of Man*, Nueva York, New American Library.
- Miller, D. y Slater, D. (2000). *The Internet: An ethnographic Approach*, Nueva York, New York University Press.
- Nakamura, L. (1995). «Race in/for Cyberspace: Identity tourism and racial passing on the Internet», *Works and Days*, 13 (1-2), págs. 181-193.
- Nakamura, L. (2003). Presentación sin título en la reunión anual de la Asociación Nacional de Comunicaciones de los EE.UU., 19 de noviembre, Miami, Florida, EE.UU.
- Orgad, S. (14 octubre de 2002). *Continuities Between the Offline and the Online*, artículo presentado en la conferencia de la Asociación de Investigadores en Internet, Maastricht (Países Bajos), 13-16 de octubre de 2002.
- Poster, M. (1998). «Virtual ethnicity: Tribal identity in an age of global communications», en S. G. Jones (comp.), *Cybersociety 2.0*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 184-211.
- Postman, N. (1986). *Amusing Ourselves to Death: Public Discourse in the Age of Show Business*, Nueva York, Viking Press.
- Postman, N. (1993). *Technopoly: The Surrender of Culture to Technology*, Nueva York, Vintage Books.
- Reid, E. (1995). «Virtual worlds: Culture and imagination», en S. G. Jones (comp.), *Cybersociety: Computer-mediated Communication and Community*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 164-183.
- Rheingold, H. (1991). *Virtual Reality*, Nueva York, Touchstone.
- Rheingold, H. (1993). *The Virtual Community: Home steading on the Electronic Frontier*, Reading (Massachusetts), Addison-Wesley.
- Rheingold, H. (2002). *Smart Mobs: The Next Social Revolution*, Nueva York, Basic Books.

- Rommetveit, R. (1980). «On “meanings” of acts and what is meant and made known by what is said in a pluralistic social world», en M. Brenner (comp.), *The Structure of Action*, Oxford, Basil Blackwell, págs. 108-149.
- Ryen, A. (1 de junio de 2002). Artículo presentado en la conferencia «Making Common Ground: A Nordic Conference on Internet Research Ethics», Trondheim (Noruega).
- Senft, T. y Horn, S. (1996). «Special Issue: Sexuality and Cyberspace: Performing the Digital Body», *Women & Performance: A Journal of Feminist Theory*, 17.
- Shane, M. J. (2001). «Virtual work teams: An ethnographic analysis», Fielding Institute, California, disertación inédita.
- Sondheim, A. (comp.) (1996). *Being Online: Net Subjectivity*, Nueva York, Lusitania Press.
- Sproull, L. y Kiesler, S. (1991). *Connections: New Ways of Working in the Net worked Environment*, Cambridge (Massachusetts), MIT Press.
- Stone, R. A. (1996). *The War of Desire and Technology at the Close of the Mechanical Age*, Cambridge (Massachusetts), MIT Press.
- Sveningsson, M. (2001). *Creating a Sense of Community: Experiences from a Swedish Web Chat*, disertación doctoral, The TEMA Institute, Departamento de Estudios Comunicacionales, Linköping, Suecia.
- Thomas, J. (2003). «Reexamining the ethics of internet research: Facing the challenge of overzealous oversight», en M. Johns, S. L. Chen y G. J. y Hall (comps.), *Online Social Research: Methods, Issues, and Ethics*, Nueva York, Peter Lang, págs. 187-201.
- Thorseth, M. (comp.) (2003). *Applied Ethics in Internet Research*, Trondheim (Noruega), NTNU University Press.
- Turkle, S. (1995). *Life on the Screen: Identity in the Age of the Internet*, Nueva York, Simon & Schuster.
- Turkle, S. (1984). *Second Self: Computers and the Human Spirit*, Nueva York, Simon & Schuster.

- Vanderpool, H. Y. (comp.) (1996). *The Ethics of Research Involving Human Subjects: Facing the 21st Century*, Frederick (Maryland), University Publishing Group.
- Walther, J. (2002). «Research ethics in Internet-enabled research: Human subjects issues and methodological myopia», *Ethics and Information Technology*, 4 (3), extraído el 15 de marzo de 2004 de http://www.nyu.edu/projects/nissenbaum/ethics_walther.html.
- Waskul, D., Douglass, M. y Edgley, C. (2000). «Cybersex: Outercourse and the enselment of the body», *Symbolic Interaction*, 25 (4), págs. 375-397.
- Witmer, D. F. y Katzman, S. L. (1998). «Smile when you say that: Graphic accents as gender markers in computer-mediated communication», en S. Rafaeli, F. Sudweeks y M. L. McLaughlin (comps.). *Network and Netplay: Virtual Groups on the Internet*, Boston, AAAI/MIT Press.
- Woolley, B. (1992). *Virtual Worlds: A Journey in Hype and Hyperreality*, Oxford, Blackwell, Press.
- Wright, R. (1994). «“Life on the Internet: Democracy’s salvation or cultural fragmentation?”», *Utne Reader*, enero/febrero, págs. 101-107.

32

Perspectivas analíticas

Paul Atkinson y Sara Delamont

En este capítulo examinamos un conjunto de temas relacionados dentro del ámbito del análisis. El análisis de datos derivado de estrategias de investigación cualitativa es un campo cuyas posibilidades son vastas. No es nuestra intención generar una revisión integral de la historia del análisis (Lincoln y Denzin, 2003) y de todas sus manifestaciones actuales (Hardy y Bryman, 2004). Existen libros completos que de algún modo van en esa dirección, y casi ningún libro de texto o manual logra realizar una cobertura íntegra. Por el contrario, mediante una revisión selectiva, resaltamos aquellas que creemos son algunas de las cuestiones clave a las que se enfrenta la comunidad científica. No ofrecemos, por tanto, una visión prescriptiva del modo en que deben analizarse los datos. Los libros de texto sobre los métodos en sí mismos son el lugar apropiado para tal orientación práctica (por ejemplo, Coffey y Atkinson, 1996; Silverman, 1997, 2004). En cambio, nosotros estudiamos el terreno metodológico de forma selectiva de acuerdo con como lo percibimos.

La extraordinaria difusión de la investigación cualitativa entre las disciplinas sociales y culturales es un desarrollo bienvenido y al cual hemos hecho nuestras modestas contribuciones (Atkinson, Coffey y Delamont, 2003; Delamont, 2002; Hammersley y Atkinson, 1995). Estamos comprometidos de forma personal y profesional en la difusión de nuevos métodos de investigación cualitativa y de los trabajos publicados que se derivan de ellos. Por otro lado, la misma proliferación de

la investigación cualitativa trae consigo algunos problemas potenciales. La conducción del trabajo cualitativo se ha vuelto fragmentaria. En una era de hiperespecialización en la academia y otros ámbitos, la investigación cualitativa ha sido objeto de las mismas fuerzas. Es posible medir el abanico de especialidades y énfasis inspeccionando, por ejemplo, los contenidos de colecciones editadas recientes y actuales (Denzin y Lincoln, 1994, 2001; Gubrium y Holstein, 2002b; Seale, Silverman, Gubrium, y Gobo, 2004; Silverman, 2004). Conforme la investigación cualitativa se ha vuelto cada vez más profesionalizada y cada vez más sujeta a la codificación y a la reflexión explícitas, también parece haberse vuelto cada vez más fragmentaria.

En la siguiente sección, revisamos ese proceso de fragmentación, identificamos algunos de sus contornos y consecuencias, y sugerimos algunos modos más positivos de pensar acerca de las relaciones adecuadas entre los diferentes métodos. En particular, reafirmamos la posición bastante impopular de que existen ciertas clases de actividades y representaciones sociales que tienen sus modos innatos de organización. El lenguaje y el discurso, las narrativas, los estilos visuales y los códigos semióticos y culturales son culturalmente relativos y arbitrarios, pero sin embargo muestran un orden que es bastante estable y predecible, observable y describible. Aun cuando no sea posible sostener las formas marcadamente deterministas del estructuralismo o la semiótica, ello no es excusa para abandonar por completo la atención disciplinada de tales principios de ordenamiento intrínsecos. La investigación cualitativa debe permanecer fiel a esa organización innata.

A continuación, dirigimos nuestra atención hacia una cuestión diferente pero relacionada, es decir, la fragmentación de las justificaciones del análisis cualitativo y la interpretación del mundo social. Contrastamos una tendencia centrípeta, una tradición que ha tendido a la convergencia o al consenso dentro del campo (especialmente en la sociología), con una tendencia centrífuga que ha celebrado y promovido la diversidad entre las estrategias analíticas. La primera representa una tradición canónica dentro del campo intelectual mientras que la segunda representa un modo más radical y, en ocasiones, más transgresor. Exposiciones recientes de la historia de la investigación cualitativa y sus prácticas, con los cuales nuestras miradas divergen, tienden a ubicar estas diferencias dentro de un marco de referencia que supone un progreso y se remontan a una historia intelectual de la investigación cualitativa alejada de la postura positivista y en dirección hacia una diversidad posmoderna carnavalesca (por ejemplo, Lincoln y Denzin, 1994, 2001). Si bien reconocemos que tales análisis son parcialmente correctos en su descripción de algunos cambios en el pensamiento más visible, diferimos en cuanto a cuál es el mejor modo

de captar las diferencias subyacentes (Atkinson, Coffey y Delamont, 1999, 2001, 2003). Recapitulamos y exploramos brevemente algunas de estas cuestiones. No obstante, nuestra perspectiva no está basada en una llamada conservadora a las versiones previas de la investigación etnográfica o cualitativa y a un retorno a las antiguas certezas vinculadas con los «clásicos» de la literatura metodológica (véase, Atkinson y otros, 2003). Por consiguiente, nuestra postura crítica es muy diferente de la articulada por comentaristas tales como Brewer (2002), quien parece reivindicar una forma de análisis realista bastante vulgar al distanciarse de las estrategias analíticas posmodernas. Nuestra postura crítica también difiere de aquellos que adoptan y respaldan las reivindicaciones del posmodernismo.

A continuación, examinamos otro gran eje de disputa dentro de la tradición cualitativa y sus manifestaciones actuales. Sugerimos que existe una importante línea divisoria que separa a las disciplinas o subdisciplinas, y a los investigadores individuales unos de otros, si bien esto no siempre resulta aparente para los protagonistas principales en el campo. Sugerimos que ello refleja diferentes énfasis respecto de la experiencia y la acción. Durante los últimos años, una buena parte de la investigación cualitativa se ha justificado, analizado y representado en términos de la experiencia de los actores sociales respecto de sus propios mundos sociales, es decir, en relación con los cambios en el curso de vida de los fenómenos biográficos y de alteraciones tales como las enfermedades mentales o físicas (Ellis y Flaherty, 1992). De un modo paralelo, en ocasiones, la investigación cualitativa se ha visto transmutada de lo biográfico a lo autobiográfico y lo autotetnográfico (Bochner y Ellis, 2001; Ellis, 2004; Reed-Danahay, 1997, 2001). No creemos, sin embargo, que esto derive de una razón autoevidente para la conducción de investigaciones cualitativas. El propósito de tales investigaciones no siempre es el de comprender el mundo desde la propia perspectiva del actor o el informante o el de lograr acceder a los ámbitos personales privados de sus experiencias y sentimientos (Behar, 1996; Fernandez y Huber, 2001; Radstone, 2000). Una gran parte del trabajo fundacional de la etnografía y otras investigaciones cualitativas estaba interesada en el análisis de la acción social colectiva, es decir, en cómo los miembros de una sociedad logran realizar actividades conjuntas a través del lenguaje y otras actividades prácticas, así como en el modo en que alinean sus actividades por medio de recursos culturales compartidos. Desde esta última perspectiva, incluso los motivos, las emociones, las intenciones y cuestiones semejantes son temas de acción colectiva, expresada a través de los códigos de lenguajes compartidos. Estas distinciones deben hacerse visibles de modo que el análisis de datos etnográficos y

otros datos no se vuelva confuso (Atkinson y otros, 2003; Gubrium y Holstein, 2002a, 2002b).

A continuación, pasamos a considerar otra cuestión relacionada pero diferenciada, esto es, la estetización del análisis y la representación. A medida que algunos analistas y comentaristas se desplazaban hacia varias posiciones posmodernas, buscaron liberar al análisis cualitativo de las convenciones de la escritura textual académica (Ellis y Bochner, 1996; Goodall, 2000). Nosotros respaldamos íntegramente el principio de reflexión crítica de las convenciones a través de las que se reconstruyen los mundos sociales y las acciones sociales. Del mismo modo que recomendamos prestar atención a los órdenes convencionales de la cultura y la acción, también recomendamos prestar atención a las convenciones de la producción y recepción textual. No obstante, advertimos en contra de la aceptación generalizada de criterios estéticos durante la reconstrucción de la vida social. En muchos contextos, existe el riesgo de reducir las distintas formas de acción social a un único modo estético —es decir, de revalorizar de modo implícito la voz autorizada del científico social— y de transformar los fenómenos compartidos socialmente y modelados culturalmente en el tema de estudio de un género literario no diferenciado pero esotérico. (Para obtener instancias de trabajos que pensamos que ejemplifican esta tendencia, véase Clough, 1998; Richardson, 1997, 2002.)

Por último, pasamos a considerar las implicaciones de nuestros comentarios en relación con la crítica social. Sugerimos que una ciencia social comprometida debe en verdad permanecer fiel al orden intrínseco de la vida social. Necesitamos —más que nunca antes— formas sistemáticas, disciplinadas y basadas en principios de dar cuenta *del* mundo social y *para* el mundo social. Necesitamos ser capaces de producir información sobre el mundo social que permita reconocer las convenciones de: las representaciones en los medios, la moda y la cultura del consumo, el discurso político y el cotidiano, el conocimiento científico, el cine y otras codificaciones visuales. Aquellas exposiciones que reducen el mundo social a un dominio de la experiencia son incapaces de generar análisis fidedignos de la cultura y la acción y, mucho menos, análisis críticos.

Fragmentación analítica

No cuestionamos los intentos por definir y poner en práctica estrategias apropiadas para el análisis de determinadas clases de datos. De hecho, queremos insistir sobre el enfoque disciplinado adecuado para todo y cualquier tipo de datos. Además, queremos que los datos

no sólo se reproduzcan y elogien (como sucede a veces con las historias de vida y los materiales visuales), sino que también se los analice. Sin embargo, nuestro principal mensaje es que las formas de los datos y los análisis reflejan las formas de la cultura y la acción social. Por ejemplo, recolectamos y analizamos narrativas personales e historias de vida porque son una colección de tipos o formas —orales y escritas— mediante las cuales se realizan varias clases de actividades sociales. Son en sí mismas, formas de acción social a través de las cuales se realizan identidades, biografías y varios otros tipos de trabajos (Ochs y Capps, 2002; O'Dell, 2001; Patterson, 2002). En consecuencia, le asignamos relevancia a las narrativas y al análisis narrativo porque abordan clases importantes de acción social (Atkinson, 1997; Bauman, 1986; Riessman, 2002). Del mismo modo, deberíamos prestar atención seriamente a los datos visuales ya que la cultura y la acción tienen aspectos visuales significativos que no pueden expresarse y analizarse excepto por medio de referencias a materiales visuales. De ningún modo esto equivale a asumir que el filme o el video etnográfico constituyen un enfoque privilegiado de la comprensión sociológica y antropológica (Ball y Smith, 2001; Banks y Morphy, 1997; Pink, 2001, 2004). Lo mismo puede decirse respecto de otros enfoques analíticos. El análisis documental resulta significativo en la medida en que un determinado entorno social sea autodocumental y que en ese entorno se representen acciones sociales significativas (Prior, 2003; Scott, 1990). Los textos merecen atención en virtud de sus propiedades convencionales y socialmente organizadas, y por los usos que se hace de ellos durante su producción, circulación y consumo. Lo mismo puede decirse acerca de otros bienes materiales, artefactos, tecnologías y demás (Tilley, 1991, 1999, 2001). De igual modo, el análisis de la dramaturgia resulta importante en la medida en que los actores y las colectividades sociales se involucran en actividades performativas relevantes (Denzin, 2003; Dyck y Archetti 2003; Gray y Sinding, 2002; Hughes- Freeland, 1998; Tulloch, 1999). Sin embargo, no debería tratarse como un modo privilegiado a través del cual enfoca toda la vida social.

Por consiguiente, creemos que es importante evitar las miradas reduccionistas que tratan a un tipo de dato o a una perspectiva de análisis como la fuente primaria de interpretación social y cultural. No deberíamos, en otras palabras, buscar presentar la vida social en términos de una única estrategia analítica o de una única forma cultural. Las formas de análisis deberían reflejar las formas de la vida social, su diversidad debería reflejar la diversidad de formas culturales, y la relevancia de estas últimas debería coincidir con sus funciones sociales y culturales.

Identificamos estas diferentes perspectivas analíticas no sólo para celebrar la diversidad, es decir, no para proponer una versión vulgar de «triangulación» por medio del pluralismo y la síntesis metodológicas (Denzin, 1970; Janesick, 1994). Muy por el contrario: queremos afirmar la importancia de representar las diferentes facetas de la cultura y la acción social y de reflejar sus respectivas formas. Queremos, por tanto, afirmar que los aspectos de la cultura y la organización corriente de la vida social tienen sus propiedades intrínsecas formales, y que el análisis de la vida social debe respetar y explorar esas formas. Al hacerlo, reaccionamos en contra de algunas tendencias analíticas que han devaluado cualquier cosa que remita a un análisis formal. Tal formalismo parece contradecir las llamadas más en boga a favor del posmodernismo. Aun así, el discurso, las narrativas, las representaciones, los encuentros, la retórica y la poética, todos tienen sus modos intrínsecos e innatos de organización. Así como también lo tienen los elementos visuales, textuales, materiales y otras encarnaciones culturales. No es necesario respaldar una perspectiva analítica estructuralista acotada o avalar análisis indebidamente restrictivos para reconocer las propiedades formales del habla, los códigos de la representación cultural, las estructuras semióticas de los materiales visuales o las propiedades comunes de las narrativas y los documentos de vida.

Es necesario, por tanto, que los etnógrafos y otros analistas de la vida social presten atención a los imperativos analíticos de tales códigos, convenciones y estructuras socialmente compartidas. Las formas de la vida social y cultural requieren de análisis equivalentes. Estos principios metodológicos nos proporcionan un modo de abordar algunos preceptos metodológicos fundamentales de una manera disciplinada. Herbert Blumer ha enunciado el principio de que la investigación debe ser «fiel» a los fenómenos bajo estudio (Blumer, 1954; Hammersley, 1989). En su forma más general, este precepto metodológico aparenta evitar todas las cuestiones importantes, y parece implicar que uno puede conocer los fenómenos con anterioridad a su investigación. Una interpretación naturalista ingenua resulta claramente inadecuada. Nuestra formulación recupera una formulación metodológica más precisa del principio de Blumer —un enfoque más restringido pero más fructífero—. Implica que fidelidad a los fenómenos significa prestar atención a las formas y los medios a través de los cuales las acciones sociales, los sucesos y las representaciones se ponen en práctica, se codifican o se encarnan. Además proporciona una presentación particular de la noción de «descripción densa» (Denzin, 1994; Geertz, 1973, 1983). Es posible extender nuestro enfoque para incluir un comentario sobre las versiones de la «teoría funda-

mentada» y las estrategias relacionadas, tales como la «inducción analítica» (Atkinson y otros, 2003; Znaniecki, 1934). Nuevamente, existen múltiples versiones de la teoría fundamentada, y todas ellas han sido documentadas exhaustivamente (Charmaz y Mitchell, 2001; Glaser, 1978, 1992; Glaser y Strauss, 1967; Strauss y Corbin, 1998). Por cierto, nosotros no sostenemos que todas las etnografías deban implementar todo procedimiento analítico concebible y examinar todo tipo de dato posible en pos de un tipo de totalidad u «holismo» espurio. Por otro lado, nuestra insistencia en la atención de las formas de la cultura y la acción social otorga una fuerza particular a nociones tales como el holismo. En nuestra versión de la investigación metodológica, esto puede referirse no al intento fútil de documentarlo «todo», sino, en cambio, a un respeto basado en principios de la multiplicidad de las formas culturales. Como resultado, el análisis holístico se referiría a la *preservación* de aquellas formas que son innatas a la cultura en cuestión en lugar de reducirlas a un pleno indistinguible.

En las siguientes secciones, desarrollamos estos comentarios generales. Antes de hacerlo, delineamos un conjunto de áreas analíticas que demuestran la fuerza de nuestro argumento general. Éstas se cuentan entre las estrategias analíticas que pueden y deberían contribuir con el análisis sistemático del entorno, la acción y la organización social.

Estrategias analíticas

Narrativas e historias de vida

No deberíamos recolectar y documentar narrativas personales porque creamos que tienen una cualidad privilegiada o especial (Atkinson, 1997; Atkinson y Silverman, 1997; Conle, 2003; Cortazzi, 1993, 2001). La narrativa no es el único modo de organizar la experiencia e informar acerca de ella. Adicionalmente, la narrativa es un género importante de la acción y la representación oral de la vida cotidiana y de muchos contextos especializados (Czarniawska, 1997, 1998; Riessman, 1993, 2002). Deberíamos, por tanto, estudiar la narrativa en cuanto que es una característica particular de un determinado ámbito cultural (por ejemplo, Caplan, 1997; Cortazzi, 1991; Gardner, 2002; Lara, 1998; Myerhoff, 1978; Voysey, 1975). Asimismo, las narrativas no son independientes de las convenciones culturales y de los formatos compartidos (Holstein, 2000). No son materiales biográficos o autobiográficos únicos y, ciertamente, no transmiten «expe-

riencias» privadas no mediadas. De modo similar, tampoco transmiten «recuerdos» en cuanto fenómenos psicológicos. Las experiencias, los recuerdos, las emociones y otros estados en apariencia personales o privados se construyen y representan por medio de tipos narrativos, formatos y géneros compartidos culturalmente (Humphrey, Miller, y Zdravomyslova, 2003; Olney, 1998; Plummer, 1995, 2000, 2001; Tota, 2001; Wagner-Pacifi, 1996). Están relacionadas con los tipos de relatos en un plano más general (Fine, 2001). Hay afinidades con otra clase de relatos: de historia, mitología, de los medios de comunicación masiva y demás. Debemos, por tanto, *analizar* las narrativas y los materiales de vida de modo de tratarlos como instancias de acción social, es decir, como actos de habla o sucesos con propiedades comunes, estructuras recurrentes, convenciones culturales y géneros reconocibles. Por consiguiente, los tratamos como fenómenos sociales similares a cualquier otro. En efecto, debemos tratar las narrativas como actos performativos (mayo de 2001) y considerarlas como formas de acción social similares a cualquier otra.

Datos visuales

Desafortunadamente, la recolección y el análisis de materiales visuales tiende a considerarse como el santuario del dominio de un especialista. La producción de filmes etnográficos tiene una extensa historia, si bien, con frecuencia, ha estado extrañamente divorciada de las prácticas textuales tradicionales de la monografía etnográfica (Ball y Smith, 1992, 2001; Banks y Morphy, 1997). El uso de fotografías con fines etnográficos también ha sido relegado a una especie de subcampo de especialistas, en caso de no haberse relegado a la mera ilustración de la monografía escrita (Loizos, 1993). Durante los últimos años, el desarrollo de pequeñas cámaras digitales y el de la fotografía digital han creado un enorme abanico de posibilidades para los etnógrafos de campo. En consecuencia, la antropología y la sociología visual no deberían ser tratadas como géneros separados o como especialidades. Hay muchos aspectos de la cultura que son intrínsecamente visuales. Mucho dominios y artefactos culturales pueden comprenderse únicamente a través de sus representaciones visuales y las propiedades estructuradas de sus códigos visuales (Ball y Smith, 2001).

Existen muchos fenómenos sociales que pueden y deberían analizarse en términos de sus apariciones y representaciones, que pueden captarse en términos visuales. Sin embargo, ellos no son separables de los entornos sociales en los que tales fenómenos se generan e interpretan. No deberían explorarse exclusivamente como temas «visuales»;

por el contrario, deberían explorarse como una parte integral de una amplia variedad de proyectos etnográficos. Los fenómenos visuales —los comunes así como los estéticos conscientes de sí— tienen sus modos intrínsecos de organización (Crouch y Lübbren, 2003). No es necesario avalar las versiones más deterministas de la semiótica o el estructuralismo para reconocer que la cultura visual encarna convenciones y códigos de representación. Existen principios formales y estéticos determinados culturalmente, y existen formas convencionales de representación y expresión.

Prestar atención a la cultura visual implica también considerar con seriedad la etnoestética de los productores, mediadores y consumidores de los materiales visuales. Necesitamos no sólo «leer» lo visual, sino también comprender de modo etnográfico cómo lo leen los miembros del mundo social o de la cultura en cuestión (Grimshaw, 2001). En términos generales, no se ha prestado la suficiente atención a los códigos estéticos y a los juicios implementados por los miembros de una determinada cultura (Attfield, 2000). Sabemos acerca de dominios especializados de trabajo estético, tales como las artes visuales. También sabemos algo acerca de la estética del gusto cotidiano respecto de la vestimenta y la moda (Valis, 2003). Asimismo, existen investigaciones sobre la decoración y el consumo de espacios y objetos domésticos (Henderson, 1998; Julier, 2000; Miller, 1987; Painter, 2002). En otros contextos, hay estudios de las culturas visuales de la publicidad y otros medios de representación (Frosh, 2003). Sin embargo, existen aún muchos dominios culturales en los que los criterios estéticos locales son importantes, pero donde su análisis continúa estando poco integrado a la tradición etnográfica general; por ejemplo, véase DeNora (2000, 2003) en relación con la música en la vida cotidiana como tema de investigación etnográfica (véase Bennett y Dawe, 2001; Whiteley, Bennett y Hawkins, 2004).

Discurso y acción oral

La recolección y análisis de material oral es un dominio donde la especialización excesiva constituye un peligro. El desarrollo del análisis del discurso y el análisis de la conversación han sido uno de los dominios de la investigación cualitativa de éxito más notorio. Sus disciplinas de base han sido variadas e incluyen a la lingüística, la sociología y la psicología. El surgimiento del análisis de la conversación a partir del trabajo de Harvey Sacks y otros etnometodólogos ha sido una contribución significativa para el estudio empírico disciplinado del orden social y de la acción social (Atkinson y Heritage,

1984; Moerman, 1988; Sacks, 1992). En el pasado, estos enfoques del lenguaje oral han exhibido una clara tendencia a volverse especialidades estrechamente restringidas. El análisis de la conversación ha sido, en algunos casos, inadecuadamente limitado y autorreferencial. No hay necesidad de restringir nuestros análisis de los mundos sociales exclusivamente a aquellos fenómenos susceptibles de ser grabados para el análisis de la conversación —o del discurso—. Por el contrario, necesitamos garantizar que el análisis del discurso oral permanezca integrado con firmeza a los estudios del contexto organizacional, a los procesos de socialización, a las rutinas de trabajo, a la transformación personal, al procesamiento de las personas y demás. Afortunadamente, durante los últimos años el análisis del discurso oral se ha involucrado más explícita y sistemáticamente con cuestiones más genéricas relativas a la investigación sociológica (por ejemplo, Atkinson, 1995; Sarangi y Roberts, 1999; Silverman, 1987). El lenguaje oral tiene sus propias formas intrínsecas de organización. De hecho, demuestra una organización densamente estructurada a todo nivel, incluidos los más específicos. Sin embargo, es importante que el análisis del discurso, el análisis de la conversación, la psicología discursiva y otros similares no sean tratados como fines analíticos en sí mismos, y que tampoco estén divorciados en el plano intelectual de otros aspectos de la investigación etnográfica. El conocimiento experto requerido no debería considerarse como una especialidad en sí misma independiente de competencias sociológicas o antropológicas más extensas. Por tanto, las convenciones sobre el uso del lenguaje deben analizarse en relación con cuestiones más generales vinculadas con la identidad, el orden de interacción, el trabajo moral y la organización de encuentros sociales. Además, es importante que los analistas de la acción oral sean conscientes acerca de cuestiones más generales del análisis y la crítica social, y que los practicantes de análisis cualitativos más generales se involucren con los métodos y los hallazgos del análisis del discurso y la conversación, y los utilicen. Algunas discusiones claves que identifican las relaciones entre el análisis del discurso y la conversación y las cuestiones centrales de la investigación social incluyen los aportes de Potter (1996, 2003), Hepburn y Potter (2004) y Potter y Wetherell (1987).

Ensamblajes materiales y tecnologías

El estudio de bienes y artefactos materiales, de tecnologías y otros aspectos físicos de la cultura material merecen una atención sistemática en muchos contextos etnográficos (Tilley, 1991, 1999),

pero, con mucha frecuencia, queda relegado a estudios esotéricos especializados o a temas muy específicos. Esto últimos incluyen los estudios de tecnologías e invenciones, de tipos de exhibiciones físicas muy particulares, tales como los museos y las galerías de arte, y de tipos de artefactos muy restringidos, como los objetos religiosos, litúrgicos y artísticos. Sin embargo, la investigación detallada de objetos, ensamblajes e invenciones demanda un lugar en el estudio etnográfico general de las formas sociales y culturales (Appadurai, 1986; Bijker, 1995; Macdonald, 2002; Macdonald y Fyfe, 1996; Pinch y Trocco, 2002; Rabinow, 1996; Sandburg, 2003; Saunders, 2003).

Es vital que el estudio de los objetos físicos, los monumentos conmemorativos y las tecnologías se incorpore por completo a los estudios de campo más generales sobre las organizaciones de trabajo, los entornos informales, la producción cultural, los entornos domésticos y demás (Tilley, 2001). Los artefactos y las tecnologías son en sí mismos comprendidos, utilizados e interpretados por actores sociales cotidianos. Se los utiliza para documentar y registrar el pasado —y de hecho, para construir el pasado—, y hay mucho que aprender de la «etnoarqueología», situada y local, del pasado material (Dicks, 2000; Edwards, 2001; Gosden y Knowles, 2001). Ella incluye el «pasado monumental» de los lugares y sus etnohistorias (véanse Herzfeld, 1991; Sciamma, 2003; Yalouri, 2001). Cuestiones de utilidad práctica y valor estético se intersectan aquí. Es posible que se hagan pesar ideas de autenticidad sobre artefactos y ensamblajes (Forty y Kuchler, 1999; Handler y Gable, 1997). Es posible que se las utilice para exhibir y garantizar identidades individuales y colectivas; por ejemplo, la «colección» (sea personal o nacional) es indicativa de gusto, identidad, compromiso y entusiasmo (Miller, 2001b; Painter, 2002; Quinn, 2002). De un modo similar, los bienes materiales de la moda y el consumo ostentoso son también indicadores de *status* y aspiraciones. La arqueología del presente, por así decirlo, necesita integrarse a la imaginación etnográfica y enriquecer la mirada etnográfica (véase Attfield, 2000). Extrañamente, gran parte del trabajo de campo etnográfico contemporáneo carece de contenido material y de bienes físicos, y las «voces» de los informantes se transcriben a partir de un aparente vacío físico. La investigación de campo necesita prestar atención sistemática a las encarnaciones físicas de los valores y las codificaciones culturales.

De forma más general, esto conduce a una consideración de la cultura material. La encarnación material de la cultura y las connotaciones culturales de las cosas se han vuelto prominentes en los análisis culturales antropológicos recientes (English-Lueck, 2002; Finn, 2001; Lury, 1996). Los ejemplos recientes han incluido exámenes sobre: computadoras hogareñas (Lally, 2000), comunicaciones mó-

viles (Katz y Aakhus, 2002), fotografías (Frosh, 2003), automóviles (Miller, 2001a) y recuerdos (Kwint, Breward, y Aynsley, 1999). Estos estudios trascienden y transforman el mundo material corriente en dominios de significación. No es necesario que suscribamos a formalismos inadecuadamente estrictos y rígidos para reconocer que es posible analizar tales fenómenos en términos de sus códigos y convenciones semióticas.

Lugares y espacios

Extrañamente, la mayor parte de los reportajes etnográficos parecen carecer de una ubicación física. Muchas exposiciones sociológicas y antropológicas, por ejemplo, sólo contienen descripciones superficiales del entorno edificado dentro del cual se desarrollan los sucesos y los encuentros sociales. Con demasiada frecuencia, el tratamiento del espacio se encuentra restringido a aspectos de la geografía humana, los estudios urbanos y la arquitectura (Darby, 2000). Pero debería asimismo estar integrado dentro de informes etnográficos más generales. No obstante, la etnoarquitectura —tal como lo sabemos a partir de ciertos informes antropológicos— resulta relevante para la definición de los espacios y los estilos de la vida cotidiana (Dodds y Taverner, 2001). Los espacios edificados proporcionan límites simbólicos y también físicos (Borden, 2002; Butler, 2003; Crowley y Reid, 2002). Ellos convalidan de un modo físico las memorias colectivas así como obras biográficas y emocionales más personales (Bender y Winer, 2001). Los hogares están dotados de un valor emocional y cultural a través de la expresión del gusto y el capital cultural, la celebración de la autenticidad histórica o la observancia del minimalismo moderno (Jackson, Lowe, Miller y Mort, 2000). Asimismo, los espacios públicos encarnan presupuestos culturales tácitos: sobre la clasificación y el procesamiento de las personas y las cosas, sobre transacciones comerciales y profesionales, sobre procesos políticos y de ciudadanía (Benjamin, 1999; Möller y Pehkonen, 2003). La exploración etnográfica de los lugares y los espacios incluye su transformación comercial a través del turismo y el trabajo patrimonial, las transmutación de áreas céntricas y portuarias, la recreación de pasados industriales en ocio y entretenimiento, y la construcción de réplicas y espacios para la «experiencia» (Dicks, 2000).

Estas observaciones breves y parciales no tienen como objeto delinear una perspectiva integral de las bibliografías de investigación contemporáneas o de las posibilidades generales que ellas abren para la investigación etnográfica y otros estudios sociales cualitativos. Más

importante aún, estas observaciones no tienen como objeto ser una lista de dominios reales o potenciales de especialización. Por el contrario, el eje de nuestro argumento hasta ahora es que estos diferentes aspectos de la cultura y los cotos especializados de los investigadores que los documentan no deben existir aislados unos de otros. El propósito de los informes etnográficos de la vida cotidiana, en particular de los ámbitos culturales y organizacionales debe ser utilizar tales perspectivas analíticas y analizar estos materiales para la construcción de descripciones del mundo social de múltiples capas.

Estas observaciones no se proponen ser una lista exhaustiva de todos los dominios y estrategias de investigación relevantes. Por el contrario, nuestros comentarios han sido muy selectivos. Hemos brindado de forma deliberada algunos comentarios sobre unos pocos campos clave de la investigación con el fin de ilustrar y desarrollar nuestro argumento más general relacionado con el tratamiento de los datos cualitativos en el análisis de la organización y la acción social, las identidades y las biografías sociales, los contextos y las instituciones sociales.

El ordenamiento del mundo social

Sería sencillo distorsionar nuestras observaciones. No estamos simplemente sugiriendo una serie promiscua de perspectivas y estrategias analíticas. No estamos abogando por simplemente agrupar tipos de datos y tipos analíticos en pos de un holismo mal definido. El ideal holístico ha sido propuesto de vez en cuando como el objetivo de la investigación etnográfica y de otras investigaciones cualitativas, si bien pocos científicos sociales reconocerían hoy en día la existencia de fenómenos, tales como las «comunidades», que puedan describirse, de todos modos, como holísticos. Tal ideal implica un grado de cierre temporal, espacial y cultural que es una quimera. Así y todo, recomendamos prestar atención sistemática a estos tipos de datos y perspectivas analíticas ya que reflejan ciertos principios de organización intrínseca.

La invocación de nociones tales como la organización intrínseca carece de toda popularidad en el análisis de la vida social (véase Atkinson y Delamont, 2004). En la era del posestructuralismo y del posmodernismo existe un rechazo generalizado a todo aquello que remita a «estructura» o a patrones estables de formas sociales y culturales. Nosotros, por el contrario, creemos que deberíamos reconocer que las formas pueden identificarse y que pueden servir como la base de una perspectiva analítica de los datos cualitativos sociales y culturales. Además, una perspectiva como ésta nos proporciona maneras basadas

en principios de comprender datos de distintas clases como reflejos de los códigos del orden social. Asimismo, nos brinda maneras de reconciliar un conjunto de tensiones dentro del tratamiento actual de la investigación cualitativa.

No es necesario invocar estructuras por completo determinadas e invariables para poder identificar los principios innatos de orden a partir de formas particulares de acción social. El punto de partida más obvio —uno en donde no hay lugar a discusiones— radica en la organización del discurso oral. Desde esta perspectiva, el análisis del discurso y el análisis de la conversación son prácticamente intercambiables y las diferencias disciplinarias entre ellos resultan insignificantes para nuestros propósitos. No es necesario recapitular aquí sus hallazgos más importantes. Sin embargo, los principios generales deben ser reafirmados. Desde el punto de vista actual, quizás resulte difícil reconstruir las últimas novedades respecto de toda la atención prestada al discurso oral como objeto de análisis (en oposición a los textos hipotéticos o a los materiales escritos) y de toda atención a las emisiones en sus contextos naturales (en oposición a las oraciones individuales descontextualizadas). El reconocimiento de que puede haber un *orden* más allá de la sintaxis de la oración individual o de la emisión aislada es algo relativamente reciente. A él le sigue, en gran medida, la tecnología de grabación continua que ha permitido un escrutinio detallado de esos fenómenos y ha transformado al discurso oral en un objeto de estudio, convirtiendo sus características en un tema de investigación sociológica, psicológica y lingüística.

El surgimiento del análisis del discurso ha transformado nuestra apreciación colectiva del orden de la interacción del modo no presagiado por los comentarios pioneros de Goffman y las no menos originales observaciones de Sacks (Goffman, 1981; Sacks, 1992; Silverman, 1998). Éste establece los principios fundamentales y generales del orden, especialmente, en el nivel de la microorganización. En este sentido, el orden se exhibe a sí mismo a través de un conjunto notable de recursos socialmente compartidos, cuya operación produce y reproduce una conducta ordenada. El carácter distintivo de estos recursos consiste en su utilización local y recursiva con el fin de generar cadenas de interacciones ordenadas. No es necesario que los participantes «conozcan» la estructura general del encuentro para poder generarlo de una manera predecible y estable. No es ni siquiera necesario que sean conscientes de las convenciones que están utilizando. Consideraciones similares se aplican a conductas ordenadas independientes del lenguaje oral. La aplicación recursiva de reglas simples, de un modo práctico, genera una actividad ordenada. Por ejemplo, para generar «estructuras» tales como los sistemas de filas y de alternancia

de turnos, cada participante sólo necesita aplicar una simple regla de encadenamiento (es decir, «el próximo participante sigue al actor anterior») y conocer su propia posición relativa de modo que el sistema pueda autorreplicarse. Nuevamente, ningún actor necesita conocer la secuencia de una fila completa para que esta funcione sin inconvenientes, siempre y cuando cada actor aplique la misma regla básica.

Es en este sentido entonces, que las acciones orales y tácitas pueden exhibir órdenes intrínsecos que, en algún sentido, sean independientes de la consciencia o las intenciones de los actores. De forma similar, podemos detectar la interacción de acciones físicas y orales. La capacidad con la que contamos en la actualidad para captar e inspeccionar videos de acciones humanas y procesos de interacción nos permite identificar patrones estables de gesticulación de un modo que no era posible para las generaciones antecesoras de observadores. En relación con este punto, las ciencias sociales han sido relativamente lentas para explorar en detalle las oportunidades abiertas para las nuevas tecnologías digitales. Sabemos, sin embargo, que podemos identificar repertorios gestuales y patrones de movimiento recurrentes y funcionales en términos interactivos con un nivel de detalle que sólo tales grabaciones continuas hacen posible. Tal como lo hemos sugerido, muchas de estas oportunidades analíticas dependen de la tecnología de grabación contemporánea. Lo importante, sin embargo, no es la tecnología en sí misma, sino la oportunidad de prestar atención analítica detallada y sistemática a las *estructuras* de acción. Podemos identificar aquello a lo que Goffman (1983) se refirió como un «orden de interacción» que exhibe rasgos de ordenamiento que son relativamente independientes de los actores sociales individuales que los ponen en práctica. Sabemos que los actores sociales advierten cuando el orden de interacción se interrumpe, y que comparten recursos para reparar los errores y reponer el funcionamiento ordenado. No obstante, lo hacen como parte de una acción preconsciente. El orden se logra y se repara mediante la aplicación serial de fórmulas de acción. Es posible generar estructuras complejas y cadenas extensas de acción de un modo estable y uniforme a través de la aplicación local de reglas generativas simples aplicadas de forma gradual.

Podemos identificar principios de ordenamiento recurrentes a un nivel de organización incluso mayor que el del discurso de alternancia por turnos. El análisis minucioso de narrativas y de representaciones orales similares muestra que ellas tienen estructuras recurrentes. Ha habido varios intentos exitosos para describir los principios de ordenamiento a gran escala de los sucesos narrativos. Un ejemplo clave de ello es el trabajo pionero de Labov. Su revolucionario trabajo sobre el lenguaje en sociedad resultó innovador de diversas maneras,

y su estudio sobre las narrativas orales es un ejemplo de ello (Labov, 1972). Labov documentó una serie de elementos estructurales básicos que formaban parte de la «gramática» de las historias personales y los relatos personales. Aunque no todos los elementos estructurales son absolutamente necesarios para la producción de una narrativa competente, ellos claramente generan relatos que son coherentes en cuanto a su secuencialidad, presentan el contenido del relato de forma apropiada y están correctamente «apuntados» a hacer inteligible el relato tanto para el orador como para la audiencia (Labov, 1972). No es necesario considerar estos elementos como «estructuras profundas» o como ejecutantes de poderes misteriosos sobre los actores sociales para reconocer los patrones recurrentes de las narrativas. Hymes (1996) ha adoptado un esquema de análisis similar. El tratamiento de Hymes, quizás menos conocido que el de Labov, está anclado de un modo más sutil en una apreciación de la *etnopoética*, es decir, de las convenciones estéticas y retóricas culturalmente específicas que modelan la representación y la recepción competente de las representaciones orales. Hymes demostró principios que crean estructuras internas distinguibles dentro de las narrativas y otras representaciones orales. Según su tratamiento de los materiales, parece ser que no es necesario reordenar las propias palabras de los actores en reconstrucciones «poéticas» en lugar de revelar las estructuras etnopoéticas y los principios estéticos que son innatos a muchas narrativas y otros relatos.

Las formas y funciones de las narrativas y los relatos también son identificables a partir de distintos análisis de los recursos narrativos de los interpelados. Entre ellos se encuentran los repertorios retóricos o los registros utilizados por los científicos naturalistas para expresar y reconciliar las características recurrentes del trabajo científico. Gilbert y Mulkay (1984) demostraron que los científicos naturalistas despliegan repertorios alternativos para dar cuenta de los descubrimientos científicos. Los científicos proporcionan explicaciones que reflejan las contingencias de las características personales y locales, mientras que al mismo tiempo atribuyen el descubrimiento científico a la revelación inexorable e impersonal de la naturaleza. Reconcilian toda discrepancia discursiva o cognitiva apelando al recurso de mediación de que de todas maneras «la verdad saldrá a la luz» (Gilbert y Mulkay, 1984). Es posible encontrar un análisis similar de relatos de expertos en un análisis subsecuente del trabajo retórico de economistas de la salud, mientras que Atkinson y sus colegas desarrollaron un análisis similar de los relatos de un grupo de investigación en relación con sus propios avances científicos (Atkinson, Batchelor y Parsons, 1998). Los recursos o registros narrativos conforman características relativamente estables de estos relatos y de otros semejantes.

De un modo similar, tenemos un gran número de análisis de relatos de profesionales sobre su trabajo, incluida la formulación de fenómenos tales como «casos» y «hallazgos». Profesiones como la medicina y el trabajo social incluyen a las narrativas y a los relatos como parte de sus recursos habituales (Atkinson, 1995; Hunter, 1991; Pithouse, 1987). El trabajo de rutina en esas propuestas se construye mediante varias clases de representaciones orales. Los profesionales se persuaden los unos a los otros respecto de diagnósticos y evaluaciones a través de la construcción de casos que son, a su vez, dependientes de estructuras narrativas; utilizan recursos retóricos para recurrir a evidencia que respalde sus argumentos. Éstos se distinguen por las características retóricas recurrentes de su habla profesional. Utilizan recursos característicos para codificar cuestiones de evidencia, competencia y responsabilidad durante el curso del habla colegiada. De un modo muy similar, podemos identificar características del discurso legal por medio de las cuales se construyen los casos, se ensambla y se presenta la evidencia o se justifican los juicios. Nuevamente, la cuestión principal aquí no radica en los detalles locales de entornos o grupos ocupacionales particulares, sino en la presencia de características regulares estables propias de las acciones orales que puedan identificarse. Ellas pueden, a su vez, examinarse en términos del tipo de *trabajo* que realizan. En otras palabras, los beneficios analíticos no residen solamente en la identificación de los patrones, estructuras y convenciones que generan tal actividad, sino en el análisis de su moral y sus implicancias prácticas.

Es posible extender estas perspectivas analíticas más allá de la narrativa individual. Hay sistemas de *género*. Hay tipos de formatos de relato definidos culturalmente y compartidos en sociedad. La existencia de tales tipos genéricos significa que no deberíamos considerar los relatos narrativos como reflejos de experiencias privadas e individuales. Si bien es posible que los relatos narrativos y biográficos se sientan y expresen como si fueran muy personales, su construcción y recepción dependen de formatos y de lenguajes culturales. Esto queda bien demostrado en el análisis de Plummer (1995) sobre relatos sexuales. A pesar de que es probable que los relatos relacionados con la admisión de la homosexualidad o a haber sido víctima de una violación se consideren como algo en extremo privado —y en verdad, en cierto sentido, lo son—, el análisis de Plummer mostró que están expresados en términos de formas o géneros compartidos. Los formatos definidos culturalmente pueden identificarse dentro de muchos contextos de representación oral y escrita. Ellos prescriben la forma y el contenido de muchas descripciones y relatos. Muchas de las formas con las cuales estamos por completos familiarizados, al punto de darlas por sentado,

son imposiciones culturales altamente convencionales —o, incluso, arbitrarias—. Los análisis de tipos documentales, tales como el informe científico, demuestran que existen convenciones prescritas cultural e históricamente a través de las cuales se transmiten los «hechos concretos» de la naturaleza y su exploración. El trabajo de autores tales como Myers (1990) es un testimonio de la importancia del género del informe científico.

Lo que resulta bastante evidente por sí mismo es que el discurso, las descripciones y las narrativas exhiben principios estructurales y de ordenamiento innatos, entonces no es necesario restringir tales análisis al lenguaje. Los principios generales de la semiótica pueden aplicarse a los sistemas culturales de significación. Por consiguiente, es posible examinar los datos visuales y materiales en términos de sus órdenes intrínsecos. Por ejemplo, los sistemas de la moda y la vestimenta no se encuentran definidos de un modo exhaustivo en términos semióticos, pero no obstante, uno puede identificar rápidamente los principios estructurales de tales sistemas. Los principios estructurales alternos y contrastantes que definen los sistemas de la moda en la cultura europea y estadounidense reciente incluyen los contrastes binarios corto/largo, ceñido/suelto, estructurado/desestructurado, amplio/estrecho, colorido/neutro y liso/con diseños. Si bien un diseñador individual es capaz de desarrollar un idiolecto característico a partir de estos sistemas, desde un punto de vista general, los principios semióticos ayudan a desarrollar una «apariencia» que es compartida entre muchos diseñadores individuales y casas para definir, así, el estilo distintivo de una temporada. De un modo similar, los dominios «privados» de la fantasía fetichista y el placer se definen según características arbitrarias determinadas culturalmente (por ejemplo, cuero, goma, tacos altos, botas) que son en sí mismas un derivado del sistema general de la vestimenta, a partir de cual se transforman (Barthes, 1983; Hodkinson, 2002; Manning, 2001; Storr, 2003; Troy, 2002).

Varias clases de estilos visuales exhiben principios semióticos básicos. Los «lenguajes» visuales de la publicidad, por ejemplo, utilizan principios de codificación recurrentes que están anclados en las representaciones de las relaciones de género, las fantasías sexuales, los entornos exóticos, los entornos domésticos y otros similares, donde una selección y una combinación precisa de elementos semióticos reflejan el producto que se está publicitando y el género de la publicidad en sí mismo. El análisis de Goffman (1979) de las relaciones de género en las publicidades en medios gráficos es tan sólo un ejemplo de cómo las formas publicitarias pueden «decodificarse» desde una perspectiva sociológica. De un modo similar, uno puede identificar principios semióticos de estilo y espacio en representaciones de la esfera doméstica

y de sus ideales. En la multiplicidad de revistas sobre estilos de vida y programas de televisión, es posible construir declaraciones sobre *status* e identidades reales o deseadas a partir de esquemas de colores, amoblados y accesorios. Es posible identificar estilos determinados por medio del ensamblaje de materiales y objetos, que definen, por ejemplo, el **art nouveau**, el estilo *bauhaus*, el *art deco* o el modernismo. Es posible que tales principios estéticos estén presentes en los espacios de trabajo y en los entornos domésticos. El lenguaje visual y material del entorno edificado también puede someterse a un análisis semiótico. La utilización del espacio dentro de las edificaciones y alrededor de ellas, las estructuras de las edificaciones en sí mismas y la distribución interior de las construcciones reflejan simultáneamente el ensamblaje de formas culturales así como el gusto individual o corporativo del cliente y el estilo estético del arquitecto.

Nuestro punto general aquí no debería perderse en los distintos tipos y ejemplos a los cuales hemos aludido. No estamos tratando de producir una enumeración exhaustiva de todos los fenómenos culturales susceptibles de ser analizados. En cambio, estamos sugiriendo que cualesquiera que sean estos artefactos y actividades, exhiben varios conjuntos de principios estructurales y semióticos. Partiendo del entorno edificado, pasando por los espacios domésticos hasta llegar a las autopresentaciones, las biografías, las narrativas y las conversaciones individuales, todos estos fenómenos sociales pueden comprenderse en términos de sus principios intrínsecos de estructura y de orden. Ciertamente, la recolección de datos cualitativos no debería confinarse a los materiales orales, sea que se trate de datos de interacciones orales de ocurrencia natural o de datos de entrevistas transcritas. Existen múltiples medios de inscripción en los que se representa la cultura, y la acción social tiene lugar a través de múltiples encarnaciones.

Principios clásicos

Una etnografía sistemática necesita tomar en cuenta los ordenamientos intrínsecos a través de los que se producen y reproducen los mundos sociales. No es necesario que un estudio etnográfico cualquiera incluya sistemas de discurso, narrativa, cultura material, estética y representación para poder satisfacer algún criterio conceptual de compleción o adecuación. Por otro lado, no deberíamos ignorar tales principios estructurales. No existe beneficio a largo plazo posible para el proyecto general de la investigación social si los estilos de recolección de datos y análisis permanecen fragmentados. Ciertamente, necesitamos que algunas personas se dediquen a las tecnologías y técnicas

especializadas —visualización digital, estructuras discursivas, estructuras semióticas y otras similares—, pero tales dominios analíticos no deben florecer únicamente aislados unos de otros. No deseamos ver el mundo social representado como si sólo consistiera de conversaciones transcritas, narrativas orales, artefactos visuales y bienes materiales.

Ya nos hemos referido a la recomendación de Blumer (1954) de que la investigación debe ser «fiel a los fenómenos». El cumplimiento de ese mandamiento puede resultar problemático de distintas maneras. En primer lugar, es difícil saber cuáles deberían contar como fenómenos, puesto que parece peligroso suponer que éstos tienen una esencia independiente de los métodos utilizados para construirlos. Claramente, una correspondencia perfecta con un ámbito de objetos y acciones sociales identificable de modo independiente es imposible. No podemos aspirar a una fidelidad perfecta o integral o a captar todas las variaciones que pueden encontrarse entre los diferentes tipos de acciones y actores sociales. Pero el resultado de nuestro argumento es que los etnógrafos ciertamente deberían ser fieles a las *formas* de los fenómenos sociales. Deberíamos prestar atención a los sistemas de acción y representación innatos. No deberíamos pensar en ignorar los sistemas de, digamos, la etnoestética más de lo que pensaríamos en mutilar el o los lenguajes del contexto de investigación elegido. La fidelidad a los mundos sociales en los que trabajamos requiere de un análisis sistemático de los principios de orden que ellos exhiben. Entonces, al menos hasta ese punto, podemos retener un sentido de fidelidad y representación que está anclado con firmeza en las formas sociales y que también retiene una noción de rigor.

Ésta es, además, una forma productiva de enfocar algunas de las implicancias claves de la «descripción densa» (Geertz, 1973). El uso de este término por parte de Geertz (1973), derivado de la filosofía de la mente de Gilbert Ryle, ha sido objeto de muchas lecturas. Los usos más vulgares le hacen poca o ninguna justicia a la propia inspiración de Geertz. Con demasiada frecuencia, la descripción densa se utiliza para transmitir la idea de que los informes etnográficos están densamente contruidos con gráficos y descripciones culturales detalladas. Si bien éste puede ser el caso, no logra captar en verdad la fuerza analítica específica de la idea de Geertz, que está dirigida con claridad a captar el grado hasta el cual las cuestiones culturales se encuentran sobredeterminadas, en el sentido de que existen múltiples codificaciones que generan significado. Hay, enfatizaba Geertz, múltiples perspectivas o marcos de referencia interpretativos, es decir, múltiples marcos de referencia motivacionales que modelan los acontecimientos y las acciones sociales. Nuestra propia insistencia en las formas intrínsecas de la cultura y la acción le otorgan una fuerza particular a las nociones

de descripción densa. Desde nuestro punto de vista, cualquier otro que sea o se suponga que sea su significado, éste debe incluir una atención analítica de las múltiples codificaciones y principios estructurales por medio de los cuales la vida social se pone en práctica y se representa.

En estos dos sentidos, por tanto, podemos trazar una conexión estrecha entre el precepto de Blumer y las concepciones de Geertz. Ambos son capaces de hallar fuerza analítica en el análisis etnográfico que es fiel a los contornos de la cultura y a las estructuras de acción. En este punto, ponemos cuidado en recurrir a una tercera idea derivada de los trabajos clásicos del análisis etnográfico, es decir, a la noción de «triangulación» (Denzin, 1970). Al igual que el primer par de términos al que hemos recurrido, la triangulación ha sido objeto de múltiples presentaciones y representaciones erróneas. No deseamos aquí suprimir o suplantar todas las demás connotaciones asociadas con la triangulación, cuya riqueza radica en parte en la multiplicidad de inspiraciones que puede suscitar en los investigadores. Aunque no resulta fructífero asumir, al igual que en las versiones demasiado simplificadas, que los métodos de investigación o los tipos de datos pueden combinarse para generar una imagen más coherente o completa de un mundo social de la que se generaría a partir de un único método, es posible que resulte más productivo enfocarla de una manera más congruente con nuestra propia perspectiva: es decir, reconocer que puede haber un modo de triangulación derivado de un reconocimiento explícito de los múltiples ordenes sociales y principios estructurales. Considerada de este modo, la triangulación tiene un subconjunto de significados muy específico, si bien restringidos, dentro de la estrategia analítica general. Nuevamente, reconoce la multiplicidad y simultaneidad de los marcos de referencia culturales —orales, representados, semióticos, materiales y otros— a través de los cuales se hacen posibles los acontecimientos y las instituciones sociales. Por consiguiente, un informe triangulado depende no sólo de una combinación oportunista de métodos y recursos, sino también de un conjunto basado en principios de estrategias metodológicas que reflejen los principios innatos de orden y acción.

Finalmente, nuestro propio enfoque presente nos proporciona algunas formas productivas de recuperar aspectos significativos de la «teoría fundamentada» (Charmaz y Mitchell, 2001; Glaser y Strauss, 1967; Strauss y Corbin, 1998). Ya nos hemos referido a la naturaleza controversial de esta idea, o paquete de ideas, y no necesitamos recapitular las diferentes definiciones y aplicaciones de la teoría fundamentada. Simplemente, reafirmamos que la teoría fundamentada no refiere a algún orden especial de teorización por sí mismo. En su lugar, busca captar algunos de los principios generales de análisis, descri-

biendo estrategias heurísticas que se aplican a cualquier investigación social independientemente de los tipos particulares de datos: de hecho, se aplica tanto para el análisis exploratorio de datos cuantitativos como para los estudios cualitativos. La idea deriva de forma directa de las raíces pragmáticas del interaccionismo. Capta la lógica *abductiva* por medio de la cual los analistas exploran el mundo social o natural a través de un involucramiento práctico con él, derivan modelos de trabajo y comprensiones provisorias, y utilizan tales ideas emergentes con el fin de guiar nuevas exploraciones empíricas. Representa una solución de compromiso entre la árida filosofía de la lógica puramente deductiva (que, en primer lugar, no puede justificar la derivación de teorías e hipótesis fructíferas y no admite lugar para *la experiencia en el proceso de descubrimiento*) y la lógica puramente inductiva (que nunca trasciende la recolección y la combinación de observaciones en el desarrollo de generalizaciones). En gran medida entonces, en la práctica no hay mucho que elegir entre la teoría fundamentada y la *inducción analítica* en cuanto relatos sumarios del trabajo práctico de la exploración social y la derivación de ideas. Ambas formulaciones captan la necesidad de interacciones sistemáticas entre datos e ideas, y entre las propiedades emergentes del diseño de investigación y el análisis de datos, que están en diálogo constante. Ambas formulaciones, asimismo, enfatizan la naturaleza procesual y reiterativa del proceso de investigación.

Con demasiada frecuencia, sin embargo, la teoría fundamentada se construye como una justificación de la inspección retrospectiva inductiva de volúmenes de datos de campo, como si la estrategia de investigación estuviera basada en la acumulación de casos y en la derivación introspectiva de categorías —a menudo a través de un procedimiento inductivo de «codificación» de datos—. Sin proponérselo, algunas de las descripciones de la teoría fundamentada proporcionadas por sus propios defensores han contribuido con esta impresión. Pero si tomamos seriamente algunas de las cosas que ya hemos delineado y sostenido, podremos discernir algunas estrategias posibles que sugieren relaciones basadas en principios entre datos y análisis de acuerdo con la teoría fundamentada. En otras palabras, reconocemos que la cultura y la acción están ordenadas. En consecuencia, el trabajo de recolección de datos no se aboca a la acumulación de casos aislados o de materiales fragmentarios, y el análisis no es sólo una cuestión de ordenar y clasificar esos materiales.

Por último, considerando nuestros principios clásicos, podemos resumir varios de los temas vistos hasta aquí refiriéndonos al análisis de Schutz (1973) de constructos de primer y segundo orden. En su desarrollo de los principios sociológicos de la *verstehen*, más allá de

Dilthey o Weber y a través de la fenomenología social, Schutz sugirió que las formas analíticas, tales como los tipos ideales, no son un reducto exclusivo del observador sociológico. Los actores sociales cotidianos también se involucran con la interpretación práctica de sus propios mundos sociales. Utilizan constructos de primer orden, como el método de razonamiento práctico que se vale de *tipificaciones*. Por ende, los análisis sociológicos comprenden un metaanálisis (segundo orden) de los análisis cotidianos de primer orden de los actores sociales practicantes. De la misma manera, la vida social cotidiana exhibe principios de orden que el analista explica y sistematiza. El actor cotidiano tiene una comprensión implícita de las reglas y las convenciones de ordenamiento, y la tarea del analista es explicar ese conocimiento tácito (véase Maso, 2001).

Creemos, por tanto, que el mundo social exhibe varios principios innatos de organización. Hay múltiples principios de ordenamiento —discursivos, espaciales, semióticos, narrativos y otros— a los cuales debe prestar atención el análisis de datos cualitativos. El analista social desarrolla modelos de segundo orden para estos códigos, convenciones y órdenes innatos. Por tanto, deberían existir relaciones basadas en principios entre los constructos de primer y segundo orden. Asimismo, deberían existir relaciones sistemáticas entre los diferentes análisis y modelos de segundo orden. Si bien esta formulación podría parecer excesivamente formalista, creemos que es un correctivo saludable para las perspectivas experienciales desmedidas que se hacen pesar en el análisis cualitativo de datos hoy en día. En la siguiente sección, enfocamos nuestra atención en un conjunto paralelo de preocupaciones relacionadas con la representación y la estética.

Representación y estética

Hasta este punto, nos hemos referido de forma exclusiva a los contornos de la cultura, la semiótica de los sistemas innatos de representación y las estructuras de acción social. A continuación nos dedicamos brevemente al trabajo analítico de la escritura y a otros modos de representación etnográfica. No recapitulamos la historia de este dominio particular ni repasamos todas las contribuciones que se le han aportado. Ese trabajo ya se ha realizado en otras ocasiones. Aquí señalamos que ha habido una marcada tendencia entre los etnógrafos más innovadores por experimentar con las convenciones textuales del reportaje etnográfico (Faubion, 2001). La utilización de formas literarias o técnicas de representación no tradicionales se encuentra bien

documentada y existe un corpus creciente de materiales publicados en esas formas. Por lo general, tales experimentos se representan asociados con connotaciones radicales y se cuentan entre las características de la etnografía asociadas con las ideas posmodernas y con los «momentos» más recientes del modelo desarrollista de investigación cualitativa de Lincoln y Denzin (1994, 2001) (para obtener una crítica de esta formulación en particular, véase Delamont, Coffey y Atkinson, 2000).

No cabe ninguna duda de que la escritura de etnografía es un aspecto importante del análisis etnográfico. El proceso de análisis se extiende mucho más allá de la mera manipulación de datos e, incluso, del trabajo de teorización fundamentada, descripción densa y otros similares. Reside en la reconstrucción de un determinado mundo social o de algunas de sus características claves. Esas reconstrucciones se presentan de un modo persuasivo a través de los recursos textuales y de otro tipo que despliegan los etnógrafos al crear los textos, los filmes y demás que constituyen «la etnografía». Como respuesta a las diferentes intervenciones, todos los académicos reconocen que éste no es un proceso inocente. No hay un medio transparente a través de cual sea posible representar un mundo social. El lenguaje no es un medio transparente. Las convenciones textuales a las cuales nos hemos acostumbrado son sólo eso, convenciones. La fotografía, el cine y el video no son meros medios de grabación pasivos; por el contrario, modelan activamente nuestra recepción de los fenómenos sociales y culturales.

Sin embargo, nosotros creemos que durante la búsqueda del giro experimental de la representación etnográfica se han producido movimientos exagerados y extravagantes. Al poner entre paréntesis y transgredir las convenciones de las representaciones realistas y de los formatos textuales de la escritura científica, las redes de autores han elegido asimilar la representación sociológica a formas literarias tales como la poesía y la ficción. Tal hecho encarna un peligro. La representación de fenómenos sociales a través de la poesía, por ejemplo, comprende algunos presupuestos de gran importancia (rara vez explicados en el curso de este género etnográfico). En primer lugar, el foco de atención se desplaza de forma radical desde la cultura y las acciones de los actores sociales hacia el trabajo representacional de los mismos etnógrafos. En claro contraste con los análisis culturales que descentran a los «autores», gran parte de la escritura experimental ubica a los autores individuales de modo firme —y, a veces, exclusivo— en el centro de la escena. El trabajo literario tal como la poesía no necesariamente crea los textos «abiertos» o «desordenados» buscados por algunos críticos. En lugar de ello, al crear una nueva base de privilegio de autor, generan restricciones. Además, la habilidad

para construir poesía o escritos autobiográficos plausibles y, más aún, meritorios, parece depender de las cualidades personales del autor. Durante este proceso se produce una estetización del mundo social. Lo que se considera un buen relato etnográfico, en consecuencia, corre peligro de depender principalmente de criterios estéticos.

Asimismo, la asimilación de los fenómenos culturales y sociales a textos dominados por la primera persona, ya sean prosa o poesía, puede que violente a los fenómenos en sí mismos. Ya nos hemos referido al aforismo de Blumer (1954) respecto a la fidelidad a los fenómenos y recurrimos aquí nuevamente a él. No creemos ser, en ninguna de las acepciones del término, *fieles* a los fenómenos si los remodelamos de acuerdo con formas que derivan de dominios culturales completamente diferentes. Corremos el riesgo de perder la estética intrínseca, y otras características formales de los significados, sucesos y acciones originales. Ya nos hemos referido al principio de la etnopoética al reconocer que existen cánones innatos de retórica y de construcción en las representaciones culturales. Los analistas distorsionan o destruyen las culturas que buscan explicar si traducen todo según su propia estética cultural. La escritura autobiográfica en primera persona y la poesía derivada de la experiencia no gozan de un valor universal. Están, en todo caso, entre las formas expresivas más específicas y limitadas en términos culturales. Hay poca o ninguna razón para que pasen a ser el vehículo preferido de la investigación social sensible cultural o interculturalmente.

Es posible mantener las mismas reservas respecto de la etnografía performativa en general. En la actualidad, es aceptable en algunos contextos académicos utilizar nuestros datos etnográficos y las percepciones deducidas del campo de trabajo etnográfico para crear varios tipos de textos performativos y estéticos o artefactos. El reciente volumen de Denzin (2003) es un ejemplo y un análisis clave de esta perspectiva. Mienczakowski (2001) también proporcionó una revisión de la representación de la etnografía y el etnodrama. En general, no buscamos criticar estos enfoques, excepto quizás para sugerir que los etnógrafos performativos podrían involucrarse más de lleno y sistemáticamente con el ahora extenso estudio etnográfico de la representación (Atkinson, 2004). No obstante, deseamos aseverar una cuestión más relacionada con la idea general de este capítulo, principalmente que deberíamos ser muy cuidadosos en verdad de no imponer «nuestros» criterios y competencias performativas y estéticas en la representación de situaciones, culturas y actores, ignorando al mismo tiempo las formas locales innatas de representación a través de las cuales la cultura, la organización y la acción se mantienen realmente en la vida cotidiana.

Acción social, organización social

Al enmarcar nuestro argumento de esta manera, estamos resaltando con claridad un conjunto particular de énfasis y preferencias. Lo hacemos así en parte para remediar lo que vemos como una tendencia engañosa en muchas de las versiones contemporáneas de la investigación cualitativa. Creemos que en la actualidad se pone demasiado énfasis en la identificación y documentación de las *experiencias o percepciones* de los actores sociales en detrimento de la *acción social y la organización social* (véase Silverman, 2004).

En parte, recopilamos argumentos con los cuales hemos contribuido en otras ocasiones y aquí buscamos extender su generalización. Señalamos que entre los objetivos de la investigación etnográfica, se destaca el de analizar la *acción social*, el *orden social* y la *organización social*, así como analizar las formas y los contenidos de la *cultura*. Necesitamos prestar atención seria y sistemática a los fenómenos recurrentes de la antropología, la sociología y las disciplinas afines, tales como la psicología discursiva, la lingüística y la semiótica. Esto significa que la investigación etnográfica y otro tipo de investigaciones cualitativas son mucho más que la descripción y el reportaje comprensivo de las experiencias de un informante. Hemos sostenido en otras ocasiones que la investigación cualitativa necesita transcender la influencia cultural generalizada de la entrevista y lo que Atkinson y Silverman (1997) llamaron la «sociedad de la entrevista». No suscribimos a la visión de que la investigación cualitativa se justifica fundamentalmente mediante la representación de los temas sociales desde el punto de vista de actores sociales individuales o, incluso, desde la perspectiva de agregados sociales.

Esto no implica un retorno a la antigua controversia metodológica entre los méritos de la observación y los de la entrevista —entre lo que las personas *hacen* y lo que *dicen*— (Atkinson y otros, 2003). La verdad es todo lo contrario. En su lugar, nosotros enfatizamos que lo que las personas dicen es —en sí mismo— una forma de acción. Necesitamos analizar los relatos o narrativas de los actores sociales como tipos de actos de habla. De forma similar, necesitamos reconocer que incluso «experiencias» tales como las memorias o las emociones no son simples estados psicológicos sino que también son actuaciones sociales representadas (véanse Tota, 2001; Wagner-Pacifici, 1996). Además, de acuerdo con Mills (1940), necesitamos ver los motivos como esquemas de justificación o racionalización compartidos socialmente y definidos culturalmente (Atkinson y Coffey, 2002). De este modo, la acción social incluye al trabajo de representación. Asimismo, la acción social incluye el uso y la circulación

de otros modos de representación, como los bienes materiales y los artefactos culturales (Vinck, 2003).

Por consiguiente, según lo dicho, recomendamos un enfoque particular del análisis de la vida social dentro del ámbito de la investigación etnográfica o cualitativa. Creemos que es necesario reevaluar las estrategias analíticas que evitan la clase de reduccionismo fragmentado al cual nos hemos referido en el comienzo de este capítulo. No creemos que resulte productivo para los analistas representar el mundo social fundamental o exclusivamente a través de la lente de una única estrategia analítica o un único tipo de dato. Los diferentes tipos de investigación cualitativa —análisis del discurso, análisis visual, análisis narrativo y otros similares— no son paradigmas o disciplinas por sí mismas; por el contrario, son estrategias analíticas que reflejan y respetan la complejidad intrínseca de la organización social, las formas de la acción social y las convenciones de la representación social. Ésta no es sólo una cuestión de yuxtaponer diferentes «métodos» y no es sólo una llamada a nociones bastante vagas de etnografía «contextual» u «holística»; por el contrario, significa prestar atención a las relaciones *sistémicas* entre el orden de interacción, el orden de la conversación, los órdenes representacionales y las propiedades ordenadas de la cultura material. De este modo, nuestras perspectivas analíticas pueden y deberían reafirmar ciertas clases de rigor, algunas de las cuales creemos que se han perdido de vista en la escritura metodológica reciente. Enfatizamos, por tanto, el enfoque disciplinado de cuestiones técnicas como el análisis del discurso, el análisis narrativo y el análisis semiótico. Buscamos relaciones basadas en *principios* entre las diferentes disciplinas y subdisciplinas contribuyentes. El análisis de los fenómenos sociales no se beneficia de un tipo de fragmentación que equipara clases de datos (por ejemplo, orales, visuales, textuales, materiales) con disciplinas o especialidades que funcionan en relativa soledad.

Referencias bibliográficas

- Appadurai, A. (comps.) (1986). *The Social Lives of Things*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press.
- Atkinson, J. M. y Heritage, J. (comps.) (1984). *The Structures of Social Action: Studies in Conversation Analysis*. Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press.

- Atkinson, P. A. (1995). *Medical Talk and Medical Work: The Liturgy of the Clinic*, Londres, Sage.
- Atkinson, P. A. (1997). «Narrative turn or blind alley?», *Qualitative Health Research*, 7, págs. 325-344.
- Atkinson, P. A. (2004). «Performing ethnography and the ethnography of performance», *British Journal of Sociology of Education*, 25, págs. 107-114.
- Atkinson, P. A., Batchelor, C. y Parsons, E. (1998). «Trajectories of collaboration and competition in a medical Discovery», *Science, Technology, & Human Values*, 23, págs. 259-284.
- Atkinson, P. A. y Coffey, A. (2002). «Revisiting the relationship between participant observation and interviewing», en J. F. Gubrium y J. A. Holstein (comps.), *Handbook of Interview Research: Context and Method*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 801-814.
- Atkinson, P. A., Coffey, A. y Delamont, S. (1999). «Ethnography: Post, past, and present», *Journal of Contemporary Ethnography*, 28, págs. 460-471.
- Atkinson, P. A., Coffey, A. y Delamont, S. (2001). «A debate about our canon», *Qualitative Research*, 1, págs. 2-22.
- Atkinson, P. A., Coffey, A. y Delamont, S. (2003). *Key Themes in Qualitative Research*, Walnut Creek (California), AltaMira.
- Atkinson, P. A. y Delamont, S. (2004). «Analysis and postmodernism», en M. Hardy y A. Bryman (comps.), *Handbook of Analysis*, Londres, Sage, págs. 667-681.
- Atkinson, P. A. y Silverman, D. (1997). «Kundera's Immortality: The interview society and the invention of the self», *Qualitative Inquiry*, 3, págs. 304-325.
- Attfield, J. (2000). *Wild Things: The Material Culture of Everyday Life*, Oxford (Reino Unido), Berg.
- Ball, M. y Smith, G. (1992). *Analyzing Visual Data*, Newbury Park (California), Sage.
- Ball, M. y Smith, G. (2001). «Technologies of realism? Ethnographic uses of photography and film», en P. Atkinson, A. Coffey, S. Dela-

- mont, J. Lofland y L. Lofland (comps.), *Handbook of Ethnography*, Londres, Sage, págs. 302-319.
- Banks, M. y Morphy, H. (comps.). (1997). *Rethinking Visual Anthropology*, New Haven (Connecticut), Yale University Press.
- Barthes, R. (1983). *The Fashion System*, Nueva York, Hill & Wang.
- Bauman, R. (1986). *Story, Performance, and Event: Contextual Studies of Oral Narrative*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press.
- Behar, R. (1996). *The Vulnerable Observer: Anthropology that Breaks Your Heart*, Boston, Beacon.
- Bender, B. y Winer, M. (comps.) (2001). *Contested Landscapes: Movement, Exile, and Place*, Oxford (Reino Unido), Berg.
- Benjamin, W. (1999). *The Arcades Project*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, traducción de Eiland y K. McLaughlin.
- Bennett, A. y Dawe, K. (comps.) (2001). *Guitar Cultures*, Oxford (Reino Unido), Berg.
- Bijker, W. (1995). *Of Bicycles, Bakelites, and Bulbs: Toward a Theory of Sociotechnical Change*, Cambridge (Massachusetts), MIT Press.
- Blumer, H. (1954). «What is wrong with social theory?», *American Sociological Review*, 19, págs. 3-10.
- Bochner, A. R. y Ellis, C. (comps.) (2001). *Ethnographically Speaking: Autoethnography, Literature, and Aesthetics*, Walnut Creek (California), AltaMira.
- Borden, I. (2002). *Skateboarding, Space, and the City: Architecture and the Body*, Oxford (Reino Unido), Berg.
- Brewer, J. (2002). *Ethnography*, Buckingham (Reino Unido), Open University Press.
- Butler, T. (2003). *London Calling: The Middle Classes and the Remaking of Inner London*, Oxford, (Reino Unido), Berg.
- Caplan, P. (1997). *African Voices, African Lives*, Londres, Routledge.

- Charmaz, K. y Mitchell, R. (2001). «Grounded theory and ethnography», en P. Atkinson, A. J. Coffey, S. Delamont, J. Lofland y L. Lofland (comps.), *Handbook Of Ethnography*, Londres, Sage, págs. 160-173.
- Clough, P. T. (1998). *The End(S) of Ethnography: From Realism to Social Criticism*, Nueva York, Peter Lang, 2ª edición.
- Coffey, A. J. y Atkinson, P. A. (1996). *Making Sense of Qualitative Data: Complementary Strategies*, Thousand Oaks (California), Sage.
- Conle, C. (2003). «An anatomy of narrative curricula», *Educational Researcher*, 32 (3), págs. 3-15.
- Cortazzi, M. (1991). *Primary Teaching: How It Is—A Narrative Analysis*, Londres, David Fulton.
- Cortazzi, M. (1993). *Narrative Analysis*, Londres, Falmer.
- Cortazzi, M. (2001). *Narrative Analysis*, en P. Atkinson, A. Coffey, S. Delamont, J. Lofland y L. Lofland (comps.), *Handbook of Ethnography*, Londres, Sage, págs. 384-393.
- Crouch, D. y Lübben, N. (comps.) (2003). *Visual Culture and Tourism*. Oxford (Reino Unido), Berg.
- Crowley, D. y Reid, S. E. (comps.) (2002). *Socialist Spaces: Sites of Everyday Life in the Eastern Bloc*, Oxford (Reino Unido), Berg.
- Czarniawska, B. (1997). *Narrating The Organization*, Chicago, University of Chicago Press.
- Czarniawska, B. (1998). *A Narrative Approach to Organization Studies*. Thousand Oaks (California), Sage.
- Darby, W. J. (2000). *Landscape and Identity: Geographies of Nation and Class in England*. Oxford (Reino Unido), Berg.
- Delamont, S. (2002). *Fieldwork in Educational Settings*, Londres, Falmer, 2ª edición.
- Delamont, S., Coffey, A. y Atkinson, P. (2000). «The twilight years? Educational ethnography and the five moments model», *Qualitative Studies in Education*, 13, págs. 223-238.

- DeNora, T. (2000). *Music in Everyday Life*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press.
- DeNora, T. (2003). *After Adorno: Rethinking Music Sociology*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press.
- Denzin, N. K. (1970). *The Research Act*, Chicago, Aldine.
- Denzin, N. K. (1994). «The art and politics of interpretation», en N. K. Denzin e Y. S. Lincoln (comps), *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 500-515.
- Denzin, N. K. (2003). *Performance Ethnography: Critical Pedagogy and the Politics of Culture*, Thousand Oaks (California), Sage.
- Denzin, N. K. y Lincoln, Y. S. (comps.) (1994). *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks (California), Sage.
- Denzin, N. K. y Lincoln, Y. S. (comps.) (2001). *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks (California), Sage, 2ª edición.
- Dicks, B. (2000). *Heritage, Place, and Community*, Cardiff (Reino Unido), University of Wales Press.
- Dodds, G. y Taverner, R. (2001). *Body and Building: Essays on the Changing Relations of Body and Architecture*, Cambridge (Massachusetts), MIT Press.
- Dyck, N. y Archetti, E. P. (comps.) (2003). *Sport, Dance, and Embodied Identities*, Oxford (Reino Unido), Berg.
- Edwards, E. (2001). *Raw Histories: Photographs, Anthropology, and Museums*, Oxford (Reino Unido), Berg.
- Ellis, C. (2004). *The Ethnographic I: A Methodological Novel about Autoethnography*, Walnut Creek (California), AltaMira.
- Ellis, C. y Bochner, A. (comps) (1996). *Composing Ethnography*, Walnut Creek (California), AltaMira.
- Ellis, C. y Flaherty, M. G. (comps) (1992). *Investigating Subjectivity: Research on Lived Experience*, Newbury Park, (California), Sage.
- English-Lueck, J. A. (2002). *Cultures @ Silicon Valley*, Stanford (California), Stanford University Press.

- Faubion, J. D. (2001). «Currents of cultural fieldwork», en P. Atkinson, A. Coffey, S. Delamont, J. Lofland y L. Lofland (comps.), *Handbook of Ethnography*, Londres, Sage, págs. 39-59.
- Fernandez, J. W. y Huber, M. T. (comps.) (2001). *Irony in Action: Anthropology, Practice, and the Moral Imagination*, Chicago, University of Chicago Press.
- Fine, G. A. (2001). *Difficult Reputations: Collective Memories of the Evil, Inept, and Controversial*. Chicago, University of Chicago Press.
- Finn, C. A. (2001). *Artifacts: An Archaeologist's Year in Silicon Valley*, Cambridge (Massachusetts), MIT Press.
- Forty, A. y Kuchler, S. (comps.) (1999). *The Art of Forgetting*, Oxford (Reino Unido), Berg.
- Frosh, P. (2003). *The Image Factory: Consumer Culture, Photography, and the Visual Content Industry*, Oxford (Reino Unido), Berg.
- Gardner, K. (2002). *Age, Narrative, and Migration: The Life Course and Life Histories of Bengali Elders in London*, Oxford (Reino Unido), Berg.
- Geertz, C. (1973). *The Interpretation of Cultures*, Nueva York, Basic Books.
- Geertz, C. (1983). *Local Knowledge: Further Essays in Interpretive Anthropology*, Nueva York, Basic Books.
- Gilbert, N. y Mulkay, M. (1984). *Opening Pandora's Box*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press.
- Glaser, B. (1978). *Theoretical Sensitivity*, Mill Valley (California), Sociology Press.
- Glaser, B. (1992). *Emergence Versus Forcing*, Mill Valley (California), Sociology Press.
- Glaser, B. y Strauss, A. L. (1967). *The Discovery of Grounded Theory*, Chicago, Aldine.
- Goffman, E. (1979). *Gender Advertisements*, Nueva York, Harper & Row.

- Goffman, E. (1981). *Forms of Talk*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press.
- Goffman, E. (1983). «The interaction order», *American Sociological Review*, 48, págs. 1-17.
- Goodall, H. L. (2000). *Writing the New Ethnography*, Walnut Creek (California), AltaMira.
- Gosden, C. y Knowles, C. (comps.) (2001). *Collecting Colonialism: Material Culture and Colonial Change*, Oxford (Reino Unido), Berg.
- Gray, R. y Sinding, C. (2002). *Standing Ovation: Performing Social Science Research about Cancer*, Walnut Creek (California), AltaMira.
- Grimshaw, A. (2001). *The Ethnographer's Eye: Ways of Seeing in Modern Anthropology*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press.
- Gubrium, J. F. y Holstein, J. A. (2002a). «From the individual interview to the interview society», en J. F. Gubrium y J. A. Holstein (comps.), *Handbook of Interview Research: Context and Method*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 3-32.
- Gubrium, J. F. y Holstein, J. A. (comps.) (2002b). *Handbook of Interview Research: Context and Method*, Thousand Oaks, (California), Sage.
- Hammersley, M. (1989). *The Dilemma of Qualitative Method: Herbert Blumer and the Chicago Tradition*, Londres, Routledge.
- Hammersley, M. y Atkinson, P. A. (1995). *Ethnography: Principles in Practice*, Londres, Routledge, 2ª edición.
- Handler, R. y Gable, E. (1997). *The New History in an Old Museum: Creating the Past at Colonial Williamsburg*, Durham (Carolina del Norte), Duke University Press.
- Hardy, M. y Bryman, A. (comps.) (2004). *Handbook of Analysis*, Londres, Sage.
- Henderson, K. (1998). *On Line and on Paper: Visual Representations, Visual Culture, and Computer Graphics in Design Engineering*, Cambridge (Massachusetts), MIT Press.

- Hepburn, A. y Potter, J. (2004). «Discourse analytic practice», en C. Seale, G. Gobo, F. F. Gubrium y D. Silverman (comps.), *Qualitative Research Practice*, Londres, Sage, págs. 180-196.
- Herzfeld, M. (1991). *A Place in History: Social and Monumental Time in a Cretan Town*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press.
- Hodkinson, P. (2002). *Goth: Identity, Style, And Subculture*, Oxford (Reino Unido), Berg.
- Holstein, J. A. (2000). *The Self We Live By: Narrative Identity in a Postmodern World*, Nueva York, Oxford University Press.
- Hughes-Freeland, F. (1998). *Ritual, Performance, Media*, Londres, Routledge.
- Humphrey, R., Miller, R. y Zdravomyslova, E. (comps.) (2003). *Biographical Research in Eastern Europe: Altered Lives and Broken Biographies*, Aldershot (Reino Unido), Ashgate.
- Hunter, K. M. (1991). *Doctors' Stories: The Narrative Structure of Medical Knowledge*, Princeton, (Nueva Jersey), Princeton University Press.
- Hymes, D. (1996). *Ethnography, Linguistics, Narrative Inequality*, Londres, Taylor & Francis.
- Jackson, P., Lowe, M., Miller, D. y Mort, F. (comps.) (2000). *Commercial Cultures: Economies, Practices, Spaces*, Oxford (Reino Unido), Berg.
- Janesick, V. J. (1994). «The dance of qualitative research design: Metaphor, methodolatry, and meaning», en N. K. Denzin e Y. S. Lincoln (comps.), *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 209-219.
- Julier, G. (2000). *The Culture of Design*, Londres, Sage.
- Katz, J. E. y Aakhus, M. (comps.) (2002). *Perpetual Contact: Mobile Communication, Private Talk, Public Performance*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press.
- Kwint, M., Breward, C. y Aynsley, J. (comps.) (1999). *Material Memories*, Oxford (Reino Unido), Berg.

- Labov, W. (1972). *Language in the Inner City*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press.
- Lally, E. (2002). *At Home with Computers*, Oxford (Reino Unido), Berg.
- Lara, M. P. (1998). *Moral Textures: Feminist Narratives in the Public Sphere*, Cambridge (Reino Unido), Polity.
- Lincoln, Y. S. y Denzin, N. K. (1994). «The fifth moment», en N. K. Denzin e Y. S. Lincoln (comps.), *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 575-586.
- Lincoln, Y. S. y Denzin, N. K. (2001). «The seventh moment: Out of the past», en N. K. Denzin e Y. S. Lincoln (comps.), *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks (California) Sage, 2ª edición, págs. 1.047-1.065.
- Lincoln, Y. S. y Denzin, N. K. (comps.) (2003). *Turning Points in Qualitative Research: Tying Knots in the Handkerchief*, Walnut Creek (California), AltaMira.
- Loizos, P. (1993). *Innovation in Ethnographic Film*, Manchester (Reino Unido), Manchester University Press.
- Lury, C. (1996). *Consumer Culture*, Cambridge (Reino Unido), Polity.
- Macdonald, S. (2002). *Behind the Scenes at the Science Museum*, Oxford (Reino Unido), Berg.
- Macdonald, S. y Fyfe, G. (comps.) (1996). *Theorising Museums*, Oxford (Reino Unido), Blackwell.
- Manning, P. K. (2001). «Semiotics, semantics, and ethnography», en P. Atkinson, A. Coffey, S. Delamont, J. Lofland y L. Lofland (comps.), *Handbook of Ethnography*, Londres, Sage, págs. 145-159.
- Maso, I. (2001). *Phenomenology and Ethnography*, en P. Atkinson, A. Coffey, S. Delamont, J. Lofland, L. Lofland (comps.), *Handbook of Ethnography*, Londres, Sage, págs. 136-144.
- May, R. A. B. (2001). *Talking at Trena's: Everyday Conversations at an African American Tavern*, Nueva York, New York University Press.
- Mieniczakowski, J. (2001) «Ethnodrama: Performed research—Limi-

- tations and potential», en P. Atkinson, A. Coffey, S. Delamont, J. Lofland y L. Lofland (comps.), *Handbook of Ethnography*, Londres, Sage, págs. 468-476.
- Miller, D. (1987). *Material Culture and Mass Communication*, Oxford (Reino Unido), Basil Blackwell.
- Miller, D. (comp.) (2001a). *Car Cultures*, Oxford (Reino Unido), Berg.
- Miller, D. (comp.) (2001b). *Home Possessions: Material Culture Behind Closed Doors*, Oxford, (Reino Unido), Berg.
- Mills, C. W. (1940). «Situated actions and vocabularies of motive», *American Sociological Review*, 5, págs. 439-452.
- Moerman, M. (1988). *Talking Culture: Ethnography and Conversation Analysis*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press.
- Möller, F. y Pehkonen, S. (comps.) (2003). *Encountering the North: Cultural Geography, International Relations, and Northern Landscapes*, Aldershot (Reino Unido), Ashgate.
- Myerhoff, B. (1978). *Number our Days*, Nueva York, Simon & Schuster.
- Myers, G. (1990). *Writing Biology: Texts in the Construction of Scientific Knowledge*, Madison, University of Wisconsin Press.
- Ochs, E. y Capps, L. (2002). *Living Narrative: Creating Lives in Everyday Storytelling*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.
- O'Dell, D. (2001). *Sites of Southern Memory: The Autobiographies of Katherine Du Pre Lumpkin, Lillian Smith, and Pauli Murray*, Charlottesville, University Press of Virginia.
- Olney, J. (comp.) (1998). *Autobiography: Essays Theoretical and Critical*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press.
- Painter, C. (comp.) (2002). *Contemporary art and the Home*, Oxford (Reino Unido), Berg.
- Patterson, W. (2002). *Strategic Narrative: New Perspectives on the Power of Personal and Cultural Stories*, Lanham (Maryland), Lexington Books.

- Pinch, T. y Trocco, F. (2002). *Analog days: The Invention and Impact of the Moog Synthesizer*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.
- Pink, S. (2001). *Doing Visual Ethnography*, Londres, Sage.
- Pink, S. (2004). «Visual methods», en C. Seale, D. Silverman, J. F. Gubrium y G. Gobo (comps.), *Qualitative Research Practice*, Londres, Sage, págs. 391-406.
- Pithouse, A. (1987). *Social Work: The Social Organization of an Invisible Trade*, Aldershot (Reino Unido), Avebury.
- Plummer, K. (1995). *Telling Sexual Stories*, Londres, Routledge.
- Plummer, K. (2000). *Documents Of Life 2: An Invitation To A Critical Humanism*, Londres, Sage.
- Plummer, K. (2001). «The call of life stories in ethnographic research», en P. Atkinson, A. Coffey, S. Delamont, J. Lofland y L. Lofland (comps.), *Handbook of Ethnography*, Londres, Sage, 395-406.
- Potter, J. (1996). *Representing Reality: Discourse, Rhetoric, and Social Construction*, Londres, Sage.
- Potter, J. (2003). «Discourse analysis and discursive psychology», en P. M. Camic, J. E. Rhodes, y L. Yardley (comps.), *Qualitative Research in Psychology: Expanding Perspectives in Methodology and Design*, Washington DC, American Psychological Association.
- Potter, J. y Wetherell, M. (1987). *Discourse and Social Psychology: Beyond Attitudes and Behaviour*, Londres, Sage.
- Prior, L. (2003). *Using Documents In Social Research*, Londres, Sage.
- Quinn, B. (2002). *Techno Fashion*, Oxford (Reino Unido), Berg.
- Rabinow, P. (1996). *Making PCR: A Story Of Biotechnology*, Chicago, University of Chicago Press.
- Radstone, S. (2000). *Memory and Methodology*, Oxford (Reino Unido), Berg.
- Reed-Danahay, D. (comp.) (1997). *Auto/Ethnography: Rewriting the Self and the Social*, Oxford (Reino Unido), Berg.

- Reed-Danahay, D. (2001). «Autobiography, intimacy, and ethnography», en P. Atkinson, A. Coffey, S. Delamont, J. Lofland y L. Lofland (comps.), *Handbook of Ethnography*, Londres, Sage, págs. 407-425.
- Richardson, L. (1997). *Fields of Play: Constructing an Academic Life*, Nueva Brunswick (Nueva Jersey), Rutgers University Press.
- Richardson, L. (2002). «Poetic representation of interviews», en J. F. Gubrium y J. A. Holstein (comps.), *Handbook of Interview Research*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 877-891.
- Riessman, C. K. (1993). *Narrative Analysis*, Newbury Park (California), Sage.
- Riessman, C. K. (2002). «Analysis of personal narratives», en J. F. Gubrium y J. A. Holstein (comps.), *Handbook of Interview Research: Context and Method*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 695-710.
- Sacks, H. (1992). *Lectures on Conversation*, Oxford (Reino Unido), Blackwell, 2 vols., comp. por G. Jefferson.
- Sandburg, M. B. (2003). *Living Pictures, Missing Persons: Mannequins, Museums, and Modernity*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press.
- Sarangi, S. y Roberts, C. (comps.) (1999). *Talk, Work, and Institutional Orders: Discourse in Medical, Mediation, and Management Settings*, Berlín (Alemania), Mouton de Gruyter.
- Saunders, N. J. (2003). *Trench Art: Materialities and Memories of War*, Oxford (Reino Unido), Berg.
- Schutz, A. (1973). *The Problem of Social Reality: Collected Papers*, La Haya (Países Bajos), Martinus Nijhoff, vol. 1, comp. por M. Natanson.
- Sciama, L. D. (2003). *A Venetian Island: Environment, History, and Change in Burano*, Oxford, (Reino Unido), Barghahn.
- Scott, J. (1990). *A Matter of Record*, Cambridge (Reino Unido), Polity.
- Seale, C., Silverman, D., Gubrium, J. F. y Gobo, G. (comps.) (2004). *Qualitative Research Practice*, Londres, Sage.

- Silverman, D. (1987). *Communication and Medical Practice: Social Relations in the Clinic*, Londres, Sage.
- Silverman, D. (comp.) (1997). *Qualitative Research: Theory, Method, and Practice*, Londres, Sage.
- Silverman, D. (1998). *Harvey Sacks: Social Science and Conversation Analysis*, Cambridge (Reino Unido), Polity.
- Silverman, D. (comp.) (2004). *Qualitative Research: Theory, Method, and Practice*, Londres, Sage, 2ª edición.
- Storr, M. (2003). *Latex and Lingerie: Shopping for Pleasure at Ann Summers Parties*, Oxford, (Reino Unido), Berg.
- Strauss, A. L. y Corbin, J. A. (1998). *Basics of Qualitative Research: Theory, Procedures, and Techniques*, Thousand Oaks (California), Sage, 2ª edición.
- Tilley, C. (1991). *Material Culture and the Text: The Art of Ambiguity*, Londres, Routledge.
- Tilley, C. (1999). *Metaphor and Material Culture*, Oxford (Reino Unido), Blackwell.
- Tilley, C. (2001). «Ethnography and material culture», en P. Atkinson, A. Coffey, S. Delamont, J. Lofland, y L. Lofland (comps.), *Handbook of Ethnography*, Londres, Sage, págs. 258-272.
- Tota, A. L. (comp.) (2001). *La memoria contesta: Studi sulla comunicazione sociale del passato*, Milán (Italia), Angeli.
- Troy, N. J. (2002). *Couture Culture: A Study in Modern Art and Fashion*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press.
- Tulloch, J. (1999). *Performing Culture: Stories of Expertise and the Everyday*, Londres, Sage.
- Valis, N. (2003). *The Culture of Cursilería: Bad Taste, Kitsch, and Class in Modern Spain*, Durham (Carolina del Norte), Duke University Press.
- Vinck, D. (comp.) (2003). *Everyday Engineering: An Ethnography of Design and Innovation*, Cambridge (Massachusetts), MIT Press.

Voysey, M. (1975). *A Constant Burden*, Londres, Routledge & Kegan Paul.

Wagner-Pacifici, R. (1996). «Memories in the making: *The shapes of things that went*», *Qualitative Sociology*, 19, págs. 301-321.

Whiteley, S., Bennett, A. y Hawkins, S. (comps.) (2004). *Music, Space, and Place: Popular Music and Cultural Identity*, Aldershot (Reino Unido), Ashgate.

Yalouri, E. (2001). *The Acropolis: Global Fame, Local Claim*, Oxford (Reino Unido), Berg.

Znaniecki, F. (1934). *The Method of Sociology*, Nueva York, Farrar & Rinehart.

33

Las metodologías de Foucault

Arqueología y genealogía

James Joseph Scheurich y Kathryn Bell McKenzie

Este capítulo no es una representación fidedigna o precisa de la obra de Foucault.¹ Según nuestra mirada, tal representación no existe ni es posible. Hay, en consecuencia, muchas otras lecturas posibles de la obra de Foucault que son tan defendibles como esta. De hecho, esta lectura, al igual que el *savoir* de Foucault (definido y analizado más adelante), es desordenada, entrecortada, con frecuencia errónea, fracturada, discontinua, poco original, ficcional, incluso una falsificación. En otras palabras, como escribió Magritte acerca de su pintura de una pipa: «Ésta no es una pipa» (Foucault, 1973b); éste no es Foucault.

Además, lo que pretendíamos lograr aquí en nuestras primeras conceptualizaciones de este proyecto y lo que en verdad surgió presenta diferencias significativas. En efecto, podríamos cuestionarnos a nosotros mismos del modo en que creemos que nos cuestionarían nuestros críticos y al igual que lo hizo Foucault al final de la sección

¹ A pesar del hecho de que este ensayo no es «fidedigno», queremos agradecerles a nuestros revisores por sus sugerencias, comentarios y críticas. Simplemente, no hay ninguna duda de que gracias a sus respuestas este ensayo mejoró sustancialmente, aun cuando no estuviésemos de acuerdo con ellas. Los revisores fueron Jaber Gubrium, Patti Lather, Bill Black, Elizabeth St. Pierre, Norman Denzin y Jack Bratich. Sin embargo, no debe responsabilizarse a ninguno de ellos por nada de lo que hayamos escrito aquí, puesto que hemos utilizado sus palabras y abusado de ellas, hemos estado de acuerdo y en desacuerdo con ellas, y las hemos incorporado e ignorado.

«Introduction» en *The Archaeology of Knowledge* (1969/1972).² Podríamos decir que:

«¿No está seguro de lo que está diciendo? ¿Va a cambiar nuevamente, a cambiar su posición de acuerdo con las preguntas que se le hagan y a decir que las objeciones no están realmente dirigidas al lugar desde donde habla? ¿Va a declarar nuevamente que nunca ha sido lo que se te ha reprochado ser? ¿Está ya preparando la salida que le permitirá aparecer en su próximo libro en otro lugar, y declarar como ahora lo está haciendo: no, no, no estoy donde ustedes están apostados esperándome, sino aquí, riéndome de ustedes?» (pág. 17, citas en el original).

Aunque de lo único de lo que nos reímos es de nuestras propias pretensiones, nuestra intención al comenzar este proyecto era tratar de mostrar cómo la arqueología y la genealogía podían utilizarse a modo de metodologías «cualitativas» críticas (definidas de forma general). Además, queríamos ilustrar brevemente cómo cada uno de estos métodos podía aplicarse a cuestiones educacionales, dado que ésa es nuestra disciplina. Por último, proyectamos un estudio crítico de los usos y abusos de la obra de Foucault en la educación.

Sin embargo, parte de ello sucedió y gran parte, no. En nuestro caso, aquello que cambió lo que hicimos aquí fue nuestra revisión de la *oeuvre* de Foucault (sólo los libros y el orden en que fueron publicados) partiendo del «comienzo» a través de su trabajo genealógico (nunca pensamos que cubriríamos lo que muchos consideran la última fase de su obra, el «cuidado de sí» o el período ético) y nuestra revisión de artículos y libros de educación que usan las ideas de Foucault de un modo central. Ninguno de nosotros ha leído todo la obra de Foucault de una forma tan sistemática, focalizada e intensa ni tampoco habíamos estudiado las aplicaciones de Foucault en la educación. Fue, entonces, este estudio sistemático y los efectos que tuvieron sobre nuestra comprensión de Foucault y su uso por parte de los académicos de la educación lo que cambió aquello que estábamos haciendo en este capítulo. Por ejemplo, uno de los cambios que surgió fue nuestra decisión de analizar brevemente la importancia de George Canguilhem, probablemente el mentor más influyente de Foucault. Nos daba la sensación de que

² La regla para el formato de estilo de la Asociación Norteamericana de Psicología (APA, por sus siglas en inglés) estipula que la fecha original de publicación para una publicación en otro idioma que el inglés precede a la fecha de publicación, tal cual lo hemos hecho aquí. Sin embargo, queremos asegurarnos de que todos presten atención a estas fechas porque son parte de un punto significativo que estamos esbozando en este ensayo.

para los académicos de la educación e, incluso más en general, para los académicos de todas las ciencias sociales, Foucault y sus ideas habían nacido ya adultos de la frente de Zeus. En consecuencia, decidimos proporcionar una subsección dentro de la sección «Arqueología» que analiza con brevedad la mirada de Foucault respecto de Canguilhem y el rol de este último en el contexto intelectual y filosófico francés.

A continuación, el resto del ensayo está dividido en cuatro partes. Primero, analizamos el método arqueológico de Foucault, donde se incluye el examen sobre Canguilhem. Segundo, analizamos un ensayo de especial importancia: «Nietzsche, genealogy, history» (Foucault, 1977, en *Language, Counter-Memory, Practice: Selected Essays and Interviews*) que fue publicado *después* de su último trabajo arqueológico y *antes* de su primer trabajo genealógico, al cual vemos como un puente o una conexión temática entre las dos metodologías. Tercero, presentamos su método genealógico. Si bien nuestros análisis de su arqueología o genealogía no son lo suficientemente amplios como para que un lector pueda suponer que se encuentra listo para usar cualquiera de los métodos de Foucault luego de sólo haber leído este capítulo, sí creemos que lo que hemos escrito tiene el propósito de ayudar a quienes no estén familiarizados con Foucault a tomar algunos pasos iniciales en la utilización de la arqueología y la genealogía. Asimismo, esperamos, no obstante, que nuestro abordaje de ambas provoque nuevas reflexiones en quienes cuenten con más experiencia en el uso de los métodos de Foucault.

Para conducir nuestro análisis de su método arqueológico, abordamos con cierta profundidad dos conceptos arqueológicos, *savoir* y *connaissance* y, a continuación, aludimos al significado de los otros conceptos arqueológicos claves. Con el fin de presentar sus genealogías, analizamos con cierta profundidad una de ellas, *Discipline and Punish* (Foucault 1975/1979). Sin embargo, dado que en este trabajo él despliega tantas herramientas críticas provocativas y útiles, sólo podemos abordar algunas de ellas, y muchos menos podemos abordar todas las otras herramientas críticas que Foucault agrega en su segunda genealogía, *The History of Sexuality, volume 1: An Introduction* (1976/1980a).³ No obstante, en el caso de esta última, señalamos algunas secciones que son de una particular excelencia.

Cuarto, nuestra conclusión incluye un breve repaso de los que creemos eran algunos de los objetivos críticos de sus arqueologías y genealogías. Resumimos algunos de los puntos que destacamos sobre

³ En efecto, el mismo Foucault se refiere a sus arqueologías y genealogías como cajas de herramientas: «Puede considerar todos mis libros... como pequeñas cajas de herramientas» (Halperin, 1995, pág. 52). Mis agradecimientos a Elizabeth St. Pierre por señalarme esta cita.

la arqueología y la genealogía. Elogiamos con entusiasmo una nueva colección de la obra de Foucault. Además, proporcionamos algunos comentarios críticos sobre los usos —y abusos— de Foucault en la educación en particular, y en las ciencias sociales en general, aunque no proveemos una revisión integral o detallada de este material. (Sin embargo, en nuestra bibliografía intentamos brindar una lista relativamente extensa de tales trabajos en la educación, junto con algunos libros sobre Foucault ajenos a la educación que pensamos son útiles o influyentes; de hecho, nuestra bibliografía está pensada como un recurso para aquellos interesados en Foucault.) En términos generales, podríamos formular una advertencia y decir que nos sentimos un poco irascibles y disgustados, insatisfechos, con la manera más frecuente en que se ha leído y utilizado a Foucault hasta el día de hoy en la educación y las ciencias sociales. Adicionalmente, nuestra conclusión contiene —y esto resultó una sorpresa incluso para nosotros— alguna crítica sustancial de la obra de Foucault que no teníamos al comenzar este capítulo. En otras palabras, al concluir nuestra lectura de todos sus libros, arribamos a una crítica de Foucault que no teníamos al comenzar esta lectura. Creemos que esta crítica incomodará a algunos defensores de Foucault mientras que gratificará a algunos críticos. La única defensa a nuestro favor es que no nos proponíamos ni deseábamos hacer esta crítica, aunque para ser honestos en términos intelectuales, sentíamos que era necesario incluirla.

Nuestra suposición a estas alturas en que al concluir este ensayo dejaremos un gran enredo entre algunos de los seguidores experimentados de Foucault, pero es de esperar que también algunas introducciones útiles para aquellos que no hayan leído aún a Foucault. Quizás, sólo quizás, algunos de los primeros apreciarán y encontrarán provocativos nuestros esfuerzos por «pensar» a Foucault de un modo amplio y crítico. Quizás todos estemos llegando a un punto, incluso entre aquellos de nosotros que hemos sido defensores entusiastas de Foucault, en el que sea posible considerar su obra de una manera más equilibrada, es decir, sin ponerse a la defensiva. Quizás. Quizás no.

Arqueología

Un gran número de académicos que estudian la *oeuvre* completa de Foucault han discernido tres fases secuenciales o períodos —la arqueología, la genealogía y el cuidado de sí— que representan, se piensa, cambios significativos en su pensamiento filosófico, aunque algunos añadirían a esta lista el interés de Foucault por la gobernabi-

lidad.⁴ No obstante, de los tres períodos, la genealogía es el que más ha captado la atención de los académicos hasta el día de hoy, si bien uno de nosotros (Scheurich, 1977, págs. 94-118, capítulo «Policy archeology») ha encontrado de utilidad la arqueología y, de modo reciente, Lather (2004) ha escrito sobre las «positividades», un concepto clave en la arqueología. El último de estos tres períodos, el cuidado de sí, es el que ha recibido, por lo general, menos atención, si bien St. Pierre (2004) ha descubierto recientemente que es un territorio fértil para sus reflexiones sobre «el sujeto y la libertad».⁵

Nuestro objetivo aquí, sin embargo, y dado que este es un capítulo de un libro sobre metodologías, es centrarnos en la arqueología y la genealogía, las cuales pueden considerarse en términos generales como métodos «cualitativos», dado que Foucault siempre utilizó textos como sus datos o, lo que a veces llamaba, el archivo. No es que creamos que el período del cuidado de sí de Foucault o el interés por él carezcan de importancia. Ni que tampoco creamos que alguien como St. Pierre no sea capaz de interpretar creativamente este último período como una metodología. Nuestro propósito es más simple que eso. Queremos proporcionar una especie de introducción para principiantes de las dos metodologías de Foucault que han recibido mayor atención entre los académicos de los Estados Unidos, y que aquellos interesados en la perspectiva de Foucault pueden utilizarla como un punto de partida para nuevas exploraciones. Sin embargo, lo que no podemos proporcionar, debido a limitaciones de espacio, es alguna especie de curso «completo» sobre cómo usar cualquiera de estas metodologías de manera tal que, al concluir este ensayo, alguien pueda proceder a aplicar cualquiera de ellas. Sencillamente, no hay suficiente espacio para hacer algo así, ni siquiera con uno de los métodos de Foucault.

Canguilhem

Tal como hemos sugerido en la introducción de este capítulo, consideramos que existe una falta de comprensión general del contexto y

⁴ Véanse, por ejemplo, *The Foucault Effect: Studies in Governmentality* (1991), de Burchell, Gordon y Miller; *Foucault and Political Reason* (1996), de Barry, Osborne y Rose; y fragmentos de *Foucault's Challenge* (1998), de Popkewitz y Brennan.

⁵ Jaber Gubrium también sugiere que John Rajchman, Lisa King y Lee Quimby se encuentran realizando un trabajo similar. Coincidimos con la sugerencia respecto de Rajchman, pero no estamos familiarizados con los otros dos. Aun así, creemos que Gubrium sabe de qué está hablando.

las influencias filosóficas dentro de las cuales trabajaba Foucault en Francia. Un buen ejemplo de esto último es la falta de conocimiento acerca de Georges Canguilhem, probablemente el principal profesor y mentor intelectual de Foucault. En general, nuestra opinión es que la influencia de Canguilhem sobre Foucault, en especial la influencia de Canguilhem sobre las arqueologías de Foucault, es poco reconocida, subestimada o, incluso, desconocida. En efecto, aun entre filósofos que conocen a Foucault en profundidad y lo usan correctamente, existe una fascinación mucho mayor respecto de Foucault y su relación con Kant, Nietzsche y Heidegger (véase, por ejemplo, el trabajo de filósofos posestructuralistas como Elizabeth Grosz en *Volatile Bodies* [1994]). En respuesta a ello, analizamos brevemente la influencia de Canguilhem sobre Foucault y la propia mirada de Foucault acerca del rol de Canguilhem en la filosofía francesa con la esperanza de que esto aliente a otros a leer con mayor profundidad a Foucault y su contexto social e intelectual. Sin embargo, somos conscientes de que nuestro Canguilhem no es sino otra función-autor,⁶ y que la relación entre Foucault, su mentor y su «contexto» social, histórico e intelectual es compleja, contradictoria y ambigua.

Un excelente ejemplo del propio análisis de Foucault acerca de Canguilhem y sus influencias, en particular como historiador de las ciencias, puede encontrarse en *Aesthetics, Method, and Epistemology* (1994a) con el nombre de «Life experience and science», el cual apareció por primera vez en una revista de lengua francesa pero que se modificó para publicarse como la introducción de Foucault de la traducción al inglés de 1989 del libro de Canguilhem *The Normal and the Pathological* (pág. 465). Como señala Foucault, ha habido poca consciencia respecto de «la importancia y el impacto de un trabajo como el del Georges Canguilhem, que se ha extendido a lo largo de los últimos veinte o treinta años» (pág. 465). Foucault también comenta que al considerar «la sociología del ámbito intelectual francés de esos años extraños, los sesenta», casi todos los filósofos franceses «fueron influidos directa o indirectamente por la enseñanza o los libros de Canguilhem» (pág. 465), los cuales estaban centrados fundamentalmente en la crítica de las perspectivas demasiado racionalistas de la historia de las ciencias de un modo mucho más reflexivo y complejo que el logrado por Kuhn en *The Structure of Scientific Revolutions* (1962).⁷ De hecho, Foucault sugiere que de no ser por Canguilhem,

⁶ Véase el ensayo de Foucault «¿What is an author?», en *Language, Counter-Memory, Practice* (1977).

⁷ En otras palabras, estamos sugiriendo a aquellos enamorados de Kuhn e influenciados por él que deberían leer la obra de Canguilhem porque, desde

los marxistas franceses como Bourdieu, Castel, Passeron y Lacan hubieran tenido menos sentido para nosotros (págs. 465-466) —una declaración transcendental por parte de Foucault—. Además, Foucault sugiere que Canguilhem (y otros) tuvieron el mismo rol en Francia que la Escuela de Fráncfort tuvo en otros lugares (pág. 469) —otra declaración significativa—. De este modo, ambas declaraciones indican cuán importante Foucault piensa que fue para él y para otros el rol intelectual de Canguilhem en Francia.

Foucault (1994a) sostiene que tanto Canguilhem como la Escuela de Fráncfort estaban planteando «la misma clase de cuestiones» (pág. 469), es decir:

Cuestiones que deben dirigirse hacia una racionalidad [la racionalidad de la ciencia] que aspira a ser universal y que, al mismo tiempo, se desenvuelve dentro de la contingencia, [una racionalidad] que reafirma su unidad y, sin embargo, procede sólo a través de modificaciones parciales, [una racionalidad]⁸ que se valida a sí misma en virtud de su propia supremacía pero cuya historia no puede disociarse de las inercias, la torpeza o las coerciones que la subyugan. En la historia de las ciencias en Francia, al igual que con la teoría crítica alemana, lo que debe examinarse, básicamente, es una razón [una racionalidad] cuya autonomía estructural lleva consigo la historia de dogmatismos y despotismos —una razón [racionalidad] que, por tanto, tiene un efecto liberador en tanto y en cuanto consiga liberarse a sí misma— (pág. 469).

Para aquellos que conocen las arqueologías y genealogías de Foucault, éstos son temas centrales y lo que él dice es que estos temas derivan directamente de la obra de Canguilhem.

Foucault (1994a) sugiere que al abordar estas cuestiones, Canguilhem «no sólo amplió el campo de la historia de las ciencias; remodeló la disciplina misma en unos cuantos puntos esenciales» (pág. 470). Para lograrlo, Foucault relata que Canguilhem «primero abordó el tema de la “discontinuidad”» (pág. 470), un tema que muchos que utilizan a Foucault en la educación y en las ciencias sociales piensan

nuestro punto de vista, el trabajo de Canguilhem con la historia de las ciencias es mucho más impresionante, mucho más sustancial que el de Kuhn.

⁸ A lo largo de este ensayo, siempre que citemos a Foucault, agregaremos palabras o frases entre paréntesis para ayudar a los lectores a comprender su significado. Con frecuencia, Foucault escribe con oraciones largas y suele ser poco claro en cuanto a sus referentes o a las palabras que sustituye por otras palabras. Por tanto, leer a Foucault requiere típicamente prestar atención cuidadosa al significado de sus palabras conforme progresa una oración o un párrafo. En consecuencia, los paréntesis que hemos agregado tienen la intención de colaborar con los lectores para que puedan seguir tal significado con mayor facilidad.

que proviene del mismo Foucault. Segundo, Canguilhem desarrolló la idea de que «cualquiera que diga “historia del discurso” está diciendo además método recursivo...en el sentido en el cual las transformaciones sucesivas de este discurso verídico produce revisiones constantes de su propia historia» (pág. 472). En otras palabras, la ciencia o la razón universal, al contrario de la imagen típica o dominante de ellas, ha reescrito de un modo constante, y de forma recursiva, su propio relato, aunque sin mencionar esa reescritura (la cual es otra idea que muchos piensan que proviene del mismo Foucault). Tercero, Canguilhem ubica las «ciencias de la vida nuevamente en [la] perspectiva histórico-epistemológica, [trayendo así] a la luz un número cierto de rasgos esenciales que hacen que su desarrollo [es decir, el desarrollo de las ciencias de la vida] difiera del de las otras ciencias, y enfrenta a los historiadores [de las ciencias y, por tanto, de la razón] con problemas específicos» (pág. 475), ya que se supone que todas las ciencias están, según la descripción dominante, unificadas o que son lo mismo.

Y cuarto, Foucault (1994a) afirma que Canguilhem planteó «de un modo particular, la cuestión filosófica del saber» (pág. 474). Es decir, en el centro de esta cuestión filosófica sobre la naturaleza del conocimiento de la ciencia y de la razón universal,

uno encuentra la del error. Dado que, en el nivel más básico de la vida, los procesos de codificación y decodificación dan lugar a un acontecimiento fortuito [como el del libre albedrío de los genes] que, antes de convertirse en una enfermedad, una deficiencia o una monstruosidad, se asemeja a una alteración en el sistema informativo, algo así como una «falla»... [y] ese «error» [o falla] no constituye una negligencia o una negación de la concreción prometida [de la vida], sino una dimensión propia de la vida de los seres humanos e indispensable para la preservación de la especie (pág. 476).

Es decir, Canguilhem y Foucault plantean a nivel filosófico su afirmación de que, a nivel físico de la vida misma, existe un error aleatorio que es parte integral de la propia vida, un punto que se propone, al igual que los otros puntos esbozados con anterioridad, socavar la descripción dominante de la ciencia y la razón.⁹ Tal como luego sugiere Foucault (1994a) al final de este capítulo, en reconocimiento de la importancia de la obra de su mentor, en especial para la propia obra de Foucault: «¿No debería reformularse íntegramente la teoría del sujeto, en vista de que el conocimiento, en lugar de abrirse a la verdad del

⁹ Ciertamente, resulta fácil imaginar el buen uso que le podrían haber dado Lincoln y Guba a Canguilhem en relación con la crítica que realizaron en 1985 sobre la ciencia y la razón en *Naturalistic Inquiry* (1985).

mundo, se encuentra profundamente arraigado en los “errores” de la vida?¹⁰ Luego, una vez que se comprende que fue Canguilhem quien desarrolló estos cuatro «puntos esenciales», se vuelve obvio de quién tomó el mismo Foucault algunos de sus recursos intelectuales más ricos, en especial, en el curso de su método arqueológico. En consecuencia, en nuestra opinión, quienes utilizan a Foucault en todas las ciencias sociales necesitan incrementar su comprensión del contexto intelectual francés en el cual pensaba y escribía Foucault, y de Canguilhem en particular (véase, por ejemplo, Canguilhem, 1988, 1989).

El método arqueológico

El primer punto que es importante comprender acerca del método arqueológico de Foucault es que *no* guarda relación directa con la disciplina académica de la arqueología, es decir, con el estudio de las culturas pasadas. Incluso no resulta particularmente útil remitirse a la imagen icónica del arqueólogo que utiliza un cepillo para descubrir huesos viejos o artefactos enterrados en el polvo. Como Foucault (1969/1972) dice acerca de este tema en *The Archaeology of Knowledge*, su arqueología «no relaciona el análisis con la excavación geológica» (pág. 131). De hecho, recomendaríamos comenzar a comprender la arqueología de Foucault asumiendo que su arqueología no tiene ni la más remota alusión a la disciplina académica de la arqueología. No es que no haya conexiones entre las dos; es sólo que pensar en la disciplina académica como una lente a través del cual uno podría comprender la forma y el significado de la arqueología de Foucault, generalmente sería un estorbo.

Un segundo punto es que simplemente no hay suficiente espacio aquí para describir a la arqueología de un modo exhaustivo. La arqueología de Foucault es un complejo conjunto de conceptos que incluyen el *savoir*, el *connaissance*, la positividad, las enunciaciones, las declaraciones, el archivo, la formación discursiva, las regularidades enunciativas, los espacios correlativos, la teoría envolvente, el nivel, el límite, la periodización, la división, el suceso, la discontinuidad y las prácticas discursivas. Además, no hay, que sepamos, ningún libro —y

¹⁰ No debería suponerse que Canguilhem trataba de socavar por completo la historia de las ciencias o de destruir el valor y la importancia de la razón. No es así. De hecho, es claro que Canguilhem aprecia y valora tanto la ciencia como la razón. Por el contrario, puede decirse que Canguilhem trataba de desarrollar un enfoque para el estudio de la historia de la ciencia y la historia de la razón que fuera mucho menos hagiográfico.

ciertamente llevaría todo un libro— que presente de forma completa y minuciosa el modo de utilizar este método, si bien la sección «Introduction» de Foucault, en *The Archaeology of Knowledge*, que precede a tres de sus arqueologías, es una buena sinopsis de lo que él busca con la arqueología.¹¹ En consecuencia, la única manera en que se puede comenzar a comprender la arqueología es estudiar con cuidado y en detalle los propios usos y análisis por parte de Foucault de la arqueología, en sus tres arqueologías —*Madness and Civilization* (1961/1988), *The Birth of the Clinic* (1963/1994b) y *The Order of Things* (1966/1973a)— y en su análisis reflexivo de la arqueología como método, *The Archaeology of Knowledge* (1969/1972). Nos gustaría sugerir especialmente —y esto se aplica a la lectura de todo Foucault— que lograr una profunda comprensión de Foucault requiere de lecturas detalladas, cuidadosas y reiteradas. De hecho, en nuestra opinión, leer la mayoría de los textos de educación o de las ciencias sociales, incluso a muchos de los teóricos más abstractos, es simple y sencillo comparado con leer la densidad y la complejidad de la obra de Foucault, parte de la cual es una función de su estilo de escritura, de nuestra falta de conocimiento del contexto filosófico francés, de nuestra inexperiencia en la lectura de cualquier clase de texto filosófico, de la profundidad a la que él trabajaba y de la complejidad que intentaba abordar, gran parte de la cual era contraria tanto al pensamiento dominante como al pensamiento crítico. Como resulta obvio, sin embargo, creemos que el tiempo y el esfuerzo necesarios valen la pena. No obstante, quisiéramos repetir que un uso sustancial de la arqueología de Foucault implica, en particular, desarrollar una profunda comprensión del complejo conjunto de conceptos interrelacionados enumerados con anterioridad.

Dos de los conceptos de este conjunto citados con más frecuencia son *savoir* y *connaissance*. En una entrevista en francés (Foucault, 1994a) que apareció en 1966, después de la publicación de *Madness and Civilization*, *The Birth of the Clinic* y *The Order of Things* pero antes de la publicación de *The Archaeology of Knowledge*, Foucault analiza cómo define él la arqueología:

Por «arqueología», me gustaría designar no exactamente una disciplina sino un campo de investigación, que sería el siguiente: en una sociedad, distintos cuerpos de aprendizaje, ideas filosóficas, opiniones cotidianas, pero también instituciones, prácticas comerciales y actividades policiales y costumbres, todas refieren a un cierto conocimiento implícito

¹¹ Sin embargo, *Michel Foucault's Archaeology of Scientific Reason*, de Gutting, (1989) es un análisis útil de la arqueología, si bien no coincidimos con algunas de sus interpretaciones sobre Foucault.

[*savoir*] específico de esa sociedad. Este conocimiento es profundamente diferente a los cuerpos [formales] de aprendizaje [*des connaissances*] que uno puede encontrar en los libros científicos, las teorías filosóficas y las justificaciones religiosas, pero es [el *savoir*] lo que hace posible en un determinado momento la aparición de una teoría, una opinión, una práctica. (pág. 261)

En consecuencia, la comprensión de estas dos áreas del conocimiento, *savoir* y *connaissance*, resulta fundamental para la comprensión de la arqueología. El *savoir* incluye un saber formal, como las «ideas filosóficas», pero también «instituciones, prácticas comerciales y actividades policiales»,¹² mientras que *connaissance* incluye únicamente cuerpos formales de conocimiento, tales como «los libros científicos, las teorías filosóficas y las justificaciones religiosas». De un modo similar, Gutting (1989) sugiere que: «Por *connaissance* [Foucault] se refiere a... cualquier cuerpo de conocimiento particular, tal como la física nuclear, la biología evolutiva o el psicoanálisis freudiano» (pág. 251). Por el contrario, *savoir*, prosigue Gutting, «se refiere a las [amplias] condiciones discursivas que son necesarias para el desarrollo del *connaissance*» (pág. 251).

Foucault proporciona un ejemplo de la diferencia entre estos dos conceptos en el sexto capítulo de *The Archaeology of Knowledge* (1969/1972). Señala que:

El eje de *Madness and Civilization* fue la aparición al comienzo del siglo diecinueve de una disciplina psiquiátrica. Esta disciplina no tenía ni el mismo contenido ni la misma organización interna ni el mismo lugar en la medicina ni la misma función práctica ni los mismos métodos que el capítulo tradicional sobre «enfermedades de la cabeza» o «enfermedades nerviosas» que podía encontrarse en los tratados médicos del siglo dieciocho (pág. 179).

En esta sección, Foucault compara a la disciplina psiquiátrica que surgió a comienzos de 1800 con las «enfermedades de la cabeza» y las «enfermedades nerviosas» de la década de 1700, puesto que durante el siglo XVIII las enfermedades de la cabeza y las enfermedades nerviosas eran la comparación más cercana con la disciplina psiquiátrica del siglo XIX.¹³ Foucault (1969/1972) prosigue:

¹² Debe señalarse que para Foucault prácticas e instituciones, teorías y disciplinas, todas existen a un mismo nivel. Tal como señala: «Trato con prácticas, instituciones y teorías en un mismo plano y de acuerdo con los mismo isomorfismos» (Foucault, 1994c, pág. 262).

¹³ Foucault siempre sintió que para comprender algo, por ejemplo, una formación discursiva, necesitaba otro elemento con el cual compararlo. La comparación, pues, es casi siempre una parte central de su trabajo analítico.

Pero al examinar esta nueva disciplina, descubrimos dos cosas: lo que la hizo posible [es decir, la disciplina emergente de la psiquiatría] al momento de su aparición, lo que produjo este gran cambio [es decir, la transformación de las enfermedades de la cabeza del siglo XVIII en la psiquiatría del siglo XIX] en la economía de conceptos, análisis y demostraciones fue un completo conjunto de relaciones entre [sic] la hospitalización, la internación, las condiciones y los procedimientos de exclusión social, las reglas de jurisprudencia, las normas del trabajo industrial y la moral burguesa; en resumen, un grupo completo de relaciones que caracterizaban la formación de las declaraciones de esta práctica discursiva [es decir, la psiquiatría] (pág. 179).

Lo que hizo posible, entonces, la aparición de la psiquiatría como una disciplina formal, como un *connaissance*, tuvo que ver con un conjunto de cambios de conceptos, prácticas, procedimientos, instituciones y normas, es decir, un cambio en el mucho más amplio *savoir*. Tal como detalla Foucault (1969/1972):

Sin embargo, esta práctica [discursiva] no sólo se manifiesta en una disciplina [es decir, la psiquiatría] poseedora de un *status* científico y pretensiones científicas [*connaissance* o psiquiatría en cuanto disciplina formal]; también opera en los textos legales, en la literatura, en la filosofía, en las decisiones políticas y en las declaraciones realizadas y las opiniones expresadas en la vida cotidiana [*savoir*] (pág. 179).

Por tanto, si bien por lo general la historia de la psiquiatría está escrita exclusivamente en términos de psiquiatría como disciplina formal, «poseedora de un posición y pretensión científicas», Foucault sostiene que esto es inadecuado. Para poder comprender mejor la historia de la psiquiatría como una disciplina académica formal, es necesario además estudiar un conjunto mucho más amplio que incluye las relaciones entre «la hospitalización, la internación, las condiciones y los procedimientos de exclusión social, las reglas de jurisprudencia, las normas del trabajo industrial y la moral burguesa», así como los textos legales, la literatura, la filosofía, las decisiones políticas y las declaraciones realizadas y las opiniones formuladas en la vida cotidiana.

Entonces para Foucault (1994a), la arqueología se centra en el estudio del *savoir*, que es «la condición de la posibilidad¹⁴ del conocimiento [*connaissance*] [formal]» (pág. 262) con el propósito de mostrar que la psiquiatría u otras disciplinas formales no surgen simplemente de la trayectoria histórica de esas disciplinas cuando esa historia se

¹⁴ Foucault utiliza «posibilidades» porque el proceso no es determinista; es decir, no es inevitable, en términos deterministas, que un *connaissance* surja de un *savoir*.

encuentra restringida únicamente a la disciplina formal en cuanto disciplina formal. Por el contrario, una historia de una disciplina formal debe abordar tanto el *connaissance*, las declaraciones formales de una disciplina, como el *savoir*, el conjunto mucho más amplio y mucho menos racional de prácticas, normas, procedimientos, instituciones, política, vida cotidiana y demás. Sin embargo, la idea más general de Foucault es que, al contrario de la visión tradicional según la cual los saberes formales (*connaissance*), como la psiquiatría y la economía, tienen su propia trayectoria racional de surgimiento, los saberes formales surgen de un modo más «irracional» o no racional a partir del *savoir*, que incluye no sólo lo formal y lo racional, sino también la «irracionalidad» mucho más extensa de las políticas, las prácticas institucionales, las opiniones populares y demás. En otras palabras, los conocimientos formales surgen, sustancialmente, de un amplio conjunto de fuentes o condiciones irracionales complejas, y esta «condición de la posibilidad» más compleja, desordenada y más ambigua socava el «relato» o la «metanarrativa» racional moderna del conocimiento formal.¹⁵

De acuerdo con ello, luego de comprender los significados de *connaissance* y *savoir* y el hecho de que la arqueología es el estudio del *savoir* como «condición de la posibilidad» del *connaissance*, es necesario regresar al contexto más general del trabajo arqueológico de Foucault. En la arqueología, Foucault se basa en el trabajo de Canguilhem, cuya obra él compara a la de la Escuela de Fráncfort. Y tanto para la Escuela de Fráncfort como para Canguilhem, la naturaleza de la razón —«una racionalidad que aspira a ser universal (Foucault, 1994a, pág. 469)— en la modernidad es su macrotexto. Además, Foucault sugiere que el mito o la narrativa maestra de la razón moderna, cuando se la examina con detenimiento, no sólo es lógica y racional sino también compleja, contradictoria y problemática, y ha incluido en su seno instancias de lo que podría llamarse «irracionalidad».¹⁶ Por ejemplo, Foucault señala que esta razón moderna «se valida a sí misma en virtud de su propia supremacía pero su historia no puede disociarse de las inercias, la torpeza o las coerciones que la subyugan» (pág. 469) y que «es una razón cuya autonomía estructural lleva consigo la historia de los dogmatismos y despotismos» (pág. 469). Por tanto, de acuerdo con Foucault, la razón (es decir, los conocimientos formales), tal como se la describe típicamente en la modernidad, no es lo que parece ser; es

¹⁵ Este punto es similar a los puntos señalados por Canguilhem, como ya se ha analizado.

¹⁶ Recuerda aquí cómo Canguilhem había afirmado que el «error» es una parte integral de la vida en el nivel biológico.

decir, la historia «arqueológica» de la razón incluye inercias, torpezas, coerciones, dogmatismos y despotismos.

Entonces, lo que Foucault intenta a través de sus diferentes arqueologías es examinar casos específicos, ejemplos particulares, como en *Madness and Civilization*, *The Birth of the Clinic* y *The Order of Things* (las ciencias humanas), del funcionamiento de la razón. Y en la ejecución de estos estudios de casos específicos sobre el funcionamiento de la razón ha arribado a dos conclusiones. Una es que la historia de la razón en estos casos específicos «no es completa e integralmente la de su refinamiento progresivo, la de su racionalidad en crecimiento continuo» (Foucault, 1969/1972, pág. 4),¹⁷ o sea que en estos casos la razón no se vuelve progresivamente más refinada, más racional, mejor o más verdadera. Por ejemplo, en el caso de la psiquiatría citado previamente, Foucault sostiene que no existió una trayectoria uniforme y sin fracturas de la psiquiatría desde el 1700 al 1800. En cambio, indica que, durante los años de 1700 existía «el capítulo tradicional sobre “enfermedades de la cabeza” o “enfermedades nerviosas” que podía encontrarse en los tratados médicos del siglo dieciocho», y que luego, al comienzo de 1800, se dio el surgimiento de la «disciplina psiquiátrica» (pág. 179). Sin embargo, y éste es uno de los puntos clave acerca de la razón, la segunda no surgió, de forma lógica o racional, de la primera; las dos —enfermedades de la cabeza y enfermedades nerviosas, por un lado, y la disciplina de la psiquiatría, por el otro— estaban separadas y eran diferentes, y la primera no conducía lógica o progresivamente a la segunda. Hay, por tanto, una «discontinuidad (umbral, ruptura, fractura, mutación, transformación)» (pág. 2) entre las dos, lo cual significa nuevamente que la razón no está ni cerca de ser tan racional como se la ha descrito dentro de la metanarrativa de la modernidad. Por ende, en lugar de sólo criticar esta narrativa maestra, en sus arqueologías, Foucault se toma el arduo trabajo de proporcionar ejemplos basados en la investigación de que la narrativa maestra es incorrecta.

El segundo punto de Foucault es que las disciplinas, los conocimientos formales, o *connaissances*, no pueden estudiarse y comprenderse únicamente a partir de sus propios términos formales. Por el contrario, un *connaissance* surge del *savoir*, que incluye conocimientos formales, como libros académicos, pero también instituciones, leyes,

¹⁷ En la parte específica de *The Archaeology of Knowledge* de donde está tomada esta cita (pág. 4), Foucault (1969/1972) cita a Canguilhem. De hecho, como hemos sostenido en una sección anterior, gran parte de la arqueología deriva del uso, la interpretación y la transformación por parte de Foucault de la obra de su mentor.

procesos y procedimientos, opiniones comunes, normas, reglas, moralidad, prácticas comerciales y demás. Por consiguiente, comprender una disciplina en particular significa que no sólo deben estudiarse los tratados formales de esa disciplina, sino que deben estudiárselas junto con el *savoir*, un contexto mucho más amplio y complejo que incluye, por ejemplo, instituciones y prácticas comerciales «en el mismo plano» que los aspectos formales de la disciplina. Como resultado, la razón pierde mucha de su exaltación elitista, su pureza, su alto *status*, su propia racionalidad.

Sin embargo, el cuestionamiento de la razón moderna no es el único eje de Foucault en sus arqueologías. Su tema «paralelo» es el sujeto de la modernidad (Foucault, 1969/1972, pág. 12). Tal como él dice:

Hacer del análisis histórico el discurso del continuo [es decir, describir al conocimiento formal, *connaissance*, como surgido a través de una trayectoria racional, lógica y continua] y hacer de la conciencia humana [es decir, el sujeto humano o la subjetividad] el sujeto *original* de *todo* desarrollo histórico y *toda* acción son dos caras del mismo sistema de pensamiento [es decir, la modernidad] (pág. 12, énfasis añadido).

Por tanto, Foucault sostiene que la idea de que el «hombre» o el sujeto humano esté creando a la historia humana y, lo que es más importante aún, esté creando un conocimiento formal (*connaissance*) de una manera lógica, racional y continua no es sino la ideología de la modernidad. Esta ideología se convierte entonces en una lente a través de la cual los historiadores, los filósofos, los economistas, los lingüistas, los científicos sociales y demás modelan o construyen una «imagen» o representación de la «realidad» que es lógica y racional, y que tiene al sujeto humano como a su actor principal o su centro privilegiado. Asimismo, este actor central es, de un modo contradictorio, tanto el hacedor como el objeto de ese hacer, el investigador como el investigado. Para Foucault, por tanto, esta ideología moderna y su representación resultante de la «realidad» en los trabajos de la historia, la filosofía, la economía, la psiquiatría, el lenguaje y demás puede socavarse mediante el uso de su metodología arqueológica con el fin de mostrar que los conocimientos formales surgen de un *savoir*, que no es lógico ni racional, y que este proceso de surgimiento no tiene un sujeto como guía o agente en su centro (es decir, la arqueología descentra al sujeto moderno). Por ejemplo, cerca del final de la sección «Introduction» en *The Archaeology of Knowledge* (Foucault, 1969/1972)— nuevamente, el último de sus trabajos arqueológicos— Foucault dice que el propósito de la arqueología es «definir un método de análisis histórico *liberado* del tema antropológico [es decir, centrado en el sujeto humano] y «un método purgado de todo antropologismo» (pág. 16,

énfasis añadido) —un método de análisis histórico liberado del «hombre» como su centro—.

Sin embargo, a pesar de la opinión de Foucault (1969/1972) de que cuestionar la razón y al sujeto agente son «son dos caras del mismo sistema de pensamiento» (pág. 12), en su mayoría, quienes han utilizado a Foucault han estado más interesados en su socavamiento de la razón moderna que en su socavamiento del sujeto privilegiado o central. De hecho, algunas feministas y teóricos críticos¹⁸ han rechazado a Foucault porque, desde su punto de vista, destruye la agentividad del sujeto, mientras que otros se han apropiado de partes de Foucault, tales como su cuestionamiento de la razón, al tiempo que han rechazado su descentramiento del sujeto (por ejemplo, Hartsock, 1998). No obstante, otras feministas, tales como Butler (1993), han coincidido con Foucault en que las «dos caras» son dos partes del «mismo sistema de pensamiento». Nosotros coincidimos con Butler en que las dos no pueden separarse, en que no es posible tomar de Foucault una de ellas y rechazar la otra. De hecho, podríamos sostener que adoptar uno de los lados y rechazar al otro indica una incomprensión fundamental de Foucault, similar a la falta de comprensión general sobre la dependencia intelectual de Foucault respecto de la obra de Canguilhem y a la falta de comprensión general de la arqueología como método. En efecto, sugerimos enfáticamente que tomar la crítica de Foucault sobre la razón sin tomar a la vez su antihumanismo simplemente no es correcto. La crítica de la razón por parte de Foucault no puede existir sin su antihumanismo; como él dice, son «dos caras del mismo sistema de pensamiento» (pág. 12).

Nuestro consejo, entonces, para aquellos interesados en la arqueología —y alentamos este interés ya que creemos que por lo general la genealogía es poco usada y menos apreciada— es éste: no escoja a conveniencia un concepto de por aquí y uno de por allí y asuma que está haciendo una arqueología o que está usando a Foucault de forma debida. Para aprender la manera de conducir una arqueología, sugerimos leer todas las arqueologías en el orden en que se publicaron. Las primeras tres son aplicaciones reales de la arqueología y la cuarta, *The Archaeology of Knowledge* (1969/1972), representa el esfuerzo reflexivo de Foucault por describir la metodología en retrospectiva. Sin embargo, es importante comprender que, como señala Foucault acerca de *The Archaeology of Knowledge*: «Este trabajo no es una descripción exacta de lo que puede leerse en *Madness and Civilization*, *Naissance de la clinique* o en *The Order of Things*. Se diferencia en varios puntos. También incluye una serie de correcciones y críticas internas»

¹⁸ Habermas podría constituir un ejemplo de los últimos.

(pág. 16). A pesar de estas correcciones y críticas, *The Archaeology of Knowledge* es su mejor, y definitiva, descripción de la arqueología como método. Desafortunadamente, no conocemos ningún libro ni, incluso, ningún trabajo de la extensión de un artículo (dudamos que un trabajo de la extensión de un artículo sea suficiente), que intente explicar realmente de qué modo usar la arqueología como método. Sin embargo, existen algunos trabajos que, al menos de forma parcial, se centran en la arqueología o la critican, incluido *Michel Foucault's Archaeology of Scientific Reason*, de Gutting (1989). Libros como éstos son útiles, pero la lectura completa y minuciosa de los cuatro textos arqueológicos de Foucault es, por lejos, el mejor enfoque.

Conexión de la arqueología y la genealogía

¿Es la genealogía la sucesora de la arqueología? ¿Es la genealogía el desarrollo posterior de la arqueología? ¿Es la genealogía superior a la arqueología? ¿Decidió Foucault que la arqueología no funcionaba, que tenía fallas, de modo que pasó a la genealogía, la cual consideraba mejor? ¿Son las dos «metodologías» muy diferentes, están claramente separadas, o están íntimamente conectadas, son parte de un mismo proyecto más amplio? Las respuestas a estas preguntas son múltiples y divergentes entre los estudiosos de Foucault, tanto críticos defensores. Nuestra sensación es que la conclusión dominante, pero ciertamente no la única, entre los académicos de las ciencias sociales de los Estados Unidos y, más en particular, entre los académicos de la educación de los Estados Unidos, es que la genealogía es superior a la arqueología. Un hecho que valida de forma parcial esta conclusión es que haya más instancias de estos académicos afirmando realizar genealogías que instancias vinculadas con aquellos que afirman conducir arqueologías. Sin embargo, basando nuestra perspectiva en la de Foucault, tendremos que disentir con tal conclusión.

En la primera de las conferencias publicadas en «Two lectures» (1980, *Power/Knowledge*), dictada el 7 de enero de 1976, y que apareció luego de que Foucault hubiera escrito sus cuatro arqueologías y después de que hubiera escrito sus dos genealogías (*Discipline and Punish* y *The History of Sexuality, volume 1: An Introduction*), Foucault señala que:

Si tuviéramos que caracterizarlo en dos términos, entonces la «arqueología» sería la metodología apropiada para el análisis de las discursividades locales, y la «genealogía» sería la táctica de acuerdo con la cual, sobre la base de las descripciones de estas discursividades

locales, los conocimientos subyugados que así fueron liberados serían puestos en práctica (pág. 85).

Asimismo, en una entrevista justo antes de su muerte el 25 de junio de 1984, en París,¹⁹ Foucault espera que otros académicos continúen utilizando tanto la arqueología como la genealogía, dado que él sigue considerando a ambas igualmente útiles. Sin embargo, resulta más revelador los que Foucault sostiene en *The History of Sexuality*, volume 2: *The Use of Pleasure* (1984/1990), que se publicó en el año de su muerte. En tres ocasiones, en la sección «Introduction» (en las páginas 4-5, 5-6 y 11-12), Foucault divide su trabajo en tres «ejes» (pág. 4) o ámbitos de análisis; además le otorga una denominación a estos tres «cambios teóricos» que tuvo que efectuar para estudiar «los juegos de verdad» (pág. 6). El primero es «el análisis de las prácticas discursivas [que] hicieron posible rastrear la formación de las disciplinas (*savoirs*)» (pág. 4), es decir, la arqueología. El segundo es «el análisis de las relaciones de poder y sus tecnologías» (pág. 4), es decir, la genealogía. Y el tercero son «los modos de acuerdo con los que les es dado a los individuos reconocerse como... sujetos» (pág. 5) o «los juegos de verdad en la relación del *self* con el *self* y la formación de uno mismo en cuanto que es sujeto» (pág. 6), es decir, el trabajo del cuidado de sí mismo. Luego, al final de esta sección, llama a estas tres la «dimensión arqueológica», la «dimensión genealógica» y las «prácticas de sí mismo» respectivamente (págs. 11-12).²⁰

Sin lugar a dudas, entonces, el mismo Foucault no considera la arqueología inferior a la genealogía o supeditada a ella. En cambio, a lo largo de toda su obra, él considera que tanto la arqueología como la genealogía continúan teniendo importancia y validez. Entonces, ¿de dónde proviene esta conclusión para los académicos estadounidenses de que la genealogía es una corrección de la arqueología? Sugeriríamos que proviene principalmente del muy influyente trabajo de Dreyfus y Ravinow, *Michel Foucault: Beyond Structuralism and Hermene-*

¹⁹ Desafortunadamente, en este momento no podemos encontrar esta entrevista, pero sabemos que la hemos leído. Nuestras disculpas con nuestros lectores. Si alguno de ellos la hallara, debería enviárnosla por correo electrónico para que podamos añadir la cita a toda revisión futura de este ensayo.

²⁰ Uno de los revisores de este capítulo sostuvo que *The History of Sexuality*, volume 2: *The Use of Pleasure* era claramente una genealogía, pero nuestra opinión es que las propias palabras de Foucault en este texto indican que el volumen 2 no es otra genealogía. En «Introduction», en el volumen 2, Foucault analiza la genealogía que se proponía realizar en un comienzo pero luego abandona el tema. Es posible encontrar un buen análisis sobre los tres períodos y sobre las intenciones de Foucault respecto de cada uno de ellos en Davidson (1986).

neutics, publicado por primera vez en 1983 cuando los académicos de los Estados Unidos recién comenzaban a leer a Foucault.²¹ Como resultado, desde un primer comienzo estos dos académicos han tenido una enorme influencia en la introducción tanto de Foucault como de su obra entre los académicos estadounidenses; de hecho, puede decirse que sus interpretaciones han sido casi canónicas, al menos para la audiencia de los Estados Unidos. Por ejemplo, que piensen que la genealogía es la sucesión superior de la arqueología resulta evidente en la sección «Introduction» de su libro. Dicen que «sostendrán en extenso [alrededor del 40% del libro] que el proyecto de la *arqueología* se fue a pique» (pág. xxiv, énfasis en el original) y que Foucault lo abandonó (pág. xxvi). También dicen, al final de su análisis de la arqueología, que su «estudio detallado del nuevo método arqueológico ha revelado... que padece de varias limitaciones internas» (pág. 90). En respuesta, entonces, al fracaso de la arqueología, ellos sostienen que Foucault desarrolló su genealogía basándose en «su lectura de Nietzsche» (pág. xxvii), la cual Dreyfus y Rabinow sostienen que es «su contribución más original» (pág. xxvii). Sin embargo, si bien Foucault nunca los corrigió de forma directa (hasta donde podemos saber), posiblemente debido a que Dreyfus y Rabinow estaban al frente de la difusión de Foucault y de su obra entre una amplia audiencia de estadounidenses, Foucault continuó manteniendo durante toda su vida el mismo valor y validez tanto para la arqueología como para la genealogía. Por tanto, tomando partido por Foucault, junto a otros como Mahon (1992), creemos que sus dos metodologías —la arqueología y la genealogía— deberían continuar considerándose igualmente útiles y valiosas.

Con el fin de ilustrar con más detalle este punto y para atraer mayor atención hacia el que creemos que es un ensayo de importancia crucial, analizamos a continuación «*Nietzsche, genealogy, history*» (Foucault, 1977, 1994a), el cual sugeriríamos que puede verse como un puente entre el período arqueológico de Foucault y el período genealógico. Si bien «*Nietzsche, genealogy, history*» se publicó en inglés en 1977 en *Language, Counter-Memory, Practice: Selected Essays and Interviews*, en realidad se publicó por primera vez en francés en 1971 después que Foucault finalizara con la publicación de sus cuatro arqueologías pero antes de publicar sus dos genealogías. Sin embargo, en la actualidad se encuentra disponible, según nuestra opinión, en

²¹ También sugeriríamos que debido a su crítica de la arqueología, Dreyfus y Rabinow (1983) jugaron un papel central respecto de la falta de atención hacia Canguilhem, ya que sólo lo mencionan una vez en todo *Beyond Structuralism and Hermeneutics*.

una mejor versión,²² en *Aesthetics, Method, and Epistemology*, volume 2 (1998), siendo una de las mejoras de esta última versión la mejor conexión de este ensayo con su trabajo arqueológico, en especial, respecto del uso de dos términos arqueológicos claves, *savoir* y *connaissance*. En este ensayo Foucault brinda la primera descripción de su método genealógico, pero a lo largo de él mantiene con claridad la conexión de su segundo método, la genealogía, con su primer método, la arqueología.

En «*Nietzsche, genealogy, history*» (Foucault, 1994a), si bien con frecuencia su lenguaje es literario y poético, y juega con citas y cuestiones específicas de la propia obra de Nietzsche, en particular, *The Genealogy of Morals*, Foucault realiza cuatro afirmaciones contundentes respecto de qué es lo que hace un genealogista (aunque sería sencillo sostener que hay cinco, seis, siete o más de estas afirmaciones a lo largo de la pieza). Una afirmación, derivada directamente de Nietzsche, es que el genealogista «desafía la búsqueda del origen» (pág. 371). Para Foucault y Nietzsche, «la búsqueda del origen» es la búsqueda, en general, en la filosofía, la historia y las ciencias sociales del comienzo de ciertos fenómenos o categorías, tales como «los valores, la moralidad, el ascetismo y el conocimiento» (pág. 373). Foucault afirma que esta búsqueda es «un intento por captar la esencia exacta de las cosas, sus posibilidades más puras y su... identidad original» (pág. 371). Por el contrario, al rechazar la «metafísica» y escuchar la «historia», los genealogistas hallan que «hay “algo completamente diferente” detrás de las cosas: no un secreto eterno y esencial, sino el secreto de que ellas [las cosas] no tienen esencia o de que su esencia fue inventada de manera sistemática a partir de formas extrañas» (pág. 371). Foucault también afirma que: «Lo que se encuentra en el comienzo histórico de las cosas no es la identidad inviolable de su origen, sino el disenso de otras cosas. Es disparidad» (págs 371-372). Son «las vicisitudes de la historia» (pág. 373). Por ejemplo, sostiene que:

Al examinar la historia de la razón, él [el genealogista] se percata de que ella [la razón] es producto... de la casualidad; [que] la devoción por la verdad y la precisión de los métodos científicos emergen de la pasión de los académicos, de sus odios recíprocos, de sus debates obsesivos e interminables y de sus espíritus de competencia; los conflictos personales que forjaron gradualmente las armas de la razón (pág. 371).

²² La razón por la cual esta versión reciente es mejor, según nuestra opinión, es que distingue con claridad al conocimiento en cuanto *connaissance* del conocimiento en cuanto *savoir*, los cuales hemos analizado como conceptos claves de la arqueología de Foucault.

Por tanto, el objeto de las críticas de Foucault, su genealogía, al igual que con este trabajo arqueológico, son los presupuestos fundacionales de la modernidad occidental. En este caso, su crítica se centra en el presupuesto teológico de la modernidad acerca de que la historia se desplaza en dirección ascendente o progresiva a partir de algún origen. En contraste, él sostiene que el genealogista halla que no existen esos orígenes y que, con frecuencia, los orígenes son inventados. Lo que encuentra el genealogista, en cambio, conforme explora los orígenes, es aleatoriedad, invenciones sistemáticas, disenso, disparidad, pasión, odio, competición, «detalles y accidentes» (Foucault, 1998, pág. 373), «malicias triviales» (pág. 373), «las pequeñas desviaciones —o, inversamente, los cambios radicales—, errores, falsas valoraciones y cálculos errados» (pág. 374) (similar al *savoir*) mezclados junto con la devoción por la verdad, métodos precisos, análisis científicos y demás (similar al *connaissance*). En otras palabras, Foucault no niega que la razón sea una parte de esta historia, sino que es sólo un participante más en medio de un elenco mucho más extenso de la dramaturgia de la modernidad.

Un segundo foco para el genealogista, uno que cobra una importancia mucho mayor en trabajos posteriores, si bien no tanto en este ensayo, es el cuerpo. Foucault (1998) afirma que: «El cuerpo es la superficie inscripta de los sucesos (delineado por el lenguaje y disuelto por las ideas), el lugar de un *Self* disociado (que adopta la ilusión de una unidad sustancial) y un volumen en desintegración perpetua» (pág. 375). A continuación, indica que: «la genealogía está..., por ende, situada dentro de la articulación del cuerpo y la historia. Su función es exponer un cuerpo íntegramente marcado por la historia» (pág. 375-376). Esta última oración es clave; la «función» de la genealogía es «exponer un cuerpo íntegramente marcado por la historia». Sin embargo, estos pocos comentarios son todo el esfuerzo que Foucault hace por conectar la genealogía con el cuerpo en este ensayo, pero retoma este foco en particular durante estudios subsecuentes. Por ejemplo, en *Discipline and Punish*, Foucault (1975/1979) dice:

El cuerpo también está involucrado directamente en el campo político; las relaciones de poder tienen una influencia inmediata sobre él; lo invisten, lo marcan, lo capacitan, lo torturan, lo fuerzan a realizar tareas, a celebrar ceremonias, a emitir señales. Esta investidura política del cuerpo está ligada, de acuerdo con relaciones recíprocas complejas, a su uso económico; es en gran medida como fuerza de producción que el cuerpo está investido en relaciones de poder y dominación; pero, por otro lado, su constitución como fuerza laboral sólo es posible si está atrapado en un sistema de sujeción (a cuyo requisito un sistema de instrumentos políticos es, además, preparado, calculado y utilizado con

meticulosidad); el cuerpo se convierte en una fuerza útil sólo si es un cuerpo productivo y un cuerpo subyugado (pág. 25-26).

Este foco sobre el cuerpo ha inspirado a numerosos filósofos, en especial a feministas como Elizabeth Grosz y Nancy Fraser, quienes afirman que el cuerpo ha sido dejado de lado en la filosofía. Por ejemplo, Grosz (1994) dice en *Volatile Bodies: Toward a Corporeal Feminism* que ella se propone «explorar el trabajo de teóricos de la instrucción corporal, fundamentalmente a Nietzsche, Foucault, y Deleuze y Guattari», porque cada uno de ellos «explora la posición del cuerpo como un sitio de la producción social del sujeto» (pág. xiii).

Una tercera afirmación que hace Foucault (1998) respecto del genealogista tiene su foco en la descripción de «los diferentes sistemas de sujeción» (pág. 376) y «la interminable repetición del juego de dominaciones» (pág. 377). Por ejemplo, sostiene que «la dominación de ciertos hombres por sobre otros conduce a la diferenciación de valores» y que «el dominio de clase genera la idea de libertad» (pág. 377). También sostiene que la dominación

establece marcas de su poder y graba recuerdos en las cosas e, incluso, dentro de los cuerpos. Se erige a sí misma como responsable por las deudas y da lugar al universo de reglas, que bajo ningún punto de vista está diseñado para atemperar la violencia, sino por el contrario, para satisfacerla (pág. 377).

Foucault sostiene aquí que la lógica moderna para las deudas, las reglas, las leyes y los actuales arreglos económicos, gubernamentales y legales desvían la atención crítica de sus efectos de dominación y sujeción. Por ejemplo, afirma que:

La ley es un placer calculado y despiadado que se regodea en la sangre prometida y que permite la instigación perpetua de nuevas dominaciones y la escenificación de escenas de violencia repetidas con meticulosidad. El deseo de paz, la serenidad de un acuerdo y la aceptación tácita de la ley, lejos de representar una gran conversión moral o un cálculo utilitario que diera lugar a la ley, no son sino su resultado y, en verdad, su perversión (pág. 378).

Foucault precede esto con una cita directa de *Genealogy of Morals*, de Nietzsche: «La culpa, la consciencia y el deber tuvieron su umbral de aparición en el derecho a garantizar las obligaciones, y su inceptión, al igual que con cualquier suceso de relevancia sobre la tierra, estuvo bañada de sangre» (pág. 378). A continuación, Foucault concluye que:

La humanidad no avanza gradualmente de combate en combate hasta arribar a una reciprocidad universal, en donde las reglas de la ley reemplazan finalmente a la guerra; la humanidad instala cada una de estas violencias dentro de un sistema de reglas y procede así de dominación en dominación (pág. 378).

De este modo, Foucault sostiene que las lógicas que respaldan la modernidad, en cuanto humana y en camino de serlo más aún, son falsas y que, en cambio, la modernidad no es sino una nueva instalación de la dominación y la violencia como «sistema de reglas». Por ejemplo, las escuelas, el sistema carcelario, el comercio y otros son instalaciones de dominación y violencia disfrazadas como sistemas de reglas, y el trabajo del genealogista consiste en describir y revelar esta dominación y violencia.

El último foco que adoptamos en este ensayo en relación al genealogista proviene de lo que Foucault llama la «historia efectiva». La crítica de Foucault (1998) de la historia tradicional o la «historia de historiadores» (pág. 380) es lo que él llama «historia efectiva». Esta crítica «prescinde de [la] constante» de la historia tradicional. Foucault sostiene que:

Los recursos tradicionales para la construcción de una visión integral de la historia y para la investigación del pasado como un desarrollo paciente y continuo deben dismantelarse de un modo sistemático. Necesariamente, debemos rechazar esas tendencias que fomentan el juego consolador de los reconocimientos. El conocimientor [*savoir*], incluso bajo el estandarte de la historia, no depende del «redescubrimiento de nosotros mismos» (pág. 380, corchetes y énfasis en el original).

Una vez más, los ya familiares objetos de crítica de Foucault son los mismos presupuestos fundacionales de la modernidad. El régimen de la historia tradicional es uno que construye «una visión integral de la historia», desanda «el pasado como un desarrollo paciente y continuo», «fomenta el juego consolador de los reconocimientos», disuelve «el suceso singular en una continuidad ideal» (Foucault, 1988, pág. 380), afirma que la historia está controlada por «el destino o mecanismos regulatorios» (pág. 381) y «confirma nuestra creencia de que el presente descansa sobre intenciones profundas y necesidades inmutables» (pág. 381).

En respuesta a este régimen:

La historia se vuelve «efectiva» al punto de que introduce una discontinuidad en nuestro propio ser —puesto que divide nuestras emociones, dramatiza nuestros instintos, multiplica nuestro cuerpo y lo pone en su misma contra—. La historia efectiva no deja nada en

torno al *self*, priva a éste de la estabilidad reconfortante de la vida y la naturaleza, y no se permitirá a sí misma que una obstinación sin voz la transporte hacia un fin milenar. Arrancará de raíz sus bases tradicionales e interrumpirá brutalmente su pretendida continuidad (Foucault, 1998, pág. 380).

Además, «la historia “efectiva” difiere de la historia de los historiadores en cuanto que no tiene constantes» (pág. 380):

«La historia “efectiva”... se ocupa de los sucesos en términos de sus características más singulares; sus manifestaciones más agudas. En consecuencia, un suceso [histórico] no es una decisión, un tratado, un reino o una batalla, sino la inversión de la relación de fuerzas, la usurpación del poder, la apropiación del vocabulario vuelto en contra de quienes alguna vez lo usaron, una dominación que se vuelve frágil, se envenena a sí misma, que pierde su poder (pág. 380-381).

Este sentido histórico «efectivo» «confirma nuestra existencia entre una infinidad de sucesos perdidos, sin un hito o un punto de referencia» (Foucault, 1998, pág. 381). Por último, «los inusuales esfuerzos de los historiadores tradicionales por eliminar aquellos elementos de sus trabajos que revelan su basamento en un tiempo y un lugar particular» (pág. 382) son la «afirmación de un conocimiento en perspectiva [*savoir*]». En algún sentido, entonces, Foucault argumenta que la historia tradicional (moderna) es un esfuerzo por consolarnos asumiendo que existe unidad, continuidad, teleología, sentido, destino y demás incorporados dentro de la historia misma, una visión que nos hace sentir seguros o que haría de la «historia» un puerto seguro para nosotros. En una crítica de esta última visión moderna o humanista, Foucault sostiene que este aspecto de la historia tradicional depende mayormente de la metafísica (pág. 381), una especie de psicosis o hechizo moderno, que esconde el hecho de que la historia es «la suerte de la batalla», la «aleatoriedad de los sucesos», «una profusión de sucesos enredados», «una “hueste de errores y fantasmas” [una cita tomada de Nietzsche]» y «una infinidad de sucesos perdidos» (pág. 381).

En consecuencia, el trabajo del genealogista en este ensayo de conexión entre la arqueología y la genealogía tiene cuatro aristas. El genealogista ha de criticar la búsqueda de los orígenes mostrando que son invenciones, ha de mostrar que el cuerpo está «marcado por la historia» (Foucault, 1998, pág. 376), ha de describir «los sistemas de sujeción» (pág. 376) y «la interminable repetición del juego de dominaciones» (pág. 377) y ha de hacer lo que Foucault llama la «historia efectiva». A continuación, luego de explicar este ensayo de conexión, nos centraremos en sus dos genealogías, que produjo inmediatamente

después de su ensayo de conexión «Nietzsche, genealogy, and history» (Foucault, 1977/1994a). Para lograrlo, analizamos sus extensos comentarios sobre la genealogía incluidos en la primera de sus dos genealogías, *Discipline and Punish* (1975/1979), para luego concluir la sección «Genealogía» con algunos comentarios breves sobre su segunda y última genealogía, *The History of Sexuality*, volume 1: *An Introduction* (1976/1980a).

Genealogía

Discipline and Punish apareció por primera vez en francés en 1975, fue traducido al inglés en 1977 por Alan Sheridan y, finalmente, fue publicado por Vintage Books en 1979, la cual es la versión que estamos utilizando. Si bien una buena parte del libro resulta provocativa e incómoda de leer, así como las descripciones investigadas con profundidad de Foucault acerca de la tortura usada por el sistema penal francés antes del período contemporáneo,²³ aquí nos centramos en lo que Foucault tiene para decir respecto de *hacer* genealogía. Al igual que lo hace en sus arqueologías, otras de las muchas similitudes entre su trabajo arqueológico y su trabajo genealógico,²⁴ Foucault compara un período con otro período. Por ejemplo, sostiene que durante el segundo período «en Europa y los Estados Unidos se produjo una redistribución de toda la economía del castigo. [Había] una nueva teoría sobre la ley y el crimen, una nueva moral o justificación política, se abolieron viejas leyes, las costumbres antiguas se extinguieron» (Foucault, 1975/1979, pág. 7). «Para fines del siglo dieciocho y comienzos del siglo diecinueve» (pág. 8), el antiguo sistema penal estaba desapareciendo.

Por consiguiente, durante este nuevo período «el castigo se ha vuelto una economía de derechos en suspenso... Como resultado, un... ejército completo de técnicos suplantó en el mando al verdugo, el anatomista directo del dolor: enfermeros, doctores, capellanes, psiquiatras, psicólogos, educadores» (Foucault, 1975/1979, pág. 11). Y la consecuencia de este cambio pareció ser una «reducción de la severidad penal», «un fenómeno con el cual los historiadores legales están

²³ Es difícil no llegar a la conclusión de que Foucault, en verdad, o disfrutó escribiendo acerca de la tortura o disfrutó causando conmoción en los lectores, o ambas cosas, a juzgar por lo detallado de sus descripciones.

²⁴ Como es obvio, uno de los puntos que estamos tratando de esbozar aquí es que la ruptura entre la arqueología y la genealogía es menos pronunciada de lo que, por lo general, se asume.

bien familiarizados» (pág. 16) —«menos crueldad, menos dolor, más bondad, más respeto, más “humanidad”» (pág. 16)—. No obstante, no resulta sorprendente que Foucault vaya a criticar «las nuevas táctica de poder» (pág. 23) de esta mirada progresista liberal vinculada con una reducción de la crueldad y el dolor. Por ejemplo, sostendrá que el sistema penal se había convertido en «un extraño complejo científico-jurídico», cuyo foco era ahora el alma en lugar del cuerpo (pág. 19), lo que, en cierto grado, Foucault considera un foco más opresivo que el del antiguo régimen penal. Además, sostendrá que el objetivo final de este complejo «no es un simple juicio de culpabilidad...lleva consigo una evaluación respecto de la normalidad y una prescripción técnica para una posible normalización» (págs. 20-21), que se aplica a la sociedad en su conjunto y no únicamente a los criminales. En otras palabras, para Foucault, un efecto del nuevo régimen penal no consiste en castigar al criminal sino en normalizar al resto de la población en términos de una conducta correcta.

Foucault (1975/1979) luego afirma que *Discipline and Punish* «se propone ser una historia correlativa del alma moderna y de un nuevo poder de juzgar; una genealogía del presente complejo científico-legal del cual el poder de castigar deriva sus bases, justificaciones y reglas» (pág. 23). «¿Pero desde qué punto puede escribirse tal historia del alma moderna en juicio?» (pág. 23). Para comenzar, él responde que no es posible escribirla

estudiando únicamente las formas sociales generales, tal como lo hizo Durkheim, [porque] uno corre el riesgo de postular como el principio de una mayor indulgencia en el castigo procesos de individualización que, por el contrario, son uno de los efectos de las nuevas tácticas de poder, entre las que pueden incluirse los nuevos mecanismos penales (pág. 23).

En otras palabras, centrarse en la «mayor indulgencia en el castigo» de este nuevo régimen penal como si esa fuera la causa principal del nuevo régimen sería un error; en cambio, esta «mayor indulgencia» debería verse como un «efecto» de «las nuevas tácticas de poder».

Inmediatamente a continuación, Foucault (1975/1979) presenta «cuatro reglas generales» para su estudio genealógico. Si bien estas cuatro reglas están centradas específicamente en este estudio en particular, ellas enfatizan varias áreas de posible desarrollo para el genealogista. Lo que hacemos aquí entonces, es presentar cada una de estas reglas, analizar sus implicaciones en relación con el genealogista y especular brevemente respecto de cómo podrían aplicarse a alguna faceta de la educación pública. La siguiente es la primera regla:

No concentrar el estudio de los mecanismos punitivos tan sólo en sus efectos «represivos», sólo en los aspectos vinculados con el «castigo», sino que hay que situarlos dentro de un conjunto integral de sus posibles efectos *positivos*, aun si estos parecen marginales a primera vista. En consecuencia, considerar al castigo como una función social compleja (pág. 23, énfasis añadido).

Foucault quiere que miremos más allá de los «efectos “represivos”» obvios del castigo para examinar «un conjunto integral de sus posibles efectos *positivos*». Sin embargo, por positivo él no se refiere a un efecto que podría agradarnos y el cual aprobaríamos; se refiere a algo producido en lugar de a algo reprimido o excluido. Por ejemplo, como se mencionó previamente, un efecto «positivo» o producido del nuevo régimen penal es la normalización de la conducta apropiada entre la población general. De hecho, una de las maniobras genealógicas preferidas de Foucault es centrarse no sólo en los efectos negativos o represivos del poder, sino también en sus efectos positivos o productivos. Para Foucault, el poder no sólo excluye o reprime; el poder también produce. Sin embargo, no está diciendo que el genealogista debería ignorar los efectos represivos del poder; por el contrario, está sosteniendo que el genealogista debería considerar al «castigo como una función *social compleja*» (énfasis añadido) que incluye tanto lo represivo como lo productivo. Por ejemplo, los programas de disciplina escolar no sólo castigan (reprimen) ciertas conductas de los estudiantes entre un pequeño grupo de estudiantes; también, y quizás de modo más significativo, producen una normalización (un efecto «positivo») de la conducta correcta entre el resto de los estudiantes. Por tanto, es posible decir que para Foucault estos programas disciplinarios tienen tanto efectos negativos (represivos) como efectos positivos (productivos).

La segunda regla de Foucault (1975/1979) es «analizar los métodos punitivos no simplemente como consecuencias de una legislación o como indicadores de estructuras sociales, sino como técnicas poseedoras de su propia especificidad en el campo más general de otros modos de ejercitar poder. Considerar el castigo como una táctica política» (pág. 23). Así, el modo en que se analizan y se piensan los actos y las políticas sociales resulta crítico para el genealogista. Sin embargo, la norma de las ciencias sociales tradicionales es considerar las acciones que guardan relación con el gobierno como el resultado de legisladores u otros actores gubernamentales, es decir, como una función de actores o agentes sociales. Por el contrario, la norma de los teóricos críticos y otros estructuralistas es considerar las acciones gubernamentales como una función de las estructuras sociales. Con todo, Foucault quiere conducir nuestro pensamiento en una dirección diferente. Quiere —y éste es un punto que ha señalado de forma con-

tinua durante toda su carrera— que veamos los actos, procedimientos o procesos específicos, tales como los «métodos punitivos» y los programas disciplinarios escolares, como poseedores de una clase de postura o importancia cuasiindependiente, una «especificidad» dentro «del campo más general de otros modos de ejercitar poder». No son sólo acciones o agentes individuales, y no son meras funciones de algo más importante y general, de alguna estructura social; es necesario que el genealogista considere estos métodos o programas como poseedores de su propia especificidad o postura independiente. Además, por «modos de ejercitar poder», Foucault, por lo general, no se refiere al poder ejercitado por un actor intencional, si bien su mirada incluye este aspecto; en cambio, normalmente se refiere a que un procedimiento o proceso se multiplica a lo largo de un campo social debido a un complejo conjunto o colección de razones o causas que no son enteramente intencionales o racionales. Por tanto, estos actos, procedimientos o procesos gubernamentales no son simple o únicamente una función de la legislación o de las estructuras sociales; en cambio, para el genealogista, son formas en que el poder se multiplica, sin un agente que lo ejecute conscientemente a lo largo de un campo social. Por ejemplo, el nuevo énfasis en las aulas centradas en el estudiante²⁵ no debería analizarse sólo como un nuevo y mejor enfoque derivado de los teóricos educacionales progresistas ni únicamente como una función de las estructuras sociales; en cambio debería analizarse como una práctica de poder que ha surgido y circula de forma más general en la sociedad y como una práctica de poder que es, de muchos modos, ciertamente más opresiva que las aulas centradas en el maestro. La razón por la cual Foucault podría sugerir que las nuevas aulas centradas en el estudiante son más opresivas es porque la tarea de esta nueva táctica de poder es imprimir las almas de los niños en lugar de sólo sus conductas, como lo hacían las tradicionales aulas centradas en el maestro.

La tercera regla, cuya importancia es crítica para todos nosotros en las ciencias sociales, es la siguiente:

En lugar de tratar la historia de la ley penal y la historia de las ciencias humanas como dos series separadas cuya superposición parece haber tenido en una [la ley penal] o la otra [la historia de las ciencias humanas], o quizás en las dos, un efecto perturbador o útil, de acuerdo con nuestro punto de vista, considere si no existe alguna matriz común o si ellas no derivan de un único proceso de formación

²⁵ Es probable que Foucault se refiriera al nuevo foco sobre las aulas centradas en el estudiante como uno de los efectos de una perspectiva «pastoral».

«epistemológico-jurídico»; en resumen, haga de la tecnología del poder el principio mismo tanto de la humanización del sistema penal como del conocimientor del hombre (Foucault, 1975/1979, pág. 23).

En consecuencia, la historia de la ley penal, del sistema de educación pública o de la enfermería no debería examinarse como una serie separada, aunque en ocasiones yuxtapuesta, que corre paralela a la historia de las ciencias sociales, sino que además debería examinarse como surgida a partir de «alguna matriz común» o como derivada de un único «proceso de formación epistemológico —[llene el vacío con: jurídico, educacional o médico]—. Nuevamente, al igual que con la segunda regla, el principal foco del genealogista debería estar puesto sobre las tecnologías del poder y las formas en que esa misma tecnología del poder se expande y se representa a lo largo dentro de sistemas particulares, como los de las prisiones, escuelas u hospitales, y en las ciencias sociales. Por ende, las tecnologías del poder, que surgen de una «matriz común» o de una «formación epistemológica —[llene el vacío]—», puede multiplicarse tanto a lo ancho de sistemas particulares así como de las ciencia sociales en general, y es posible que está multiplicación sea tanto intencional como involuntaria, tanto racional como irracional. Por ejemplo, podríamos hallar que la educación pública contemporánea —sus prácticas, procedimientos y políticas— y la historia del academicismo educativo —su investigación y sus teorías— han surgido de la misma «matriz común» o de la misma formación epistemológico-educacional. Si bien esta parece ser una afirmación menos radical que la afirmación de Foucault respecto de los sistemas penales, es importante entender que él no sólo señala que la educación pública contemporánea y el academicismo educativo comparten los mismos presupuestos generales acerca de la escuela o la educación; por el contrario, señala que existe una matriz o formación más primaria cuya creación no es necesaria, intencional o racional ni que tampoco está necesariamente orientada hacia la educación, de la cual surgen las dos. Por ejemplo, quizás respecto de la investigación genealógica, tanto el nuevo movimiento que enfatiza las aulas orientadas hacia el estudiante como el crecimiento de las metodologías de investigación cualitativa emergen a partir la de misma matriz o formación «pastoral» (por ejemplo, véase el uso de Foucault del concepto de pastoral en *The History of Sexuality, volume 1: An Introduction* [1976/1980a]).

La cuarta regla de Foucault (1975/1979) es la siguiente:

Trate de descubrir si esta entrada del alma en la escena de la justicia penal y, junto con ella, la inserción en la práctica legal de un corpus completo de conocimiento «científico», no es el efecto de una

transformación en la manera en que el cuerpo mismo se halla investido en relaciones de poder.

En resumen, trate de estudiar la metamorfosis de los métodos punitivos sobre la base de una tecnología política del cuerpo en la que sea posible leer una historia común de las relaciones de poder y las relaciones de los objetos. Por tanto, por medio de una análisis de la indulgencia penal como una técnica de poder, es posible que uno comprenda cómo el hombre, el alma [y] el individuo normal o anormal han llegado a duplicar el crimen en cuanto objetos de intervención penal y de qué manera un modo específico de sujeción fue capaz de dar nacimiento al hombre como objeto de conocimiento para un discurso con un *status* «científico» (pág. 24).

Mediante su uso de la palabra «alma», Foucault se refiere a que el foco del nuevo sistema penal «no es sólo lo que ellos [los criminales] hacen, sino también lo que *son, serán y podrían ser*» (pág. 18, énfasis añadido); es decir, el nuevo foco no está puesto en sus conductas sino en su seres o sus *selves*. La nueva perspectiva penal «se ha abocado a juzgar algo más que los crímenes, en esencia, el “alma” del criminal» (pág. 19). Entonces, este nuevo foco en el «alma» del criminal se combina con un nuevo «corpus de conocimiento “científico”, y *ambos* son el «efecto de una transformación del modo en que el cuerpo mismo se haya investido por relaciones de poder». Es, como afirma Foucault, «una tecnología política del cuerpo». En consecuencia, aquello que por lo general se ve como más común y más liberal (es decir, la «indulgencia penal»), en este caso Foucault lo señala como de que no es sino «una nueva técnica de poder», una en la cual «el cuerpo mismo se halla investido por las relaciones de poder». E indica que considera este cambio como otro ejemplo de la construcción social moderna del «hombre [o el sujeto] en cuanto que es un objeto de conocimiento para un discurso con un *status* “científico”.²⁶ Un ejemplo de esto en la educación podría ser una consideración de la «gerencia de base», el «liderazgo distributivo» y la «comunidad de aprendices», todos ellos vistos, por lo general, como enfoques más humanos o más democráticos del liderazgo o la administración escolar, como nuevas «técnicas de poder» que no sólo son endémicas en la educación sino que también son parte de una formación más amplia cuyo efecto podría considerarse como una peor opresión en el nivel del alma. En otras palabras, estas nuevas técnicas de poder en la educación se centran en el control o en el gerenciamiento del «alma» de los educadores en lugar de sólo en sus conductas, lo que, para Foucault, resulta mucho más

²⁶ Este punto es un buen ejemplo de un interés que comenzó con Canguilhem y continúa en las arqueologías de Foucault hasta llegar a sus genealogías.

opresivo que las técnicas de poder que buscan controlar únicamente los comportamientos.

Si bien hallamos que estas cuatro reglas son una fuente particularmente rica para la comprensión del trabajo del genealogista foucaultiano, ciertamente no agotan *Discipline and Punish* en términos de lo que implica el trabajo de un genealogista. Por ejemplo, encontramos que la última sección completa del mismo capítulo que contiene las cuatro reglas (Foucault, 1975/1979, págs. 16-31) es un análisis interesante de la genealogía. Asimismo, tenemos un gran aprecio por: (a) la sección «The composition of forces» (págs. 162-169) en el capítulo titulado, «Docile bodies», que incluye algunas declaraciones directas sobre la educación; (b) el capítulo completo titulado «The means of correct training», que incluye las secciones «Hierarchical observation», «Normalizing judgments» y «The examination» así como algunos comentarios directos sobre la educación, y (c) el último capítulo, «The carceral», que es otra sección particularmente rica y provocativa de *Discipline and Punish*. Por el contrario, no estamos tan embelesados como otros con el capítulo «Panopticism», puesto que pensamos que es uno de sus conceptos más simplistas, más totalizados y más pobremente desarrollados. Nuestro punto, sin embargo, es que esta primera genealogía es literalmente un abanico de herramientas e ideas críticas que pueden utilizarse en la conducción de genealogías foucaultianas.

La segunda y última genealogía de Foucault (1976/1980a) fue *The History of Sexuality, volume 1: An Introduction*. Lo que aquí hacemos, dadas las limitaciones de espacio, es proporcionar sólo algunos comentarios breves y ofrecer algunas sugerencias para la lectura de este volumen. Resulta provocativo, y es una de las razones principales por las que hemos utilizado más espacio para el análisis de *Discipline and Punish*, que *The History of Sexuality* incluya muy poco análisis directo de la genealogía como método, mientras que *Discipline and Punish* le brinda un espacio considerable al análisis del método genealógico. En efecto, mediante una búsqueda sistemática del texto,²⁷ hallamos que en su segunda genealogía Foucault sólo utiliza la palabra «genealogía» cinco veces (cuatro en la introducción y una en la página 171).²⁸ No obstante, en general, *History of Sexuality* es, en nuestra

²⁷ Hoy en día Amazon.com permite a cualquier persona realizar búsquedas de dos palabras o de frases de un libro completo de cualquier libro que esté incluido en ese sistema. Es un sistema maravilloso, pero una persona cualquiera sólo puede hacer esto dos veces por mes sin tener que comprar el libro.

²⁸ Una nota curiosa y al pasar es que, aunque una convención de Foucault en sus distintos análisis es comparar dos períodos, en *The History of Sexuality* compara tres.

opinión, la mejor genealogía de las dos, más segura, más fluida, mejor resuelta, como si Foucault ya hubiera integrado con mayor profundidad el método genealógico al momento de realizar esta segunda genealogía. Es como si hubiese practicado su método genealógico en *Discipline and Punish* y en *History of Sexuality* estuviera aplicando lo que ya había practicado. Asimismo, recomendamos particularmente la sección «Part four: The deployment of sexuality». De muchos modos, éste es el Foucault maduro en su mejor versión. La escritura es excelente, la organización es clara y las concepciones son convincentes.²⁹ Es esta sección que Foucault brinda un análisis extendido de su modo diferenciado de pensar el poder, lo que denomina una «analítica» del poder (pág. 82), no sólo como algo negativo o represivo sino también de una forma positiva. Siendo aún más específicos, recomendamos la subsección «Objective» (págs. 81-91) y su análisis en el comienzo de la subsección «Method» de «Part four» (págs. 92-97). De hecho, sugeriríamos que una de las mayores contribuciones de Foucault al pensamiento intelectual ha sido su reconceptualización del poder, y en *History of Sexuality* es posible encontrar gran cantidad de buenos análisis respecto de esa reconceptualización. Por último, sin embargo, lo que distingue generalmente a su segundo método, la genealogía, de su primer método, la arqueología, es que, en nuestra opinión, su método arqueológico depende de una serie de constructos altamente estructurados y altamente interrelacionados, los cuales necesitan desplegarse en simultáneo para, en verdad, realizar una arqueología, mientras que su método genealógico se asemeja más a un conjunto de herramientas críticas que pueden utilizarse agrupadas de cualquier manera. Y es esta diferencia, creemos, una de las principales razones por la cual la última resulta mucho más atractiva para los académicos.³⁰

²⁹ Contrariamente a lo que muchos suponen, Foucault es extremadamente lógico en sus presentaciones escritas. Divide de forma constante un área de interés en partes numeradas y luego procede a definir esas partes de forma ordenada. De hecho, a esta altura, hemos comenzado a preguntarnos por qué existen todos esos comentarios acerca de que Foucault escribe de un modo fragmentario «pos-moderno». Luego de analizar extensamente su obra hallamos que escribe de una manera bastante convencional para tratarse de un trabajo intelectual complejo. En realidad, más allá de aprender a pensar diferente, lo cual es en verdad la tarea más ardua de leer a Foucault, lo que se requiere es seguir atentamente el sentido de sus largas y complejas oraciones, puesto que en ocasiones resulta difícil rastrear a qué se está refiriendo. En otras palabras, captar a qué se refiere exige de una lectura cuidadosa, pero, en nuestra opinión, hay poco que esté «fragmentado» en sus textos.

³⁰ Uno de nuestros revisores sostenía que el mayor problema respecto de la metodología arqueológica es que muy pocas áreas de la vida social se prestan

Conclusión

Por sobre todas las cosas, podría sostenerse que el trabajo arqueológico y genealógico de Foucault era principalmente una crítica de la visión moderna de las ciencias humanas y del «hombre» como científico humano y objeto de las ciencias humanas al mismo tiempo. Así, al conducir cualquier crítica en particular, ya sea arqueológica o genealógica, casi siempre toma un «período» (si bien sus «períodos» a menudo no corren paralelos a los de la historia tradicional) previo al período (el segundo de ellos) que criticará, y describe este primer período de modo de sentar las bases para su descripción y crítica del período siguiente. Sin embargo, esta descripción de un período, su descripción del desplazamiento de uno de ellos al próximo y su descripción del segundo período van mucho allá del territorio típicamente abordado por la historia convencional. Por ejemplo, véase nuestra comparación anterior entre *connaissance* y *savoir*, donde *connaissance* cubre el territorio convencional, mientras que *savoir*, que es en lo que se centra Foucault tanto en sus arqueologías como en sus genealogías, es mucho más amplio e incluye también fenómenos sociales que parecen tener poca conexión directa con el *connaissance* particular. Su punto aquí es que la mirada tradicional o convencional de las ciencias sociales académicas formales no es sino una parte de una «historia efectiva» y que, cuando se considera el *savoir*, se vuelve muchos más obvio que las ciencias humanas son mucho menos racionales, mucho más ambiguas, mucho más desordenadas, están mucho más llenas de errores aleatorios y más conducidas por los celos y las rivalidades triviales de los científicos sociales de lo que se asume convencionalmente. Por tanto, si se comprende la diferencia entre *connaissance* y *savoir*, y si se entiende el hecho de que Foucault se centró mayormente en el *savoir* como el territorio del arqueólogo o el genealogista, entonces se comprenderá una parte importante de lo que Foucault buscaba con sus críticas.

Un segundo punto que esboza en relación con la comparación entre estos «períodos» es que, contrario al autorrelato de la modernidad de que cuanto más reciente, más humano, cuando se lo critica a

para esta clase de estructuras discursivas complejas que Foucault aborda en sus arqueologías. Estamos en franco desacuerdo. Sugerimos que, antes de los análisis arqueológicos de Foucault, pocos hubieran visto los patrones discursivos basados en el *savoir* que Foucault identifica en *Madness and Civilization* (1961/1988), *The Birth of Clinic* (1963/1994b) y *The Order of Things* (1966/1973a). Por ejemplo, pensamos que la educación podría definitivamente ser un área fértil para los análisis arqueológicos.

través de una arqueología o una genealogía, el período «moderno» es en verdad peor, más opresivo, más degradante. Por ejemplo, mientras que el sistema penal anterior torturaba los cuerpos, el objetivo del sistema subsecuente era el alma, no lo que hacen las personas sino en cambio lo que ellas son. Por tanto, Foucault se erige en uno de los principales críticos de la modernidad occidental, cuestionando en particular un amplio conjunto de presupuestos «progresistas» relacionados con que la modernidad es considerablemente mejor, más humana y más racional que aquello que la antecedía.

Un tercer foco para Foucault radica en la descentralización del «hombre» como el sujeto primario de la modernidad. Para Foucault la modernidad construyó al hombre, al sujeto, al agente que conduce al mundo. Fue la modernidad la que dio forma al conjunto de la vida humana como algo construido en torno al hombre y para el hombre, el sujeto central, el actor agente central. Fue la modernidad la que escribió una historia sobre el surgimiento racional progresista de las ciencias humanas guiadas por el hombre y para el hombre, el sujeto central. Por el contrario, Foucault sugiere una historia diferente y efectiva de las ciencias humanas. Basado en su examen crítico de documentos históricos, sugiere que si bien la racionalidad es parte de la historia occidental, hay mucho, mucho más que no es racional y que está guiado por ningún actor central. De hecho, ni en sus arqueologías ni en sus genealogías la historia es mayormente creada por un sujeto, en particular, por un sujeto lógico y racional que tiene «sus» manos sobre la rueda que guía la historia. En cambio, la historia se crea a partir de un complejo conjunto de procesos, dispersiones, procedimientos, accidentes, odios, políticas, deseos, dominaciones, la circulación involuntaria o sin control de técnicas de poder, prácticas comerciales, costumbres, análisis y demostraciones, las normas del trabajo industrial y la moral burguesa, la interminable repetición del juego de dominaciones, literatura, decisiones políticas, discontinuidades, opiniones expresadas en la vida cotidiana, debates obsesivos e interminables entre académicos, aleatoriedad, disensos, pequeñas malicias, métodos científicos precisos, cuerpos subyugados y cálculos errados, para nombrar tan sólo a algunos —y el hombre, el sujeto, no está al frente de este espectáculo llamado historia—. Además, señala de forma repetida la contradicción implícita en la modernidad de adoptar simultáneamente al hombre como sujeto y objeto de la historia. Sin embargo, dada la predominancia de nuestra visión romántica moderna de nosotros mismos como el centro de nuestras vidas y de nuestra sociedad y, dado nuestro profundo apego ontológico y epistemológico a esa visión romántica, los académicos, por lo general, ignoran o critican este hecho al tiempo que se apropian de otros aspectos de la crítica de Foucault de la moderni-

dad. En nuestra opinión, éste es un serio error. Su crítica de la modernidad y su crítica del sujeto agente como centro están profundamente relacionadas; por tanto, separarlas viola la perspectiva de Foucault en el nivel más básico de su pensamiento.

Hay otros abusos de menor importancia, y algunas lecturas erróneas, respecto de Foucault que hemos intentado abordar o corregir. Para empezar, Foucault estaba, según sus propias palabras, enormemente influenciado por Canguilhem, y consideraba que Canguilhem y otros jugaban un rol en la labor intelectual francesa similar al que jugaba la Escuela de Fráncfort en la labor intelectual alemana. Por tanto, sugerimos que Canguilhem y otros, como Gaston Bachelard, deberían recibir mayor atención puesto que los temas que Foucault toma de Canguilhem persisten a lo largo de sus genealogías. Segundo, la cantidad de tiempo y energía que Foucault le dedicó a la arqueología fue mucho mayor que la que le dedicó a la genealogía. En consecuencia, sugerimos que se le preste mucha más atención a la arqueología. De hecho, no hay lugar legítimo a dudas de que Foucault continuó durante toda su vida considerándola de gran valor como método, a pesar de lo que otros concluyeran. Tercero, nuevamente, según sus propias palabras, Foucault no pensaba que la genealogía estuviera supeditada a la arqueología ni que fuera superior a ella. Por ende, al comparar estos dos métodos, es necesario prestar más atención a cómo veía Foucault la relación entre las dos. Cuarto, la arqueología y la genealogía son mucho menos diferentes entre sí de lo que con frecuencia se supone, lo cual también podría requerir mayor atención. Quinto, fueron, en nuestra opinión, Dreyfus y Rabinow las personas en su mayor parte responsables por lo que consideramos una mirada distorsionada de la relación entre la arqueología y la genealogía en los Estados Unidos. Por tanto, sugerimos problematizar aún más este planteo. Y sexto, en toda consideración de los dos métodos, el ensayo «Nietzsche, genealogy and history» debería recibir mayor atención ya que es un buen puente de conexión directa entre los dos métodos.

Además, quisiéramos recomendar enfáticamente en esta conclusión una colección relativamente nueva de la obra de Foucault. La colección completa se llama *Essential Works of Foucault, 1954-1984*, y el editor de la serie es Paul Rabinow.³¹ El primer volumen es *Ethics, Subjectivity, and Truth* (1994/1997) y fue editado por Rabinow. El se-

³¹ Existe una colección completa de toda la obra de Foucault publicada en francés con el nombre de *Dits et Écrits*. Son dos volúmenes, *Dits et Écrits, tome 1, 1954-1975* (2001a, 1.700 páginas) y *Dits et Écrits, tome 2, 1976-1988* (2001b, 1.976 páginas). Ciertamente, esperamos que algún grupo proporcione una traducción al inglés de toda la colección.

gundo volumen es *Aesthetics, Method, and Epistemology* (1994a) y fue editado por Faubion. El tercer volumen es *Power* (1994c), también fue editado por Faubion. Al comparar las traducciones al inglés provistas por esta colección con las alternativas, hallamos de forma consistente que las traducciones de esta colección son superiores. Además, esta colección agrupa temáticamente parte de los libros de Foucault junto con alguno de sus artículos y entrevistas. Sugeriríamos que esta colección es un excelente lugar, en especial para los principiantes, para comenzar a leer a Foucault, puesto que lo hace más accesible.

Pero sin lugar a dudas, cualesquiera que sean los libros, artículos o entrevistas que se consideren, Foucault nos ha dejado un impresionante cuerpo de trabajo y nuevas metodologías sumados a un grupo de conceptos analíticos poderosos, algunos de los cuales hemos tratado de introducir a un espectro más amplio de lectores. Quisiéramos concluir, por tanto, con dos afirmaciones más. La primera es un breve resumen de nuestro enfoque respecto del uso de Foucault en el academicismo educativo. Desafortunadamente, no contamos con el espacio para comentar con algún detalle sobre el uso de Foucault a lo ancho de las ciencias sociales en general, o en la educación, nuestro campo, de manera específica. De hecho, tan sólo comentar sobre los usos de Foucault en las ciencias sociales en los Estados Unidos resulta algo ya probablemente demasiado extenso para algo menos que un libro. Incluso la utilización de Foucault por parte de los académicos de la educación, aunque más no sea como un foco primario, como puede verse en una parte de nuestra bibliografía, resulta bastante extenso. Sin embargo, luego de revisar los estudios académicos de la educación que utilizan a Foucault como su principal recurso teórico, nuestra conclusión es que un porcentaje muy alto de estos trabajos utilizan la obra de Foucault sólo en un nivel bastante superficial.

Es probable que el uso, o abuso, más común, consista en escoger un concepto a conveniencia, tal como el de «panóptico» o «sociedad disciplinaria», y luego utilizar ese concepto dentro de un marco de referencia crítico más tradicional, aun cuando existen contradicciones epistemológicas entre Foucault y la mayor parte de la teoría crítica de los Estados Unidos.³² En general, diríamos que esta elección a conveniencia es un error, dado que usualmente el concepto único, según su significado foucaultiano, no se integra en verdad con el resto de los presupuestos del artículo o el libro. Nuestro punto es que los conceptos

³² No hay dudas de que Foucault forma parte de una tradición crítica de la filosofía occidental, pero sin embargo mantuvo discusiones fundamentales con esa parte de la tradición crítica que ha sido llamada marxista, neomarxista o teoría crítica.

de Foucault no son sino aspectos de una posición epistemológica general con la que es necesario comprometerse como un todo. Otro error similar que hallamos en los usos de la obra de Foucault por parte de los académicos de la educación de los Estados Unidos, así como por parte de muchos científicos sociales, es el de adoptar su crítica de la modernidad pero ignorar su crítica simultánea de la subjetividad misma. Nos sentimos incómodos al decir esto porque suena como si estuviéramos vigilando la obra de Foucault, pero creemos que es simplemente innegable que existe una enorme cantidad de usos bastante superficiales y mal informados de Foucault; de hecho, concluimos que muchos han utilizado su obra sin ni siquiera haber leído cuidadosamente sus varios volúmenes. Naturalmente, nunca es posible trazar con seguridad la línea entre los usos sustanciales de Foucault y los superficiales. Por tanto, no estamos definitivamente afirmando que conocemos y somos capaces de definir al Foucault canónico, sino que estamos sugiriendo que un uso flexible, o incluso adecuado, de Foucault requiere más de una lectura cuidadosa de todo libro, artículo o entrevista. En su lugar, sugerimos lecturas cuidadosas de varios libros, además de artículos y entrevistas, antes de tratar de usar o aplicar su obra. A aquellos académicos de los Estados Unidos que no se comprometen con un estudio en profundidad de Foucault, nos gustaría recordarles que su ignorancia es bastante transparente para quienes sí estudian y utilizan a Foucault de un modo más sustancial.

Nuestro segundo punto final es lo que más nos sorprendió en relación con nuestra revisión sistemática de los libros de Foucault. Además, deberíamos decir que nos oponíamos a esbozar este punto, pero que decidimos que teníamos que hacerlo para mantener la integridad de nuestras relecturas recientes de todos los trabajos principales de Foucault en el orden en que los publicó. Antes de hacer esta revisión, nosotros éramos firmes defensores de la obra de Foucault y no éramos demasiado receptivos a las muchas críticas de su obra, puesto que las veíamos como alegatos conscientes o inconscientes de los presupuestos fundacionales de la modernidad. Sin embargo, lo que surgió para nosotros fue una nueva apertura a una de las principales críticas que se le han hecho a la obra de Foucault. Es decir, ha habido numerosas quejas de que en la consideración de Foucault de los regímenes de verdad de la vida social, tales como los de las prisiones, la clínica y la sexualidad, sus descripciones de estos regímenes los hacen despiadadamente opresivos, quizás incluso, totalizados, sin «salida» (véase por ejemplo, Hartsock, 1998). Claramente, no podemos adentrarnos en largas discusiones sobre esta crítica ni queremos debatirla a esta altura. Lo que sí podemos hacer sin embargo, es sugerir firmemente que otros defensores y usuarios habituales de Foucault deben considerar esta crítica

de una manera más abierta y cuidadosa. En otras palabras, sugerimos que nuestros experimentados académicos foucaultianos deben considerar esta crítica de una forma más equilibrada y reconocer que tiene algo de «validez».

Después de haber leído de forma reciente y de corrido todos sus libros en el orden en que los publicó, nos sentimos realmente impactados, verdaderamente impactados, por lo implacable que es Foucault en su crítica de las formas sociales en las cuales vivimos. Comenzamos a comprender lo que otros habían concluido acerca de sus totalizaciones de estas formas sociales. Comenzamos, por ejemplo, a comprender donde otros han concluido que, en sus descripciones de las instituciones penales o de las ciencias sociales, parece no existir una «salida». Su crítica y la opresión descrita son completamente implacables y en verdad parecen acercarse a una totalización. Es casi como si él hubiera descubierto que, por ejemplo, el nuevo régimen penal no es sólo un cubo de seis caras de opresión y control, sino también un cubo de 500 caras, y que al describir de una manera brillante todas esas caras, no nos deja ningún recurso, ningún camino para la resistencia o la emancipación. Lo que al mismo tiempo refuerza esto es el hecho de que rara vez en sus principales trabajos, Foucault ofrece alguna alternativa para la resistencia o la emancipación de la opresión que él describe con tanto detalle (véase por ejemplo, Grosz, 1994, quien utiliza exhaustivamente a Foucault pero que, a su vez, es crítica de lo implacable que resulta en su falta de espacios y posibilidades alternativos; de hecho, para nosotros, Grosz ejemplifica un uso equilibrado y profundo de Foucault que es al mismo tiempo crítico y elogioso). Así, mientras Foucault brinda una caracterización esclarecedora sobre la complejidad de una disciplina o un régimen, prácticamente cada faceta, cada faceta, de la nueva complejidad que Foucault describe se convierte para él en un momento crítico, de modo que si bien abre nuevas perspectivas sobre regímenes de verdad específicos, también clausura, en virtud de su crítica totalizada, la posibilidad de que estas nuevas fronteras puedan convertirse en nuevas posibilidades o imaginarios.

Naturalmente, nos percatamos de que las palabras «resistencia» y «emancipación» son palabras humanistas surgidas de la modernidad; en consecuencia, un defensor de Foucault podría decir que la negación por parte de Foucault de ofrecer algún tipo de tales alternativas es en esencia su sostenimiento de una epistemología consistentemente anthumanista y no centrada en el sujeto. Sin embargo, como lo señaló hace algún tiempo Fraser (1989), lo que con frecuencia se ignora respecto de Foucault es que gran parte de su lenguaje, tal como «sistemas de sujeción» (Foucault, 1975/1979, pág. 376) y «la interminable repetición del juego de dominaciones» (pág. 377), es en sí

mismo un lenguaje que es moderno y humanista, y que el poder que las críticas de Foucault tienen para nosotros es una función de nuestra inmersión en este lenguaje moderno y humanista y de nuestro apego a él. Podríamos señalar, entonces, que lo que tenemos aquí es otra dicotomía moderna. De acuerdo con ello, si bien Foucault se apropia de un modo categórico de una de las caras de esta dicotomía (por ejemplo, la sujeción y la dominación), en gran parte evita la otra (por ejemplo, la resistencia y la emancipación). Esto no quiere decir, como tan bien lo ha señalado Derrida³³ a través de su metodología deconstructiva, que la otra cara de la dicotomía, llamada de distintas maneras, resistencia o emancipación, no entre igualmente en juego.

Queremos, entonces, sugerir nuevamente que aquellos académicos que son defensores de Foucault tomen con más seriedad esta crítica y aborden a Foucault de una manera más similar a la que utiliza por lo general Grosz (1994). No obstante, no estamos diciendo que Foucault nunca aborda ninguna de las posibilidades de cambio «positivo». Lo que estamos diciendo es que es algo que no hace casi en absoluto en ninguna de sus arqueologías, y que en *Discipline and Punish* (1975/1979), en su mayor parte, tampoco lo hace. Lo mismo sucede en la mayor parte de *The History of Sexuality, Volume 1: An Introduction* (1976/1980a), aunque en este último caso en verdad comienza a hablar acerca de contrarrestar «las garras del poder», para lo cual el «punto de unión» son los «cuerpos y placeres» (pág. 157). Cerca del final de *The History of Sexuality, volume 1*, por ejemplo, sostiene que:

No debemos pensar que al decirle sí al sexo, uno le dice no al poder; por el contrario, uno sigue el curso trazado por el despliegue general de la sexualidad [cuando uno le dice sí al sexo]. Es de la agenticidad del sexo de la que debemos alejarnos si nos proponemos —a través de una reversión táctica de los distintos mecanismos de la sexualidad— contrarrestar las garras del poder mediante las proclamas de cuerpos, placeres y conocimientos, en su multiplicidad y su posibilidad de resistencia. El punto de unión para contraatacar el despliegue de la sexualidad no debería ser el deseo sexual, sino los cuerpos y los placeres (pág. 157).

Claramente, éste es un esfuerzo de Foucault por comenzar a explorar la resistencia y un espacio de posible cambio, pero es, por lejos, la excepción. De hecho, algunos podrían sostener que es con este trabajo que surge el interés de Foucault por trabajar sobre la resistencia y el cambio durante el período de cuidado de sí, que se dice

³³ Como bien saben los estudiosos de Foucault, Derrida fue un crítico severo de la obra de Foucault.

precede a las dos genealogías. Además, él era un activista, en especial en cuestiones concernientes a la prisión, y en sus entrevistas defendía el activismo al tiempo que se oponía a las críticas sobre la ausencia de activismo en sus libros. Por ejemplo, en una entrevista publicada en 1978 por una revista italiana, dijo (algo a la defensiva, diríamos): «No construyo mis análisis para decir: “así es como son las cosas, estás atrapado”. Digo estas cosas sólo en la medida en que creo que ello nos permite transformarlas» (Foucault, 1994c, págs. 295-295).

Sin embargo, nuestro punto aquí es que en todas las arqueologías y en la primera genealogía e, incluso, en la mayor parte de la segunda genealogía, si bien Foucault inaugura nuevos modos de pensar acerca de nuestro mundo social, su crítica implacable, casi totalizada, colabora a clausurar cuestiones vinculadas con el modo de utilizar esas nuevas formas de pensamiento en pos de una resistencia, de contrarrestar «las garras del poder» y de desarrollar espacios de cambio valioso. Para nosotros, ésta debería ser una preocupación central puesto que, desde nuestro punto de vista, sus relatos descriptivos sobre las complejidades de las disciplinas, los ámbitos sociales y las instituciones podrían asimismo mostrar que dentro de tales complejidades casi siempre existen espacios para la resistencia, el «contraataque», la apropiación y la construcción, lo cual es un punto que también señala Grosz (1944). De manera similar, en la segunda edición en inglés de este *Manual*, Gubrium y Holstein (2000), basándose en gran parte en Foucault, han tratado de desarrollar «una práctica interpretativa [que] trabaje en línea opuesta a la totalización [de tipo foucaultiano], que considera todas las interpretaciones como artefactos de regímenes particulares de poder/conocimiento» (pág. 501). Aun así, al formular estas críticas hacia Foucault, no estamos tratando de ser conclusivos porque ello requeriría un análisis más amplio y profundo de todo el espectro de las críticas hacia Foucault respecto de esta cuestión. En cambio, estamos sugiriendo de un modo más modesto, basados en nuestra reciente lectura sistemática de Foucault, que sus defensores, como nosotros mismos lo hemos sido, necesitan realizar una nueva consideración, más cuidadosa y más equilibrada respecto de esta crítica del trabajo de Foucault. O como el mismo Foucault dice: «El único tributo válido al pensamiento [de alguien]... es precisamente usarlo, deformarlo, hacerlo crujir y protestar. Y si luego quienes comentan dicen que estoy siendo fiel o infiel... ello no interesa en absoluto» (Foucault, 1980b, págs. 53-54).

Con todo, a pesar de tales reconsideraciones, Foucault sigue siendo un intelectual poderoso e innovador cuya obra ha abierto avenidas esclarecedoras y provocativas de pensamiento, crítica y comprensión. Además, sin lugar a dudas, su obra se ha vuelto enormemente

influyente en todo el mundo. Deleuze (1990/1995) lo ha dicho de un modo mucho más poético:

Cuando las personas siguen a Foucault, cuando se fascinan con él, es porque están haciendo algo con él, en sus propios trabajos, en sus propias vidas independientes. No es sólo una cuestión de comprensión o coincidencia intelectual [de Foucault], sino de intensidad, resonancia y armonía musical (pág. 86).³⁴

Es de esperar que las interpretaciones aquí presentadas colaboren con esta influencia y ayuden a aquellos que aún no se han involucrado con Foucault a comprender por dónde podrían empezar. También esperamos haber resultado útiles y provocativos para aquellos que son amigos más experimentados de Foucault, aun si los hemos incomodado un poco con nuestros comentarios críticos. Sin embargo, cualquiera que sea la lectura de nuestra lectura queremos enfatizar con claridad *una y otra vez* que nuestras interpretaciones de Foucault, nuestros comentarios sobre los usos y abusos de Foucault en la educación y las ciencias sociales, nuestras críticas de Foucault y de otros, y nuestros comentarios finales no son los correctos, los mejores, los autorizados ni los canónicos. Incluso si olvidara todo lo que hemos escrito aquí, no olvide este punto. Como dijimos al comienzo de este ensayo, los comentarios que ofrecemos aquí no son representaciones *fidedignas* de la obra de Foucault y, en nuestra opinión, esas interpretaciones tampoco son posibles. La cuestión central para nosotros es cuán sustancial es el compromiso y no, si el compromiso es el correcto. Por tanto, más allá de si se está de acuerdo o no con lo que hemos dicho aquí, en verdad esperamos que todos los lectores vean este ensayo como un esfuerzo significativo por involucrarse fundamentalmente no sólo con Foucault, sino también, en menor grado, con quienes lo usan y quienes abusan de él, con sus defensores y sus críticos.

Referencias bibliográficas

Libros de Foucault

(Éste es un intento por enumerar todos los libros más importantes de Foucault, pero su propósito no es abarcar todos los trabajos de Foucault en inglés. Además, ellos los libros que poseemos y que hemos estudiado.)

³⁴ Mis agradecimientos a Elizabeth St. Pierre por esta maravillosa cita.

- Foucault, M. (1972). *The Archaeology of Knowledge and the Discourse on Language*, Nueva York, Pantheon Books, traducción de A. M. Sheridan Smith, trabajo original publicado en 1969. [Hay versión en castellano: *La arqueología del saber*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.]
- Foucault, M. (1973a). *The Order of Things: an Archaeology of the Human Sciences*, Nueva York, Vintage Books, trabajo original publicado en 1966.
- Foucault, M. (1973b). *This is not a Pipe*, Berkeley, University of California Press, traducción de J. Harkness. [Hay versión en castellano: *Esto no es una pipa*, Barcelona, Anagrama, 2004.]
- Foucault, M. (1977). *Language, Counter-Memory, Practice: Selected Essays and Interviews by Michel Foucault*, D. F. Bouchard (comp.), Ithaca, (Nueva York), Cornell University Press, traducción de D. F. Bouchard y S. Simon.
- Foucault, M. (1979). *Discipline and Punish: The Birth of the Prison*, Nueva York, Vintage Books, traducción de A. Sheridan, trabajo original publicado en 1975. [Hay versión en castellano: *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión*, Madrid, Siglo XXI, 2005.]
- Foucault, M. (1980a). *The History of Sexuality, vol. 1: An Introduction*, Nueva York, Vintage Books, traducción de R. Hurley, trabajo original publicado en 1976. [Hay versión en castellano: *Historia de la sexualidad, vol I: La voluntad del saber*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.]
- Foucault, M. (1980b). *Power/Knowledge: Selected Interviews and Other Writings, 1972–1977*, C. Gordon (comp.), Nueva York, Pantheon Books, traducción de C. Gordon, L. Marshall, J. Mepham y K. Soper.
- Foucault, M. (1986). *The History of Sexuality, vol. 3: Care of the Self*, Nueva York, Pantheon Books, traducción de R. Hurley, trabajo original publicado en 1984. [Hay versión en castellano: *Historia de la sexualidad, vol III: La inquietud de sí*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2003.]
- Foucault, M. (1988). *Madness and Civilization: A History of Insanity in the Age of Reason*, Nueva York, Vintage Books, traducción de R. Howard, trabajo original publicado en 1961.

- Foucault, M. (1989). *Foucault Live: Interviews, 1966–84*, S. Lotringer, (comp.), Nueva York, Semiotext(e), traducción de J. Johnston.
- Foucault, M. (1990). *The History of Sexuality*, vol. 2: *The Use of Pleasure*, Nueva York, Pantheon Books, traducción de R. Hurley, trabajo original publicado en 1984. [Hay versión en castellano: Historia de la sexualidad; vol II: *El uso de los placeres*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2003.]
- Foucault, M. (1994a). *Aesthetics, Method, and Epistemology*, J. D. Faubion (comp.), Nueva York, New Press, traducción de R. Hurley y otros.
- Foucault, M. (1994b). *The Birth of the Clinic: An Archaeology of Medical Perception*, Nueva York, Vintage Books, traducción de A. M. Sheridan-Smith, trabajo original publicado en 1963. [Hay versión en castellano: *El nacimiento de la clínica: una arqueología de la mirada médica*, Madrid, Siglo XXI, 2007.]
- Foucault, M. (1994c). *Power*, J. D. Faubion (comp.), Nueva York, New Press, traducción de R. Hurley y otros
- Foucault, M. (1997). *Ethics, Subjectivity, and Truth*, P. Rabinow (comp.), Nueva York, New Press, vol. 1, traducción de R. Hurley y otros, trabajo original publicado en 1994.
- Foucault, M. (1998). *Aesthetics, Method, and Epistemology*, J. D. Faubion (comp.), Nueva York, New Press, vol. 2, traducción de R. Hurley y otros
- Foucault, M. (2001a). *Dits et Écrits, tome 1, 1954-1975*. París, Gallimard.
- Foucault, M. (2001b). *Dits et Écrits, tome 2, 1976-1988*. París, Gallimard.
- Foucault, M. (2001c). *Fearless Speech*, J. Pearson (comp.), Los Ángeles, Semiotext(e).
- Foucault, M. (2003). *“Society Must Be Defended”: Lectures at the Collège de France, 1975-1976*, M. Bertaini y A. Fontana (comp.), Nueva York, Picador, traducción de D. Macey.
- Rabinow, P. (comp.) (1984). *Foucault Reader*, Nueva York, Pantheon Books.

Libros de educación orientados hacia Foucault

(Esta lista tiene el propósito de abarcar *todos* los libros de educación que utilizan a Foucault en el campo educativo como su propósito primario. No incluye libros que sólo utilizan a Foucault entre otros tantos; incluye sólo a aquellos que pudimos hallar que toman de un modo explícito a Foucault como su principal marco de referencia teórico.)

Baker, B. y Heyning, K. (comps.) (2004). *Dangerous Coagulations? The Uses of Foucault in the Study of Education*, Nueva York: Peter Lang.

Ball, S. (comp.). (1990). *Foucault and Education: Disciplines and Knowledge*, Londres, Routledge.

Ball, S. y Tamboukou, M. (2003). *Dangerous Encounters: Genealogy and Ethnography*, Nueva York, Peter Lang.

Marshall, J. D. (1996). *Michel Foucault: Personal Autonomy and Education*, Dordrecht (Países Bajos), Kluwer Academic.

Peters, M. (1996). *Poststructuralism, Politics, and Education*, Westport (Connecticut), Bergin & Garvey.

Popkewitz, T. S. y Brennan, M. (1998). *Foucault's Challenge: Discourse, Knowledge, and Power in Education*, Nueva York, Columbia University, Teachers College Press.

Scheurich, J. J. (1997). *Research Method In The Postmodern*, Londres, Falmer.

Tamboukou, M. y Ball, S. J. (2003). «Genealogy and ethnography: Fruitful encounters or dangerous liaisons?» en M. Tamboukou y S. J. Ball (comps.), *Dangerous Encounters: Genealogy And Ethnography*, Nueva York, Peter Lang, págs. 1-36.

Libros generales sobre Foucault

(Éstos son los libros sobre la obra de Foucault que hemos hallado útiles o influyentes, pero no tiene el propósito de ser una lista exhaustiva de todos los libros en inglés sobre Foucault. Son libros que poseemos y que hemos estudiado.)

- Armstrong, T. J. (trad.) (1992). *Michel Foucault: Philosopher*, Nueva York, Routledge.
- Barker, P. (1998). *Michel Foucault: An Introduction*, Edimburgo (Reino Unido), Edinburgh University Press.
- Barry, A., Osborne, T. y Rose, N. (comps.) (1996). *Foucault and Political Reason: Liberalism, Neoliberalism, and the Rationalities of Government*, Chicago, University of Chicago Press.
- Bernauer, J. y Rasmussen, D. (comps.) (1991). *The Final Foucault*, Cambridge (Massachusetts), MIT Press. (Incluye una cronología biográfica de Foucault entremezclada con algunas citas de Foucault mientras recuerda diferentes épocas de su vida.)
- Best, S. y Kellner, D. (1991). *Postmodern Theory: Critical Interrogations*, Nueva York, Guilford.
- Burchell, G., Gordon, C. y Miller, P. (1991). *The Foucault Effect: Studies in Governmentality*, Chicago, University of Chicago Press.
- Butler, J. (1993). *Bodies that Matter: on the Discursive Limits of "Sex"*, Nueva York, Routledge.
- Canguilhem, G. (1988). *Ideology and Rationality in the History of the Life Sciences*, Cambridge (Massachusetts), MIT Press.
- Canguilhem, G. (1989). *The Normal and the Pathological*, Nueva York, Zone Books.
- Caputo, J. y Yount, M. (1993). *Foucault and the Critique of Institutions*, University Park, Pennsylvania State University Press.
- Davidson, A. I. (1986). «Archaeology, genealogy, ethics», en D. Couzens Hoy (comp.), *Foucault: A Critical Reader*, Oxford (Reino Unido), Basil Blackwell, págs. 221-234.
- Deleuze, G. (1995). *Negotiations: 1972-1990*, Nueva York, Columbia University Press, traducción de M. Joughin, trabajo original publicado en 1990.
- Dreyfus, H. L. y Rabinow, P. (1983). *Michel Foucault: Beyond Structuralism and Hermeneutics*, Chicago, University of Chicago Press, 2ª edición.

- Eribon, D. (1991). *Michel Foucault*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, traducción de B. Wing.
- Fraser, N. (1989). *Unruly Practices: Power, Discourse, and Gender in Contemporary Social Theory*, Mineápolis, University of Minnesota Press.
- Grosz, E. (1994). *Volatile Bodies: Toward a Corporeal Feminism*, Bloomington, Indiana University Press.
- Gubrium, J. F. y Holstein, J. A. (2000). «Analyzing interpretive practice», en N. K. Denzin e Y. S. Lincoln (comps.), *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks (California), Sage, 2ª edición, págs. 487-508.
- Gutting, G. (1989). *Michel Foucault's Archaeology of Scientific Reason*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press.
- Gutting, G. (comp.) (1994). *The Cambridge Companion to Foucault*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press.
- Halperin, D. M. (1995). *Saint Foucault: Towards a Gay Hagiography*, Nueva York, Oxford University Press.
- Han, B. (2002). *Foucault's Critical Project: Between the Transcendental and the Historical*, Stanford (California), Stanford University Press.
- Hartsock, N. C. M. (1998). *The Feminist Standpoint Revisited and Other Essays*, Boulder (Colorado), Westview.
- Hoy, D. C. (comp.) (1986). *Foucault: A Critical Reader*, Oxford (Reino Unido), Basil Blackwell.
- Jones, C. y Porter, R. (1994). *Reassessing Foucault: Power, Medicine, and the Body*, Londres, Routledge.
- Kendall, G. y Wickham, G. (1999). *Using Foucault's Methods*, Thousand Oaks (California), Sage.
- Kuhn, T. (1962). *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago, University of Chicago Press.
- Lather, P. (2004). «Foucauldian “in discipline” as a sort of policy application», en B. Baker y K. Hayning (comps.), *Dangerous Coagula-*

- tions? *The Uses of Foucault in the Study of Education*, Nueva York, Peter Lang, págs. 281-306.
- Lincoln, Y. S. y Guba, E. G. (1985). *Naturalistic Inquiry*, Beverly Hills (California), Sage.
- Mahon, M. (1992). *Foucault's Nietzschean Genealogy: Truth, Power, and the Subject*, Albany, State University of New York Press.
- McHoul, A. y Grace, W. (1993). *A Foucault Primer: Discourse, Power, and the Subject*, Nueva York, New York University Press.
- Merquior, J. G. (1985). *Foucault*, Berkeley, University of California Press.
- Miller, J. (1993). *The Passion of Michel Foucault*, Nueva York, Simon & Schuster.
- Nilson, H. (1998). *Michel Foucault and the Games of Truth*, Nueva York, St. Martin's, traducción de R. Clark.
- Poster, M. (1987). *Foucault, Marxism, and History: Mode of Production Versus Mode of Information*, Cambridge (Reino Unido), Polity.
- Rajchman, J. (1985). *Michel Foucault: The Freedom of Philosophy*, Nueva York, Columbia University Press.
- Rouse, J. (1987). *Knowledge and Power: Toward a Political Philosophy of Science*, Ithaca (Nueva York), Cornell University Press.
- Sawicki, J. (1991). *Disciplining Foucault: Feminism, Power, and the Body*, Nueva York, Routledge.
- Shumany, D. R. (1989). *Michel Foucault*, Charlottesville, University Press of Virginia.
- Stoler, A. L. (2000). *Race and the Education of Desire: Foucault's History of Sexuality and the Colonial Order of Things*, Durham (Carolina del Norte), Duke University Press.
- St. Pierre, E. A. (2004). «Care of the self: The subject and freedom», en B. Baker y K. E. Heyning (comps.), *Dangerous Coagulations? The Uses of Foucault in the Study of Education*, Nueva York, Peter Lang, págs. 325-358.

Visker, R. (1995). *Michel Foucault: Genealogy as Critique*, Londres, Verso, traducción de C. Turner.

Artículos de Foucault

(Hemos tratado de desarrollar una lista bastante exhaustiva de todos los artículos de *educación* que usan a Foucault como el *principal marco de perspectiva teórica*. Asimismo, esta lista incluye sólo aquellos artículos de los que hemos podido conseguir copias físicas o electrónicas. Sin embargo, no incluimos un estudio de las disertaciones que podrían entrar dentro esta misma categoría.)

Alexander, J. (1997). «Out of the closet and into the network: Sexual orientation and the computerized classroom», *Computers and Composition*, 14, págs. 207-216.

Anderson, G. L. y Grinberg, J. (1998). «Educational administration as a disciplinary proactive: Appropriating Foucault's view of power, discourse, and method. Educational Administration», *Quarterly*, 34, págs. 329-353.

Aper, J. P. (2002). «Steerage from a distance: Can mandated accountability systems really improve schools?», *Journal of Educational Thought*, 36 (1), págs. 7-26.

Atkinson, D. (1999). «A critical reading of the national curriculum for art in the light of contemporary theories of subjectivity», *International Journal of Art & Design Education*, 18 (1), págs. 107-113.

Biesta, G. J. J. (1998). «Pedagogy without humanism: Foucault and the subject of education», *Interchange*, 29 (1), págs. 1-16.

Blair, K. (1994). «Foucault, feminism, and writing pedagogy: Strategies for student resistance and the transformation of popular culture», *Writing Instructor*, 13 (3), págs. 112-123.

Bloiland, H. G. (1995). «Postmodernism and higher education», *Journal of Higher Education*, 66, págs. 521-590.

Butin, D. W. (2001). «If this is resistance, I would hate to see domination: Retrieving Foucault's notion of resistance within educational research», *Educational Studies*, 22 (2), págs. 157-176.

Butin, D. W. (2002). «This isn't talk therapy: Problematizing and ex-

- tending anti-oppressive education», *Educational Researcher*, 31(3), págs. 14-16.
- Carlson, D. (1995). «Making progress: Progressive education in the postmodern», *Educational Theory*, 45, págs. 337-357.
- Case, P., Case, S. y Catling, S. (2000). «Please show you're working: A critical assessment of the impact of OFSTED inspection of primary teachers», *British Journal of Sociology of Education*, 21, págs. 605-622.
- Copeland, I. C. (1996). «The making of the dull, deficient, and backward pupil in British elementary education 1870-1914», *British Journal of Educational Studies*, 44, págs. 377-394.
- Copeland, I. C. (1997). «Pseudo-science and dividing practices: A genealogy of the first educational provision for pupils with learning difficulties», *Disability and Society*, 12, págs. 709-722.
- Copeland, I. C. (1999). «Normalisation: An analysis of aspects of special educational needs», *Educational Studies*, 25, págs. 99-111.
- Coulter, D. (2002). «Creating common and uncommon worlds: Using discourse ethics to decide public and private in classrooms», *Journal of Curriculum Studies*, 34, págs. 25-42.
- Cuthbert, A. (2001). «Going global: Reflexivity and contextualism in urban design education», *Journal of Urban Design*, 6, págs. 297-316.
- Dei, G. S. y Asgharzadeh, A. (2001). «The power of social theory: The anti-colonial discursive framework», *Journal of Educational Thought*, 35, págs. 297-323.
- Dekker, J. J. H. y Lechner, D. M. (1999). «Discipline and pedagogics in history: Foucault, Aries, and the history of panoptical education», *The European Legacy*, 4 (5), págs. 37-49.
- Drummond, J. (2000). «Foucault for students of education», *Journal of Philosophy of Education* 34, págs. 709-719.
- Erevelles, N. (2002). «Voices of silence: Foucault, disability, and the question of self-determination», *Studies in Philosophy and Education*, 21, págs. 17-35.

- Erricker, C. (2001). «Shall we dance: Authority, representation, and voice —The place of spirituality in religious education», *Religious Education*, 96 (1), págs. 2-19.
- Fennel, H-A. (2002). «Letting go while holding on: Women principals' lived experiences with power», *Journal of Educational Administration*, 40 (2), págs. 95-117, extraído el 3 de enero de 2003, de www.emeraldinsight.com/0957-8234.htm
- Flecha, R. (1999). «Modern and postmodern racism in Europe: Dialogic approach and anti-racist pedagogies», *Harvard Educational Review*, 69 (2), págs. 150-171.
- Frohmann, B. (2001). «Discourse and documentation: Some implications for pedagogy and research», *Discourse and Documentation*, 42 (1), págs 12-26.
- Hall, C. y Millard, E. (1994). «The means of correct training? Teachers, Foucault, and disciplining», *Journal of Education for Teaching*, 20 (2), págs. 153-161.
- Hayden, S. (2001). «Teenage bodies, teenage selves: Tracing the implications of bio-power in contemporary sexuality education texts», *Women's Studies in Communication*, 24 (1), págs 30-61.
- Helldin, R. (2000). «Special education knowledge seen as a social problem», *Disability and Society*, 15, págs. 247-270.
- Hemmings, A. (2002). «Youth culture of hostility: Discourses of money, respect, and difference», *International Journal of Qualitative Studies in Education*, 15, págs. 291-307.
- Hones, D. F. (1999). «Making peace: A narrative study of a bilingual liaison, a school, and a community», *Teachers College Record*, 101 (1), págs. 106-135.
- Howley, A. y Harnett, R. (1992). «Pastoral power and the contemporary university: A Foucauldian analysis», *Educational Theory*, 42, págs. 271-282.
- Kelly, P. (2001). «Youth at risk: Processes of individualization and responsibilisation in the risk society», *Discourse: Studies in the Cultural Politics of Education*, 22 (1), 23-33.

- Kennedy, D. (2002). «The child and postmodern subjectivity», *Educational Theory*, 52, págs. 155-167.
- Mayo, C. (2000). «The uses of Foucault», *Educational Theory*, 50, págs. 103-117.
- McCarthy, C. y Dimitriadis, G. (2000). «Governmentality and the sociology of education: Media, educational policy, and the politics of resentment», *British Journal of Education*, 21, págs. 169-185.
- McCoy, K. (1997). «White noise —the sound of epidemic: Reading/ Writing a climate of intelligibility around the “crisis” of difference», *Qualitative Studies in Education*, 10, págs. 333-347.
- McLeod, J. (2001). «Foucault forever». *Discourse: Studies in the Cultural Politics of Education*, 22 (1), págs. 95-104.
- Meadmore, D., Hatcher, C. y McWilliam, E. (2000). «Getting tense about genealogy», *Qualitative Studies in Education*, 13, págs. 463-476.
- Moje, E. B. (1997). «Exploring discourse, subjectivity, and knowledge in chemistry class», *Journal of Classroom Interaction*, 32 (2), págs. 35-44.
- Mourad, R., Jr. (2001). «Education after Foucault: The question of civility», *Teachers College Record*, 103, págs. 739-759.
- Ninnes, P. y Mehta, S. (2000). «Postpositivist theorizing and research: Challenges and opportunities for comparative education», *Comparative Education Review*, 44, págs. 205-212.
- Opfer, V. D. (2001). «Charter schools and the panoptic effect of accountability», *Education and Urban Society*, 33, págs. 201-215.
- Peters, M. (2000). «Writing the self: Wittgenstein, confession, and pedagogy», *Journal of Philosophy of Education*, 34, págs. 353-368.
- Pignatelli, F. (1993). «What can I do? Foucault on freedom and the question of teacher agency», *Educational Theory*, 43, págs. 411-432.
- Pignatelli, F. (2002). «Mapping the terrain of a Foucauldian ethics: A response to the surveillance of schooling», *Studies in Philosophy and Education*, 21, págs. 157-180.

- Popkewitz, T. S. (1997). «The production of reason and power: Curriculum history and intellectual traditions», *Journal of Curriculum Studies*, 29, págs. 131-164.
- Popkewitz, T. S. y Brennan, M. (1997). «Restructuring of social and political theory in education: Foucault and a social epistemology of school practices», *Educational Theory*, 47, págs. 287-313.
- Raddon, A. (2002). «Mothers in the academy: Positioned and positioning within discourses of the “successful academic” and the “good mother”», *Studies in Higher Education*, 27, págs. 387-403.
- Roth, W-M. (2002). «Reading graphs: Contributions to an integrative concept of literacy», *Journal of Curriculum Studies*, 34, págs. 1-24.
- Ryan, J. (1991). «Observing and normalizing: Foucault, discipline, and inequality in schooling», *Journal of Educational Thought*, 25 (2), págs. 104-119.
- Schubert, D. J. (1995). «From a politics of transgression toward an ethics of reflexivity», *American Behavioral Scientist*, 38, págs. 1.003-1.018.
- Seals, G. (1998). «Objectively yours, Michael Foucault», *Educational Theory*, 48, págs. 59-68.
- Selden, S. (2000). «Eugenics and the social construction of merit, race, and disability», *Journal of Curriculum Studies*, 32, págs. 235-252.
- Selwyn, N. (2000). «The national grid for learning: Panacea or panopticon?», *British Journal of Sociology of Education*, 21, págs. 243-255.
- Slaughter, S. (1997). «Class, race, and gender and the construction of post-secondary curricula in the United States: Social movement, professionalization, and political economic theories of curricular change», *Journal of Curriculum Studies*, 29, págs. 1-30.
- Spears, R. y Lea, M. (1994). «Panacea or panopticon?» *Communication Research*, 21, págs. 427-459.
- St. Pierre, E. S. (2002). «“Science” rejects postmodernism», *Educational Researcher*, 31(8), págs. 25-27.
- Stygall, G. (1994). «Resisting privilege: Basic writing and Foucault's

author function», *College Composition and Communication*, 45, págs. 320-341.

Styslinger, M. E. (2000). «Relations of power and drama in education: The teacher and Foucault», *Journal of Educational Thought*, 34, págs. 183-199.

Walshaw, M. (2001). «A Foucauldian gaze on gender research: What do you do when confronted with the tunnel at the end of the light?», *Journal for Research on Mathematics Education*, 32, págs. 471-492.

Willis, A. I. (2002). «Literacy at Calhoun Colored School 1892–1945», *Reading Research Quarterly*, 37(1), págs. 8-44.

Zembylas, M. (2002). «“Structures of fooling” in curriculum and teaching: Theorizing the emotional rules», *Educational Theory*, 52, págs. 187-208.

Lecturas adicionales

Didion, J. (16 de enero de 2003). «Fixed opinions, or the hinge of history», *The New York Review of Books*, págs. 54-59.

34

Análisis de la conversación y el texto

Anssi Peräkylä

Existen dos tipos de materiales empíricos muy utilizados pero claramente diferentes en la investigación cualitativa: las entrevistas y los materiales de ocurrencia natural. Las entrevistas consisten en producciones discursivas ofrecidas al investigador respecto de cuestiones en las que él o ella están interesados. El tema de investigación no es la entrevista en sí misma sino las cuestiones discutidas en la entrevista. En este sentido, la investigación que utiliza material empírico de ocurrencia natural es diferente; en este tipo de investigación, los mismos materiales empíricos (por ejemplo, las grabaciones de interacciones mundanas, los textos escritos) constituyen especímenes del tema de la investigación. En consecuencia, el investigador está en contacto más directo con el objeto mismo de su estudio.

Probablemente, la mayor parte de la investigación cualitativa esté basada en entrevistas. Hay buenas razones para ello. Mediante el uso de entrevistas, el investigador puede alcanzar áreas de la realidad que de otro modo permanecerían inaccesibles, tales como las experiencias y las actitudes subjetivas de las personas. La entrevista es también una forma muy conveniente de superar las distancias tanto espaciales como temporales; sucesos pasados y experiencias lejanas pueden estudiarse entrevistando a las personas que participaron de ellas.

En otras instancias, es posible alcanzar el objetivo de investigación utilizando de forma directa materiales empíricos de ocurrencia natural (Silverman, 2001). Si el investigador está interesado en, digamos, las estrategias usadas por los periodistas en la entrevista a

políticos (véase Clayman y Heritage, 2002a), podría ser aconsejable grabar las entrevistas transmitidas por los medios en lugar de interrogar a los periodistas acerca de su trabajo. O si el investigador desea estudiar la evolución histórica de las concepciones médicas vinculadas con la muerte y al acto de morir, podría ser aconsejable estudiar libros de texto médicos en lugar de pedirles a los doctores que cuenten lo que saben acerca de estos conceptos.

Sin embargo, no debería exagerarse el contraste entre las entrevistas y los materiales de ocurrencia natural (véanse Potter, 2004; Speer, 2002). Existen tipos de materiales de investigación que se encuentran entre estos dos tipos puros. Por ejemplo, en las *entrevistas informales que son parte del trabajo de campo etnográfico* y en los *grupos focales*, las personas describen sus prácticas e ideas al investigador en circunstancias que están mucho más cercanas a las «ocurrencias naturales» de lo que lo están las circunstancias en las entrevistas de investigación corrientes. Asimismo, incluso las entrevistas «corrientes» pueden y se han analizado como especímenes de prácticas de interacción y razonamiento más que como representaciones de hechos o ideas ajenas a la situación de entrevista. Como lo planteó recientemente Speer (2002): «El *status* de fragmentos de datos en cuanto naturales o no depende en gran medida de lo que el investigador se proponga “hacer” con ellos» (pág. 513). Wetherell y Potter (1992), por ejemplo, analizaron las formas en que los entrevistados utilizan distintos recursos lingüísticos y culturales en la construcción de su relación con los discursos raciales y racistas. Por otro lado, como lo plantea Silverman (2001), ningún dato —ni siquiera las grabaciones— «son ajenas a las manos del investigador» (pág. 159; véase también Speer, 2002, pág. 516); la actividad del investigador es necesaria, por ejemplo, para la obtención del consentimiento informado de los participantes. En consecuencia, la diferencia entre los datos promovidos por el investigador y los datos de ocurrencia natural debería comprenderse como un continuo en lugar de como una dicotomía.

Este capítulo se centra en un extremo de este continuo. Presenta algunos métodos que pueden utilizarse en el análisis y la interpretación de interacciones grabadas y en textos escritos, los cuales probablemente sean los tipos de datos que más se acercan a la idea de «ocurrencia natural».

Análisis de textos

Usos de los textos y variedad de métodos de análisis textual

Como señalan Smith (1974, 1990) y Atkinson y Coffey (1997), gran parte de la vida social en la sociedad moderna se encuentra mediada por textos escritos de diferentes clases. Por ejemplo, el cuidado moderno de la salud no sería posible sin los registros de pacientes; el sistema legal no sería posible sin las leyes y otros textos jurídicos; la capacitación profesional no sería posible sin los manuales y las revistas para profesionales; y el ocio no sería posible sin los periódicos, las revistas y las publicidades. Textos de esta clase han proporcionado material en abundancia a los investigadores cualitativos.

En muchos casos, los investigadores cualitativos que utilizan textos escritos como sus materiales no intentan seguir ningún protocolo predefinido en la ejecución de sus análisis. Mediante la lectura y relectura de sus materiales empíricos, ellos tratan de establecer sus temas claves y, así, trazar una imagen de los presupuestos y los significados que constituyen el mundo cultural del cual el material textual es un espécimen. Un ejemplo de esta clase de enfoque informal es el breve pero elegante caso de estudio de Seale (1998) sobre un folleto basado en una entrevista transmitida por los medios con el dramaturgo británico Dennis Potter (págs. 127-131). El entrevistado padecía una enfermedad terminal al momento de la entrevista. Seale mostró cómo la entrevista comunica una concepción particular de la muerte y del acto de morir, caracterizada por una percepción intensa de la muerte inminente y por la especial creatividad que surge de ella.

En muchos casos, un enfoque informal puede ser la mejor opción como método para la investigación centrada en textos escritos. En especial, en los diseños de investigación en los que el análisis textual cualitativo no se encuentra en el centro de la investigación sino que, en cambio, ocupa un rol subsidiario o complementario, puede que no se requiera de métodos de análisis textual más sofisticados. Ése fue ciertamente el caso en el estudio de Seale (1998), en el que el análisis textual cualitativo complementaba un estudio más general basado en su mayor parte en materiales de entrevistas y cuestionarios, así como en trabajos teóricos. Sin embargo, en los proyectos que únicamente utilizan textos como materiales empíricos, es posible considerar el uso de diferentes clases de procedimientos analíticos.

Hay, en efecto, muchos métodos de análisis textual de los cuales el investigador puede elegir. El grado en el cual ellos involucran a conjuntos predefinidos de procedimientos varía; algunos de ellos lo hacen en gran medida, mientras que en otros el énfasis está más puesto

en los presupuestos teóricos relacionados con los mundos sociales y culturales a los cuales pertenece el texto. Asimismo, algunos de estos métodos pueden utilizarse en la investigación tanto del discurso escrito como oral, mientras que otros sólo son adecuados para los textos escritos. A continuación, menciono brevemente unos pocos métodos textuales analíticos y luego analizo dos de ellos un poco más en detalle.

La *semiótica* es un amplio campo de estudio dedicado a los signos y a su uso. Muchas herramientas de análisis textual han surgido a partir de este campo. Es probable que la más prominente de ellas sea el *análisis narrativo semiótico*. El etnólogo ruso Propp (1968) y el sociólogo francés Greimas (1966) desarrollaron esquemas para el análisis de las estructuras narrativas. En un principio, sus esquemas se desarrollaron en cuentos de hadas, pero luego se los aplicó a muchas otras clases de textos. Por ejemplo, mediante el uso del esquema de Greimas es posible derivar de los textos relaciones estructurales primordiales (por ejemplo, sujeto frente a objeto, emisor frente a receptor, colaborador frente a oponente). Törrönen (2000, 2003) utilizó y desarrolló otros conceptos inspirados en Greimas en el análisis de editoriales de periódicos abocadas a regulaciones vinculadas con el alcohol, y demostró cómo estos textos movilizan relaciones estructurales de modo de animar a los lectores a adoptar acciones para lograr objetivos políticos particulares.

El término *Análisis del Discurso* (AD) puede referirse, dependiendo del contexto, a varios enfoques distintos de la investigación de textos escritos (y también del discurso oral). Dentro del contexto de la lingüística, el AD se refiere por lo general a la investigación que tiene como objetivo revelar las características del texto que mantienen la coherencia en unidades más extensas que la oración (Brown y Yule, 1983). En la psicología social, el AD (o *psicología discursiva*, como se lo ha llamado recientemente) incluye investigaciones en las que se estudia el uso del lenguaje (tanto escrito como oral) que apuntala las realidades mentales, como la cognición y la emoción. Aquí, el presupuesto teórico clave es que las realidades mentales no residen «dentro» de los individuos humanos sino que, por el contrario, se construyen de modo lingüístico (Edwards, 1997; Potter y Wetherell, 1987). El *Análisis Crítico del Discurso* (ACD), desarrollado por Fairclough (1989, 1995), constituye otra clase de perspectiva analítica del discurso en la que se funden algunos de los intereses claves de la investigación lingüística y crítico-social. Los analistas críticos del discurso están interesados en las formas en que textos de diferentes clases reproducen el poder y las desigualdades en la sociedad. El estudio de Tainio (1999) acerca del lenguaje de las guías de autoayuda para la comunicación de parejas casadas es un ejemplo de un estudio de ACD. Tainio mostró,

por ejemplo, cómo en estos textos se espera que sea la mujer la que cambie para que se resuelvan los problemas de comunicación, mientras que al hombre se lo considera inmutable.

El *Análisis Histórico del Discurso* (AHD) constituye otra forma de AD y es un enfoque que introduzco un poco más en detalle a través de un ejemplo de investigación.

Análisis histórico del discurso: el trabajo de Armstrong como un ejemplo

Muchos académicos abocados a los textos escritos han tomado conceptos de Michel Foucault y se han inspirado en su trabajo. (Para obtener ejemplos de sus propios estudios, véase Foucault, 1973, 1977, 1978. Para obtener explicaciones accesibles de sus teorías y sus métodos, véanse Kendall y Wickham, 1999; McHoul y Grace, 1993). Foucault no propuso un conjunto definitivo de métodos para el análisis de los textos; por tanto, las formas de analizar e interpretar los textos de académicos inspirados por él varían. Para todos ellos, sin embargo, un interés fundamental es, como lo señala con acierto Potter (2004), el modo en que un conjunto de «declaraciones» pasa a constituir objetos y sujetos. La constitución de sujetos y objetos se explora en un contexto histórico, —o, en términos de Foucault, a través de la *arqueología* y la *genealogía*—.

El trabajo de David Armstrong es un buen ejemplo del enfoque foucaultiano, o histórico, en el análisis textual. En una serie de estudios (Armstrong, 1983, 1987, 1993, 1998, 2002; Gothill y Armstrong, 1999), Armstrong investigó libros y artículos médicos para mostrar de qué modo durante los últimos dos siglos se constituyeron en estos textos objetos tales como cuerpos, enfermedades y muerte, al igual que sujetos como doctores, pacientes y enfermeras. El enfoque de Armstrong es radicalmente construccionista; sostiene que estos objetos y sujetos —en el sentido en que los conocemos hoy en día— no existían antes de que se los construyera a través de las prácticas textuales y de otras prácticas. Por ejemplo, siempre ha sucedido que algunas personas mueren a una edad temprana pero, de acuerdo con Armstrong (1986), la «mortalidad infantil» en cuanto objeto social discreto tomó forma alrededor de 1875. Sólo después de esto, los informes anuales del Registro General (en Gran Bretaña) se orientaron hacia tal hecho.

Examinemos brevemente el artículo de Armstrong (1993) sobre «espacios de salud pública» para poder comprender su manera foucaultiana de analizar e interpretar los textos. Básicamente, Armstrong estaba interesado en las reglas de higiene. Utilizando material

textual derivado de libros de textos e instrucciones sobre medicina e higiene, Armstrong mostró de qué modo las reglas que definen la diferencia entre lo peligroso y lo seguro o entre lo puro y lo sucio han ido cambiando durante los últimos dos siglos. En y a través del la examen de las reglas y su transformación, Armstrong exploró la evolución de los espacios en los cuales se sitúa la identidad individual.

Armstrong (1993) identificó cuatro fases o «regímenes» en el desarrollo de las reglas de higiene. Durante la fase de *cuarentena* (desde la Baja Edad Media hasta la primera mitad del siglo XIX), la línea divisoria entre puro y sucio demarcaba diferentes espacios geográficos. Los barcos que transportaban enfermedades o los pueblos y las aldeas donde se encontraban enfermedades infecciosas eran separados de las localidades «limpias». Durante la fase de la *ciencia sanitaria* (1850-1900), la frontera clave separaba el cuerpo humano (limpio) de las sustancias ajenas al cuerpo tales como el aire y el agua (contaminados). Durante la fase de *higiene interpersonal* (desde los comienzos hasta la mitad del siglo XX), la línea divisoria se colocó entre los cuerpos individuales, de modo de prevenir la difusión de enfermedades contagiosas de un cuerpo a otro. Por último, durante la fase de *nueva salud pública*, el peligro surgió de la incursión de las actividades de los cuerpos humanos en la naturaleza en forma de contaminación del medio ambiente. Armstrong señaló que cada régimen de higiene incorporaba prácticas de la formación de la identidad humana. Por ejemplo, el cambio de la cuarentena a la ciencia sanitaria implicó la disección de la masa y el reconocimiento «de una individualidad separable y calculable» (pág. 405), la higiene interpersonal construyó diferencias individuales y la nueva salud pública delineó un sujeto reflexivo. A través de su análisis, Armstrong entabló, además, una discusión con los escritos sociológicos y antropológicos de Durkheim (1948) y Douglas (1966), proporcionando una especificación histórica a sus conceptos y reformulando algunos de sus presupuestos en relación con la significancia social de los límites entre lo sagrado y lo profano o entre lo puro y lo sucio.

Los resultados de Armstrong son impresionantes. ¿Cómo lo hizo? ¿Cómo analizó sus textos? Recientemente ha brindado una explicación esclarecedora sobre su método (Armstrong, 2002, capítulo 17). Si bien con independencia de su propia explicación, pero aun así en línea con ella, a continuación señalo unas cuantas cuestiones que parecen centrales en el contexto de este *Manual de investigación cualitativa*. En un sentido técnico, la forma de analizar los textos de Armstrong no es muy diferente a lo que anteriormente se denominó «el enfoque informal». Él se concentró en el «contenido proposicional» (no en la forma lingüística) de los textos, tratando de establecer los presupuestos y las

presuposiciones incorporadas por ellos. Sin embargo, había al menos tres características adicionales. Primero, Armstrong ponía mucha atención a la fecha de publicación de los textos. Un aspecto clave de sus análisis consistía en mostrar en qué época surgía cada nuevo régimen de higiene, para lo cual sostenía que era posible documentar épocas bastante precisas mediante un estudio histórico de los textos. Segundo, los análisis de Armstrong estaban basados en la teoría. Sumados a sus intereses foucaultianos, los argumentos presentados por Douglas (1966) en su clásico moderno *Purity and Danger* le proporcionaron a Armstrong un punto de partida. Para Douglas, la separación entre los objetos puros y los peligros era la cuestión clave. Tercero, para Armstrong (al igual que para todos los foucaultianos), textos y *prácticas* son inseparables. Los textos sobre medicina e higiene que él leía tenían un fuerte componente instructivo en ellos; no sólo estaban estableciendo límites entre los objetos «ideales», sino que también (y así los leía Armstrong) servían como lineamientos para las prácticas sociales reales en las que se mantenían estos límites.

El modo histórico y foucaultiano de analizar e interpretar los textos por parte de Armstrong ofrece una alternativa compacta para el análisis textual cualitativo. A continuación, nos concentramos en una forma completamente diferente de leer los textos en la investigación cualitativa, esto es, en el *Análisis de Categorizaciones de Membresía* (ACM).

Análisis de Categorización de Membresía

Mientras que el análisis foucaultiano de Armstrong estaba interesado por el contenido proposicional de los textos y no por sus propiedades formales, puede decirse que el ACM está más centrado en estas últimas. Sin embargo, el ACM no tiene relación con las formas gramaticales sino, por el contrario, con las formas normativas y cognitivas involucradas en las relaciones sociales implícitas en la producción y la comprensión de los textos. Para decirlo de otra manera, el enfoque foucaultiano de Armstrong se interesa por los presupuestos que subyacen a *qué* se dice (y a qué no se dice) en el texto, mientras que el ACM se interesa por *el aparato descriptivo* que hace posible decir cualquier cosa que se diga.

Antes de comenzar a examinar el ACM, quisiera recordarle al lector el amplio abanico de aplicaciones que tiene este enfoque. Además del análisis de textos escritos, puede utilizarse en el análisis de entrevistas (por ejemplo, Baker, 1997) y en el análisis de conversaciones de ocurrencia natural (por ejemplo, Cuff, 1994). A continuación, sin embargo, me centro en las aplicaciones para el análisis textual.

La idea de categorización de membresías proviene del sociólogo estadounidense Sacks (1974b, 1992). La *descripción* era una cuestión analítica clave para Sacks; estaba interesado por las condiciones de descripción, es decir, por aquello que hace posible para nosotros producir y comprender las descripciones de las personas y de sus actividades. Como señala acertadamente Silverman (2001), Sacks estaba interesado por «el aparato a través del cual se producen descripciones de los miembros de forma adecuada» (pág. 139). Este interés condujo a Sacks a examinar la categorización.

Por lo general, nos referimos a las personas mediante el uso de categorías. El punto de partida del ACM es el reconocimiento del hecho de que en cualquier circunstancia, es posible referirse a una persona mediante el uso de muchas categorías alternativas. Aparte de referirse a mí como al autor de este capítulo, también es posible referirse a mí como a un hombre, como a una persona de mediana edad, como a un finlandés, como a un sociólogo, como a un profesor, como a un padre de dos niños, como a un esposo y así sucesivamente. El ACM tiene que ver con la selección de categorías como éstas y con las condiciones y las consecuencias de tal selección.

El famoso ejemplo de Sacks (1974b) es el comienzo de un relato escrito por un niño: *El bebé lloró. La mamá lo alzó en brazos*. Hay dos categorías centrales en este relato: «bebé» y «mamá». ¿Por qué se usan estas categorías, y que se consigue con ellas? Si la mamá fuera bióloga de profesión, ¿por qué motivo no sería éste el relato: *El bebé lloró. La científica lo alzó en brazos* (Jayyusi, 1991, pág. 238)? ¿Por qué oímos el relato y lo identificamos con un bebé y su madre y no sólo con cualquier bebé y con cualquier madre? El ACM brinda respuestas a preguntas como éstas y ofrece un conjunto de herramientas para el análisis de varios tipos de textos.

Sacks (1992) observó que las categorías forman conjuntos, es decir, colecciones de categorías que van juntas. Familia es una de esas colecciones, y «bebé», «madre» y «padre» son algunas de sus categorías. «Etapas de la vida» es otra colección; consiste de categorías tales como «bebé», «infante», «niño» y «adulto». Ahora, en principio podría indicarse que «bebé» pertenece a ambas colecciones, pero en el breve relato precedente, lo identificamos con la colección «familia». Esto es así porque al oír (o leer) descripciones donde se usan dos o más categorías, nos orientamos hacia una regla según la cual identificamos esas categorías como pertenecientes a la misma colección en el caso de que efectivamente se las pueda identificar de esa manera. Por consiguiente, en este caso identificamos a «bebé» y a «mamá» como pertenecientes al recurso «familia» (pág. 247).

Asimismo, las categorías van unidas a *actividades*. Sacks utilizó el término «actividades ligadas con una categoría» en referencia a las actividades que los miembros de una cultura asumen como «típicas» de una categoría (o de algunas categorías) de personas. «Llorar» es una actividad ligada con una categoría de un bebé, al igual que «alzar en brazos a un bebé (que llora)» es una actividad ligada a una categoría de una madre. De un modo similar «dar clases» es una actividad ligada a una categoría de un profesor. Actividades como éstas pueden ser normativas; es apropiado que el bebé lllore y que la madre lo alce en brazos, pero no resulta apropiado que un adulto lllore (como un bebé) o que una madre no alce en brazos a un bebé que llora. Los *pares relacionales estandarizados* consisten de dos categorías en donde los titulares de las categorías tienen derechos y obligaciones estandarizados unos con otros, y para los cuales «mamá y bebé» son un par claro, al igual que «marido y mujer» y «doctor y paciente» son pares comunes. Además, los receptores de las descripciones pueden e inferen las categorías a partir de las acciones y viceversa. Conociendo las acciones, inferimos las categorías de los agentes; conociendo las categorías de los agentes, inferimos qué es lo que hacen.

Incluso sobre la base de estos fragmentos de las ideas de Sacks (para explicaciones más detalladas, véanse Hester y Eglin, 1997; Silverman, 1998), el lector puede tener una idea de la potencialidad que brinda esta perspectiva para el análisis de los textos. Las ideas de Sacks son recursos para el análisis de los textos como sitios para la producción y la reproducción de órdenes sociales, morales y políticos. Simplemente teniendo en cuenta que existe siempre más de una categoría disponible para la descripción de una determinada persona, el analista pregunta siempre: «¿Por qué esta categorización ahora?»

Examinemos un breve ejemplo de ACM. Eglin y Hester (1999) proporcionaron un relato reflexivo de la cobertura por parte de un periódico local de un suceso trágico, específicamente la matanza de trece estudiantes mujeres y de un trabajador de procesamiento de datos a manos de un hombre armado en la Escuela Politécnica en Montreal en diciembre de 1989. Su propósito era mostrar de qué modo un «acto desviado» estaba construido por los miembros de la cultura. Para ello identificaron los recursos de categorización utilizados en la cobertura del periódico.

Eglin y Hester (1999) mostraron cómo la descripción del suceso trágico dependía por completo de los recursos o el «aparato» de categorización. Los titulares de las primeras noticias con relación al suceso implicaban un par inicial de categorías empleadas en la descripción del suceso, específicamente «delincuente y «víctimas», el cual Eglin y Hester (pág. 200) consideraban ser una clase especial de par relacional

estandarizado. En el cuerpo de la noticia, estas categorías se transformaban (por ejemplo, «delincuente» se transformó en «sospechoso de asesinato»), y nuevas categorías tales como «policía», «testigos», «parientes» y «amigos» de las víctimas entraban en escena. Tal como sostienen Eglin y Hester:

Estas categorías y pares de categorías... proporcionan, entonces, algunos de los recursos procedimentales que los redactores de noticias y los lectores de noticias pueden utilizar para producir y reconocer, respectivamente, la relevancia de la variedad de los actores y las acciones que aparecen en el texto de los artículos (pág. 202).

Sin embargo, las categorías no son recursos neutrales de descripción. Eglin y Hester (1999) analizaron a continuación de qué forma el uso de recursos de categorización hacía posible un *comentario incrustado*, o la *evaluación*, de los sucesos. Distinguieron entre varios «relatos» diferentes en la cobertura periodística, cada uno de ellos basado en operaciones particulares con categorías. Por ejemplo, *la historia de horror* surgió de la *separación* entre las categorías de membresía que tomaban relevancia en virtud del *entorno* y aquellas que se volvían relevantes en virtud del *suceso*. En un campus universitario, el entorno volvía relevantes categorías tales como «estudiante», «profesor» y «miembro del personal». El relato de horror incluía la transformación de estas identidades según categorías en las de «delincuente», «víctimas», «testigos» y demás. Esta separación se encapsuló en informes tales como el siguiente: *Yo estaba haciendo una presentación en frente de la clase y, de repente, entró un tipo con lo que creo que era un rifle semiautomático* (Canadian Press, 1989, citado en Eglin y Hester, 1999, pág. 204). El *relato de la tragedia* incluía otra clase de comentario. Este relato se basaba en dos recursos de categorización: el recurso de *la etapa de la vida* y lo que Sacks (1974b) llamó la *recolección*, es decir, la colección de pares relacionales estandarizados relevantes para un pedido de socorro. En términos de etapas de la vida, las víctimas eran personas jóvenes que tenían un futuro por delante: *catorce mujeres jóvenes [son] masacradas brutalmente en la flor de la edad cuando todo parecía asegurarles un futuro brillante* (Malarek, 1989, citado en Eglin y Hester, 1999, pág. 205). Con respecto a la *recolección*, la tragedia surgió a partir de la pérdida experimentada por los titulares de las «partes de los pares» de las categorías —padres, hermanos/hermanas y amigos—. Asimismo, otro comentario incluía *el relato acerca de la matanza de mujeres*. Las víctimas eran mujeres a quienes el hombre armado había elegido de forma deliberada sobre la base de su género de modo que las categorías «hombre» y «mujer» aparecían en gran parte de la cobertura periodística. En artículos subse-

cuentas, la masacre se ligó con cuestiones más amplias asociadas con la violencia masculina en contra de las mujeres y con las relaciones de género en general.

Dado que toda descripción se funda en la categorización, es obvio que el ACM resulta extensamente aplicable al análisis de los textos. El análisis de la categorización le otorga al investigador acceso a los mundos culturales y a los órdenes morales en torno a los cuales giran los textos. Es importante, sin embargo, remarcar que el análisis de la categorización no trata *sólo* de culturas o morales específicas. Al desarrollar sus conceptos, el interés principal de Sacks no radicaba en los «contenidos» de las categorizaciones; más bien, estaba interesado en las formas en que las utilizamos (Atkinson, 1978, pág. 194). Por consiguiente, al fin de cuentas, el análisis de categorización de membresías invita al investigador cualitativo a explorar las condiciones de acción de la descripción en sí misma.

Análisis de la conversación

La interacción social cara a cara (u otra interacción en vivo mediada por teléfonos u otros medios tecnológicos) es la realidad social más inmediata y más frecuentemente experimentada. El corazón de nuestro ser social y personal radica en el contacto inmediato con otros humanos. Aun cuando sociólogos y psicólogos sociales hayan conducido con éxito observaciones etnográficas de interacciones sociales cara a cara, son las grabaciones de video y audio las que proporcionan los datos más ricos disponibles hoy en día para el estudio de la conversación y de la interacción. Esas grabaciones se han analizado usando los mismos métodos examinados previamente en el contexto de interpretación de los textos escritos. Tanto el ACD como el ACM, e incluso el AD foucaultiano, son aplicables para la investigación de las transcripciones basadas en grabaciones de video y audio. Sin embargo, como señala Goffman (1983), para poder ser apreciada por completo, la interacción social cara a cara requiere además de sus propios métodos específicos. El juego conjunto de emisiones y acciones en la interacción social en vivo implica una compleja organización que no es posible hallar en los textos escritos. El *Análisis Conversacional* (AC) se presenta como un método especializado para analizar esa organización.

Orígenes del análisis conversacional

El AC es un método para investigar la estructura y el proceso de la interacción social entre los humanos. En cuanto a sus materiales empíricos, el AC estudia grabaciones de video o audio realizadas a partir de interacciones de ocurrencia natural. En cuanto a sus resultados, estos estudios ofrecen descripciones cualitativas (y en ocasiones cuantitativas) de estructuras interaccionales (por ejemplo, la alternancia de turnos, las relaciones entre emisiones adyacentes) y prácticas interaccionales (por ejemplo, la comunicación y la recepción de noticias, la realización de evaluaciones).

El AC fue una iniciativa de Sacks y de sus colaboradores, en especial de Emanuel Schegloff y Gail Jefferson, en la universidad de California durante la década de 1960. Al momento de su nacimiento, el AC era algo por completo diferente al resto de la ciencia social. La forma predominante de investigación de la interacción social humana era cuantitativa, basada en la codificación y el conteo de distintas acciones definidas teóricamente (véase especialmente Bales, 1950). Goffman (por ejemplo, 1955) y Garfinkel (1967) habían desafiado este modo de comprender la interacción mediante sus estudios, los cuales se centraban en los fundamentos morales e inferenciales de la interacción social. Basando en ellos parte de su inspiración, Sacks comenzó a estudiar de forma cualitativa el ordenamiento secuencial y en tiempo real de las acciones —las reglas, los patrones y las estructuras en las relaciones entre acciones consecutivas (Silverman, 1998)—. Schegloff (1992a) sostiene que Sacks efectuó un cambio radical de la perspectiva de la investigación científica social, respecto de la interacción social; en lugar de tratar la interacción social como una pantalla sobre la cual se proyectaban otros procesos (categorías balesianas o procesos morales e inferenciales), Sacks comenzó a estudiar las estructuras mismas de la interacción en sí (pág. xviii).

Presupuestos teóricos básicos

En primer término, el AC no es una empresa teórica, sino que por el contrario es una empresa empírica muy concreta. Los analistas conversacionales realizan grabaciones de video y/o audio de interacciones de ocurrencia natural y luego las transcriben por medio de un sistema de notación detallado (véase el Apéndice). En sus grabaciones y transcripciones, ellos buscan prácticas interactivas recurrentes distintivas que luego se convierten en sus temas de investigación. Estas prácticas pueden incluir, por ejemplo, secuencias específicas (por ejemplo, la comunicación de noticias [Maynard, 2003]) o formas

específicas de diseñar emisiones (por ejemplo, respuestas a preguntas precedidas por «oh» [Heritage, 1998]). Luego, mediante una escucha atenta, la comparación de instancias y la exploración de sus contextos, los analistas conversacionales describen en detalle las propiedades y las tareas de estas prácticas.

Sin embargo, a través de estudios empíricos —de un modo «inductivo»— se ha acumulado un cuerpo de conocimiento teórico acerca de la organización de la conversación. Las «técnicas» actuales de conducción del AC sólo pueden comprenderse y apreciarse teniendo como telón de fondo estos presupuestos teóricos básicos del AC. A continuación, intento delinear algunos de los presupuestos básicos vinculados con la organización de la conversación que surgen de estos estudios. Existen quizás tres presupuestos que son los más fundamentales de esta clase (véanse, Heritage, 1984, capítulo 8; Hutchby y Wooffitt, 1998), específicamente que: (a) la conversación es acción; (b) la acción está estructuralmente organizada, y (c) la conversación crea y mantiene la realidad intersubjetiva.

La conversación es acción. Al igual que en algunos otros enfoques filosóficos y científico sociales, en el AC la conversación se entiende antes que nada como un vehículo de la acción humana (Schegloff, 1991). La capacidad del lenguaje para comunicar ideas se considera un derivado de esta tarea más fundamental. En la consecución de las acciones, la conversación se entrelaza de manera uniforme con (otros) medios corporales de acción, tales como la mirada y los gestos (Goodwin, 1981). Algunos estudios de AC tienen como temas propios la organización de acciones que son reconocibles como acciones distintivas, incluso desde un punto de vista vernáculo. Por consiguiente, los analistas conversacionales han estudiado, por ejemplo, las aperturas (Schegloff, 1968) y los cierres (Schegloff y Sacks, 1973) de conversaciones, las evaluaciones y los modos en que los receptores acuerdan o desacuerdan con ellos (Goodwin y Goodwin, 1992; Pomerantz, 1984), los cuentos (Mandelbaum, 1992; Sachs, 1974a), los reclamos (Drew y Holt, 1988), la comunicación y la recepción de noticias (Maynard, 2003) y la risa (Haakana, 2001; Jefferson, 1984). Muchos estudios de AC tienen como temas propios acciones que son típicas en algún contexto institucional. Los ejemplos incluyen los diagnósticos (Heath, 1992; Maynard, 1991, 1992; Peräkylä, 1998, 2002; ten Have, 1995) y los exámenes físicos (Heritage y Stivers, 1999) en consultas médicas, las prácticas de formulación de preguntas y respuestas en contrainterrogatorios (Drew, 1992), las formas de lidiar con los desacuerdos en las entrevistas periodísticas (Greatbatch, 1992) y los consejos brindados en un número de diferentes situaciones (Heritage y Sefi, 1992; Silverman, 1997; Vehviläinen, 2001). Por último, muchos estudios importantes de AC se centran en aspectos fundamentales de la organización conversacional que hacen posible cualquier acción. Éstos

incluyen la alternancia de turnos (Sacks, Schegloff y Jefferson, 1974), la reparación (Schegloff, Jefferson y Sacks, 1977; Schegloff, 1992c) y los modos generales en los que se construyen las secuencias de acción (Schegloff, 1995).

La *acción está estructuralmente organizada*. Desde el punto de vista del AC, las acciones prácticas que constituyen el corazón de la vida social se encuentran íntegramente estructuradas y organizadas. En la consecución de sus objetivos, los actores tienen que orientarse hacia las reglas y las estructuras que sólo hacen posibles sus acciones. Estas reglas y estructuras tienen que ver en su mayor parte con las relaciones entre las acciones. Los actos individuales son parte de entidades estructuralmente organizadas más generales. Estas entidades pueden denominarse «secuencias» (Schegloff, 1995).

La secuencia más básica y más importante se llama «par de adyacencia» (Schegloff y Sacks, 1973). Es una secuencia de dos acciones en la cual la primera acción («primer parte del par»), representada por un actor, induce un tipo particular de segunda acción («segunda parte del par») que ha de ser representada por otro actor. Ejemplos típicos de pares de adyacencia incluyen la pregunta-respuesta, el saludo-saludo, el pedido-concesión/rechazo y la invitación-aceptación/declinación. La relación entre las primeras y las segundas partes de los pares es estricta y normativa; si la segunda parte del par no sucediera, el primer hablante puede, por ejemplo, repetir la primera acción o buscar explicaciones por el hecho de que la segunda acción está ausente (Atkinson y Drew, 1979, págs. 52–57; Merritt, 1976, pág. 329).

Los pares de adyacencia con frecuencia sirven como un núcleo en torno al cual se construyen secuencias incluso mayores (Schegloff, 1995). De este modo, es posible que una *preexpansión* preceda a un par de adyacencia, por ejemplo, en casos en que el primer hablante le pregunta al otro acerca de sus planes para la noche, y sólo a partir de ahí (si resulta que el otro no está comprometido) extiende una invitación. Una *expansión insertada* incluye acciones que ocurren entre la primera y la segunda parte de los pares y hace posible la producción de esta última, por ejemplo, en casos en los que el hablante requiere una especificación sobre una oferta o un pedido antes de responder a él. Finalmente, en la *posexpansión*, los hablantes producen acciones que de alguna manera son consecuencia del par de adyacencia básico, del cual el ejemplo más simple es «de acuerdo» o «gracias» para cerrar la secuencia de una pregunta y una respuesta o de un pedido y una concesión (Schegloff, 1995).

La *conversación crea y mantiene la realidad intersubjetiva*. En ocasiones, se ha criticado el AC por descuidar el «significado» de la conversación a expensas de la «forma» de la conversación (véanse Alexander, 1988, pág. 243; Taylor y Cameron, 1987, págs. 99-107). Éste es, sin

embargo, un malentendido surgido quizás de la impresión creada por la exactitud técnica de los estudios de AC. Una lectura más minuciosa de los estudios de AC revela que, en tales estudios, la conversación y la interacción se examinan como un sitio en donde se crea y se mantiene una comprensión intersubjetiva sobre las intenciones de los participantes (Heritage y Atkinson, 1984, pág. 11). Como tal, el AC proporciona acceso a la construcción de significado en tiempo real. Pero es importante señalar que la «mirada» analítica conversacional se centra exclusivamente en los significados y las comprensiones que se hacen públicas a través de la acción conversacional y que continua siendo «agnóstica» en relación con la experiencia intrapsicológica de las personas (Heritage, 1984).

El nivel más fundamental de comprensión intersubjetiva —que de hecho constituye la base para cualquier otro tipo de comprensión intersubjetiva— está relacionado con la comprensión del turno precedente exhibida por el hablante actual. Al igual que con cualquier otro turno conversacional que se produce en el contexto modelado por el turno anterior, éste también exhibe la comprensión del hablante respecto de ese turno previo (Atkinson y Drew, 1979, pág. 48). Por consiguiente, en casos simples, al producir un turno conversacional que puede oírse como una respuesta, el hablante muestra asimismo que ha entendido el turno precedente como una pregunta. En ocasiones, estas elecciones pueden ser cruciales para el desenvolvimiento de la interacción y la relación social de sus participantes, por ejemplo, en casos donde un turno conversacional tiene la potencialidad de ser oído de dos maneras diferentes (por ejemplo, como un anuncio o un pedido, como un informe o un reclamo), y el receptor hace su elección en el turno siguiente. En caso de que el primer hablante considere que la comprensión relacionada con su intervención es incorrecta o problemática, tal como lo exhibe la emisión del segundo hablante, el primer hablante tiene la oportunidad de corregir esta comprensión en la «tercera posición» (Schegloff, 1992c), diciendo, por ejemplo: «No era mi intención criticarte; sólo quería contarte acerca del problema».

Otro nivel importante de comprensión intersubjetiva está asociado con el contexto de la conversación. Esto es particularmente significativo en la interacción institucional, es decir, en la interacción que tiene lugar para la concreción de algunas tareas de los participantes adscritas en el plano institucional (por ejemplo, la psicoterapia, las consultas médicas, las entrevistas periodísticas) (Drew y Heritage, 1992). La comprensión de los participantes del contexto institucional de su conversación está documentada en sus acciones. Como señalan Schegloff (1991, 1992b) y Drew y Heritage (1992), la cuestión de si el «contexto institucional» es relevante para la interacción, puede observarse en los detalles de las acciones de los participantes —en las for-

mas de dar y recibir información, de preguntar y responder a preguntas, de presentar argumentos y así sucesivamente—. La investigación de AC centrada en las interacciones institucionales explora las formas exactas en que los ejecutores de las distintas tareas institucionales modelan sus acciones para lograr sus objetivos.

Ejemplo de investigación

Luego de estas consideraciones bastante abstractas, pasemos a considerar un ejemplo concreto de investigación de AC. En mi propio trabajo de asesoramiento sobre el sida (Peräkylä, 1995), uno de los temas consistía en una práctica que en la teoría terapéutica se conoce como «preguntas circulares». Los clientes en estas sesiones eran pacientes VIH (sida) positivo más los miembros de sus familias u otros relevantes. En las preguntas circulares, el asesor pedía a un cliente que describiera los pensamientos o experiencias de otra persona; por ejemplo, el asesor podría pedirle a la madre de un paciente VIH positivo que describa cuál era la mayor preocupación de su hijo (allí presente). En mi análisis, mostré cómo tal formulación de preguntas implica una práctica poderosa para incitar a los clientes a hablar de temas que de otro modo evitarían discutir. En las preguntas circulares, el asesor no era el único que animaba a los clientes a hablar acerca de sus miedos y preocupaciones. Se construía, asimismo, un contexto de interacción local en donde los clientes se animaban a hablar los unos a los otros.

Un tipo de evidencia para esta «función» de las preguntas circulares proviene de la estructura de tales secuencias de interrogación. Sin excepción, cada pregunta circular era continuada por la persona cuya experiencia se describía («el dueño de la experiencia»), quien por si misma brindaba un relato de la experiencia en cuestión. A menudo, el asesor solicitaba directamente la opinión del «dueño» inmediatamente a continuación de escuchar la versión del coparticipante y, a veces, el dueño ofrecía su propia opinión. En ambos casos, el esquema de formulación de preguntas hacía que el dueño de la experiencia hablara acerca de sus miedos y preocupaciones. A continuación, el Extracto 1 proporciona un ejemplo de esa secuencia. Los participantes son un paciente VIH positivo (P), su novio (N) y el asesor (A). Las flechas 1 a 4 representan el comienzo de las emisiones claves: 1 para la pregunta circular del asesor, 2 para la respuesta del novio, 3 para la pregunta de seguimiento dirigida al dueño de la experiencia y 4 para su respuesta. Aquí, al igual que en muchos otros casos que he analizado, las preguntas circulares conducen al dueño de la experiencia a revelar sus preocupaciones más profundas (véanse en especial las líneas 45-61). Respecto de los símbolos de transcripción, véase el Apéndice.

Extracto 1 (asesoramiento sobre el sida [Peräkylä, 1995, pág. 110]):

- 01 A:(1) → Cuáles son algunas de las cosas que piensas que es probable que Edward
 02 tenga que hacer.=Dice que no sabe qué camino
 03 seguir a partir de aquí quizás: y esperar por resultados y cosas.
 04 (0.6)
 05 A: Qué piensas que lo está preocupando
 06 (0.4)
 07 N:(2) → Uh::m hhhhhh creo que es sólo el miedo a lo desconoci:do
 08 P: Mm[:
 09 A: [Bie:n.
 10 N: [Hoy- en dí:a. (0.2) Uh:m (.) una vez:
 11 que (0.5) tenga una mejor comprensión (0.2) de lo que
 12 podría suceder
 13 A: Mm:
 14 N: uh:m cómo .hh evoluciona:rá esto entonces: creo que(.)
 15 las cosas estarán un poco más [calmas en su
 16 A: [Mm
 17 N: = propia cabe:za.
 18 A: Mm:
 19 (.
 20 P: Mm[:
 21 A:(3) → [E:dward (.) a partir de lo que sabes:: (0.5) qué- qué-
 22 crees que podría suceder. (0.8) Quiero decir estamos
 23 hablando de forma hipotética [ahora porque no sé
 24 P: [Mm:: (bien)-
 25 A: = [más de lo que tú sabes acerca de tu estado actual de=
 26 P: [uh::
 27 A: =salud, excepto que sí: sabemos,=
 28 P: =uh
 29 A: .hhh que eres portador del virus::, (0.6) según-
 30 (0.3) lo indica el- ese primer *test*.
 31 P: Umh
 32 (1.4)
 33 P: (4) □ (Bueno siento) Veo como dos extremos diferentes.=
 34 veo [que puedo- (0.8) continuar (en un)
 35 A: [umh
 36 P: estado de incubación:, [por muchos años [y (más)
 37 A: [umh [umh
 38 P: .hhhh ya sabes siendo muy cuidadoso (con)
 39 [el sexo:.
 40 A: [uhm:
 41 (0.4)
 42 P: [y: eh (0.3) puedo seguir con una vida normal.
 43 A: [umh
 44 A: umh
 45 P: Y luego me asaltan mis mayores miedos: que- (0.2) ya
 46 sabes justo cuando mi vida empieza a tomar en:vión: ya sabes un
 47 buen trabajo=
 48 A: =um:h=
 49 P: las cosas sobre ruedas,
 50 A: umh::
 51 (0.3)
 52 P: entonces (yo [::] eh:: (0.2) mi inmunidad colapsará,
 53 A: [umh
 54 A: um[h
 55 P: [ya sabes: (y me) enfermaré gravemente:: (0.2)
 56 >¿rápidamente?<
 57 (1.0)
 58 P: .hhh[hh y]perderé control de l- la situación,
 59 A: [um::h]
 60 A: umh:
 61 P: Ese es en verdad mi miedo más grande.

La estructura secuencial frecuente de las preguntas circulares planteaba una especie de incógnita para el investigador: ¿por qué los dueños de la experiencia siempre dan sus versiones autorizadas luego de que ella ha sido descrita por alguien más, a menudo incluso sin que el asesor lo solicite? Mediante el examen de los aspectos puntuales de las grabaciones, comencé a comprender de qué modo el posición especial de los dueños en relación con estas descripciones y, por tanto, la relevancia de su eventual emisión, estaba construido de forma conjunta y consistente en estas secuencias. Entre los medios de esta construcción se encontraban los *marcadores de apoyo* y la *orientación postural*.

Los marcadores de apoyo son pequeñas partículas a través de las cuales los receptores de una emisión pueden «recibir» lo que han oído y, entre otras cosas, indicar que no necesitan pedir una aclaración o iniciar cualquier otra clase de reparación, «devolviendo», así, el turno conversacional al hablante inicial (Schegloff, 1982; Sorjonen, 2001). Típicamente, en las secuencias de pregunta-respuesta los marcadores de apoyo están producidos por quienes formulan la pregunta. Sin embargo, en las preguntas circulares, los dueños de la experiencia, por lo general, producían marcadores de apoyo cuando sus otros relevantes se encontraban describiendo las opiniones y las circunstancias de los dueños. De ese modo, los dueños indicaban su especial involucración en los temas que se estaban discutiendo. Ése fue también el caso en el Extracto 1; en las líneas 8 y 20, P respondió a las respuestas de N a las preguntas de A con «Mm:». Mostraba ser el dueño de los temas de los que se estaba hablando, construyendo, así, la relevancia de su propia descripción de ellos.

La misma orientación mostraron los participantes a través de su postura corporal. Los clientes que respondían las preguntas circulares dirigían regularmente su mirada hacia el dueño al comienzo de la respuesta y sólo hacia el final de ella miraban al asesor (a quien se le daba la respuesta). Esta organización de la mirada contribuye con la relevancia de la emisión del dueño, a través de la cual eventualmente él o ella expresan sus preocupaciones. Un segmento del Extracto 1 (véase más abajo) muestra este patrón:

Al comienzo de su respuesta, N no estaba orientado hacia el interrogador (el asesor); en cambio, estaba orientado hacia la persona cuya opinión él estaba describiendo (P). De la misma manera, P estaba mirando a N; por tanto, se encuentran en un contacto visual mutuo. N, el hablante, dirigió su mirada hacia el asesor al final de la primera oración de su respuesta y, poco tiempo después, P desvió la mirada del hablante y la dirigió también hacia el asesor. A través de estas acciones, la posición especial de P en relación con los temas hablados fue reconocido de forma conjunta.

El análisis de preguntas circulares me llevó a concluir que mediante este modo de formular preguntas se creaba un contexto especial para que el cliente hablara sobre cuestiones sensibles. En contraposición a las preguntas «directas», las preguntas circulares incitan a *los clientes* a trabajar en la elicitación y en el fomento de la conversación de unos a los otros. El AC, como un método para el análisis de la conversación, hizo posible examinar en detalle esta elicitación.

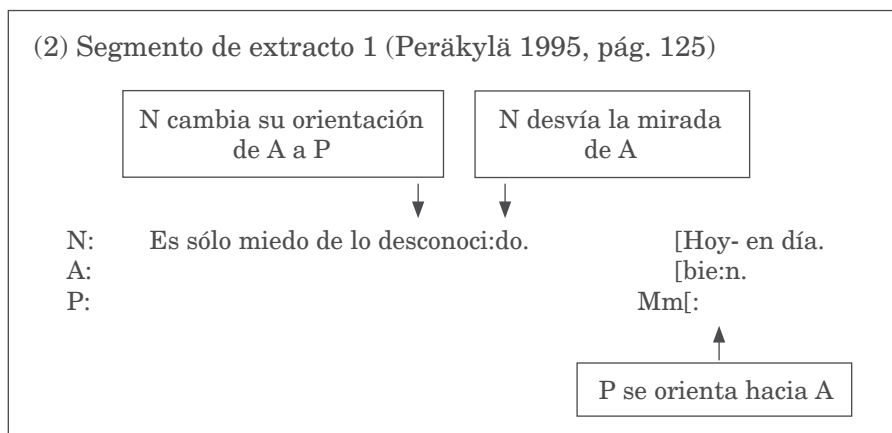


Figura 34.1

Conclusión

La tercera edición inglesa de este *Manual* está especialmente interesada en ser políticamente explícita, es decir, en promover un proyecto democrático comprometido con la justicia social. Para concluir este capítulo, por tanto, comparo algunos de los métodos analizados en términos de su relación con las cuestiones vinculadas con el *poder* y al *cambio social*. Me centro en los tres métodos analizados en mayor detalle: el AHD, el ACM y el AC.

El AHD ejemplificado en este capítulo con el trabajo de Armstrong es de forma más directa un método para investigar el cambio social. Armstrong nos mostró la evolución de los regímenes de higiene. Al mismo tiempo, su análisis de los textos tenía que ver con el poder: con los discursos y las prácticas a través de las cuales se habían establecido los límites entre lo puro y lo sucio y, en relación con ello, a través de los cuales se habían formado las identidades humanas. Armstrong, al igual que todo foucaultiano, trataba aquí el poder como una fuerza productiva: como algo que da vida a realidades en lugar de suprimirlas.

La potencialidad del ACM para tratar con las cuestiones relativas al poder y al cambio social se encuentra bien documentada en un texto clave de Sacks (1992) «Hotrodders' as a revolutionary category» (págs. 169-174; véase también Sacks, 1979). Hay, al menos, dos aspectos de categorización relevantes incluidos aquí. El más obvio es la conexión entre la categorización y el prejuicio racial y otros prejuicios. Al identificar a los actores que han cometido delitos y otros «males» mediante categorías raciales u otras categorías podemos crear una conexión entre *todos* los miembros de la categoría y el mal causado por un individuo. Por tanto, la categorización, que es una propiedad inherente del lenguaje y del pensamiento, es un recurso central para el racismo. Sin embargo, como señala Silverman (1998), las referencias a categorías pueden utilizarse también en formas «benignas», por ejemplo, en la invocación y el mantenimiento de identidades institucionales tales como «doctor» (pág. 18). El otro aspecto relevante de la categorización es más sutil. Sacks (1992) sostiene que las categorías pueden ser poseídas, resistidas e impuestas (pág. 172). De acuerdo con sus ejemplos, sería posible categorizar a las personas jóvenes como «adolescentes». En la sociedad (occidental contemporánea), esta categoría es poseída por quienes no son adolescentes, es decir, por quienes son llamados «adultos». Son los adultos quienes imponen y administran esta categorización. Aquellos que son categorizados como «adolescentes» pueden, no obstante, resistir esta categorización construyendo sus propias categorizaciones y decidiendo ellos mismos a quiénes serán aplicadas. En el contexto de Sacks, una de estas categorizaciones era «*hotrodders*»; se trataba de una categoría determinada por los propios jóvenes, cuya titularidad controlaban. En tanto los «otros» (por ejemplo, los adultos) adoptaran esta nueva categorización, la revolución en la categorización resultaría exitosa. Desde un plano general, los ejemplos de Sacks muestran cómo la categorización es un campo de relaciones de poder cambiantes. El análisis de los textos por medio del ACM ofrece un modo de analizarlas.

La relación del AC con las cuestiones vinculadas con el poder y al cambio social es más compleja. Es probable que el AC que se centra en las prácticas y las estructuras genéricas de la conversación mundana cotidiana parezca irrelevante en términos de poder y cambio social. Billig (1998) sostiene que esta irrelevancia puede, en verdad, implicar elecciones conservadoras en términos políticos. Incluso al investigar la interacción institucional, el hecho que los analistas conversacionales se centren a menudo en pequeños detalles de las conversaciones grabadas en video o en audio podría parecer que vuelve inútiles sus estudios para el análisis de las relaciones y los procesos sociales *no* incorporados en la conversación (véase, Hak, 1999).

Desde el punto de vista del AC, pueden darse dos respuestas a estas críticas. En primer término, es necesario replantear el significado de la organización ordenada de la interacción cara a cara (u otra interacción «en vivo») de *toda* la vida social. Ninguna institución social de «mayor tamaño» podría operar sin el sustrato del orden interaccional. Es en gran medida a través de preguntas, respuestas, evaluaciones, acusaciones, narrativas, interpretaciones y otros elementos similares que operan estas instituciones. Por tanto, a pesar de no centrarse en las cuestiones sociales y políticas candentes sobre las que leemos en los periódicos, el AC brinda conocimiento acerca de las organizaciones básicas de la vida social que hacen estas cuestiones, así como sus posibles soluciones y el debate acerca de ellas, posibles en primer lugar.

Existe, sin embargo, una investigación de AC con una relevancia más directa para los intereses políticos y sociales. Por ejemplo, muchos estudios de AC han contribuido a nuestra comprensión de las maneras en que las prácticas interaccionales específicas contribuyen al mantenimiento o al cambio del *sistema de géneros*. Es muy citado el trabajo de West (1979) y Zimmerman (Zimmerman y West, 1975) sobre las interrupciones masculino-femeninas. De un modo más reciente, Kitzinger (2000) ha explorado las implicancias de la organización de preferencias para las políticas de prevención de violaciones y la organización de la alternancia de turnos para las prácticas de «declararse» gay o lesbiana. En un estudio de AC un tanto más lingüístico, Tainio (2002) exploró el modo en que se utilizan las propiedades sintácticas y semánticas de las emisiones para la construcción de las identidades heterosexuales en la conversación de parejas mayores. Estudios como éstos (para una perspectiva nueva, véase McIlvenny, 2002) demuestran asimismo de forma amplia la potencialidad *crítica* del AC. Así y todo, el trabajo de Clayman y Heritage (2002b) acerca del diseño de las preguntas en las conferencias de prensa presidenciales de los Estados Unidos proporcionó un estudio diferente de AC sobre el cambio social. Mediante la combinación de técnicas cualitativas y cuantitativas, los autores mostraron cómo las proporciones relativas de los diferentes tipos de preguntas periodísticas, las cuales exhiben distintos grados de «adversarialidad», han ido cambiando con el tiempo. De este modo, exploraron el cambio histórico en la institución presidencial de los Estados Unidos y en los medios.

La «disección» de las prácticas conversacionales puede, por tanto, conducir a concepciones que probablemente tengan alguna relevancia política. Como nota final, considero nuevamente el análisis de las preguntas circulares presentado en forma concisa en la sección previa. En él busqué mostrar de qué manera la estructura recurrente de la

secuencia de preguntas, así como el uso de partículas discursivas y la orientación postural, contribuían con un contexto donde los pacientes y sus otros relevantes eran *incitados a habar* acerca de sus miedos y preocupaciones. Ahora bien, tal como lo han mostrado los académicos abocados a los métodos del análisis textual histórico (Armstrong, 1984; Arney y Bergen, 1984), una terapia que incita a los pacientes a habar acerca de sus experiencias es un desarrollo relativamente nuevo que se generó durante la última mitad del siglo XX. Antes, la medicina occidental no se interesaba por la experiencia subjetiva de los pacientes y se centraba únicamente en el cuerpo. Probablemente el sida haya sido la enfermedad que ha estado más atravesada por esta nueva mirada médica de lo que lo ha estado cualquier otra enfermedad previamente (Peräkylä, 1995, pág. 340). Por consiguiente, al observar las ingeniosas prácticas a través de las cuales los asesores sobre el sida animan a sus clientes a hablar acerca de sus experiencias subjetivas, estamos también observando la operación de una institución, que comprende relaciones de poder y cuerpos de conocimiento, en un momento particular de su desarrollo histórico.

Al analizar las asesorías sobre el sida, los resultados del análisis textual histórico proporcionaron un contexto para la comprensión del significado de los resultados del AC. Aquí, diferentes métodos de análisis e interpretación de la conversación y el texto se complementan entre sí. Esto no significa, sin embargo, que tales métodos puedan o deban unificarse; el objeto de investigación y los procedimientos de análisis en el AC y el AHD siguen siendo diferentes. Entonces, en lugar de combinar diferentes métodos (que podría ser lo que propondría, por ejemplo, Wetherell, 1998) quizás deberíamos permitir que cada método haga su trabajo a su propia manera y en su propio campo, y luego, sólo al final, dejar que sus resultados arrojen luz unos sobre otros.

Apéndice

Símbolos de transcripción en AC

[	Punto de comienzo de discurso yuxtapuesto
]	Punto de finalización de discurso yuxtapuesto
(2.4)	Silencio medido en segundos
(.)	Pausa de menos de 0, 2 segundos
↑	Cambio ascendente en el timbre
↓	Cambio descendente en el timbre
palabra	Énfasis
pala:bra	Prolongación de sonido
°palabra°	Sección de la conversación producida en un volumen menor que la conversación circundante
PALABRA	Sección de la conversación producida en un volumen mayor que la conversación circundante
p#alabra#	Voz entrecortada
£palabra£	Voz entre sonrisas
pal(h)abra	Partícula de risa insertada dentro de una palabra
pa-	Interrupción en el medio de una palabra
palabra<	Palabra completada de forma abrupta
>palabra<	Sección de la conversación emitida en un ritmo más rápido que la conversación circundante
<palabra>	Sección de la conversación emitida en un ritmo más lento que la conversación circundante
(palabra)	Sección de la conversación que es difícil de oír pero que es posible transcribir
()	Palabra inaudible
.hhh	Inhalación
hhh	Exhalación
.	Entonación decreciente al final de una emisión
?	Entonación ascendente al final de una emisión
,	Entonación neutra al final de una emisión
palabra.=palabra emisión	«corrida» sin un intervalo normal antes de una nueva emisión
((palabra))	Comentarios del transcriptor

Fuente: adaptado de Drew y Heritage (comps.) (1992). *Talk at work: Interaction in Institutional Settings*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press.

Referencias bibliográficas

- Alexander, J. (1988). *Action and its Environments: Toward a New Synthesis*, Nueva York, Columbia University Press.
- Armstrong, D. (1983). *Political Anatomy of the Body: Medical Knowledge in Britain in the Twentieth Century*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press.
- Armstrong, D. (1984). «The patient's view», *Social Science and Medicine*, 18, págs. 734-744.
- Armstrong, D. (1986). «The invention of infant mortality», *Sociology of Health and Illness*, 8, págs. 211-232.
- Armstrong, D. (1987). «Silence and truth in death and dying», *Social Science and Medicine*, 19, págs. 651-657.
- Armstrong, D. (1993). «Public health spaces and the fabrication of identity», *Sociology*, 27, págs. 393-410.
- Armstrong, D. (1998). «Decline of the hospital: Reconstructing institutional dangers», *Sociology of Health and Illness*, 20, págs. 445-447.
- Armstrong, D. (2002). *A New History of Identity: A Sociology of Medical Knowledge*, Basingstoke (Reino Unido), Palgrave.
- Arney, W. y Bergen, B. (1984). *Medicine and the Management of Living*, Chicago, University of Chicago Press.
- Atkinson, J. M. (1978). *Discovering Suicide: Studies in the Social Organization of Sudden Death*, Londres, Macmillan.
- Atkinson, J. M. y Drew, P. (1979). *Order in Court: the Organization of Verbal Interaction in Judicial Settings*, Londres, Macmillan.
- Atkinson, P. y Coffey, A. (1997). «Analysing documentary realities», en D. Silverman (comp.), *Qualitative Research: Theory, Method, and Practice*, Londres, Sage, págs. 45-62.
- Baker, C. (1997). «Membership categorization and interview accounts», en D. Silverman (comp.), *Qualitative Research: Theory, Method, and Practice*, Londres, Sage, págs. 130-143.

- Bales, R. F. (1950). *Interaction Process Analysis: A Method for the Study of Small Groups*, Reading (Massachusetts), Addison-Wesley.
- Billig, M. (1998). «Whose terms? Whose ordinariness? Rhetoric and ideology in conversation analysis», *Discourse & Society*, 10, págs. 543-558.
- Brown, G. y Yule, G. (1983). *Discourse Analysis*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press.
- Canadian Press. (7 diciembre de 1989). *The Globe and Mail*.
- Clayman, S. y Heritage, J. (2002a). *The News Interview: Journalists and Public Figures on the Air*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press.
- Clayman, S. y Heritage, J. (2002b). «Questioning presidents: Journalistic deference and adversarialness in the press conferences of Eisenhower and Reagan», *Journal of Communication*, 52, págs. 749-775.
- Cuff, E. C. (1994). *Problems of Versions in Everyday Situations*, Lanham (Maryland), University Press of America.
- Douglas, M. (1966). *Purity And Danger*, Londres, Routledge & Kegan Paul.
- Drew, P. (1992). «Contested evidence in courtroom cross-examination: The case of a trial for rape», en P. Drew y J. Heritage (comps.), *Talk at Work: Interaction in Institutional Settings*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press, págs. 470- 520.
- Drew, P. y Heritage, J. (1992). «Analyzing talk at work: An introduction», en P. Drew y J. Heritage (comps.), *Talk at Work: Interaction in Institutional Settings*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press, págs. 3-65.
- Drew, P. y Holt, E. (1988). «Complainable matters: The use of idiomatic expression in making complaints», *Social Problems*, 35, págs. 398-417.
- Durkheim, E. (1948). *Elementary Forms pf Religious Life*, Glencoe (Illinois), Free Press.
- Edwards, D. (1997). *Discourse and Cognition*, Londres, Sage.

- Eglin, P. y Hester, S. (1999). «Moral order and the Montreal massacre: A story of membership categorization analysis», en P. L. Jalbert (comp.), *Media Studies: Ethnomethodological Approaches*, Lanham (Maryland), University Press of America, págs. 195-230.
- Fairclough, N. (1989). *Language and Power*, Londres, Longman.
- Fairclough, N. (1995). *Media Discourse*, Londres, Edward Arnold.
- Foucault, M. (1973). *The Birth of the Clinic: An Archaeology of Medical Perception*, Nueva York, Pantheon.
- Foucault, M. (1977). *Discipline and Punish: The Birth of the Prison*, Londres, Allen Lane.
- Foucault, M. (1978). *The History of Sexuality, Vol. 1: An Introduction*, Nueva York, Pantheon.
- Garfinkel, H. (1967). *Studies in Ethnomethodology*, Englewood Cliffs (Nueva Jersey), Prentice Hall.
- Goffman, E. (1955). «On face work», *Psychiatry*, 18, págs. 213-231.
- Goffman, E. (1983). «The interaction order», *American Sociological Review*, 48, págs. 1-17.
- Goodwin, C. (1981). *Conversational Organization: Interaction Between Speakers and Hearers*, Nueva York, Academic Press.
- Goodwin, C. y Goodwin, M. H. (1992). «Assessments and the construction of context», en A. Duranti y C. Goodwin (comps.), *Rethinking Context: Language as Interactive Phenomenon*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press, págs. 147-190.
- Gotthill, M. y Armstrong, D. (1999). «Dr. No-Body: The construction of the doctor as an embodied subject in British general practice 1955-97», *Sociology of Health and Illness*, 21(1), págs. 1-12.
- Greatbatch, D. (1992). «On the management of disagreement between news interviewees», en P. Drew y J. Heritage (comps.), *Talk at Work: Interaction in Institutional Settings*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press, págs. 268-302.
- Greimas, A. J. (1966). *Semantique structurale*. París, Larousse.

- Haakana, M. (2001). «Laughter as a patient's resource: Dealing with delicate aspects of medical interaction», *Text*, 21, págs. 187-219.
- Hak, T. (1999). «“Text” and “con-text”: Talk bias in studies of health care work», en S. Sarangi y C. Roberts (comps.), *Talk, Work, and Institutional Order*, Berlín (Alemania), Mouton de Gruyter, págs. 427-452.
- Heath, C. (1992). «The delivery and reception of diagnosis in the general-practice consultation», en P. Drew y J. Heritage (comps.), *Talk at Work: Interaction in Institutional Settings*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press, págs. 235-267.
- Heritage, J. (1984). *Garfinkel and Ethnomethodology*, Cambridge (Reino Unido), Polity.
- Heritage, J. (1998). «Oh-prefaced responses to inquiry», *Language in Society*, 27, págs. 291-334.
- Heritage, J. y Atkinson, J. M. (1984). *Introduction*, en J. M. Atkinson y J. Heritage (comps.), *Structures of Social Action*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press, págs. 1-15.
- Heritage, J. y Sefi, S. (1992). «Dilemmas of advice: Aspects of the delivery and reception of advice in interactions between health visitors and first time mothers□», en P. Drew y J. Heritage (comps.), *Talk at Work: Interaction in Institutional Settings*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press, págs. 359-417.
- Heritage, J. y Stivers, T. (1999). «Online commentary in acute medical visits: A method for shaping patient expectations», *Social Science and Medicine*, 49, págs. 1.501-1.517.
- Hester, S. y Eglin, P. (comps.) (1997). *Culture in Action*, Lanham (Maryland), University Press of America.
- Hutchby, I. y Wooffitt, R. (1998). *Conversation Analysis: Principles, Practices, and Applications*, Cambridge (Reino Unido), Polity.
- Jayyusi, L. (1991). «Values and moral judgement: Communicative praxis as moral order», en G. Button (comp.), *Ethnomethodology and the Human Sciences*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press, págs. 227-251.

- Jefferson, G. (1984). «On the organization of laughter in talk about troubles», en J. M. Atkinson y J. Heritage (comps.), *Structures of Social Action*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press, págs. 346-369.
- Kendall, G. y Wickham, G. (1999). *Using Foucault's Methods*, Londres, Sage.
- Kitzinger, C. (2000). «Doing feminist conversation analysis», *Feminism & Psychology*, 10, págs. 163-193.
- Malarek, V. (12 de diciembre de 1989), *The Globe and Mail*.
- Mandelbaum, J. (1992). «Assigning responsibility in conversational storytelling: The interactional construction of reality», *Text*, 13, págs. 247-266.
- Maynard, D. W. (1991). «Interaction and asymmetry in clinical discourse», *American Journal of Sociology*, 97, págs. 448-495.
- Maynard, D. W. (1992). «On clinicians co-implicating recipients' perspective in the delivery of diagnostic news», en P. Drew y J. Heritage (comps.), *Talk at Work: Interaction in Institutional Settings*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press, págs. 331-358.
- Maynard, D. W. (2003). *Bad News, Good News: Conversational Order in Everyday Talk and Clinical Settings*, Chicago, University of Chicago Press.
- McHoul, A. W. y Grace, A. (1993). *A Foucault Primer: Discourse, Power, and the Subject*, Melbourne (Australia), Melbourne University Press.
- McIlvenny, P. (2002). *Talking Gender and Sex*, Ámsterdam (Países Bajos), John Benjamins.
- Merritt, M. (1976). «On questions following questions (in service encounters)», *Language in Society*, 5, págs. 315-357.
- Peräkylä, A. (1995). *Aids Counselling; Institutional Interaction and Clinical Practice*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press.
- Peräkylä, A. (1998). «Authority and accountability: The delivery of diagnosis in primary health care», *Social Psychology Quarterly*, 61, págs. 301-320.

- Peräkylä, A. (2002). «Agency and authority: Extended responses to diagnostic statements in primary care encounters», *Research on Language and Social Interaction*, 35, págs. 219-247.
- Pomerantz, A. (1984). «Agreeing and disagreeing with assessments: Some features of preferred/dispreferred turn shapes», en J. M. Atkinson y J. Heritage (comps.), *Structures of Social Action: Studies in Conversation Analysis*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press, págs. 67-101.
- Potter, J. (2004). «Discourse analysis as a way of analysing naturally occurring talk», en D. Silverman (comp.), *Qualitative Research: Theory, Method, and Practice*, Londres, Sage, 2ª edición, págs. 200-201.
- Potter, J. y Wetherell, M. (1987). *Discourse and Social Psychology: Beyond Attitudes and Behaviour*, Londres, Sage.
- Propp, V. I. (1968). *Morphology of the Folk Tale*, Austin, University of Texas Press, edición revisada por L. A. Wagner (comp.)
- Sacks, H. (1974a). «An analysis of the course of a joke's telling in conversation», en R. Bauman y J. Sherzer (comp.), *Explorations in the Ethnography of Speaking*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press, págs. 337-353.
- Sacks, H. (1974b). «On the analysability of stories by children», en R. Turner (comp.), *Ethnomethodology*, Harmondsworth (Reino Unido), Penguin, págs. 216-232.
- Sacks, H. (1979). «Hotrodder: A revolutionary category», en G. Psathas (comp.), *Everyday Language: Studies in Ethnomethodology*, Nueva York, Irvington.
- Sacks, H. (1992). *Lectures on Conversation*, Oxford (Reino Unido) Basil Blackwell, vol. 1, G. Jefferson (comp.), con una introducción de E. Schegloff.
- Sacks, H., Schegloff, E. y Jefferson, G. (1974). «A simplest systematics for the organization of turn-taking for conversation», *Language*, 50, págs. 696-735.
- Schegloff, E. A. (1968). «Sequencing in conversational openings», *American Anthropologist*, 70, págs. 1.075-1.095.

- Schegloff, E. A. (1982). «Discourse as an interactional achievement: Some uses of “uh huh” and other things that come between sentences», en D. Tannen (comp.), *Georgetown University Round Table on Languages and Linguistics* (1981), Washington DC, Georgetown University Press, págs. 71-93
- Schegloff, E. A. (1991). «Reflection on talk and social structure», en D. Boden y D. Zimmerman (comps.), *Talk and Social Structure*, Cambridge (Reino Unido), Polity, págs. 44-70.
- Schegloff, E. A. (1992a). «Introduction». en G. Jefferson (comp.), *Harvey Sacks: Lectures on Conversation*, vol. 1: *Fall 1964-Spring 1968*, Oxford (Reino Unido), Blackwell.
- Schegloff, E. A. (1992b). «On talk and its institutional occasion», en P. Drew y J. Heritage (comps.), *Talk at Work: Interaction in Institutional Settings*, Cambridge (Reino Unido) Cambridge University Press, págs. 101-134.
- Schegloff, E. A. (1992c). «Repair after next turn: The last structurally provided defense of intersubjectivity in conversation», *American Journal of Sociology*, 98, págs. 1.295-1.345.
- Schegloff, E. A. (1995). *Sequence Organization [Mimeo]*, Los Ángeles, Universidad de California, Los Ángeles, Departamento de Sociología.
- Schegloff, E. A., Jefferson, G. Sacks, H. (1977). «The preference for self-correction in the organization of repair in conversation», *Language*, 53, págs. 361-382.
- Schegloff, E. A. y Sacks, H. (1973). «Opening up closings», *Semiotica*, 8, págs. 289-327.
- Seale, C. (1998). *Constructing Death: The Sociology of Dying and Bereavement*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press.
- Silverman, D. (1997). *Discourses of Counselling*, Londres, Sage.
- Silverman, D. (1998). *Harvey Sacks: Social Science and Conversation Analysis*, Cambridge (Reino Unido), Polity.
- Silverman, D. (2001). *Interpreting Qualitative Data: Methods for Analyzing Talk, Text, and Interaction*, Londres, Sage, 2ª edición.

- Smith, D. (1974). «The social construction of documentary reality», *Sociological Inquiry*, 44, págs. 257-268.
- Smith, D. (1990). *The Conceptual Practices of Power*, Toronto, University of Toronto Press.
- Sorjonen, M-L. (2001). *Responding in Conversation: A Study of Response Particles in Finnish*, Ámsterdam (Países Bajos), John Benjamins.
- Speer, S. (2002). «“Natural” and “contrived” data: A sustainable distinction», *Discourse Studies*, 4, págs. 511-525.
- Tainio, L. (1999). «Opaskirjojen kieli ikkunana suomalaisen parisuhteeseen», *Naistutkimus*, 12 (1), págs. 2-26.
- Tainio, L. (2002). «Negotiating gender identities and sexual agency in elderly couples’ talk», en P. McIlvenny (comp.), *Talking Gender and Sexuality*, Ámsterdam (Países Bajos), John Benjamins, págs. 181-206.
- Taylor, T. J. y Cameron, D. (1987). *Analyzing Conversation: Rules and Units in the Structure Of Talk*, Oxford (Reino Unido), Pergamon.
- ten Have, P. (1995). «Disposal negotiations in general practice consultations» en A. Firth (comp.), *The Discourse of Negotiation: Studies of Language in the Workplace*, Oxford (Reino Unido), Pergamon, págs. 319-344.
- Törrönen, J. (2000). «The passionate text: The pending narrative as a macrostructure of persuasión», *Social Semiotics*, 10 (1), págs. 81-98.
- Törrönen, J. (2003). «The Finnish press’s political position on alcohol between 1993 and 2000», *Addiction*, 98, págs. 281-290.
- Vehviläinen, S. (2001). «Evaluative advice in educational counseling: The use of disagreement in the “stepwise entry” to advice», *Research on Language and Social Interaction*, 34, págs. 371-398.
- West, C. (1979). «Against our will: Male interruption of females in cross-sex conversation», *Annals of the New York Academy of Science*, 327, págs. 81-97.
- Wetherell, M. (1998). «Positioning and interpretative repertoires: Conversation analysis and poststructuralism in dialogue», *Discourse & Society*, 9, págs. 387-412.

- Wetherell, M., y Potter, J. (1992). «Mapping the language of racism: Discourse and the legitimation of exploitation», Londres, Harvester.
- Zimmerman, D. H. y West, C. (1975). «Sex roles, interruptions, and silences in conversation», en B. Thorne y N. Henley (comps.), *Language and Sex: Difference and Dominance*, Rowley (Massachusetts), Newbury House, págs. 105 -129.

35

Grupos focales

Articulaciones estratégicas de la pedagogía, la política y la investigación

George Kamberelis y Greg Dimitriadis

Nuestro objetivo en este capítulo es fundamentalmente conceptual y transdisciplinario ya que exploramos los fenómenos complejos y multifacéticos de la investigación de grupos focales. En el sentido más amplio posible, los grupos focales son conversaciones colectivas o entrevistas grupales. Pueden ser reducidos o extensos, dirigidos o no dirigidos. Tal como lo indica el Cuadro 35.1, los grupos focales se han utilizado con un amplio abanico de propósitos durante aproximadamente el último siglo. El ejército estadounidense (por ejemplo, Merton, 1987), las corporaciones multinacionales, los revolucionarios marxistas (por ejemplo, Freire), los activistas por la alfabetización (por ejemplo, Kozol, 1985) y tres olas de activistas académicas feministas radicales, entre otros, todos han utilizado grupos focales para contribuir a promover sus intereses y sus causas. Estos diferentes usos de los grupos focales se han superpuesto en formas distintivas y disyuntivas, y todos ellos han constituido articulaciones estratégicas de la pedagogía, la política y la investigación.

Dado nuestro objetivo primario, en este capítulo, analizamos sólo ocasionalmente y al pasar cuestiones procedimentales y prácticas vinculadas con la selección de los miembros de los grupos focales, la facilitación de la discusión de los grupos focales y el análisis de las transcripciones de los grupos focales. Existen muchos textos disponibles para los lectores que busquen este tipo de tratamiento (por ejemplo, Bloor, Frankland, Thomas y Robson, 2001; Krueger, 1994; Morgan,

1998; Schensul, LeCompte, Nastatsi y Borgatti, 1999). Nosotros, por el contrario, exploramos e intentamos trascender los tratamientos históricos y teóricos de los grupos focales en cuanto «instrumentos» de la investigación cualitativa. De un modo más específico, intentamos mostrar cómo los grupos focales, independientemente de cuáles sean sus propósitos, casi siempre son articulaciones complejas y multivalentes de prácticas y efectos instructivos, políticos, empíricos. Como tales, los grupos focales ofrecen concepciones únicas acerca de las posibilidades de la investigación crítica, o para la investigación crítica, como una práctica deliberativa, dialógica y democrática que está siempre involucrada y comprometida con los problemas y las asimetrías del mundo real en relación con la distribución del capital económico y social (Bourdieu y Wacquant, 1992).

Comenzaremos con una concepción muy básica. Los grupos focales no son mucho más que instancias cuasiformales o formales de las muchas clases de actos de habla cotidianos que son una parte integral de la vida social no marcada —conversaciones, discusiones grupales, negociaciones y otras similares (Bakhtin, 1996) —. Si bien su apropiación con fines estratégicos relacionados con la enseñanza, el desafío de hegemonías y la conducción de investigaciones resulta coherente, los tipos de interacciones y propósitos que constituyen los grupos focales siempre estuvieron allí. La adopción de un enfoque semejante nos permite expandir y desafiar los parámetros circunscritos del trabajo de grupos focales dentro de la investigación cualitativa. Por consiguiente, aquí resaltamos tres dominios superpuestos en donde los grupos focales han proliferado: la pedagogía, la política y la práctica de la investigación cualitativa. O, quizás, estos términos representen las tres funciones primarias y superpuestas de los grupos focales en lugar de los tres campos separados en donde estos grupos operan por lo general. Sugerimos esta distinción alternativa dado que es posible que cada una de las tres funciones esté (y con frecuencia lo están) presentes durante la implementación de grupos focales en cualquier campo.

Cuadro 35.1. *Formaciones discursivas y la implementación de grupos focales en el tiempo*

<i>Formación discursiva</i>	<i>Previo Segunda Guerra Mundial</i>	<i>1950–1980</i>	<i>1980–2000</i>	<i>2000–</i>
Inteligencia militar	X			
Investigación de mercado	X	X	X	X
Pedagogía emancipadora		X	X	X
Feminismo de la primera ola	X			
Feminismo de la segunda ola		X	X	
Feminismo de la tercera ola			X	X

A través de nuestros análisis de métodos convergentes y divergentes y de los usos de los grupos focales en estos tres dominios o funciones, concluimos que los grupos focales son formaciones únicas e importantes de la investigación colectiva en donde la teoría, la investigación, la pedagogía y la política convergen. Como tales, nos proporcionan concepciones y estrategias relevantes para una mejor comprensión y trabajo sobre las prácticas y los efectos señalados por el «séptimo momento» de la investigación cualitativa, (Lincoln y Denzin, 2000), cuyo énfasis radica en la praxis, el sincretismo metodológico, las relaciones dialógicas en el campo, la producción de textos polifónicos y el cultivo de lo sagrado en nuestras vidas cotidianas.

Al escribir este capítulo, estamos desarrollando, además, un proyecto más general dentro del cual se trata de leer la historia de la investigación cualitativa a contracorriente (Kamberelis y Dimitriadis, 2005). Aquí nos centramos en las prácticas metodológicas en general y en los grupos focales en particular, con un ojo puesto en la revisión de sus historias de modos que las abran a usos nuevos y creativos. Como sugieren Lincoln y Denzin (2000), los investigadores cualitativos ya no recurren a las clases de historias lineales que de un modo tan típico (si bien tácito) han modelado la mayor parte los análisis «procedimentales» de los métodos de investigación. En cambio, nos encontramos siempre sumergidos dentro de espacios sociomateriales complejos y transversales en los que debemos actuar como *bricoleurs*, utilizando todo lo que encontremos a mano para crear todos los efectos

que creamos posibles y deseables. De modo que si los investigadores en el séptimo momento después de todo tuvieran un enfoque, debería tratarse de algo como lo que Foucault (1984) llamó un enfoque genealógico. Básicamente, un enfoque genealógico intenta comprender cómo cualquier «sujeto» (por ejemplo, una persona, una formación social, un movimiento social, una institución) se ha constituido a partir de determinadas intersecciones de fuerzas y sistemas de fuerzas. Una genealogía traza las formas complejas, contingentes y (con frecuencia) contradictorias en las cuales estas fuerzas y sistemas de fuerza se han combinado para producir la formación de un modo particular. Es importante señalar que dada la complejidad y la contingencia involu-cradas, no es posible predecir con alguna certeza la producción de esas formaciones, si bien es posible «leerlas» fácilmente luego del hecho. También es importante aquí el hecho de que las genealogías no son historias de causas sino historias de efectos, y que su valor reside no tanto en lo que nos dicen acerca del pasado, sino en lo que nos permiten hacer. Desde la perspectiva de la genealogía:

La historia se vuelve «efectiva» al punto de que introduce una discontinuidad en nuestro propio ser —ya que divide nuestras emociones, dramatiza nuestros instintos, multiplica nuestro cuerpo y lo pone en contra de sí—. La historia efectiva priva al *self* de la estabilidad reconfortante de la vida y la naturaleza, y no se permitirá a sí misma que una obstinación sin voz la transporte hacia un fin milenario. Arrancará de raíz sus bases tradicionales e interrumpirá brutalmente su pretendida continuidad. Esto es así porque el conocimiento no está hecho para comprender; está hecho para cortar (Foucault, 1984, pág. 88).

En este espíritu, ponemos a dialogar entre sí a tres historias o genealogías de la actividad de grupos focales: grupos focales dialógicos como práctica de pedagogía crítica, grupos focales como práctica política y grupos focales como práctica de investigación. Estas tres historias representan tres maneras diferentes de pensar acerca de la naturaleza y las funciones de los grupos focales. Pensamos que esta superposición dialógica comienza a descentrar los tratamientos más difundidos popularmente de los grupos focales dentro de la investigación cualitativa —sugiriendo nuevos contextos, usos y potencialidades— y comienza a revelar la «efectividad» que brinda el «corte» al cual Foucault consideraba tan importante.

Grupos focales dialógicos como práctica de pedagogía crítica

En esta sección, subrayamos cómo los grupos focales han sido sitios o instrumentos pedagógicos importantes en el trabajo de Paulo Freire en Brasil y de Jonathan Kozol en Nueva York. A través del análisis de estos ejemplos, mostramos de qué modo las prácticas colectivas de alfabetización crítica se utilizaron para abordar políticas locales e intereses ligados a la justicia social. Entre otras cosas, subrayamos las formas en Freire y Kozol trabajaron *con* las personas y no *sobre* ellas, modelando, así, una importante disposición práctica para los educadores contemporáneos y los investigadores cualitativos (por ejemplo, Barbour y Kitzynger, 1999). Tal como mostramos a continuación, Freire y Kozol usaron a los grupos focales de maneras muy diferentes a las utilizadas por las personas para la propaganda y la investigación de mercado. Estas últimas utilizan los grupos focales para «extraer» información de los participantes, es decir, para descubrir cómo manipularlas con mayor eficacia. Por el contrario, Freire y Kozol usaron los grupos focales para imaginar e implementar las posibilidades políticas emancipadoras del trabajo colectivo, es decir, como herramientas útiles para concretar los imperativos del séptimo momento.

El libro más famoso de Freire (1970/1993), *Pedagogy of the Oppressed*, puede leerse en partes iguales como teoría social, filosofía y método pedagógico. Sus afirmaciones sobre la educación son fundacionales y están ancladas tanto en sus devotas creencias cristianas como también en su marxismo. A lo largo de *Pedagogy of the Oppressed*, Freire sostiene que el propósito de la educación es comenzar a nombrar el mundo y reconocer que todos somos «sujetos» de nuestras propias vidas y narrativas y no «objetos» en los relatos de otros. Debemos reconocer las maneras en las que nosotros, como humanos, estamos encargados fundamentalmente de producir y transformar juntos la realidad. Quienes no lo reconozcan o quienes quieran ejercer control u opresión están cometiendo una especie de «violencia» epistémica:

Para superar la situación de opresión, las personas deben primero reconocer de manera crítica sus causas de modo que a través de la acción transformadora puedan crear una situación nueva, una que haga posible la búsqueda de una humanidad más competente. Sin embargo, la lucha por ser humanos más completos ya ha comenzado en la lucha auténtica por transformar la situación (Foucault, 1984, pág. 29).

Con frecuencia, Freire se refiere a estas situaciones como a «situaciones límite», es decir, como situaciones que las personas no pue-

den imaginarse a sí mismas superando. Las situaciones límite naturalizan la sensación de opresión de las personas, otorgándole una especie de obviedad e inmutabilidad.

Con el fin de ayudar a las personas a imaginar sus vidas más allá de estas «situaciones límite», Freire pasó largos períodos de tiempo en comunidades, tratando de comprender los intereses, los compromisos y las preocupaciones de los miembros de las comunidades en orden de elicitar conjuntos exhaustivos de «palabras generativas». Estas palabras se utilizaron como puntos de partida para la alfabetización, y la alfabetización se implementó al servicio del activismo social y político. Más específicamente, las palabras generativas se combinaban con imágenes que las representaban y, a continuación, las personas en la comunidad las examinaban tanto en relación con lo que ellas revelaban como con lo que escondían respecto de la circulación de múltiples formas de capital. Freire incitó a las personas a explorar cómo funcionaban los significados y los efectos de estas palabras en sus vidas y a conducir investigaciones acerca de cómo sus significados y efectos funcionaban, o podían funcionar, en una variedad de formas en diferentes contextos sociales y políticos. Los principales objetivos de estas actividades eran ayudar a que las personas se sintieran con control de sus palabras y fueran capaces de usarlas para ejercitar poder sobre las condiciones materiales e ideológicas de sus propias vidas. Por consiguiente, los programas de alfabetización de Freire estaban diseñados no tanto para enseñar una alfabetización funcional, sino más bien para promover la conciencia crítica de las personas (o *concientización*), y para animarlos a participar de una «praxis» o reflexión crítica vinculada de forma inextricable a la acción política en el mundo real. Freire subrayó el hecho de que la praxis nunca es sencilla y que siempre conlleva luchas por el poder, a menudo violentas.

Tal como sugiere esta descripción de las pedagogías del oprimido de Freire, él creía que los humanos viven tanto «en» el mundo como «con» el mundo y, que por tanto, pueden ser participantes activos en la creación de la historia. De hecho, sostenía que una posibilidad fundamental de la condición humana es la de ser capaz de cambiar las condiciones materiales, económicas y espirituales de la vida misma a través de la *concientización* y la praxis. Por consiguiente, postuló el accionar humano como una libertad situada o encarnada —una clase de accionar limitado pero bastante poderoso que hace posible cambiarse uno mismo y su situación para mejor—. Para implementar tal accionar, sostenía, las personas necesitaban emerger de sus vínculos inconscientes con el mundo, reflexionar sobre ellos y trabajar para cambiarlos. Vista de esta manera, la implementación de la libertad es un proceso «interminable». Al transformar constantemente sus vín-

culos en el mundo y con el mundo, las personas están modelando, al mismo, tiempo las condiciones de sus vidas y se recrean así mismos de forma continua.

La insistencia de Freire de que el proceso sin fin de emancipación deber ser un esfuerzo colectivo dista de ser trivial. Una parte central de este proceso es la fe en el poder del diálogo. Es importante señalar que para Freire el diálogo se define como una reflexión o una acción colectiva. Él creía que el diálogo, la camaradería y la solidaridad son esenciales para la liberación y la transformación humanas:

Podemos decir legítimamente que en el proceso de opresión, alguien oprime a alguien; no podemos decir legítimamente que en el proceso de revolución, alguien libera a alguien, ni siquiera que alguien se libera a sí mismo, sino que más bien los hombres en comunión se liberan unos a otros (Freire, 1970/1993, pág. 103).

Dentro de las pedagogías inspiradas en Freire, el desarrollo y el uso de palabras y frases generativas y el cultivo de la *concientización* se implementan en el contexto de «círculos de estudio» situados a nivel local (o grupos focales). El objetivo del educador o facilitador dentro de estos círculos de estudio es vincularse con las personas en sus realidades vividas con el fin de producirlas y transformarlas. Nuevamente, para Freire (1970/1993), la actividad pedagógica se encuentra fundada en proyectos filosóficos y sociales más generales interesados en cómo las personas podrían «narrar» sus propias vidas con mayor efectividad:

El punto de partida para organizar el contenido del programa de la educación o la acción política deber ser la situación presente, existencial y concreta que refleja las aspiraciones de las personas. Utilizando ciertas contradicciones básicas, debemos plantearle a las personas la situación presente, existencial y concreta como un problema que los desafía y que requiere de una respuesta —no sólo en el nivel intelectual, sino [también] en el nivel de la acción...—. La tarea del profesor dialógico en un equipo interdisciplinario dedicado al universo temático revelado por la investigación [del equipo] es «re-presentar» ese universo para las personas de quienes él o ella lo han recibido en primer lugar —y «re-presentarlo no como una clase, sino como un problema — (págs. 76-90).

Para poder ilustrar esta clase de educación basada en el planteo de problemas y fundada en las realidades y contradicciones vividas de las personas, Freire analizó un programa de investigación diseñado en torno a las cuestiones del alcoholismo. Dado que el alcoholismo era un problema serio en la ciudad, un investigador mostró a un grupo reunido una fotografía de un hombre borracho que pasa caminando junto

a tres otros hombres que charlan en la esquina. El grupo respondió, en efecto, diciendo que el hombre borracho era un obrero —el único obrero en la fotografía— y que probablemente estuviera preocupado por su bajo salario y por tener que mantener a su familia. Según las palabras de los miembros del grupo: «Es un trabajador decente y un borracho como nosotros» (Freire, 1970/1993, pág. 99). Los hombres en el contexto de estudio parecían reconocerse a sí mismos en este hombre, indicando que era un «borracho» y situando su alcoholismo en un contexto politizado. En este contexto, el alcoholismo era «leído» como una respuesta a la opresión y a la explotación. El propósito era «decodificar» las imágenes y el idioma de manera que condujera eventualmente al cuestionamiento y la transformación de las condiciones materiales y sociales de existencia. Freire, asimismo, proporcionó otros ejemplos que incluían mostrar a las personas relatos periodísticos diferentes (y contradictorios) que cubrían el mismo suceso. En cada caso, el objetivo era ayudar a las personas a comprender las contradicciones que vivían y utilizar estas comprensiones para cambiar sus mundos.

El marco de referencia pedagógico de Freire no podía contenerse con facilidad dentro de los contextos educativos tradicionales, en donde el peso histórico del «modelo bancario» imponía límites fuertes y generalizados. Su trabajo inspiró un amplio abanico de importantes movimientos sociales dentro de la educación, y las actividades de estos movimientos han proporcionado asimismo nuevos modelos de cómo la actividad grupal intensiva —del tipo llevado a cabo en los grupos focales— puede imaginarse e implementarse en formas innovadoras para producir «historias efectivas» dentro de las cuales el conocimiento no esté hecho para comprender, sino más bien para cortar (Foucault, 1984, pág. 88). Freire ejerció una influencia particularmente intensa sobre el trabajo de pedagogos críticos, como Henry Giroux, Peter McLaren y Jonathan Kozol, todos los cuales colaboraron a readaptar el trabajo de Freire dentro de un contexto estadounidense.

El trabajo de Freire también ha sido influyente fuera del campo de la educación. Augusto Boal, por ejemplo, desarrolló el «teatro de los oprimidos», el cual está fundado en los impulsos de liberación de Freire, y que se valía del teatro para desdibujar la línea entre los actores sobre el escenario y la audiencia debajo del escenario. El teatro de los oprimidos es una forma de teatro pública, de improvisación, muy interactiva con fuertes impulsos y potencialidades transformativas y pedagógicas (Casali, 2002). Además, Freire influyó profundamente en el movimiento de Investigación-Acción Participativa (PAR, por sus siglas en inglés) liderado por Orlando Fals Borda, entre otros. Aquí, los investigadores trabajan con poblaciones subordinadas alrededor del mundo para resolver problemas locales únicos mediante fondos locales

de conocimiento. El movimiento PAR es profundamente freireano en sus impulsos (Fals Borda, 1985).

Freire fue una influencia especialmente poderosa en varios movimientos sociales con orientación educativa en los Estados Unidos. Kozol, quizás mejor conocido por su innovador libro *Savage Inequalities* (1991), se inspiró en el trabajo emancipador de Freire para investigar y escribir otro libro, *Illiterate America*. En su libro, Kozol (1985) escribió: «El trabajo de Paulo Freire entre las personas del noreste de Brasil durante el comienzo del año 1960 es una instancia de una campaña gubernamental que toma sus energías de los mismos analfabetos» (pág. 95). Al igual que Freire, Kozol fundó sus propios programas de alfabetización en la ciudad de Nueva York en las vidas reales de las personas con quienes trabajaba para crear colectivos dialógicos con liderazgo horizontal:

Hay una enorme diferencia entre golpear una puerta para contarle a alguien acerca de un programa que ya ha sido diseñado y respecto del cual se le ofrece la opción, como mucho, de unirse o, de lo contrario, ignorarlo y, por el otro lado, pedirle que colabore con la creación de ese plan... Algunas de las mejores ideas que he oído han surgido de discusiones entabladas dentro de los mismos vecindarios. Asimismo, es mucho más probable que las personas participen en algo en lo cual se los ha invitado a ellos o a sus vecinos a colaborar en su planeamiento —y algo en lo cual las ideas que han aportado más que «oídas», encuentren aplicación— (pág. 106).

En la práctica, Kozol promovía el trabajo en círculos de estudio o en grupos focales de forma muy similar a como lo hacía Freire; como instrumentos o sitios pedagógicos claves:

He llegado a convencerme de que grupos de seis o siete aprendices y un alfabetizador representan una unidad ideal de instrucción para este plan. La presencia de un círculo de [una] media docena de amigos o vecinos ayuda a generar una sensación de causa común y a fomentar una sensación de fermento de optimismo que rara vez está presente en los encuentros cara a cara (pág. 108).

Grupos con una composición tal permite el surgimiento de dinámicas que abren posibilidades para la construcción de historias efectivas. Además, funcionan como campos fértiles para el surgimiento de liderazgos efectivos situados a nivel local:

Aprendiendo en grupos, con el tiempo las personas generarán líderes grupales; puesto que estos líderes surgirán de sus filas, ellos seguirán siendo susceptibles a las críticas y a las correcciones. Al mismo

tiempo, dado su punto de origen y su proximidad al dolor, puede que estén en una posición ideal para descubrir y animar a los otros (pág. 109).

Siguiendo los pasos de Freire, Kozol promovía además la elicitación y el uso de palabras o frases generativas que pudieran conducir a la discusión, a la reflexión, a la *concientización* y a la praxis. En una ampliación del trabajo de Freire, sostenía que tanto por razones pedagógicas como políticas, estas palabras o frases generativas debían ser necesariamente complejas ya que palabras más complejas proporcionaban un mayor acceso a las relaciones comunes entre fonema y grafema en todo lenguaje natural (por ejemplo, español, inglés), y facilitaban así la «lectura de la palabra» (Freire, 1970/1993). Asimismo, las palabras más complejas tienen potencialidades de significado más ricas que las palabras más simples, y sus significados precisos varían más como una función de sus contextos y propósitos específicos de uso, facilitando así la «lectura del mundo» (Freire, 1970/1993) en modos más críticos. Las discusiones colectivas de palabras o frases complejas, por lo general, tienen como resultado el «desempaquetado» de sus estructuras, de sus significados potenciales y de las varias «efectividades» dentro y a lo largo de los diferentes contextos sociales y políticos. Kozol señala que:

La palabra «*revolutionary*», por ejemplo, podría parecer que es el paradigma del lenguaje activo en una lucha por la alfabetización que está fundada en la angustia de las personas pobres. He aquí un único adjetivo que domina el diálogo público sobre la esperanza y el miedo, las cinco vocales del idioma inglés, cuatro de las consonantes más comunes, el difícil sufijo «*ary*», que se utiliza en varias docenas de palabras comunes, así como también la ocasional vocal *y* (Kozol, 1985, pág. 136).*

La complejidad léxica y sintáctica encarnada en esta palabra facilita la alfabetización o la lectura de la palabra. La palabra tiene, además, una extraordinaria abundancia de significados y sus significados varían enormemente tanto dentro como a lo largo de los diferentes contextos en los que comúnmente se la utiliza. Esta complejidad facilita la lectura del mundo. Por ejemplo, en lugar de sus connotaciones políticas emancipadoras, la palabra «revolucionario» con frecuencia se diluye y domestica en todo tipo de formas, por ejemplo, en la frase «un detergente nuevo y revolucionario» o, de forma más reciente, en «una

* Lo mismo sucede con la palabra «revolucionario», con la excepción de la consonante *y*, no tan común en español. [N. del T.]

tecnología revolucionaria». Además, la derecha política ha utilizado esta palabra para «nombrar» a ciertos grupos como peligrosos y para infundir miedo en los corazones de ciudadanos patrióticos (e, incluso, no tan patrióticos). Adicionalmente, grupos de resistencia y contrarresistencia se han apropiado de la palabra como un indicador emblemático de sus identidades colectivas y para motivar y legitimar sus luchas.

Kozol también notó la importancia del *espacio* como una dimensión de la actividad de descentramiento que ocurre en relación con los círculos de estudio (o grupos focales) con orientación pedagógica. Estos círculos de estudio rara vez tienen lugar en los espacios «oficiales», como escuelas públicas y otras instituciones públicas. Por el contrario, tienen lugar en sótanos de iglesias, habitaciones de personas, centros recreacionales y demás. Al igual que las palabras y las frases generativas, estos espacios marcan el compromiso de los trabajadores intelectuales por trabajar con las comunidades marginalizadas y, dentro de ellas, con el fin de ayudarlas a asumir la responsabilidad por sus propias luchas y sus propias existencias. Estos espacios se vuelven asimismo indicadores emblemáticos de y para las identidades colectivas de las comunidades en sí mismas y crean la clase de solidaridad sobredeterminada que parece ser necesaria para la producción de historias efectivas con un impulso progresista.

Resumen

Los grupos focales dialógicos siempre han sido centrales para las clases de pedagogías radicales promovidas y por las cuales lucharon trabajadores intelectuales como Freire y Kozol. Organizados en torno a palabras y frases «generativas» y por lo general situados dentro de espacios no oficiales, los grupos focales se vuelven sitios de o para la lucha colectiva y la transformación social. En cuanto formaciones basadas en el planteo de problemas, ellos operan a nivel local para identificar, interrogar y cambiar las contradicciones vividas específicas que los regímenes de poder/conocimiento hegemónicos han vuelto invisibles. Su operación sirve asimismo para reencaminar la circulación de poder dentro de las luchas hegemónicas e, incluso, para redefinir qué es el poder y cómo funciona. Quizás más importante para nuestros propósitos presentes, los impulsos que motivan a los grupos focales en los campos pedagógicos o sus funciones pedagógicas tienen importantes implicaciones para la adaptación y el uso de los grupos focales como recursos para la construcción de «historias efectivas» dentro de los esfuerzos de investigación cualitativa en el «séptimo momento». (Regresaremos a esta cuestión en la sección final de este capítulo.)

Es importante indicar que estas historias se encuentran en gran medida situadas y que son dependientes de un contexto. Para Freire y Kozol, así como para Giroux y McLaren, uno no puede predecir a priori lo que probablemente esté incluido en las agendas políticas y educativas emancipadoras. Mientras que Freire y Kozol compartían raíces e impulsos progresistas, el movimiento que exploraremos a continuación ubicaba de un modo más explícito a los grupos focales en el centro de una agenda política expresamente definida: el feminismo.

Los grupos focales como práctica política: grupos feministas generadores de consciencia como ejemplos

En esta sección, ofrecemos descripciones e interpretaciones de grupos focales al servicio de un trabajo político radical diseñado dentro de las agendas de justicia social. En particular, nos centramos en el modo en que se han desplegado los Grupos Generadores de Consciencia (CRG, por sus siglas en inglés) del feminismo de la segunda y la tercera ola para movilizar agendas de empoderamiento e implementar cambios sociales. Este trabajo provee importantes concepciones que son significativos para remodelar las posibilidades de la actividad de grupos focales dentro de los esfuerzos de la investigación cualitativa. Mientras que el principal objetivo de Freire y Kozol era usar la alfabetización (aunque definida de forma general) para movilizar grupos oprimidos para que trabajaran en contra de su opresión a través de la praxis, el objetivo primario de los CRG del feminismo de la segunda y la tercera ola era desarrollar «teoría» a partir de las experiencias vividas de las mujeres que pudieran contribuir con su emancipación.

En nuestra discusión de los CRG, nos basamos en gran medida en los análisis retrospectivos de Esther Madriz acerca del trabajo de las feministas de la segunda ola, así como en su propio trabajo empírico de la tercera ola. En ambos emprendimientos, Madriz se centra en los usos políticos (y politizados) de los grupos focales dentro de la investigación cualitativa. Como demuestra Madriz (2000), existe una larga historia vinculada con la implementación de grupos focales en actividades para la generación de consciencia y la promoción de las agendas de justicia social dentro de las tradiciones feministas y vinculadas con la mujer. Es importante señalar que, como una forma de testimonio colectivo, la participación en grupos focales con frecuencia ha empoderado a las mujeres, especialmente a las mujeres de color (pág. 843). Hay varias razones por lo cual esto sucede. Los grupos

focales descentran la autoridad del investigador y proporcionan a las mujeres espacios seguros para hablar acerca de sus propias vidas y luchas. Estos grupos, además, permiten a las mujeres conectarse unas con otras de formas colectivas, compartir sus propias experiencias y «revindicar sus humanidad» en un contexto enriquecedor (pág. 843). Madriz señala que, con frecuencia, las mismas mujeres toman el control de estos grupos y los reconceptualizan en formas fundamentales y con consecuencias políticas y prácticas simples pero no obstante trascendentales. En este sentido, Madriz sostiene que:

Los grupos focales pueden ser un elemento importante en la promoción de una agenda de justicia social para las mujeres ya que pueden servir para exponer y legitimar las experiencias cotidianas de subyugación de las mujeres así como sus estrategias de supervivencia y de resistencia individuales y colectivas ...Las entrevistas grupales son particularmente aptas para revelar la experiencia cotidiana de las mujeres a través de relatos colectivos y narrativas de resistencia que están cargados de símbolos culturales, palabras, signos y representaciones ideológicas que reflejan las diferentes dimensiones de poder y dominación que enmarcan las experiencias cotidianas de las mujeres (págs. 836-839).

Como tales, estos grupos constituyen espacios para generar «testimonios» colectivos, y estos testimonios ayudan tanto a mujeres individuales como a grupos de mujeres a hallar o producir sus propias «voces» únicas y poderosas.

Como Madriz y otras han señalado, los grupos focales tienen múltiples historias dentro de las líneas feministas de pensamiento y acción. Poco después de que finalizara la esclavitud, por ejemplo, religiosas y maestras se reunieron para organizar la labor política en el sur de los Estados Unidos (por ejemplo, Gilkes, 1994). De forma similar, los «clubes de libros» de comienzos de siglo fueron sitios claves para el enriquecimiento intelectual y la labor política (por ejemplo, Gere, 1997). Las mujeres mexicanas siempre se han reunido en cocinas y en encuentros familiares para consolarse y trabajar juntas en pos de mejorar sus vidas (por ejemplo, Behar, 1993; Dill, 1994). Y en 1927, mujeres chinas que trabajaban en la industria indumentaria de San Francisco mantuvieron debates en grupos focales para organizarse en contra de su explotación, lo que finalmente condujo a una huelga exitosa (por ejemplo, Espiritu, 1997). Si bien en este capítulo no desarrollamos éstas y otras historias complejas, sí ofrecemos explicaciones generales sobre la naturaleza y la función de los grupos focales dentro del feminismo de la segunda y la tercera ola en los Estados Unidos. Estas explicaciones giran en torno al examen de varios textos

claves originales semejantes a manifiestos generados dentro del movimiento, los cuales ofrecemos como sinécdoques de las contribuciones de un conjunto de historias más rico, más complejo, contradictorio e intelectual y políticamente «efectivo».

Quizás el reconocimiento más llamativo que surge del examen de algunos de los textos originales del feminismo de la segunda ola son las formas explícitamente autoconscientes en que las mujeres usaban los grupos focales como «investigación» con el fin de construir «teorías» acerca de sus experiencias cotidianas y para desplegar las teorías en la implementación de cambios políticos. Es interesante, aunque no sorprendente, que este trabajo con orientación práctica fuera rechazado por los radicales masculinos de ese tiempo como poco más que «chismes» en el contexto de «charlas de café». Irónicamente, este rechazo refleja los modos en que periódicamente se rechaza a la investigación cualitativa por ser «blanda», «subjetiva» o «no científica». No obstante, las feministas de la segunda ola persistieron en la construcción de teorías desde el «punto de vista» de las experiencias vividas de las mujeres y eventualmente se convirtieron en una poderosa fuerza social en la lucha por la igualdad de derechos.

En respuesta a los alegatos de que la teoría feminista no era científica, Sarachild (1978) sostenía:

La decisión de enfatizar nuestros propios sentimientos y experiencias como mujeres y de probar todas las generalizaciones y lecturas que hemos llevado a cabo a partir de nuestras propias experiencias era, en realidad, el método científico de investigación. En efecto, repetíamos el desafío del siglo XVII de la ciencia al escolasticismo: «estudia la naturaleza, no los libros» y expone todas las teorías al test de la práctica y la acción vivas (pág. 145).

Sarachild continuó por señalar que el objetivo de los CRG no era tan sólo que las mujeres compartieran experiencias atomizadas, que se expresaran o que se confesaran ante los grupos:

La idea de la generación de conciencia nunca fue terminar con las generalizaciones. Era producir generalizaciones más verdaderas. La idea era tomar nuestros propios sentimientos y experiencias con mayor seriedad que cualquiera de las teorías que no las aclaraban de un modo satisfactorio, y crear nuevas teorías que en verdad reflejaran las experiencias y las necesidades presentes de las mujeres (pág. 148).

En otras palabras, un imperativo primario de estos grupos era usar el poder de formas productivas (por ejemplo, Foucault, 1977/1980), es decir, experimentar con la realidad misma e intervenir en ella (Deleuze y Guattari, 1987). Este imperativo iba más allá de la

representación y se dirigía hacia la reinvención. Prestar atención a las realidades presentes de las mujeres era un medio para la redefinición de esas realidades y su conexión con intereses políticos estratégicos.

A pesar de este imperativo posestructural, con frecuencia estos análisis estaban condimentados con el lenguaje de la «verdad» y la «ciencia», lo cual los hacía parecer definitivamente pospositivistas según los estándares actuales. En muchos sentidos, esto no resulta sorprendente ya que estas mujeres estaban trabajando a partir de una perspectiva esencialista, fundacionalista y, además, necesitaban moldear sus argumentos en formas que les permitieran ser escuchadas dentro de un clima social y político que era indudablemente euroestadounidense, dominado por los hombres y heterosexista. No obstante, ellas también parecían darse cuenta de que construir agendas políticas en torno a las experiencias de las mujeres es una actividad inagotable e interminable. En este sentido, Sarachild (1978) contrastó los «grupos generadores de consciencia» con los «grupos de estudio» y los «grupos de rap». Llamó «revolucionarios» a los CRG, y en cuanto a las dos últimas clases de grupos, los consideró productos del «error del liberalismo de izquierda» y del «error del liberalismo de derecha», respectivamente (pág. 150). Estos contrastes son fascinantes por muchas razones. En un análisis con un subtexto freireano, ella señala que los errores introducidos tanto por el liberalismo de derecha como por el liberalismo de izquierda, en realidad, no investigaban las cosas. En lugar de ello, comenzaban con conclusiones a priori y luego intentaban justificarlas con dogmas o alguna semblanza de empirismo. Más específicamente, ella veía a los grupos inclinados hacia la izquierda como dogmáticos y a los grupos inclinados hacia la derecha como empiristas a posteriori. En contraposición, consideraba que los CRG evolucionarios estaban enraizados en «la investigación y el descubrimiento», y veía como radicales a sus agendas políticas. Es importante señalar que Sarachild estaba jugando aquí con los significados polisémicos y heteroglósicos de «raíz» y «radical». Observa que: «estábamos interesados en llegar a la raíz de los problemas de la sociedad. Podría decirse que queríamos arrancar las malezas del jardín de raíz, no sólo cortar las hojas de arriba para que las cosas se vieran bien transitoriamente» (pág. 144). De modo, que si bien estos CRG eran muy personales, lo personal siempre se desplegaba al servicio de agendas teóricas y políticas más generales.

En muchos aspectos, los CRG del feminismo de la segunda ola ayudaron a fijar la agenda para toda una generación de activismo feminista. Como señala Eisenstein (1984), estos grupos ayudaron a poner las cuestiones personales de las vidas de las mujeres en el primer plano del discurso político. Cuestiones como el aborto, el incesto,

el acoso sexual y el abuso doméstico y físico surgieron de estos grupos como cuestiones sociales apremiantes en torno a las cuales debían promulgarse políticas y legislaciones públicas. Es importante notar que anteriormente se consideraba que estas cuestiones eran demasiado personales y de una idiosincrasia demasiado intensa como para que los hombres de ese momento las tomaran con seriedad, sea que se tratara de académicos, activistas políticos, políticos u otros semejantes. Mediante el hallazgo de qué cuestiones eran las más apremiantes en las vidas de las mujeres, los CRG fueron capaces de promover las agendas de los colectivos locales y, en última instancia, las agendas sociales y políticas a nivel regional y nacional aquello que anteriormente se había considerado que eran temas individuales, psicológicos y privados.

Al igual que el trabajo de Freire y Kozol, la mayor parte del trabajo de grupos focales dentro de la investigación cualitativa del feminismo de la segunda ola ha reconocido el poder constitutivo del *espacio* y el *lugar*. Por lo general, los grupos se reúnen en entornos familiares, tales como cocinas, sótanos de iglesias, comedores o salas de estar de ciudadanos mayores y refugios para mujeres. Madriz (2000) señala que: «Utilizar espacios familiares de los participantes diluye aún más el poder del investigador y disminuye la posibilidad de construir “otredad”» (pág. 841).

Además del trabajo feminista de la segunda ola que era principalmente teórico y político, existía un extenso cuerpo de trabajo que era en su mayor parte práctico y se centraba fundamentalmente en el modo de conducir CRG. En otras palabras, los discursos sobre métodos eran una parte integral del movimiento. No es sorprendente que estos discursos casi siempre exhibieran una orientación práctica —la articulación de teoría y práctica en pos del cambio social y político—. Asimismo, se prestaba atención minuciosa a las cuestiones de poder, en especial con respecto a las relaciones de poder micropolíticas que parecían representar amenazas *internas* para la potencialidad de las feministas de la segunda ola para producir historias efectivas. La composición ideal de los CRG, por ejemplo, fue sometida a un intenso debate. ¿Cuán homogéneos o heterogéneos debían ser? ¿Cuán extensos debían ser estos grupos para que tuvieran una máxima eficacia? ¿Cuán centralizado o descentralizado debía ser el liderazgo grupal? ¿Debían los grupos estar conformados por un «único sexo», con hombres comprensivos que realizan otras clases de trabajos en otros contextos?

Adicionalmente, se ha dedicado gran consideración y esfuerzo al desarrollo de «manuales» para mujeres que deseaban desarrollar y formar CRG desde cero. El Cape Cod Women's Liberation Move-

ment (1972), por ejemplo, distribuyó un panfleto que aconsejaba lo siguiente:

I. Podrías comenzar por discutir algo que todo el mundo haya leído para superar la incomodidad inicial.

II. Intenta hablar acerca de qué imagina cada mujer que es el feminismo. O qué anhela —espera y/o teme— conseguir del grupo cada una de ellas.

III. Es posible compartir historias personales, qué hace cada mujer, cuál es su situación de vida, cuánto tiempo ha estado interesada y cómo se ha enterado cada una acerca del grupo.

IV. Cada mujer puede describir brevemente su experiencia. Todas tenemos infancias: ellas nos han influenciado, pero su discusión resulta menos amenazante que los sucesos recientes.

V. Cualquiera sea nuestro comienzo, un método simple es «darle la vuelta al salón». Cada mujer habla de acuerdo con un turno. De ese modo, no se saltea a nadie. Es de vital importancia que todas las mujeres hablen.

VI. Luego de la primera reunión, puede que quieras elegir los temas con antelación. Algunos grupos lo hacen; otros, no. Podrías proceder «dando una vuelta» y viendo qué es lo que las personas necesitan discutir esa tarde. Podrías analizar algún suceso externo que esté relacionado con las mujeres.

Este folleto analizaba además varios obstáculos y los modos de superarlos, como qué hacer cuando algunas mujeres dominan al grupo o se amenazan entre sí, y cómo proteger la privacidad de unas y otras. Los objetivos generales de gacetillas y folletos como éstos eran construir una teoría a partir de las experiencias vividas de las mujeres y articular esta teoría junto con las agendas políticas contemporáneas en formas que promovieran la igualdad de derechos para las mujeres bajo la ley.

Al igual que muchos esfuerzos colectivos, los CRG del feminismo de la segunda ola tenían algunas limitaciones. Como señala Eisenstein (1984), por ejemplo, estos grupos con frecuencia operaban bajo las limitaciones de lo que ella llamaba «falso universalismo». En otras palabras, estos grupos a menudo se proponían hablar por todas las mujeres de modo sencillo, como si las experiencias de las mujeres blancas de clase media fuesen universales. Esta limitación es común entre la mayoría de los movimientos sociales en donde los miembros tienden a ser «parecidos» en muchas formas y en donde las identidades colecti-

vas deben sobredeterminarse para amasar algún poder político. En el caso del feminismo de la segunda ola, un objetivo primario era «permitir a las participantes restar énfasis a sus diferencias y centrarse en las experiencias que tenían en común. Las generalizaciones, por supuesto, sólo describen las experiencias de aquellas mujeres que participaron. Por lo general, se trataba de mujeres blancas con educación universitaria» (pág. 133).

Estas tendencias universalistas alienaban a muchas mujeres de color quienes veían el feminismo como una «cosa de blancas de clase media». Sin embargo, como enfatiza Madriz (2000), muchas de las concepciones y estrategias generadas dentro de los CCG del feminismo de la segunda ola podían adaptarse con facilidad a los deseos, necesidades y esperanzas importantes de las mujeres de color y de otros múltiples grupos marginalizados de mujeres. De hecho, si mapeamos la trayectoria desde el feminismo de la segunda ola al feminismo de la tercera ola, observamos tanto continuidades como discontinuidades.

La siguiente generación de académicas e investigadoras feministas se basó, en efecto, en las agendas de feminismo de la segunda ola, las cuales ampliaron, al tiempo que también enfatizó las diferencias dentro de los «grupos» de mujeres y entre ellos. Las posturas de las mujeres afroamericanas, latinas y gays, por ejemplo, se volvieron todas prominentes durante este período. Trabajando dentro de los movimientos del feminismo de la tercera ola, Madriz (1997) utilizó los grupos focales en formas eficaces, algunas de las cuales están evidenciadas en su libro *Nothing Bad Happens to Good Girls*. En este libro, Madriz analiza las muchas maneras en que el miedo al delito funciona para producir una forma de control social insidiosa sobre la vida de las mujeres. El miedo al delito produce ciertas ideas acerca de lo que las mujeres «deberían» y «no deberían» hacer en público para protegerse, lo que da lugar a ideas debilitantes acerca de lo que constituyen «chicas buenas» en comparación con las «chicas malas», y limita de un modo severo el abanico de prácticas cotidianas disponibles para las mujeres.

En lo que respecta a los métodos de investigación, Madriz dirige la atención al hecho de que la mayoría de los hallazgos de investigación sobre el miedo de las mujeres al delito se había generado antes a partir de extensos estudios por encuestas de hombres y de mujeres. Este enfoque, sostiene, limita severamente el rango de pensamientos y experiencias que las participantes están dispuestas a compartir y, por tanto, conduce a explicaciones del fenómeno innecesariamente parciales e inexactas. En otras palabras, es difícil lograr que las personas —en particular las mujeres— hablen acerca de temas sensibles, tales como sus propios miedos a ser asaltadas o violadas, de formas

desinhibidas y honestas en el contexto de encuestas orales o escritas completadas en soledad o en relación con un único entrevistador científico social. Este problema general se vuelve aún más complejo dadas las diferencias en las relaciones de poder entre las investigadoras y las participantes de la investigación, las cuales son una función de la edad, la clase social, la ocupación, el dominio del idioma, la raza y demás.

Madriz utilizó grupos focales con el fin de contraponer las varias fuerzas alienantes que parecen inherentes a la investigación por encuesta y con el fin de recolectar con mayor verosimilitud relatos más ricos y voluminosos de experiencias, señalando que estos grupos proveían un contexto en donde las mujeres podían apoyarse entre sí al discutir sus experiencias con relación al delito, así como sus miedos y preocupaciones acerca de éste. En efecto, estos grupos ciertamente mitigan la intimidación, el miedo y las sospechas con las que muchas mujeres se acercan a la entrevista personal. En palabras de una de las participantes de Madriz (1997): «Cuando estoy sola con un entrevistador, me siento intimidada, atemorizada. Y si me llama por teléfono, nunca respondo a sus preguntas. ¿Cómo sé qué quiere realmente o quién es?» (pág. 165). Contrariamente, los grupos focales brindan a las mujeres contextos mucho más seguros y de más apoyo dentro de los cuales pueden explorar sus experiencias vividas y las consecuencias de esas experiencias junto a mujeres que entenderán lo que están diciendo desde un plano intelectual, emocional y visceral.

Esta idea de espacios de seguridad y apoyo introduce otra dimensión importante del trabajo de grupos focales dentro de la investigación feminista de la tercera ola, en particular la importancia de constituir grupos en modos que mitigen la alienación, creen solidaridad y mejoren la construcción comunitaria. Para logra estos fines, Madriz enfatizó la importancia de crear grupos homogéneos en función de raza, clase, edad, experiencias de vida específicas y demás —todos ellos, sellos distintivos del feminismo de la tercera ola—.

Tanto en su propio trabajo como en sus esfuerzos por ser una portavoz de los enfoques del feminismo de la tercera ola para la investigación cualitativa, Madriz (1997) delineó una serie de actitudes y de prácticas que se basaban en el trabajo de la segunda ola y lo ampliaban. Entre otras cosas, reconoció una larga historia de enfoques feministas para el trabajo cualitativo fundados dentro de una larga historia de feministas «sin nombre» y de prácticas vinculadas con la mujer —«intercambios con madres, hermanas, vecinas, amigas» (pág. 166). Además, revisó los grupos focales en cuanto vehículos para el testimonio colectivo, los cuales ofrecen posibilidades que ayudan a las mujeres a superar el aislamiento social que históricamente ha caracte-

rizado sus vidas (pág. 166). Estas posibilidades surgieron con claridad a partir de las iniciativas y los imperativos de los CRG de la segunda ola ya analizados, pero también los ampliaron. En particular, Madriz sostenía que la naturaleza no esencialista, social-construccionista y (con frecuencia) poscolonial de los proyectos de investigación feministas de la tercera ola explican de forma más cabal la extraordinaria variabilidad que existe a menudo entre las experiencias de las mujeres, dependiendo de su posicionamiento social respecto de raza, clase, región, edad, orientación sexual y demás. Por consiguiente, las investigadoras feministas de la tercera ola reflejaron y multiplicaron las posturas desde las cuales es probable que fluyan los testimonios y se produzcan las voces. Si bien las investigadoras como Madriz se aferraban al ideal pospositivista asociado con la construcción de teoría a partir de las experiencias vividas, también promovieron una teoría que explicara de forma más completa la naturaleza local, compleja y sutil de las experiencias vividas que siempre están construidas dentro de las relaciones de poder producidas en las intersecciones de las múltiples categorías sociales.

Al fin de cuentas, un objetivo primario de la actividad de grupos focales dentro de la investigación feminista de la tercera ola no es ofrecer conclusiones prescriptivas sino, en cambio, destacar las potencialidades productivas (tanto opresivas como emancipadoras) de ciertos contextos sociales (con sus relaciones de poder producidas y perdurables en términos históricos) dentro de los que, por lo general, se desenvuelven tales prescripciones. En este sentido, el trabajo de Madriz es una sinécdoque del trabajo del feminismo de la tercera ola concebido de un modo más general, en particular por mujeres de color, como Dorinne Kondo, Smadar Lavie, Ruth Behar, Aiwa Ong y Lila Abu-Lughod.

Resumen

La naturaleza y las funciones de los CRG dentro del feminismo de la segunda y la tercera ola ofrecen muchas concepciones importantes acerca de la potencialidad de los grupos focales para funcionar al servicio de los imperativos claves de la investigación cualitativa del «séptimo momento». Basándonos en la lectura política de grupos focales de Madriz, y más específicamente, en los constructos de «testimonio» y «voz», enfatizamos aquí algunas de estas posibilidades.

Una función fundamental de los grupos focales dentro del trabajo feminista ha sido la de elicitar y legitimar los testimonios colectivos y las narrativas de resistencia grupal. Estos testimonios y narrativas

han sido utilizados por las mujeres —al igual que podrían hacerlo cualquier grupo subyugado— «para revelar aspectos específicos y poco investigados de la existencia cotidiana de las mujeres, sus sentimientos, actitudes, esperanzas y sueños» (Madriz, 2000, pág. 836). Otro énfasis clave de los grupos focales dentro de las tradiciones feministas o vinculadas con la mujer ha sido el descubrimiento o la producción de la voz. Dado que con frecuencia los grupos focales resultan en un intercambio de relatos similares sobre experiencias cotidianas de lucha, rabia y otras similares, ellos terminan a menudo legitimando las voces individuales que habían sido construidas previamente dentro de los discursos tradicionales y, a través de ellos, como idiosincráticas, egoístas e, incluso, malignas. Puesto que los grupos focales resaltan y explotan el poder del testimonio y la voz, pueden convertirse en sitios para la sobredeterminación de la identidad colectiva como una práctica política estratégica. Esta sobredeterminación crea una masa crítica de solidaridad visible que parece ser el primer paso necesario hacia el cambio social y político.

Uno de los principales intereses de las investigadoras feministas han sido los dilemas morales inherentes a las entrevistas y el papel del investigador en estos dilemas. Los grupos focales mitigan tales dilemas mediante la creación de múltiples líneas de comunicación que ayudan a crear «espacios seguros» para el diálogo en compañía de otros que han tenido experiencias de vida similares y que están lidiando con cuestiones similares. En relación con este punto, los grupos focales pueden posibilitar formas únicas de acceso a la interacción «natural» que es posible que ocurra entre los participantes. Dado que los grupos focales privilegian la «interacción horizontal» por sobre la «interacción vertical», ellos están, asimismo, constituidos como espacios sociales que tienden a disminuir la influencia del investigador en el control de los temas y el flujo de la interacción. Entre otras cosas, esta horizontalidad incrementa la potencialidad para rearticular las dinámicas de poder dentro de las interacciones de los grupos focales en forma tal que pueden conducir a la recolección de información especialmente rica (es decir, datos de alta calidad) que, en última instancia, redundarán en informes cargados de «descripción densa» y ricos en verosimilitud.

Los grupos focales dentro de las tradiciones feministas y vinculadas con la mujer han mitigado también la tendencia occidental de separar el pensamiento de los sentimientos, abriendo así posibilidades para remodelar el conocimiento como algo distribuido, relacional, encarnado y sensorial. Considerar el conocimiento bajo esa óptica denota las complejidades y las contradicciones que forman siempre parte del trabajo de campo. También ilumina las relaciones entre poder y co-

nocimiento y, por tanto, insiste en que la investigación cualitativa es siempre política —implicada en la crítica social y el cambio social—.

Ya sea por necesidad o por propósitos estratégicos, el trabajo feminista siempre ha tomado en cuenta el poder constitutivo del *espacio*. Con el fin de profundizar la contraposición a las relaciones de poder asimétricas y a los procesos de construcción de «otredad», las reuniones de los grupos focales se celebran casi siempre en espacios seguros en donde las mujeres se sientan cómodas, importantes y legitimadas. Ésta es una consideración de particular importancia al trabajar con mujeres que tienen mucho que perder con su participación, por ejemplo, con inmigrantes indocumentadas y las llamadas jóvenes desviadas.

Por último, el quiebre entre el feminismo de la segunda ola y el feminismo de la tercera ola cuestionó el tratamiento monolítico de la diferencia bajo el signo de «mujer» que caracterizó a gran parte del pensamiento de la segunda ola y, además, subrayó la importancia de crear grupos focales que fueran relativamente homogéneos en función de historias de vida, necesidades percibidas, deseos, raza, clase social, región, edad y demás ya que tales grupos tienen más posibilidades de lograr la clase de solidaridad e identidad colectiva que son necesarias para producir «historias efectivas». Si bien es posible que la construcción de coaliciones a lo largo de tales grupos relativamente homogéneos de mujeres sea importante en ciertas instancias, con frecuencia el trabajo intelectual y político específico resulta más exitoso cuando son las personas con necesidades, deseos, luchas y compromisos similares quienes lo implementan.

Juntas, las diferentes concepciones y prácticas de los CRG dentro del trabajo feminista han sido invalorable al impulsarnos hacia el séptimo momento y ayudarnos a imaginar e implementar: (a) un compromiso con una investigación de una orientación práctica moralmente correcta; (b) el uso estratégico de cúmulos eclécticos de teorías, métodos y estrategias de investigación; (c) el cultivo de relaciones dialógicas en el campo; (d) la producción de textos polifónicos no representacionales, y (d) la conducción de investigaciones cuidadosas afines a lo que es sagrado en la vida y el texto, y acerca de ellos.

Grupos focales como práctica de investigación

El interés por los grupos focales en las ciencias sociales ha crecido y decrecido durante el curso de aproximadamente los últimos 60 años. En muchos sentidos, el primer uso realmente visible de grupos

focales para la conducción de una investigación en las ciencias sociales podría remontarse al trabajo de Paul Lazarsfeld y Robert Merton. Su perspectiva de grupos focales surgió en 1941 mientras ambos se embarcaban en un proyecto con auspicio gubernamental para evaluar los efectos de los medios sobre las actitudes respecto del involucramiento de los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial. Como parte de su investigación en la Oficina de Investigación Radial de la Universidad de Columbia, Lazarsfeld y Merton reclutaron grupos de personas para que escucharan y respondieran a programas de radio diseñados para levantar la moral en relación con el esfuerzo bélico (Merton, 1987, pág. 552). Originalmente, los investigadores les pedían a los participantes que presionaran botones para indicar sus respuestas positivas o negativas a los programas de radio. Dado que los datos producidos por este trabajo podía ayudarlos a responder preguntas acerca del «qué», pero no del «por qué» de las elecciones de los participantes, los investigadores utilizaron grupos focales a modo de foros para lograr que los participantes explicaran por qué habían respondido en las formas en que lo hicieron. Es importante señalar que el uso de grupos focales como una estrategia de investigación cualitativa por parte de Lazarsfeld y Merton siempre fue secundario (y menos legítimo) que los varios métodos cuantitativos de recolección y análisis desplegados por los investigadores. Ellos utilizaban los grupos focales en formas exploratorias para generar nuevas preguntas que pudieran ser usadas en el desarrollo de nuevas estrategias cuantitativas o, simplemente, para complementar o glosar los hallazgos más cuantitativos de su investigación. Lunt (1996) observa que Merton consideraba al «rol de los grupos focales, respecto de la identificación de las dimensiones prominentes de los estímulos sociales complejos, como [un] precursor para el incremento de los tests cuantitativos» (pág. 81). Dos dimensiones de los esfuerzos de investigación de Lazarsfeld y Merton constituyen parte del legado asociado al uso de grupos focales dentro de la investigación cualitativa: (a) captar las respuestas de las personas en un espacio y un tiempo reales en el contexto de interacciones cara cara, y (b) «centrar» los puntos de la entrevista estratégicamente de acuerdo con los temas que se generan en estas interacciones cara a cara, y que se consideran de particular importancia para los investigadores.

En términos de la filosofía de la ciencia, el uso temprano de grupos focales como recursos para la conducción de la investigación era de una naturaleza bastante conservadora. Esto no resulta para nada sorprendente dado que el trabajo de Lazarsfeld y Merton estaba financiado por el Ejército e incluía «la entrevista de grupos de soldados en campamentos de la Armada en relación con sus respuestas a filmes de entrenamiento específicos y a los llamados filmes morales» (Merton,

1987, pág. 554). Su investigación incluía además estudios de por qué las personas hacían promesas ligadas con la guerra. El propósito de gran parte de este trabajo era comprender mejor las creencias y los procesos de toma de decisión de las personas para desarrollar así formas de propaganda cada vez más eficaces.

La clase de investigación de grupos focales conducida por académicos, como Lazarsfeld y Merton, casi desaparece del campo de la sociología durante la mitad del siglo XX, sólo para resurgir a comienzos de la década de 1980, particularmente en torno a los trabajos de «análisis de audiencias» (Morley, 1980). Cuando finalmente resurgió, ya no estaba ligada con —o se la utilizaba al servicio de— una investigación con orientación predominantemente cuantitativa, un hecho del que Merton se lamentaba:

Entiendo que gran parte de la investigación de grupos focales de hoy en día en cuanto que un tipo creciente de investigación de mercado no incluye este compuesto de investigación cualitativa ni cuantitativa. Uno tiene la impresión de que se está utilizando la investigación de grupos focales de un modo despiadadamente incorrecto, como proclamas livianas a favor de la legitimidad de la investigación [que] no están sujetas a mayores tests cuantitativos... Para nosotros, las entrevistas cualitativas de grupos focales se tomaban como fuentes de nuevas ideas y nuevas hipótesis, no como hallazgos demostrados respecto del alcance y la distribución de patrones cualitativos de respuesta identificados de manera provisional (pág. 557-558).

A pesar de críticas como éstas, la investigación de análisis de audiencias era definitivamente interpretativa. Su principal objetivo era comprender las complejidades implícitas en el modo en que las personas comprendían e interpretaban los textos de los medios; sus métodos eran casi con exclusividad cualitativos. En contraposición al trabajo de Lazarsfeld y Merton, que estaba centrado en el contenido expresado, los investigadores del análisis de audiencias se centraban en las dinámicas grupales mismas, creyendo que los significados construidos dentro de los grupos de televidentes estaban en gran medida construidos socialmente.

Janice Radway, por ejemplo, utilizó los grupos focales de manera muy exitosa para su investigación pionera acerca de las prácticas de lectura de las aficionadas a las novelas románticas, lo cual dio como resultado su libro *Reading the Romance*. La investigación de Radway (1991) tuvo lugar en una librería local y en sus alrededores, y sus participantes incluían a la dueña de la tienda y a un grupo de 42 mujeres que frecuentaban la tienda y eran lectoras asiduas de novelas románticas. Radway desarrolló un diseño de investigación de métodos

mixtos que incluía análisis textuales y entrevistas de grupos focales. Asistida por la dueña de la tienda («Dot»), Radway fue capaz de conectarse con la dinámica de la actividad de las redes existentes de mujeres que eran ávidas lectoras de novelas románticas. Estas mujeres dependían en gran medida de las recomendaciones de la dueña de la tienda respecto de las últimas novelas, y también interactuaban unas con otras. Radway simplemente «formalizó» algunas de las actividades sociales en curso para generar una base de información rica y sistemática acerca de las circunstancias sociales, las prácticas específicas de lectura, las actitudes, las preferencias de lectura y de las múltiples y contradictorias funciones de la lectura de novelas románticas entre las mujeres a las cuales estudiaba. En este sentido, tan sólo dos días después de encontrarse con Dot por primera vez, Radway «condujo dos sesiones de discusión de cuatro horas de duración con un total de 16 de las clientes más frecuentes de Dot» (pág. 47). Conforme el estudio progresaba, el involucramiento de Radway con las novelas románticas y con las lectoras de novelas románticas se fue intensificando. Leyó todos los libros que sus participantes estaban leyendo. Hablaba con muchas de las participantes de manera informal siempre que las veía en la librería. Siguió los consejos de Dot y de las otras participantes respecto de qué libros leer y en qué cuestiones centrar las discusiones.

Radway (1991) observó, entre otras cosas, la importancia de las dinámicas grupales en el modo en que se interpretaban y utilizaban las diferentes novelas románticas. También subrayó la importancia de pertenecer a un grupo de lectura en cuanto a la mitigación del estigma a menudo asociado con la práctica de lectura de novelas románticas. A través de su participación colectiva, Dot y sus clientes (es decir, las participantes de Radway) crearon una especie de solidaridad con potencialidad política. Radway utilizó su conocimiento de la potencialidad política de la actividad colectiva de forma estratégica en su investigación:

Dado que sabía de antemano que muchas mujeres temen admitir su preferencia por las novelas románticas por miedo a que se las menosprecie por iletradas o inmorales, sospeché que probablemente la fuerza de los números haría que mis informantes fueran menos reacias a discutir sus obsesiones (pág. 252).

Por último, las formas en que Radway se ubicó dentro de los grupos de lectura fueron cruciales. Señala, por ejemplo, que en las ocasiones en que animaba de un modo cuidadoso a las participantes, relegando su participación a un segundo plano, «la conversación fluía con más naturalidad puesto que las participantes discrepaban entre ellas, se contradecían unas a otras y descubrían con encanto que aun así coincidían acerca de muchas cosas» (pág. 48).

Todas las estrategias desplegadas por Radway ayudaron a movilizar la energía colectiva del grupo y a generar clases y cantidades de datos que a menudo son difíciles, sino imposibles, de generar a través de entrevistas individuales e, incluso, de observaciones. Adicionalmente, estas estrategias —y la participación en los propios grupos focales— ayudó a construir un colectivo más fuerte y eficaz con al menos un punto en la política local. En este sentido, Radway (1991) señala que las mujeres usaban las lecturas románticas con dos propósitos fundamentales: uno *combativo* y otro *compensatorio*. Cada propósito es político a su propio modo, y cada uno se volvía más íntegramente comprensible para las mujeres en el contexto de sus conversaciones y discusiones de grupo focal:

Es *combativo* en el sentido de que les permite rechazar el rol social prescrito para ellas, y dirigido por otros, dentro de la institución del casamiento. Al tomar un libro, como nos lo han dicho con tanta elocuencia, están rechazando de forma temporaria la demanda de otro modo constante por parte de sus familias de que atiendan las necesidades de otros, incluso cuando actúan deliberadamente con el fin de hacer algo para su propio placer privado. Su actividad es, entonces, *compensatoria* en cuanto que les permite centrarse en ellas mismas y crear un espacio de soledad dentro de un ámbito en donde, por lo general, el interés por sí mismas está identificado con los intereses de los otros, y en donde se las define como un recurso público para ser explotado a voluntad por la familia (pág. 211).

Estas dos funciones políticas están en clara tensión al final de *Reading the Romance* sin que se proporcione una resolución para cómo podría solucionarse esta tensión en el tiempo. Sin embargo, Radway concluye su libro con una esperanzadora llamada a la praxis: «Es absolutamente esencial que quienes estamos comprometidos con el cambio social aprendamos a no pasar por alto esta forma de protesta mínima pero no obstante legítima... y que aprendamos cuál es la mejor manera de fomentarla y de lograr que resulte fructífera» (pág. 222).

Si el trabajo de Radway comenzó a delinear la potencialidad política, ética y práctica de los grupos focales dentro de la investigación cualitativa, el trabajo de Patti Lather ha llevado las «condiciones límite» de los grupos focales casi más lejos que ningún otro trabajo en el campo de la investigación cualitativa contemporánea, en especial, respecto de cómo los grupos focales pueden traer «a la luz» (Heidegger, 1975) las posibilidades posfundacionales para la investigación. En su libro *Troubling the Angels*, por ejemplo, Lather y Smithies (1997) exploran las vidas, experiencias y narrativas de 25 mujeres que padecían VIH/AIDS [sida]. *Troubling the Angels* es un libro lleno de voces

superpuestas y contradictorias surgidas como resultado de cinco años de entrevistas de grupos focales conducidas en el contexto de «grupos de apoyo» en cinco grandes ciudades de Ohío:

En el otoño de 1992, nos reunimos con uno de los grupos de apoyo para explorar qué preguntas deberíamos usar en las entrevistas. Las mujeres que asistían a esta reunión estaban desbordantes de entusiasmo e ideas; su conversación se convirtió en un diálogo sobre cuestiones, sentimientos y concepciones. El proceso grupal estaba produciendo una forma y un nivel de colaboración que no podía replicarse ni remotamente en las entrevistas individuales, de modo que se tomó la decisión de mantener el formato de grupo para la mayor parte de la recolección de datos (pág. xix).

Lather y Smithies también se reunieron y hablaron con estas mujeres en fiestas de cumpleaños y reuniones de vacaciones, salas de hospitales y funerales, celebraciones de futuros nacimientos y excursiones. Los marcos de referencia participativos para la interacción cambiaban de forma constante a lo largo del proyecto. Smithies, por ejemplo, señala que las dinámicas grupales eran bastante impredecibles y que las mujeres con frecuencia se enojaban o se molestaban unas con otras (pág. 194).

Si bien gran parte de este libro está dedicado a agitar las aguas de la representación etnográfica, la experiencia vivida de conducir trabajos de campo fundamentalmente a través de grupos focales también agita las aguas de la práctica de investigación. En este sentido, Lather y Smithies integraron prácticas y discursos sociológicos, políticos, históricos, terapéuticos y pedagógicos en su trabajo junto con las mujeres que estudiaron. En el «poslibro» de Lather (2001), por ejemplo, ella afirma haber buscado de manera constante «las fisuras y los bordes irregulares de las prácticas metodológicas a partir de las cuales podemos obtener un conocimiento útil para modelar las prácticas presentes de una etnografía feminista que trasciendan nuestros códigos pero que, aun así, sean siempre: fuerzas ya activas en el presente» (págs. 200-201. Y prosigue:

La tarea se convierte en lanzarnos en contra de la materialidad persistente de los otros, aceptando arriesgarnos a pérdidas, regodeándonos en el poder de los otros para limitar nuestra «voluntad por saber» interpretativa, salvándonos del narcisismo y de su melancolía a través de las mismas positivities que no somos capaces de agotar, la otredad que siempre nos excede... La etnografía se convierte en una especie de laboratorio de daños autoinfligidos con el fin de descubrir las reglas con las cuales se produce la verdad. Intentando responder a la complejidad, la tarea se vuelve en pensar el límite, y mucho se abre en términos de

las formas de proceder para aquellos que saben tanto demasiado como muy poco (págs. 202-203).

En este sentido, Lather se explaya acerca de las ocasiones en que sus experiencias con las mujeres afectadas por el sida o sus relatos la conducían al llanto. Se dio cuenta, al trabajar con estas mujeres, de que debía negociar su propia relación con la pérdida. Se preguntó si siquiera podría hacerlo y cómo, y a veces dudaba de que incluso pudiera seguir adelante con el proyecto. En el sentido más real, Lather llegó a darse cuenta de las formas en que el conocimiento se encuentra siempre encarnado con antelación —de forma corpórea, visceral y material— y de las consecuencias que tal comprensión tenía para el trabajo de campo y la escritura.

Una de las secciones más interesantes del libro de Lather y Smithies (1997) para nuestros propósitos en este capítulo es uno en donde las investigadoras cultivaron una «metodología del perderse»:

En cierto grado, este libro es acerca del perderse a lo largo de las varias capas y registros, acerca de no encontrar nuestro camino para lograr una comprensión que se corresponda de un modo sencillo con nuestras formas usuales de comprender. Aquí, todos nos perdemos: las mujeres, las investigadoras, los lectores [y] los ángeles, para abrir así los esquemas actuales de conocimiento a las posibilidades de pensar de un modo diferente (pág. 52).

Si bien estas reflexiones refieren al libro en sí mismo en lugar de al proceso de conducción de la investigación que llevó a la escritura del libro, en el sentido de que las reflexiones indexan las dimensiones políticas y éticas de todas las prácticas y de todo conocimiento, éstas se aplican igualmente bien al trabajo con participantes de investigación en el campo. Por ejemplo, Lather y Smithies rechazaron ubicarse como grandes teóricas e interpretar o explicar para sí la vida de las mujeres. En cambio, conceden

peso a la experiencia vivida y a la consciencia práctica, situando tanto al investigador como al investigado como portadores de conocimiento y prestando atención a la vez al «precio» que pagamos por hablar acerca de discursos de la verdad, formas de racionalidad, efectos del conocimiento y relaciones de poder (Lather, 2001, pág. 215).

A través de su posicionamiento táctico, Lather y Smithies desafiaban el derecho del investigador a conocer e interpretar las experiencias de los otros, mientras que, al mismo tiempo, interrumpían y se interponían en los intentos de los participantes por narrar sus vidas a través de una especie de realismo etnográfico inocente compuesto

de voces que hablan por sí mismas y que incluía, entre otras cosas, la construcción del sida como obra de la voluntad de Dios. En este sentido, Lather y Smithies reconocían sus imposiciones y admitían que probablemente otra clase de libro —un libro que, por ejemplo, pudiera venderse en tiendas de venta con descuento— hubiera complacido más a sus participantes. Sin embargo, un libro así no hubiera servido a los propios deseos y objetivos de las investigadoras para problematizar la práctica de la investigación cualitativa. Finalmente, el libro tenía que «complacer» tanto a las investigadoras como a las participantes de la investigación —aunque más no fuera en formas parciales y no por completo satisfactorias—.

Estas diferentes tácticas relacionales y retóricas sacan a la luz las mismas micropolíticas complejas y, en ocasiones, inquietantes que son una parte integral de la práctica de investigación en el «séptimo momento», ya sea que queramos «ver» o no estas micropolíticas e implementarlas en nuestro propio trabajo. El trabajo de Lather y Smithies nos recuerda constantemente que no hay separaciones sencillas entre el investigador y el investigado y que la investigación en sí misma es siempre un trabajo relacional, político y ético. No hay un lugar privilegiado desde el cual experimentar e informar acerca de las experiencias de un modo objetivo —sólo posiciones en diálogo—. El punto clave aquí es que, más que ninguna otra investigación de la que seamos conscientes, el trabajo de Lather y Smithies nos ofrece formas en las cuales pensar acerca de la investigación que trascienden y transforman las potencialidades del uso de grupos focales para la revisión de epistemologías, la interrogación de la adquisición relativa tanto de la experiencia vivida como de la teoría, la readaptación de la ética dentro de la práctica de investigación y la implementación del trabajo de campo en formas que sean más ajustadas a sus dimensiones sagradas. Este es, en efecto, un trabajo difícil y peligroso:

El peligro consiste en robar conocimiento de otros, en particular de quienes no tienen mucho más, y utilizarlo para los intereses del poder. Esto es así incluso cuando el objetivo propuesto es extender el alcance del mismo contraconocimiento [en el cual] se basa el [trabajo], los relatos confiados a aquellos «quienes entran [en tales alianzas] desde el lado privilegiado» (Fiske, 1996, pág. 211) con el fin de transformar las injusticias ubicuas de la historia en un lugar legible (Lather, 2001, pág. 221).

Resumen

Tal como hemos demostrado, los grupos focales se han utilizado como instrumentos de investigación cualitativa dentro de varios momentos epistemológicos distintivos: el positivismo de Merton, el feminismo crítico de la segunda ola y el feminismo posestructural. Y si bien los grupos focales siempre han sido una parte crítica de la práctica de la investigación cualitativa, su uso parece estar en crecimiento (por ejemplo, Bloor y otros, 2001; Fontana y Frey, 2000; Morgan, 2000). Entre otras cosas, el uso de grupos focales le ha permitido a los académicos alejarse de la diada de la entrevista clínica y explorar características y dinámicas grupales respecto de fuerzas constitutivas significativas en la construcción de significado y en la práctica de la vida social. Además, los grupos focales han permitido a los investigadores explorar la naturaleza y los efectos del discurso social en desarrollo en formas que no son posibles por medio de las entrevistas o las observaciones individuales. Las entrevistas individuales eliminan la dinámica interaccional crítica que constituye gran parte de la práctica social y la creación colectiva de significado. Las observaciones son una especie de «apuesta» en términos de captar la actividad específica en la cual puede que estén interesados los investigadores. En contraposición a las observaciones, los grupos focales pueden utilizarse de forma estratégica para cultivar nuevas clases de dinámicas interaccionales y acceder así a nuevos tipos de información.

Por ejemplo, como lo muestran Radway (1991) y Lather y Smithies (1997), los grupos focales pueden utilizarse de una forma más estratégica con el fin de inhibir la autoridad de los investigadores y permitir a los participantes «tomar el control» y «poseer» el espacio de entrevista. Los grupos focales son también invaluableles en la promoción de una sinergia entre participantes que con frecuencia conduce al descubrimiento de información que rara vez es sencilla de alcanzar en la memoria individual. Los grupos focales facilitan asimismo la exploración de memorias colectivas y reservas compartidas de conocimiento que podrían parecer triviales y de poca importancia para los individuos pero que cobran relevancia y se vuelven cruciales cuando grupos afines comienzan a disfrutar de lo cotidiano. Adicionalmente, como lo demuestran los trabajos de Radway (1991) y de Lather y Smithies (1997), los grupos focales pueden convertirse en un sitio para la labor política local. Por último, y quizás más importante, el trabajo de Lather y Smithies trae a la luz el hecho de que los grupos focales están cargados de múltiples posibilidades para la conducción de investigaciones cualitativas del «séptimo momento» que la ayudarán a atravesar (y quizás transcender) la triple crisis

de representación, legitimación y praxis que ha rondado en torno al trabajo cualitativo durante las últimas dos décadas. En este sentido, los grupos focales pueden conducir a las clases de «rupturas» descritas por Lather (2001), y de las cuales Heidegger (1927/1962) sostenía que eran esenciales para una comprensión genuina. También pueden servir como recordatorios permanentes de que, en sus trabajos, los investigadores deberían cultivar relaciones productivas entre la descripción, la interpretación y la explicación. Y, quizás aún más importante, las posibilidades dialógicas brindadas por los grupos focales ayudan a los investigadores a trabajar en contra de la consolidación prematura de sus comprensiones y explicaciones, señalando, por tanto, los límites de la reflexividad y la importancia de la modestia intelectual/empírica como formas de la ética y la praxis. Tal modestia nos permite entablar «prácticas dobles» en las cuales oímos los intentos de los otros mientras dan sentido a sus vidas. También nos permite resistir a las cualidades seductoras de constructos «demasiado fáciles», tales como la «voz», conforme cuestionamos la experiencia en sí misma, la cual está siempre constituida dentro de una u otra «gran narrativa» (Lather, 2001, pág. 218). Finalmente, el desarrollo estratégico de la actividad de grupos focales para la conducción de la investigación cualitativa resalta la posibilidad de que los grupos focales puedan ser espacios democráticos claves en una época en que tales espacios se están volviendo cada vez más eclipsados y atomizados (Giroux, 2001; Henaff y Strong, 2001).

Un resumen crítico de los grupos focales en la práctica de investigación

La investigación de grupos focales es un sitio o una actividad clave en donde la pedagogía, la política y la investigación interpretativa se intersectan y animan unas a otras. Desde un punto de vista práctico, los grupos focales son eficientes en el sentido de que generan grandes cantidades de material a partir de un número relativamente extenso de personas en un período relativamente breve. Además, dadas sus potencialidades sinérgicas, los grupos focales con frecuencia producen datos que rara vez se producen a través de las entrevistas y la observación individual, y que dan como resultado concepciones interpretativas especialmente poderosas. En particular, la sinergia y el dinamismo generado dentro de colectivos homogéneos con frecuencia revelan normas desarticuladas y presupuestos normativos. Además, llevan a los procesos interpretativos más allá de los límites

de la memoria y la expresión individual para socavar las memorias y los deseos colectivos sedimentados en términos históricos. Esta es una de las razones por las que el trabajo de grupos focales ha resultado tan adecuado para las clases de pedagogías basadas en el «planteo de problemas» y la «resolución de problemas» destacadas por Freire y Kozol. Los problemas del «mundo real» no pueden ser resueltos por individuos aislados; en cambio, requieren fondos ricos y complejos de conocimientos y prácticas comunales.

Además de mejorar las clases y las cantidades de material empírico producido por los estudios cualitativos, los grupos focales resaltan la importancia no sólo del contenido, sino también de la expresión, puesto que capitalizan la riqueza y la complejidad de las dinámicas grupales. Actuando de algún modo como lupas, los grupos focales inducen interacciones sociales afines a las que ocurren en la vida cotidiana pero con una lente más amplia. Los grupos focales, en mayor medida que las observaciones y las entrevistas individuales, les otorgan a los investigadores acceso a las clases de dinámicas de interacción social que producen recuerdos, posiciones, ideologías, prácticas y deseos particulares entre grupos específicos de personas.

En cuanto «conversaciones escenificadas» los grupos focales son especialmente útiles para los investigadores que desean conducir varias clases de análisis del discurso, tales como los que hemos discutido previamente en relación con los análisis de audiencias. Los grupos focales permiten a los investigadores ver las formas complejas en que las personas se posicionan en relación de unas con otras conforme procesan preguntas, cuestiones y temas de modos centralizados. Estas dinámicas en sí mismas se vuelven «unidades de análisis» relevantes para el estudio.

Además de inducir simulaciones de conversaciones de ocurrencia natural e interacciones sociales, los grupos focales actúan para descentrar el rol del investigador. Como tales, los grupos focales pueden facilitar la democratización del proceso de investigación, brindando a los participantes un mayor dominio sobre él y promoviendo interacciones más dialógicas y la construcción conjunta de textos más polifónicos. Estos hechos sociales salieron a la luz a partir del trabajo feminista conducido por Madriz, Radway y Lather y Smithies que hemos discutido anteriormente.

Los grupos focales, a la vez que funcionan como sitios para la consolidación de las identidades colectivas y la implementación del trabajo político, permiten además la proliferación de significados y perspectivas múltiples, como también las interacciones entre ellas. Dado que los grupos focales ponen múltiples perspectivas «sobre la mesa», ayudan a los investigadores y a los participantes de la inves-

tigación por igual a darse cuenta de que tanto las interpretaciones de los individuos, así como las normas y las reglas de los grupos están inherentemente situadas, provisionales, contingentes, inestables y modificables. En este sentido, los grupos focales nos ayudan a avanzar hacia la construcción de una «metodología del perderse» y hacia la implementación de «prácticas dobles» (Lather, 2001), las cuales parecen ser los primeros pasos necesarios hacia la conducción de la investigación cualitativa del «séptimo momento».

Retrospectiva y perspectiva: los grupos focales como articulaciones estratégicas de la pedagogía, la política y la investigación

Concluimos con algunas reflexiones conceptuales acerca de la metodología de grupos focales como un logro negociado y de la pedagogía performativa fundada en el activismo local. Los grupos focales, sostenemos, son sitios en donde la pedagogía, la política y la metodología interpretativa convergen y proporcionan un modo en que pensar acerca de los nuevos horizontes en la investigación cualitativa como un trabajo relacional con orientación práctica y fundado en la ética.

Es importante señalar que la apertura de grupos focales al análisis genealógico nos permite descentrar nuestra comprensión de este método e imaginar e implementar nuevos usos y funciones. En efecto, si las narrativas metodológicas lineales o procedimentales han apuntalado los enfoques positivistas y pospositivistas de la investigación, la búsqueda de diferentes orígenes hace que nos percatemos de que no existen tales espacios seguros. Cuando menos, la noción de genealogía de Foucault nos hace responsables de los discursos que habitamos y de las historias que evocamos. La ampliación del abanico de «referentes» de grupos focales nos permite pensar con detenimiento la práctica de la investigación contemporánea en formas más expansivas.

Sin embargo, aquí no hay respuestas prefabricadas. La ética y la responsabilidad deben guiar esa discusión, una que implique por completo a los investigadores a cada paso del camino. Esto incluye las formas en las que los investigadores están posicionados dentro de los grupos con los cuales trabajan, y en oposición a ellos. Haciéndonos eco de Fine (1994), los investigadores actuales deben «explotar el guion» de sus diferentes roles (por ejemplo, participante-observador) y las responsabilidades, reconociendo siempre los roles que ocupan e incluyendo lo que esos roles permiten y lo que niegan. De hecho, de acuerdo con Fine, los investigadores deben trabajar de forma activa

en contra de la construcción de «otredad» en el trabajo de campo (es decir, la creación objetiva de sujetos prolijamente delimitados sobre los cuales informar) y, al mismo tiempo, resistir la autorreflexividad o a mirarse el ombligo (es decir, el peligro de adoptar una mirada introspectiva como una forma de evitar la responsabilidad ética de actuar en el mundo). Fine nos desafía a evitar lo que Haraway (1991) llama los «trucos de Dios» del «relativismo» y la «totalización». Tal como escribe Haraway: «El relativismo es el complemento perfecto de la totalización en las ideologías de la objetividad; ambas niegan el interés por la ubicación, la encarnación y la perspectiva parcial» (pág. 191). De acuerdo con Fine, la ubicación, la encarnación y la perspectiva parcial son críticas para el proyecto de trabajo de campo.

De un modo más reciente, Fine y Weis (1998) han extendido sus intereses para abordar de manera explícita las complejidades del activismo político y el diseño de políticas. Sostienen, por ejemplo, que debemos intentar «combinar *escribir sobre* y *trabajar con*» actores políticamente comprometidos de formas más convincentes y constitutivas (pág. 277, énfasis en el original). En última instancia, Fine, Weis, Wessen y Wong (2000) demandan que «pensemos con detenimiento acerca del poder, las obligaciones y las responsabilidades de la investigación social» en múltiples niveles, tomando en cuenta múltiples contextos sociales e intereses (pág. 108). La autorreflexividad equivale a incrementar los tipos de responsabilidad respecto de tales cuestiones en contextos sociales que son siempre difíciles de prefigurar. Como sostienen Fine y Weis (1998):

Nuestra obligación es explicitar «el guion», lo cual quiere decir que interroguemos en nuestros escritos quiénes *somos* al coproducir las narrativas que presumimos «recolectar»... Como parte de esta discusión, quisiéramos intentar explicar aquí de qué modo nosotros, *como investigadores*, trabajamos *con* las comunidades para captar y desarrollar los movimientos comunitarios y sociales (pág. 277-278, énfasis en el original).

Esto significa extender el abanico de roles que jugamos como investigadores, trabajadores de campo y autores para incluir el activismo político y el diseño de políticas —roles que no siempre se corresponden con facilidad—. No hay, en síntesis, espacios seguros para los investigadores cualitativos contemporáneos. La noción de una investigación cualitativa objetiva y neutral ha sido descentrada, lo que ha dejado a los investigadores, haciéndonos eco de Bakhtin (1993), sin coartadas para su efectividad en el campo. En ausencia de proclamas fundacionales y de divisiones claras entre investigadores y participantes de la investigación, lo que queda es un paisaje incierto que nos pide

—no nos demanda— trabajar junto con nuestros participantes para ayudar a que sus situaciones sean mejores de lo que eran cuando los encontramos. Lincoln y Denzin (2000) sostienen que: «No es posible ignorar el imperativo moral de un trabajo semejante». Y añaden: «Nos enfrentamos a una disyuntiva...entre declararnos comprometidos con la indiferencia o con la solidaridad hacia la comunidad humana» (pág. 1062).

Haciéndonos eco de Gramsci, concluimos que el «nosotros» posibilitado por los grupos focales «carece de garantías». Al no tener garantías, los grupos focales deben operar de acuerdo con una «hermenéutica de la vulnerabilidad» (Clifford, 1988). Clifford desarrolló el constructo de una hermenéutica de la vulnerabilidad para analizar los efectos constitutivos de la relaciones entre los investigadores y los participantes de la investigación sobre la práctica de investigación y los hallazgos de investigación. Una hermenéutica de la vulnerabilidad pone en primer plano las rupturas del trabajo de campo, los posicionamientos múltiples y contradictorios de todos los participantes, el control imperfecto de los investigadores y la naturaleza parcial y perspectiva de todo conocimiento. Entre las tácticas fundamentales para lograr una hermenéutica de la vulnerabilidad, de acuerdo con Clifford, se encuentra la táctica de la autorreflexividad, que puede entenderse en al menos dos sentidos. En el primer sentido, la autorreflexividad implica hacer transparente el trabajo retórico y poético de los investigadores durante la representación de los objetos de sus estudios. En el segundo sentido (y pensamos que el más importante), la autorreflexividad refiere a los esfuerzos de los investigadores y de los participantes de la investigación por involucrarse en actos de autodesfamiliarización en relación de unos con otros.

En este sentido, Probyn (1993) analizó de qué modo la experiencia de trabajo de campo puede engendrar una transformación virtual de las identidades tanto de los investigadores como de los participantes de la investigación cuando, paradójicamente, están involucrados en la práctica de consolidarlas. Esto es importante desde el punto de vista teórico porque abre la posibilidad de construir un terreno mutuo entre los investigadores y los participantes de la investigación, aun reconociendo que ese terreno es inestable y frágil. En este segundo sentido, la autorreflexividad también es importante ya que fomenta la reflexión sobre la investigación interpretativa como la práctica dual de recolección de conocimiento y autotransformación a través de la autorreflexión y la reflexión mutua con el otro. Por último, como lo muestra Lather (2001) incluso la autorreflexividad tiene serias limitaciones en lo que refiere a lidiar con la triple crisis de representación, legitimación y praxis. Las indeterminaciones continúan siempre presentes. Y

permitirnos ahondar (y quizás, incluso, celebrar) en estas indeterminaciones puede que sea la mejor manera de viajar por los caminos de la práctica y la construcción de teoría de la investigación cualitativa en esta coyuntura histórica particular. Nuevamente, abrirse a la complejidad y a la heterogeneidad interminable de los «otros» dentro de las interacciones de los grupos focales es, al menos, una manera de viajar por estos caminos.

Referencias bibliográficas

- Bakhtin, M. M. (1986). *Speech Genres and Other Late Essays*, Austin, University of Texas Press, traducción de V. W. McGee.
- Bakhtin, M. M. (1993). *Toward a Philosophy of the Act*, Austin, University of Texas Press, traducción de V. Liapunov.
- Barbour, R. y Kitzinger, J. (1999). *Developing Focus Group Research*, Thousand Oaks (California), Sage.
- Behar, R. (1993). *Translated Woman: Crossing the Border with Esperanza's Story*, Boston, Beacon.
- Bloor, M., Frankland, J., Thomas, M. y Robson, K. (2001). *Focus Groups in Social Research*, Thousand Oaks (California), Sage.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. J. D. (1992). *An Invitation to Reflexive Sociology*, Chicago, University of Chicago Press.
- Cape Cod Women's Liberation Movement. (1972). *Getting Together: How to Start a Consciousness Raising Group*, [Online.], extraído el 10 de marzo de 2003 de <http://research.umbc.edu/~korenman/wmst/crguide2.html>
- Casali, A. (2002). «The application of Paulo Freire's legacy in the Brazilian educational context», *Taboo*, 6 (2), págs. 9-16.
- Clifford, J. (1988). *The Predicament of Culture*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1987). *A Thousand Plateaus: Capitalism and Schizophrenia*, Mineápolis, University of Minnesota Press, traducción de B. Massumi.

- Dill, B. T. (1994). «Fictive kin, paper sons, and compadrazgo: Women of color and the struggle for family survival», en M. B. Zinn y B. T. Dill (comps.), *Women of Color in U.S. Society*, Filadelfia, Temple University Press, págs. 149-169.
- Eisenstein, H. (1984). *Contemporary Feminist Thought*, Nueva York, Macmillan.
- Espiritu, Y. L. (1997). *Asian Women and Men: Labor, Laws, and Love*, Thousand Oaks (California), Sage.
- Fals Borda, O. (comp.) (1985). *The Challenge of Social Change*, Beverly Hills (California), Sage.
- Fine, M. (1994). «Working the hyphen: Reinventing self and other in qualitative research», en N. K. Denzin e Y. S. Lincoln (comps.), *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 70-82.
- Fine, M. y Weis, L. (1998). *The Unknown City: Lives of Poor and Working-Class Young Adults*, Boston, Beacon.
- Fine, M., Weis, L., Wessen, S. y Wong, L. (2000). «For whom? Qualitative research, representations, and social responsibilities», en N. K. Denzin e Y. S. Lincoln (comps.), *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks (California), Sage, 2ª edición, págs. 107-131.
- Fiske, J. (1996). «Black bodies of knowledge: Notes on an effective history», *Cultural Critique*, 33, págs. 185-212.
- Fontana, A. y Frey, J. (2000). «The interview: From structured questions to negotiated text» en N. K. Denzin e Y. S. Lincoln (comps.), *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks (California), Sage, 2ª edición, págs. 645-672.
- Foucault, M. (1977). *Discipline And Punish: The Birth of the Prison*, Nueva York, Vintage, traducción de A. Sheridan.
- Foucault, M. (1980). *Power / Knowledge: Selected Interviews and Other Writings, 1972-1977*, Nueva York, Pantheon, traducción de C. Gordon, L. Marshall, J. Mepham y K. Soper.
- Foucault, M. (1984). «Nietzsche, genealogy, history», en P. Rabinow (comp.), *The Foucault Reader*, Nueva York, Pantheon Books, págs. 76-100.

- Freire, P. (1993/1970). *Pedagogy of the Oppressed*, Nueva York, Continuum. [Hay traducción en castellano: *Pedagogía del oprimido*, Nueva York, Herder y Herder, 1970.]
- Gere, A. R. (1997). *Writing Groups: History, Theory, and Implications*, Carbondale, Southern Illinois University Press.
- Gilkes, C. T. (1994). «“If it wasn’t for the women...”: African American women, community work, and social change», en M. B. Zinn y B. T. Dill (comps.), *Women of Color in U.S. Society*, Filadelfia, Temple University Press, págs. 229-246.
- Giroux, H. (2001). *Public Spaces, Private Lives: Beyond the Culture of Cynicism*, Lanham (Maryland), Rowman & Littlefield.
- Haraway, D. (1991). *Simians, Cyborgs, and Women*. Londres, Routledge.
- Heidegger, M. (1962). *Being and Time*, San Francisco: Harper, traducción de J. Macquarrie y E. Robinson, trabajo original publicado en 1927
- Heidegger, M. (1975). *Poetry, Language, and Thought*, Nueva York, Perennial, traducción de A. Hofstadter.
- Henaff, M. y Strong, T. (2001). *Public Space and Democracy*, Mineápolis, University of Minnesota Press.
- Kamberelis, G. y Dimitriadis, G. (2005). *On Qualitative Inquiry*, Nueva York, Universidad de Columbia, Teachers College Press.
- Kozol, J. (1985). *Illiterate America*, Nueva York, Random House.
- Kozol, J. (1991). *Savage Inequalities: Children in America’s Schools*, Nueva York, Harper Perennial.
- Krueger, R. A. (1994). *Focus Groups: A Practical Guide for Applied Research*, Thousand Oaks (California), Sage, 2ª edición.
- Lather, P. (2001). «Postbook: Working the ruins of feminist ethnography», *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 27 (1), págs. 199-227.
- Lather, P. y Smithies, C. (1997). *Troubling the Angels: Women Living with Hiv/Aids*, Boulder (Colorado), Westview.

- Lincoln, Y. S. y Denzin, N. K. (2000). «The seventh moment: Out of the past», en N. K. Denzin e Y. S. Lincoln (comps.), *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks (California), Sage, 2ª edición, págs. 1.047-1.065.
- Lunt, P. (1996). «Rethinking focus groups in media and communications research», *Journal of Communication*, 46 (2), págs. 79-98.
- Madriz, E. (1997). *Nothing Bad Happens to Good Girls: Fear of Crime in Women's Lives*, Berkeley, University of California Press.
- Madriz, E. (2000). «Focus groups in feminist research», en N. K. Denzin e Y. S. Lincoln (comps.), *Handbook Of Qualitative Research*, Thousand Oaks (California), Sage, 2ª edición, págs. 835-850.
- Merton, R. (1987). «The focused group interview and focus groups: Continuities and discontinuities», *Public Opinion Quarterly*, 51, págs. 550-566.
- Morgan, D. L. (1998). *The Focus Group Guidebook*, Thousand Oaks (California), Sage.
- Morgan, D. L. (2000). «Focus group interviewing», en J. Gubrium y J. Holstein (comps.), *Handbook of Interview Research: Context and Method*, Thousand Oaks (California), Sage, págs. 141-160.
- Morley, D. (1980). *The "Nationwide" Audience*, Londres, British Film Institute.
- Probyn, E. (1993). *Sexing the Self: Gendered Positions in Cultural Studies*, Nueva York, Routledge.
- Radway, J. (1991). *Reading the Romance: Women, Patriarchy, and Popular Literature*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.
- Sarachild, K. (1978). «Consciousness-raising: A radical weapon», en Redstockings of the Women's Liberation Movement (comps.), *Feminist Revolution*, Nueva York, Random House, págs. 144-150.
- Schensul, J. J., LeCompte, M. D., Nastatsi, B. K. y Borgatti, S. P. (1999). *Enhanced Ethnographic Methods: Audiovisual Techniques, Focused Group Interviews, and Elicitation Techniques*, Walnut Creek (California), AltaMira.

Los compiladores del *Manual*

Norman K. Denzin e Yvonna S. Lincoln

Norman K. Denzin es profesor de comunicaciones, académico del College of Communications e investigador de comunicación, sociología y humanidades en la Universidad de Illinois, Urbana–Champaign. Es autor de numerosos libros, entre ellos *Interpretive Ethnography: Ethnographic Practices for the 21st Century*; *The Cinematic Society: The Voyeur's Gaze*; *Images of Postmodern Society*; *The Research Act: A Theoretical Introduction to Sociological Methods*; *Interpretive Interactionism*; *Hollywood Shot by Shot*; *The Recovering Alcoholic*, y *The Alcoholic Self*, que obtuvo el premio Charles Cooley Award de la Society for the Study of Symbolic Interaction [Sociedad para el Estudio de la Interacción Simbólica] en 1988. En 1997, la Society for the Study of Symbolic Interaction le otorgó el premio George Herbert Award. Es el editor de *Sociological Quarterly*, coedita *Qualitative Inquiry*, y edita la serie de libros *Cultural Studies: A Research Annual and Studies in Symbolic Interaction*.

Yvonna S. Lincoln ocupa la cátedra Ruth Harrington de liderazgo educativo y es profesora de educación superior en la Texas A&M University. Además de este *Manual*, es coeditora de la primera y la segunda edición del *Handbook of Qualitative Research*, la revista *Qualitative Inquiry* (con Norman K. Denzin), y la sección de Enseñanza y Aprendizaje de *American Educational Research Journal* (con Bruce Thompson y Stephanie Knight). Es coautora, con Egon Guba, de *Naturalistic Inquiry*, *Effective Evaluation*, y *Fourth Generation Evaluation*, editora de *Organizational Theory and Inquiry*, y cocompiladora de varios libros con William G. Tierney y Norman Denzin. Ha sido galardonada con numerosos premios de investigación y ha publicado artículos, capítulos de libros y ponencias sobre la educación superior, las bibliotecas universitarias de investigación y la investigación de paradigmas alternativos.

Los autores del Volumen IV

Michael V. Angrosino es profesor de Antropología en la Universidad de South Florida, donde se especializa en el análisis de las políticas en materia de salud mental, la influencia de la religión organizada en las políticas sociales contemporáneas y la metodología de la historia oral. Ha desempeñado el cargo de editor de *Human Organization*, revista de la Society for Applied Anthropology [Sociedad de Antropología Aplicada] y de editor general de la Proceedings Series de la Southern Anthropological Society [Sociedad Antropológica del Sur] para la University of Georgia Press. Entre sus libros más recientes se encuentran *Opportunity House: Ethnographic Stories of Mental Retardation* (1998), experimento en escritura etnográfica alternativa y *The Culture of the Sacred*, un panorama de la antropología de la religión.

Paul Atkinson es profesor investigador de Sociología en la Universidad de Cardiff, Reino Unido. Es Director Asociado del ESRC Research Centre on Social and Economic Aspects of Genomics [Centro de Investigación ESRC sobre Aspectos Sociales y Económicos de la Genómica]. Sus temas de investigación principales son la sociología del conocimiento médico y el desarrollo de métodos de investigación cualitativa. Ha publicado, entre otros, *Ethnography: Principles in Practice* (con Martyn Hammersley, 1983 y 1995), *The Clinical Experience* (1981 y 1997), *The Ethnographic Imagination* (1990), *Understanding Ethnographic Texts* (1992), *Medical Talk and Medical Work* (1995), *Fighting Familiarity* (con Sara Delamont, 1995), *Making Sense of Qualitative Data* (con Amanda Coffey, 1996), *Sociological Readings and Re-Readings* (1996), e *Interactionism* (con William Housley, 2003). Junto con Sara Delamont edita la revista *Qualitative Research*. Fue uno de los compiladores de *The Handbook of Ethnography* (2002). En *Everyday Arias: Making Opera Work* (2005) recoge su estudio etnográfico de

una compañía internacional de ópera. Es miembro de la Academy for the Learned Societies in the Social Sciences [Academia de Sociedades Científicas en la Ciencias Sociales].

Susan E. Chase es catedrática y profesora asociada de Sociología y cofundadora del Women's Studies Program en la Universidad de Tulsa. Es autora de *Ambiguous Empowerment: The Work Narratives of Women School Superintendents*, donde analiza cómo mujeres que ocupan puestos directivos en educación relatan, por un lado, su competencia y sus logros y, por el otro, sus experiencias de discriminación de género y racial. También es coautora de *Mothers and Children: Feminist Analyses and Personal Narratives* (con Mary Rogers), una síntesis de la teoría social feminista e investigación sobre madres, maternidad y crianza materna en los últimos 30 años.

Sara Delamont enseña Sociología en la Universidad de Cardiff, Reino Unido, y es miembro de la Academy for the Learned Societies in the Social Sciences [Academia de Sociedades Científicas en la Ciencias Sociales]. Fue la primera mujer que ocupó el cargo de presidente de la British Education Research Association [Asociación Británica de Investigación en Educación] y el de decana de Ciencias Sociales en Cardiff. Entre los temas que investiga, se encuentran la etnografía educativa, la antropología del Mediterráneo y Brasil, y el género. De los doce libros que ha publicado, el más conocido es *Interaction in the Classroom* (1976 y 1983) [*La interacción didáctica*, 1984] y sus preferidos son *Knowledgeable Women* (1989) y *Appetities and Identities* (1995). Entre sus obras más recientes se encuentran *Fieldwork in Educational Settings* (2002), *Feminist Sociology* (2003) y *Key Themes in Qualitative Research* (2003), en colaboración con Paul Atkinson y Amanda Coffey. Es coeditora de la revista *Qualitative Research* junto con Paul Atkinson. En la actualidad realiza una etnografía de la enseñanza de *capoeira* en el Reino Unido.

Greg Dimitriadis es profesor asociado en el Department of Educational Leadership and Policy en la Universidad de Buffalo, State University of New York. Es autor de *Performing Identity / Performing Culture: Hip Hop as Text, Pedagogy, and Lived Practice*; *Friendship, Cliques, and Gangs: Young Black Men Coming of Age in Urban America*. Es el primer coautor, junto con Cameron McCarthy, de *Reading and Teaching the Postcolonial: From Baldwin to Basquiat and Beyond* y segundo coautor, con George Kamberlis, de *On Qualitative Inquiry*. Dimitriadis es primer compilador, con Dennis Carlson, de *Promises to Keep: Cultural Studies, Democratic Education, and Public Life* y

segundo compilador, con Nadine Dolby y Paul Willis, de *Learning to Labor in New Times*. Dimitriadis es autor de *Urban Youth Culture*. Su próxima publicación es la segunda edición de *Race, Identity, and Representation in Education*, compilada en colaboración con Cameron McCarthy, Warren Crichlow y Nadine Dolby.

Susan Finley es profesora asociada de Fundamentos de la Educación, Alfabetización y Metodología de la Investigación en la Washington State University de Vancouver, Canadá. La base de su pedagogía e investigaciones es el abordaje de temas sociales y culturales en contextos educativos desde la perspectiva de las artes. Es una activista que ha implementado proyectos educativos para jóvenes en situación de calle y niños, jóvenes y adultos en situación de pobreza económica, con y sin vivienda.

Andrea Fontana (doctor por la Universidad de California en San Diego) es profesor de Sociología en la Universidad de Nevada en Las Vegas. Ha publicado artículos sobre la vejez, el ocio, la teoría y el posmodernismo. Es autor de *Last Frontier: the Social Meaning of Growing Old*, coautor de *Social Problems and Sociologies of Everyday Life* y cocompilador de *The Existential Self in Society and Postmodernism and Social Inquiry*. Fue presidente de la Society for the Study of Symbolic Interaction [Sociedad para el Estudio de la Interacción Simbólica] y editor de la revista *Symbolic Interaction*. Entre los últimos trabajos publicados de Fontana se encuentran una deconstrucción de la obra del pintor Jerónimo Bosch; una obra/*performance* sobre Farinelli, el castrato; un relato etnográfico sobre los récords de velocidad en tierra en las carreras de las salinas Bonneville Salt Flats; y una *performance* basada en el programa de televisión *Six Feet Under*.

James H. Frey fue decano del College of Liberal Arts y es profesor emérito de sociología en la Universidad de Nevada en Las Vegas. Es fundador y ex director del Center for Survey Research [Centro de Investigaciones por Encuestas] de dicha universidad. Es autor de *Survey Research by Telephone* y *How to Conduct Interviews by Telephone and in Person* (con S. Oishi). Ha publicado trabajos sobre investigación por encuestas, entrevistas grupales, sociología del deporte, desviación y el trabajo en la industria del entretenimiento.

Douglas Harper es profesor y catedrático del departamento de Sociología en la Duquesne University en Pittsburgh. Ha escrito tres etnografías que se basan sobre todo en fotografías, de las cuales la más reciente es *Changing Works: Visions of a Lost Agriculture* (2001).

Es uno de los editores fundadores de *Visual Sociology*, hoy *Visual Studies*. En la actualidad investiga la vida social de la comida italiana (en colaboración con Patrizia Faccioli) y las comunidades de extranjeros residentes en Hong Kong (en colaboración con Caroline Knowles). Continúa profundizando y elaborando el empleo de la fotografía en los estudios sociológicos.

Stacy Holman Jones es profesora asistente en el Departamento de Comunicación de la Universidad de South Florida. Su trabajo se centra en las prácticas performativas socialmente resistentes. Es autora de *Kaleidoscope Notes: Writing Women's Music and Organizational Culture* (1998) y *Music for Torching*, de próxima aparición.

George Kamberlis es profesor asociado en la School of Education de la University at Albany- SUNY. Dicta cursos y dirige investigaciones sobre historia y la filosofía de la ciencia y las ciencias sociales, investigación cualitativa, teoría social y estudios sobre alfabetización. El profesor Kamberlis tiene publicaciones en las áreas de investigación cualitativa (en especial, las relaciones entre investigador y participante investigado, discurso e identidad y estudios de géneros. Entre sus últimas publicaciones se encuentran «Ingestion, elimination, sex, and song: Trickster as premodern avatar of postmodern research practice» en *Qualitative Inquiry* y «The rhizome and the pack: Liminal literacy formations with political teeth» en *Space Matters: Assertions of Space in Literacy Practice and Research* (Kevin Leander y Margi Sheehy, compiladores). En colaboración con Greg Dimitriadis, Kamberelis acaba de terminar la redacción de un libro, *On Qualitative Inquiry*.

Annette N. Markham es profesora asociada de Comunicación y coordinadora fundadora del Center for Technology and Learning [Centro para la Tecnología y el Aprendizaje] en la University of the Virgin Islands. Su investigación se centra en las prácticas de comprensión que se adoptan en entornos mediados por la tecnología, las prácticas éticas en la investigación cualitativa por Internet, la metodología interpretativa y la comunicación organizacional. Su libro *Life Online: Researching Real Experience in Virtual Space* (1998) es considerado uno de los primeros estudios sociológicos que investigan la Red en profundidad. Ha publicado varios capítulos y artículos relacionados con la aplicación de métodos cualitativos interpretativos en los estudios de Internet. Su compilación *Qualitative Internet Research: Dialogue Among Scholars* (Sage) se centra en los retos filosóficos y prácticos que se plantean al investigar en ambiente mediados por computa-

doras. Tras fijar su residencia en el Caribe, tomó consciencia de que la electricidad no es ubicua, a partir de lo cual sus investigaciones comenzaron a desplazarse desde la investigación etnográfica de la vida *online* hacia el estudio del privilegio y la política de la identidad *offline*. Markham es doctora por Purdue University.

Kathryn Bell McKenzie es profesora asistente en el Department of Educational Administration and Human Resources [Departamento de Administración Educativa y Recursos Humanos] en Texas A&M University en College Station. La Dra. McKenzie obtuvo su doctorado en Administración Educativa por la Universidad de Texas en Austin. Los temas que investiga son la equidad y la justicia social en las escuelas, el liderazgo escolar, la metodología cualitativa y los estudios críticos de los blancos. Durante sus más de 20 años en la educación pública, la Dra. McKenzie fue maestra de escuela, especialista en currículos, vicedirectora de escuela, directora de escuela y vicedirectora de la Universidad de Texas en la Austin Independent School District Leadership Academy [Academia de Liderazgo en el Distrito Escolar Independiente de Austin]. Entre sus publicaciones más recientes se encuentran el capítulo «The unintended consequences of the Texas accountability system» en *Equity and Accountability* (Linda Skrla y James Joseph Scheurich, compiladores); el artículo, escrito con James Joseph Scheurich, «Equity traps: A useful construct for preparing principals to lead schools that are successful with racially diverse students» en *Educational Administration Quarterly* y un artículo en *Educational Theory*, cuya autoría comparte con James Joseph Scheurich, titulado «Corporatizing and privatizing of schooling: Critique, research, and a call for a grounded critical praxis». La Dra. McKenzie es editora regional para América del Norte de *International Journal of Qualitative Studies in Education*.

Anssi Peräkylä es profesora de Sociología en la Universidad de Helsinki. Entre los temas que investiga se encuentran la comunicación médica, la psicoterapia, la comunicación emocional y el análisis de la conversación. Ha publicado *AIDS Counselling* (1995) y artículos sobre la interacción en ámbitos institucionales en revistas como *Sociology*, *Social Psychology Quarterly*, *British Journal of Social Psychology*, y *Research on Language and Social Interaction*.

James Joseph Scheurich es doctor por la Ohio State University; ejerció la docencia y la investigación durante doce años como profesor asistente y asociado en la Universidad de Texas en Austin y en la actualidad es profesor y director del Department of Educational

Administration and Human Resource Development [Departamento de Administración Educativa y Desarrollo de Recursos Humanos] en Texas A&M University. Ha publicado cinco libros, entre ellos *Anti-Racist Scholarship: An Advocacy, Research Methods in the Postmodern*, y *Leadership for Equity and Excellence* (en coautoría con Linda Skria), así como numerosos artículos, monografías, capítulos, reseñas y editoriales en periódicos. Es coautor, junto con Miguel Guajardo, Patricia Sánchez y Elissa Fineman, de un video documental llamado *The Labors of Life/Labores de la Vida*. En la actualidad integra la comisión de publicaciones de la American Educational Research Association [Asociación de Investigación Educativa de los EE.UU.]. Es coeditor, con Caroly Clark, del *International Journal of Qualitative Studies in Education* y es miembro de los consejos editoriales de otras revistas. Ha sido presidente de jurado de alrededor de 25 tesis y 18 alumnos suyos se han convertido en profesores universitarios. Por último, es autor o coautor de proyectos que han recibido más de millones de dólares estadounidenses en financiación a través de subvenciones o contratos.



